LA FORTUNA DE FINCH

SAGA DE LOS WHITEOAK

Mazo de la Roche

Siruela Nuevos Tiempos

LA FORTUNA DE FINCH

SAGA DE LOS WHITEOAK 3

MAZO DE LA ROCHE

Mazo de la Roche

LA FORTUNA DE FINCH

LA SAGA DE LOS WHITEOAK 3

Traducción de
Raquel García Rojas

Siruela
Nuevos Tiempos

Título original: *Finch's Fortune*
En cubierta: cartel promocional de
la línea de cruceros Olympic (1900),
de Fred J. Hoertz © Shawshots / Alamy
Diseño gráfico: Gloria Gauger
© De la traducción, Raquel García Rojas
© Ediciones Siruela, S. A., 2022

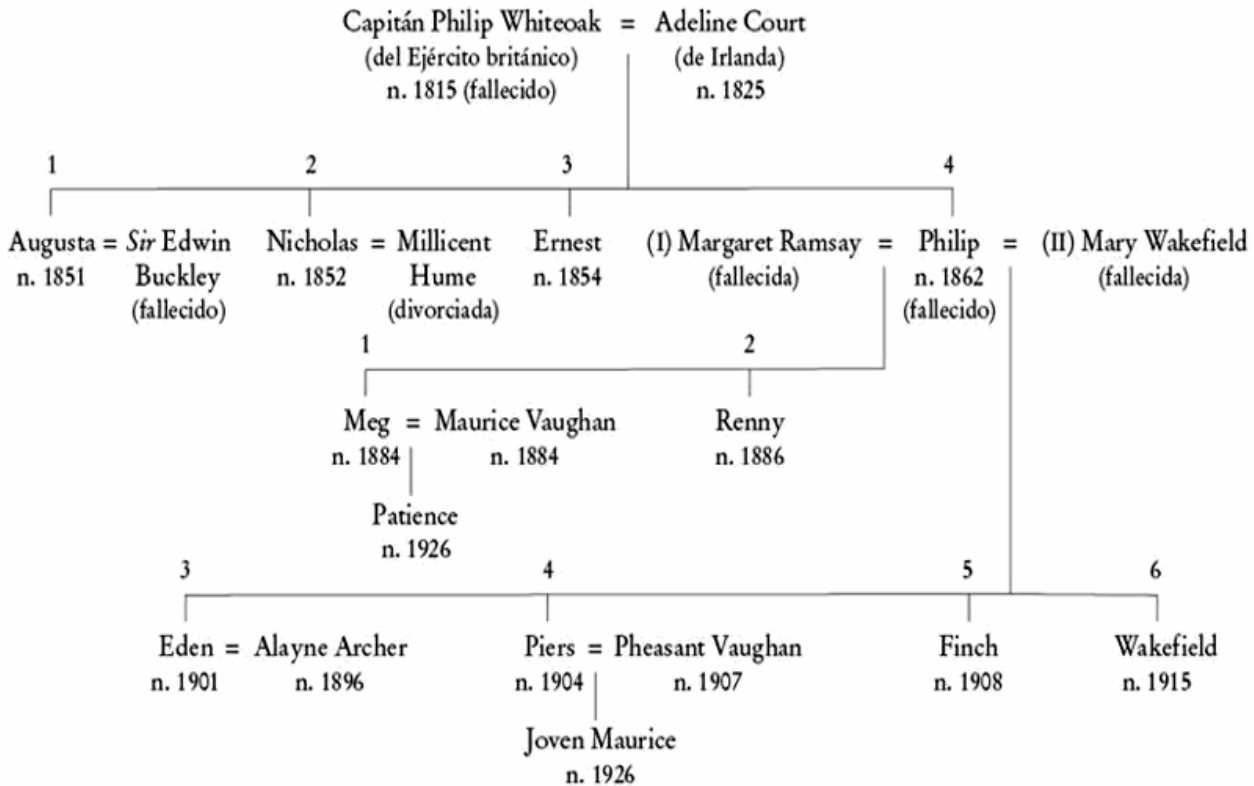
Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, *www.cedro.org*) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
www.siruela.com

ISBN: 978-84-19553-87-4

Conversión a formato digital: María Belloso

La saga de los Whiteoak



Para Ellery Sedgwick

I

MAYORÍA DE EDAD

Nicholas y Ernest Whiteoak estaban tomando el té juntos en la habitación de Ernest. Este creía que iba a pillar uno de sus resfriados y le daba miedo exponerse a las corrientes de aire del pasillo y de la entrada con un tiempo tan malo, de modo que había pedido que le subieran el té y había invitado a Nick a acompañarlo. Estaban sentados frente a la chimenea, con la mesita entre ambos. La gata de Ernest, con las patas enroscadas debajo del pecho y los ojos entrecerrados ante el resplandor del fuego, estaba echada a los pies de su amo, y el Yorkshire terrier de Nicholas, tumbado de lado, se revolvía inquieto en sueños. Los hermanos repartían su atención entre el té y sus mascotas.

—Está un poco indispuesto —observó Nicholas con los ojos fijos en Nip—. No ha pedido nada.

Ernest dirigió una mirada de desaprobación al perrillo.

—No hace suficiente ejercicio. Y cómo, si apenas se separa de tu lado. Se está poniendo fondón. Es lo malo de los terrier, siempre se ponen fondones. ¿Cuántos años tiene?

—Siete, está en la flor de la vida. Yo no lo veo fondón. —Nicholas hablaba en tono malhumorado—. Es por cómo se ha tumbado. Puede que tenga gases.

—Es falta de ejercicio —insistió el otro—. Fíjate en Sasha. Catorce años tiene y sigue tan elegante como siempre, pero claro, ella sale a todas horas, incluso después de la última nevada. Esta misma mañana ha traído un ratón de las cuadras. Hasta lo lanzaba al aire y jugaba con él.

Ernest dejó caer una mano y sus blancos dedos descansaron un instante sobre la cabeza leonada de la gata. Nicholas contestó sin entusiasmo.

—Sí. Los gatos son así de desalmados. Se escabullirían para cazar ratones o para tener un cochino escarceo amoroso aunque su amo se estuviera muriendo.

—Sasha no tiene escarceos amorosos cochinos —contestó

acalorado su hermano.

—¿Y el último gatito que tuvo?

—No hubo nada de cochino en eso.

—¡Que no! Lo tuvo en tu edredón.

Ernest notó que se estaba enfadando y eso era malo para su digestión. El recuerdo de aquella mañana en la que Sasha, con un alarido triunfante, había depositado al cachorro en su cama (¡y él todavía acostado!) le alteraba los nervios. Se obligó a decir con voz fría:

—No sé qué tiene que ver el gatito de Sasha con que Nip se esté poniendo fondón.

Nicholas había desmenuzado el último trozo de bollo en el té. Ahora se lo llevaba a la boca en la cuchara y se lo tragó casi de inmediato. ¿Por qué habrá hecho eso?, se preguntó Ernest. ¡Cuán a menudo los había fastidiado su anciana madre con esa misma costumbre! ¡Y ahora Nicholas la iba a hacer suya! Parecía consciente de lo que hacía, además. La boca, bajo el lacio bigote gris, se le retorcía en una mueca medio divertida medio avergonzada. Ernest había observado con frecuencia esa propensión de Nick a imitar a su madre desde que esta había fallecido, hacía ya año y medio, y nunca dejaba de incomodarlo. Una cosa era ver comer sopas a una anciana —una mujer de más de cien años, de hecho, aunque nadie lo habría dicho— y otra muy distinta ver a un hombre fornido, con al menos una docena de dientes propios aún, cometer la misma falta de delicadeza. Ojalá Nicholas imitara las cualidades más refinadas de mamá, y había hecho gala de muchas, pero no: siempre reproducía las que él mismo había detestado en ella. Y se parecían lo suficiente —las cejas greñudas, la larga nariz de los Court— para que a Ernest lo invadiera una extraña desazón.

Este miró a su hermano mayor con una sobriedad que pretendía ocultar lo que era casi dolor.

—¿No sabes lo malo que es eso para ti?

—Tengo que hacerlo —murmuró el otro—, noto los dientes flojos.

—Sandeces. —Ernest respondió cortante—. Ayer te vi comer un guiso de venado sin ningún problema.

—No lo masticaba.

—Y esta misma mañana te he oído ronzar un caramelo de marrubio.

—Me van mejor las cosas duras, algo a lo que los dientes se puedan agarrar.

Nicholas le dio un trago al té y se quedó mirando a Ernest a los ojos, por encima de la taza, con expresión torva: sabía lo que estaba dando a entender su hermano.

Ambos pasaban con mucho los setenta años, pero la sombra de su temible y vetusta madre aún los dominaba. Los copos de nieve se aplanaban contra el cristal de la ventana y se quedaban allí aferrados. Más copos caían sobre los anteriores y se aferraban a ellos. Dejaban el mundo fuera y envolvían la casa como una bufanda blanca. Un tomo de nieve se deslizó desde el tejado y cayó sobre el alféizar con un suave golpe sordo. La sombra de la anciana madre estaba encerrada con ellos en la habitación.

Un ascua rodó desde el fuego de la chimenea y acabó en la alfombra. Ernest le dio un puntapié, luego agarró las tenazas y la cogió. El perrillo se alejó de un brinco, aterrorizado, y luego fue con aire de indignación hacia la cama de Ernest y saltó muy tieso a la colcha. Sasha, sin embargo, con apenas una mirada de soslayo al trocito de carbón incandescente, se levantó y se apoyó con las patas delanteras en la silla de su amo. Hincó las garras en el *velour* y las sacó con un ruido como de tela que se rasga. Ernest devolvió las tenazas a su sitio y la acarició detrás de las orejas.

—Mucho se preocupa por ti —le dijo Nicholas—. Solo te tolera porque eres su esclavo. Le daría igual que fuese yo el que le rascara la cabeza.

—Sasha, Sasha… —murmuró entonces el otro mientras buscaba confiado la zona más sensible del cuello de la gata.

—Te vas a llenar los dedos de pelo. ¿Quieres este trozo de bizcocho?

—No está pelechando. —Se frotó las yemas de los dedos unas contra otras—. Ni un pelo. No, no, cómetelo tú, a mí me viene mejor ahorrármelo.

Sin embargo, Ernest miraba el dulce con ojos anhelantes. Si Nicholas había heredado cierto parecido físico a su madre, sus rasgos duros, su resolución y su tenacidad, Ernest solo heredó su pasión por la comida y sin la buena digestión que la había acompañado en el caso de la anciana. Él tenía digestiones difíciles, pero no apartaba la vista de la última porción de bizcocho.

Les habían traído cinco dulces con el té: dos rollos suizos, dos bizcochitos con pasas y un trozo bastante grande de bizcocho de frutas. ¿Por qué solo uno?, se preguntó Ernest. Era raro que Wragge hubiera hecho aquello. Casi como si esperase ensombrecer, aunque fuera con un gesto tan ínfimo, su hora del té. Había algo muy malicioso, incluso siniestro, en Wragge. Un solo trozo de bizcocho de frutas para dos hombres de edad avanzada… Muy extraño, sin duda.

—Yo no lo quiero —repuso Nicholas. Se limpió el bigote con una servilleta y volvió a dejar su taza en la bandeja—. Es malo para la gota. Cómetelo tú. Se supone que es muy nutritivo.

—Qué raro —Ernest trataba de hablar con voz distendida— que nos haya traído solo una porción.

Nicholas miró el bizcocho con el ceño fruncido.

—Pregúntale por qué. En cualquier caso, yo no lo quiero.

—¿Te comerías la mitad?

—De acuerdo, la mitad. Puede que Wragge haya pensado que tendríamos bastante con la mitad para cada uno. No hacemos mucho ejercicio.

—En ese caso, debería haberlo cortado en dos trozos. Habría sido muy fácil cortarlo en dos.

Nicholas se rio entre dientes.

—Menudo pajarraco estás hecho, Ernie.

Ernest sonrió, no poco complacido, y cortó el bizcocho en dos trozos. Él desmenuzó el suyo en pedacitos, pero Nicholas se lo metió casi de un golpe en la boca. Aún masticando, masculló:

—Esa gata te va a hacer trizas el sillón. ¿No oyes cómo lo araña?

Ernest le puso a Sasha un dedo amonestador bajo la barbilla.

—Mala, mala —le decía, y los ojos del animal brillaban al mirarlo por encima de su sonrisa burlona de tres picos.

—Qué criatura más boba y casquivana —refunfuñó Nicholas.

Ernest apenas podía creer lo que oía. ¿De verdad había pronunciado Nick aquella palabra o solo había soñado que salía de sus labios? ¿Estaban soñando los dos? Esa palabra, más de su madre que cualquier otra, ¡casquivana! ¿Estaría su hermano perdiendo la cabeza? ¿O es que disfrutaba haciéndole daño al evocar aquella amada presencia (desaparecida hacía tan poco) con endebles imitaciones de sus costumbres y su forma de hablar? Y no precisamente los hábitos y las palabras más agradables… En fin, resultaba cuando menos de muy mal gusto.

Nicholas parecía mirarse la punta de la luenga nariz mientras raspaba el azúcar del fondo de su taza, que estaba decorada con volutas doradas y rosas rojas por dentro y era del todo blanca por fuera. Intentaba hacerse el natural, pero no lo conseguía. El bigote gris se le movía de una forma inusual. Ernest tomó la decisión de ignorar aquella palabra y seguir como si no hubiera pasado nada. Sabía que era lo mejor que se podía hacer cuando los niños soltaban alguna palabrota nueva, no prestarles ninguna atención, para que la olvidaran cuanto antes. Así también castigaría a Nick, puesto que siempre le había gustado que los demás se fijaran en todo lo que hacía y que lo comentasen. En lugar de reprochárselo, lo trataría como a un niño travieso. Con súbito recelo, se preguntó si Nicholas se estaría volviendo en verdad pueril —si estaría entrando en esa segunda infancia de la ancianidad—, pero enseguida descartó tal idea. Un solo

vistazo a esos ojos profundos y burlones fue suficiente para desecharla. No, Nick estaba de lo más sano, salvo por la gota. Lo que tenía que hacer era ignorar por completo aquella palabra.

—Me gustaría que ordenases a Nip bajarse de mi cama —dijo de mal humor—. Está tumbado en mi edredón nuevo y podría tener pulgas.

—Al menos no tendrá un cachorro ahí encima.

Ernest elevó la voz:

—No me gusta. Por favor, dile algo.

—¡Una araña, Nip! ¡A por ella! —gruñó el dueño del chucho.

El terrier alzó la cabeza y lo miró escéptico a través del flequillo, pero no se meneó.

—Es inútil —concluyó Nicholas.

—Prueba con los gatos.

—¡Gatos! —gritó Nick—. ¡Gatos de las cuadras!

Nip toleraba a Sasha, pero no a los gatos de las cuadras. Convertido en una furia peluda, saltó de la cama y se abalanzó sobre el banco de la ventana. Ladeaba la cabeza para intentar ver algo a través de la nieve acumulada contra el cristal. Vio, o creyó ver, una forma oscura escabulléndose a rastras por la blanca explanada. Gruñía rabioso, pero no le salían los ladridos. Hacía un ruido como ahogado. Saltó del banco y se fue a gruñir a la puerta. Los aullidos taladraban el oído. Nicholas se levantó con cierto esfuerzo de la silla y cruzó renqueando la habitación tan deprisa como pudo. Nip contuvo el aliento mientras le abrían la puerta y entonces, cuando vio acercarse el canto, la cogió entre los dientes y la mordió sin piedad. Empezó a roerla, a tirar como si quisiera sacarla de los goznes y castigarla por estorbarle el paso. Luego escupió una astilla y salió disparado por el pasillo para acabar bajando en picado las escaleras.

Los dos hermanos oyeron el portazo en la entrada. Alguien lo había dejado salir. Se quedaron escuchando, atentos, preguntándose si habría sido alguien que pasara por el recibidor o si vendría de fuera. En aquellas largas tardes de invierno, cuando oscurecía tan temprano, las idas y venidas de los miembros más jóvenes de la familia les resultaban de gran interés.

Oyeron pasos fuertes subiendo las escaleras y luego Nicholas, que seguía de pie en el umbral, observó con gesto de aprobación la figura que se acercaba. Era el mayor de sus cinco sobrinos varones, Renny Whiteoak, y llegaba envuelto aún por un aire tan gélido que Ernest, en un ademán autoprotector, alzó la mano.

—¿Te importaría no acercarte demasiado, Renny? Me amenaza el resfriado.

—Vaya, hombre, qué mala suerte. —El joven cruzó la estancia,

dejando atrás dos huellas de nieve en la alfombra, y se quedó de pie al otro lado de la chimenea. Miraba compasivo a su tío—. ¿Cómo crees que lo has pillado?

—No digo que lo haya pillado —refunfuñó este—. Digo que amenaza.

—¡Ah! Pues lo que te hace falta entonces es un buen trago de ron con agua caliente.

—Eso mismo le he dicho yo —convino Nicholas mientras se dejaba caer de nuevo en su silla, que crujió bajo aquel peso—, pero siempre está más preocupado por esa menudencia de la digestión que por su salud.

—La digestión es salud —replicó su hermano—. Pero vamos a cambiar de tema. Has sido tú el que ha dejado salir a Nip, ¿no, Renny?

—Sí. Tendríais que haberlo visto correr por la nieve persiguiendo a uno de los gatos de las cuadras, aullando como un loco.

Nicholas sonrió satisfecho.

—Sí. Y dice Ernest que se está poniendo fondón.

—¿Has tomado ya el té, Renny? —le preguntó el aludido.

Este asintió.

—En mi despacho. Había un nuevo potrillo en camino y no quería marcharme.

—Es verdad, Cora ya estaba a punto. ¿Cómo se ha portado?

—De maravilla. Lo ha hecho mejor que nunca y está orgullosísima de sí misma. Cuando me he acercado a ella, ha intentado contármelo. Ha dejado de hocicar al potro y me ha mirado, mientras decía: «Hi-hi-hi-hi-hi», así.

Renny hizo una imitación más que decente del saludo de una yegua bienquerida a su amo después de un jubiloso parto.

Sus tíos lo miraron de hito en hito, con la distancia de los treinta y cinco años que los separaban de él y el regocijo complaciente unido a la perpleja admiración que siempre les infundía. Qué distinto era de lo que habían sido ellos a su edad. Siempre fueron amantes de la buena carne de caballo, pero no de los animales en sí. Por aquel entonces vivían en Inglaterra y jamás se perdieron las carreras; Nicholas tenía un par de caballos de tiro bastante «gallardos», e incluso buena mano con las riendas, y un hermoso dálmata que corría junto al reluciente esmalte de las ruedas del carro, pero pasarse una tarde de invierno en la cuadra para consolar a una yegua durante el parto les habría parecido aberrante. Y allí estaba su sobrino, nervudo, con bastas ropas de lana, la nieve derritiéndose sobre las pesadas botas, los nudillos que se veían agrietados cuando acercaba las manos extendidas al fuego, el cabello pelirrojo formando una insolente cresta sobre el rostro fino y arrebatado. Observaron ese rostro, cauteloso, apasionado,

encendido por su propia vitalidad interior al tiempo que las llamas jugaban a intensificar y agudizar ese ardor.

—Bien, bien —murmuró Nicholas—, qué buena noticia.

—¿Seguro que no quieres más té? —le preguntó Ernest.

—No, gracias. Rags me ha llevado un plato lleno de tostadas con mantequilla y un té tan fuerte que ponía los pelos de punta.

Ernest pensó en aquel despacho, en un rincón de las cuadras, con su mesa de roble amarilla donde guardaba los pedigrís de los caballos, las facturas atrasadas del veterinario, recortes de periódico sobre carreras y exhibiciones ecuestres y una minuciosa relación de las ventas. Pensó en las coloridas litografías de caballos famosos colgadas en las paredes, las sillas duras, la desnudez de aquel sitio, el frío, la recia incomodidad… Se estremeció. Aun así, sabía que allí Renny habría dado cuenta de las pegajosas tostadas y el té amargo con la misma satisfacción con la que un fontanero devoraría su almuerzo en una cocina inundada. Un tipo extraño, pero buen hombre. Con mucho genio, testarudo. «Un Court de los pies a la cabeza», como solía decir la abuela del joven, que a su vez había sido una perfecta Court. Eran una familia que había glorificado sus defectos bajo la deslumbrante bandera de la tradición.

Renny se sentó y se encendió un cigarrillo. Nicholas sacó su pipa. El son del piano empezó a llegar vacilante desde el piso de abajo. Renny volvió la cabeza, como para escuchar, y dijo con un rastro de vergüenza en la voz:

—Pronto será su cumpleaños. El de Finch, me refiero. —Luego, con los ojos clavados en el fuego de la chimenea, añadió—: Va a cumplir veintiuno.

Con un dedo, Nicholas apretó el tabaco en la cazoleta de la pipa. Hizo unos ruiditos como si succionara, aunque aún no la había encendido. Ernest exclamó enseguida:

—¡Sí, sí! ¡Diantre, se me había olvidado! ¡Cómo pasa el tiempo! Claro que va a cumplir veintiuno. Hmm, sí… Y parece que fue ayer cuando aún era un renacuajo. No hace tanto tiempo que nació.

—Y nació enmantillado —masculló su hermano—. ¡Demonio con suerte!

—Bueno, eso solo lo protege de ahogarse —repuso nervioso Ernest.

—Te equivocas, augura buena suerte en todo. Santo cielo, ¿ha tenido suerte o no? —Nicholas no hacía ningún esfuerzo por disimular la pesadumbre de su voz, ningún amago de alzar la cabeza por encima de la gran ola de decepción que, desde la lectura del testamento de su madre, lo hundía de tanto en tanto. Él no necesitaba que le recordasen la fecha en la que Finch alcanzaría la mayoría de edad. Estaba marcada como el día del radiante cenit del muchacho, cuando

sobrepasaría la oscuridad de su propio eclipse—. Recibirá su dinero, ¿no es así?

«Me toca a mí demostrar alegría por este cumpleaños —pensó Ernest—. No debemos parecer amargados ni reticentes. Pero Nick es un egoísta, se comporta como si hubiera tenido el dinero asegurado, cuando en realidad era más probable que mamá me lo hubiese dejado a mí. O incluso a Renny. Yo estaba preparado para oír que sería de Renny». Ya en voz alta, dijo:

—Desde luego, tendremos que celebrarlo de algún modo. Con una fiesta o un regalo especial para Finch.

Seguía pensando en Finch como en un colegial.

—Yo diría que los cien mil en sí mismos ya son suficiente regalo —replicó Nicholas.

Entonces intervino Renny, aunque ignoró aquel último comentario.

—Sí, yo también lo había pensado, tío Ernie. Podríamos organizar una cena, con la familia y un par de amigos suyos. Ya sabéis… —Mientras hablaba, fruncía el ceño rojizo en un intento por expresar las sutiles convicciones de su pensamiento.

—Lo que sé —lo interrumpió Nicholas— es que Piers no tuvo ninguna fiesta cuando alcanzó la mayoría de edad.

—¡Estaba en el norte, haciendo un viaje en canoa!

—¡Ni Eden!

—Acababan de expulsarlo seis semanas de la universidad. ¡Como para haberle dado una fiesta! Cuando Meggie y yo cumplimos los veintiuno, se hicieron muchas cosas.

—Meggie era la única chica y tú el hijo mayor y heredero de Jalna.

—Tío Nick, ¿de verdad no quieres que le demos importancia alguna al cumpleaños del muchacho?

—No es eso. Pero ¿por qué fingir que nos alegramos de que tome posesión de algo que los tres teníamos más o menos esperanzas de heredar?

—En ese caso, supongo que, si el dinero de la abuela hubiera sido para mí, habrías…

—No, en absoluto. Habría estado mucho más satisfecho, en comparación, si Ernest o tú…

—Mira —terció Ernest con un ligero temblor de emoción en la voz —, en esto estoy con Renny. Creo que deberíamos hacer algo bonito para Finch. Fuimos muy duros con él, todos nosotros, cuando nos enteramos de que lo heredaría todo.

—¡Yo no! —protestó Renny.

—Pues no recuerdo que lo felicitaras —musitó Nicholas.

—¡No sé cómo habría podido, con el resto de la familia de manos y tirándose de los pelos!

Tras el mazazo de su voz, metálica cuando la alzaba, se hizo un silencio rasgado solo por las vacilantes notas del piano que llegaban del piso de abajo. Estaban, los tres, reconstruyendo mentalmente ese momento en el que la familia, «puesta de manos», había montado una escena memorable con el pobre pianista en el centro.

Fuera había oscurecido. La actividad invisible de la nevasca seguía transformando el paisaje, ocultando y suavizando formas; creando montículos con forma de colmena donde antes había arbustos, pináculos donde había postes; decorando con ingeniosos grotescos cada saliente de la casa. Tan derrochadora era la tormenta de su energía, de su materia, que tras cambiar el aspecto de un árbol depositando con delicadeza copo sobre copo en cada diminuta ramita, o en cada piña que se aferraba a ellas, podía echar abajo toda la construcción y convertirla en rutilantes partículas con una despectiva sacudida para luego empezar otra vez a representar la libre fantasía de su diseño.

Wragge, un *cockney* de cara pálida y nariz menuda con el mentón prominente y de boca procaz, llegó con un quinqué encendido. La luz le caía sobre los hombros y las brillantes mangas de la chaqueta negra que siempre llevaba cuando había terminado las tareas matutinas. «Rags», como lo llamaban los Whiteoak jóvenes —un apodo medio cariñoso medio burlesco—, había llegado a Canadá con Renny después de la guerra y se había casado, casi el día que desembarcó, con otra londinense, una cocinera de no poco talento pero aficionada a las bebidas espirituosas y a las discusiones acaloradas. La pareja estaba tan asentada en Jalna como cocinera y mayordomo que ni la desaprobación de los tíos ni la auténtica aversión que les tenía la esposa de Renny podían socavar su posición. Wragge había sido el ordenanza de Renny cuando este era oficial en los Buffs y existía un vínculo entre ellos, aunque rara vez se hacía patente salvo por alguna que otra mirada furtiva y casi conspiratoria. A Renny le gustaba cómo cocinaba la señora Wragge, le gustaba que ese rostro arrebatado y enérgico y esa figura robusta presidieran la cocina con suelo de ladrillo del sótano. Le caía bien Wragge. Y Wragge tenía esa actitud engreída del sirviente sin escrúpulos que se sabe seguro en su puesto.

El mayordomo dejó el quinqué en la mesa y corrió las cortinas. Las corrió como si fuera poco menos que el Todopoderoso corriendo las cortinas de la noche sobre el día que termina. Su sensibilidad, receptiva a los estados de ánimo de los Whiteoak, captó la atmósfera de discordia. Disfrutaba de las desavenencias entre los miembros de la familia. Incluso cuando solo lo intuía, aunque no los oyera expresarlas a voz en grito, le resultaba estimulante. La señora Wragge siempre sabía, por el garbo con el que su marido bajaba al sótano, que «algo se cocía» arriba. Apartaba un momento la vista de la cacerola y le

preguntaba: «A ver, ¿qué les pasa ahora?».

Se entretuvo en arreglar los pliegues de las cortinas con la esperanza de que se fueran un poco de la lengua. Notaba la sombría mirada de Nicholas, el ceño preocupado de Ernest, la mueca que delataba el genio del señor de Jalna. Sin embargo, se impuso el silencio.

—¿Quiere que atice un poco el fuego, señor? —preguntó mirando a Renny.

Hablaba en voz baja y el hecho de que le preguntase a su sobrino sobre algo que concernía a su propia chimenea era de lo más irritante para Ernest.

—No, no lo toque —contestó este cortante.

Rags siguió con los ojos clavados en Renny, como si le suplicase.

—Ya apenas tira, señor.

Y era cierto. El frío empezaba a invadir la habitación.

—No sería mala idea echar algo más de carbón —repuso Renny—, pero si tú no quieres, tío Ernest, por supuesto…

El aludido solo respondió mirándose la nariz y endureciendo la dulce expresión de sus labios. Wragge se dio la vuelta y recogió la bandeja del té. Al salir no cerró la puerta, sino que franqueó el paso a dos personas que entraban en ese mismo instante. Eran Piers y su hijo Maurice, que iba cabalgando en sus hombros. Mooey, que así llamaban al niño, empezó a gritar con su lengua de trapo en cuanto se acercaron al grupo reunido junto a la chimenea:

—¡Voy tando a ballito! ¡Aballito bonito!

—¡Qué bien! —exclamó Nicholas cogiéndole de un piececillo.

—No habla tan bien como Wakefield a su edad —comentó Ernest —. Wake siempre ha hablado de maravilla.

—Porque siempre ha sido un demonio engreído de crío —dijo Piers mientras dejaba al pequeño sobre el brazo de la silla de Nicholas, desde donde este se escurrió al regazo de su tío abuelo sin dejar de repetir:

—¡Voy tando a ballito!

—Ya, ya —lo reprendió su padre—, deja de armar escándalo.

Piers, al igual que Renny, presentaba el aspecto vigoroso de una vida al aire libre, pero su piel aún conservaba la lozana blancura de un muchacho y sus labios carnosos tenían una curvatura juvenil, entre tierna y obstinada, que podía endurecerse hasta formar una línea de cruel displicencia sin alterar la expresión de sus ojos azul oscuro.

—¿Podrías cerrar la puerta, Piers? —le pidió Ernest—. Entre el ruido del piano y el que hace el niño, la corriente de aire que viene de la escalera y que el fuego se está apagando, me va a empeorar el resfriado.

Acorralándolo, Renny observó:

—Creí que habías dicho que solo amenazaba.

Su tío se sonrojó un poco.

—Y así era. Pero ya lo he pillado.

Sacó un enorme pañuelo de seda blanco y se sonó la nariz con un enérgico bocinazo. Abajo, el piano se arrancó con una enfurecida danza húngara.

—¡Yo cierro la puerta! —gritó Mooey, y acto seguido se bajó como pudo de las rodillas de Nicholas, cruzó corriendo la habitación y empujó la puerta, que se cerró de golpe.

Ernest apreciaba a su sobrino, apreciaba a su pequeño sobrino nieto, pero deseó que no hubieran elegido esa tarde en particular para reunirse en su dormitorio. Pensó, con cierto resentimiento, en cuántas tardes se pasaba allí solo a menos que bajara al salón. Cuando ni siquiera Nicholas iba a hacerle compañía. Y ahora, justo cuando estaba pachucho, les daba por venir en tropel. Donde va uno siguen ciento. Y además estaba la desagradable cuestión de la fiesta de cumpleaños de Finch. No le veía ningún sentido. Él, al igual que Nicholas, creía que una fortuna de cien mil dólares era regalo suficiente en sí misma. Teniendo en cuenta, por supuesto, cómo se había hecho con ella. Que mamá se la dejara a él había sido una sorpresa tan tremenda, una conmoción tan grande, que convertir la mayoría de edad de Finch en un momento de celebraciones parecía demasiado cruel. Y, aun así, se podía considerar desde otro punto de vista. ¿No podría la alegría de una fiesta ayudar a amortiguar la amargura del momento para los mayores de Finch al igual que el clamor de un velatorio ahoga la pena de los dolientes? ¿No podrían unir las manos y cantar «Porque es un chico excelente» aunque en sus corazones resonase un himno fúnebre? Cogió el toro por los cuernos, como solía hacer cuando se veía forzado a ello, y mirando a Piers a la cara dijo con calma:

—Estábamos hablando de organizar algún tipo de celebración por la mayoría de edad de Finch. ¿Qué sugieres tú?

Renny, con los ojos clavados en la chimenea, empezó a atizar el fuego. Nicholas volvió la enorme cabeza y miró a su hermano con aire burlón. ¡Así era como el viejo Ernest iba a guardar las apariencias! Bueno, a ver qué decía Piers al respecto. Piers era un tipo duro, nada sentimental.

Este se quedó inmóvil, con las manos en los bolsillos, considerando la pregunta en toda su trascendencia. Lo pensó despacio, dándole vueltas, como un caballo rodearía un objeto sospechoso que alguien dejase de pronto en su picadero. Sabía —por cómo atizaba Renny las ascuas en la chimenea, por cómo encorvaba los hombros el tío

Nicholas, por la expresión nerviosa y desafiante de Ernest— que esa charla no habría surgido de un efusivo interés en la celebración. ¿Cómo iba a ser así? Él mismo, aunque nunca lo había admitido, había albergado la esperanza de heredar la fortuna de la abuela. La anciana le había dicho una y otra vez: «Tú eres el único que se parece a mi Philip. Tienes sus ojos y su boca y su espalda y sus piernas. ¡Me gustaría ver cómo te comes el mundo!». Por Dios que aquello había sido algo sólido en lo que basar sus expectativas, ¿no? Se había pasado noches enteras despierto, pensando en lo mucho que se parecía a su abuelo. Se paraba bajo el retrato al óleo de aquel hombre vestido con uniforme de capitán británico, el que estaba colgado en el comedor, intentando asemejarse más a él. Fruncía los labios y el ceño al tiempo que ponía los ojos saltones hasta que notaba la cara rígida y casi esperaba que el viejo le hiciera un guiño como si compartiesen un secreto. Pero no había funcionado. No había funcionado. Finch, con su figura desgarbada, las mejillas hundidas y ese mechón de pelo lacio que le caía en la frente se había ganado de algún modo el afecto de la abuela y había conseguido el dinero. Cómo lo había hecho era una cuestión ya caduca, ¿por qué perder el tiempo con la carroña? Lo cierto era que Finch cumplía veintiún años, que su fortuna le caería en las manos ese día como fruta madura ante los ojos de toda la familia.

Con esa voz en la que resonaba un tono de efusividad que hacía que los jornaleros de la granja que le arrendaba a Renny aguantasen buena parte de su arrogancia, dijo al fin:

—Me parece muy buena idea. En cuanto a qué hacer, cualquier cosa le gustará. Solo con el gesto de buena voluntad y todo eso…

Renny se alegró de recibir aquel apoyo inesperado por parte del tío Ernest y de Piers. Habría organizado la cena en cualquier caso, pero prefería que los invitados no fuesen a regañadientes. (Incluso Nicholas emitió un gruñido que podría tomarse por aquiescencia). «Estamos más unidos de lo que nadie se imagina —pensó—. Mucho más unidos de lo que nadie podría imaginar».

Piers se balanceó un instante, con las manos en los bolsillos, y continuó:

—Le hemos hecho pasar las de Caín desde que se leyó el testamento, hemos sido muy brutos con él. Hasta se fue por ahí e intentó ahogarse, ¿no?

—No hace falta sacar eso a relucir —protestó Renny.

Ernest cerró una mano y observó la palidez de sus nudillos. Nicholas estrechó a Mooey contra sí. De pronto el fuego empezó a llamear de nuevo y llenó la habitación de un color cálido que convirtió a Sasha, acurrucada sobre la alfombrilla de la chimenea, en una brillante bola dorada.

—Bueno —replicó Piers—, algo sí. Nos recuerda que nos toca a

nosotros hacerle sentir que todo eso ya se acabó, que está perdonado…

Renny lo interrumpió de nuevo:

—Es que no hay nada que perdonar.

—Tal vez no. Pero ya sabes a qué me refiero. Todo este año y medio, o el tiempo que haya pasado, se ha sentido un poco rastrero…

—¿Y no ha sido rastrero? —preguntó Nicholas.

—Sí, es probable. Pero el dinero es suyo. Y es débil como un corderito. Si su familia no le cubre las espaldas, habrá mucha otra gente que trate de congraciarse con él. Os aseguro que se gastará la fortuna de la abuela en un abrir y cerrar de ojos. Y no le hará bien a nadie, ni siquiera a sí mismo.

—Un Daniel viene a juzgarnos —murmuró el mayor de sus tíos.

Piers sonrió imperturbable.

—Puedes ser tan irónico como quieras, tío Nick, pero sabes que hablo con sentido común. Finch es un desastre en lo que respecta a manejar dinero.

Entonces se interrumpió de golpe, contenido por la expresión de los otros tres, que veían la puerta a la que él daba la espalda. Esta se había abierto tímidamente y el alargado rostro de Finch se asomaba ahora al interior de la habitación.

—¡Hola, tito Finch! —exclamó Mooey—. ¡Estoy aquí!

—¡Entra! ¡Entra y cierra la puerta! —le dijo Ernest con un entusiasmo casi desmedido.

—Estábamos hablando de ti —añadió Piers en tono jovial.

Finch se quedó allí de pie quieto, con la mano en el pomo y una sonrisa apocada que le daba a su rostro un aspecto menos atractivo que de costumbre.

—En ese caso, supongo que no debería pasar.

—¿Le cuento lo que estábamos diciendo? —le preguntó Piers a Renny.

Su hermano mayor negó con la cabeza.

—Ya habrá tiempo para eso.

Luego se echó a un lado en el sofá para hacer sitio a Finch. Este se dejó caer junto a él, subió una rodilla —todo hueso— y se la sujetó con aquellas manos largas y bien torneadas.

—Ha sido un día horrible, ¿no? —comentó—. Por suerte para mí, es sábado y no he tenido que ir a la universidad. ¿Cómo va ese resfriado, tío Ernest?

—Cada vez peor. —Y de nuevo el hombre se sonó la nariz con su pañuelo de seda.

—Ha amenazado, llegado e ido cada vez a peor en solo una hora

—apostilló Nicholas en voz baja.

—Yo también me he puesto malo —repuso entonces Finch, que empezó a toser sin moderación alguna.

—No tendrías que haber salido a merodear por las cuadras esta tarde —dijo Renny.

—Ya estaba harto de la casa. Llevaba todo el día aquí dentro, empollando.

Se moría de curiosidad por saber qué habrían dicho de él. Estaba seguro de que lo hacían a menudo. Tenía una incómoda y morbosa sensación de importancia y deseaba que empezaran de nuevo, pero aun así huía —decidido y tembloroso— de ser el centro de atención. Era como un converso al catolicismo que teme el confesionario pero ansía ir con demasiada frecuencia.

Renny era consciente de la inquietud de Finch. Sus cuerpos estaban en contacto en el sofá y notaba una comunión instintiva, como el vuelo de un pájaro por la noche. Como para darle confianza al muchacho, su hermano mayor se apretó más contra él y luego, temiendo que pudiera parecer un arrumaco, volvió a tomarle el pelo.

—¡Tendríais que haberle visto la cara! —exclamó—. Ha aparecido en la puerta de la casilla de Cora justo cuando estaba saliendo el potro. Se le han quedado los ojos como platos. Parecía tan espantado que cualquiera habría dicho que él mismo nació ayer.

—Oye —protestó Finch acalorado—, ya sabes que yo siempre me mantengo al margen de esas cosas. No sabía lo que estaba pasando hasta que he llegado. No me interesa ver…

—Pues claro que no —lo tranquilizó Renny—, ¡y no lo harás! No dejaremos que vuelvas a asustarte así.

—¡No me he asustado, diantre! Solo que ha sido un poco bárbaro encontrármelo así, de golpe y porrazo.

—Veréis —terció Piers—, es que el chiquillo siempre ha pensado que los potros vienen al mundo como los bebés. Que el veterinario los trae en su Ford, con las crines rizadas y un lazo en la cola ¡y un bocado de celuloide en lugar de chupete!

Finch se unió, a su pesar, al estallido de carcajadas a su costa.

Mooey se puso derecho y observó una a una aquellas caras desencajadas por la risa. Luego, muy solemne, exclamó:

—¡No masustado, diantre!

Su padre se le quedó mirando.

—¿Qué has dicho?

—He dicho… —El niño se tapó los ojos con las manos, pero siguió fisgando entre los dedos.

—¡Pues no lo repitas!

—No deberíais blasfemar delante de él —señaló Ernest.

—¿De quién es este chico? —le preguntó Nicholas haciéndole el caballito sobre las rodillas.

—¡Tuyo! —gritó Mooey, que se estiraba para intentar coger a Sasha por el rabo.

—No, no, no —lo reprendió Ernest—. Si haces daño al gatito, te vas.

Renny había estado pensando, contento, en el parto sin problemas de Cora, en la extraordinaria inteligencia de la yegua. Alzando la voz para ahogar la de los demás, les dijo:

—Ojalá la hubierais oído cuando intentaba contármelo. Ya había acabado todo y yo había ido al despacho a tomar un poco de té, pero se me ha ocurrido asomarme a ver cómo andaba antes de volver a casa. El veterinario y Wright estaban con ella. Todo limpio y ordenado. Le habían puesto paja nueva y acariciaba al potrillo con el hocico. Pero en cuanto me ha oído llegar, ha levantado la cabeza y me ha mirado. En fin, podéis decir lo que queráis sobre los ojos de las mujeres, pero yo nunca he visto a una mujer mirar así. Estaba radiante. Ha aguzado las orejas y ha empezado a relinchar: «Hi-hi-hi-hi-hi-hi», ¡así!

Imitaba a conciencia y con ternura el relincho maternal de la yegua. Todos los ojos estaban clavados en él. Una cálida afinidad los acercaba. Fue un momento bonito. Renny miró al tío Nicholas, que aspiraba el humo de la pipa con expresión relajada, la cara llena de arrugas que se diluían en afecto mientras sostenía el peso del cuerpecito de Mooey, aunque solo le faltaban cinco años para cumplir los ochenta; al tío Ernest, que sonreía a la luz del fuego con los dedos sobre el cuello palpitante de Sasha; a Piers, de cara lozana y rubicunda y aún de pie porque parecía que, como sus propios caballos, solo sabía estar así o tumbado; a Finch, que se mecía aferrado a la escuálida rodilla y reflejaba su propia sonrisa de triunfo; a Mooey, con su trajecito de punto azul, las piernas blancas desnudas, el pelo castaño ondulado y los ojos azules. Allí estaban reunidos, seis varones, en la espléndida armonía de la familia, del interés común.

—Cuéntaselo si quieres —le dijo a Piers.

—¿Contarle el qué?

—Lo de su cumpleaños.

Finch no se habría quedado más atónito ni aunque le hubiera caído una bomba encima. ¡Que le contase lo de su cumpleaños! Ese día que se acercaba como una monstruosa apisonadora. El día en que tomaría posesión de aquello a lo que nunca podría sentir que tenía derecho. Cuando debía, ante la mirada de sus tíos y de sus hermanos, quitarles la comida de la boca, como quien dice. Aunque, a decir verdad, ninguno de ellos había visto siquiera el dinero de la vieja Adeline

durante los treinta años previos a su muerte. Todo ese tiempo, la abuela había estado acumulando su fortuna mientras vivía a expensas de Renny y, antes aún, de su padre.

—¿Mi cumpleaños? —tartamudeó—. ¿Qué pasa con él?

Piers había estado observando el rostro de Finch. Le había leído el pensamiento como podía uno contemplar la sombra de unos pajarillos asustados.

—Pues que vamos a celebrarlo, nada más —contestó con cierta condescendencia—. Daremos algún tipo de fiesta. Esa es la idea, ¿no, Renny?

Renny asintió y Ernest dijo:

—Sí, lo estábamos comentando antes de que llegases. Hemos pensado en una pequeña cena, con algunos de tus amigos y Nicholas y yo mismo, si no te parecemos demasiado viejos.

—Champán —añadió Nicholas contundente—. Yo me ofrezco a comprar champán. E incluso beberé un poco, aunque me va a sentar como un rayo para la gota. —Había algo en la expresión de Finch que lo había conmovido y le sonrió sin reticencias.

No le estaban tomando el pelo. No intentaban reírse de él. Hablaban en serio de celebrar una fiesta de cumpleaños. Se le hizo un nudo en la garganta y, por un momento, fue incapaz de decir nada. Al fin arrancó:

—Pero si… En fin, ¡es todo un detalle por vuestra parte! Y me encantaría, por supuesto. Pero bueno, si va a ser demasiada molestia o mucho gasto, por favor, no os molestéis. ¡Aunque me gustaría mucho!

Sin embargo, ya mientras intentaba balbucear todo aquello, lo asaltaban las dudas. ¿De verdad podría soportar la tensión de una fiesta en ese cumpleaños? ¿No sería mejor escabullirse para que la descarada y cegadora luz del sol no pudiera caer a plomo sobre él como el centro de atención ese día?

—¡Mirad! —gritó—. Creo que será mejor que no lo hagáis. De verdad, será mejor que no hagáis nada.

—¿Por qué? —tronaron las vigorosas voces de los otros cuatro.

Casi en un susurro, Finch contestó:

—Porque… Creo que preferiría pasar el día tranquilo.

Los minutos siguientes, en todo caso, no iban a dejar que los pasara tranquilo. Las carcajadas lo envolvieron, lo sumergieron, se cerraron sobre él y cuando, al fin, volvió a hacerse un relativo silencio, se oyó a sí mismo murmurar, con la cara como un tomate:

—Vale, si de verdad queréis darme una fiesta de cumpleaños, pues hacedlo. Me importa un comino.

II

LAS DOS MUJERES

Mientras los hombres de la familia se habían reunido a la luz del quinqué en la habitación de Ernest, las dos mujeres y el hermano menor, Wakefield, un muchacho de trece años, estaban sentados en el salón, abajo, en la penumbra del crepúsculo vespertino. Las ventanas de esa estancia daban al sudoeste, de modo que una remolona claridad hacía que sus ocupantes aún se distinguieran. Finch les había estado tocando el piano antes de verse arrastrado al piso de arriba por esa atracción que un grupo de Whiteoaks charlando entre ellos siempre ejercía sobre cualquiera de sus miembros que se hubiese quedado fuera del círculo.

—No sé por qué ha tenido que irse —protestó Pheasant—. Con lo agradable que era oírlo tocar mientras anochece.

Había acercado su silla a la ventana todo lo posible para aprovechar hasta el último rayo de luz porque estaba tejiendo un diminuto jersey para Mooey. Con la cabeza de pelo corto y castaño casi colgando del esbelto cuello sobre la labor, más que ver ya solo tentaba los puntos que iba dando con las agujas.

—Por lo de siempre —repuso tranquila Alayne—. No pueden despegarse, es asombrosa la fascinación que sienten unos por otros. —Entonces, al caer en la cuenta de que Wakefield estaba acurrucado en un orejero, en la oscuridad de un rincón, añadió con tono de forzada intrascendencia—: Nunca he conocido una familia tan unida.

El muchacho, con su voz clara y aguda de niño precoz, le preguntó:

—¿Has conocido muchas familias, Alayne? Tú eres hija única y casi todos los amigos de los que hablas son hijos únicos. No creo que puedas saber cómo son otras familias numerosas.

—No seas descarado, Wake —lo reprendió Pheasant.

Pero él insistió. Había levantado la cabeza y las miraba, con su carita redonda y pálida, desde la sombra del sillón.

—No, en serio. No entiendo cómo Alayne puede saber nada, en realidad, sobre la vida de las familias numerosas.

—Sé todo lo que necesito saber —replicó esta con cierta aspereza.

—¿Todo lo que necesitas saber para qué, Alayne?

—Pues para entender a esta familia en concreto. Sus peculiaridades y sus formas.

Wake estaba sentado como los indios, con las piernas cruzadas, las manos entrelazadas al frente, y empezó a mecerse suavemente cambiando el peso de una nalga a otra a medida que el aburrimiento daba paso a la diversión.

—Pero, Alayne, yo no creo que las peculiaridades de una familia sean lo único que debas entender cuando tienes que vivir en ella como tú tienes que vivir con nosotros, ¿no, Alayne?

—Wakefield, no deberías nombrar a la persona con la que hablas tan a menudo.

—¿Quieres decir que no debería nombrarte porque hablo contigo muy a menudo?

—No, quiero decir que no deberías nombrarme tan a menudo cuando hablas conmigo.

—Entonces, ¿por qué no dices lo que quieres decir, Alayne?

—¡Wakefield!

—¡Ahora eres tú la que repite mi nombre todo el rato! De hecho, ya no dices nada más. ¿No te parece muy poco razonable?

Pheasant hacía unos ruiditos ahogados. Alayne contuvo las ganas de discutir con su cuñado pequeño.

—Tal vez —asintió—. ¿Tú qué crees que debería entender ya que debo vivir con vosotros?

Sin dejar de mecerse, el muchacho contestó:

—Pues por qué nos tenemos tanto cariño y por qué no podemos estar separados. Eso es lo que deberías entender.

—A lo mejor tienes la amabilidad de explicármelo.

Wake se soltó las manos y estiró los dedos.

—A mí me resulta imposible explicarlo. Lo noto dentro, pero no puedo explicártelo. ¿Tu *intruición* femenina no te dice nada?

En ese momento, Alayne le perdonó su precocidad, su insolencia, solo por aquel exquisito error. Se echó a reír de buena gana. Pheasant, sin embargo, que era poco más que una niña ella misma, no vio nada gracioso en el término.

—Me parece una palabra muy buena —repuso—. Suena a una de esas expresiones de la psicología.

—Lo que no sé —continuó Alayne, que ya estaba cansada de tener al chico allí— es por qué no subes a reunirte con los demás. ¿Cómo puedes ser feliz apartado de ellos?

—No soy feliz —dijo el otro con voz triste—, solo estoy matando el

tiempo. Iría como una bala, pero es que ahora mismo no me hablo con ninguno.

—¿Y eso? ¿Qué ha pasado?

—Cosas. Detesto hablar de viejas riñas y rencillas pasadas. Creo que ya se me está pasando, a lo mejor subo.

Sin embargo, no parecía tener ninguna prisa por marcharse; le encantaba la compañía de las mujeres. A su manera, manteniendo bastante las distancias, quería a sus dos cuñadas. Respetaba a Alayne, pero se pirraba por provocarla para discutir. A Pheasant la trataba con condescendencia y la llamaba «chiquilla» o incluso «mujercita». Su delicada salud lo obligaba a quedarse dentro de casa cuando hacía tan mal tiempo, de modo que se pasaba las horas hilando las distintas relaciones de la familia, atento y sensible a todo lo que ocurría a su alrededor. Era feliz, aunque se sentía solo. Estaba llegando a esa edad en la que empezaba a temer que no lo entendían.

La penumbra se iba transformando en oscuridad y Pheasant se levantó para encender la rechoncha lamparita que había en la mesa de centro.

—Enciende mejor las velas —le rogó Alayne—. Vamos a cambiar un poco esta noche.

—¡Sí, eso! —exclamó Wakefield—. A lo mejor nos anima.

Un torrente de carcajadas les llegó desde la habitación del tío Ernest.

—Qué bien se lo están pasando —dijo entonces el muchacho, un poco arrepentido.

Alayne también se había levantado. Se acercó a él y le revolvió el pelo.

—¿Seguro que no se te ha pasado lo suficiente el enfado para subir con ellos?

—Aún no. Además, me gusta la luz de las velas.

Y a la luz de las velas, pensó su cuñada, le gustaba él. Se recreaba en la clara palidez de su rostro y en las profundidades de sus ojos castaños como una caricia deliberada. Favorecía también a Pheasant, que —sentada ahora bajo los brazos plateados del candelabro— irradiaba una especie de trémula serenidad mientras repasaba con aquellas manos finas y jóvenes los puntos del jerseicito rojo.

Alayne empezó a pasearse nerviosa por la habitación, fijándose en cada objeto, en los más mínimos detalles de aquello que ya conocía de memoria, hasta que cogió una figurita de porcelana y la sostuvo entre las manos como si quisiera absorber parte de su frío sosiego. Vio su imagen reflejada en el espejo que había sobre la repisa de la chimenea y la examinó a hurtadillas, preguntándose si su aspecto habría desmejorado o no durante el último año. A veces pensaba que sí. Y si

era el caso, o si estaba desmejorando ahora, no le sorprendía. Suficientes trances para desgastar la aterciopelada lozanía de cualquier mujer en la flor de su juventud. Su primer matrimonio, el desastroso matrimonio con Eden. Su infidelidad. La tortura de su frustrado amor por Renny. La separación. El regreso a Nueva York y los rigores de su trabajo allí. Su segunda estancia en Jalna para cuidar de Eden durante su enfermedad. El devaneo de Eden con Minny Ware. Su divorcio. Su boda con Renny la última primavera. ¡Todo aquello en cuatro años y medio!

¡Normal que hubiese cambiado! Aunque… ¿Había cambiado? Eso era lo que intentaba descubrir en el espejo. Sin embargo, le parecía imposible asegurar nada a la luz de las velas. Era demasiado favorecedora. Wakefield, por ejemplo, que a menudo tenía un aspecto cetrino con la luz natural, lucía ahora una piel blanca y tersa como el pétalo de una flor y las pestañas de Pheasant proyectaban una encantadora sombra ojival sobre su mejilla.

Se acercó un paso más, fingiendo interés en la labor de su cuñada, pero los ojos volvieron al escrutinio, casi melancólico, de su propio reflejo. Vio el centelleo de la luz de las velas sobre la claridad de su cabello, cómo bañaba sus pómulos y las marcadas curvas de sus labios. No, no se estaba echando a perder, pero sin duda se había convertido en una mujer. Ya no había ingenuidad infantil en aquel rostro cuyas facciones había heredado de los antepasados holandeses de su madre. Se dijo que la expresión más notable de su semblante era de terquedad. También revelaba entereza, pero no paciencia. Intelectualidad subordinada a la pasión. Esa capacidad para apasionarse que podría anegar todo lo demás le parecía injertada en su personalidad original —o en el concepto primigenio que tenía de sí misma, en todo caso—, como una especie nueva de árbol capaz de dar flores y frutos exóticos injertada en un árbol corriente.

Llevaba casi diez meses casada con Renny y no entendía mejor que antes cuál era el verdadero concepto que su marido tenía de la vida y del amor. ¿Qué pensaba? ¿O actuaba guiado solo por el instinto? ¿Qué pensaba en realidad de ella, ahora que la tenía? A Renny no le gustaba analizarse a sí mismo. Ahondar en las profundidades de sus deseos, de sus creencias, y extraer el mineral de su egoísmo para que ella lo inspeccionara le habría resultado abominable. Y al parecer tampoco sentía curiosidad por ella más allá de lo primitivo. Su ensimismamiento era inmenso. ¿Acaso esperaba que, ahora que la tenía uncida a su lado, galopase por la vida sin cuestionarse nada, husmeando el aire limpio, paciendo en los amplios pastos y volviendo por la noche a la oscura intimidad de su mutua pasión? Él no tenía ni pizca de su infatigable anhelo por ver las cosas con claridad. Su concepto de aquella relación era tan simple que resultaba casi

repelente para los melindres de su propio pensamiento.

De pronto se apartó a toda prisa del espejo; había visto que Wakefield tenía los ojos clavados en ella. Empezó a pasearse de nuevo por la habitación, con las manos cogidas a la espalda, como tantas veces había visto a su padre pasearse por su estudio. Esbozó una sonrisa irónica, preguntándose si todos aquellos vaivenes de su mente podrían reducirse sin más a las viejas cuestiones femeninas: «¿Aún me ama?», «¿Me quiere tanto como antes?».

En ese momento, lo oyó bajar las escaleras (haciendo mucho ruido, como siempre) y se dijo que no tenía ni un segundo que perder. Se le antojaba como una ráfaga de viento invernal —brusco, rebosante de gélida energía— que fuese a pasar sobre ella a toda velocidad. ¡No podía dejar atrás la puerta del salón, y tal vez volver a salir, sin hablar con su mujer! Fue corriendo a la puerta, pero justo cuando llegó, él la abrió de par en par. Renny se quedó quieto, sonriendo y sorprendido por encontrársela tan cerca.

—Venía a buscarte —le dijo.

Alayne contestó con un tono infantil de reproche en la voz.

—Llevo aquí toda la tarde. Hace una eternidad que te he oído subir.

—¿Sí? He oído el piano al pasar y he supuesto que Finch os estaría entreteniendo. Ya sabes que soy incapaz de sentarme a escuchar música en mitad de la tarde. —La rodeó con un brazo. Las cejas se le arquearon de repente cuando vio el candelabro encendido—. ¡Vaya trío fantasmal! ¿Qué le pasa a la lámpara?

—Nos gusta la luz de las velas —repuso Pheasant—. Es muy misteriosa.

La mirada de Renny se posó, crítica, en la esbelta curva del cuello de su cuñada.

—Desde luego es favorecedora. No sabía que tuvieses un cuello tan bonito, Pheasant.

—Yo creo —intervino Wakefield— que se parece a Ana Bolena. ¡Un bonito pescuezo para el verdugo!

El muchacho se desperezó y fue hacia la pareja, apartándose el oscuro cabello de la frente y sonriendo a Renny.

Pheasant soltó la labor y se llevó una mano a la garganta.

—¡Wake, ya vale! Me dan escalofríos.

Eso era justo lo que él había querido.

—Ya puedes estremecerte, chiquilla —le dijo—. Eres de las que habrían perdido la cabeza en aquellos tiempos.

Renny lo acercó a él y le dio un beso.

—¿Cómo has estado hoy, jovencito? —le preguntó con una solicitud que en otro tiempo a Alayne le había parecido conmovedora,

pero que últimamente le resultaba más bien irritante.

Renny no se percató de ello, pero Wakefield sí. El muchacho se apretó más contra su hermano y lo abrazó por debajo de la chaqueta mientras miraba de reojo a Alayne, como si quisiera decirle: «Puedo acercarme a él más que tú».

—No muy bien —murmuró—. Gracias, Renny.

El otro dejó escapar un suspiro.

—Vaya, hombre. —Se inclinó para besarlo otra vez—. ¿Te cuento una cosa que te va a animar? Cora ha tenido una cría preciosa esta tarde y las dos están de maravilla. —Luego se volvió hacia Alayne—. Ya sabes que de cuatro potrillos se le murieron dos y los otros nacieron enfermizos, pero esta, vamos, ¡menudo ejemplar!

—¡Qué bien! —exclamó Alayne en un intento por parecer emocionada, pero el entusiasmo de Pheasant y Wakefield ahogó su voz.

¿Era una potra, entonces? ¿Se parecía a la madre o al padre? Una potranca, la viva imagen de Cora. Y ya se sostenía sola. Era una auténtica luchadora. Hablaban todos a la vez y les brillaban los ojos. El jersey de Mooey se cayó al suelo.

Renny se desasió de Alayne y de Wakefield y se quedó allí de pie, en medio de la habitación, gesticulando muy rápido mientras hablaba y con la cara encendida. Volvió a contar la historia de la inteligencia de Cora, de cómo lo había saludado después del parto, e imitó de nuevo aquel relincho tan expresivo.

Alayne lo observaba sin apenas oírlo, absorta en el amor que sentía por aquel hombre, en la fascinación que le causaba su mera presencia. Esperó impaciente a que terminara su relato, ansiosa por arrastrarlo al piso de arriba, donde pudiera tenerlo para ella sola, lejos de todos esos otros que siempre parecían interponerse entre ambos. Lo cogió por un pico de la chaqueta de *tweed* y, cuando vio la oportunidad, lo llevó hacia la puerta.

—Sube conmigo —le dijo—. Quiero enseñarte una cosa en mi habitación.

—¿No podemos verlo luego? —preguntó Renny—. Vas a pasar frío.

—Da igual.

—¡Yo también voy! —Wakefield se aferró al brazo de su hermano.

—No —repuso Alayne cortante—. Arriba hace mucho frío para ti.

A pesar de todo, el muchacho los siguió, tozudo, por el recibidor y por la escalera. Renny se detuvo indeciso en la puerta de su propio dormitorio.

—¿Es aquí donde querías traerme? —le preguntó a su mujer. Hablaba como un niño obediente, pero algo reacio.

—No, a mi habitación.

Alayne abrió la siguiente puerta y se quedó en el umbral, con la mano en el pomo, mientras lo dejaba pasar, pero cuando Wakefield hizo ademán de entrar, le lanzó una mirada tan fulminante que el chico reculó y se apoyó en la barandilla de la escalera, como si estuviera mirando algo abajo, en el recibidor, para ocultar su disgusto. Ella cerró y miró a Renny con una repentina sensación de amarga alegría. Parecía un carcelero, pensó.

Esa habitación había sido de la hermana de Renny mientras estuvo soltera. Pocas huellas quedaban ya de los almohadones, cortinajes y volantes que habían hecho las delicias de Meg. Ahora tenía un aspecto casi austero, con su cretona de color malva y crema y los escasos cuadros agrupados todos en un mismo lugar. En verano, cuando colocó allí los muebles que una vez fueran de su madre y puso un único jarrón de porcelana sobre la repisa de la chimenea, con una ramita de espuela de caballero, el efecto había resultado encantador. Había abierto la ventana y las cortinas descorridas revelaron la cálida belleza de la explanada. Pero ahora, con el frío del invierno, mientras la nieve de febrero cubría los cristales, el cuarto parecía descolorido e inhóspito incluso para ella. A Renny se le helaba el corazón. Alayne comprendió que había hecho mal en llevarlo allí, a esa hora y con esa temperatura.

—¿Y bien? —le preguntó el otro mirando inquieto a su alrededor —. ¿Qué me querías enseñar?

—Esto.

Señaló una colcha de color malva que ella misma había bordado y que esa tarde había extendido con elegante sencillez sobre la cama.

Renny frunció el ceño.

—Parece una cama de atrezo. La habitación entera tiene un aire teatral. Es irreal, no es cómoda, no resulta acogedora. Ya sé, por supuesto, que es de un gusto excelente y todo eso, pero… —Esbozó esa mueca que se parecía tanto a la de su abuela—. Por suerte, casi siempre entro aquí a oscuras, si no, ¡me deprimiría!

Los ojos de Alayne se clavaron en los suyos con una mirada autoritaria que parecía querer decir: «No sigas», pero le temblaba el labio inferior, como indicando: «Sigue cuanto quieras».

Renny se sentó en el borde de la cama y la atrajo hacia sí, para sentarla sobre sus rodillas. Le hundió la cara en el cuello. Alayne se habría sosegado en sus brazos, pero se acordó de la colcha nueva y se levantó de un salto. Lo cogió por las solapas de la chaqueta y tiró de él.

—¡No te sientes ahí! —exclamó—. La estás arrugando muchísimo.

Renny se puso en pie y observó compungido a su esposa mientras esta alisaba la gruesa seda. Siempre le admiraba la elegancia de sus

muñecas cuando ejecutaba cualquier movimiento rápido y diestro con las manos. También era muy hábil con las riendas. Esa era una de las cosas que lo habían atraído de ella.

Alayne se enderezó y lo miró, arrugando la nariz, con un gesto medio de ternura medio de reproche.

—¡Cariño, lo siento! Pero no puedo dejar que te sientes ahí, de veras… Y oye, ¿no crees que deberías cambiarte? Hueles un poco… a cuadra.

Renny se olfateó ruidosamente la ropa.

—¿Ah, sí? Pues como siempre. Forma parte de mí. ¿Tanto te molesta?

—Hoy tiene una mezcla como de olor a desinfectante.

—Me he lavado las manos en el despacho.

—¡Pero Renny! ¿Por qué haces eso? ¡Con el agua helada y esa toalla tan áspera! No me extraña que tengas las manos ajadas. —Le cogió una entre las suyas y la examinó con detenimiento—. ¡Y tan bonitas, sin embargo!

—Bueno —repuso el otro en tono resignado—, pues si tengo que cambiarme, me cambio. Ven a hacerme compañía entretanto.

Mientras iban a la habitación de Renny, Alayne recordó su primer día en la casa después de la luna de miel. La recorrieron juntos, de la mano, contemplándola a la nueva luz de su unión. Cada estancia en la que entraban los recibía con un torrente de recuerdos que se precipitaban sobre ellos. «¡Aquí estamos!», habían gritado los recuerdos en el salón; y allí estaba la abuela jugando al chaquete, con su bata morada de terciopelo que parecía ennoblecerse a la luz del hogar y los anillos destellando en sus viejas y firmes manos. Allí estaban las reuniones familiares, las disputas y, al final, otra vez la abuela, ahora yaciendo solemne en su ataúd, con el tío Ernest llorando a sus pies. «¡Aquí estamos!», habían gritado los recuerdos en el cuarto de estar; y allí estaba Eden, pálido y agotado, tendido en el sofá, como el día en que lo habían traído enfermo desde Nueva York. Y una vez más, la escena de la lectura del testamento, en la que no debía insistirse. Alayne no había estado presente en esa ocasión, pero se lo habían contado todo y sabía que pasaría mucho tiempo antes de que el cuarto pudiera desprenderse de aquel recuerdo. «¡Aquí estamos!», habían gritado los recuerdos en el comedor. Nunca, jamás podría cambiar el comedor. Se sentía tan impotente ante él —ante los enormes muebles, las pesadas cortinas y los retratos de familia— como un ratoncillo quejumbroso que pretendiera roer por la base un queso colosal. Allí estaba, y estaría siempre, el baluarte de las tradiciones de los Whiteoak. Allí estaba, y estaría siempre, la sombra de la anciana Adeline enfadada por el más mínimo retraso en la

comida, ansiosa como nadie por devolver el plato para que le sirviesen por segunda vez, con sus fieros ojos castaños relucientes de satisfacción bajo las cejas rojizas. Allí estaban los infranqueables recuerdos de las copiosas comidas, más satisfactorias si cabe al calor de las trifulcas. Y en la habitación de Adeline, al otro lado del recibidor, donde su loro Boney seguía encaramado al cabecero de la cama pintada, alimentándose con los recuerdos de su ama, Renny le había dicho con voz vacilante: «A veces pienso que me gustaría dormir aquí. Ya sabes que me dejó su cama en el testamento. ¡Qué sueños tan extraordinarios podrían tenerse en ella!».

Arriba, de cada dormitorio, los recuerdos habían salido también en tropel a su paso. Empezaron su nueva vida estorbados por demasiados recuerdos. Pasaron sin mirar por delante de la habitación que Alayne había compartido con Eden y sintieron un gran alivio al entrar en el cuarto de Renny. Mirando a su alrededor, Alayne se había preguntado si algún día conseguiría sentirse a sus anchas en él, qué podría hacerse para mitigar aquella masculinidad sin concesiones. Por suerte, era espacioso y tenía una buena ventilación. Dos camas nuevas de nogal, de líneas sobrias, podrían sustituir la ligera cama de roble hundida en el centro por el peso de su cuerpo. Aquellas espantosas cortinas, que sin duda elegiría su hermana y que él solía tener atadas con nudos para que no impidiesen el paso de la luz y el aire, tendrían que ceder su lugar a telas más ligeras de colores suaves, malva tal vez… No, malva no. El malva se desluciría en ese ambiente aun antes de que lo tocase el sol. Mejor morado o verde. Y el papel de las paredes… Y los cuadros puestos encima del papel…

Renny había interrumpido el hilo de su pensamiento diciendo en tono algo forzado: «Supongo que no te importaría demasiado quedarte con el cuarto de Meggie. Está justo al lado y así yo podría cuidar de Wake. Ya sabes que siempre ha dormido conmigo».

La petición la había sorprendido e incluso irritado. Y, sin embargo, tras ese primer instante, notó una sutil sensación de alivio. No le desagradaba la idea de tener un refugio para ella sola, un rincón para sus gustos y su intimidad. Pero renunciar al abrigo y al aliciente de su presencia… Más aún, pensar que era él quien, de una forma casi lacónica, le estaba proponiendo prescindir de ella en su habitación. ¡Después de lo que habían sido el uno para el otro durante tres meses! ¡Después de cuanto Renny le había confesado sobre el febril deseo que sentía por ella cuando vivió en esa misma casa como esposa de Eden! ¿Acaso esas ansias se habían transformado en desinterés incluso por una agradable compañía?

—¿Y bien? —insistió él mirándola de reojo.

Una terquedad innata la empujó a decir:

—Yo creo que Wakefield estaría mucho mejor durmiendo solo.

Seguro que le molestas cuando te acuestas tarde, por no hablar de tu costumbre de fumar mientras te desvistes.

—No le molesto ni la mitad de lo que me molesta él a mí.

—Todos los niños, sobre todo si tienen una salud delicada, están mejor durmiendo solos.

—Wake no. Se pone nervioso y el corazón…

—Está bien, Renny, pero ¿por qué no me lo has dicho hasta ahora?

Alayne se había sentido tan molesta como humillada, tristes sentimientos que Renny siempre tuvo, y siempre tendría, el poder de despertar en ella tanto con el tono de su voz como con su silencio.

—No quería hacerlo —le había dicho entonces, como un chiquillo caprichoso y, sin embargo, con un aire taciturno que lo colocaba fuera de su alcance.

Todo aquello había pasado ya, pero los recuerdos la perseguían a menudo, pues le había parecido que eso demostraba definitivamente que su llegada a Jalna no cambiaría nada allí; que Renny se había apoderado de su vida, pero que ella misma no lograría más que diluirse en la de él como una corriente de agua dulce en el seno del mar salado.

Al ir ahora juntos a su cuarto, pasaron por delante de Wakefield, que seguía apoyado en la barandilla en actitud abatida. El muchacho apartó la vista y Renny ni siquiera lo miró. Alayne era consciente de los celos del chico y sospechaba que Renny también se había percatado. Le dio la impresión de que Wakefield le envidiaba la libertad con la que ella iba a entrar en la habitación de Renny, de que habría querido poder lanzarle una mirada tan fulminante como la que hacía poco había caído sobre él e incluso rebajarla a tener que apoyarse desconsolada en la barandilla de la escalera.

Cerró la puerta con decisión. Renny se sentó y empezó a desatarse los cordones de las botas, cuyos extremos metálicos tintinearon con un ruidito apresurado hasta que por fin se oyó el golpe sordo de las dos suelas sobre el piso. Le gustaba observarlo mientras hacía cualquier cosa, hasta las más corrientes. Para ella era un placer y lo quería en exclusiva, con toda su ternura y todo su ser.

—¿Por qué no podemos estar más tiempo a solas? —le preguntó—. Esta tarde me he pasado dos horas en el salón. Esperaba que vinieras.

Renny empezó a darle explicaciones, impaciente, pero Alayne lo detuvo.

—Sí, ya sé lo del potrillo. Es estupendo que haya nacido tan bien, pero había más gente ahí. No tenías por qué quedarte con ella hasta el final.

El otro miró a su alrededor, con expresión turbada, en busca de sus zapatos, como si una vez calzado fuera inmune a esos ataques. Alayne

continuó, aunque el amor y la contrariedad hacían que le temblase la voz:

—Puede que no te lo creas, pero a veces me siento sola. ¡Cuando pienso en nuestra luna de miel en Inglaterra, en los sitios que recorrimos, en el viaje de regreso, me parece todo tan bonito! Ahora estás absorto en otras cosas. —Se sentó al borde de la cama con aire desconsolado—. Y no es que seas como tantos maridos estadounidenses, absorbidos por grandes empresas que exigen concentración…

La detuvo la expresión dolida de su semblante, encendido por la egolatría y el orgullo herido. Alayne no creía que aquel enjuto rostro pudiera enrojecer aún más, pero así fue. En la profundidad de su mirada, sin embargo, se advertía cierto pesar.

—Pero… ¿Es que no lo entiendes? —protestó Renny.

—No, no lo entiendo —repuso ella implacable—. A decir verdad, creo que si fuera yo la que estuviese a punto de dar a luz no armarías tanto alboroto.

—¡Estás celosa! —exclamó entonces el otro—. ¡Celosa de una yegua! Jamás había visto cosa igual.

La feminidad de Alayne se anegó en un deseo de sentirse mimada. Con el tono quejumbroso de un niño de cinco años dijo:

—Me da igual. ¡Es cierto! Si fuese a tener un hijo ahora mismo, ¡no harías más por mí de lo que has hecho por esa yegua!

—¡Claro que sí! Me iría al bosque, con ventisca y todo, y no volvería hasta que hubiera acabado todo.

Renny se acercó a ella y se sentó a su lado en la cama.

—¿Sabes —dijo estrechándola contra su cuerpo— que para ser una mujer sensata, una intelectual, casi una erudita, eres más boba que cualquier otra que conozca?

Alayne sabía que era cierto. Sabía que su necedad le sorprendía y le divertía al mismo tiempo, pero se había puesto ella sola en esa situación y no le importaba. Se estrechó más contra él, acomodando un hombro debajo de su brazo. La habitación tenía un aire ceniciento y hacía frío. Renny soltó una mano y sacó un cigarrillo de su pitillera. Lo encendió y tiró la cerilla al suelo. El humo los envolvió con un fragante aroma. Se quedaron abrazados, meciéndose suavemente a la luz del crepúsculo.

—¿No da gusto —observó él al fin— que haya un suelo donde podamos tirar las cerillas y una colcha que podamos arrugar?

Abajo, en el salón, Pheasant esperaba a que Piers le trajese al pequeño Maurice. Era hora de acostar al niño, pero no tenía prisa por abandonar el agradable calor del fuego. Estaba sentada muy derecha

en una otomana bordada con abalorios delante de la chimenea y pensaba en Alayne y en Renny. ¿Eran felices? ¿Saldría bien su matrimonio? Las conjeturas sobre las relaciones entre hombres y mujeres ocupaban con frecuencia su pensamiento. En el curso de su corta existencia ya había tenido demasiadas oportunidades de conocer la incertidumbre y la crueldad de esas relaciones. Nunca había tenido una madre que arrojara una sombra protectora entre su padre y ella. Habían estado los dos solos; él infeliz, frustrado, con una actitud casi desdeñosa hacia su hija, mientras que ella le tenía un cariño entreverado de desprecio e insolencia. Maurice la había dejado asilvestrarse y Pheasant se había asilvestrado… hasta terminar por casarse con Piers. También en su matrimonio habían tenido problemas. Y ahora, cuando le sobraba tiempo para pensar en algo que no fuesen sus propios asuntos, daba vueltas a las complicaciones que sobrevolaban a aquellos que tenía alrededor. Se consideraba curtida en la experiencia de la vida. Miraba a Alayne con aire maternal, aunque esta era diez años mayor que ella y se había casado y divorciado y vuelto a casar. ¡Y las dos veces con un Whiteoak! Ahí estaba el problema. ¡Los Whiteoak! Alayne nunca los entendería. Era una extranjera, no tanto por su patria como por su espíritu. Pheasant se había criado a las puertas de Jalna, conocía a Renny desde que apenas sabía caminar. Se preguntaba, sagaz, si no llegaría el día en que pudiese dar un buen consejo a Alayne. Soltó la labor sobre su regazo y, al imaginarse a sí misma en tal tesitura, se le iban agrandando los ojos. Aun así, no tenía ni idea de cuál sería ese consejo.

Piers y Mooey bajaban por la escalera, no a toda prisa como lo había hecho Renny, sino despacio y con cuidado para acomodarse a las piernecitas del niño. Mooey no paraba de hablar, insistiendo en el hecho de que no tenía miedo, de que no iba a caerse.

—Deja de repetir eso —le oyó decir Pheasant a Piers—. Es de bebés.

—Yo no soy un bebé —sentenció rotundo Mooey, que después de unos segundos de profunda meditación añadió—: ¡No teno medo, diantre!

—Pero ¿qué dice este niño? —preguntó su madre.

—Pasa de balbucear como una criatura de pecho —repuso Piers desde la puerta— a jurar como un carretero.

—¡Oye demasiadas palabrotas, mi pobre angelito!

Pheasant le tendió los brazos y el chiquillo se precipitó hacia ella y escondió la cara en su regazo. La luz del fuego revelaba algunos matices cobrizos en su cabello castaño.

—¡Mira! —exclamó la joven acariciándole la cabecita—. Parece que va a sacar el pelo de los Court.

—Espero que no. Con uno en la familia ya hay bastante. ¿Qué estás tejiendo?

—Un jersey nuevo para Mooey. Mira. —Y se lo sobrepuso al niño bajo la reluciente carita—. ¿A que este color le queda muy bien?

—¿Dónde están los demás? —preguntó Piers sentándose frente a ella al otro lado de la chimenea.

—Renny y Alayne han subido y Wakefield ha salido disparado tras ellos. La verdad, Piers, creo que a veces está harta de no poder tenerlo nunca para ella sola.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué quiere tenerlo para ella sola?

—Bueno, al fin y al cabo, aún están casi recién casados, como quien dice. Y hay días que apenas se ven a solas a menos que ella se decida a cruzar la nieve para ir a las cuadras y arrinconarlo allí. Pero la propia Alayne me ha dicho que, si alguna vez lo hace, lo más probable es que él la ignore y se dedique a observar a algún caballo viejo como si fuese la primera vez que lo viera. A mí me da pena, qué quieres que te diga.

Piers la escuchaba con una creciente sonrisa. Se recostó en la silla, hundió las manos en los bolsillos y dijo:

—¿A que no adivinas las últimas noticias? ¡Una fiesta de cumpleaños para Finch! Con toda la familia, pequeños y mayores, bailando alrededor de la tarta donde estará escondido ¡un cheque de cien mil dólares!

III

LOS DOS AMIGOS

Finch sintió la necesidad de visitar a George Fennel esa misma noche. Hacía más de quince días que no se veían y cada cierto tiempo lo invadía el deseo de desahogarse con este amigo suyo en particular. No es que George fuera especialmente sensible ni comprensivo. A decir verdad, con frecuencia miraba a Finch de hito en hito, por debajo de su revuelta cabellera oscura, con una expresión en la que la burla se mezclaba con el desconcierto que le causaban sus arrebatos de éxtasis y desesperación.

George Fennel nunca se exaltaba ni se desesperaba. Como Finch, prefería la música a todo lo demás, pero la disfrutaba de una forma sosegada. Si no tenía un piano a mano, tocaba el banjo. Si el banjo estaba roto, se las apañaba con la mandolina de su hermano. Y a falta de cualquier otra cosa, bueno, ¡siempre llevaba la armónica en el bolsillo! De esos diversos instrumentos sacaba más o menos la misma sensación: un tranquilo bienestar, un feliz olvido del mundo. Los éxtasis de Finch, al igual que sus ataques de desesperanza, le resultaban incomprensibles, pero lo apreciaba y tenía la idea de que ese joven de ojos hambrientos poseía alguna extraña cualidad innata que lo mismo podría procurarle fama que «hundirlo en el barro».

Lo que Finch encontraba en George era el indefectible consuelo de un amigo que nunca cambia. George lo recibía siempre con la misma cordialidad. Discutía durante horas, con imperturbable buen humor, sobre las cosas que le interesaban. Lo único que lograba quebrar su serenidad, que lo encendía de verdad, era la perspectiva de poder gastar dinero como si fuese agua. Entonces le brillaban los ojos y hablaba muy rápido y con temeraria alegría ante la mera idea de tal ventura. Los dos muchachos habían vivido siempre con los bolsillos casi vacíos. La inquebrantable holgazanería de George hacía que pensar en esa sobreabundancia de dinero resultase fascinante. Dinero sin trabajar. Eso era lo que Finch iba a conseguir y su resplandor anticipado ya se reflejaba en la desgarbada figura del chico.

Esa figura, cuando George abrió la puerta de la rectoría, se

recortaba contra la nieve iluminada por la luna con un aire casi misterioso: tenía la cara cubierta de sombras, pues la tenue luz del recibidor no resaltaba más que sus ojos.

—Ah, hola, Finch —dijo George a modo de lacónica bienvenida.

—¡Hola, George! —exclamó Finch, que de pronto estaba muy animado. Entró, se sacudió la nieve de las botas a taconazos y colgó la gorra y el abrigo en el perchero—. ¿Cuál ha sido tu último crimen?

—Asesinar a Mozart —repuso el otro—. He estado tocándolo con la mandolina. —Luego cerró la puerta de un golpe y apartó a puntapiés la nieve que Finch había dejado sobre la alfombra—. Qué frío hace, ¿no?

Finch se frotó las manos para recuperar la sensibilidad.

—Sí, mucho, pero da gusto atravesar el campo. La nieve es tan blanca que uno diría que es la primera que cae en el mundo. ¡Y qué sombras! Hasta la ramita más pequeña se proyecta como si la dibujaran con tinta azul-negro. Y mi propia sombra… ¡Ojalá la hubieses visto! Iba saltando y bailando a mi lado como un animalillo salvaje.

—¡A saber por qué! —replicó George con los ojos como platos.

—No seas tan prosaico. Si hubieras estado ahí, tú también habrías bailado.

—No me veo saliendo en una noche como esta a menos que haya una chica o una fiesta esperándome en algún otro sitio. Aunque preferiría que no hubiese dejado de nevar, porque, si hubiera seguido cayendo al mismo ritmo toda la noche, no habría podido ir a trabajar el lunes.

Si bien George era un año más joven que Finch, ya había terminado la universidad y se había colocado en la oficina de un agente de bolsa. Había escogido esta profesión porque le parecía una vida tranquila y en la que se hablaba mucho de dinero, aunque no se viera tanto. Abrió la marcha en dirección a su dormitorio, en el piso de arriba. Era una habitación de lo más incómodo que pudiera imaginarse, cuya única calefacción la constituía el agujero descubierto de un tubo de estufa que venía de la cocina situada debajo, pero una suerte de suave resplandor que emanaba del cuerpo macizo de George y el recuerdo de los buenos ratos que habían pasado allí le daban un especial encanto a ojos de Finch. Este se dejó caer sobre los cojines hundidos del sofá y sacó una pipa. George nunca le había visto fumar más que cigarrillos y lo observó con asombro mientras su amigo la llenaba de una petaca vieja que en otros tiempos había pertenecido a Nicholas. Finch se sentía algo avergonzado. Ya llevaba la pipa consigo la última vez que había ido a la rectoría, pero le había faltado valor para sacarla. Se imaginaba que parecía más hombre cuando le colgaba

de la comisura de los labios, aunque no tenía ninguna esperanza de dar la misma imagen con ella, tan natural, como la que daba Piers con la suya.

—¿Qué pretendes? —le preguntó George mientras se encendía un pitillo—. ¿Parecer un escritor famoso, un embajador de Estados Unidos o un primer ministro británico?

Envuelto en una nube de humo, Finch contestó:

—No sé a qué te refieres. Ya llevo tiempo fumando en pipa, de vez en cuando. Resulta más sencillo y económico.

George se echó a reír.

—Has elegido un momento muy curioso para empezar a ahorrar. Justo cuando vas a cumplir los veintiuno y tienes más dinero a la vista del que podrás gastar.

—Bueno, supongo que he llegado a la edad de fumar en pipa, nada más —replicó Finch con dignidad—. Además, me sienta bien. Ya sabes que se me crispan bastante los nervios. No te imaginas lo inquieto que estoy a veces. Cualquier tontería me angustia.

—Yo también estaría inquieto si fuese a heredar una fortuna.

—Me gustaría que no hablaras como si fuera millonario —observó Finch algo molesto—. ¿Qué son cien mil dólares?

—No tengo ni idea. No puedo ni imaginarme tal suma.

—Pues que diga eso un corredor de bolsa…

A George, que aún no era más que un subalterno, le gustó el calificativo. Se puso serio.

—Bah, los negocios son muy impersonales.

—Sí, pero mira, hoy en día cien mil no es tanto. Mis dos tíos tuvieron cada uno una cantidad igual y apenas les queda un centavo.

—¡Y aun así envidian tu suerte!

Finch se puso rojo como un tomate.

—Lo siento —se disculpó George—, pero no he podido evitar oír algunas cosas. No se han tomado demasiadas molestias en disimular.

—¡Y no se lo reprocho! —exclamó Finch retorciéndose los largos dedos—. No les reprocho nada de lo que han dicho, nada en absoluto.

—Tal vez, pero eso no te lo hace más fácil.

—No, es cierto. —Tuvo que apretar el labio superior contra la pipa para que no le temblara. Durante unos momentos se perdió en tristes recuerdos y luego buscó los ojos de George con una mirada casi de triunfo—. Aunque ahora se comportan de modo muy distinto. Son amabilísimos conmigo. Esta tarde he ido a la habitación de mi tío Ernest. Estaba allí con el tío Nick, con Renny y con Piers. Al entrar, me he dado cuenta de que estaban hablando de mí. Durante un rato ha sido muy violento y luego he descubierto que estaban hablando de organizar una cena ¡para celebrar mi cumpleaños!

A esas alturas ya no había manera de contener el temblor del labio y se vio forzado a morder con fuerza la caña de la pipa.

George se había quedado impresionado.

—¡Vaya, una cena! Qué detalle por su parte. ¿A quién se le ocurriría?

—No lo sé, pero ha sido Piers el primero en decírmelo. Será algo reducido, pero ya sabes que casi nunca tenemos invitados y creo que, a fin de cuentas, resultará menos violento para todos que haya gente de fuera a la que atender, ¿no te parece?

George reflexionó e intentó ponerse en los zapatos de esos bulliciosos y antojadizos Whiteoak. La cena sería entonces un puente entre el día previo al cumpleaños de Finch y el siguiente. Por ese puente, la familia marcharía en procesión de gala.

—Me gusta la idea —admitió—. Creo que te ayudará bastante.

—Ojalá se hubiera acabado todo ya —gimoteó Finch—. Además, hay otra cosa que me aterroriza. Tengo que decirle a Renny que no voy a volver a la universidad. Es que no puedo.

George lo miró sin mostrar asombro.

—Me parece muy sensato. Yo también tuve que dejarlo. Demasiada presión. Supongo que te dedicarás a la música.

—Pues no lo sé. Como carrera, me refiero. No creo que sea lo mío.

—¡Qué tontería! Tienes más talento que cualquiera que conozca. Todos los que te oyen tocar consideran que pierdes el tiempo al dedicarte a cualquier otra cosa.

—Ya lo sé, pero no creo que valga como concertista. Cuando toqué en ese recital el mes pasado, no pude hacerlo peor. Mi profesor se decepcionó muchísimo. Se había deslomado conmigo y esperaba algo muy superior. Yo practiqué como un loco, pero ya sabes cómo salió. Estuve a punto de derrumbarme dos veces.

—Ya superarás los nervios —trató de consolarlo George.

—No, no. Si me hubiera puesto nervioso, aún tendría esperanza. Pero no fue eso. Me notaba medio muerto. No me importaba nada. Nada me parecía real, ni siquiera el piano. Si casi me vengo abajo, no fue porque estuviera nervioso, ni porque me hubiese perdido. Fue simplemente porque estaba demasiado aburrido para seguir adelante. Era como si algo me dijera desde el interior del piano: «Tú, pedazo de idiota, ¿crees que puedes sacarme para presumir de mí cuando te dé la gana? Yo sí que te voy a sacar, pero los colores, porque no eres más que un idiota sin remedio».

George lo miró entonces muy serio.

—Creo que tu problema, Finch, es que te tomas demasiado en serio. Toda tu familia tiende a tomarse demasiado en serio. Lo lleváis en la sangre. ¡Tanto hablar de la nariz de los Court! ¡El carácter de los

Court! Te aseguro que eso está ya pasado de moda. No merece la pena sentirse distinto a los demás. Y en cuanto a que hubiera algo dentro del piano que se estuviese burlando de ti y te dijera cosas, cuando lo que te pasa en realidad es que tienes miedo, es dejarte dominar por la imaginación. Cuando yo era un chiquillo, también solía imaginarme cosas, así que sé de lo que hablo. Ese gigantesco búho disecado que hay en la hornacina de la escalera era una de las cosas que me ponían nervioso. Sabía muy bien que no era más que un ejemplar raro que mi abuelo había matado no sé dónde, allá por el norte. Sabía que estaba apolillado. Pero se me metió en la mollera que tenía algo extraño… Que no le caía bien.

—¿En serio? —El otro se inclinó hacia delante con los ojos llenos de curiosidad. Nunca había oído a George hablar así y ahora se sentía más unido a él.

—Sí. Jamás subía la escalera sin preguntarme si no tendría en la cabeza el propósito de picarme en la pierna izquierda al pasar. Habría jurado que hasta se movía.

Finch se figuró a su amigo no como el muchacho sensato que en realidad estaba sentado frente a él, sino como un chiquillo que subía a hurtadillas la escalera con la mirada medrosa y fascinada por los oscuros ojos inmóviles del búho mientras el suave cabello se le erizaba como en una aureola.

George lanzó una risotada.

—En fin, una noche, al irme a la cama, estaba tan seguro de que iba a picarme que subí la escalera en tres zancadas. El corazón me latía tan fuerte que apenas podía respirar. Me detuve ya arriba, me apoyé en la barandilla y me miré la pierna izquierda para asegurarme de que no me había pasado nada. En ese momento, mi padre salió de su despacho y me vio. «¿Qué te pasa?», me preguntó, y yo le dije medio lloriqueando que tenía miedo de que el búho me picase en la pierna. Pues bien, subió enseguida, me cogió en volandas y me llevó otra vez a la hornacina donde estaba el búho. «Pon la pierna ahí, delante del pico, y si te muerde, lo estrangulo». Lo hice y, por supuesto, no pasó nada. Aun así, seguía estando un poco nervioso, pero la noche siguiente me armé de valor y me paré en el escalón que quedaba a la altura de la hornacina. Planté la pierna delante del búho y grité: «¡Pícame, búho viejo, si te atreves!». Como no lo hizo, le di un puntapié y subí corriendo. Desde entonces, se acabaron las fantasías. —Sus ojos brillaban y se reflejaban en los de Finch—. Desde luego, no pretendo comparar las imaginaciones de un mocoso con las de un hombre hecho y derecho, pero la raíz de ambas cosas es la misma y estriba en el miedo. Creo que, si hubieses tenido a alguien como mi padre para llevarte de la mano, hoy no tendrías la cabeza tan llena de pájaros. Hizo mucho más por mí aquella noche de lo que se

imaginaba.

Finch asintió.

—Si uno de mis hermanos hubiera descubierto que tenía miedo de un búho disecado, me habría explicado tales cosas sobre las costumbres del animal que se me habría helado la sangre.

—Oye, amigo, acepta mi consejo. Contrólate y toma la decisión de no consentir que nada te espante ni te impida hacer lo que te propongas. Tú quieres ser un gran pianista, ¿no?

—Es que no sé lo que quiero, George —murmuró el joven—. Ese es el problema. Salvo que no quiero seguir en la universidad. Me dan ganas de gritar al pensar en todo el dinero que Renny ha desperdiciado en mí. Tendrá que dejarme devolvérselo. Ojalá tuviera unos meses para mí, para pensar, para hacerme a mí mismo. No sirve de nada que te lo cuente, ¡no puedes imaginarte lo que es ser un zoquete como yo!

Fumaron un rato en silencio. George miraba con afecto la cabeza gacha de Finch y este divagaba, a su pesar, sobre el búho blanco.

—Mira —dijo George de repente—, tú tienes tu propia vida. Tendrás tu trabajo, sea el que sea. Y si no quieres trabajar, eres dueño de ti mismo. Nadie puede obligarte. ¿No te das cuenta?

Finch se sobresaltó.

—¿De qué? ¡Ah, sí! Dueño de mí mismo, claro… Puedo hacer lo que quiera.

—Sí —continuó George con aplomo—. Puedes hacer lo que quieras y cuando te apetezca. Yo creo que lo primero que deberías hacer es viajar. Viajar y ver cosas. Te tomarías la vida de otra forma. Te harías a ti mismo. Te alejarías de tu familia.

El otro se echó a reír.

—Qué curioso que lo digas. Eso es justo lo que yo he estado pensando, con una notable diferencia. Quiero llevarme conmigo a mis tíos.

—¡No hablarás en serio!

—Claro que sí. Llevan años deseando volver al Viejo Continente. Su hermana vive en Inglaterra. Se están haciendo viejos, no les queda mucho tiempo que perder. Sé que los haría felices. Y si los puedo ayudar, pues bueno… Me sentiría mejor.

George se revolvió el pelo, perplejo.

—¿Así que tu idea es empezar a ver mundo y pensar en todo eso que me estabas contando mientras llevas a un anciano colgado de cada brazo? Y hacer turismo visitando a una vieja tía. En fin, solo se me ocurre que eres el campeón mundial de los filántropos.

—¡Tonterías! Pienso irme por mi cuenta apenas me venga en gana. Además, le tengo mucho cariño a mi tía. Siempre he deseado ir a verla

a su casa. Mi posición es muy peculiar, George. No sé explicarme mejor, pero se resume en eso. No puedo disfrutar del dinero, ni de las oportunidades que me ofrezca, si antes no hago algo, aunque no sea gran cosa, pero sí algo bueno por cada miembro de mi familia. Es como si tuviera que deshacerme de un hechizo.

Finch tenía los ojos clavados —con una expresión que a George le parecía como alucinada— en el humo que salía de su pipa y que flotaba como una nube azul delante de él.

—Claro, por supuesto —convino, aunque estaba pensando: «Vaya tipo más raro. Pero hay que aceptarlo como es». Al igual que el piano, el banjo y la mandolina, George aceptaba a Finch por las peculiares cualidades que lo convertían en una buena compañía. Luego, recordando con cierta pesadumbre las veces que alguno de sus hermanos lo había atormentado, le preguntó—: ¿Y qué has pensado hacer por Piers?

—No lo sé. Algo que le guste relacionado con su trabajo, o tal vez algo para Pheasant. Tampoco quiero precipitarme. Enseguida dirían que me estoy dando humos. No, tiene que ser poco a poco, empezando por los tíos.

Hasta entonces había tenido la mirada perdida en el vacío, pero ahora la dirigió con interés al agujero del tubo de la estufa que estaba en el suelo. Desde la cocina llegaba un suave murmullo de voces.

—Sí —dijo George—, Lizzie y su novio aún siguen igual. Y por lo que veo, no parece que vayan a avanzar.

Adelantó el cuerpo hasta el borde de la silla y se puso a espiar por el agujero como si fuera una jaula en el zoo. Finch se acercó también y se puso en cuclillas a su lado, cabeza con cabeza.

Llegaban a ver un extremo de una mesa de cocina limpia sobre la que había una fuente de manzanas rojas. Veían las manos callosas y arrugadas de un hombre que pelaba una manzana con una navaja de mango grueso. La pelaba con sumo cuidado para que la mondadura no se partiese y saliera entera de un extremo a otro. Los de arriba lo observaban fascinados y veían cómo la fina piel rosada de la fruta iba desprendiéndose de ella, dejándola desnuda y blanca, como el pecho de una mujer, entre aquellos ásperos dedos. La mondadura recorrió luego la mesa, empujada por esas manos, en dirección a una persona invisible. La manzana acabó partida en dos. Las manos cortaron un trozo, lo pincharon con la navaja y lo llevaron a la boca del mondador. Desde arriba, los chicos vislumbraron una cabellera entrecana cuando la cabeza se adelantó para cogerlo. Luego el hombre ensartó otro trozo y lo llevó a la boca de la persona que estaba al otro lado de la mesa y así, de rodaja en rodaja, la manzana quedó despachada. Las toscas manos recogieron las semillas y el corazón, los hicieron desaparecer en algún sitio, cogieron otra manzana y

empezaron a pelarla. Se oía el rumor indistinto de una conversación.

Finch volvió a su silla y dejó escapar un suspiro.

—¿Cuánto tiempo llevan así?

—Unos cinco años.

—Madre mía, ¡qué asombrosa es la vida!

—El amor es sin duda algo muy raro. Sobre todo, si lo pilla a uno así.

—Supongo que es raro siempre, te pille como te pille.

—¿Has visto a muchas chicas últimamente?

—No, estoy demasiado ocupado.

—A ti te gustaba Ada Leigh, ¿verdad?

—Mm-hmm. Ha estado en Francia con su madre.

—No parece que tengas muy buena opinión de las de su sexo, Finch.

—Pues no lo sé —admitió el otro con un profundo suspiro—. No he tenido mucha experiencia con ellas.

George se cruzó de brazos y continuó con bastante pompa:

—Hay una despampanante que viene a veces a nuestra oficina, para invertir, ya sabes. Una viuda rica. Siempre me pide consejo sobre cualquier cosa y no entiendo por qué, puesto que solo soy un ayudante. Pero siempre quiere saber lo que pienso de todo. Hay mujeres muy raras, ¿no?

—¿Cuántos años tiene?

—No sabría decírtelo. Cuando pasan de los veinte, yo ya me pierdo.

—Pero tienes encanto, George —le dijo Finch en tono afectuoso.

George descruzó los brazos y suavizó la expresión.

—¿Tocamos un rato? —sugirió.

Al bajar la escalera, Finch se había parado a mirar el búho blanco disecado. Había hundido las manos bajo aquellas grandes alas plegadas y palpado la suavidad del plumón. Acercó la cara al pico negro, a los relucientes ojos. Una sensación de voluptuosidad le recorrió todo el cuerpo. Pensó en la inmaculada blancura del punto donde se habían escondido sus manos…

Durante todo el camino de regreso a casa se regocijó con esos pensamientos. La faz de la tierra le parecía como el pecho del búho; las estrellas tenían el gélido brillo de los ojos del búho; el acerado viento era su ululato… El animal había abandonado su percha, se había lanzado al vuelo para salir con él por la puerta abierta de la rectoría y se había fundido con la noche hasta transformar el batir de sus alas en el ritmo del universo.

El muchacho dejó la carretera y tomó su atajo habitual campo a través, aunque el sendero ya hacía tiempo que se había borrado. La nieve yacía en enormes montones, ligeros como túmulos de plumas caídas. Se lanzaba sobre ellos y saltaba cada vez lo más alto que podía. Todo su instinto se rebelaba contra el hecho de haberse hecho hombre. Solo quería seguir siendo un chiquillo asilvestrado, que el paso del tiempo no pudiera afectarle… Se quitó la gorra y corrió con la cabeza descubierta, bailando con su propia sombra, tratando de liberar su espíritu de aquel cuerpo y de lanzarlo, como una esencia reluciente, al aire helado. Se imaginó al gigantesco búho lanzándose sobre él —un bocado exquisito para sus polluelos de ojos estrellados— y dirigiéndose al Polo mientras ululaba con un alarido que sacudiría el universo entero.

Salió de los campos y atravesó corriendo el bosque de pinos. Dejó el bosque de pinos y atravesó el de abedules, cuyos troncos plateados se bañaban en el claro de luna como en un mar, entregándose a su luz sin negarle nada, temblando en su desnuda blancura al hundirse en él.

Cruzó corriendo el manzanar, donde las formas negras y retorcidas de los árboles eran como viejos danzantes. En ese punto había un sendero helado, del que el viento había barrido la nieve, y patinó por él —con la gorra en la mano— a grandes y elegantes zancadas.

Cruzó corriendo el cerezal, donde los árboles se alineaban uniformes como tímidas muchachitas, y, al llegar a la explanada, divisó las acogedoras luces de la casa.

Apenas las vio, la sombra del búho se hizo más pequeña, pero Finch se figuraba que seguía siguiéndolo, bajando en picado en dirección a sus piernas. Lo invadió una sensación de terror. Corrió sin aliento mientras era cada vez menos consciente de sus pensamientos y más de sus miembros inferiores. ¿Lo alcanzaría antes de llegar a la puerta?

Ya estaba el búho a su altura, con los ojos encendidos. Finch se precipitó por la explanada de césped y saltó hacia la puerta. Esta se abrió de repente y, en ese mismo instante, ¡sintió una cruel picadura en la pierna izquierda!

—Pero muchacho —le dijo el tío Ernest—, ¡menuda corriente! ¡Cierra esa puerta! Y ya que estás, echa el cerrojo por esta noche.

IV

EL CUMPLEAÑOS

Llegó el 1 de marzo. Había estado a punto de venir al mundo un 29 de febrero, lo cual, unido a la circunstancia de que había nacido enmantillado, lo habría hecho destacar de una forma casi inquietante. Ahora se alegraba de haber visto la luz por primera vez con la llegada de la primavera. En ese cumpleaños, además, la estación no se arrastró como solía encubierta bajo el manto del invierno. Al contrario, fue un día de lo más benigno para esa época del año. Había estado lloviendo de modo persistente durante todo el día y la noche anteriores y, cuando el sol emergió de entre las nubes, ya había en la explanada algunas zonas despejadas de nieve. A mediodía, salvo en la parte más umbrosa, la calidez del sol había terminado de derretirla. La hierba del año anterior había conservado parte de su color y hasta parecía haber crecido, como se dice que crece el pelo de los cadáveres mucho tiempo después de enterrados.

Las formas marchitas de los asteres y de las caléndulas de la última primavera yacían empapadas en el suelo chorreante del arriate de flores; bajo los setos, las hojas caídas formaban hileras macilentas. Sin embargo, todo estaba animado por una esperanza sin límites. Las enormes gotas de lluvia mezcladas con la nieve derretida que colgaban en cada rama, en cada brizna de hierba y en cada tallo brillaban radiantes. El cielo estaba limpio de cuanto pudiese interponerse entre el sol y la tierra. No había regreso posible, ni del frío ni de la nieve, capaz de borrar las promesas de ese día.

La puerta principal estaba abierta y dejaba entrar el sol a raudales. En días como ese era cuando la anciana Adeline salía a dar su primer paseo del año. Envuelta en innumerables capas, bufandas y refajos, con más aspecto de buque de guerra que de mujer, aparecía apoyada en sus hijos y se plantaba firme ante el mundo que renacía. «¡Ya vuelvo a salir! —exclamaba—. Me gusta el olor del aire fresco».

Finch se acordó mucho de ella y rememoró esa extraña y tardía intimidad que los había unido de un modo tan misterioso, preguntándose si sería capaz de llevar una vida que mereciese su

aprobación. Pero ella lo había conocido de verdad, lo había querido, lo había aceptado como a uno de los cachorros que su hijo Philip había tenido con su segunda esposa.

Se detuvo en el porche, dándose un baño de sol, y observó a Rags mientras este limpiaba el recibidor. ¡Qué estropeados parecían tanto el recibidor como el mayordomo a la luz deslumbrante del mediodía! La esbelta balaustrada de nogal y la pilastra tallada eran sin duda elegantes, pero el papel de la caja de la escalera estaba deslustrado allí donde se habían apoyado multitud de manitas a lo largo del tiempo. No se había vuelto a empapelar al menos en todos los años que él tenía. La moqueta que recubría la escalera estaba raída. La alfombra turca del recibidor había perdido todo el fleco. Parte de ese fleco había reaparecido milagrosamente en el puño de la chaqueta de Rags. Ese puño se agitaba ahora con energía mientras este limpiaba el espejo del perchero por encima del cual lo miraba con aire burlón una cabeza de zorro tallada en madera.

—Bueno —dijo al ver a Finch—, ¡que por muchos años pueda usted celebrar este día, señor!

—Gracias, Rags.

—No podía hacer mejor tiempo para la ocasión ni aunque lo hubiese encargado. Está muy bien eso de cumplir veintiún años, señor, y haber heredado todo el dinero de la familia.

Volvió un poco la cabeza por encima del hombro y miró al muchacho con expresión de envidia sana. A Finch le entraron ganas de cogerlo por el pescuezo ya entrecano y darle una buena sacudida.

—No sabes de qué estás hablando, Rags.

Aquel *cockney* de envergadura menuda siguió imperturbable:

—Le aseguro que es un día muy feliz para todos nosotros, señor. La señora Wragge me decía hace un rato que había rezado para que hiciera buen tiempo. A mí no me da mucho por rezar, pero, como suele decirse, la paja que vuela indica de dónde sopla el viento. No es que mi esposa se parezca mucho a una paja, más bien a una hacina de paja, diría yo. Casi ni me atrevo a entrar en la cocina esta mañana de lo nerviosas que están Bessie y ella. Y pensar en todos los invitados que vendrán, hasta de la ciudad, ¡con toda su parafernalia!

Fue a la puerta y sacudió el trapo. Luego sacó de no se sabe dónde una exótica carterita de piel y se la tendió a Finch con una reverencia.

—¿Aceptará usted este pequeño obsequio de mi parte, señor Finch? Me lo traje de la guerra. Era de un oficial alemán. Siempre he pensado que, si llegaba el día en que tuviera mucho dinero, la usaría yo. Pero ese día no llega y, como parece que nunca ha de llegar, y menos en este país y con este oficio, si usted la acepta, se la ofrezco con mis mejores deseos. Y que siempre la lleve usted bien llena.

Finch, más azorado que otra cosa, la cogió. Era una linda carterita de bolsillo y la expresión de Rags al ofrecérsela tenía algo de conmovedor, aunque el chico siempre tenía la desagradable sensación de que, para sus adentros, se reía de él.

—Muchas gracias —murmuró—. Es estupenda.

La abrió, examinó su interior y la cerró de nuevo mientras Rags lo contemplaba con una mezcla de tristeza y orgullo. El mayordomo sacudió otra vez el trapo y volvió a entrar en el recibidor.

Mooey bajaba las escaleras sentadito, escalón por escalón. Finch, que lo estaba observando, sintió una repentina felicidad. Todos se habían portado de maravilla con él. Renny le había regalado un reloj de pulsera. Piers y Pheasant, unos gemelos de oro. El tío Nicholas, un pisapapeles y el tío Ernest, una acuarela de las que tenía colgadas en su dormitorio. Alayne le había regalado una bolsa de viaje de piel de cocodrilo, y Wakefield, un gran cepillo para la ropa que, según le explicó, «le vendría muy bien para sacudir a sus chiquillos cuando los tuviera». El regalo de Meggie no había llegado aún.

—¡Bum! —canturreaba Mooey—. Ya veno. Bum, bum, bum. No teno medo.

Finch fue al pie de la escalera y lo cogió en brazos. Se lo echó al hombro y, de entre las sombras del pasado, se le vino a la cabeza una imagen de sí mismo cogido de la misma manera por Renny. ¡Qué rara era la vida! Un cuerpo alto y robusto y un cuerpecito menudo tras otro. Algún día, Mooey estaría al pie de la escalera echándose al hombro a algún niño pequeño, como él estaba haciendo hoy. Y Mooey tendría veintiuno. ¿De quién sería el niño? Algún pequeño Whiteoak salido del cuerpo de una Whiteoak…

Mooey se aferró a la cabeza de Finch y apretó su carita redonda y tersa como una flor contra el enjuto rostro de su tío.

—Quiedo ir a la bonita yeba vede —le dijo.

—La hierba podrá estar verde, pero no es bonita. Es fea y está mojada.

—Me gutan la cosa feas y mogadas.

—Está bien. Te llevaré ahí fuera y te plantaré de cabeza en la hierba. —Salió corriendo por la puerta y bajó los escalones del porche.

—Ete ez un bonito sito mojado —chapurreó Mooey señalando un charquito.

—Te diré lo que vamos a hacer —le propuso Finch—. Te llevaré a las cuadras a ver al tío Renny.

Se le había ocurrido una idea. Iría a buscar a Renny y abordaría de inmediato el asunto de sus estudios universitarios. Su hermano siempre andaba más o menos distraído y de buen humor cuando estaba con los caballos. La presencia de Mooey ayudaría también, pues

Renny solía quedarse mirándolo con aire meditabundo y ya solo oía a medias lo que se le estaba diciendo.

Encontraron al señor de Jalna en el picadero, montado sobre una hermosa yegua baya a la que estaba entrenando para el salto. Dos mozos subían y bajaban la barra superior de uno de los obstáculos según las instrucciones que el jinete les daba a gritos.

Finch, que llevaba a Mooey envuelto en un jersey de hombre, se detuvo junto al cercado y en un principio no le hicieron mucho caso, salvo por alguna que otra mirada esporádica. El sol apretaba con creciente intensidad en ese punto más abrigado y daba la impresión de que estaban en un día de finales de abril más que de principios de marzo. Todo lo que tocaban sus rayos se hacía patente, tanto en fragancia como en color. La tierra recién deshelada, pisoteada por hombres y caballos, desprendía un olor acre y vital. En ese lugar se habían apisonado, empapado, achicharrado y helado —desde que el capitán Philip Whiteoak, casi ochenta años antes, lo hubiera escogido expresamente para ese fin— paja podrida y estiércol, además de las impalpables esencias de las esperanzadas actividades de hombres y bestias absorbidas por la tierra. Cada pelo de la crin y de la cola de la joven yegua parecía cargado de energía. El pelaje le brillaba como si estuviese barnizado, sus ojos reflejaban relampagueantes destellos de luz. Las piernas de Renny, musculosas y manchadas de barro, su cara curtida y sudorosa, su cabeza descubierta con el pelo apelmazado, los rostros lozanos y arrebatados de Wright y Dawlish, sus hábiles manos que recogían y volvían a colocar la barra caída, la piel de esas manos resecas de tanto lavar a los caballos y manchadas con la grasa de los arreos, todo eso quedaba al descubierto a la luz del sol de la primavera.

Entre los dos mozos, la yegua y el jinete existía una simpatía que no necesitaba expresarse con palabras. Cuando el animal se asustaba y rehuía el salto, o si lo daba con arrojo y fallaba, una sombra parecía planear sobre los cuatro. La jaca resoplaba y parecía que dejaba escapar un hondo suspiro. Los mozos, vacilantes, colocaban otra vez la barra y Renny hacía girar a su cabalgadura y fruncía el ceño con una expresión terrorífica. Sin embargo, cuando saltaba bien y durante un segundo parecía colgar del cielo como un pájaro, antes de caer triunfante sobre sus patas y lanzarse a medio galope por la pista, hombres y yegua emanaban un resplandor semejante al de los rayos del sol. Un grupo de vacas que se habían reunido en calidad de espectadoras junto a un cercado contiguo contemplaban la escena sin mostrar ningún interés. En el momento crítico, alguna podía dejar de rumiar, como para concentrarse mejor en lo que estaba pasando, pero por muy excepcional que fuera el salto o por muy flagrante que fuese el fracaso, luego seguía a lo suyo con distante serenidad.

«La yegua lo ha hecho bien —pensó Finch—. Creo que es un buen momento para hablar con Renny».

Este había desmontado, le había dado las riendas a Wright y ahora se dirigía con paso lento hacia su hermano mientras se frotaba las palmas de las manos con un pañuelo arrugado.

—Ha estado magnífica, ¿no? —le dijo Finch tratando de descifrar su expresión—. Creo que será una saltadora estupenda.

—Eso espero. Es un gran animal. Tengo intención de montarla este otoño en Nueva York si puedo. —Se volvió hacia Mooey—. Pero bueno, ¿a ti qué te pasa en la nariz? —Se la limpió de un vigoroso pellizco con el pañuelo.

—A lo mejor tendría que haberle tapado la cabeza.

El pequeño, con la naricilla enrojecida, proclamó:

—Voy a montar aballito bonito y no teno medo.

—Habla demasiado de no tener miedo —observó Renny—. Suena como si tratara de tranquilizarse a sí mismo. A ver si no sale tan torpe para montar como tú.

—Espero que no —replicó Finch con voz triste. Costaba muy poco deprimirlo.

Se hizo un momento de silencio mientras Renny se quitaba el barro de las piernas con la fusta. Luego Finch dejó al niño en el suelo y, volviéndose hacia su hermano, le soltó con la energía de la desesperación:

—Mira, Renny, no puedo volver a la universidad. De verdad que no puedo.

El otro siguió golpeándose la pierna con la fusta, pero no contestó. Su expresión se endureció.

—Tú no lo entiendes —continuó Finch— porque haces lo que te gusta. A mí la universidad no me gusta. Es una carga, un peso monótono e irreal. No sé de qué me va a servir continuar.

Los fieros ojos castaños del cabeza de familia, cuya mirada lo hacía temblar, se clavaron en los suyos.

—¿Y qué demonios te gusta a ti? Ojalá lo supiera. Creía que era la música y te he dejado dar clases y pasar horas y horas practicando cuando debías estar estudiando. Y luego, cuando tocas en un recital, no puedes hacerlo peor y dices que es que no te gusta el público…

—¡No! —protestó Finch—. No dije eso. Dije que me daba miedo tener público.

—¿Miedo? ¡Por Dios! Miedo. Eso es lo malo. Siempre tienes miedo. No me extraña que el crío gimotee sin parar que no tiene miedo. Se lo has metido en la mollera.

Finch se había quedado pálido y estaba temblando.

—Oye, Renny… Verás, yo… Tú no entiendes…

—¡Claro que no! Nadie lo entiende. Eres de lo que no hay. Eres estudiante y no puedes estudiar. Eres actor y no puedes actuar. Eres pianista y no puedes tocar. Tienes veintiún años y te comportas como una colegiala.

Finch levantó una mano. El sol dio en la esfera del reloj de pulsera que esa misma mañana le había regalado Renny. Se maldijo a sí mismo por idiota. ¿Por qué? ¿Por qué había elegido justo ese día para decírselo? Dejó caer el brazo. Se sentía herido en el alma.

—Supongo —prosiguió Renny— que te crees que porque eres mayor de edad y vas a recibir algún dinero…

—¡No! No, no es eso. Es solo que quería decírtelo, que pensaba que, por lo menos, debía decírtelo.

—¿Y por qué no me lo has dicho antes? ¿Por qué me has dejado hacer planes para tu educación?

A pesar del infeliz torbellino de emociones, Finch no pudo evitar preguntarse qué esfuerzos había hecho Renny para dirigir sus estudios, como no fuera pagar con retraso los gastos de la escuela y su empeño en que no perdiera ni sola una clase ni un examen.

—Te lo devolveré todo —repuso con voz ronca.

—¡Ni un centavo! No quiero que me devuelvas ni un centavo.

—Pero ¿por qué? ¡No hay razón para que no lo aceptes! —exclamó Finch como un loco.

—Tengo todas las razones del mundo. No aceptaré ni un centavo.

—Pero ¿por qué?

—Porque si lo aceptara, no te habría criado ni educado como era mi obligación hacer.

—¡Pero eso no es una razón! Sé lo que te cuesta ganar el dinero. Todo este tiempo he estado pensando: «Se lo compensaré a Renny». Ha sido esa idea la que me ha animado hoy a decirte lo que te he dicho. Renny, tienes que aceptarlo.

—Ni un centavo. Mira, no puedo obligarte a seguir estudiando, pero al menos me quedará la convicción de que he hecho todo lo que he podido y que, si sales una calamidad, no será culpa mía.

Se había enfadado. Enseñaba los dientes, pensó Finch, como si fuera a morderlo. Se le nubló la vista. Aquella escena soleada empezó a dar vueltas. Apoyó las manos en la cerca y tuvo que hacer un gran esfuerzo para mantenerse en pie.

Mooey miraba a sus tíos y le temblaba el labio.

—No teno medo —balbuceó.

Renny hizo amago de golpearlo con la fusta.

—Di eso otra vez y te doy un azote.

Por nada del mundo habría tocado a Mooey con la fusta, pero hablaba y lo miraba como si estuviese a punto de hacerlo. Mooey alzó

la voz en un lamento de angustia.

En ese momento Piers se acercaba a ellos en el coche. Había ido al pueblo y traía el correo. Se apeó con las cartas en la mano. Su hijo corrió hacia él chillando, agitado de pies a cabeza.

—Vaya gallina que tienes por hijo —le dijo Renny—. Le da miedo hasta su propia sombra. Se parece a su tío Finch.

El instinto paternal de Piers se despertó. Cogió al chiquillo en brazos y lo consoló.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué ha hecho? Porque tienes una cara como para espantar a cualquiera.

—Bah, nada —repuso Renny—. Solo que Finch acaba de decirme que no quiere volver a la universidad. Que no le gusta.

Los saltones ojos azules de Piers comprendieron en un momento la situación. Calló un instante mientras ponderaba la cuestión para sus adentros. Luego dijo con voz grave:

—Bueno, no me sorprende. Yo ya sabía que no le gusta estudiar. Le pasa igual que a mí. No veo qué sentido tiene que estudie Artes ni que empiece una carrera así si no le interesa. Si yo fuera él, haría lo mismo.

Renny les dio la espalda sin decir una palabra más y se dirigió a grandes zancadas hacia la cuadra. Piers observó tranquilamente la figura que se alejaba.

—Te lo has puesto en contra. Hoy ya no se le pasa el disgusto.

—No sé qué hacer —se lamentó Finch con amargura—. No puedo seguir así y creí que podría compensarle los gastos, pero no me deja. Se ha puesto hecho una furia.

—La abuela no estará muerta del todo mientras él viva. Tú habrás heredado su fortuna, pero su genio lo ha heredado Renny.

—Ojalá se quedara él con las dos cosas —espetó el otro. Le temblaba tanto la mandíbula que tuvo que apretar los dientes para contenerla.

—No te sulfures —dijo Piers en tono conciliador—. Los veintiuno no duran mucho, créeme. Mi consejo: que aproveches todo lo posible. Márchate una temporada y te perdonará y deseará que vuelvas. —Examinó el correo—. Hay una carta para ti, de Inglaterra. Será una felicitación de la tía Augusta por tu cumpleaños, supongo.

Finch cogió la carta y echó un vistazo a la fina escritura. Con un nudo en la garganta, se dio la vuelta para volver a casa.

—Gracias —musitó. Y enseguida añadió—: Y gracias por haberte puesto de mi parte.

—De nada. Hay muchas cosas en las que no coincidimos, pero en esto sí. Estarías loco si perdieras el tiempo con algo que detestas cuando tienes el mundo a tus pies… ¿Te han gustado los gemelos?

Piers era una de esas personas a las que les cuesta un triunfo dar las gracias por un regalo, pero que disfrutan de lo lindo con los reiterados agradecimientos de los demás.

A Finch se le iluminó el rostro.

—¡Ah, sí! Me gustan muchísimo.

—Son bastante buenos, no sé si lo sabes.

—Ya me he dado cuenta. Pero Pheasant y tú no teníais por qué molestaros. Ha sido demasiado.

—Bueno, nunca te había regalado nada. Y si te gustan…

—Muchísimo.

—Fuimos los dos a la ciudad para elegirlos. Aquel día que se estropeó el coche y Pheasant pilló un buen resfriado.

Finch sintió aumentar su gratitud.

—Sí, me acuerdo. Siento que se resfriase por mi culpa.

—No le importó demasiado. Ya suena el reloj de la cuadra, vamos a llegar tarde al almuerzo. Aunque, con la cena que nos espera, no creo que sea muy copioso. Me llevo al niño.

Mientras volvía a casa, Finch abrió la carta de su tía. La quería con verdadero afecto. Había sido muy buena con él siempre que iba a Jalna, se había preocupado mucho por lo delgado que estaba y había tratado, aunque sin éxito, de hacerlo engordar. Era muy propio de ella haberse acordado de su cumpleaños y enviarle una carta con el tiempo justo para que le llegara precisamente en esa fecha. Empezó a leer y, al llegar al último párrafo, los labios se le curvaron en una sonrisa irónica.

LYMING HALL
NYMET CREWS, DEVON
18 de febrero

Querido sobrino:

Confío en que esta carta te halle bien y feliz y en el glorioso momento de alcanzar la mayoría de edad. Llegas a la madurez rodeado de las más favorables circunstancias. Desearía estar a tu lado para trasladarte en persona mis buenos deseos, pero dudo mucho que vuelva a visitar Canadá. La mera idea de emprender tal viaje a mi edad resulta aterradora. La travesía del océano y su fiel acompañante, la náusea; el agotador trayecto en ferrocarril, con la incomodidad y el calor de vuestros trenes; y, además, la triste certeza de que mi querida madre ya no me espera con los brazos abiertos. Tampoco mis hermanos me prodigan las atenciones que debieran. Me refiero en particular a Nicholas, si bien lo menciono, sobra añadir, en la más estricta confianza.

Me gustaría mucho que me visitaras este verano durante tus vacaciones. Incluso una breve estancia en Inglaterra en este momento de tu vida te ayudaría a ampliar horizontes.

Quisiera poder ofrecerte una animada vida social, como habría sido posible años atrás, pero esos tiempos pasaron. Pasaron como aquellos en que mis padres regalaban en Jalna una hospitalidad tan profusa.

No obstante, sí puedo ofrecerte la joven compañía de tu prima segunda, Sarah Court. Ella y su tía política, que es con quien vive, piensan venir de Irlanda a pasar parte del verano conmigo. El marido de la señora Court era hermano del padre de Sarah. Ambos eran hijos de Thomas Court, el hermano menor de mi madre. La señora Court es inglesa, aunque vive todavía en Irlanda, y nunca creerías que la propia Sarah es irlandesa. Tiene veinticinco años, es una chica muy superior desde el punto de vista intelectual y tan aficionada a la música como tú. Yo siempre he apreciado mucho a su tía, aunque es una mujer bastante especial que, en mi opinión, da demasiada importancia a su elevada tensión arterial. Estoy convencida de que Sara y tú congeniaríais muy bien.

Si quieres venir a visitarme, escribiré a Renny y le diré que me gustaría recibirte. Me complació muchísimo que Alayne y él salieran de mi casa para casarse y que pasaran la luna de miel cerquita de aquí. Transmite todo mi cariño a mis sobrinos y sobrinas, a mis hermanos (a los que tanto me gustaría volver a ver) y a mi pequeño sobrino nieto.

Espero que seas muy feliz, mi querido Finch, y confío en que sabrás que ninguno de nosotros alberga el menor resentimiento ni malevolencia hacia ti por la cuestión de la herencia.

Tu tía que te quiere,

AUGUSTA BUCKLEY

P. D.: Hace poco he recibido carta de Eden. Era para pedirme dinero. No hacía ninguna mención de esa mujer. A. B.

Finch llevó la carta a Alayne, que estaba en el comedor arreglando unos claveles para la mesa de la cena.

—¡Mira, Finch! —exclamó esta al verlo—. ¿A que son preciosos? Han llegado fresquísimos. Al principio he pensado en adornarlos con tul, pero no pegaba nada con la estancia. Una no puede hacer todo lo que quisiera con este comedor, tiene demasiado carácter.

Finch olió los claveles y, algo inquieto, echó una ojeada a la profusión de plata y damasco. Nunca le habían dado una fiesta y el placer que le causaba la idea se veía contrarrestado por la aprensión, aun cuando los invitados no eran más que parientes y los vecinos más

próximos.

—No irán a beber a mi salud, ¿verdad? —preguntó nervioso—. ¿Querrán que dé un discurso o algo por el estilo? Me da pánico pensar que me espere una cosa así.

—Pues claro que beberán a tu salud. Tú solo tienes que levantarte, hacer una leve reverencia y decir unas palabras de agradecimiento.

Finch gimió.

—¡No seas tonto! —lo reprendió su cuñada—. ¿Cómo puede darte miedo decir unas cuantas palabras en tu propia mesa cuando tocaste tan bien en una sala llena de desconocidos?

—Si crees que vas a animarme recordándome ese recital, te equivocas. Detesto pensar en ello.

—¡Pues yo no! Yo lo recuerdo con orgullo.

Sin embargo, Alayne no se atrevió a mirarlo a la cara por miedo a que sus ojos dejasen ver la certidumbre de que en aquella ocasión no había tocado tan bien como habría podido.

Finch dejó escapar un largo suspiro.

—Oye, la mesa está preciosa, pero ¿dónde vamos a almorzar?

—En el cuarto de estar. Ya está preparado.

—Acabo de recibir una carta de la tía Augusta. ¿Te da tiempo a leerla ahora?

—Sí, claro, me encantaría.

Alayne se sentó sobre el brazo de una butaca junto a la ventana, en una actitud que sugería tanto reposo como capacidad de resolución. Los ojos de Finch se detuvieron en el dorado de sus cabellos, en el azul de su vestido. Viéndola así, el joven comprendía —como muchas otras veces— que jamás había sido ni sería nunca una de ellos, que ni siquiera encajaba con los muebles y objetos de la casa. Era como si acabase de llegar procedente de un mundo distinto, trayendo consigo un aire de transparencia e interrogación, y como si hubiera de volver a desaparecer, con esa transparencia algo enturbiada, pero sin haber obtenido respuesta a sus preguntas. Y, sin embargo, se agitaba fácilmente. A veces se advertía en ella un espíritu salvaje, como si quisiera abrirse a la fuerza un camino que le permitiese llegar hasta la médula de la familia y tomar allí posesión de esa vida al igual que ella se sentía poseída por Jalna.

Alayne alzó los ojos y, al ver cómo la contemplaba Finch, sonrió.

—¡Qué carta tan característica! —exclamó—. Los subrayados son deliciosos. Y los adjetivos… Vamos, ¿qué podría ser más perfecto que «malevolencia»?

Volvió la hoja y leyó la posdata, pero no hizo el menor comentario; solo una mueca de desdén.

—¿Qué te parecería —le preguntó Finch— que fuera a visitar a la

tía Augusta? Me gustaría ir. Acabo de decirle a Renny que no quiero volver a la universidad.

—¿Cómo se lo ha tomado? —No la había cogido por sorpresa porque ya lo habían comentado entre ellos, pero no podía hablar de Renny sin que todo su ser se estremeciera.

—Como cabía suponer. Nos hemos peleado.

—Cuánto lo siento. Y qué vergüenza. ¡En tu cumpleaños!

—Bueno, ahora ya lo sabe. Aunque pasó algo que no me esperaba. Piers se puso de mi parte.

A Alayne le intrigó por qué Piers se habría puesto de parte de Finch. Sospechaba que era muy astuto y no podía fingir que no era consciente de la aversión que sentía hacia ella, aunque quedara oculta tras un aire de camaradería. La había recibido con mayor frialdad aún como señora de Jalna que cuando llegó la primera vez como esposa de Eden. Seguro que le habría gustado que Pheasant fuese la única mujer de la casa, su esposa, una chiquilla joven y dócil, aunque en cierta ocasión había resultado ser muy ligera de cascos.

—Tienes que ir a Inglaterra —dijo por fin—. ¡Claro que sí!

Lo cogió por las solapas de la chaqueta y le dio un fugaz beso en la mejilla. Era la primera vez que lo besaba. Se dio cuenta de su hambre espiritual y el beso fue un gesto no solo de consuelo, sino de anhelo por satisfacer esa hambre.

Finch se emocionó. Le brillaban los ojos y la cogió de las manos.

—Qué buena eres conmigo.

—Oye —bromeó ella para atormentarlo—, me parece que la tía Augusta tiene intención de emparejarte con esa tal Sarah Court.

—¡Qué tontería! La tía me considera un chiquillo.

—Tal vez, pero los chiquillos se acaban convirtiendo en maridos. Sobre todo cuando están invitados en una casa en compañía de una prima bonita.

—No me hace gracia lo que dice de ella.

—Dice que le gusta la música.

—No me gusta cómo suena eso.

—Bueno, no vayas a creerte que yo quiero que te cases. No deberías casarte hasta haber madurado del todo. Aún deberían pasar varios años.

Sonó la campana del almuerzo y casi al mismo tiempo se oyeron voces en el cuarto de estar. Encontraron a los demás allí, de pie, comiendo sándwiches de rosbif y bebiendo té. Wakefield, emocionado por la novedad, iba de un lado a otro con medio bollo untado de mantequilla en cada mano. No había tanto alboroto en la casa desde el funeral de su abuela, ni habían hecho desde entonces ninguna comida que no fuese una comida seria ni se habían abierto las puertas a

ningún invitado. ¡Y todo aquello era por Finch! Por primera vez en su vida, Wakefield lo miró con respeto. Buscó una silla y, cogiéndola por debajo de los brazos, la arrastró hacia Finch.

—¡Toma! —exclamó pomposo—. Toma una silla. Siéntate y descansa.

Estalló una carcajada general a expensas de Finch. Este apartó al muchacho con la silla y se dirigió avergonzado a la mesa donde estaban colocadas las viandas. Cogió un sándwich y, antes de acordarse de ofrecerle la bandeja a Alayne, ya le había dado un buen mordisco. Trató de servirle a su cuñada una taza de té, pero lo derramó en el platillo. Se sacaba de quicio a sí mismo.

También sacaba de quicio a Renny. El hermano mayor vigilaba sus torpes movimientos con una siniestra mirada de desaprobación. ¿Qué demonios le pasaba a ese chico? Siempre estaba nervioso por algo. ¡Y ahora aquello! Ese deseo de abandonar los estudios justo cuando iba a heredar su fortuna. Era esa falta de carácter lo que resultaba exasperante. Ojalá fuera un tarambana, un imprudente, ¡pero esa forma de encogerse ante cualquier cosa! ¿Acaso esos medio hermanos de cuya educación se había preocupado iban a resultar una decepción tras otra? Todos menos Piers. No tenía nada que decir en contra de Piers. Pero Eden… Nunca estaba en condiciones de ganarse la vida, pero sí podía mantener a esa muchacha, Minny. Aunque no se había casado con ella, como debería haber hecho. Ahora Finch se hacía mayor… Y el pequeño Wake, que era como su propio hijo, ¿qué lograría hacer de él? Miró sombrío al niño encanijado de tez morena y rebosante de sensibilidad, de ojos brillantes y largas pestañas demasiado grandes para su carita… Lo habían pillado mintiendo, lo habían pillado robando… En fin, la vida era algo raro y triste, y esta era una ocasión rara y triste, aunque los demás estuviesen allí sonriendo con los sándwiches en la mano como un puñado de colegiales en una merendola.

Nicholas, riéndose para sus adentros, pensaba: «Ya podía Renny alegrar esa cara, ahora que Ernest y yo hemos adoptado un aire festivo. Al fin y al cabo, la fiesta fue idea suya».

Finch era incapaz de satisfacer su apetito. Como solía ocurrirle cuando se hallaba en ese estado de agitación mental, le resultaba difícil llenar el estómago, sobre todo con una comida como esa. No había suficientes bollos untados con mermelada de ciruela que lo lograsen. Fue el último en salir de la habitación. Había confiado en que Renny se demoraría y le daría así la ocasión de aplacarlo, pero tras despachar dos sándwiches y una taza de té que bien podría abrasar entrañas de fibra menos resistente, su hermano había salido con paso airado del cuarto de estar.

La tarde se le hizo interminable. Estuvo rondando por toda la casa,

observando los preparativos, tocando a ratos el piano, tomándole el pelo a Pheasant y, en cuanto le era posible, charlando un instante con Alayne sobre ese asunto de interés inagotable para él: su propia persona.

Bajó con Wakefield a la cocina, al sótano, e inspeccionaron las aves ya atadas y preparadas para asar, las copas de vino abrillantadas y listas para llenarse, los moldes de gelatina y los cubos repletos de hielo picado donde se conservaban los helados napolitanos traídos de la ciudad. Nunca habían visto tan roja la cara de la señora Wragge, ni tan pálida la de Rags, ni tan manchados los brazos de Bessie mientras limpiaba el apio. Todos parloteaban nerviosos. Miraban a Finch con ojos de asombro al pensar que había llegado a la cima de su gloria.

Mucho antes de que llegara la hora de vestirse para la cena, estaba ya en su cuartito del ático. La noche había refrescado. Se puso la bata, una de colores vivos que en otro tiempo había pertenecido a Eden, las zapatillas que habían sido de Renny, cogió la toalla grande, una de las que Meggie le había regalado por Navidad, y bajó al cuarto de baño. Allí también hacía frío, pero le había pedido a Rags que llenara la bañera de estaño con agua muy caliente y, a decir verdad, la había calentado a conciencia. Lo bastante para dejarlo cocido. Cuando volvió corriendo arriba, estaba colorado de tanto calor y muy agitado.

Ya tenía el traje extendido sobre la cama. Solo se lo había puesto dos veces, una para un baile en casa de los Leigh y otra para el recital. La chaqueta le sentaba bien, pensó mientras se inspeccionaba en el espejito. Alayne le había dado un clavel blanco para el ojal. Se cepilló el pelo mojado, insistiendo sobre todo en ese mechón que tendía a caérsele sobre la frente. Se limpió las uñas y deseó no tener los dedos tan manchados por el tabaco. Sintió un escalofrío y no supo si atribuirlo a la emoción o al contraste entre el baño caliente y el frío de la habitación. ¡Madre mía, qué buen efecto hacían los gemelos nuevos y el reloj de pulsera! Miró de reojo la esfera… ¡Faltaba todavía hora y media para la cena!

¿Qué iba a hacer? No podía bajar a esas horas, con ese aspecto de idiota y un clavel en el ojal. Pero si se quedaba allí, se moriría de frío. Se maldijo por sus estúpidas prisas.

No obstante, si le venía en gana bajar y estar sentado hora y media en el salón, ¿a quién le importaba? Se dijo que podía hacer lo que quisiera el día de su cumpleaños… Ya había bajado media escalera desde el ático cuando oyó que Piers subía silbando desde el recibidor. Se encontrarían en el pasillo o bien Piers, al mirar arriba, lo vería en la escalera. El mero hecho de verlo con el traje a esas horas le bastaría para reírse a sus expensas durante toda la noche. Ya se lo imaginaba diciendo a los que llegasen primero: «Es una lástima que no pudieran ustedes llegar antes. El joven Finch lleva una hora y media

esperándolos, vestido de punta en blanco, para darles la bienvenida». No, no podía arriesgarse. No debía arriesgarse a que lo viera ningún otro miembro de la familia.

Retrocedió y se metió otra vez en su habitación. Miró el reloj. Habían pasado cinco minutos. De una forma u otra, debía pasar la siguiente hora y cuarto en esa caverna helada. Contempló anhelante la cama. ¡Ojalá pudiera echarse y taparse con la colcha y estar calentito! Pero el traje se arrugaría enseguida. Lo mejor sería envolverse en la colcha y buscar algo para leer. Se la echó con mucho cuidado por los hombros, protegiendo el clavel con una mano. Se sentía de lo más desgraciado… ¡Qué infierno le estaba resultando eso de llegar a la mayoría de edad!

Cogió de la estantería un volumen de los poemas de Wordsworth. Tenía una encuadernación muy lujosa y era el único premio que había ganado en el colegio. La ayuda que imploraba, ese algo de orgullo y satisfacción interna podría hallarlo en ese libro, pensó. Algo que lo fortaleciese en esos momentos. Se sentó, lo abrió y leyó: «Obsequio a Finch Whiteoak por su excelente conocimiento de las Sagradas Escrituras». Y la fecha, nueve años atrás. Entonces era un niño en un colegio pequeño. Hacía nueve años… ¡Cómo había progresado!

Pensó en los numerosos premios que habían ganado sus hermanos en la escuela, pues cada uno de ellos había destacado en una o dos materias. En cuanto a los deportes, les había costado buscar sitio para meter todas las copas de plata y los trofeos. En fin, al menos había conseguido uno y eso era mejor que nada. Leyó sin mucho ímpetu durante un rato que le pareció larguísimo, repartiendo su atención entre los gemelos y el reloj nuevos y la poesía, que no le interesaba gran cosa. Sin embargo, el ritmo lo apaciguó en cierto modo, mientras la colcha lo mantenía caliente. No era fácil evitar que se le escurriera a la vez que protegía el clavel con una mano y sostenía el libro de poemas con la otra. Le entraron ganas de fumarse un pitillo, pero temía destaparse si se levantaba a buscarlo y estropear el clavel al volver a taparse luego. Tal vez fuera mejor quitarse un rato la flor, pero correría el mismo riesgo al volver a ponérsela.

Oyó que Wakefield correteaba por el piso de abajo y silbó con fuerza para atraer su atención. El niño subió volando las escaleras. Finch escondió el libro de poemas bajo la colcha.

—Hola —dijo Wakefield—. ¿Por qué estás tan envuelto en la colcha?

—Me he bañado y tenía frío. Busca en ese cajón de arriba del todo y alcánzame los cigarrillos, hazme el favor.

—¡Estás muy raro, en serio! —exclamó Wake al tenderle el paquete —. Te has envuelto en la colcha, pero por debajo te asoman los zapatos y los pantalones.

Finch lo miró con el ceño fruncido, de una forma que pretendía parecer terrorífica, pero no se atrevió a extender más que la punta de los dedos hacia los pitillos para que no se le vieran los puños. Y Wake los sostenía justo fuera de su alcance.

—¡Dámelos! —gruñó Finch por la comisura de los labios, como hablan los villanos en el teatro.

—Te los estoy dando. —El tono del chico era manso, pero tenía los ojos clavados en una estrecha rendija de la colcha y no acercaba más los cigarrillos—. Toma, ¿por qué no los coges?

—¿Cómo demonios los voy a coger si no me los acercas más?

—No están tan lejos. Solo un poquito. ¿Qué te pasa? ¿Estás enfermo? Porque, en ese caso, tal vez no te convenga fumar.

Exasperado más allá de lo soportable, Finch sacó una mano de la colcha y le arrancó el paquete de un tirón, tras lo cual volvió a envolverse de inmediato y con más afán aún en la colcha.

—Y ahora —le dijo—, largo de aquí y basta de descaros.

Al salir, Wakefield tenía un gesto tan pensativo que parecía ir a la deriva por el pasillo y la escalera. Finch se había sofocado. Soltó la colcha y se llevó un pitillo a los labios. Cogió una cerilla, pero al encenderla oyó que Wakefield y Piers hablaban en el pasillo de abajo. Contuvo el aliento y oyó que subían despacio por la escalera. Como una flecha, salió disparado hacia la puerta y se echó contra ella con todas sus fuerzas justo cuando Piers llegaba al descansillo. Corrió el cerrojo. Desde fuera le llegó el sonido de una risa ahogada.

—Oye, Finch —dijo la voz de Piers—, ¿puedes darme un pitillo?

—No —gruñó él—. No me queda ninguno.

—El chaval dice que sí.

—Porque es un embustero.

—Bueno, oye, me gustaría hablar un rato contigo.

—Lo siento. Ahora no puedo. Estoy ocupado.

—¿Te pasa algo? El chico dice que, cuando ha subido hace un momento, no parecías encontrarte muy bien.

—¡Déjame en paz! —rugió Finch, que a continuación demostró que los ejemplos que había tenido delante en cuestión de palabrotas no habían caído del todo en saco roto.

Cuando sus hermanos se marcharon, contempló el clavel. Lo había aplastado contra la puerta. Consultó el reloj. La gresca había tenido algo bueno, por lo menos. Había hecho que el tiempo pasara volando.

Los Vaughan fueron los primeros en llegar: Meggie, algo más rechoncha, algo más exuberante desde que era esposa y madre;

Maurice, algo más canoso y de masculinidad un tanto más apagada. Meg abrazó a Finch. ¡Qué acogedora la profundidad de aquel pecho! Nunca se había hundido en él, pero deseó poder hacerse una madriguera en sus tiernos abismos y quedarse allí acurrucado para siempre. Su hermana le dio tres besos en la boca y le puso un paquete en las manos.

—Con todo nuestro cariño y muchos, muchísimos, buenos deseos.

Wake se precipitó hacia ellos para ver de qué se trataba. Era un pañuelo blanco de seda para el cuello.

—Gracias —murmuró Finch.

Maurice le estrechó la mano. Por el camino, su mujer le había dado instrucciones de no hacer alusión a la herencia, pero no pudo resistir la tentación de decirle:

—¡Bueno, disfrútalo mientras eres joven! —Y su mirada no se dirigía al pañuelo.

Meg le hizo una carantoña a Wakefield, comentó que tenía mala cara y subió al cuarto de Alayne a dejar sus cosas. Los hombres andaban por allí con el aire conciliador que solían adoptar ante los antagonismos femeninos. Sabían que Meggie y Alayne no se llevaban muy bien y que Pheasant y Meggie no se podían ni ver. Todos se alegrarían cuando llegasen los demás invitados.

No tardaron en presentarse unos tras otros. Los Fennel: el rector, fornido, radiante, con el pelo y la barba más arreglados de lo que tenía por costumbre incluso los domingos; George, muy parecido a él; la señora Fennel, larga de espaldas, de cara afilada y ojos que siempre parecían buscar una silla vacante donde dejarse caer; Tom, parecido a ella. Luego las dos señoritas Lacey, cuyo difunto padre había sido almirante y de las cuales la mayor había ido detrás de Nicholas cuarenta y siete años antes. Después llegó la señorita Pink, la organista, avejentada de forma prematura por verse empujada, año tras año y por la impetuosidad combinada de los Whiteoak, a tocar himnos y salmos a una velocidad que ella consideraba poco menos que blasfema. Estaba muy nerviosa por ir enseñando los hombros con aquel vestido de noche, que apenas se ponía, y los disimulaba con un chal, aunque a decir verdad eran su mejor rasgo. Estos eran los viejos amigos y vecinos.

Bastante más tarde, y procedentes de la ciudad, llegaron los Leigh. Para el resto de la familia eran meros conocidos, pero Finch consideraba a Arthur Leigh su mejor amigo. Madre e hija, con sus ceñidos vestidos de un delicado tono verde, parecían más bien hermanas. Finch estaba impaciente por quedarse a solas con Arthur para contarle sus planes sobre el viaje, sobre todo porque el propio Arthur había hablado de su intención de pasar el verano en Inglaterra.

Solo faltaban dos personas para completar la reunión. Eran unas vecinas que vivían en una casita muy pequeña y bastante aislada, pero en comparación con el resto se trataba de dos extrañas. Hacía cosa de año y medio, Antoine Lebraux había traído a su mujer y a su hija desde Quebec y había adquirido esa propiedad con el fin de dedicarse a la cría de zorros plateados. Había sido funcionario, pero su salud se había quebrantado mucho y le habían recomendado llevar una vida más en contacto con la naturaleza. Su mujer, que tenía parientes en el Alto Canadá, quería estar cerca de ellos y a ochenta kilómetros de distancia de la residencia de un hermano suyo había descubierto esa pequeña propiedad abandonada que estaba a la venta. Lebraux, con el entusiasmo propio de su gente, se había entregado en cuerpo y alma a esa nueva vida. Había comprado buenos zorros de cría y se había leído todos los libros posibles.

Renny lo conoció y le cayó bien. Iba muchas veces a caballo hasta su casa para ver cómo progresaban los zorros. Las primeras camadas fueron admirables. El cambio de clima le sentaba bien a Lebraux y su enfermedad acusaba indicios de mejoría. Pero la buena suerte no estuvo mucho tiempo de su parte. La mejor de sus zorras se escapó y no volvieron a verla. Las crías posteriores ya no fueron tan buenas, una zorra murió y, cuando compraron ejemplares nuevos con la esperanza de mejorar su resistencia, los ladrones se llevaron los mejores. Los cuerpos de los zorros se encontraron a menos de un kilómetro, enteramente desollados. Todo aquello afectó mucho a la salud de Lebraux. Se había vuelto tan irascible que a veces Renny se compadecía de su mujer y su hija. Cuando Lebraux se vio al fin confinado en casa, suplicó a Renny que fuese a verlo tan a menudo como pudiera. Charlando con él, le era más fácil olvidar su fracaso, su decepción, la sensación inminente de desastre. «¡Eres un buen tipo! —exclamaba a menudo—. Me agrada tenerte por aquí. Tú y yo apreciamos las cosas bellas y delicadas de la vida». A Renny jamás le habían dicho semejante cosa y le gustaba. Y así habían hablado de zorros, de caballos y de mujeres.

Lebraux se aficionó al brandi. Tenía arrebatos de desesperación durante los cuales amenazaba con atentar contra su vida. Tan solo la presencia de Renny conseguía calmarlo. A menudo la señora Lebraux había mandado a su hijita a Jalna con una nota para Renny, rogándole que acudiese en su ayuda. Desde que Lebraux murió, en enero, Renny se pasaba la mitad del tiempo en su casa. El hermano de la señora Lebraux se había mantenido al margen todo lo posible, pues deseaba eludir la responsabilidad que presentía le iba a caer encima.

Había sido idea de Renny invitarlas, una idea que no fue muy bien recibida por el resto de la familia. La señora Lebraux fue a visitar a Alayne poco después de la boda. Alayne le había devuelto la visita y

ahí se había acabado la intimidad. Alayne sentía una mezcla de lástima y repulsión por esa familia. Los tíos se habían mostrado de acuerdo con ella en que eran gente muy rara. «No se parecen en nada a las familias que solían establecerse aquí». Meggie no las había visitado nunca. Piers había menospreciado a Lebraux, sus fracasos y lo que él consideraba su falta de carácter. Se burlaba de la espesa melena amarillenta de la señora Lebraux, surcada de mechones oscuros, de sus ojos redondos de pestañas claras y de sus manos enrojecidas. Pero Renny se salió con la suya. La pobre mujer no había ido a ninguna parte desde la muerte de su marido y la muchacha podría tener entretenido a Wakefield.

Si la señora Leigh y Ada parecían hermanas al entrar en el salón, la señora Lebraux y la pequeña Pauline no parecían guardar entre sí el menor parentesco. La madre era una mujer rubia, de aspecto sano y robusto, muy parecida a su padre, un terranovense que había hecho fortuna con las pesquerías y luego se las había arreglado para arruinarse. Pauline era como Lebraux, una niña morena y delgada, de quince años, vestida de blanco, que prometía llegar a ser bastante bonita. Sus padres se habían conocido en el gran tobogán junto al Château Frontenac y se habían deslizado precipitadamente hacia el matrimonio.

Era un grupo extraño y abigarrado, pensaba Alayne mientras se dirigían en fila hacia el comedor, pero era la primera vez que hacía de anfitriona desde que se había casado y estaba bastante inquieta, temerosa de que algo saliera mal. Lo cierto, sin embargo, es que no tenía motivos para preocuparse por eso. Allí donde se reunían los Whiteoak, no había peligro de aburrimiento. Hablaban todos a la vez, como un jardín de exuberantes flores que brotase de golpe con la primera caricia del sol. Una ocasión festiva, la perspectiva de una buena cena acompañada de abundante bebida, era para ellos sol más que suficiente. Ernest llevaba del brazo a la señora Leigh; Nicholas, a su antiguo amor, la señorita Lacey; Vaughan, a la señora Fennel; Finch, a Ada Leigh; Renny, a la señora Lebraux, y los demás se distribuyeron de la forma más armoniosa posible hasta llegar a los dos niños, que cerraban la fila sonriéndose muy serios el uno al otro, aunque Pauline le sacaba media cabeza a Wakefield.

Fueran las que fuesen las faltas de la señora Wragge, jamás podría decirse de ella que no era buena cocinera. Las aves de corral, en sus manos, se desprendían por completo del plumaje y se trocaban en relucientes formas de una dulzura celestial. Las verduras las escurría en el momento justo, los pasteles le salían esponjosos y ligeros. Tan solo el pudin le quedaba un poco pesado y esa noche no había pudin. Wakefield apenas podía dar crédito a sus sentidos al ver toda la vajilla buena y la cubertería de plata en la mesa. Las cosas que por lo general

se guardaban en vitrinas, tras los cristales, estaban ahora dispuestas como si se usaran a diario. Delante de cada plato se agrupaba un juego de copas, incluso delante de su sitio y del de Pauline.

—¿Has estado alguna vez en una fiesta como esta? —le preguntó a la chica tratando de no darse demasiada importancia.

—No, ¿verdad que es precioso?

Pauline sonrió y Wakefield pensó que sus labios tenían una forma muy bonita de dejar al descubierto aquellos blanquísimos dientecillos. Observó sus manos blancas y finas y luego miró de reojo a la señora Lebraux, que estaba al otro lado de la mesa.

—No te pareces para nada a tu madre —le dijo mientras acomodaba la barbilla sobre el cuello Eton.

—No, me parezco más a papá. —La muchacha dejó de comer y se encogió un poco. Un aire de tristeza y de ensimismamiento le ensombreció el rostro.

—Mi padre —le contó Wakefield con los ojos clavados en ella— murió antes de que yo naciera.

Pauline se sobresaltó y lo miró con un interés casi temeroso.

—¿De verdad? No sabía que eso fuera posible. Yo creía que para nacer había que tener padre y madre.

—Yo no. Mi padre ya había muerto y mi madre murió cuando yo nací.

—¡Qué horrible debió de ser para ti! —suspiró la chica.

Él asintió.

—Sí. Soy lo que llaman un hijo póstumo. Creo que eso ha pesado mucho sobre mí y es lo que me ha hecho tan delicado. No puedo ir al colegio, no sé si lo sabes. Voy a casa del señor Fennel a que me dé clases, pero hace varias semanas que no puedo asistir por el mal tiempo.

—Ojalá pudiera ir yo también. Sería divertido, ¿no?

Wakefield pareció vacilar.

—Sí… Pero tú eres católica, ¿verdad?

Ella asintió.

—Pero mamá no. No creo que le importara. ¿Crees que el señor Fennel me recibiría?

—Bueno, tal vez. Si prometieras no intentar convertirme ni nada de eso. Al señor Fennel no le gustaría correr ese riesgo.

—¡Claro que lo prometería!

Alrededor de la mesa, la conversación fluía sin dificultad. Alayne se hallaba tal vez menos a sus anchas que los demás. Le preocupaba mucho que todo marchara bien, sobre todo por los Leigh. Rags le suponía una causa permanente de irritación. Su desaliñada pulcritud, su aire de preocupación por las dos doncellas contratadas, su

costumbre de inclinarse sobre Renny para susurrarle cualquier cosa con esa expresión de importancia. ¿Y por qué le sonreía Renny de esa manera? Ojalá no hablase con él durante las comidas. El mayordomo parecía rondar siempre detrás de su silla como un genio maligno y Renny nunca se parecía tanto a su abuela como cuando le sonreía. ¿Qué le estaba diciendo ahora a la señora Lebraux? Aguzó el oído para intentar captar sus palabras.

—Bueno —decía—, le estaría muy agradecido si me dejara usted utilizar sus cuadras. Podría llevar dos caballos. Aquí nos falta espacio, la verdad.

El señor Fennel, al otro lado de la señora Lebraux, se unió a la conversación.

—Me alegra saber que va a quedarse en nuestra comunidad, señora Lebraux. Confío en que se encuentre cómoda en su casa.

La mujer volvió hacia él sus ojos redondos de pálidas pestañas.

—¡Cómoda! No, no estoy muy cómoda, pero voy tirando como puedo…

En ese momento a Alayne le llegó la voz musical de Ernest, que decía a la señora Leigh:

—Sí, estoy inmerso en un trabajo sobre Shakespeare. Hace muchos años que me dedico a ello. Con estas cosas no se puede correr, pero creo que el resultado será…

Nicholas se dirigía casi a voz en grito a su antiguo amor, la señorita Lacey:

—No ha vuelto a hablar desde que murió mi madre. Extraordinario, ¿verdad? Ahí está, sin moverse de su percha, en el dormitorio, como con aire de melancolía.

Luego oyó a Meg, que solicitaba la atención del señor Fennel.

—Nunca se imaginaría usted las cosas que hace y dice. A veces llega a asustarme. Esta misma mañana me ha dicho: «¡Mami, yo quiero ver a Dios!».

Pheasant y Arthur Leigh se reían juntos. Ella decía:

—En serio, conozco a un hombre que vio un potrillo con dos cabezas…

Finch se inclinaba hacia Ada Leigh. Alayne cogió al vuelo solo unas cuantas palabras:

—Desde luego, creo que viajaré un poco. No puede uno quedarse siempre en el mismo sitio.

Cómo les gustaba hablar a los Whiteoak, pensó. Sus voces resonaban en todos los rincones del comedor y, sin embargo, eran los primeros en limpiar los platos cada vez que se servía un nuevo manjar. Raras veces hacían preguntas. Aceptaban el mundo tal como se lo encontraban, sin curiosidad. Tan solo Piers y la señorita Pink, a

la que este había acompañado hasta el comedor, se dedicaban por completo a comer y beber sin tomarse la molestia de hablar. Ella vivía sola y economizaba mucho en la comida. Para entonces había dejado que el echarpe de gasa se le escurriese de los hombros, pues parecía estorbarle en su camino hacia la saciedad. Piers bebía mucho. Sus labios iban adquiriendo la dulce y misteriosa curvatura que los caracterizaba cuando empezaba a olvidarse de cuanto tenía alrededor y no deseaba más que quedarse solo para dedicar toda su atención al interesante fenómeno que se estaba desarrollando en su interior.

Había champán. Nicholas se había encargado de ello. Rags no habría podido desempeñar con mayor solemnidad su misión de descorchar las botellas ni aunque las hubiera pagado de su propio bolsillo. Algo intangible pero vital los aproximaba unos a otros. Los dedos de sus espíritus se tocaban.

El señor Fennel se levantó, copa en mano, para brindar por Finch. Este comprendió lo que se le venía encima y se encogió aún más junto a Ada Leigh para buscar su apoyo. Había llegado la hora. Tenía veintiún años y el señor Fennel iba a brindar a su salud.

La confusión de voces decayó en un suave suspiro. Todos los ojos, más brillantes o soñadores por culpa del vino, se dirigieron al rector. Todos a excepción de los de Piers, que contemplaban un espacio de arrobada y agradable vacuidad.

El señor Fennel empezó a hablar.

—Lo que voy a hacer ahora es algo que me resulta muy grato. Brindar a la salud de un miembro de esta casa que hoy se hace un hombre. Me resulta difícil creerlo porque parece que hace muy poco que lo tuve en mis brazos sobre la pila para bautizarlo en la iglesia que su abuelo mandó construir. Su abuelo hizo construir esa iglesia en lo que entonces constituía una comunidad diseminada. Allí estableció la religión de sus padres. Y sus descendientes no han fallado jamás en el apoyo a esa iglesia. En Jalna formó una familia que aún hoy preserva las tradiciones de las buenas familias inglesas como pocas lo hacen en estos tiempos de uniformidad y de desprecio por las costumbres. El recuerdo de su abnegada esposa, cuya presencia me parece sentir entre nosotros esta noche, vivirá largo tiempo en la mente de todos los que la conocimos. Sus faltas, ya que nadie hay perfecto, fueron en mucho superadas por sus virtudes. Este descendiente suyo que acaba de cumplir los veintiún años, edad que a mí me parece tan juvenil y llena de ilusiones, ha sido el constante compañero de mis hijos. Con ellos ha entrado y salido corriendo de la rectoría más de mil veces ocupado en las misteriosas actividades de la infancia. En su cuarto han celebrado innumerables cónclaves sobre los enigmáticos asuntos de la adolescencia. Ha animado muchas de nuestras veladas con su música. Lo hemos visto sujeto a muy diversas

disposiciones de ánimo, pero ninguno de nosotros ha oído jamás nada cruel ni vergonzoso de él. Le deseo lo mejor, de corazón, y sé que todos me acompañáis en este deseo. ¡Brindo a tu salud, Finch Whiteoak!

El rector se sentó con el aire impasible de un hombre a quien tanto le da pronunciar un discurso como dejar de hacerlo.

Finch se encogía entre Ada Leigh y su cuñada Alayne con el aire de uno a quien la obligación de dar un discurso le supone una tortura aterradora. Las cabezas de aquellos que lo rodeaban lo contemplaban con los ojos muy abiertos, a modo de gigantescos peces de colores pegados al cristal de una pecera redonda. Hubo aplausos, chocar de copas. El cristal de la pecera se hizo añicos y Finch se quedó boqueando, parecido él también a un pez de colores varado mientras trataba de ponerse en pie.

Ada Leigh le sonreía con dulzura para animarlo.

—Todo irá bien —le aseguró—, tú di lo primero que se te ocurra, ¡venga! —Y le tocó el brazo con gesto alentador.

Desde un extremo de la mesa le llegó la voz de Renny, metálica e imperiosa.

—¡Levántate, Finch!

Y los demás agregaron jovialmente:

—¡Que hable, que hable!

Pero fue Alayne la que consiguió que se pusiera en pie. Su padre y sus abuelos habían sido profesores en Nueva Inglaterra, preceptores de la juventud. Con la autoridad de sus antepasados, sus ojos de color gris azulado se clavaron en los de Finch como ordenándole: «Levántate y habla». Por debajo del mantel, le apretaba la mano con tanta fuerza que llegaba a hacerle daño. Finch retorcía los dedos mientras trataba de arrancar a hablar.

¡Qué distinto era aquello de representar un papel en una obra de teatro! En el escenario, con harapos de mendigo o con manto de terciopelo, podía entregarse a la encarnación de las pasiones de otro. En ese momento era solo él, sin disfraz alguno, y era más difícil hacer salir de su garganta una docena de palabras ahora que un discurso torrencial sobre las tablas. Su propia voz le sonaba extraña y ronca.

—Es muy amable por vuestra parte, de todos. Nunca he oído decir tantas cosas buenas sobre mí y en verdad no sé cómo corresponder. El señor y la señora Fennel me han tratado siempre como a un hijo y, desde luego, todos los aquí presentes se han portado igual de bien…

—Eso, eso —mascullaba Piers sin apenas mover los labios.

—No tengo palabras para expresar cuánto estoy disfrutando esta noche… —continuó Finch, que parecía la viva imagen de la desesperación—. Aunque llegara a vivir tantos años como mi abuela…

—¡No los vivirás! —interrumpió Piers sin mostrar el menor indicio de haber hablado.

Renny le lanzó una mirada furibunda desde el otro lado de la mesa mientras Finch intentaba seguir.

—Jamás olvidaría esta cena que… desde el fondo de mi corazón… —La voz le falló—. Os agradezco. Confío que nadie lamentará jamás… Nadie lamentará jamás… —Señor, ¿qué estaba a punto de decir? Nadie lamentaría jamás ¿qué? Ah, sí. Nadie lamentaría jamás que la abuela le hubiese dejado el dinero a él. Pero eso no se podía decir. Sería horrible. ¿Y qué podía decir ahora?—. Confío en que nadie lamentará jamás… —Balbuceó y trató de buscar inspiración en el rubicundo albor del rostro de Piers—. Nadie lamentará jamás…

—¡Que te hayamos dejado llegar a los veintiuno! —terminó Piers sin decir al parecer ni una palabra.

Sucedió entonces una alegre explosión de aplausos. El héroe del momento se sentó y bebió un sorbo de champán.

—Has estado magnífico —murmuró Ada Leigh, y Alayne le estrechó de nuevo la mano antes de liberarlo de su apretón.

Finch estaba sofocado y tenía la feliz certeza de que podría haberlo hecho peor. Le había encantado el estallido de aplausos y risas, aunque no era capaz de recordar qué había dicho que hubiese resultado tan ingenioso.

Después de los discursos, las voces se elevaron de nuevo en bulliciosa charla. Los rostros de los comensales habían variado notablemente de expresión. Los que por lo general eran vivaces se habían vuelto soñadores; los que por lo común se mostraban más o menos impasibles se veían animados por la alegría. Las dos doncellas estaban ahora de pie e inmóviles, tan bien dispuestas como un dibujo en blanco y negro. Rags se paseaba sin descanso de un lugar de la mesa a otro, rellenando copas como si en verdad fuera él el creador de esa animación, de esa charla, de esos cambios de expresión. Ernest había llegado al punto de relatar a la señora Leigh las anécdotas de su vida en el viejo Londres, lo bien que Nicholas y él lo habían pasado allí. Nicholas había llegado al punto de hacer comprender a la señorita Lacey, más con la mirada que con palabras, que habría preferido unirse a ella frente al altar antes que contraer matrimonio con aquella otra mujer de la que había tenido que divorciarse. Renny y la señora Lebraux mantenían en voz baja una animada conversación que excluía a todos los demás. Piers había recogido del suelo el echarpe de gasa de la señorita Pink y se lo había echado él sobre los hombros. Era el único que no hablaba, pero sus labios seguían curvados con la misma sonrisa enigmática que tenía la Monna Lisa.

Se habían retirado las alfombras del salón y del recibidor y el suelo estaba recién encerado, pero pasó mucho tiempo antes de que alguien

propusiese empezar a bailar. Fue George Fennel el que se sentó al piano, muy pomposo, muy erguido, mientras sus manos extraían insidiosas dulzuras del teclado. Como invitación a esa abigarrada reunión en la cual muchos bailaban aún al estilo de cuarenta años atrás, George se puso a tocar las últimas piezas del mundo del *jazz*. ¡Y con qué gallardía correspondieron todos a tal incitación! Lo encontraban «muy raro, muy moderno, a decir verdad, y nada fácil de bailar», pero de un modo u otro se las arreglaron para seguir el paso y las parejas se movían en reducidos círculos mientras mantenían sin cesar una conversación ligera y alegre. Nicholas y Ernest con las dos señoritas Lacey, con las que habían bailado la cuadrilla, la polca y el escocés en esa misma habitación en su juventud. El señor Fennel tenía estrechada a Pheasant y de vez en cuando le hacía cosquillas con la barba en los hombros desnudos. Como un pájaro cautivo, Pheasant dirigía nostálgicas miradas a su marido, deseando poder deslizarse con él por el salón, con pasos raudos y elegantes, fundidos sus dos cuerpos en uno solo. Y en cambio Piers estaba bailando con la señorita Pink, ¡tan vieja que podría ser su madre!

Los más jóvenes no gastaban figuras retóricas para entretener a sus parejas. Se deslizaban arriba y abajo del salón, dentro y fuera del recibidor, con el semblante desprovisto de toda expresión y el corazón absorto por completo en el ritmo del *jazz*.

La señorita Pink temía no ser capaz de bailar, pero una vez Piers la tuvo cogida entre sus brazos, no solo descubrió que podía, sino que habría querido que aquello no tuviera fin. En cuanto a Piers, apenas se daba cuenta de con quién estaba bailando: joven o vieja, entrenada o torpe, le daba igual. Había cogido a la que más a mano le quedaba cuando su vigoroso cuerpo respondió a la inexorable llamada del baile.

Alayne bailaba con el esbelto Arthur Leigh. Wakefield casi no podía con el peso de su hermana Meggie. Esta no quitaba la vista de encima a Maurice y a la señora Leigh, que para su gusto bailaban demasiado bien.

Finch iba hacia Ada Leigh para invitarla a bailar, pero se dio la vuelta cuando vio a Tom Fennel acercarse a ella. No debía ser egoísta en su propia fiesta. ¿Con quién podía bailar, entonces? Echó un vistazo por la habitación. La señora Fennel estaba acomodada en un sillón junto a la chimenea, con un plato de frutas escarchadas al alcance de la mano. En el rincón más apartado, en el diván, estaba la señora Lebraux, vestida de negro, con Renny haciéndole compañía y medio vuelto de espaldas a los bailarines. Examinando la vitrina de curiosidades de la India estaba Pauline, falda demasiado corta, piernas demasiado largas, con el cabello algo desaliñado en la parte de atrás. Se le escapaban algunos mechones del peinado y tenía un extraño

aspecto de duendecillo. Se dirigió a ella y le dijo:

—¿Quieres bailar, Pauline?

Mirándolo por encima del hombro, la muchacha negó con la cabeza.

—¿No sabes bailar? —Finch se sentía intrigado.

Pauline volvió a concentrarse en la vitrina, pero contestó en voz baja:

—Sí, pero no creo que deba. Mamá no baila.

—Lo entiendo. Pero eres tan niña que no creo que le importe. ¿Quieres que se lo pregunte?

Ella se volvió para mirarlo con expresión interrogante, como si dudase de si le gustaría bailar con él o no. Luego se dirigió con calma adonde estaba su madre y le dijo algo al oído.

Volvió sonriendo y le ofreció la mano a Finch.

—De acuerdo. Tanto mamá como el señor Whiteoak dicen que puedo bailar.

Se le había iluminado la cara y movía los hombros como si tuviese prisa por empezar.

Estaba tan delgada que a Finch le parecía no tener entre los brazos más que un junco, pero sus movimientos eran de una fuerza salvaje. Daba la impresión de ser un frágil barquito impulsado por la brisa y tirando del ancla. La música era rápida, casi febril en aquel segundo baile, pero no lo bastante para ella. Finch se inclinó un poco para fijarse en su rostro. Apenas la conocía y, sin embargo, le transmitía una sensación de belleza. Observó la espesa cabellera que coronaba una frente más bien estrecha, las cejas bien delineadas, los párpados con su aire exótico, los ojos semicerrados cuyo color no distinguía, la nariz infantil, la boca grande de labios más bien delgados y ligeramente curvados hacia arriba en las comisuras, la barbillita blanca, el largo y esbelto cuello. Finch no era capaz de determinar dónde radicaba su belleza, pero le bastaba el convencimiento de que estaba allí o, al menos, no tardaría en estar.

—¿Quién te ha enseñado a bailar? —le preguntó.

—Di lecciones en Quebec. Papá y yo bailábamos mucho juntos. También sé bailar sola. Bailes en solitario, claro.

—¡Qué bien! Podrías bailar uno esta noche.

—No, no, me resultaría imposible.

—¿Ni para darme el gusto? Hoy es mi cumpleaños.

—Me resultaría imposible. —Su voz sonaba algo dolorida.

—Lo siento —se disculpó Finch—. Tal vez en otra ocasión. Tengo entendido que os quedaréis a vivir aquí, ¿no?

—Sí, si nos sale a cuenta.

—¿Te refieres a la cría de zorros?

—Sí. Y tal vez nos dediquemos también a las gallinas.

—¿No tenéis miedo de que los zorros se coman a las gallinas?

—Eso demuestra lo poco que sabes del asunto. ¡Hay que tenerlos absolutamente separados!

—Darán mucho trabajo.

—Eso no nos importa si logramos que nos rindan ganancia.

Su esbelta figura parecía envararse, resuelta. Giraba y se agachaba y se deslizaba como un pájaro, pensaba Finch. Y a pesar de todo, sin duda le esperaban tiempos difíciles. Le gustaría ayudarlas, pero no sabía cómo. Eso de tener tanto dinero le abría a uno nuevos horizontes, pero al mismo tiempo le otorgaba un gran sentido de la responsabilidad por los apuros del prójimo.

—Mamá y yo hacemos todo el trabajo de la casa —seguía diciendo Pauline—. Lavamos los platos, barremos y todo lo demás. Y mamá se encarga también de la granja. Es muy fuerte.

—¿De veras? —Finch estaba asombrado, pues nunca había visto a su hermana ocuparse de otra cosa que no fuera cuidarse a sí misma y Alayne y Pheasant se le parecían mucho, salvo que Pheasant cuidaba a Mooey, claro, pero en su opinión ni siquiera eso lo hacía demasiado bien.

Vio que Ada Leigh los observaba y se preguntó qué pensaría ella sobre la chiquilla. Cuando por fin pudieron bailar juntos y él le hubo reprochado, como tenía la impresión de que ella quería que hiciera, el haberlo rehuido, Finch se lo preguntó.

—No podía evitar divertirme al veros —contestó Ada—. Formabais una pareja muy rara.

—¿Ah, sí? —Finch estaba algo molesto—. Bueno, supongo que yo siempre tengo un aspecto algo raro.

Ada le lanzó una de sus desafiantes miradas.

—Nada de eso. Te aseguro que cuando bailas conmigo no tienes nada de raro. Pero esa chica es casi ridícula, con ese pelo y esas piernecillas tan largas y flacuchas y ese aspecto como de desesperación.

—Pues será todo lo rara que quieras, pero al bailar con ella uno se imagina que está en el cielo.

—Me alegro mucho. Al fin y al cabo, son poquísimos los anticipos del cielo que tenemos en esta tierra, ¿no crees?

—Me temo —observó Finch con aire solemne— que Pauline va a ser una de esas mujeres que no gustan a las demás mujeres.

—Bah, no creo que debas preocuparte por eso.

—No me preocupo. ¿Por qué tendría que preocuparme?

—No lo sé. Pero el caso es que te preocupas.

—Qué va.

—Claro que sí.

—Lo que pasa es que su madre y ella me dan mucha pena. Lo han pasado muy mal y me parece que lo van a pasar peor todavía.

—¡La señora Lebraux sí que es rara!

—Es verdad. Piers la llama la señora Greñas… ¡Vaya, no tendría que habértelo dicho! Pero tiene un pelo bastante raro y Piers tiene una forma algo brusca de decir las cosas. Creo que las mujeres tampoco la aprecian.

—Yo sí —dijo Ada—. Yo la adoro.

—¡Santo cielo! ¿Y eso por qué?

—Porque te deja en paz y se dedica exclusivamente a tu hermano.

—¡Pero si es mucho mayor que yo!

—Así que te has dado cuenta, qué inteligente eres. Yo esperaba que insistieras en que era joven, como eres tan caballeroso…

—¡Y tú eres detestable!

Dejaron de bailar. Estaban solos en el rincón más oscuro del recibidor. Durante un momento se quedaron inmóviles, sin soltarse. Luego él la estrechó aún más entre sus brazos y la besó repetidas veces en la boca. Ada se dejó besar de buen grado mientras el perfume de su cuerpo invadía todos los poros de Finch, como le había ocurrido con el champán. Ella era como el champán, fresca, dulce y estimulante, embriagadora.

Empezaron a bailar de nuevo, con la misma fluidez que si no hubieran perdido ni un compás, y Renny apareció bailando con Pauline. A Finch le pareció que su hermano fulminaba a Ada con la mirada, como si sospechara algo de ella, y tuvo la extraña sensación de que a ella le habría gustado que la besara Renny más que él, aun cuando se había dejado hacer muy gustosamente y había correspondido a sus besos. Los labios de Pauline estaban entreabiertos en una alegre sonrisa que dejaba ver sus blanquísimos dientes y se cogía a la manga del traje de Renny con su mano blanca y fina. Su expresión era la de una criatura que ha sido infeliz durante demasiado tiempo y se aferra con un ansia casi feroz a la sensación de un placer inesperado.

Pauline y su madre se marcharon temprano. Las siguieron los Leigh, que tenían un largo trayecto en automóvil por delante. Los Fennel se las arreglaron para embutir a las señoritas Lacey y a la señorita Pink en su coche. Los últimos en irse fueron los Vaughan.

—No me hace gracia confiarme a Maurice en un coche en el estado en el que está —admitió Meg.

Renny miró de soslayo a su cuñado.

—Se despejará en cuanto le dé un poco el aire —dijo para tranquilizarla—. Voy a abrirle la ventanilla.

Maurice observó con interés esta maniobra en pro de su reanimación. Apenas estuvo bajada la ventanilla, arrancó el motor y el coche salió disparado por la explanada, rozando el borde de un banco de jardín recubierto de hielo, y llegó a la carretera apoyado solo en tres ruedas.

Nicholas proclamaba en el salón:

—Se diría que no he tenido gota en la vida, de lo bien que me he encontrado esta noche. Tan ágil como un niño de tres años.

—Y yo —aseguró Ernest— he comido de todo y no me he vuelto a acordar de la cena en toda la noche.

—Lo que puede el entusiasmo.

—Espero que no haya luego reacciones perjudiciales.

—La señora Leigh —declaró Nicholas— es la mujer de su edad más guapa que he visto desde hace muchísimos años.

—¡Pero la hija, pfff! —exclamó Pheasant—. ¡Es que no la trago! Bien se cuida de dejar claro que lleva un vestido hecho en París.

—Sí —convino Alayne—. Y al hablar de Londres, dice «mi Londres».

—Menuda fanfarrona.

—Sin embargo —protestó Ernest balanceándose sobre las puntas de los pies—, son una familia encantadora, los Leigh. Unos auténticos intelectuales.

—No estoy de acuerdo —dijo Alayne—. A mí me parecen muy superficiales.

—¡Y a mí! —exclamó Pheasant.

Finch las interrumpió, herido en su afecto por su amigo.

—Arthur no. Él es de lo más discreto.

—Pues a mí me gustaría darle una paliza de lo más discreta —observó Renny mientras se encendía la pipa— y sacudirle de encima algo de ese amaneramiento.

—¡Escuchad al machote! —terció Pheasant.

Renny la cogió por el cogote y le revolvió el pelo.

—La señora Leigh —aseguró Ernest— se ha interesado mucho por mis trabajos sobre Shakespeare.

Sus dos sobrinas políticas lo miraron con cara de pena.

Las dos jóvenes, como de común acuerdo, fueron a verse en el espejo que sobre la repisa de la chimenea había reflejado tantas escenas en Jalna. Los cinco hombres contemplaron con indiferencia sus espaldas y la imagen reflejada de sus rostros. Siempre les interesaban, desde luego, las revelaciones de la personalidad femenina, pero las conocían demasiado bien para sentir el acicate de la curiosidad.

Alayne, volviéndose hacia ellos, les dijo:

—Ha sido un fastidio que la señora Lebraux no bailara. Uno de los mejores bailarines ha tenido que quedarse todo el rato con ella para hacerle compañía.

Ni Ernest ni Nicholas habían hecho compañía a la señora Lebraux y, por tanto, la observación les molestó un poco. Luego Ernest repuso:

—Yo hablé con ella un momento, pero apenas se molestó en contestar. No puedo decir que me inspire simpatía.

—A mí no me habría importado estar un rato con ella —dijo Nicholas—, pero no parecía que le faltaran atenciones.

Miró a Renny. Renny le devolvió la mirada.

—Alguien tenía que comportarse como es debido con la pobre mujer. Las chicas han estado muy frías con ella.

—Yo apenas la conozco —replicó Alayne.

—Eso no es motivo para que fueras tan distante —insistió Renny.

—Es una de esas mujeres —afirmó Pheasant con agudeza— a quienes las otras mujeres no les importan un comino. Se vuelve loca por los hombres.

—Qué injustas sois —les reprochó Renny—. Lo ha pasado muy mal. Solo le gusta hablar conmigo porque está acostumbrada a verme. Fui muy amigo de Lebraux.

—A mí no me importaría tanto su aspecto —intervino Piers— si por lo menos se tiñera las pestañas de un color algo más oscuro, y el pelo, para que fuese todo del mismo tono.

Renny se volvió enfadado hacia su hermano.

—La señora Lebraux nunca se haría eso en el pelo. No es esa clase de mujer. Jamás la he visto preocuparse por su aspecto físico.

Su mujer y su cuñada lo miraron con gesto de desdén.

—Pues se ha pasado más de diez minutos arreglándose en el tocador —repuso Pheasant.

—Madre mía —dijo Ernest—, ¿y qué ha hecho?

—Enjugarse las lágrimas —sugirió Piers.

—¡Lágrimas! —se mofó Pheasant—. La señora Patch, que ayudó a cuidar al señor Lebraux, le ha contado a la señora Wragge que el matrimonio se pasaba la mitad del tiempo peleándose y que la otra mitad ni siquiera se dirigían la palabra.

—Poco tenéis que hacer —observó Renny— si podéis perder el tiempo cotilleando sobre la señora Lebraux con las criadas.

—Yo no estaba cotilleando. Fue ella quien me lo dijo. Y además, tú repites muchas veces las cosas que te cuenta Rags.

El señor de Jalna cogió con una mano la cazoleta de la pipa y enseñó los dientes por entre los labios. No se le ocurría nada que

replicar y se contentó con mirarla fijamente.

—Parece gozar de buena salud —comentó Nicholas.

—Una salud tan tosca no tiene para mí ningún encanto —replicó Ernest.

Pheasant señaló:

—Renny no ha bailado más que una vez esta noche y ha sido con su hija.

—Esperaba —dijo Alayne en voz baja— que nadie se hubiera fijado en ese detalle.

—¡Ea! —soltó Piers tratando de imitar a su abuela—. Yo quiero comer algo más, quiero comer algo enseguida.

Su tío Ernest lo miró con aire de reproche.

—¿Es posible, Piers, que te estés burlando de mi madre?

—No, no —contestó el otro con aire inocente—. Por lo menos, no adrede. Pero hace un momento estaba pensando en lo mucho que habría disfrutado ella esta noche y supongo que se me ha quedado en la cabeza.

Ernest le sonrió. No se podía hacer otra cosa, viendo su cara sonrosada y la enigmática mueca de sus labios. Piers se dirigió al comedor y sacó del armario una botella de *whisky* y un sifón de soda. Se sentó a la mesa, que ya habían limpiado y reducido a sus dimensiones habituales. Nicholas, Ernest y Finch lo siguieron. Pheasant se detuvo un momento en la puerta antes de irse a la cama y dijo:

—Me parece, Piers, que ha sido una vergüenza cómo has zarandeado a la pobre señorita Pink. La tenías aturdida.

—A ti lo que te pasa es que estás celosa —repuso Piers.

Pheasant corrió hacia él y se inclinó para decirle al oído:

—No seas tonto, cariño. Y haz el favor de no beber mucho más. Ya me ha dolido bastante ver a mi padre volver a su casa en ese estado como para tener que ver a mi marido venir a la cama con otra…

—¿Otra qué? —murmuró él junto a su mejilla.

—Otra cogorza igual.

—Muy bien, pequeña. Venga, vete ya.

Renny se había encontrado a Wakefield dormido como un tronco en el diván del salón y se lo había llevado a la cama.

Alayne lo siguió, furiosa consigo misma porque le irritaba ver las piernas del chiquillo colgando en el aire mientras sus brazos estrechaban con fuerza el cuello de Renny.

Se fue directa a su propia habitación. Se sentía muy desgraciada, agotada en espíritu y con una gran desazón en el cuerpo. No paraba de dar vueltas, autocompadeciéndose, y se estaba quedando helada porque aún llevaba los brazos y los hombros descubiertos. ¡Cuántas

veces desde esa mañana había esperado ansiosa el momento de bailar con Renny después de la cena! Y él solo había bailado una vez y con una chiquilla. Después, cuando los invitados se habían ido, había tenido que adoptar ese tono protector al hablar de la señora Lebraux. Y todo porque a esa mujer le había dado por refugiarse en él. Y luego tuvo que acostar a Wakefield, que debería llevar ya horas en la cama… Oyó que Mooey gimoteaba en la habitación de al lado cuando Pheasant lo cogió. Oyó la voz de Wakefield, quejumbrosa, en el cuarto de Renny. Los niños se hacían notar demasiado en esa casa.

Se estaba congelando, pero no podía irse a la cama. Pensó en ir al cuarto de Pheasant a charlar un rato con ella. Realmente, la señora Lebraux era una mujer de aspecto muy raro. Había algo animalesco en ella. Por suerte, la hija se parecía al padre. Salió al pasillo, pero en lugar de dirigirse a la puerta de Pheasant, fue hacia la de Renny. Apoyó las manos en la doble hoja y se quedó así, inmóvil.

Al poco salió Renny, retirándole por tanto el soporte de la puerta, pero ella siguió en la misma postura y se quedó frente a él, con las manos levantadas, como con gesto de asombro. Renny enarcó las cejas.

—Pero bueno, Alayne, ¿qué haces aquí?

Le cogió las manos y la acercó a él, haciendo que las juntara de nuevo en su nuca, mientras escudriñaba solícito su expresión.

—¿Estás cansada, jovencita?

Ella asintió repetidas veces con la cabeza, frunciendo el ceño y haciendo mohines. Jamás, durante su matrimonio con Eden, se había comportado con ese mal humor tan pueril. A decir verdad, solo se había mostrado así con Renny; hasta entonces no sabía que poseyera la capacidad de enfurruñarse y hacer pucheros, de sentirse al mismo tiempo enojada y mimosa y, si hubiese podido verse la cara en ese momento, le habría resultado mortificante y se habría enfadado consigo misma.

Renny la besó.

—¿Llevas mucho tiempo en la puerta? ¿Por qué no has entrado?

—No mucho… No quería pasar. ¿Para qué?

—¿Qué quieres?

—A ti.

—Bueno, ya me tienes, ¿no?

—Pero vas a bajar con los demás.

—No si tú no quieres.

—Sí, vete, por favor. No quiero que te quedes conmigo.

Alayne trató de apartarse de él, pero Renny la estrechó aún más en sus brazos.

—Sí que quieres.

—No sé por qué. Tú no me necesitas para nada.

—¡Pero qué tonterías dices!

—Entonces, ¿sí me necesitas?

—Ya lo sabes sin que te lo diga.

—Vas a conseguir que te odie.

—¿Por qué las mujeres siempre están pensando en lo mismo?

—Supongo que porque saben la verdad.

—Chiquilla, me estás cansando.

—Ya lo sé. —Se le había quebrado la voz.

Renny la cogió en volandas, como había cogido a Wakefield, y la llevó a su cuarto. Estaba iluminado tan solo por el claro de luna. La colcha nueva de seda malva captaba y retenía la luz como un estanque de ensueño en un bosque. La luna se estaba poniendo.

Sus últimos rayos brillaban también en el comedor. Esa luz bastaba para la ocupación que allí se traían entre manos. Nicholas, sin pensar en la gota, se había entregado a ella. Ernest, sin pensar en sus digestiones difíciles, se había entregado a ella. Piers, sin pensar en las amonestaciones conyugales, se había entregado a ella. Finch, que tenía muy presente su nueva condición, se entregó en cuerpo y alma a ella. La botella y el sifón, con sus reflejos ambarinos y plateados, se movían lentamente por la mesa. La luz de la luna borraba los años en dos de los rostros y los estampaba en los otros dos, de forma que el cuarteto parecía tener una edad uniforme imposible de definir.

—¿Alguien me puede explicar qué os ha hecho tanta gracia de lo que he dicho después del brindis? —preguntó Finch—. Había tanto alboroto cuando me he sentado que se me ha olvidado por completo.

—No me acuerdo —respondió Nicholas—, pero sé que era algo estupendo. A decir verdad, es el mejor discurso de agradecimiento que he oído en mi vida.

—Lo mismo digo —convino Ernest—. Tenía las proporciones justas de sentimiento y agudeza. Dar buenos discursos después de un banquete constituye en sí un verdadero talento.

—El rector ha hablado muy bien —afirmó Finch en tono crítico.

—Sí, ha hablado muy bien. Pero tú has estado mejor. Ojalá me acordara de lo que has dicho al final.

—Algo sobre la alegría de vivir —sugirió Piers.

Finch lo miró decepcionado.

—Pues eso no es muy original.

—¡Para ti sí!

—La vida es experiencia —sentenció Nicholas.

—No estoy conforme —dijo Ernest—. Yo creo que la vida es trabajo.

—Supongo que ya estaréis todos al tanto de mi decisión —agregó Finch muy serio, paladeando las palabras «mi decisión»— de no seguir estudiando en la universidad.

—Habría sido mejor —dijo Ernest— que fueras a cursar un año en Inglaterra.

—No, no —lo interrumpió su hermano—. El chico tiene razón. Él sabe lo que le conviene. Yo estoy convencido de que es un genio de la música.

Sus ojos, que relucían con un extraño fulgor a la luz de la luna, se fijaron en los de Finch.

—Me alegro de que pienses así, tío Nick. Y crees que mi discurso ha estado bien, ¿no?

—Por supuesto. Desde el momento en que te has puesto en pie, has estado, como dicen los italianos, *per bene*.

—O sea —agregó Piers—, pisando fuerte.

—Exacto.

Finch se echó medio vaso de *whisky* y le añadió un chorrito de soda.

—Entre nosotros —les confió—, creo poder deciros que aspiro a llevar una vida enteramente desprendida de egoísmo.

—No podrías hacer nada mejor —celebró Ernest—. Por propia experiencia, sé que procurar la felicidad de los demás le trae a uno la propia.

—¿Y qué forma va a adquirir tu altruismo? —le preguntó Nicholas.

—Yo propondría —dijo Piers— transformarlo en un fondo común.

Finch se volvió hacia él con cierta aspereza.

—¿Qué quieres decir con eso de un fondo?

Piers meditó un momento y luego aclaró:

—Tu altruismo, me refiero. Es una idea luminosa. Para una Jalna más resplandeciente.

—No seas idiota —dijo Finch—. Hablo muy en serio. Quiero hacer algo por cada uno de vosotros, es la verdad.

—Ponlo por escrito.

—Mi palabra vale tanto como…

—Claro que sí —terció Nicholas—. Lo sabemos perfectamente.

Finch prosiguió:

—Me alegro de que Renny no esté aquí. Parece que nunca está de acuerdo conmigo.

—¿Dónde anda? —preguntó Ernest—. No me había dado cuenta de que no estaba aquí. A decir verdad, creía que sí. —Echó un vistazo a la habitación.

—Lo han mandado a la cama —dijo Piers—. Ha sido un chico

malo, ¡pobre diablo!

—Tío Nick, tío Ernie —empezó Finch—, si os invitara a hacer conmigo un viaje a Inglaterra a mi costa, ¿aceptaríais?

—Encantados —respondió Nicholas de inmediato.

Ernest extendió un brazo por encima de la mesa y estrechó la mano de Finch sin poder decir más que:

—Querido muchacho… Querido muchacho…

—¡Y yo! —exclamó Piers—. ¿Qué vas a hacer por mí?

—¿Qué te gustaría?

—Déjame pensarlo. Lo consultaré con la almohada.

—¿Estamos de acuerdo, entonces? ¿Vendréis conmigo a visitar a la tía Augusta?

Ernest estrechó aún más la mano que todavía conservaba entre las suyas. La hora, la invitación, su propio estado de semiembriaguez lo embargaban con una emoción casi abrumadora. Nicholas aceptó altivamente, con aire de quien otorga un favor.

—Te llevaré a algunos de mis rincones favoritos de Londres —le prometió, enderezando los hombros y pegando la barbilla al cuello de la camisa.

Los dos tíos empezaron entonces a hablar de los años que habían pasado en Inglaterra. Al principio repitieron las anécdotas que sus sobrinos ya conocían, pero al ir avanzando la noche y vaciándose la botella de *whisky*, fueron sacando de los rincones más remotos de su memoria acontecimientos olvidados muchos años atrás, como nidos de pájaro abandonados que se desalojan de un viejo campanario o mohosas anclas extraídas de las profundidades del mar.

Algunos de estos recuerdos eran un tanto escandalosos y, al rememorarlos en voz alta, los dos viejos iban volviéndose cada vez más y más jóvenes, prorrumpían en repentinas e irrefrenables carcajadas y caían en las muletillas de sus tiempos. Los jóvenes, por el contrario, fueron poniéndose más serios y solemnes con cada vaso, los miraban como si no aprobasen del todo la ligereza de los mayores y Finch incluso llegó a darles algún consejo. A fin de no herir susceptibilidades, dirigió ese consejo al sifón como una monótona cantinela y, al darse cuenta de que nadie le hacía caso, derramó algunas lágrimas que pasaron inadvertidas.

Sin embargo, cuando llegó el momento en que todos se pusieron a cantar, estuvo tan dispuesto como el que más. Ernest, aficionado a las viejas canciones, baladas, madrigales, etcétera, entonó el «Sumer is icumen in». Seguía teniendo una voz excelente. Un tenor, un potente barítono y un bajo se unieron a él en el coro:

¡Canta fuerte, cuco!

Crece la semilla y florece el prado
y el bosque resucita de nuevo.
¡Canta, cuco!
La oveja bala llamando a su corderillo,
muge la vaca por su ternero.

Los balidos y mugidos, tan altos y melodiosos, trajeron a la escena a un quinto miembro de la familia. Era Renny, en batín y zapatillas. Observaba a los parranderos con una sonrisa irónica.

—¡Vaya! Sois un cuarteto encantador.

La luna ya había desaparecido y el alba que empezaba a despuntar los sorprendió pálidos y despeinados, vestidos aún con los trajes de la cena.

—Vais a despertar a las mujeres y a los chiquillos. Llevan horas durmiendo. ¿No os parece que ya está bien?

—He tomado una decisión muy importante —anunció entonces Finch.

—¿Cuál?

—Irme a la cama.

V

LA PARTIDA

A Ernest le resultó sencillamente asombroso que Sasha se muriera justo antes de su partida a Inglaterra. Era como si hubiese comprendido la turbación que le causaba el tener que separarse de ella. Ya tenía catorce años y, aunque parecía gozar de una salud perfecta, requería ciertos mimos y atenciones especiales para mantenerse así. ¿En quién habría podido confiar para que cuidara de su gata? Alayne había prometido hacerlo, pero su actitud frente a toda clase de animales era de un marcado desapego. Pheasant podría haberlo hecho, sin duda, pero estaba Mooey, siempre dispuesto a cogerla por donde no debía o a echarse encima de ella cuando dormía junto a la chimenea. Quedaban Wakefield, los Wragge y Bessie, la ayudante de cocina. Ernest temblaba ante tal perspectiva y casi tenía la impresión de que no debía marcharse.

Al acariciarla, preocupado, advertía la mirada de comprensión que relucía en sus translúcidos ojos ambarinos. Sasha estaba sobre su regazo, amasándole rítmicamente el vientre con las patitas delanteras como tenía por costumbre. Ernest se imaginaba, medio fantasioso, que la gata era consciente de sus problemas de digestión y que le administraba ese suave masaje convencida de que le hacía bien. Su expresión mientras se hallaba en este trance, tan bondadosa, contribuía a esa idea. Esta vez, a esa expresión de bondad se unía otra de entendimiento.

A la mañana siguiente se la encontró muerta sobre el edredón. Enroscada como si estuviera dormida, con gesto de inalterable felicidad, pero muerta. Era como si no hubiese podido soportar la preocupación que había leído en sus ojos y hubiera dado a su espíritu la orden de partir aquella noche y liberarlo de los lazos que le creaba su cariño.

Ernest volvió a dejarse caer en la cama y se tapó la cara con las sábanas, conmocionado. Recordó la mañana en la que había parido a su último gatito allí mismo. Serían como las seis y había dejado escapar un único grito que parecía de triunfo (pues entonces ya era

muy vieja). Recordó el día en que se la había regalado, catorce años atrás, una de las chicas Lacey: no era más que una bolita dorada y juguetona. En aquella época la idea de tener una gata no le había hecho demasiada gracia, no la acogió con demasiado entusiasmo… Luego un perro había matado a su último cachorro y ahora ella desaparecía también.

Todos se mostraron compasivos. Le habían preparado una tumba en el rincón más bonito del jardín, al pie de la vieja ánfora de piedra. Wakefield había rellenado la tumba de hierba centella y le enroscó la preciosa cola por encima del cuerpo, como si fuera un penacho de plumas.

Nicholas, por el contrario —en opinión de Ernest—, se mostraba muy insensible ante la idea de separarse de Nip. Desde luego, Nip no era un animal tan delicado como Sasha, pero aun así merecía algo más que el breve mandato que su dueño lanzó al aire durante la cena la víspera de la partida: «Por amor de Dios, no me descuidéis a Nip». Nada más. Pero así era Nick.

Los dos últimos meses habían pasado volando para todos. La primavera había llegado tímida en un principio, luego con todo su brío. Ellos mismos empezaron muy animados y luego se fueron desinflando. Era un auténtico trastorno. En un primer momento, lo extraordinario de la idea había resultado estimulante, pero más tarde el pensamiento de que iban a desperdigarse por el mundo se cernió sobre ellos como una oscura nube de tormenta. Augusta estaba en Inglaterra; Eden, en Francia o en Inglaterra también, nadie lo sabía a ciencia cierta; y pronto Nicholas, Ernest y Finch se hallarían en alta mar. Sintieron de nuevo el vacío que había dejado la muerte de Adeline.

Cuando se bajaron del desván los baúles de viaje, para limpiarlos y ponerles rótulos nuevos, todos comprendieron por fin que el momento se aproximaba. Finch compró maletas nuevas.

El equipaje le costó mucho más caro de lo que él había creído necesario, pero Arthur Leigh, que lo acompañaba cuando lo adquirió, insistió en que se llevase lo mejor. Finch temía lo que pudiera pensar Renny sobre tales gastos, pero su hermano no dijo nada en absoluto. Desde que le había anunciado su propósito de no volver a la universidad, y después de aquel primer arrebato en su cumpleaños, se había mostrado muy frío con él. Piers, en cambio, estaba más cariñoso que nunca. No obstante, ninguno de los dos quiso aconsejarlo en relación con el dinero. Si se acercaba a Renny y le comentaba: «Oye, George Fennel dice que debería comprar acciones en Nueva York y no contentarme con unos intereses tan bajos», este se encogía de hombros y contestaba: «A mí eso no me atañe. Haz lo que quieras». Y luego se alejaba sin más.

Si sondeaba a Piers en el mismo sentido, este se echaba a reír y bromeaba: «Cómo te lo vas a pasar, ¿eh?». Y si insistía, a lo mejor agregaba: «Bueno, algo entenderá George de este asunto, ya que está en el negocio. Yo creo que especular un poco puede ser divertido».

Finch se sentía como un pajarillo con las plumas a medio salir y empujado de repente fuera del nido. Tras toda una vida sujeto a la rígida vigilancia de sus gastos, de recibir órdenes de unos y otros, de ser la víctima de cierto grado de tiranía, ese repentino traspaso de toda responsabilidad sobre sus hombros lo aturdía, le privaba de lo mejor de su herencia.

Era como si hubieran tramado una conspiración en su contra. Sus tíos jamás aludían al dinero delante de él, como si pensasen: «Por las buenas o por las malas, ha obtenido lo que debía ser para nosotros. Veamos lo que hace con ello».

Casi se cae del susto cuando le pusieron en la mano el talonario del banco, cuando se entrevistó con el director y le enseñaron la lista de los sólidos y conservadores valores de su abuela. Pero George se había burlado de ello. Dijo que, si lo ayudaba alguien bien versado en las fluctuaciones del mercado, especulando, Finch podría duplicar su fortuna.

Tenía la cabeza como un torbellino. Le ardía de manera casi constante. Ni siquiera tocando el piano se tranquilizaba. El instrumento parecía haber perdido esa virtud. Su espíritu, semejante a un pájaro enjaulado hecho a cantar en cautividad, se hallaba ahora desorientado en su libertad, golpeándose las alas contra las paredes del cambio.

Alayne, en cierto modo, se daba cuenta de su desorientación, de su aislamiento. Charlaron varias veces largo y tendido. A ella le preocupaba que Finch abandonase los firmes valores de la vieja Adeline para buscar otros más espectaculares solo por el consejo de George Fennel. Sin embargo, al igual que Finch, se sentía atraída por la idea de que una especulación moderada pudiera aumentar notablemente su capital. Ciertas sugerencias de George eran muy tentadoras y Alayne tenía algunos amigos estadounidenses que en los últimos tiempos habían amasado fortunas considerables. Escribió al director de la editorial neoyorquina donde había trabajado como lectora y le pidió consejo. En su respuesta, este se esforzó por recomendarle cautela, pero no pudo ocultar su júbilo por el resultado de sus propias inversiones recientes. Esa misma semana le llegó una carta de la señorita Trent, su compañera de piso en Nueva York, donde le relataba con gran alegría sus operaciones más afortunadas. Renny, Piers, los dos tíos y Maurice Vaughan eran, en opinión de Alayne, meros chiquillos en cuestión de negocios. Los dos primeros, y eso resultaba indiscutible, eran lo bastante astutos en su propio oficio,

pero en Jalna reinaba el desbarajuste administrativo. Era inútil consultarles. Además, añadida a su incompetencia se hallaba su nula disposición a mencionar siquiera la herencia de Finch. Si por algún motivo inesperado se ponía sobre el tapete la cuestión del dinero de la abuela, de inmediato podía palparse la tensión en el ambiente. Rehuían el asunto como rehúyen los caballos asustadizos hasta su propia puerta.

Alayne sacó el pequeño capital que le había legado su padre de los valores del Estado donde lo había tenido invertido y compró acciones en la Universal Autos.

Al ver que estas subían de manera continuada, no pudo resistir la tentación de contarle a Finch lo que había hecho y, a partir de entonces, le fue imposible contenerlo, pero lo obligó a comunicárselo a Renny, que respondió cortante: «Invierte en lo que quieras. Yo no entiendo ni jota de valores. Jamás he tenido nada que invertir». Finch sabía que no era la envidia lo que le hacía ser arisco, sino la irritación por el hecho de que, al llegar a la mayoría de edad, se hubiera negado a volver a la universidad. Esta repentina negativa había representado para Renny el rechazo de Finch a su autoridad, a su supervisión como cabeza de familia.

Qué cáustica se mostraría Meg, pensó Alayne, si Finch llegara a perder la menor suma de dinero por seguir su ejemplo. Su cuñada siempre la había considerado una intrusa y el poder echarle en cara algo así le supondría una auténtica satisfacción. Por tanto, era preciso que Finch fuese a discutir el asunto con los Vaughan. Él no era reacio a hacerlo, aunque temía que intentaran disuadirlo de ese tipo de inversiones. Estaba tan agitado que habría querido discutir el asunto con todo el que se mostrara dispuesto a escucharlo. Su propia persona y los cien mil dólares que le pertenecían le parecían de una enorme importancia y ensombrecían todos los demás temas. Una hora después de decidir que iría a Vaughanlands, ya se había puesto en camino.

No cabía ninguna duda de que había llegado la primavera, pero aún no se manifestaba en señales externas salvo, quizá, por la indefinida hinchazón de las diminutas yemas de las hojas que daban a los árboles el aspecto de estar escondidos tras un velo. Igual que el amor no reconocido, la nueva estación había llegado provocando un vuelco en el corazón, pero sin acusar grandes diferencias en el aspecto exterior de las cosas.

Era mediodía y la hondonada donde se situaba la casa captaba y retenía la fuerza del sol. Las ventanas abiertas lo dejaban entrar a raudales y el amontonamiento de almohadas, cortinas y tapices en los alféizares probaban que se estaba haciendo la limpieza general de la temporada.

Halló a su hermana forrando un cojín de cretona nueva con un

dibujo de tulipanes y espuelas de caballero. Sus manos blancas se movían con suavidad por encima de la tela, semejantes a dos rechonchas palomas en un alegre trocito de jardín. Llevaba una cofia de *chintz* blanca y rosa en forma de gorrito de cuáquera que, según creía, le daba aspecto de estar trabajando mucho. Vaughan, que no pretendía en modo alguno fingir que trabajaba, leía tumbado en un sofá: era un libro sobre la cría de zorros. Desde que Lebraux había muerto, y ante la posibilidad de que la señora Lebraux abandonase el negocio, acariciaba la idea de ser él quien le comprase los animales.

—¡Vaya, Finch! —exclamó Meg—. ¡Por fin te has decidido a venir! Ya era hora. Cuando pienso en lo poco que veo a mis hermanos, me pongo muy triste.

Alzó la cara en actitud expectante.

Cuando Finch se inclinó para besarla, un mechón de pelo rebelde cayó sobre los ojos de su hermana. La besó repetidas veces, olfateando el cálido aroma de su carne y el peculiar olor, como punzante, de la cretona nueva.

—¡Vas hecho un desastre! —le reprochó Meg mirándolo de arriba abajo.

—Como siempre, ¿no? Hola, Maurice. Parece que estás muy ocupado.

Vaughan contestó de buen humor:

—Estoy investigando un poco sobre la cría de zorros. Dicen que la señora Lebraux va a vender sus ejemplares.

—Yo no he oído nada de eso. Creo que es lo único con lo que cuenta para vivir. Entre el alquiler y las facturas del médico, tiene que haberlo pasado muy mal.

—Cuánto lo siento por ella —se lamentó Meg—. Es una mujer simpatiquísima, tan sensata y para nada echada a perder a pesar de haberse casado con un francés. Además, que se haya establecido aquí con su hija como si siempre hubiera sido…

Mordió el hilo con un colmillo que siempre usaba para ese fin. Enseguida se había dado cuenta de que ni a Pheasant ni a Alayne les caía bien la señora Lebraux y, por tanto, ella se sintió inclinada a apreciarla.

Su marido y su hermano la contemplaban asombrados y con aire de aprobación. Era perfecta, misteriosa, profundamente femenina, bondadosa.

—La chiquilla de la señora Lebraux es muy rara —observó Finch —. No tiene más que piernas y pelo.

—¡Pero qué bien baila! —Meg sentía el mismo agrado por la hija que por la madre—. Cuando bailabais juntos parecíais dos hadas.

—Muchas gracias, Meggie. Está bien saber que parezco un hada.

—Pues sí, al menos bailando. —Dio unos golpecitos al cojín, lo expuso a la admiración de los hombres y se recostó un poco—. Cuéntame qué se cuece por casa. Preparando el viaje, supongo. Hay que ver, que yo no haya visitado jamás el Viejo Continente y que tú, a tu edad, puedas viajar con todas las comodidades que quieras. ¡Y también el tío Nick y el tío Ernest, con todos los gastos pagados! Y aquí estamos Maurice y yo, con la hipoteca a punto de vencer.

—Bueno —gruñó el aludido—, puede renovarse.

No era un momento muy oportuno, se dijo Finch, para pedir consejo sobre sus propias inversiones. Se mordió el labio, pensativo, y por fin decidió no sacar el tema a colación.

Después de un breve silencio, Meg añadió con aire melancólico:

—Supongo que a ti no te interesaría hacerte cargo de una hipoteca.

Finch la miró sobresaltado.

—¿Yo? Jamás se me ha ocurrido.

—Claro que no. —Su hermana lo miró a los ojos, sonriendo ante su inexperiencia—. Pero las hipotecas son una buena inversión, ¿verdad, Maurice?

—Ojalá yo cobrase unas cuantas —contestó este.

—¿Qué interés pagáis? —preguntó Finch.

—El siete por ciento.

—¡La osa! Algunos de mis valores dan solo un cuatro.

—¡Ay, qué tranquila estaría —exclamó Meg— si fueses tú nuestro acreedor en lugar de ese detestable viejo!

—No hay ninguna necesidad de meter por medio los sentimientos, desde el punto de vista de Finch —agregó enseguida Vaughan—. Esta es una propiedad valiosa. Y su valor tiende a aumentar. Fíjate en la finca del viejo Paige que le compró el club de golf. Le dieron una buena suma. Cualquier día me pongo yo a subdividir este terreno y a venderlo por parcelas.

—¡Santo cielo, no serás capaz! Renny no volvería a dirigirte la palabra.

—Bueno, tal vez yo no llegue a hacerlo, pero puede que Patience sí, cuando sea mayor.

Nervioso, Finch preguntó:

—¿A cuánto asciende la hipoteca?

—Quince mil dólares. Al siete por ciento, son mil cincuenta dólares al año, pagaderos por semestres.

Meg dejó escapar un suspiro.

—¡Y ese viejo gruñón siempre tan antipático!

—¿Por qué? —quiso saber Finch.

—Pues no lo sé…

Maurice la interrumpió.

—Meggie es demasiado quisquillosa. Resulta algo brusco, sí, pero no es tan mal tipo.

Sujetaba el libro con la mano que le había quedado medio inutilizada durante la guerra y, en ese momento, se le cayó al suelo. Meg frunció el ceño cuando su marido se agachó a recogerlo.

Finch se sintió invadido por una ola de afecto hacia la pareja, independiente de su propio cariño fraternal hacia Meg.

—¡De acuerdo! —exclamó—. Compraré la hipoteca. Pero oíd, no quiero el siete por ciento. Es exorbitante. No aceptaré más que un cinco.

—¡Qué bueno eres! —exclamó Meg. Hizo ademán de levantarse e ir hacia él, pero, aun en tan emocionante ocasión, el esfuerzo le resultaba excesivo. En lugar de eso, le tendió los brazos y repitió—: ¡Qué bueno eres!

Finch se acercó a ella bastante azorado. No quería que le dieran las gracias. Aunque eso de hacer un favor a otros y de paso salir ganando era estupendo.

Meg lo abrazó otra vez y oprimió sus rollizos labios contra los de su hermano.

—No creo que tengamos por qué contar nada de esto a los demás —añadió—. Me gusta llevar mis asuntos con cierta reserva, ¿a ti no?

—Desde luego —aseguró Finch.

Acordaron los detalles y, cuando terminaron, Finch les pidió consejo sobre los valores de Nueva York. Meg y Maurice se entregaron con entusiasmo a la discusión del asunto. Sería un tonto, le dijeron, si no aprovechaba tal oportunidad. ¿Por qué habrían de ser los estadounidenses dueños de todo el dinero del mundo? Y si ya lo tenían, ¿por qué había que permitirles quedárselo? Lo mejor que podía hacer Finch era traer algo de ese dinero aquí, donde hacía mucha falta. Podía hacerse un hombre rico. Y desde luego, no debía de suponer un gran riesgo cuando directores de casas editoriales, que estaban allí mismo, lo juzgaban adecuado.

—Si Alayne se ha metido en eso —dijo Meg—, puedes estar tranquilo. Nunca he conocido persona más calculadora. Para mí, es la personificación de la astucia.

—No fue muy astuta cuando se casó con Eden —observó su marido.

—Pero ¿qué dices, Maurice? Precisamente entonces actuó con la mayor de las astucias. ¿Quién era ella? Nadie. Él la sacó de una oficina y la trajo a Jalna, a una vida desahogada. La convirtió en una Whiteoak.

—Por poco la mata de pena —dijo Finch.

—Las personas así no se mueren de pena con tanta facilidad. Son demasiado calculadoras. A mi entender, le echó el ojo a Renny desde el principio. Pobre corderito mío, le fue imposible defenderse de ella.

Los dos hombres suspiraron a la vez, tratando de imaginarse al zorro rojo, Renny, como un corderito indefenso.

Patience, que iba a cumplir los tres años en cuestión de meses, entró corriendo en la habitación. Era una niña tan vivaracha como serio era Mooey. Tenía el cabello castaño claro y muy liso y llevaba un vestidito azul celeste.

—¡Mi vida! —exclamó Meg mientras Finch la cogía en brazos—. Abraza muy fuerte al tío Finch. Acaba de portarse muy bien con mami.

Patience estrujó la cabeza de Finch contra su estómago.

—¡Mi Finchy! —balbuceaba.

—¡Vaya, qué vestido más bonito te han puesto! —dijo el otro para disimular su vergüenza.

Hablando con Piers esa tarde, Finch no pudo callarse alguna que otra insinuación sobre la hipoteca de Vaughanlands. Piers no ocultó su curiosidad y, después de haberle exigido guardar el secreto, Finch se lo contó todo. A su hermano le pareció muy conveniente para ambas partes.

—Pero asegúrate de que cumplan con los pagos —le aconsejó—. Maurice es más que descuidado en asuntos de dinero. Una vez me compró un toro de Jersey y tardó más de dos años en pagármelo. Si no llego a estar constantemente detrás de él, me quedo sin cobrar.

Finch se vino un poco abajo ante la perspectiva de tener que perseguir a Maurice. Empezaba a pesarle la responsabilidad de su fortuna.

—Aún no me has dicho qué quieres como regalo —le recordó—. Me gustaría mucho poder regalarte algo. No soporto la idea de no repartir de algún modo tanto dinero.

—Bueno, ya me lo pensaré —repuso Piers, que se dio la vuelta y empezó a alejarse.

Finch salió tras él.

—No vas a escaparte así como así. Tú dime qué es lo que te haría ilusión.

—Ya tengo todo lo que necesito.

—Pero tiene que haber algo que quieras. No sé lo que os pasa a todos —prosiguió en tono quejumbroso—. Cualquiera diría que creéis que ese dinero está maldito o algo así, de tanto recelo que os inspira.

Piers se detuvo y se volvió hacia su hermano.

—Vale, si quieres hacerme un regalo que no te arruine, cómprame un coche nuevo. El viejo se cae literalmente a cachos, pero mientras el

motor vaya tirando Renny no comprará otro.

—¡Estupendo! —exclamó Finch—. Me alegro mucho de que se te haya ocurrido una idea así. Y Pheasant también lo disfrutará. ¿Quieres que vayamos a comprarlo mañana?

A Piers no le costó gran trabajo escoger el coche. Sabía con exactitud lo que quería, hasta en los detalles más nimios. Qué maravilla, pensaba Finch, eso de estar tan bien documentado aun sin haber tenido la menor perspectiva de poder comprar un coche nuevo.

Bajaron a la ciudad en tren y volvieron a casa en el coche. Sería difícil decir cuál de los dos disfrutó más durante el regreso; si Finch, con los brazos cruzados, sintiéndose —sin poder explicar por qué— como un hombre que, con su esfuerzo, se hubiera hecho lo bastante rico para permitirse los placeres de la filantropía, o Piers con esa sonrisita enigmática, extasiado por la velocidad.

Hablaron poco durante el trayecto, pero, para cuando llegaron a Jalna, Finch ya había prometido retejar el granero y hacer que construyeran un chiquero moderno. Quedó entendido que Piers le reembolsaría los gastos cuando pudiera.

Todos salieron a admirar el coche nuevo. Pheasant y Mooey se pusieron a bailar a su alrededor. Hubo que meter al pequeño dentro y sentarlo en el asiento del conductor con las manitas sobre el volante. Pheasant rodeó el talle de Alayne con un brazo.

—Tienes que utilizarlo tú también. El viejo está de vergüenza.

Nicholas y Ernest estaban encantados con la idea de ir a la estación en ese coche al empezar su viaje. El automóvil no tenía peros y, en su opinión, era una auténtica belleza. Solo Wakefield se mostró dubitativo.

—No creo que a la abuela le pareciese bien —dijo—. Nunca le gustó el coche viejo. Pensaba que había sido un derroche de dinero.

—Pero ya no está aquí para preocuparse por esos cambios —replicó Piers—. Y en cuanto a ti, no vas a montar nunca, por impertinente.

—Bueno, pero creo que a la abuela no le gustaría que su dinero se gaste en automóviles.

—¿Quieres que te caliente el trasero?

—No.

El muchacho se apartó un poco.

—Pues entonces a callar.

Al llegar al garaje, encontraron a Renny en la puerta de las cuadras. Cuando vio el coche nuevo, se volvió a toda prisa y desapareció.

Durante la cena, en vista de su gesto desabrido, nadie hizo la menor alusión a la compra. Tan solo Wakefield, en cada pausa de la

conversación, colaba algún comentario sobre los gustos y aversiones de su abuela.

El día de la partida se acercaba de modo inexorable. Luego pareció demorarse un poco, durante unos cuantos días de lluvia torrencial que lo convertían en algo lejano e irreal. De repente, sin embargo, se les vino encima y apenas tuvieron tiempo para los últimos preparativos.

Nicholas y Ernest se habían ido despidiendo de sus viejos amigos uno por uno. Ernest tenía las mejillas arreboladas de emoción. Cada día parecía más joven. La muerte de Sasha, que en los momentos de tranquilidad lo entristecía muchísimo, le hizo sentirse —al llegar la hora de partir— libre de responsabilidades. Nicholas, por el contrario, se mostraba de lo más irritable. La gota le rondaba la rodilla, como una amenaza constante, y le hacía temer que en el último momento tendría que posponer el viaje. Le resultaba difícil arrancarse de las cuatro paredes de su habitación, donde podía hacer lo que le viniese en gana sin necesidad de fingir estar más animado de lo que estaba. Además, aunque no quería reconocerlo, le preocupaba la mirada implorante de Nip. En cuanto a Finch, durante los últimos días no pudo hacer más que tocar el piano. Tocaba de la mañana a la noche. Cuando en Jalna ya no podían soportarlo, se iba a casa de los Vaughan o a la rectoría y seguía tocando allí.

El último día se levantó antes del alba. Un fuerte vendaval del oeste había estado soplando toda la noche y no le había dejado dormir. Se levantó y se asomó a la ventana para que el frío del viento lo refrescara. La luz de la aurora, como un velamen plateado, asomaba por el este, detrás de la negrura del bosque. Le parecía la vela que se henchía para llevarlo en su aventura a un mundo diferente.

Preferiría, sin embargo, que su viejo mundo no le pareciese tan hermoso esa última mañana. Que el canto de los pajarillos, que el viento parecía arrancar de las ramas de los árboles, no le resultara tan conmovedor. Que esa vela de plata de la aurora no se estuviese volviendo dorada y luego rosa delante de sus ojos. Le habría gustado llevarse consigo un recuerdo más prosaico y reconfortante de aquel lugar, no la imagen de esa mañana de mayo revestida de una belleza punzante y etérea. El verde de las hojas nuevas era demasiado translúcido, las sombras de la quebrada dormían entre una floración demasiado esplendorosa, los pájaros que llamaban a sus parejas de un árbol a otro lo hacían con un anhelo demasiado intenso.

Se vistió, como sumido en un sueño, y salió a dar un paseo con el viejo Benny, el perro pastor. Uno por uno, fue visitando todos sus rincones favoritos. El puente rústico que cruzaba el arroyo y el manzano del antiguo huerto, en cuya horqueta había pasado tantas horas leyendo. Se internó en el bosque y se tumbó junto a los abedules de tronco blanco, hundió la cara en el suelo y aspiró el olor de la

tierra. Estrujaba entre los dedos las tiernas briznas de hierba y las olía también. Grabó sus iniciales y la fecha en la suave corteza de uno de los lechosos troncos. Se preguntaba cuántas cosas habría vivido antes de volver a ver aquel lugar. El perro trotaba muy serio a su alrededor, escudriñando, olfateando, echándose por fin en un lugar soleado para dormitar un rato.

Los tres viajeros comieron en casa de los Vaughan. Meggie no pudo soportar la idea de separarse de ellos hasta la hora del té. Cuando volvieron a Jalna, el coche nuevo ya estaba frente a la puerta y con el equipaje de mano colocado en su sitio. Todo eran prisas. Estaban enojados consigo mismos y con Meggie por haberlos entretenido tanto. Pheasant se había puesto su traje de *tweed* y su sombrerito marrón. Mooey, aunque no iría con ellos, llevaba su mejor ropita. Mientras se comía unas rebanadas de pan con miel, Piers miraba constantemente el reloj. Alayne estaba atando un paquete de libros que les había comprado para el viaje. Meg les había preparado una cesta con bizcocho, jalea de grosellas, las últimas manzanas rojas, «que a Finch le gustaban tanto», y un tarro de un preparado de ron y miel para la tos que ella consideraba infalible. La cesta estuvo todo el tiempo al cuidado de Finch y se convirtió para él en una fuente perpetua de preocupación, hasta que por fin, ya a bordo, un día rebañó y se tomó la última cucharada del preparado para la tos solo para desembarazarse de ella. ¡No habría podido desperdiciar nada que le hubiera dado Meg!

Renny no apareció a la hora del té. Finch preguntó, algo preocupado, dónde estaba. Ernest le dijo:

—Se despidió de Nicholas y de mí antes de que fuésemos a casa de Meggie. Nos dijo que posiblemente no estaría a la hora del té.

—Pero no se ha despedido de mí —balbuceó Finch—. No querrá que me vaya sin decirle adiós, ¿verdad?

—¡Claro que no! —Ernest parecía muy contristado—. Pero no hay tiempo para buscarlo. Tenemos que irnos nada más tomar el té.

—A mí no me apetece.

Finch dejó la taza y salió disparado de la casa. Estaba aterrorizado.

Mientras corría hacia las cuadras, vio que Wright iba a meter el coche viejo en el garaje. Finch vaciló y Wright gritó:

—Si busca al señor Whiteoak, señor Finch, está en casa de la señora Lebraux.

Finch se paró en seco.

—Wright, ¿cuánto tardarías en llevarme allí y traerme de vuelta?

—Puedo llevarlo allí en cinco minutos, señor.

Finch se metió de un salto en el coche. ¡Necesitaba ver a Renny! Los otros tendrían que conformarse y esperarlo si llegaba tarde. Había

tiempo de sobra para coger el tren… Wright demostró lo que aún podía hacer el viejo auto.

—Nadie lo diría, ¿verdad, señor? —dijo sonriendo.

Una caja que había estado dando botes en el asiento de atrás se cayó al suelo. La puerta del coche se abrió de repente y la caja cayó rodando a la carretera.

—¡Déjala! —ordenó Finch.

Wright siguió conduciendo, pero protestó:

—Era un preparado que acababa de comprar al veterinario.

El terreno que Antoine Lebraux había alquilado para su negocio de la cría de zorros abarcaba unas ocho hectáreas, con una casa de madera pintada de blanco (ya deslustrado), una pequeña cuadra, un gallinero y los frágiles cobertizos que había añadido el propio Lebraux. Finch la había conocido como la casa de un comerciante retirado que la había construido hacía unos diez años, que se pasaba el día manteniéndolo todo en un orden casi antinatural y que cada dos por tres se quejaba de cualquier intrusión por parte de los chicos o de los perros de Jalna. Varias veces tuvo Renny que pagarle por la pérdida de algunas aves cuya muerte les achacaba a ellos.

Finch siempre había detestado la fea pulcritud de aquel lugar, las hileras de piedras pintadas de blanco colocadas a ambos lados del camino. Mientras corría ahora entre ellas, en dirección a la puerta de la casa, percibió enseguida el aire de abandono que había sustituido a aquel orden tan engreído.

Tocó dos veces el timbre, pero no hubo respuesta. Luego vio una tarjeta torcida colocada encima que decía: «Estropeado». Llamó a grandes aldabonazos. Los minutos volaban mientras esperaba y, por fin, se oyeron pasos al otro lado y se descorrió el cerrojo. Por Dios, ¿era posible que Renny estuviese allí encerrado? Se abrió la puerta y Pauline Lebraux apareció en el umbral. Pareció asustarse un poco al verlo. Llevaba un vestido negro de sarga que le quedaba corto y, entre eso y las largas piernas cubiertas con medias negras y el pelo oscuro que le caía sobre la cara, su aspecto resultaba de una fragilidad y un patetismo algo extraños. Llevaba en brazos, como si fuera un niño pequeño, un enclenque cachorrillo de zorro envuelto en un paño de franela. Los ojos brillantes del animal contemplaban a Finch con una sorprendente expresión de inteligencia. El aspecto de la muchacha le resultó tan singular que por un momento olvidó a qué había ido.

—Me marcho de viaje —dijo por fin.

Le pareció que una sombra oscurecía su semblante, pero Pauline se limitó a esbozar una leve sonrisa y lo invitó a pasar.

—¿Quieres entrar?

—Gracias, pero no puedo. Tengo que darme prisa para coger el

tren. Venía a ver si Renny estaba aquí.

—Sí, está con mi madre, ayudándola con los zorros. ¿Te vas muy lejos?

—A Inglaterra.

—¿Mucho tiempo?

—Todo el verano. Tal vez más.

Finch consideró una crueldad por parte de la señora Lebraux haber vestido a su hija de luto.

—Casi no te conocía con ese vestido —se oyó decir de pronto—. El día que estuviste en casa ibas de blanco.

—Es mi uniforme de la escuela. Iba a un colegio de monjas en Quebec.

Finch pensó que Pauline parecía exquisita y distante, medio asalvajada, con el zorrito en los brazos. Sintió un repentino deseo de tocarla, de acercarse de algún modo a ella.

—¿No quieres darme un beso de despedida? —le preguntó en apenas un susurro.

No era más que una chiquilla, pero Finch se ruborizó, nervioso.

Ella negó con la cabeza.

—No. Pero puedes besarme la mano.

Cuánta afectación, pensó Finch, pero luego recordó que estaba educada a la francesa. Tomó entre las suyas la mano que se le ofrecía, fina y blanca, cuya muñeca, aún infantil, asomaba por la manga negra del vestido, y se la llevó a los labios.

Volvieron a decirse adiós tímidamente. Él echó a correr hacia la parte trasera de la casa, mirando a su alrededor con la esperanza de ver a Renny.

Vio a los zorros en sus casetas, las pieles relucientes y oscuras a la luz del sol vespertino. Oyó voces en la cuadra. ¿Cómo iba a ir allí y ponerse a llamarlo como si fuera un niño? Estaba muy enfadado con su hermano. Le dieron ganas de volverse a Jalna sin hablar con él, pero desde dentro ya lo habían visto. Renny apareció en la puerta y se acercó sin prisas.

—¿Me buscabas? —le preguntó.

—¿Creías que iba a marcharme sin decirte adiós? —espetó Finch.

—¿Cómo voy a saber lo que pensabas hacer? Actúas como te viene en gana.

Finch se quedó pasmado. ¿Era así como iban a despedirse? Si era así, el viaje se le aguaría por completo. Aunque perdiera el tren o el barco, no se movería de allí mientras no le sacara a Renny algo más que esa taciturna frialdad.

—¿Se puede saber qué te he hecho? ¿Por qué me tratas así?

—Cuidadito, la señora Lebraux está ahí dentro y va a oírte.

—Puedo perder el tren, ¿lo sabes? Y a pesar de todo, no vas a decirme ni una palabra de afecto. Por Dios, ¡tal vez no volvamos a vernos!

—Detesto las despedidas.

—Pero te has despedido de los tíos. ¿Por qué de mí no?

—Ahí lo tienes. No me importaba tanto despedirme de ellos.

Los ojos de Finch escudriñaban la enjuta cara enrojecida que tenía delante. Si eso era cierto, y Renny no solía mentir, y para algunas cosas era de lo más raro, tal vez la situación no era tan mala como pensaba. Tal vez Renny no lo odiaba. ¡Pero siempre le había dado un beso, con gesto paternal, cuando se habían separado! Lo miró a los ojos, pero tuvo que hacer un enorme esfuerzo para no echarse a llorar. Le tendió la mano.

Renny se la estrechó y lo arrastró hacia él. Se inclinó y le dio un beso, como en otros tiempos. Finch percibió el familiar olor a cuadra. Notó que se le quitaba un peso del pecho.

La señora Lebraux salió de la cuadra. Iba con la cabeza descubierta y un guardapolvo de lino de hombre. Así, al aire libre, resultaba bastante atractiva, pensó Finch, con el pelo corto veteado de extraños mechones pajizos y castaños retirado de la cara, esa mirada ingenua de ojos azules y boca de gesto atrevido. La mujer le mostró las manos sucias.

—Como ves, no puedo… He estado cuidando de los zorros y ahora estoy aprendiendo a cuidar de los caballos.

Finch musitó unas palabras apresuradas de saludo y de despedida, lanzó una afectuosa mirada a Renny y echó a correr de vuelta hacia el coche. Sin embargo, aún pudo oír a la señora Lebraux, con su voz grave y musical y su acento de las provincias marítimas:

—Me ha hecho gracia verle besar a ese joven tan alto. Jamás habría creído…

No oyó más. ¿Qué era lo que la señora Lebraux jamás habría creído? ¿Y cuál había sido la respuesta de Renny? Daría mucho por saberlo. ¿Y por qué había ido Renny esa tarde a la granja de zorros? ¿Había dicho la verdad al afirmar que no le gustaban las despedidas? ¿O había estado alimentando su resentimiento contra él? Con todo, no era la primera vez que se escabullía en un momento crítico. Finch dejó escapar un hondo suspiro mientras iban dando botes por la carretera.

En Jalna encontró a los demás en diversos grados de turbación por su retraso. Ernest estaba al borde de la desesperación y no paraba quieto ni un momento. Nicholas, bien instalado en el coche, lanzaba exclamaciones furibundas. Pheasant estaba preocupada. Piers dijo que le daban ganas de ahogarlo. Wakefield había sacado unos prismáticos

para verlo llegar antes, aunque la carretera quedaba oculta detrás de los árboles. Era uno de esos momentos en los que Alayne pensaba que los Whiteoak resultaban casi insoportables. Con expresión contenida, estaba allí de pie con Mooey en brazos. Mooey, receloso, se chupaba el pulgar y solo se lo sacaba de la boca de vez en cuando para decir: «No teno medo».

Llegaron a coger el tren y no hubo tiempo para más. Apenas había colocado el mozo las maletas, Piers dado el triple apretón de manos y Pheasant besado a todos y exclamado: «¡Ay, cómo me gustaría marcharme con vosotros!», cuando los dos últimos tuvieron que bajar corriendo del vagón. Se quedaron en el andén mientras el tren se alejaba, con sus jóvenes rostros levantados, ella lanzando besos a los tres que iban asomados a la ventanilla; él, con la cabeza descubierta y las facciones suavizadas por una sonrisa en la que había una sombra de envidia infantil por la suerte de los aventureros.

VI

EL VIAJE

Nicholas y Ernest habían propuesto zarpar de Nueva York y regresar por Quebec. Una vez, años antes, habían hecho el viaje de esa forma y disfrutaron mucho de la variedad que suponía. Tenían ganas de repetir la experiencia y sería interesante para Finch.

Nicholas necesitaba un camarote individual. Era demasiado grueso, les dijo, y no soportaba la idea de que hubiese más gente en ese espacio. Finch y Ernest, por tanto, tuvieron que compartir el segundo. El barco zarpó a medianoche. Finch no cabía en sí de emoción.

Salir del puerto bajo el trémulo resplandor de las estrellas; mirar atrás para contemplar las brillantes luces de la ciudad, que parecía extender sus brazos como para retener el barco; escudriñar la interminable oscuridad del mar que tenían delante… Todo aquello lo estremecía hasta la médula. Fue subiendo y subiendo hasta llegar a la última cubierta, donde estaba casi solo, y allí se apoyó en la barandilla y pudo sentir la vibración del navío en todo su ser, que le provocaba una nueva alegría distinta a todo lo que había experimentado hasta entonces.

Se habría quedado toda la noche allí de no recordar que el tío Ernest estaría esperándolo. Al bajar de nuevo, se dio cuenta de que el ajetreo había disminuido, pero aún había grupitos de mujeres con abrigos de noche y ramos de flores rodeadas por hombres de aspecto pudiente. Los camareros iban de acá para allá, buscando jarrones y cumpliendo diversos encargos. Le costó un poco encontrar su propio camarote en aquel laberinto de pasillos. La puerta del que había a continuación estaba abierta y dentro, en el suelo, vio dos cestas de flores y varias cajas llenas de rosas. En el corredor, dos señoritas leían juntas un telegrama y apretujaban varios más entre las manos. «Telegramas —pensó Finch—. Algo malo ha ocurrido en su casa, pobrecillas. Qué mala suerte empezar así el viaje».

Encontró a su tío acomodado en la litera de abajo, con el equipaje ya deshecho y la ropa colgada en el armario, algo irritado por la tardanza de Finch.

—Esto es lo que pasa —observó— por viajar con alguien de tu edad.

Finch empezó a desnudarse a toda prisa.

—No creo que hubieras podido dormir mucho aunque hubiese llegado antes, con el ruido que hay en los pasillos.

—Al menos habría podido apagar esta luz, que me está deslumbrando.

Finch no perdió el tiempo. Pronto trepó por la escalerilla y se acurrucó en la litera colgante, como si fuera un polluelo asombrado, medio asustadizo y medio retador ante el mundo.

Allí tendido, se sentía con la capacidad de absorber la esencia de cuanto lo rodeaba, no solo lo bello o lo trágico, sino el más mínimo movimiento y sonido, el empuje de la proa del barco contra todo lo que se le ponía por delante, la espumosa arremetida y la turbulenta retirada de las olas que golpeaban el casco por sus costados.

A la mañana siguiente, el cielo amaneció encapotado y el mar revuelto. Nicholas y Finch fueron presa del mareo. En cambio, Ernest, a pesar de sus problemas de digestión, llevaba años sin disfrutar tanto de las comidas. Dos días enteros estuvieron los otros en sus literas mientras él saboreaba el placer de las nuevas relaciones. Mientras ellos se marchitaban, él iba desprendiéndose de sus años a medida que paseaba por cubierta o jugaba al *bridge* o bebía cócteles a sorbitos en el bar. Su invencible espíritu juvenil revivía con un nuevo ímpetu. En sus paseos por cubierta, se le veía acompañado por los pasajeros más eminentes. Parecía más un hombre de sesenta años que de setenta y cuatro.

Al tercer día, cuando el cielo ya había adquirido un alegre tono azul y el mar se había calmado, los enfermos reaparecieron con la piel cetrina y cierto rencor por el bienestar de Ernest. Nicholas estaba acostumbrado a considerarlo un tipo enfermizo y Finch se había visto obligado a contemplar sus alegres cambios de ropa desde su propio lecho de dolor durante dos días. Lo había despertado de su primer sueño reparador, de hecho, el ruido que hacía su tío al volver sofocado del baño, abriendo y cerrando cajones y hablando desenvuelto con el camarero.

Ernest quería mantenerse alejado de tan afligida compañía y trabar nuevas relaciones con otros pasajeros. Al segundo día se encontró con Rosamond Trent.

Tardó un instante en reconocerla como la amiga que vivía con Alayne antes de que esta se casase con Eden. Ernest la había visto varias veces durante su visita a Nueva York y le había causado una grata impresión. Ahora, le encantó tropezarse con ella en circunstancias tan favorables. Rosamond mostró un placer recíproco al

encontrarse con él. Aún echaba muchísimo de menos a Alayne. La compadecía y le tenía cierta envidia. La compadecía porque había ido a enterrarse en un lugar tan distante de Nueva York; la envidiaba porque le habría gustado extender un brazo y atrapar las diversas experiencias de los que vivían fuera de la gran metrópoli. Era una mujer ávida de vida y, en Nueva York, creía estar al tanto de los latidos del corazón de la ciudad, pero a veces no era muy consciente de lo que pasaba en las extremidades.

Se acomodaron en el rincón más bonito del bar y Ernest hizo un gesto al camarero que servía los vinos. Recordaba la afición de la señorita Trent por los cócteles. Se fijó en que iba muy arreglada, desde el sombrerito que le quedaba como un guante hasta las uñas de manicura y los zapatos que daban la impresión de estar diseñados especialmente para llevarlos a bordo de un barco en el mes de mayo.

—Bueno —le dijo ella muy animada—, ¡cuénteme algo de Alayne! Me alegré muchísimo por su segunda boda, pero le tengo tanto cariño que no puedo evitar preocuparme un poquito cuando tarda en escribirme. Llevo tres semanas sin recibir ni una carta suya.

—Alayne está muy bien. Cada día más encantadora, diría yo. Renny y ella están muy unidos. Parecen un único ser.

La señorita Trent sonrió complacida.

—¡Cuánto me alegro! Sentí mucho no coincidir con él cuando estuvo en Nueva York hace dos años. ¿Cree usted que Alayne me invitará algún día a visitarla?

Y siguió parloteando, sin esperar respuesta, haciendo preguntas sobre toda la familia (aunque a la mayoría solo los conocía por las referencias de Alayne) como si fuesen viejos amigos suyos. Se indignó al saber que Renny había participado en la exhibición hípica de Nueva York el otoño anterior y no había ido a verla. Ernest y ella se entendían a las mil maravillas. La señorita Trent le dijo que cada vez que lo veía estaba más joven y Ernest replicó que él la veía cada vez más guapa. Tras un par de cócteles, ambos parecían en verdad más jóvenes y apuestos.

Rosamond había dejado de dedicarse a la publicidad, según le contó, y se había asociado con una amiga para meterse en el negocio de las antigüedades. Habían invertido todo su capital. Eran como dos hojas arrastradas por la marea: podían llegar a cualquier sitio o acabar hundiéndose. Ahora viajaba a Inglaterra para comprar más género.

—Cuando estoy despierta —le confesó— solo pienso en las antigüedades.

—¡No sabe cómo la entiendo! —exclamó Ernest inclinándose hacia ella por encima de los cócteles—. A mí me ocurre lo mismo con mi estudio sobre Shakespeare. Dormido o despierto, rara vez se me va de

la cabeza.

Los ojos de la señorita Trent bucearon en las profundidades de los de Ernest.

—¿Cree usted que llegará a cumplir su sueño?

Ernest dijo que sí, eso creía.

La mañana que Nicholas y Finch subieron a cubierta, los encontraron instalados uno junto a la otra en sus tumbonas. No había en todo el barco piernas tan bien envueltas por el camarero como las suyas. Ambos eran igual de exigentes. Sus mantas no tenían ni la menor arruga. Sobre la de Ernest reposaban sus prismáticos. Sobre la de Rosamond, el último número disponible de la revista *The Connoisseur*. Ella tenía la cabeza echada hacia atrás y los labios entreabiertos, que dejaban a la vista unos bonitos dientes. No aparentaba sus cincuenta y cinco años.

Nicholas, apoyado en el brazo de Finch, se detuvo de pronto y se quedó mirándolos. Finch también los miró y reconoció a Rosamond Trent. Le explicó a su tío que era aquella amiga de Nueva York que, en cierto modo, había sido como una madre para Alayne.

Nicholas le dio a su hermano un golpecito con el bastón mientras le dirigía una sonrisa irónica. Este, algo cohibido por su mirada, le presentó a la señorita Trent.

Ernest quiso que comieran todos juntos. Así, Rosamond Trent tuvo la dicha de verse acompañada por tres hombres de aspecto distinguido. Distinguido, al menos, en su disparidad respecto a los demás hombres de a bordo. El contraste con ella misma también resultaba marcado. El grupito fue objeto de algunas conjeturas. ¿Cómo se habían conocido? Rosamond, por lo general sociable, se volvió algo distante, decidida a mantener intacto su pequeño círculo.

Nicholas, de un modo bastante irracional, llegó a coger verdadera tirria a la encantadora señorita Trent. Le molestaba ver perturbada la soledad que buscaba durante los viajes por el trato forzoso con ella. Le molestaba verla paseándose con Ernest por cubierta, hablando de lo que iban a comer. Detestaba el aspecto de los platos que elegía. Le fastidiaba que estuviera al tanto de los asuntos de su familia y que entendiese de antigüedades. Hasta sabía que en Jalna había algunos Chippendale auténticos traídos de Inglaterra por el capitán Whiteoak.

Concluyó que era una necia y así se lo dijo a Ernest.

Ernest concluyó que el pobre Nick tenía envidia de lo bien que se lo estaba pasando. Eso no se lo dijo, pero sí que la señorita Trent era una de las mujeres más refinadas de todo el pasaje.

—Tal vez —replicó su hermano—, pero no se parece en nada a Alayne. No entiendo cómo pudieron llegar a entenderse. Me resulta un poco ordinaria.

Ernest sonrió compasivo.

—No entiendes la vida de Nueva York. Ni siquiera la vida moderna. Además, la señorita Trent procede de una buena familia de Virginia. Sus antepasados tenían esclavos.

—Pues me parece que ella acaba de hacerse con uno —agregó Nicholas malhumorado.

A medida que Ernest y la señorita Trent pasaban más tiempo juntos, Nicholas y Finch iban distanciándose cada vez más de ambos. Finch era demasiado tímido para entablar amistad con otros jóvenes del pasaje. Se quedaba a la puerta del salón viéndolos bailar y elegía de entre las chicas una pareja imaginaria. Una muchacha de cara vulgar pero que se movía con un ritmo armonioso le llamó la atención. Seguía durante piezas enteras los elegantes balanceos de su cuerpo y, en su imaginación, la estrechaba contra él. Luego se iba y buscaba algún lugar retirado en cubierta desde el que pudiera contemplar el oscuro vaivén de las olas.

Una vez se encontró el salón desierto —los pasajeros estaban entretenidos con un juego en algún otro sitio— y se sentó al piano. Empezó a tocar un preludio en la, muy bajito por temor a que lo oyeran, inclinándose sobre las teclas como para amortiguar el sonido de las notas con su cuerpo. Antes de acabar, se dio cuenta de que ya no estaba solo. Siguió tocando, pero al llegar a las últimas notas se levantó y, con su habitual expresión taciturna y azorada, salió corriendo. La muchacha de la cara vulgar y los movimientos armoniosos estaba en la puerta cuando él se precipitó por ella. Había estado tocando el piano a través de él, como Finch había bailado a través de ella.

El tío Nicholas se quejaba mucho del tío Ernest.

—Se comporta como un papanatas —decía—. Es capaz de hacer cualquier cosa. Esa mujer y él se han apuntado a no sé qué absurdo concurso como pareja y han ganado el primer premio. Acabo de ver cómo se lo daban en el bar. No sé qué diría tu abuela si lo viera. Palabra que no me sorprendería si acabara casándose con ella. Si es que ella es lo bastante idiota para aceptarlo como marido.

Finch estaba horrorizado. Imaginarse al tío Ernest casado, y casado con la señorita Trent, hacía temblar todo su mundo.

—¿No hay manera de evitarlo? —preguntó angustiado—. ¿No podrías echarle un sermón, recordarle lo que pensaría la abuela? Él siempre está citándola.

—Es probable que llegara a la conclusión de que mamá aprobaría a la señorita Trent. Los espíritus siempre dicen lo que uno quiere que digan.

—No sé, tío Nick, ¿y no podría yo meterme en medio?

Nicholas lo miró con expresión divertida.

—Ernest tiene veinte años más que la señorita Trent y ella tiene casi treinta y cinco más que tú. Puedes intentarlo si quieres, pero creo que prefiere las antiguallas.

Más que preocuparle, a Nicholas le irritaba la conducta de Ernest. Pero Finch estaba alarmadísimo.

La última noche hubo un baile de disfraces. Nicholas, tras observar un rato el variado desfile de parejas, se retiró temprano a su camarote. Finch, fisgando por una ventana, vio dos figuras cubiertas con dominós que, sin duda, eran las de Rosamond Trent y Ernest. La más delgada con el dominó malva era Ernest. ¡Malva! La mera intención jovial del color le hizo sentir una punzada de aprensión. Empezó a pesarle cierto sentido de la responsabilidad por su tío. ¡Tenía que salvarlo de la señorita Trent!

Cuando estaban desvistiéndose en el camarote, Ernest observó:

—Rosamond Trent es una mujer brillante, Finch. Una mujer con mucho empuje y, sin embargo, de lo más comprensiva.

Finch tenía la cabeza metida en la camisa y prefirió no sacarla aún, pues se encontraba más seguro aislado de esa forma mientras Ernest seguía hablando.

—Tiene un singular olfato comercial combinado con un profundo entendimiento de aquellos que prefieren actuar de un modo más reflexivo.

«Ahí viene —pensaba Finch—, ¡Dios nos asista!», y siguió con la cabeza escondida dentro de la camisa.

—No llegó a tener éxito en el campo de la publicidad porque no le daba la libertad suficiente para desarrollar su apasionado temperamento.

¡Apasionado! Eso ya era excesivo. Terminó de quitarse la camisa como pudo y se quedó con el torso al aire, el rostro sofocado, los ojos fijos en su tío.

Ernest se sentó al borde de su litera y clavó la mirada en Finch.

—El negocio de las antigüedades es algo muy distinto…

—Antigüedades —murmuró Finch—. Entonces no…

—¿No qué?

—No vas a…

No fue capaz de terminar la frase.

—Lo que quiero decir es que me parece una lástima que una mujer como la señorita Trent se vea atada de pies y manos en su nuevo negocio por falta de fondos.

—Ah —dijo Finch aliviado—, ¿eso es todo?

—¿No te parece bastante?

—Tío Ernie, creía que ibas a decirme que te habías enamorado de

ella.

Ernest se sonrojó casi tanto como Finch, pero no pareció ofenderse.

—Creo tener suficiente sentido común para no enamorarme a mi edad —repuso—. Y si fuera a cometer semejante necedad, sería por una mujer muy distinta. Una más parecida a Alayne, imagino.

Finch sintió un enorme alivio mientras se ponía a toda prisa el pijama.

—La señorita Trent ha invertido todo su capital en el negocio. Lo tiene inmovilizado. No dispone de liquidez suficiente para comprar antigüedades y asegurarse un beneficio a largo plazo. Por desgracia, está atascada. Si tuviera, digamos, unos diez mil dólares para invertirlos en género, con su experiencia podría doblar e incluso triplicar esa cantidad.

Finch se encaramó a su litera. Luego se asomó por el borde y miró a su tío con la sensación de que, de algún modo, acababa de salvarlo de un peligro. Sin embargo, resultó que era la señorita Trent a la que tenía que salvar y, al salvarla, podía hacer una espléndida inversión él mismo. Al son amortiguado del motor, discutieron hasta muy avanzada la noche los detalles del negocio de la señorita Trent, del cual Ernest estaba sorprendentemente al tanto.

VII

LONDRES

Allí estaban, apretujados en un taxi, abriéndose camino por el tráfico de las calles de Londres. Finch iba en uno de los asientos plegables, a punto de dislocarse el cuello al tratar de mirar por las dos ventanillas a la vez. Le parecía demasiado irreal eso de ver los lugares de los que tanto había oído hablar siempre. El puente de Westminster, las Casas del Parlamento, la plaza de Trafalgar, los leones, ¡el palacio de Buckingham! Iban atronándolo como una serie de explosiones. Era demasiado. Era abrumador.

Sus tíos le señalaban a un tiempo distintos sitios a un lado y otro de la calle. Les divertía y les conmovía la expresión de su rostro. Habían pasado casi veinte años desde su último viaje a Londres. Incluso en esa apresurada carrera, se dieron cuenta de los cambios. Algunos puntos de referencia habían desaparecido y en su lugar se levantaban nuevos y soberbios edificios. La alegría del regreso quedó atemperada por cierta sensación de melancolía.

Habían reservado habitaciones en el mismo hotel donde antaño fuesen huéspedes habituales. Ya no era un hotel de moda y había perdido parte de su antigua elegancia, pero les encantó descubrir que el portero era el mismo, apenas cambiado aunque algo más canoso. Tras un instante de duda, este reconoció a Ernest, pero a Nicholas solo lo ubicó porque iba en compañía de su hermano. Ese hombre grueso y entrado en años, de hombros caídos y expresión sombría en la que solo brillaba el antiguo fulgor de los ojos, se parecía muy poco al antiguo señor Nicholas Whiteoak.

Finch se asomó a la ventana de su habitación para echar un vistazo a la calle. La luz anaranjada del atardecer le daba un aire misterioso. Las sombras de los viandantes se alargaban. Una florista se había instalado allí debajo con su carretilla rebosante de flores de primavera. En la esquina había tres inválidos de guerra tocando el «Londonderry Air» con dos violines y una especie de piano sin patas que sostenían sobre las rodillas. Un cuarto hombre tendía tímidamente su sombrero a los transeúntes. Por la posición de la cabeza del que

tocaba el piano, Finch dedujo que estaba ciego. Cerró los ojos y escuchó los quejumbrosos compases. Por debajo de la música, percibía el vibrante rumor de la vida de la urbe. Londres… Parecía un sueño estar allí. No terminaba de creérselo.

Quería comprarle violetas a la florista, dar dinero a los músicos, hacer algo por la vieja andrajosa y con un espantoso sombrero de plumas que se arrastraba por la acera de enfrente. Quería dirigir un gesto galante a la señora regordeta que lo miraba desde una ventana rodeada de macetas al otro lado de la calle y que había interrumpido la conversación que mantenía con su loro. Necesitaba volver a salir. No soportaba quedarse en la habitación. Habían estado fuera toda la tarde y acababan de regresar para tomar el té, pero tenía que irse otra vez y, en esta ocasión, sin sus tíos.

Pasarían solo una semana en la ciudad antes de ir a visitar a Augusta. El buen tiempo podría no durar mucho, de modo que Nicholas y Ernest habían decidido ir al parque esa misma tarde. Se habían sentado en las sillitas verdes y habían contemplado el trote de los jinetes por el paseo. Finch estaba en medio y los otros dos, con las manos apoyadas en sus bastones, se inclinaban hacia delante para hablar entre ellos. Su conversación, en general reposada, había dado paso a exclamaciones de júbilo una vez, cuando reconocieron a un viejo amigo suyo en la figura de un fornido jinete de cara arrebatada. Les pareció reconocer también, más o menos, a otra media docena. Una bonita muchacha que montaba un caballo negro se parecía tanto a otra igual de hermosa, montaba con una elegancia tan similar, que debía de ser su hija. Resultaba de lo más emocionante.

Recorrieron los jardines y llevaron a Finch a ver el Serpentine y las aves acuáticas, los flamantes rododendros, la espuma rosada de los espinos en flor, señalándole esto y lo otro con sus bastones como si fuera un niño pequeño. Sin embargo, los nuevos edificios de pisos de Park Lane les parecieron horribles. Qué raro, dijeron, que no se hubiera podido hacer nada para impedirlo. Se indignaron con Finch porque, a pesar de todo, este creyó que Park Lane era una calle muy bonita.

Marcharse sin sus tíos era ahora mismo, por tanto, su idea de la felicidad. Cogió el sombrero y bajó a la calle. Sin poder contenerse, le compró un ramito de violetas a la florista, de modo que tuvo que emprender el paseo así, con las flores en la mano y mal envueltas en un trozo de papel. Echó una moneda de seis peniques en el sombrero de los músicos. Se quedó allí un rato, escuchando cómo tocaban otra vez el «Londonderry Air». Pese a su fina sensibilidad musical, no le molestaban las disonancias. No le afectaban más de lo que pueden afectar a una alondra las singularidades de otros pájaros cantores. En cambio, le impresionó mucho la expresión en la mirada de aquellos

hombres.

Pasó por rincones abarrotados de gente y cruzó calles atascadas por el tráfico vespertino. Acabó en un modesto bar de North Audley Street frente a un vaso de *whisky* con soda. Le habría gustado hablar con la camarera porque le pareció que lo miraba con cierto interés, pero no tuvo el valor de hacerlo. Nunca había estado en un bar.

Anduvo vagando por las calles, mirando los escaparates. Le llamó la atención uno donde se exponían obras de arte procedentes de Oriente. Vio una figurita de porcelana blanca muy parecida a la de Guanyin que le había regalado su abuela. Las manitas blancas de la diosa eran como capullos a medio abrir de un lirio de noche. Los piececitos, muy separados, parecían pájaros blancos en reposo. Le habría gustado dejar ante ellos el ramillete de violetas.

Entró en la tienda y preguntó el precio. Le asombró lo elevado que era. Le dijo al vendedor que tenía una muy parecida en casa. No especificó dónde estaba su casa, pero a medida que siguieron hablando se dio cuenta de que aquel hombre sabía que no era inglés y se preguntaba cómo habría podido averiguarlo. Aunque le aseguró que no iba a comprar nada, el interés del otro no decayó. Parecía deseoso de hablar sobre los diversos objetos que causaban la admiración de Finch. Si bien acababa de llegar a Londres, ya estaba pensando en los regalos que le gustaría llevar a Jalna. Los años que sus abuelos pasaron en la India y todas las cosas que se habían llevado de allí habían despertado en sus descendientes un notable interés por todo lo oriental. Podría regalarle a Piers esa magnífica cimitarra; le gustaban las armas antiguas y ya tenía la larga espada del Ejército del abuelo. Y para Meggie, ese biombo bordado. A Wakefield le gustaría esa pagoda tallada en marfil. Pensó en Wake con repentina ternura. Pobre diablillo, nunca había estado en ningún sitio ni había visto nada. Aunque, a decir verdad, ¿dónde había estado y qué había visto Piers? ¡Y él estaba allí, viendo y haciendo tantas cosas!

Al salir de la tienda volvió a mirar el escaparate y vio un cuadro de una cacatúa blanca con la cresta de color coral. De pronto se acordó de Pauline Lebraux y pensó que le gustaría llevarle ese cuadro. Por un momento la vio con toda claridad, con su espesa mata de pelo oscuro y las largas piernas cubiertas con medias negras, de pie ante la cacatúa y con las manos unidas en un arrebato de admiración.

Ya fuera por las cosas que había visto en la tienda, por la amabilidad del dependiente o por el recuerdo de la pequeña Pauline —no se paró a pensarlo—, al continuar andando calle abajo se sintió invadido por un profundo alborozo.

Se detuvo frente al escaparate de una elegante guarnicionería para elegir la silla de montar perfecta para Renny.

Siguió andando y andando. Parecía que no iba a cansarse jamás.

En una esquina, rodeado de unas cuantas personas que se demoraban para escucharlo, vio a un hombre algo mayor que, de pie y con la cabeza descubierta, estaba recitando fragmentos de Shakespeare. Tenía un porte distinguido, el rostro ajado y la voz cascada de declamar en ese ambiente neblinoso.

> «Hablad de mí tal como soy, sin rebajar mis faltas
> ni añadir otras por malicia».

¡Tal como era! Finch lo observó: andrajoso, fatigado, con una expresión de desesperanza en los ojos. ¡Hablar de él tal como era! ¿Quién iba a hacerlo? ¿Quién podría soportar pensar en él tal como era?

Se quedó allí un rato, escuchando aquella voz a veces ahogada por el ruido de un autobús o interrumpida por las burlas de algún transeúnte. Finch estaba seguro de que en otros tiempos fue un buen actor. Tenía ese instinto de los artistas para saber cuándo se le apreciaba. Terminó su parlamento con los ojos clavados en Finch y se inclinó —con una elegante mezcla de humildad y dramatismo— al ver la media corona que caía en su sombrero.

«Ha sido mucho —pensó Finch según se alejaba—, pero he pagado más por ver a peores actores».

Siguió merodeando hasta perder todo sentido de la orientación. Pasó por calles llenas de tiendecitas y cines, frecuentadas por la clase obrera. Era un gentío de aspecto respetable y movimientos lentos, cuyas facciones se mostraban angulosas bajo la luz eléctrica. Le recordaba a las multitudes entre las que se había perdido cuando, allí en casa, George Fennel y él tocaban en aquella orquesta y se quedaban alguna noche en la ciudad. Era muy diferente de la muchedumbre neoyorquina, donde predominaban las caras extranjeras.

Cenó un plato de huevos con tocino y un café en un Lyons, sentado en una mesita junto a una joven pareja con la expresión más aturdida que jamás hubiera visto. Le intrigaba saber qué habían hecho, o qué iban a hacer, para tener esa cara. La mujer no comía y se limitaba a mordisquearse un dedo, mientras que el hombre iba metiéndose trocitos de pan a la boca que desaparecían sin que al parecer los masticara ni los tragara siquiera, como caen las cartas en un buzón de correos.

La semana que iban a quedarse en Londres se convirtió en dos. Nicholas y Ernest retomaron el contacto con antiguas amistades y pasaban una y otra vez del alborozo a la melancolía al recordar los viejos tiempos. Un día, Finch fue a cenar con ellos a casa del jinete con la cara arrebatada que habían visto en el paseo del parque, quien, tras una breve conversación con el chico, llegó a la conclusión de que

los Whiteoak estaban degenerando.

Ernest llevó a Finch a la abadía de Westminster, donde se quedó pasmado, con el mechón de pelo caído como siempre sobre la frente, al ver la corona de flores que el sultán de Zanzíbar había depositado no hacía mucho sobre la tumba del soldado desconocido.

El domingo por la mañana, Finch fue a Hyde Park y se mezcló con un grupo de andrajosos mineros galeses que escuchaban los discursos socialistas y antisocialistas de varios oradores. Uno de estos últimos volcó la denodada intensidad de un vocabulario obsceno sobre un irlandés que lo había interrumpido.

Escuchó los argumentos de una señorita, que parecía medio congelada por el viento que soplaba en ese instante, en favor de la Liga Católica. Hablaba bien y a Finch le impresionó ver el crucifijo que se alzaba clavado en el suelo junto a ella.

Se imaginó a sí mismo como una hoja devuelta por el viento, a través de los mares, desde un árbol trasplantado en regiones lejanas. Allí, en Inglaterra, había nacido su abuelo, el capitán Whiteoak. Allí había nacido su madre, hija de un periodista londinense que siempre estaba pelado. Por esa ciudad había vagado afligida tras la muerte de su padre, sin saber qué hacer, hasta que tomó la decisión de marcharse a Canadá como institutriz. Finch tenía tres cuartas partes de ascendencia inglesa. Solo un cuarto era irlandés y había llegado a su familia, como un impetuoso viento del oeste, un violento temporal, en la persona de su abuela Adeline.

VIII

NYMET CREWS

Augusta se había vestido con más cuidado que nunca esa tarde. Había puesto un particular esmero en arreglarse el pelo, que aún llevaba al estilo de la reina Alejandra, con ese flequillo rizado que tanto intrigaba a sus sobrinos. Estos habían llegado a hacer apuestas sobre si era su propio cabello y de color natural o si era pelo suyo pero teñido o bien se trataba de un postizo. Ninguno había logrado averiguarlo y, si los hermanos de Augusta conocían el secreto, lo guardaban con lealtad.

Se contempló en el alargado espejo de su dormitorio con íntima satisfacción, aunque, si en ese instante hubiera pasado por allí algún curioso, este habría creído que no le complacía para nada su imagen. Tenía la barbilla retraída, los músculos del cuello rígidos y los ojos como platos, con una expresión inequívoca de ofendida sorpresa. Esa pose, sin embargo, era en Augusta tan natural como lo había sido en su madre la de osado despotismo. Reaccionaba siempre con una actitud instintiva de defensa frente a todo aquello a lo que dirigía la vista, al igual que su madre lo había hecho con una curiosidad retadora.

Augusta había cambiado muy poco desde la muerte de Adeline. Si acaso, a decir verdad, había mejorado.

Su última visita a Jalna, que se alargó tres años, fue —entre los constantes caprichos y pullas de la anciana y la expectación permanente de aquella muerte que tanto se retrasaba— una especie de tortura. El alboroto de la casa era también algo fatigoso para una mujer que ya había pasado con mucho los setenta. El regreso a la serenidad de su propio hogar, donde nadie podía contradecirla sin arriesgarse a perder su empleo y donde no había agitación alguna salvo por los ocasionales desmanes de las criadas, resultó muy beneficioso para su salud.

Así, con gran satisfacción interna y actitud un tanto desdeñosa, se dio los últimos toques al peinado y contempló sus aún bien formados hombros y la curva inimitable de su nariz Court. Nunca había tenido

un buen cutis, de modo que en ese sentido poco más podía hacer.

Dio una vuelta por las habitaciones destinadas a sus hermanos y a su sobrino, se aseguró de que las jarras estuviesen bien llenas de agua fresca y de que hubiera toallas limpias en los toalleros y aspiró el agradable aroma del espliego que desprendían las ropas de cama.

Luego bajó al salón, donde Ellen, la doncella, acababa de disponer el servicio de té, si bien una hora más tarde de lo habitual para acomodarse a la llegada del tren. Ellen llevaba muchos años al servicio de Augusta y, una vez la pobre concluyó —al día siguiente de su llegada— que esa mirada ofendida de su señora iba dirigida nada más y nada menos que a ella, había adoptado un aire de constante apuro y disculpa con el cual cumplía de manera escrupulosa todas sus obligaciones. Augusta, por su parte, consideraba a Ellen una excelente sirvienta y no se cansaba de alabarla en presencia de sus amistades.

Inspeccionó la mesa del té con aire dubitativo. ¿Habría bastantes bollos? ¿Sería suficiente una porción de miel en panal? Recordaba el apetito de Finch, pero también sus propios esfuerzos por hacerlo engordar y cómo había fracasado. Bueno, en cualquier caso, había pan y mantequilla de sobra y el pastel de frutas era de un tamaño excepcional.

Se acercó a una ventana y atisbó, más allá del verdor primaveral de la explanada y del parque, la carretera que subía desde el pueblo. Solo se veía un vehículo, el carro de Jim Johnson, el ordinario, que regresaba de una de sus dos expediciones semanales a Exhampton. Esperó unos minutos, pero —impaciente como estaba por la llegada de los viajeros— no era capaz de parar quieta mucho tiempo. Tenía muchas ganas de verlos. Hacía una semana, cuando ya estaba todo listo para recibirlos, le llegó un telegrama en el que le comunicaban que se quedarían otros siete días en Londres. Muy propio de Nicholas enviarlo así, a última hora. Ni él ni Ernest habían ido a verla tras la muerte de su esposo. En su última visita, habían agotado la paciencia de sir Edwin con tanto parlotear y llegar tarde a las comidas y discutir con él, como luego le confesó este a su esposa, sobre cualquier tema que sacara. En fin, su marido ya descansaba en paz en el panteón familiar y, en cuanto a sus hermanos, el paso de los años los había hecho algo más tolerables. Por lo que se refería a Finch, ahora era su sobrino favorito. Antes lo había sido Eden, gracias a su encanto, sus refinados modales y su talento, pero su conducta actual era inaceptable. También quería a Renny, pero este había heredado varios de los peores defectos de mamá. Piers era un muchacho estupendo, pero algo insolente a veces y de modales muy bruscos, consecuencia, suponía, de su constante trato con labradores y caballerizos. Wakefield era un cielo y muy sociable para su edad, pero Finch tenía algo que le despertaba un instinto casi maternal.

Empezaba a molestarle bastante el retraso de sus parientes. Se sentó a la mesa, no obstante, y mantuvo la compostura. La luz del hogar (una extravagancia innecesaria, pues la tarde aún era cálida) jugaba con los pliegues de su vestido negro de raso y acentuaba perversamente un lunar oscuro que tenía en la mejilla izquierda.

Sonaron pasos en el recibidor y en el umbral de la puerta apareció una mujer austera y enjuta. Era la señora de Thomas Court, prima política de Augusta. Su marido fue hijo del hermano menor de Adeline. Toda su vida de casada la había pasado en Irlanda, pero se conservaba inglesa de pies a cabeza, al igual que Augusta era inglesa hasta la médula aunque se hubiese criado y educado en Canadá. La señora de Thomas Court entró en la habitación con paso rápido y entrecortado, como si se tratara de un autómata de cuerda. El cabello, echado hacia atrás, hacía la competencia al de Augusta en su violácea negrura. Tenía el cutis aún más pálido que ella, pero lo animaba con unos toques de colorete, y el traje, aunque aparatoso y anticuado, le daba un aire juvenil. Era de facciones menudas, tenía unos expresivos ojos de color gris claro y un gesto inequívoco de presuntuosa arrogancia en la boca, de labios algo delgados. Mezclado con todo eso se advertía una especie de buen humor muy desenvuelto. Llevaba un traje sastre de paño negro, con una fina raya blanca, cuya falda le llegaba a los tobillos y dejaba asomar unos pesados botines que crujían con un ruido muy desagradable cuando andaba. Fue directa hacia la ventana, aunque echó una miradita de reojo a la mesa del té.

Fuera había oscurecido de repente.

—¿Llueve? —preguntó Augusta.

—Está chispeando —replicó la señora Court con los ojos fijos en la terraza enlosada.

—Ojalá lloviese. Las flores necesitan agua.

—Espero que no. Yo prefiero el tiempo seco, me va mucho mejor para el oído.

—¿Cómo lo llevas?

—Regular, como siempre.

—Vaya, con lo molesto que debe de ser —lamentó Augusta con su sonora voz de contralto.

La señora Court se giró y la miró a los ojos.

—¿Molesto? «Molesto» se queda corto, es para volverse loca.

Con aire decidido y acompañada por el chirriar de los botines a cada paso que daba, se acercó a la mesita del té. Señaló el plato de los bollos con un huesudo dedo índice.

—Déjame coger uno de estos y una taza de té y me lo llevaré a mi cuarto. A las familias no les gusta que los extraños se entrometan en sus reuniones.

—Aún no he llamado para que sirvan el té y no es necesario que te vayas.

—Muy bien. —Se sentó en una silla dura con tapicería abotonada —. Pero no estaréis tan a vuestras anchas.

—No nos hace ninguna falta estar a nuestras anchas —replicó Augusta algo cortante.

La señora Court empezó a taconear una especie de retreta en el suelo.

—Me pone nerviosa que se demore tanto la hora del té.

Augusta la miraba con gesto de desaprobación.

—¿Dónde está Sarah? —preguntó para desviar la atención de su prima a otra cosa que no fuera su estómago.

La señora Court taconeó más fuerte todavía.

—Fuera, bajo la lluvia. Esta chica es una majadera, le gusta empaparse. Cuando brilla el sol, sin embargo, casi seguro la encontrarás en casa, escondida en algún rincón. Yo la llamo «topo», mi topito.

Había terminado la frase asintiendo con la cabeza, como si celebrase su propia ocurrencia.

—Bueno —dijo Augusta—, topo o no topo, es una muchacha muy agradable. Espero que Finch y ella se hagan buenos amigos.

—A ningún chico de veintiún años puede gustarle una chica como Sarah, es demasiado formal. A los jóvenes les gustan las travesuras. Yo la llamo «ratón», mi ratoncito.

Augusta oyó un ruido que venía de fuera.

—¡Ya llega el coche! —exclamó antes de salir corriendo a recibirlos.

La señora Court, con mayor presteza todavía y los botines rechinando como nunca, fue a tocar la campanilla.

—Sirva el té —ordenó a la doncella—. Y vaya preparando otra tetera por si acaso.

Después permaneció inmóvil, en un rincón, observando cómo se abrazaban Augusta y sus parientes.

—¡Ay, ya has pedido el té! —se alegró esta cuando por fin se volvió hacia ella—. Ven entonces a saludar a mis hermanos y a mi sobrino. Desde luego, te acordarás de Nicholas y de Ernest.

Se estrecharon la mano mientras recordaban que la última vez que se habían visto fue en Londres, durante los fastos de coronación del rey Jorge.

—Entonces vivía el pobre Edwin —dijo Augusta.

—Y Thomas también —añadió la señora Court por no ser menos.

Se instalaron alrededor de la mesa del té y Augusta observó el

buen aspecto de sus hermanos, pero quedó algo decepcionada con el de Finch. Seguía pareciendo el mismo niño medio muerto de hambre de otros tiempos. Resultaba algo difícil hacerse cargo de que ese chico desgarbado era el dueño de la fortuna de su madre, que tan bien habría sentado a la arrogante presencia de Ernest. No se trataba de una fortuna muy grande, pero tenía su importancia en una familia de medios tan reducidos. Sin embargo, cuando Finch se sentó a su lado en una silla que resultaba demasiado baja para su estatura y le echó una de sus antiguas miradas cargadas de cariño, Augusta sintió que se le enternecía el corazón y empezó a atiborrarlo de bollos bien untados de mantequilla. Casi no podía creer que lo tenía allí, un hombre ya, y le parecía que ayer aún estaba en la cuna. Finch, con mayor asombro todavía, echaba escrutadoras miradas por la habitación, llena de innumerables adornos y retratos enmarcados. De las paredes colgaban diversas acuarelas pintadas por sir Edwin, que reproducían paisajes escoceses. Sobre la repisa de la chimenea había un retrato suyo, con sus finas patillas y sus claros ojos azules. Otra fotografía mostraba a Wake, a los cinco años, muy guapo y con una mirada muy expresiva. En otra se veía a Eden y a Piers vestidos de marineros, con un perro entre los dos. Sobre el piano descansaba una gran fotografía de Renny montado en Landor cuando ganó la King's Plate. En otro sitio, una de Meg con Patience, guapísimas las dos. Otra más bonita todavía era un retrato de Pheasant y Mooey. Dondequiera que volviese los ojos encontraba retratos de los Whiteoak. Nicholas, Ernest y Augusta de niños y adolescentes. La abuela a los cincuenta años, muy hermosa todavía en traje de noche. Pero ¿qué era eso que se veía en la mesita que estaba a su lado? Un retrato suyo a los ingratos trece. Se lo habían hecho después de su primera partida de caza y se le veía con la escopeta entre las manos y una mirada de terror en los ojos. Esto último no era de extrañar, pues ya la semana siguiente se le había disparado el arma mientras iba con Piers y por poco le pega un tiro en la espalda. Su estupidez le había valido una paliza y le habían quitado la escopeta. Hallarse frente a esa fotografía apenas llegado constituía casi un insulto.

—Quiero que quemes ese espantoso retrato mío —dijo en voz alta.

—A mí me gusta, cariño. Es el único que tengo de ti.

—Ya me haré otro mientras esté contigo.

Su tía le sirvió más té y él le preguntó en voz baja:

—Oye, ¿dónde está la chica?

Augusta adoptó un aire algo misterioso.

—Se parece a ti, le gusta la naturaleza. Nunca se acuerda de la hora de las comidas.

—Pues en eso no se me parece nada. —Finch se sirvió más miel y añadió—: Espero que no se parezca a su madre.

—¡Shh!

—Pero si le están hablando los dos a un tiempo, uno por cada lado, es imposible que me oiga.

—Solo es su tía política. Sarah es huérfana y la señora Court se ha ocupado de su educación. Ya te contaré lo que le pasó a su padre.

Un chaparrón golpeaba ahora la ventana. Como si emergiera de él, Sarah Court apareció en el umbral y avanzó despacio hacia el grupo de los que estaban sentados.

¿Qué había esperado Finch? ¿Una impetuosa muchacha irlandesa que llegaba tarde al té porque le gustaba estar fuera cuando llovía? ¿Un duendecillo de cabellos rizados que entrase bailando con las mejillas perladas de lluvia? ¿Una joven robusta y prosaica? Fuera lo que fuese lo que se había imaginado, no se parecía en absoluto a lo que ahora tenía delante.

La chica entró con pasos lentos y largos, sin mover apenas la mitad superior del cuerpo. Esta mitad, erguida de una forma del todo desconocida por la generación moderna, se deslizaba como podría hacerlo el torso de una estatua transportada sobre una carroza. Llevaba un vestido oscuro, algo escotado en el cuello y muy ajustado por delante, como si fuera uno de esos corsés anticuados, efecto aún más pronunciado porque el corpiño se prolongaba un poco por debajo de la cintura. La falda era demasiado larga para lo que entonces se estilaba y por detrás estaba dispuesta de modo que recordaba a los polisones. Los brazos le caían rígidos a los lados y tenía unas manos palidísimas. La misma palidez revestía el semblante que ahora dirigía hacia Finch. Su cabello negro, peinado con esmero hacia atrás desde la frente despejada, relucía como el azabache y formaba una espesa trenza recogida en un moño sobre la nuca.

Finch se percató de que tenía la nariz de los Court, pero no fue eso lo que le llamó la atención al darle una extraña impresión de familiaridad. Mientras la joven hablaba con sus tíos, que por lo visto la habían conocido de niña en Irlanda, la mente de Finch buceaba entre sus recuerdos tratando de encontrar algo que explicase esa rara sensación de haberla visto antes. Aún no se había asido a nada cuando oyó la voz de su tía que hacía las presentaciones.

Se quedó mirándola de hito en hito, sin poder deshacerse de aquellos pensamientos. Sin embargo, ella se acercó y le tendió la mano. Algo en su ademán le dio justo lo que estaba buscando. Mientras se saludaban, dejó de verla. Su mente se había trasladado al desván de Jalna. Se veía a sí mismo acurrucado junto a la ventana del trastero, un día de lluvia, absorto en ejemplares atrasados de la revista *Punch* sacados de un montón medio derrumbado y cubierto de polvo que iba creciendo año tras año porque nunca se tiraba ninguno. Estaba mirando un grabado que reproducía un salón de la época victoriana

en el que un señor con patillas se inclinaba ante la mano de una señora. Otras señoras, todas de pie, ocupaban la habitación. Todas se parecían sobremanera y todas y cada una de ellas tenían un gran parecido con Sarah Court.

¡Eso era! Sarah se parecía a un grabado de Du Maurier.

El descubrimiento lo alivió tanto que no pudo evitar sonreír extasiado. Sarah le devolvió la sonrisa y Finch advirtió cómo se separaban sus labios, finos y delicados, para dejar al descubierto unos dientes tan pequeños y bien alineados que causaban asombro. Jamás había visto un labio superior tan corto y una barbilla tan prominente.

—¡Vaya, topo! —exclamó la señora Court—. ¡Por fin has salido, ahora que ya no hay sol!

Sarah apretó los labios y bajó la vista. Se miraba un anillo con una enorme piedra verde que llevaba en el dedo índice y empezó a darle vueltas, nerviosa.

Su tía se inclinó hacia delante, como si quisiera espiar lo que ocultaban aquellos párpados medio cerrados.

—Ay, ratoncito, tan callada como siempre. —Entonces se dirigió a Ernest—: Yo la llamo ratón por lo silenciosa que es. A mí personalmente me resulta molesto porque no tengo más compañía que ella.

—Hace muchos años —comentó Nicholas—, conocí a una joven a la que también apodaban Ratón. Una bailarina.

—¿Y era reservada? —preguntó la señora Court con interés.

—No, bastante escandalosa, pero tenía la carita puntiaguda y los ojillos oscuros y brillantes.

—Yo siempre disfruto de un buen *ballet* —continuó la otra—, pero no me gusta el *ballet* ruso. Detesto la música rusa. Comparada con Bach, Händel y Mozart, no es más que ruido. Cuando Sarah empieza a toquetearla al violín, tengo que salir de la habitación. Me saca de quicio.

Empezó a taconear sobre el suelo para probar hasta qué punto la ponía nerviosa. Su sobrina se había sentado y siguió dándole vueltas a la sortija verde hasta que Finch le tendió una taza de té. Se servía pan y mermelada con una concentración casi infantil. Finch era tan consciente de su distanciamiento que dudaba si dirigirle la palabra. Con todo, no faltaba conversación en el salón. La señora Court solo se daba tregua para masticar o beber un sorbito de té, y su voz áspera, aunque no del todo desagradable, no requería contestación alguna para animarla a continuar.

—¿Sigues tocando? —le preguntó a Nicholas.

—De vez en cuando, pero noto que se me agarrotan las manos.

—¿No será reúma?

—Supongo que sí.

—¿Y además padeces gota?

Nicholas asintió con un gruñido.

—¿No será que tienes la tensión muy alta?

—No sería raro. Nada de lo que le ocurra a mi cuerpo puede extrañarme ya.

Luego, la señora Court se dirigió a Finch:

—Tenemos que oírte tocar. Organizaremos veladas musicales.

Habló entonces de la música que había oído en las principales capitales europeas.

—Ahora ya no puedo viajar —se lamentó—. He de conformarme con estar encerrada en mi casita de Irlanda. Ratón y yo nos damos nuestros propios conciertos, ¿verdad, ratoncito?

Finch consideró ridículo que a esa chica tan despegada de todo se la llamase ratón. Por fin se armó de valor y le dijo:

—Tengo entendido que tocas muy bien el violín.

La tía se había quedado sin respuesta a su pregunta y era obvio que no la esperaba, pues continuó charlando sin interrumpirse, pero Sarah se dirigió a Finch con una sonrisa peculiar que tenía algo de diablura y repuso:

—Lo sabrás cuando me oigas.

Por primera vez le oyó él decir algo que no consistiera en meros monosílabos aislados. Su voz, pensó Finch, tenía una dulzura mágica, que destacaba aún más frente a la bronca entonación de su tía. Daba la sensación de salir de su garganta algo amortiguada, como si un ser misterioso oculto dentro de ella hablase en su lugar. Trató repetidas veces de entablar conversación, pero se sentía muy torpe y Sarah debía de ser o muy tímida o distante.

Se alegró de poder escaparse al jardín cuando los demás se retiraron a sus habitaciones. Durante unos momentos se detuvo en la avenida y aspiró el aire fresco, delicioso después de la atmósfera cargada de Londres, con los ojos muy abiertos, como si pretendiera abarcar de una sola mirada todo lo que tenía delante.

Ya no llovía y una suave brisa barría las nubes del firmamento. Al oeste, el sol se había desprendido de entre las masas apretujadas de níveos vapores, cuyas formas fantásticas quedaban delineadas con total claridad por su resplandor. Algo de ese resplandor quedaba reservado, no obstante, para la tierra, donde los campos y los árboles empapados de lluvia lucían sus propios colores intensificados hasta alcanzar un brillo celestial.

La casa estaba situada en lo alto de una colina que dominaba el pueblecito de Nymet Crews y, más allá, pastos, bosques y campos se extendían hasta el extremo de Dartmoor. Desde el pueblo, con su

iglesia normanda de torre cuadrada y sus casitas blancas, el terreno se elevaba en dirección al páramo y, en toda esa extensión, la irregularidad de campos y prados quedaba marcada por los setos en flor. Aquel paisaje yacía a sus pies como una alfombra de intrincados dibujos. El rojo oscuro de un campo se destacaba junto al más pálido de otro. El suave verde de los pastos contra el verde plateado de la avena. La oscuridad de un bosquecillo contra el dorado de un campo de trigo que retenía los rayos de sol. Entre altos setos se distinguían senderos que partían en dirección al páramo, donde acababan por perderse. Dominándolo todo, se divisaban las siluetas azuladas de los tores. El aire estaba impregnado de una dulzura casi intangible, hasta entonces desconocida para Finch, de flores de jardín, de heno recién cortado, de los millares de flores silvestres de las praderas y setos, del propio páramo de Dartmoor.

Lyming Hall era una casa sin pretensiones ni estilo, pero sus jardines, praderas y el pequeño parque estaban cuidados a la perfección. Augusta estaba orgullosa de las preciosas vistas que tenía sobre la comarca. Como a su alrededor había pocas familias opulentas y ningún poderoso terrateniente, se complacía en una grata sensación de superioridad.

Finch merodeó entre los macizos de flores, descubrió la cancha de tenis y la rosaleda y bajó por la avenida de suave pendiente hasta las puertas de la propiedad. Un pequeño pabellón con tejado a dos aguas se alzaba allí, medio escondido entre rosas, tan parecido a los famosos grabados de las casitas de campo inglesas que Finch sonrió encantado al verlo. Luego se alejó a toda prisa al descubrir que había una mujer en la puerta y por un atajo llegó al extremo del parque donde estaba la cuadra.

En la cuadra había un solo poni, al que un chico que tendría unos dos años menos que él acababa de dar de comer. Este se llevó los nudillos a la frente al ver aparecer a Finch. Tenía unos profundos ojos oscuros y la piel bronceada.

—Buenas tardes —saludó Finch—. He entrado a ver los caballos.

—No hay más que este, señor —contestó el muchacho—. Su señoría lo tiene para tirar de la segadora y para el trabajo del jardín. Nunca ha tenido otro desde que yo trabajo para ella. Se llama Bobby.

Finch acarició el rollizo costado de Bobby.

—Supongo que no necesita más. Pero ¿no tenéis ningún perro?

—No, señor. Teníamos uno, pero enfermó y se murió.

—¿Llevas mucho tiempo trabajando aquí?

—Dos años, señor. Ayudo a Ash, el jardinero.

A Finch le parecía un chico muy simpático.

—Creo que os vendría bien tener un perro por aquí —agregó.

—Sí, señor.

A Finch le habría gustado que no lo llamara señor tantas veces. Se sentía ridículo. Los hombres de las cuadras de Jalna no lo trataban con mucho respeto, lo consideraban aún un chiquillo.

—Los perros pastores ingleses son muy buenos —observó—. En casa tenemos uno.

—Sí, señor. Los perros ingleses son muy buenos.

—Y los terrier irlandeses son magníficos. También tenemos uno.

—Sí, señor. Los terrier irlandeses son muy buenos.

—Mi tío tiene un Yorkshire terrier —dijo Finch acordándose de Nip—. Es un animal muy listo.

—Sí, señor. Los Yorkshire terrier son muy buenos.

El chico clavó sus ojos oscuros en los de Finch. Estaba convencido de que mantenía una conversación entretenidísima.

—También están los spaniel —prosiguió Finch.

—Sí, señor. Los spaniel son muy buenos.

Finch lo miraba agitado, tratando de salvar el abismo que los separaba, y continuó:

—Mi hermano tiene dos clumber spaniel.

—Sí, señor. Los clumber spaniel son muy buenos.

Se sonrieron. Finch se dio la vuelta para marcharse, pero enseguida se detuvo.

—Dime, ¿cómo era el perro que teníais aquí?

—Un spaniel, señor.

—¡Ah! ¿Y era un buen perro?

—Sí, era un spaniel, señor.

—Bueno, me parece que tengo que marcharme. ¿Cómo te llamas?

—Ralph Hart, señor.

Finch fue repitiendo aquel nombre para sus adentros mientras merodeaba por los matorrales y le pareció muy apropiado para el interesante muchacho de los ojos negros. ¡Pero vaya conversación! Le dieron ganas de repasarla y comprobar si podía reproducirla con exactitud, frase por frase. Estaba seguro de que podría hacerlo.

Llegó al huerto. Encontró fresas bajo una malla y grosellas grandes como huevos. De repente fue a parar ante una puerta que se abría en un muro, casi oculta por la hiedra, y le dio un empujoncito. Entró a un jardín amurallado.

Fue recorriendo los senderos bordeados de arriates, desgarbada figura rebosante de la alegría de sentirse vivo en ese recinto perfumado. Se agachó para contemplar las campánulas. Acarició las verdolagas. Acercó la afilada nariz hasta casi hundirla en el seno de la tierra para oler la reseda. Admiró la belleza de los perales, que habían

sido guiados para crecer contra las paredes. Ante aquel espectáculo, los perales de Jalna, que cada otoño cubrían despreocupados la tierra con sus dorados frutos, le parecían una cosa muy pobre. Le costaba trabajo discernir cuáles eran las rosas más bellas, si las recién abiertas, cuyos pétalos semicerrados aún se defendían de las caricias del sol, o aquellas que se hallaban en el misterioso momento de la perfección, a punto de deshojarse, y que brindaban su delicado perfume en una entrega definitiva tan completa que parecían encerrar en sí cierta delicada vehemencia. Se le ocurrió que alguna mañana le gustaría bajar a desayunar en ese jardín, sin más testigos que los pajarillos y Ralph Hart.

Cuando Ellen lo condujo a su habitación, se alegró de ver que las ventanas daban a ese jardincito. Le habían puesto una botella de agua caliente y sobre la cama tenía extendido su traje para la cena. Estaba rebosante de felicidad. No se había imaginado que la casa de la tía Augusta fuera tan agradable. Le habría gustado que no estuviesen allí ni la señora Court ni su sobrina, para encontrarse más en familia… Aunque Sarah Court era su prima, después de todo. ¡Pero qué rara e inaccesible! Y, sin embargo, ejercía sobre él un desconcertante hechizo. Allí de pie, asomado a la ventana, sus pensamientos revoloteaban alrededor de su prima como pájaros curiosos.

Estaba aún contemplando el jardín, donde una sombra violácea había suavizado todos los colores, cuando llamaron con delicadeza a la puerta de su cuarto y la voz de Augusta preguntó:

—¿Estás vestido ya, puedo entrar?

Finch fue a abrir y se quedó frente a su tía con cierto aire de culpabilidad.

—Lo siento mucho, todavía no he empezado a vestirme. Estaba mirando el jardín. No deberías haberme dado una habitación con vistas al jardín.

Con una suave majestuosidad, Augusta traspasó el umbral.

—Me alegro de que te gusten las vistas. El cuarto no es todo lo bueno que yo habría querido para ti, pero entenderás que antes venían otros cuatro invitados a quienes obsequiar.

—¡Créeme! —exclamó Finch agitando con vehemencia los brazos —. Prefiero tener un jardín así bajo la ventana que una alfombra turca y una cama estilo Luis XVI o un paisaje pintado por Turner.

—Cuánto me alegro —repitió su tía, pero hablaba distraída. Se dirigió de nuevo a la puerta, la cerró y se sentó en el diván que había a los pies de la cama. Llevaba un vestido de noche negro y sus antiguas joyas, que estaban empezando a ponerse de moda otra vez. Alzó los enormes ojos para mirar a Finch a la cara y dijo con una entonación de lo más trágica y voz casi de barítono—: Finch, estoy en

un gran apuro.

La idea de que alguien pudiera pasar apuros aterraba a Finch. Él mismo había pasado bastantes, pero la mera mención de un problema le ponía los pelos de punta.

—¿Qué te ocurre, tía?

—Se trata de Eden. Lo tengo a las puertas de mi casa.

De inmediato, Finch se imaginó a Eden, bastante desastrado pero alegre, con esa insolente sonrisa tan propia de él, paseándose ante la puerta de su tía. No pudo articular más que unos cuantos sonidos incoherentes, fiel expresión de su sorpresa.

—Esa mujer —siguió Augusta— todavía está con él.

Así que no era solo Eden, sino también Minny. Los dos estaban a las puertas de su casa.

—Vaya.

Fue lo único que se le ocurrió decir, pero su mirada de consternación tranquilizó por completo a su tía respecto a lo que podía pensar sobre tal circunstancia.

—Se han instalado en el pabellón.

¡El pabellón! No hacía ni una hora que había pasado por allí. De modo que la mujer que había visto en la puerta tenía que ser Minny.

—¿Y cómo se han metido ahí? —preguntó.

—Gracias a su caradura, como se meten en todas partes. Sabes que yo le tengo mucho cariño a Eden, pero que venga a plantarse aquí mientras tengo a la señora Court y a Sarah en casa ya es demasiado.

—Pero ¿por qué han venido? ¿Cuándo?

La vida parecía no agotar sus sorpresas. Como tantas otras veces y sobre tan diversos asuntos, Finch se estaba preguntando: ¿será verdad?

—Llevan una semana ahí —dijo Augusta—. Eden se presentó él solo hace cosa de un mes. Ella se mantenía en la sombra, esperando el momento oportuno para plantarse a la puerta de mi casa. Eden me contó que estaba sin fondos y me preguntó si podía instalarse en el pabellón. Yo le expliqué que allí vivía la viuda de mi último guarda, que no me pagaba nada, pero que su marido había sido un servidor muy fiel y yo la dejé quedarse. A veces venía a casa a ayudar en las tareas domésticas. ¿Y qué crees que me dijo Eden entonces? «¿No podrías echar a la viuda?». Sin más. ¿Has oído alguna vez una cosa tan cínica?

—Terrible, en verdad —asintió Finch.

—No, terrible no, bárbaro. Y no solo por el significado de las palabras, sino por el tono en que las dijo. «¿No podrías echar a la viuda?», así sin más, como si se tratase de echar a una gallina de un gallinero. Yo me puse muy seria y se lo recriminé, le dije: «Eden,

nunca creí ver el día en que un descendiente de los Whiteoak y de los Court pudiera proponer que se expulsara a una viuda de su casa. Por muchas que hayan sido nuestras faltas, siempre hemos tenido caridad».

Augusta se oprimió la frente con el dedo medio, justo en el punto donde se encontraban ambas cejas.

—¿Y qué te contestó?

—Nada en absoluto. Me miró con esa sonrisa tan suya, como cansada, y empezó a hablar de sus versos. Ya sabes que escribe unas poesías preciosas.

—¿Y después?

—Después del té, se marchó. ¡Imagínate mi sorpresa, poco menos de quince días después, cuando la hija de la viuda, que vive en Plymouth, escribió a su madre para que se fuese a vivir con ella! Va a tener otro hijo y ha tomado huéspedes, de manera que no podía con todo el trabajo.

—¿La viuda se marchó?

—Sí, se marchó. Y no hacía ni dos días que se había marchado cuando Eden se me presentó en el jardín, donde yo estaba cortando unas rosas, diciéndome: «Bueno, ya nos hemos instalado». «¿Que os habéis instalado? ¿Quién se ha instalado?». Creo que casi le grité. «Yo y Minny», me replicó. Así, de esa manera, sin consideración ni cortesía alguna y, además, conculcando todas las leyes de la gramática. Y luego añadió: «Nos enteramos de que la viuda se había marchado y nos hemos metido ahí». «¿Os habéis metido en el pabellón? ¿Vosotros dos?». Estaba despavorida. Y él me dijo: «Sí, Minny y yo». Y ahí se han quedado.

—¿Qué piensas hacer al respecto?

—Te aseguro que no lo sé. Pensaba que tal vez tú podrías ayudarme. Mucho me temo que, si se lo cuento a tus tíos, van a enfadarse demasiado con él. Es un chico tan simpático, tan listo como tú, pero mucho más…

Vaciló un momento.

—Sí, ya te entiendo —dijo Finch.

—A mí no me importaría nada que ocuparan el pabellón una temporada si estuvieran casados, aunque Minny está muy rara desde que le ha dado por pintarse las orejas.

—¿Se pinta las orejas?

—Sí. Se da un brochazo de colorete en cada lóbulo. Supongo que es la consecuencia del tiempo que ha pasado en Francia.

—Vaya —repitió Finch. Le parecía que la vida se estaba abalanzando sobre él con demasiada furia. Luego preguntó—: ¿Saben tus invitadas que no están casados?

—La señora Court sí. Hasta ahora hemos podido ocultar su existencia a Sarah. Su tía se preocupa mucho de las amistades que pueda hacer.

—Es una chica muy rara, tía Augusta.

—No te lo parecerá tanto cuando la hayas tratado más.

Sin embargo, la encontró más rara aún a la hora de la cena. Cuando se dirigía a él y le preguntaba algo sobre su hogar en Canadá, solo notaba una sensual complacencia en la belleza de su voz. Sus palabras no revelaban nada sobre ella. Ni siquiera parecía darse cuenta de haberlas pronunciado. Ni una sola vez lo miró a la cara. Finch pudo estudiar a sus anchas el pálido perfil de su boca, lánguida y delicada, acampada entre aquella nariz y esa barbilla tan llamativas. Se dio cuenta de que la luz de las velas le iluminaba el busto y acariciaba sus brazos con verdadera ternura.

Oía la voz de la señora Court mientras charlaba con entusiasmo, al otro lado de la mesa, con el tío Nicholas.

—Fred creyó que sería mejor hacerse cargo también de la otra parroquia, pero para ello tenía que contratar a un coadjutor y, entre eso y el escaso valor de las tierras beneficiales, me parece que le va peor que nunca. Ahora arrienda sus terrenos por la mitad que antes y cada vez está peor de la sordera.

Tenía muchas ganas de oír tocar el violín a su prima, pero no se decidía a pedírselo. Con todo, la noche no estaba aún muy avanzada cuando Augusta le dijo a la señora Court:

—Espero que Sarah y tú nos toquéis algo. Mis hermanos están demasiado cansados para jugar al *whist*, pero les encantaría escuchar un poco de música, ¿verdad, Ernest, Nicholas?

Ambos estarían encantados y así lo dijeron, dirigiéndose en exclusiva a la señora Court como si fuera a ser ella la única intérprete. Esta se levantó de inmediato, con aire decidido, y como si le hubieran dado cuerda se dirigió a toda prisa al piano.

—Vamos, Sarah —urgió a su sobrina—, saca el violín.

La joven se levantó, impasible, y le siguió los pasos. En un banquito encastrado en la ventana estaba el estuche de su violín. Sacó el instrumento y empezó a afinarlo. La señora Court se sentó y se quitó varias pulseras.

Finch no sabía a ciencia cierta lo que esperaba, pero su curiosidad tenía algo de doloroso. Le resultaba trágico pensar que esas dos mujeres, de espíritu tan antagónico como se las figuraba, pudieran tratar de reproducir la exaltación o el regocijo de la música. No sabía en cuál de las dos tenía menos esperanzas: si en la marioneta que se había sentado al piano con tanto aplomo o en la joven decidida y glacial que sostenía el violín. Esa barbilla… Santo cielo, ¡parecía que

iba a clavarla en el violín! Observó inquieto a sus tíos, en busca de algún rastro de recelo en su semblante, pero no halló ninguno. Augusta estaba sentada muy tiesa, con una expresión de abrumadora benevolencia. Nicholas se había arrellanado en un sillón, con las bonitas manos colgando de los brazos tapizados. A pesar de su actitud indolente, estaba muy animado y los ojos hundidos le brillaban con un vívido interés. Ernest parecía de pronto lánguido y fatigado.

Tocaron una de las sonatas de Händel. La música, lenta y elegante, brotaba del piano y del violín en armoniosa concordancia. Tía y sobrina no eran solo unas hábiles ejecutantes, sino que además se compenetraban a la perfección.

Sin embargo, la sensación de dolor que embargaba a Finch no disminuyó, sino que, al contrario, fue en aumento. Por parte de la señora Court, hallaba demasiada energía fría; por la de su prima, una perfección demasiado dócil. La señora Court no estaba acompañando a Sarah, pensó, la estaba arrastrando de los pelos por el reino idealizado del sonido.

Mientras pasaban de una pieza a otra (la señora Court parecía incansable), Finch se convenció de que Sarah podría tocar de forma muy distinta si tuviese otro acompañante. La puerta de sus sentidos estaba cerrada a cal y canto, solo hacía algunos trucos que había aprendido. ¡Ojalá se abriera esa puerta y su espíritu se viese libre para gozar y sufrir con la música del violín! Sintió un deseo casi irreprimible de arrancar a la señora Court del taburete y ocupar su lugar. Se imaginó a sí mismo cortando las ligaduras que retenían a Sarah y a ambos libres, remontando el vuelo.

Pero se hizo tarde y nadie le pidió siquiera que tocara.

IX

UN DÍA EN DEVON

MAÑANA

A la mañana siguiente, Finch se despertó con los gritos de un hombre que daba órdenes a un perro, con los ladridos del perro que, a su vez, daba órdenes a un rebaño de ovejas, con el balido inquieto de las propias ovejas y con el soplo del viento que se colaba por la ventana y le llevaba la dulzura del jardín y de los campos.

Abrió los ojos de par en par y pudo distinguir el vistoso *chintz* de las cortinas de la cama, el papel de las paredes con dibujos de lindos pajarillos picoteando unas cerezas perfectas, la blanca chimenea con una figura de porcelana que representaba una amazona montada sobre un caballo rosa y dos fotografías enmarcadas tan borrosas que no podía descifrar de qué eran.

Estaba en Devon, recordó, en el mismo centro de aquella región fértil y exuberante que se acomodaba en la tierra como un nido en la rama de un árbol. Estaba en Devon. Estaba en Inglaterra. Tenía que acostumbrarse a la idea, aunque le parecía increíble. Él, Finch Whiteoak, estaba allí, ocupando una de las camas de la tía Augusta, en uno de sus dormitorios, en Lyming Hall, en el corazón de Devon. Había recorrido en tren los casi mil kilómetros que separaban Jalna del puerto de Nueva York. Había cruzado el océano en un transatlántico. Había pasado en Londres quince días enteros. Después había recorrido más de trescientos kilómetros para llegar a Devon. Y no solo eso, sino que había traído consigo a sus dos tíos, pagándoles todos los gastos con el dinero que la abuela le había dejado en herencia, y los había llevado sanos y salvos junto a la tía Augusta. Se quedó allí tumbado, inmóvil, atónito por su propia hazaña. Se preguntaba si los demás se sorprenderían tanto con los acontecimientos de su vida. Por ejemplo, Piers. Se había casado, tenía un hijo, había pasado por muchas vicisitudes y, sin embargo, nunca parecía asombrarse de nada. A veces se ponía hecho una furia, pero no se sorprendía jamás. George Fennel tampoco parecía sorprenderse

nunca. Ni tampoco Arthur Leigh. Con todo, sospechaba que, en caso de sorprenderse, se lo callaban. Otra de las cosas que constituía para él una sorpresa casi aterradora era el hecho de su propia vida. Se preguntaba si algún día llegaría a superar esa sensación, aunque a decir verdad no tenía demasiadas ganas, pues en el fondo la encontraba muy agradable.

De repente saltó de la cama y se asomó a la ventana. Estaba enmarcada por un rosal de flores amarillas con tal profusión de capullos que parecían abejas zumbando alrededor de un panal. En el jardín, donde la luz y la sombra se distinguían con la claridad de las primeras horas del día, vio a Ralph Hart, que estaba arreglando un arriate. Llevaba pantalones de pana y polainas y el negro azabache de su cabellera brillaba al sol. Los muros relucían con un peculiar matiz dorado, excepto en los puntos en que se divisaban manchas de líquenes grisáceos. En lo alto se amontonaban la hiedra y matas amarillas de uva de gato.

Los campos que quedaban más allá del jardín estaban arrendados a un granjero. Finch lo vio entonces montado a horcajadas sobre una robusta jaca castaña, vestido con chaqueta Norfolk de lino limpia y pantalones de montar y una rosa silvestre prendida en el ojal. Era tan rechoncho que las piernas le colgaban tiesas a cada lado de la montura. Por debajo del sombrero, que llevaba muy ladeado, se veía su cara seria y rolliza, colorada como una peonía. Con voz ronca y vehemente, estaba dando órdenes a dos hombres que procuraban mantener a varios bueyes apartados de las ovejas a las que el perro trataba de conducir hacia el portillo abierto que daba al campo contiguo. Los hombres corrían de un lado a otro moviendo los brazos, los bueyes bandeaban con inesperada agilidad entre los ranúnculos, el perro ladraba dándose aires de importancia y las ovejas —con un mismo balido en diversidad de tonos— se amontonaban aquí y allá, pero siempre se las arreglaban para eludir el portillo. Era una escena repleta de vida en la que todos los actores, desde el granjero hasta los ranúnculos, parecían radiantes, bien nutridos y de buen humor.

—La flor y nata de Devonshire —murmuró Finch apoyándose en el alféizar—. La flor y nata de Devonshire, eso es lo que es. ¡Caray, ojalá los demás estuvieran aquí para verlo!

De repente se acordó de que uno de «los demás» estaba en el pabellón, al final de la avenida. Si iba ahora, tal vez pudiera verlo antes de que Minny se levantase, pues a Eden le gustaba madrugar. Hacía más de año y medio que no lo veía. Estaría hecho un verdadero cosmopolita, después de vivir tanto tiempo en Europa. ¿Habría cambiado mucho? Le resultaba algo violenta la idea de tropezarse con Minny en vista de las circunstancias. Esa chica era todo un carácter, sin duda.

Se vistió a toda prisa y bajó las escaleras. La única que andaba por allí era Ellen, concentrada en limpiar el polvo. La puerta estaba abierta de par en par y la cálida luz del sol había entibiado ya la atmósfera del recibidor.

El jardinero segaba el césped de la explanada. Finch se paró un momento a observar cómo las cabezas de las margaritas saltaban de sus tallos y caían como un rocío ante las cuchillas de la segadora. Se acercó a aquel hombre y habló con él solo por deleitarse con la musicalidad del acento de Devon. Era un tipo delgado, más o menos joven, de ojos muy azules, piel clara y sin un solo diente. Detuvo al poni y dejó vagar la mirada por la extensión de campos, bosques y cimas rodeadas de niebla que Finch había admirado antes.

—Sí, son buenas vistas —afirmó—. Buenas en cualquier estación. Aunque eran mejores hace una hora, cuando el pico de la montaña más alta asomaba entre la niebla.

—¿Cómo se llama esa cima? —le preguntó Finch para hacerlo hablar.

—Pues verá —repuso el otro volviéndose despacio hacia él—, no sabría decirle. Tiene nombre, como todas, pero yo no la he visto de cerca y nunca me lo han dicho.

Finch se sorprendió.

—¿Nunca ha estado en el páramo?

—No, señor. Siempre he trabajado aquí. Por estas tierras no tenemos costumbre de movernos mucho.

Un carro enorme, cargado con un árbol del bosque y del que tiraban tres caballos uncidos en hilera, pasó retumbando por la carretera que discurría más abajo. El jardinero lo observó hasta que se perdió de vista y dijo:

—Es uno de los árboles del señor Varley. Están cortando muchos. Tiene a seis hombres empleados todo el día en esa tarea.

Finch comprendió que, si seguía charlando con el jardinero, no tendría fuerzas para ir al pabellón. Aquella voz cantarina y esos ojos tan meditabundos le provocaban una deliciosa languidez. Pronto se vería empujado a tumbarse entre las cabezas cortadas de las margaritas.

El zumbido de la segadora comenzó de nuevo cuando bajaba por la avenida. El ruido del carro se apagaba en la distancia. Los troncos grises de las hayas a cada lado de la avenida estaban moteados de sol y aquí y allá, salpicando el seto, las dedaleras alzaban sus campanillas. El terreno descendía tan de repente que, de un momento a otro, vio el pabellón a sus pies. Ya debían de estar levantados, pues de la chimenea brotaba una espiral de humo azulado. Siguió la curva de la avenida hasta la puerta de acceso a la propiedad y se quedó mirando

tímidamente hacia la antigua casita del guarda. Le daba vergüenza encontrarse con Minny. Por fin se armó de valor, recorrió el camino adoquinado entre macizos de petunias y claveles y echó un vistazo por la ventana.

Se veía una mesa puesta para un frugal desayuno. Un rayo de sol iluminaba media barra de pan y un bote de cristal lleno de mermelada de frambuesa. El cuarto era pequeño, con vigas de madera en el techo y una gran chimenea. Una figura, en la que enseguida reconoció a Eden, estaba inclinada sobre una sartén, casi metida dentro del hogar.

Finch entró sin llamar; sus zapatos de lona no hacían ruido sobre el suelo de piedra. Se colocó detrás de Eden. La habitación olía a tocino frito y había una tetera calentándose sobre las piedras del hogar. Eden llevaba pantalones anchos de franela gris, una camisa abierta en el cuello y las mangas subidas y la luz hacía destellar el vello rubio de sus antebrazos bien torneados. Tenía buen aspecto, pero seguía desprendiendo cierto aire de delicadeza que le impedía parecer del todo robusto. Tenía las cejas enarcadas, pestañeaba a causa del humo y la intrínseca melancolía de su boca quedaba tal vez acentuada por el cigarrillo que le colgaba de una comisura. Como siempre, iba muy bien peinado y el cabello le relucía como un casco de bronce.

Finch tuvo tiempo de fijarse en todos estos detalles, más destacados aún por el resplandor del fuego, antes de que su hermano lo descubriera.

Al darse cuenta de su presencia, a Eden le costó no volcar la sartén con el tocino.

—¡Que me aspen! —exclamó—. ¡Pero si es mi hermano Finch! Así que has venido a desayunar conmigo…

Lo miró sonriendo y, con la sartén ladeada en la mano izquierda, le tendió la derecha.

—¡No, no! —repuso Finch estrechándole la mano con torpeza—. ¡No puedo! La tía Augusta estará esperándome. No tenía que haber venido tan temprano. Será mejor que me marche.

Notó que se sonrojaba ante la mirada de Eden.

—Siéntate —le ordenó su hermano empujándolo hacia una silla—. No podrías llegar más a tiempo. Como ves, me estaba preparando el desayuno. Vamos a comernos el tocino que ya está hecho y, mientras, pondré a freír más.

Repartió el tocino y continuó muy serio con los preparativos. Finch cortó unas finas rebanadas de exquisito pan crujiente y enseguida se sintió devorado por un hambre feroz. Vio como Eden volcaba en la sartén todo el paquete de tocino y pensó: «Vaya, no se ha olvidado de lo tragón que soy».

Pronto estuvieron sentados uno frente al otro en la mesa del

desayuno, otro acontecimiento maravilloso para Finch. La ventana, de marcos panelados en forma de diamante, estaba abierta y vio que una abeja entraba y se posaba en el borde del bote de mermelada.

—Oye, Eden, ¿no te parece curioso que estemos desayunando aquí juntos? Pensar que los dos hemos cruzado el charco, que tú has estado en Francia y luego has venido a Inglaterra y que yo haya venido a Inglaterra y que ambos estemos sentados desayunando en este pabellón como tantas otras veces lo hemos hecho en casa.

Le dio un buen bocado al pan y su joven rostro se deformó de una manera un tanto ridícula por la súbita hinchazón de la mejilla. Le brillaban los ojos de emoción.

—No le veo nada de curioso —replicó su hermano—, excepto tú. Tú siempre serás Finch, dondequiera que vayas.

—¿No me ves cambiado?

Albergaba la tímida esperanza de que Eden le dijera que había mejorado de aspecto. Nunca se había presentado ante él con una ropa tan buena como la que llevaba ahora. Eden lo observó con detenimiento.

—No, no has cambiado nada, como no sea que llevas mejor cortado el pelo y unos trapos algo más decentes. Sigues siendo el mismo pipiolo. Claro que —añadió enseguida al advertir la mirada de decepción de Finch—, desde luego, eres la flor y nata del rebaño, Finch.

—No sé por qué tienes que tomarme el pelo en cuanto nos vemos.

—No te estoy tomando el pelo. Y no sé muy bien por qué digo lo que digo. No es por lo de la música. Tal vez sea porque me imagino que todos nuestros defectos y virtudes están sublimados en ti. Eres más cobarde, más héroe, más genio, más poeta…

—¡Más poeta!

—Bueno, no me refiero a que vayas a ponerte a escribir poesía, pero… O mucho me equivoco o serás el más enamorado cuando te llegue el momento.

Finch ahogó su turbación en una taza de té capaz de abrasar las entrañas. Con todo, le gustaba oír definiciones sobre sí mismo, y más si eran en aquellos términos.

—Eres la flor más selecta de nuestro selecto jardín —siguió Eden —. Es como si todos nuestros antepasados hubiesen vivido siglo tras siglo con el único objetivo de engendrarte a ti, su florón final, la justificación de su existencia tal vez.

Ya no había duda de que Eden hablaba por el mero gusto de oírse a sí mismo. Finch lo miró con intención y le preguntó:

—¿Y tú qué?

Eden esbozó una débil sonrisa.

—Bueno, puede que yo también. Eso espero.

—¡Pero si no valemos ni la mitad de lo que valen Renny y Piers! —protestó Finch.

—¿Tú crees? A ver, no creo que lleguemos a tener tantos hijos, criar tantos caballos ni saltar tantos obstáculos…

—Yo preferiría mil veces parecerme a ellos.

—Claro que sí. Y ellos preferirían mil veces ser como son. De lo contrario, ya hace muchos siglos que el mundo habría llegado al grado perfecto de civilización. Los que no tienen imaginación son siempre engreídos y, además, se les ha dado el poder de intimidar y agotar a los que están dotados de ella. El hombre que tiene imaginación se asusta de lo que ve en sí mismo, aborrece la idea de gobernar a los demás.

Eden se echó la leche que quedaba en la jarra y se la bebió.

—Desde que tuve esa condenada enfermedad de los pulmones, bebo toda la leche que puedo.

Finch ya había dado cuenta de todo el tocino y, de repente, se acordó de Minny.

—Oye, ¿qué va a desayunar Minny?

—Apenas desayuna. Está engordando, la pobre.

—Espero que se encuentre bien —dijo Finch con timidez.

—De maravilla. Duerme como un lirón, canta como un ángel y habla como una cotorra —replicó Eden mientras envolvía el pan para que se conservase tierno—. Vamos a salir un rato, no hay que perder las mejores horas de la mañana encerrados. Te enseñaré mi rincón favorito. Pero no se te ocurra ir luego sin mí.

Salieron a la carretera por las puertas de la propiedad. Sus altas figuras se destacaban en el camino. Finch, anguloso, algo encorvado; Eden, esbelto y elegante en sus movimientos, con una gracia que hacía que todo el mundo se volviese para mirarlo.

La carretera daba muchas vueltas, de forma que nunca tenían delante más que un trecho más o menos corto, y la altura de los setos contribuía a provocar en ellos la sensación de estar atravesando una de las venas del propio verano, por las que fluía la energía que daba origen a su profusa floración. No se cruzaron con nadie, a excepción de un hombre que iba montado a mujeriegas en un caballo blanco con una cesta colgada del brazo. La maraña de acebos y hiedra en los setos brillaba como recubierta por un barniz y, delante de este decorado, agitaban sus lustrosos pétalos miles de flores primaverales y de las primeras semanas del estío. Las rosas silvestres, unas rosadas y otras de cérea blancura, los mastuerzos, los camedrios, las campanillas de las dedaleras rondadas por las abejas y, amontonándose por debajo de todas estas flores, los tiernos brotes de los helechos. La carretera tenía

un color rojizo que iba variando desde el tono más pálido en lo alto de las lomas hasta el más oscuro de los hoyos. Por encima, el cielo cambiaba sin descanso y la mezcla de nubes blancas y firmamento azul se movía, se arqueaba, daba en un momento la impresión de una serena cercanía y, a continuación, era como la punzante palidez de un espacio infinito. Una bandada de estorninos proyectó una sombra sobre la carretera y el batir de sus alas al pasar recordaba el romper de las olas en verano.

Tuvieron que echarse a un lado y pegarse al seto para dejar el paso libre a una vacada. Les llegó el olor tibio y grato de las ubres recién ordeñadas, y los animales los miraron con los ojos húmedos y una indolente curiosidad.

Eden abrió un portillo que daba a un prado, atravesado por un sendero bordeado de tréboles y ranúnculos. En un rincón pantanoso crecían lirios amarillos y a la sombra de un gran roble se cobijaban ya las ovejas con la lana rosa después del baño desinfectante.

Siguieron el camino por una arboleda donde estaban jugando unos conejillos que se detuvieron un momento, sobresaltados, antes de salir corriendo a buscar refugio. Cruzaron un arroyo por unas pasaderas y llegaron a un punto en el que el sendero se estrechaba tanto que los árboles que proyectaban sus ramas sobre él formaban un umbrío túnel verde dentro del cual los matices de las flores y de los helechos adquirían un brillo irreal y fantástico.

Mientras andaban hablaron poco. De vez en cuando, Eden hacía alguna que otra observación aislada. Por fin, al llegar a una abertura en el seto, exclamó:

—¡Ya estamos aquí! Este es mi rincón favorito. Ahora entenderás que, si no te quisiera de verdad, no te habría traído.

Estaban en una pequeña vega muy verde que yacía al pie de una serie de campos de cebada, avena y trigo que, en forma de terrazas, se alzaban como planchas doradas hasta las lomas redondeadas sobre las que parecían descansar las masas de nubes. Se tumbaron en la hierba, que más parecía una rica tapicería bordada por las flores de junio y cuyos bordes no llegaban a la vertiente de las colinas que los circundaban. Los últimos jacintos silvestres del año abrían allí sus pétalos y sus frágiles tallos se inclinaban bajo el peso de las flores, que parecían reproducir a la perfección el concepto que tenía la naturaleza del color azul.

Las hermosas florecillas quedaban a la altura de los ojos de Finch, que permanecía tan inmóvil como podía, tratando de vaciar la mente para dejarse inundar por aquella belleza. Era como si todo su ser contuviera la respiración, libre de conocimientos y lleno de sensaciones, tal y como siempre había deseado.

—Estaba pensando —decía Eden— en cómo debe de extasiarse este

jacinto con su color, cómo tendrá que esforzarse para extraer del suelo una mayor cantidad de pigmento, extender con ímpetu las hojas a modo de manos para captar los rayos del sol y, antes de florecer, alzar el pálido capullo como una boca sedienta hacia la lluvia. Todo con un solo objetivo: el color.

—Y a pesar de todo —repuso Finch—, ¡lo has arrancado!

—Así es como yo conquisto el color.

—Mira que eres raro.

—Sin embargo, no me extrañaría tener al cabo del día muchos más pensamientos puros que algunas de las personas que me consideran inmoral.

—¿Qué quieres decir con eso de «pensamientos puros»?

Eden rodó sobre sí mismo hasta ponerse bocarriba y dejó que el sol le diera de lleno en la cara.

—Pues pensamientos sobre los hombres y las mujeres como afortunados seres naturales que aprovechan al máximo su breve estancia en la tierra, como hacen las flores o los pájaros, satisfechos de que haya tal variedad entre ellos, sin tratar de uniformarse en un mismo tono parduzco o con un mismo graznido farisaico.

Finch emitió un gruñido de aprobación.

—Eso mismo pienso yo, pero creo que te equivocas al decir que Renny no tiene imaginación. Me parece que tiene imaginación de sobra, solo que es como un caballo de raza y, en mi opinión, sus fantasías lo espantan.

—¿De verdad? Qué interesante… Oye, ¿cómo se entienden Alayne y él?

Finch habría preferido que su hermano no le hubiera hecho esa pregunta. No le gustaba hablar con él sobre Alayne y Renny.

—Se llevan muy bien —vaciló—. Al menos hasta donde yo puedo juzgar.

—No me lo imagino. Ningún Whiteoak sobre la faz de la tierra es capaz de cumplir el ideal de marido de Alayne. Sus fríos antepasados de Nueva Inglaterra, junto con algunos holandeses igual de impasibles, están demasiado vivos dentro de ella para que pueda comprendernos a nosotros.

—¡Pero Renny no se te parece en nada! —exclamó Finch, alarmado de pronto por Alayne.

—Ya lo creo que se me parece. Solo que allí donde yo me siento frágil, él se siente fuerte, y donde yo soy fuerte, él es débil como un niño.

—Jamás he visto en Renny ningún signo de debilidad.

—¿Has visto en mí algún signo de fortaleza?

Finch se echó a reír, pero no contestó.

—Bueno —prosiguió el otro—, cuando empieces a buscar lo primero, tal vez te topes de repente con lo segundo.

—Lo único que he notado es que no lo ve bastante. A veces me parece que está dolida porque Renny pasa mucho tiempo con los caballos.

Le estaba resultando más fácil de lo que había creído hablar de Renny con Eden. Este se echó a reír.

—Pues ya puede dar gracias a su suerte. Que sigan tratándose poco y amándose con pasión y así se entenderán. Renny no puede ser el compañero de una mujer como Alayne. Ella es demasiado meticulosa, se parece un poco a la flor del guisante.

—Yo creo que eso está muy bien —repuso Finch—. Es delicada y despierta y tiene algo de balsámico. Recuerda en efecto a la flor del guisante, aunque tú no lo hayas dicho como un cumplido.

—Una mujer no debe parecerse a ninguna flor determinada. Eso acaba por resultar monótono. Debe parecerse a un jardín de flores: variado, apacible, calmante para los sentidos, no capaz de alterarlos hasta la irritación.

—¿Minny es así?

Finch enrojeció ante su propia osadía.

—Minny es como un huerto: nutritiva, saludable, apacigua el espíritu.

—¡Y qué bien canta!

—¿A que sí? A veces, cuando me canta algo por la noche, me imagino que, si se muriese cantando, podría adorar su memoria para siempre.

Finch meditó en silencio sobre esa observación. Era incapaz de seguir los erráticos vaivenes de la mente de Eden, el misterio de sus relaciones con las mujeres. Sintió una gran compasión por toda mujer que llegase a amarlo, compasión por toda mujer que amase a Renny. ¿Y acaso no había también en Pheasant algo que despertaba compasión? Tal vez todo se resumía en eso: toda mujer que entregaba su amor a un hombre era digna de lástima. ¿Qué ocurriría con la mujer que un día llegase a amarlo a él? ¿Movería también a piedad el corazón de otro?

Siguió echado, bajo la caricia cada vez más ardiente del sol, mientras dejaba vagar la mirada por la maraña de briznas de hierba como por un bosque. Desde esa posición, parecía en verdad tan impenetrable como una selva virgen y, por encima de aquella masa, colgaban las campanillas perfumadas de los jacintos. Entreabrió los labios y aspiró las dulces emanaciones del aire. Oyó que Eden dejaba escapar un hondo suspiro. ¿Sería de felicidad o de nostalgia?

Se alzó entonces en su imaginación el rostro de aquella prima,

Sarah Court, como arrobado en éxtasis. Lo examinó soñador, rasgo por rasgo: la frente pálida y despejada con el cabello peinado hacia atrás; los ojos, que parecían ocultar la llama de un fuego interno bajo su estudiada frialdad; la nariz arqueada de estrechas ventanas; la boca pequeña, apretada, recluida entre aquella nariz y la prominente barbilla; el cuello blanco y largo como el de una cantante.

Deseó con todas sus fuerzas quedarse a solas para meditar sobre ese rostro y sus secretos. Se giró de espaldas a Eden y se tumbó de bruces, con la cara hundida en el fresco verdor de hierbas y flores.

Y así, con la cara oculta, experimentó la misma sensación que había tenido repetidas veces desde hacía varios años. Una forma nebulosa y opaca, pero en la que reconocía su propia imagen, se desprendía de su pecho y, cuando ya estaba fuera, liberada de su cuerpo, flotaba a su alrededor y lo dejaba vacío como una cáscara, pero con una extraña sensación de fuerza, como si en ese momento fuese capaz de acometer impensadas hazañas. Al brotar de su pecho, lo dejaba con la sensación de haberse desprovisto de su ego y, al propio tiempo, de toda fragilidad. El ser impersonal que quedaba dentro contenía una fuerza elemental y ciega. La extraña impresión de energía estaba en potencia, pero no sentía el menor deseo de desarrollarla.

Esa sensación pasó como el aliento sobre un espejo, dejando en su lugar el reflejo de su personalidad habitual. Sin embargo, en su mente rondaba aún la imagen de Sarah Court. Con la voz amortiguada por la tierra, preguntó a su hermano si la conocía.

Eden, soñoliento, contestó que sí.

¿Había hablado con ella?

No, la tía se había encargado de impedirlo. Él era un réprobo.

Pero ¿la había visto bien?

Sí.

¿Qué le había parecido?

—¿Que qué me ha parecido? —repitió Eden incorporándose y cogiéndose los tobillos—. Pues que cuando tenga cincuenta años, la nariz y la barbilla llegarán a tocarse.

Finch recordó cómo las luces del salón habían reverberado en la punta de su barbilla, como si fuera de porcelana, mientras estaba junto al piano; cómo sujetaba con ella el violín, como si fuese a clavarla en la madera.

—Tiene que ser raro besarla, ¿no? —dijo con voz ronca.

—Madre mía, ¡luego no podrías soltarte!

—Pero no se puede negar que es guapa.

Finch se volvió hacia Eden y lo miró un tanto avergonzado. Este le devolvió la mirada más bien inquieto.

—¿De verdad? Me gustaría conocerla. Solo la veo cuando pasa por delante del pabellón. Siempre va sola. Minny no la traga, pero siempre me hace levantarme de la silla para que la vea pasar. Baja la voz en un susurro como muy teatral y me dice: «Por Dios, acércate. Ya vuelve a pasar esa antigualla remilgada. Qué figura tan aburrida. ¡Y vaya faldas!». Y la espiamos por detrás de las cortinas.

—Si estuvieseis casados, podríamos divertirnos un rato juntos. Hay una cancha de tenis que podría arreglarse.

Eden hizo una mueca que dio a su apuesto semblante un aspecto ridículo.

—No, ya lo he probado una vez y no es para mí. Se habla de la prostitución del arte… Mejor eso que asfixiarlo en el tálamo nupcial. Solo tenía veintitrés años cuando me casé con Alayne. Tal vez cuando tenga treinta y cinco vuelva a intentarlo. Ningún hombre debería hacerlo antes. ¡No lo hagas tú, joven Finch!

—Esta situación es muy violenta para la tía Augusta. Estáis aquí los dos, podría decirse, a las puertas de su casa…

—¡Esa frase es suya! —clamó Eden—. Habéis estado hablando de mí.

—No tiene nada de raro, ¿no? —Pero se había puesto rojo—. El caso es que Minny y tú estáis en el pabellón y la tía no puede invitaros a Lyming Hall ni hablar de vosotros a sus invitadas…

—¡Porque estamos viviendo en pecado! —lo interrumpió su hermano—. En cambio, si fuéramos a un juzgado donde un repugnante vejete de costumbres probablemente depravadas nos dijera unas palabritas y nos hiciese firmar en algún libro, tal vez podría invitarnos a jugar al tenis. No. Jugaremos al tenis en la mesa de nuestra cocina con dos cucharas y un terrón de azúcar mientras gritamos: «¡Ama a todos y no te cases con nadie!». El demonio me lleve si me caso con Minny para conseguir que me presenten a la vieja señora Court.

—Lo entiendo, pero de todas formas no estaría mal que os casarais… En fin, puesto que eso de no casarte te conviene tanto para tu arte, supongo que habrás estado escribiendo mucho durante este año.

Eden lo miró con recelo. ¿Estaría tomándole el pelo ese mocoso? Pero Finch estaba muy serio, tan serio como el que más. Era una seriedad más bien tétrica.

—No mucho —contestó algo malhumorado—. Conseguí información muy útil en las bibliotecas de París para mi poema sobre la Nueva Francia. Pero creo que estoy más dotado para la lírica. Este año me han publicado varias odas en las revistas, ¿no has leído ninguna?

—No. Casi no leo revistas, pero me gustaría muchísimo oírlas.

—Pues claro, en cuanto tengas una tarde libre, ven y te leeré algunas. A veces me dan ganas de escribir una novela, pero no creo que tuviera éxito. Un poeta que se hace novelista me hace pensar en un mendigo convertido en salteador de caminos.

Le ofreció un cigarrillo a Finch y durante un rato fumaron en silencio. El sol ya caía a plomo sobre ellos y, en el seto, un pajarillo escondido lanzó un prolongado trino que se deshizo en un fluido gorjeo.

—Ya sabes lo apurado que estoy —continuó Eden—, y sobra decir que ahora mismo no puedo devolverte el dinero que me prestaste, pero cuando me publiquen este poema largo…

—Oye, no quiero que te preocupes más por eso. De hecho, estaba pensando si podría ayudarte en algo más.

Los ojos de Eden, al devolverle la mirada, tenían una expresión casi de tristeza. La generosidad de Finch tenía tanto de idiotez, de bondad ilimitada y tonta, que casi hacía daño.

—Es muy amable por tu parte —le dijo—. Tal vez podrías. ¿Te importa decirme qué otras cosas has estado haciendo por los demás?

A Finch le era difícil no mostrarse orgulloso al hablar de ello.

—Bueno, me he traído aquí a los tíos de forma bastante decente. Voy a instalar un chiquero moderno para Piers. He comprado un automóvil nuevo para la familia, un Dodge último modelo. Pero Renny no quiere montar en él. Y he comprado la hipoteca de Maurice y Meggie, aunque desde luego eso no es nada porque me pagan un interés más alto que el que me da cualquiera de mis otros valores. Ah, sí, y he encargado una valla nueva de hierro para la parcela del cementerio. La vieja se estaba cayendo a cachos por el óxido.

Eden calculó lo que sumaría el total de esas actividades financieras sin pronunciar una palabra. Por fin dijo:

—Supongo que no irás a excederte en ese papel de hada madrina. Si no, me temo que acabarás plantándote con Minny y conmigo en la puerta de alguien.

Finch se echó a reír.

—Tranquilo, no hay peligro. He cambiado las inversiones de la abuela por otras mucho mejores. Tuve una pelotera enorme con el viejo Purvis por eso. No quería que sacara el dinero de los bonos del Estado, que solo me daban el cuatro por ciento. Figúrate. Pero George Fennel, que no sé si sabes que trabaja para un agente de bolsa, me aconsejó invertir una buena cantidad en acciones del Estado de Nueva York. Purvis se puso muy impertinente hasta que Renny le escribió para decirle que me dejase hacer lo que quisiera. Entonces cedió.

—Uy, me parece que a Renny le importaría bien poco que lo

perdieras todo. No me sorprendería que le gustara, con tal de que volvieses a ponerte a sus plantas. Preferiría cargar con toda la familia hasta que cayesen como ciruelas podridas del árbol antes que tolerar la rivalidad contigo. Él se siente el padre de todos y vas tú y nos tomas bajo tu protección, le robas su papel. No me extraña que no quiera ir en el coche que has comprado. Se reconocería de manera implícita como uno de tus protegidos. El viejo zorro rojo no tiene otra ambición que ser el jefe del clan. ¿En qué otras cosas has invertido el dinero?

—Níquel y algunas acciones de Western. Y le he prestado diez mil dólares a la señorita Trent, la amiga de Alayne, la recordarás, con un nueve por ciento de interés. Insistió en pagarme esa barbaridad. Me resulta un poco violento. Está en el negocio de las antigüedades. Ha venido a Inglaterra para comprar, pero tiene buen género en Nueva York y no hay ningún riesgo. Hizo la travesía con nosotros y la hemos visto algunas veces en Londres. El tío Ernest y ella intimaron tanto que el tío Nick y yo acabamos por preocuparnos.

—Creo que me voy a casa —dijo Eden levantándose—. Todo esto es demasiado para mi pobre cerebro. —Bostezó y estiró los largos brazos, blancos y desnudos—. Pero hay una cosa que veo con claridad meridiana: vas a volver a Jalna arruinado, asqueado del mundo, solo con lo puesto, y Renny te recibirá con los brazos abiertos. El regreso del hijo pródigo. Será un bálsamo para su corazón.

—Supongo que te estás acordando de lo bien que te recibió a ti cuando volviste.

TARDE

Por la tarde, cuando Augusta se llevó a sus hermanos y a la señora Court a visitar al vicario, Finch se metió en el salón y se puso a tocar el piano. Sus dedos ansiaban posarse sobre el teclado, pues no lo había hecho desde aquel día a bordo. Después de comer, Sarah desapareció enseguida por el parque con un libro en la mano. Hacía calor y el campo transmitía una sensación de placidez ahora que había pasado la primera fiebre del brote primaveral. Árboles, campos, flores, pájaros y ganado se habían entregado a la felicidad inconmensurable de esa paz, sin dedicar el menor pensamiento a la posibilidad de su extinción.

Finch había corrido una de las cortinas malvas lo suficiente para dejar que la luz del sol se deslizase entre la penumbra de la habitación. Descansó un momento las manos sobre el teclado antes de ponerse a tocar. Las teclas negras parecían mirlos posados en fila sobre una balaustrada de mármol. Pronto los pondría en fuga. Partirían volando, entonando una canción al propio tiempo dulce y plañidera.

Tocó la *Habanera* de Moszkowski. Se sentía llevado por un feliz arrobamiento. Al terminar, se dio cuenta de que alguien había entrado en la habitación, pero en lugar de la irritación que por lo general sentía ante cualquier intrusión, se alegró de esa nueva presencia. No se giró, se quedó inmóvil mientras la armonía sobrevolaba la estancia. No le sorprendió oír la voz de su prima que le llegó por detrás, casi en un susurro.

—¿Puedo quedarme a escucharte?

—Claro que sí —contestó él, siempre sin volverse.

Sarah entró y se sentó con las manos juntas sobre la falda. Le dirigió una leve sonrisa y después clavó la mirada en el paisaje que se veía por la ventana. Mientras tocaba, Finch pudo estudiar su semblante.

Jamás había contemplado un rostro tan inmóvil, tan reconcentrado y, sin embargo, tan lleno de vitalidad. No podía decir con exactitud en qué se revelaba esa vitalidad. Desde luego no en los ojos, de mirada abstraída, ni en la linda boca de aspecto retraído. Parecía emanar de alguna luz interior o de su actitud, ya que la posición de los brazos sugería la idea de unas alas plegadas, ansiosas por volar. Mantuvo la misma expresión, invariable, mientras Finch tocaba una pieza tras otra, pero al acabar le dijo:

—¿Querrás tocar conmigo alguna vez?

Hablaba con la ingenuidad de una niña y Finch volvió a notar la caricia de su voz. Mientras hablaba, le parecía advertir en sus ojos una mirada asustada y de pronto le entraron unas ganas brutales de decirle algo que la cogiera por sorpresa y le hiciera confesar algo contra su voluntad. Pero lo único que dijo fue:

—Si quieres, te acompaño ahora mismo.

Sarah se levantó sin pronunciar palabra y se dirigió al banco de la ventana donde estaba su violín. Se inclinó, lo sacó del estuche y lo limpió con un paño de seda que guardaba dentro. Lo sujetó con la barbilla y empezó a afinarlo. Lo hacía con un gesto tan despegado que Finch empezó a ponerse nervioso, dudando de si podría acompañarla.

—¿Qué tocamos? —le preguntó mirando las partituras que tenía.

—Lo que quieras.

Encontró un fragmento de Brahms que conocía, pero al principio la cosa no resultó fácil. La belleza algo glacial de la ejecución de Sarah no parecía armonizar con la gracia elegante de la de Finch. Era como si un lago helado hubiese dicho a una corriente impetuosa: «Ven a sumergirte en mí».

Lo dejaron casi desanimados. Pasaron a un vals de Chopin y, de repente, se produjo la fusión, la unión espiritual que habían estado buscando. Algo pareció liberarse dentro de ella. Un delicado rubor le

coloreó las mejillas. Finch se extasió en la sensación de fuerza que eso le daba. Siguieron tocando y tocando, hablándose en voz baja entre pieza y pieza. A Finch le pareció milagroso haber logrado tal cambio en la ejecución de Sarah y se preguntó si no tendría lugar un cambio proporcional en su actitud frente a él.

No fue así. Tan pronto como acabó la música, Sarah se mostró tan impasible y monosilábica como antes. Sin embargo, al oír que los demás regresaban murmuró:

—No les digas que hemos tocado juntos.

Tenía esa perversa expresión que a veces se ve en el rostro de las mujeres pintadas por los artistas italianos de la Edad Media.

—¿Me dejarás acompañarte otra vez? —le preguntó él, también en voz baja.

La joven asintió con la cabeza; lo miraba con los labios apretados y los ojos verdosos rebosantes de luz. Finch la comparó en su fuero interno con una chiquilla traviesa, que actuaba con picardía frente a los mayores que trataban de reprimir su exuberancia. Oyó los comentarios de la señora Court sobre la poquedad de ánimo demostrada por el vicario en cuanto a la reforma del Libro de Preces.

—Les doy mi palabra —aseguraba— de que al oírlo una podía pensar que, para él, lo mismo da un libro que otro.

Oyó a su tía Augusta proponer una partida de *bridge* para esa noche. ¿No podrían Sarah y él estar a solas un rato? Iba a preguntárselo, pero en lugar de eso se oyó decir:

—Sarah es un nombre muy bonito.

La chica enarcó las cejas y repitió su nombre. A Finch le pareció deliciosa su manera de pronunciarlo, Sa-rah. Las sílabas eran como dulces notas acentuadas.

—No creo que te interese demasiado el *bridge* —añadió Finch enseguida—. Yo lo detesto. ¿Te apetecería salir un rato al jardín conmigo?

—Tal vez.

—¿Por qué «tal vez»? —insistió él.

—Por mi parte, siempre será «tal vez».

—¿Es por…? —Con un rápido movimiento de cabeza, Finch señaló a la tía. Sarah asintió—. Pero si ella se pone a jugar al *bridge*…

—Debo contestar el correo. Tenemos treinta y dos corresponsales habituales. Casi todas las cartas las escribo yo.

Finch se quedó mudo de asombro. Él venía de una familia que escribía poquísimas cartas, como no fueran de negocios. Casi todos los meses acababan discutiendo sobre quién escribiría a la tía Augusta. Desde Londres habían mandado solo una postal a cada uno de los que se quedaron en Jalna. Ernest había recibido una carta de Alayne y

siempre estaba diciendo que tenía que contestar.

—Si no tengo nada que hacer, saldré —le dijo Sarah. Luego se apartó de él y se volvió hacia Nicholas para escuchar lo que estaba contando.

Cuando Finch y su tío se quedaron solos un momento antes de la cena, este comentó:

—Esa chica es igualita de cara que su padre, pero Dennis Court era el mismísimo demonio y mucho me temo que la tía haya hecho de ella una perfecta gazmoña.

NOCHE

Entraron en el jardín por una puerta medio escondida tras la hiedra. Les costó un poco abrirla y, una vez dentro, Finch la dejó entornada. La oscuridad no era absoluta ni lo sería esa noche. La claridad, de un tono amarillo verdoso, que aún persistía en el oeste se hallaba cruzada por dos franjas de nubes arreboladas. El pálido cuarto creciente de la luna se destacaba aislado como una tímida principiante de canto que espera entre bambalinas a que la llamen al escenario. Un añoso roble con el tronco cubierto de hiedra, con todas las ramas y ramitas blancas de líquenes, se alzaba por encima de la pared a un lado del jardín. En él se habían reunido multitud de cornejas que parecían disfrutar del viento del sur que agitaba las ramas más pequeñas. Los pájaros revoloteaban un momento a su alrededor y, después de unos cuantos rápidos aleteos, se lanzaban a la deriva o regresaban al verde refugio. Un pardillo posado en las ramas de un melocotonero que crecía contra el muro entonaba una quejumbrosa canción que podía oírse con total claridad cuando las cornejas se callaban un momento. Los arriates de flores parecían haberse aproximado unos a otros, como en un esfuerzo por trastornar con su fragancia los sentidos de aquellos que osasen entrar en el jardín. Por encima del perfume de las rosas y del heliotropo, se percibía el aroma algo intoxicante de la nicociana.

Sarah Court llevaba un chal de color rojo fuego cuyos anchos flecos casi rozaban el suelo. Le daba un altivo aspecto de española, pensó Finch, que se acordó de haberle oído contar a su abuela que, en tiempos de la reina Isabel, allá por el siglo XV, un Court se había casado con una mujer de aquellas tierras. Se imaginó por un segundo a Renny con barba puntiaguda y una gorguera que le sentaba muy bien. Sonrió para sus adentros y vio que Sarah lo espiaba con curiosidad. Se había estado preguntando de qué podrían hablar y al fin le dijo:

—Estaba pensando en mi hermano mayor. Me gustaría que lo

conocieras, es un tipo estupendo. No sé por qué, algo en tu actitud me lo ha recordado.

—¿Algo «magnífico»?

—Sí, algo como muy altivo y, desde luego, magnífico.

—Yo no soy una persona altiva.

—Pero tienes cierto aire de altivez.

—Pues no tengo motivos —insistió ella, y al cabo de un instante añadió—: Al contrario, tengo razones para sentirme muy humilde.

Paseaba despacio por un estrecho sendero bordeado de arriates, y Finch, que la seguía, advirtió la altivez de todos sus movimientos, de la forma en que llevaba el chal, del tono contenido en su armoniosa voz.

Cuando llegaron al final del caminito, Finch la miró a los ojos y le dijo:

—Me alegro de que hayas podido venir.

Y era cierto, se alegraba de que hubiese ido, aunque a decir verdad le habría gustado aún más estar solo en el jardín a esas horas o, al menos, acompañado por alguien cuya presencia no lo pusiera tan tenso.

Sarah hizo un mohín, arrugando los labios con la misma expresión maliciosa de chiquilla traviesa que había puesto en el salón.

—Mi tía me ha dado bastantes cartas para entretenerme hasta que me fuera a dormir.

Aquello hizo que se sintieran más próximos el uno al otro. Sarah empezó a acariciar un rosal de té y metió la cara entre sus flores con un ansia febril y casi cruel.

«¡Qué pelo! —pensó Finch observando las relucientes y apretadas trenzas que su prima llevaba recogidas en la nuca—. Y trata al rosal como trata a su violín». Recordó lo que había dicho Eden sobre cómo sería besarla.

Le habría gustado reunir la suficiente osadía romántica para cortejarla, pero no pudo concebir siquiera la posibilidad de llegar a hacerlo. Se mostraba demasiado reservada, demasiado distante.

Por la puertecilla del muro vio pasar dos figuras cogidas de la mano. Reconoció al ayudante del jardinero, Ralph Hart, pero la cara de la chica no era más que un contorno blanco.

Ralph soltó la mano de la muchacha y se dirigió a la puerta. A esas horas de la noche debía estar cerrada y le extrañó encontrársela entornada. Finch fue hacia él.

—No tendría que haber dejado la puerta abierta —se disculpó—, pero no me olvidaré de cerrarla al salir. O tal vez sea mejor que la cierres tú ahora y nosotros nos iremos por la otra.

Mientras hablaba, trató de ver el rostro de la chica, intrigado por

conocer a la novia de Ralph, pero ella se mantuvo a distancia, rehuyéndolo con timidez.

—Siento haberme acercado, señor —dijo Ralph—, pero en la oscuridad no lo he visto en el jardín. Creía que se había quedado abierta por equivocación.

Luego se llevó la mano a la gorra y se alejó con la chica.

Finch cerró la puerta. Con el ruido espantó a las cornejas, que, graznando, se echaron a volar desde el roble en formaciones compactas y pusieron rumbo a la luz crepuscular. El pardillo del melocotonero enmudeció y esperó atento hasta que todo se hubo normalizado; entonces sus gorjeos y trinos llenaron de nuevo el jardín, pero no ya en los intervalos del alboroto de las cornejas, sino con plena y confiada seguridad.

Entre dos tejos recortados, había un asiento alto parecido a los bancos de las iglesias. Se sentaron allí. Finch habló a Sarah de su familia. Esta lo escuchaba con recogida atención y, mientras iba describiendo uno tras otro a todos los habitantes de Jalna, aquel sintió que su corazón rebosaba de afecto, que iban disminuyendo los defectos e imperfecciones de todos, y le costaba encontrar las palabras para describir el altivo temperamento de Renny, su maestría consumada en el arte de la equitación; el valor de Piers, sus vastos conocimientos en el cuidado de la granja; la precocidad y simpatía de Wake. En cuanto a Meg… Bueno, Meggie era perfecta. Al hablar de ellos, lo invadía cierta nostalgia. El único a quien no mencionó fue a Eden.

—Tú tienes tanta familia y yo no tengo a nadie —se lamentó Sarah —. A nadie de mi propia sangre, me refiero.

—¿Por qué no me cuentas algo de ti? —le pidió Finch en tono cariñoso—. Me gustaría poder imaginarme cómo vives en Irlanda.

La joven se encogió de hombros bajo el colorido chal, con un gesto de desdén.

—Mi vida —repuso cortante— no es más que estudiar música, hacer visitas y escribir cartas.

A Finch le dolió que incluyera la música en la misma categoría que las visitas y las cartas.

—Pero ¿es que no te gusta la música?

—Jamás me había gustado hasta hoy.

Con los nervios a flor de piel, Finch captó el alcance de aquella afirmación. Y sin embargo, que hubiera aprendido a tocar tan bien y no a amar la música, a encontrar en ella un refugio sagrado… La idea casi lo repelía. Comprendió que había algo extraño en ella. ¿Qué había significado entonces el despertar de hoy? ¿Que de repente se había dado cuenta del goce sensual de la música?

—¿No te gustaba antes de vivir con tu tía?

—No se me había ocurrido pensar en ello.

Sus respuestas eran tan escuetas que Finch se vio obligado a plantear las preguntas como si se tratase de una lección de catecismo.

—¿Te quedaste huérfana muy joven?

—Mi madre murió cuando yo tenía siete años.

—Igual que la mía.

—Qué casualidad.

Su tono era más de meditación que de sorpresa por la coincidencia.

—¿Y tu padre?

Al fin y al cabo, era su prima. Bien tenía derecho a interrogarla.

—Cuando yo tenía trece años. —Sarah se volvió hacia Finch. La luz de la luna era ahora tan tenue que daba a sus facciones un aspecto etéreo y empezó a hablar muy deprisa—: Murió ahogado. Desde la muerte de mi madre, mi padre y yo vivíamos solos. Teníamos una casita en la costa. Era muy aficionado a los caballos, como tu hermano Renny, pero también lo era demasiado a la bebida. A casa venían personas muy raras, aunque no me importa decirte que a mí me caían bien. Mucho más que las amigas de la tía Elizabeth. Papá siempre estaba jactándose de sus caballos, sobre todo de una yegua que se llamaba Miriam y que en una ocasión le había salvado la vida al cruzar un río desbordado. Cuando estaba bebido, se jactaba de las enormes distancias que la yegua podía salvar a nado. Una noche empezó a apostar con sus amigos. Para demostrar lo que era capaz de hacer su yegua, la llevaron a la playa. Se montó en ella y se adentró en el mar, que parecía de cristal iluminado por el claro de luna. El animal iba nadando siempre hacia dentro, llevándolo sobre el lomo, mientras mi padre chillaba y cantaba. Al final sus amigos se asustaron y le gritaron que regresase, pero él chillaba cada vez más alto. Oyeron relinchar a la yegua. Antes de amanecer sobrevino una tormenta y al día siguiente las olas arrojaron a la playa su cuerpo y el de la yegua.

—¡Qué horror! ¿Y tú estabas sola en casa?

—Sí, pero veía a la gente en la playa desde una ventana. Los lugareños dijeron que causaba espanto ver cómo las olas lanzaban el cuerpo de la yegua contra el acantilado. Mi padre tenía los pies enganchados a los estribos. Al parecer, con la resaca la yegua retrocedía y luego golpeaba las rocas con los cascos haciendo un ruido impresionante, como si estuviese viva.

Finch recordó haber oído hablar de esa tragedia en casa cuando era un chiquillo, pero siempre se imaginó que había sucedido muchos años antes. La historia parecía demasiado fantástica. Ese Dennis Court, del que recordaba haber oído exclamar a su abuela: «¡Ese sí que era un Court de los pies a la cabeza!», había sido para él un ser mítico. Y

ahora estaba sentado en un jardín junto a la hija de Dennis, que repetía en un tono desprovisto de toda emoción la historia de aquella trágica muerte.

Trató de adaptarse a ese mismo tono y replicó:

—Supongo que fue entonces cuando te fuiste a vivir con la señora Court. Debió de ser un cambio tremendo.

—Sí —contestó ella con un deje de amargura—. Todo el mundo creyó que sería lo mejor. Nadie parecía acordarse de que yo adoraba a mi padre. A decir verdad, jamás podré pagarle a mi tía todo lo que ha hecho por mí. La educación, los viajes… Pero me hacía estudiar seis horas al día y, cuando viajábamos, no tenía ni un solo minuto para mí. Ahora ya no viajamos. No puede permitirse ese lujo. Y si me quedo callada o salgo sola, me llama ratón y topo.

Jamás se habría imaginado, pensó Finch, que esa chica le confiaría tales intimidades de su alma. Jamás habría soñado que se mostraría una compañera tan cordial. Ahora se daba cuenta de que él no podía seguirla por el despeñadero de sus frías y despegadas revelaciones. Le habría gustado huir de ella en ese mismo momento, para cavilar sobre el misterio de su personalidad sin necesidad de mantener una conversación. Con todo, Sarah no parecía esperar ningún comentario por su parte y, cuando alguna vez hizo una o dos observaciones inadecuadas, esta se abstuvo de contestar y se retrajo a su primitiva impavidez.

La luna se había ocultado tras las ramas de un esbelto olmo y, cuando el viento las agitaba, su claridad iluminaba a intervalos el jardín, primero un macizo de flores, luego otro, hasta extender al fin su velo de plata sobre la cara y las manos de Sarah.

Finch contempló esas manos, que parecían las manos de piedra de alguna estatua, y al recordar su forma de arrancar melodías al violín le dieron ganas de tocarlas. Tímidamente colocó sobre ellas una de las suyas. Las tenía heladas.

—Debes de tener frío —dijo preocupado—. Tal vez haríamos mejor en pasear un poco. ¿Te apetece?

Sarah no contestó, pero se levantó de inmediato. Cruzaron la puerta principal del jardín por un camino empedrado y luego atravesaron la cancha de tenis.

—¿Juegas al tenis? —le preguntó Finch, pensando si aquella rapidez al levantarse se habría debido al impulso de rechazar el contacto de su mano.

—Un poco. Me gustaría jugar mejor.

—A ver si convenzo a la tía Augusta para que haga arreglar la pista.

—Tal vez podríamos proponerles a los que viven en el pabellón

que se unieran a nosotros —soltó Sarah con una de sus maliciosas sonrisas—. Me gustaría mucho.

—¿De veras? —Finch la miró sobresaltado—. No sabía que fueras consciente de su existencia.

—¡Me encantaría tratarme con ellos! ¡Cuántas veces he pasado por delante del pabellón con ganas de entablar conversación! Pero solo veía cómo se movían las cortinas, como si estuvieran espiándome y pensando en lo horrible que parezco.

—Bueno —repuso Finch frunciendo el ceño, nervioso por lo que iba a proponerle—, si no te da miedo disgustar a tu tía, podríamos ir a verlos ahora mismo.

—No me importaría en absoluto causarle ese disgusto —contestó ella con voz gélida y poniendo sin vacilar dirección a la avenida.

Andaba rápido, como alguien que por fin va a hacer algo que lleva deseando mucho tiempo. Iban entrando y saliendo ora en el claro de luna, ora en las sombras, y el vistoso chal brillaba y se oscurecía como el plumaje de un pájaro tropical.

A mitad de camino, Finch le ofreció un cigarrillo. Al principio lo rechazó y luego, de pronto, cambió de idea.

—Sí, dame uno. Esta noche voy a hacer todo lo que mi tía aborrece.

Con solo verla llevárselo a la boca y encenderlo con el fósforo, Finch supo que estaba acostumbrada a fumar.

La miró casi con severidad, pues le pareció entrever algo ladino en ella.

—¿Cuándo fumas? —le preguntó.

—Cuando soy un topo —repuso Sarah, que levantó el fino dedo índice manchado por el tabaco.

Eden estaba sentado a la puerta del pabellón, en una silla echada hacia atrás, como podría hacerlo un obrero después de su jornada de trabajo. Esbozó una sonrisa de incredulidad al verlos acercarse y luego se levantó.

—Vengo con nuestra prima, la señorita Court, que quería saludaros —dijo Finch, que se sintió de repente atrevido y lleno de aplomo. ¿Era acaso la presencia de Eden lo que le daba esa seguridad?

Los otros dos se estrecharon la mano muy serios y, a continuación, Eden los condujo al interior de la casa. Finch oyó a Minny encaramarse por la escalerita para arreglarse un poco, pero cuando volvió a bajar se preguntó qué habría hecho, pues no la veía nada arreglada. Llegó a la conclusión de que había subido a empolvarse la cara, que a la luz de las velas ofrecía el aspecto sonrosado de un melocotón. Le pareció que tenía el cuello, además de blanco como la leche, más grueso que la última vez que la había visto, y las

pantorrillas, cruzadas por debajo de una falda demasiado corta, más rollizas, pero los ojos almendrados conservaban la misma expresión alegre y desafiante y sus labios parecían siempre dispuestos a abrirse para dejar salir una carcajada o una canción. Llevaba un jersey naranja, una falda azul y medias de color carne. Finch no entendía cómo soportaba Eden esa mezcla de colores. Pero claro, había veces que su hermano apenas parecía darse cuenta de las cosas.

Minny invitó a Sarah a sentarse en la única silla cómoda que tenían, cerca del fuego, porque la veía muy pálida. A ella las mejillas le relucían bajo la espesa capa de polvos. Le prodigaba una amplia sonrisa de bienvenida, cosa que extrañó a Finch después de lo que Eden le había contado sobre la opinión que tenía de la chica. Sarah extendía los flecos del chal y aspiraba el humo del cigarrillo como si estuviera inhalando la dulzura de la propia vida. Se atildaba como un pajarito. Minny parecía encantada de haberla recibido en casa. Eden también. Empezaba a echar de menos la compañía de otras personas además de Minny. Echó unas brazadas de leña seca al hogar, que pronto se iluminó con el resplandor de vívidas llamas. Estaba sentado en un taburete frente a Sarah y pensó que la descripción que Finch había hecho de su prima era muy superficial. Él interpretó su pose con una comprensión mucho más sutil.

Minny hablaba sin parar, dirigiendo casi toda la conversación hacia Sarah, que estaba sentada, inmóvil, como tratando de asimilar todo lo que la otra decía. Contó algunas anécdotas divertidas sobre cosas que les habían ocurrido en sus viajes y de vez en cuando recurría a la memoria de Eden o le pedía ayuda para los nombres extranjeros, que siempre pronunciaba mal. No tardó mucho en hablar de su poesía, que la henchía de orgullo. Era el único tipo de poesía, aseguraba, que había podido leer, a pesar de que gran parte era muy difícil. Finch recordó a su hermano que le había prometido leerle algunos de los poemas que había escrito desde que se marchó de Jalna.

Este cogió una vela y subió la escalera que arrancaba de un rincón de la habitación.

—Lo tiene todo guardado en perfecto orden —comentó Minny.

Pronto volvió con una carpeta llena de papeles. Se había manchado las manos de cera derretida y se acercó a Minny como un chiquillo para enseñárselo.

Luego se sentó de nuevo en el taburete y leyó a la luz del fuego. Su voz, siempre bien timbrada, adquiría nuevas y ricas entonaciones al leer sus obras.

—Estos son fragmentos de la composición que voy a titular «Nueva Francia». No puedo leerla entera porque aún no está en orden.

Leyó entonces algunas estrofas de lo que llamó «Indios bravos de

las galeras», «Amantes del fanatismo», «Una condesa de Quebec» y «La canción de las ursulinas».

Al terminar cada lectura, las dos jóvenes murmuraban palabras de aprobación. A Finch le gustaron muchísimo y así lo confesó. Estaba casi abrumado por la emoción cuando, de pronto, Eden le dijo a Sarah:

—¿Sabías que este jovencito ha estado manteniéndome durante un año y medio? Si no hubiera sido por él, no sé lo que habría hecho.

—Ha sido un detalle por su parte —repuso Sarah sin más—, ¡pero y lo que habrá disfrutado al hacerlo!

—¿De verdad? —preguntó Eden dirigiéndose a su hermano.

Finch asintió y dejó escapar esa repentina carcajada de sus años de adolescente que aún le salía a veces cuando se avergonzaba.

—Y esto —siguió Eden volviendo al tema de su poesía y cogiendo unas cuantas hojas unidas entre sí— son algunas cosillas que escribí cuando estaba en Italia.

—¿En Italia? —murmuró Finch asombrado—. No sabía que hubieras estado en Italia.

—No tuve más remedio que ir. En Francia hacía demasiado frío y pillé un buen catarro.

—Fue un viaje muy barato —agregó desenvuelta Minny.

—¡Qué maravilla! —suspiró Finch—. ¡Cómo me gustaría ir!

—No seas idiota —le recriminó Eden—. Ahora puedes ir donde quieras.

—Tal vez vaya con Arthur Leigh. Está aquí, en Inglaterra.

Sarah miraba a Eden con aire expectante, aguardando la lectura de los poemas. Leyó tres. El último se titulaba: «A un joven ruiseñor que ensayaba su canción en Sicilia». Todos coincidieron en que era el mejor.

—Precioso, precioso —repetía Sarah estrechándose las manos con fuerza. Al inclinarse hacia Eden, se le resbaló el chal de los hombros, que, al igual que sus brazos, quedaron expuestos a la luz del hogar.

A Eden le hizo feliz su aprobación. Poco después, Minny y él fueron juntos a la despensa. Los otros dos podían oír el murmullo de sus voces y el ruido de la vajilla.

—¿Te caen bien? —murmuró Finch—. ¿Te alegras de haber venido?

Le preocupaba que su tía la hubiera echado en falta.

Sarah asintió con gran compostura.

Cuando Eden y Minny volvieron, él llevaba una botella en cada mano y ella una fuente muy grande con diversas clases de bizcocho, aunque el glaseado, de chocolate, rosa y blanco, se había desmenuzado y estaba todo mezclado.

Eden estaba exultante de tener compañía. Nada de lo que hacía o decía le parecía demasiado ridículo. Finch y Minny atronaban la habitación con sus carcajadas. Sarah Court seguía sentada muy tiesa, tomando sorbitos de vino y bocaditos de bizcocho, ocupada al parecer en absorber con apasionada intensidad la alegría del momento.

Mientras volvían a casa a toda prisa, avenida arriba, empezó a soplar desde el páramo un viento fuerte y tibio. Sarah tuvo que sujetarse con firmeza el chal para que no se le volara. Los mayores seguían jugando al *whist* y los jóvenes entraron sin ser vistos. Sarah se escabulló en silencio escaleras arriba, mientras que Finch entró con actitud despreocupada en el salón y se apoyó en el respaldo de la silla de su tía Augusta, interesándose por la suerte que había tenido durante la velada.

X

VIEJOS Y NUEVOS AMORES

Los días fueron ensartándose como perlas, caldeados por el soleado aliento del verano, hasta que hizo un mes que Finch y sus tíos estaban en Devon. El tiempo pasó muy rápido para los dos hermanos, sin más incidentes desagradables que una pelotera alrededor de la mesa de *bridge* para ensombrecer su alegría. Estaban tan ocupados con las numerosas excursiones campestres, visitas a viejas amistades, meriendas en la rosaleda y la lectura del *Times* solo unas horas después de salir de imprenta, en lugar de una quincena, que los días se les hacían cortos. El cambio les sentó a las mil maravillas. Nicholas no se había visto en muchos años tan libre de gota. Ernest estaba casi asustado de la bondad de sus digestiones. Le parecía siniestro pensar en un estómago que, de la imposibilidad de digerir un minúsculo trozo de tarta con semillas a la hora del té, pasaba a consumir sin alterarse cantidades considerables de fresas con nata de la región. Desde que tropezó con Rosamond Trent se encontraba mucho mejor y se le ocurrió que si tales encuentros pudiesen tener lugar, por ejemplo, cada seis meses, le sentaría de maravilla. La mejoría de su estado la atribuía en exclusiva a la animación que le causaba el roce con esa personalidad tan activa y enérgica.

Tanto Nicholas como él eran muy aficionados a la música y les encantaban los conciertos de violín y piano que les ofrecían Sarah y la señora Court. Nicholas creía, sin embargo, que la chica tocaba sin emoción y fue él quien una noche insistió en que la acompañara Finch. Pero el intento resultó un absoluto fracaso. Finch se puso nervioso sin motivo aparente y Sarah estuvo más sosa que nunca. La señora Court había estado escuchando muy satisfecha, siguiendo con los pies el compás de una polonesa de Chopin que tocaron sin el menor entusiasmo.

Cuando terminaron, observó:

—Sarah solo puede tocar conmigo. Y Finch es demasiado nervioso para tocar acompañamientos. Para eso hace falta tener nervios de acero. Nunca has tocado tan mal como hoy, ratoncito.

La mujercilla se dirigió con su andar autómata al piano, casi sin esperar a que Finch se hubiera levantado, y se instaló de inmediato dando instrucciones a Sarah para que repitiesen juntas la polonesa. Sarah la repitió bajo la brillante dirección del acompañamiento de su tía y, a partir de aquel día, nadie volvió a proponer jamás que los dos jóvenes tocasen juntos.

Pero sí tocaban juntos. Todas las tardes que los mayores salían de visita o de paseo, y eran cuatro de cada siete, Finch y Sarah se escurrían como dos conspiradores al salón. Se metían allí como para disfrutar de las delicias de un licor prohibido. Finch temblaba al inclinarse sobre el teclado mientras Sarah afinaba su violín, pero entre ambos no se cruzó ni una sola palabra ni una señal de amor aparte de su amor por la música. Los días en que no podían quedarse solos, Sarah parecía desvanecerse de la existencia de Finch, dejando tras ella poco más que la fascinación que su rostro y sus ademanes habían ejercido sobre él desde el primer momento. Incluso algunas veces, cuando habían estado tocando, al separarse Finch de su prima lo hacía con una sensación de alivio, respirando hondo, como si hubiese salido de un ambiente demasiado cargado. Otras veces, en cambio, cuando la tenía cerca era tan susceptible a ese algo cautivador y extraño que emanaba de ella que le costaba reprimir la expresión manifiesta de sus emociones. Un día, mientras la estaba acompañando, la vista se le nubló y se le hizo imposible distinguir las notas. Dejó de tocar y, tras una desbordada cascada de notas de adorno, Sarah se detuvo también.

—Me he perdido —murmuró Finch.

Sarah se inclinó sobre él con el violín aún sujeto debajo de la barbilla, mirándolo a los ojos con una expresión dulce e intrigada. Sin embargo, Finch creyó leer en ellos la misma malicia traviesa que había advertido otras veces. Le devolvió la mirada sin hablar, pero el corazón le latía con fuerza y estaba ya a punto de arrebatarle el violín de las manos y tomarlas entre las suyas cuando Sarah se enderezó de pronto y, señalando un punto de la partitura con el arco, lo apremió en tono gélido:

—Vamos, no pierdas el tiempo, que pasa muy deprisa.

Finch se preguntó si de verdad lo estaría rechazando o si consideraba esos encuentros solo un desahogo para el sensual disfrute de la música.

Un día, Nicholas no salió con los otros, como creían los dos jóvenes. Al bajar de su cuarto se dirigió con expresión de contento hacia el salón, pues había oído los acordes de la música. Abrió la puerta sin hacer ruido para no interrumpirlos, pero después de escuchar unos instantes y estudiar la expresión de su rostro, se apartó con el mismo sigilo y se quedó tras la puerta cerrada hasta que terminaron la pieza, con la cabeza ladeada y una expresión de

bondadosa ironía en aquel semblante surcado de arrugas.

Aunque se había dado perfecta cuenta de la turbada alegría que reinaba en la habitación, jamás hizo la menor referencia al hecho de que hubieran tocado juntos ni volvió a molestarlos, sino que, al contrario, multiplicó las propuestas de excursiones por la tarde a fin de darles mayor libertad.

La señora Court habría querido insistir en que Sarah los acompañara, pero llevarla suponía cierta incomodidad en el coche. Le daba interminables cartas que escribir y anticuados y recargados vestidos que arreglar para que estuviese ocupada. Sarah se quedaba despierta hasta altas horas de la noche para cumplir tales encargos, después de haber tomado la precaución de apagar la luz de su cuarto para hacer ver que ya se había metido en la cama.

A esas alturas, Augusta ya había empezado a cansarse de sus invitados. La tensión perpetua de disponer las comidas, por no mencionar el gasto que implicaban, empezaba a pesar sobre sus nervios. Había creído que la señora Court coincidiría con ella en la ilusión de llegar a una unión entre Sarah y Finch. Antes de su llegada, había abordado el asunto con ella y la señora Court lo había considerado con su habitual buen humor, pero ahora Augusta se inclinaba a creer que la señora Court no era nada partidaria de esa alianza, que con miras egoístas deseaba que la chica no se casara, no solo para disfrutar de una acompañante cuyo único sueldo consistía en su manutención y vestido, sino además de notable apariencia física y positivas cualidades artísticas. La propia pareja parecía no entenderse muy bien. No tenían nada que decirse y la música, que Augusta confiaba habría servido de lazo de unión, constituía en su lugar una barrera infranqueable. Cuando Finch había tratado de acompañar a Sarah, el resultado había sido un completo fracaso, y cuando Sarah y la señora Court tocaban juntas, Finch se sentaba en un rincón con expresión tétrica.

Nicholas también la ponía de los nervios. No podían estar mucho tiempo juntos sin experimentar esa sensación. Su pelo mal cuidado y sus modales desaliñados la molestaban tanto como le agradaba la pulcritud de Ernest. Más de una vez la desazonó sobremanera con su imitación, al parecer inconsciente, de los gestos y costumbres de su madre. Hacía sopas de bizcocho dentro del té. Sentado a la mesa, se le había oído decir: «Quiero salsa. Más salsa de la fuente, por favor», remedando a la perfección la voz de su madre. Ernest y Augusta se habían mirado sorprendidos. En otra ocasión se le ocurrió decir: «¿Por qué no viene a verme ese jovenzuelo que está en el pabellón? Quiero ver a Eden». Entonces, Ernest y Augusta se alarmaron de verdad. Ernest le había aconsejado a su hermana que no prestara atención a esas rarezas de Nick. «Haz ver que no te das cuenta —le recomendó—

y llegará a avergonzarse de sí mismo». Pero tenían la molesta sensación de que Nick sabía que esa inconsciencia era fingida y de que no se avergonzaba ni poco ni mucho.

Cuando llegaba la hora de jugar al *whist*, por la noche, Sarah y Finch cogieron la costumbre de encontrarse en el jardín. Entraban por la puertecilla del muro, que Finch solía dejar entornada para poder ver al ayudante del jardinero pasar con su novia cogidos de la mano. Ralph ya no se preocupaba de cerrar la puerta. Entre los dos jóvenes se había establecido una tácita comprensión. No pasaba un día sin que charlasen un ratito. Finch averiguó que la madre de Ralph era de Cornualles y que todos los hombres de su familia habían vivido del mar. Sarah se enteró de que la chica estaba empleada en la cocina: era una muchacha rechoncha, con cara de pan y bastante boba. Habló con ella una vez, pero apenas pudo entender una palabra de lo que decía, pues se había criado en una granja y hablaba con un acento cerradísimo.

Esos rústicos amores ejercían una fascinación especial para la pareja que se sentaba en el banco del jardín. Analizaban los asuntos de los dos enamorados, sus paseos cotidianos. Finch repetía fragmentos de sus conversaciones con Ralph, tratando de imitar el soniquete de su habla. Permanecían sentados y silenciosos en la penumbra, pensando en los otros dos, también ocultos en la penumbra, que tal vez se besaban o se abrazaban. Encontraban una suerte de mórbida satisfacción en analizar los sentimientos de esa otra pareja.

Algunas veces iban al pabellón, donde eran muy bien recibidos por Eden y Minny, que a menudo se aburrían de su mutua compañía. Se reunían junto al hogar y Eden echaba al fuego ramas de pino que chisporroteaban alegres al alzarse en una resplandeciente llama, iluminando sus facciones y las vigas ennegrecidas del techo, y luego morían mientras las pinochas adquirían el aspecto de incandescentes pedacitos de alambre. Las ramitas se retorcían como en una agonía dolorosa, palidecían, se tornaban grises y morían. Eden volvía a echar entonces una nueva brazada de ramas.

Mientras estaban allí sentados, les leía sus composiciones poéticas, dirigiendo su voz hacia Sarah, pero sin que Minny acusase la menor muestra de celos. Parecía estar muy segura de Eden. Un día, mientras estaban tumbados en la falda de una colina, Eden le dijo a Finch: «Minny es muy buena. Es lo que me gusta de ella. Alayne no es egoísta, pero tampoco es buena de verdad. Y el amor sin bondad es como un jardín sin césped».

Una noche llamaron a la puerta y se miraron unos a otros como chiquillos asustados, pensando que sería la señora Court en busca de Sarah, pues Finch ya le había explicado a Eden cuán tirana era con la chica. Pero los que llamaban eran Nicholas y Ernest, que venían de

visita. Nicholas y Augusta habían discutido por las cartas y todos dieron por finalizada la partida. Las dos señoras se habían retirado al cuarto de Augusta, y los dos caballeros, algo agitados, se habían decidido a ir de visita al pabellón. No parecieron sorprenderse de ver allí a Finch y a Sarah.

Minny estaba encantada con tantas visitas. Nicholas y Ernest encontraron tan estimulante la compañía de los jóvenes que se lamentaron de las horas que habían perdido por las noches jugando al *whist*. Preguntaron a Minny si seguía cantando. Minny lo negó entre risas, pero convencida al fin, echó hacia atrás la cabeza con su gesto habitual y empezó a cantar una pieza tras otra. Su repertorio de viejas canciones era inagotable. Mientras cantaba, inclinaba la cabeza, que quedaba en parte sumida en la sombra, pero la luz del hogar iluminaba de lleno su garganta blanca y vibrante, cuya piel recordaba la tersura de los pétalos de una rosa a medio abrir.

Mientras volvían a casa, Sarah le susurró a Finch que ahora su tía lo averiguaría todo y que se les estropearían sus veladas. Por suerte, el tiempo cambió aquella misma noche y durante varios días se sucedieron fuertes borrascas y grandes vendavales que venían del páramo. Por las noches, los tíos no deseaban otra cosa más que una partida de *whist* junto al fuego.

Cierta mañana, Ernest anunció su propósito de ir unos días a Dorset a visitar a algunas viejas amistades. El mismo día, Finch recibió una carta de Arthur Leigh y, recordando lo mucho que Augusta había admirado a su amigo, se le ocurrió proponerle que lo invitaran a pasar unos días con ellos durante la ausencia de su tío. Así podrían ofrecerle el cuarto de Ernest, que era el mejor para invitados. Augusta, anhelando para sus adentros el feliz día de volver a estar sola, aceptó la sugerencia. A los pocos días, Ernest se marchó, se limpió su habitación a fondo y Arthur ocupó su sitio.

Los dos amigos se alegraron de volver a encontrarse y de tener una oportunidad de intimar que no habían conocido hasta entonces. Finch había olvidado el gran encanto que desprendía Arthur y cómo sabía adaptarse al entorno en el que se hallaba, y Arthur volvió a sentir la curiosidad y el afecto que Finch despertaba en él. Le pareció un tanto extraño el grupito que se había formado en la casa, incluida la extensión del pabellón. Pero la persona que más le interesó fue Sarah Court.

A su llegada, ella volvió a envolverse en su acostumbrado distanciamiento y a Arthur le resultó increíble que pudiera haber salido a hurtadillas para visitar a los del pabellón y engañar así a su tía, con la que parecía tan sumisa. Sin embargo, una tarde en que los tres jóvenes se quedaron solos en la casa, Finch convenció a Sarah de que tocase el violín para Arthur y, a partir de aquel momento, pareció

invadirlo, casi contra su voluntad, un interés desmedido por ella. Su característica jovialidad y su optimismo se tornaron en taciturnidad y apocamiento. Sarah no parecía darse cuenta de los sentimientos que había despertado en Arthur y, para Finch, este cambio de carácter en su amigo, tan repentino después de su llegada, resultó desconcertante.

Augusta hizo que arreglaran la cancha de tenis e invitaron a la hija del vicario para completar los dobles. Era una muchacha de constitución atlética y piel llena de ampollas que se movía a grandes zancadas. A su lado, los movimientos rígidos pero deslizantes de Sarah parecían fuera de lugar en la pista. La señora Court observaba con satisfacción su incapacidad de jugar ni siquiera medio bien.

—Nunca he visto una chica igual —decía—, no tiene la menor agilidad. Yo la llamo mi cachorrito.

Y a veces exclamaba:

—¡Bien jugado, cachorrito!

Sarah resultó tan insensible a las pullas de su tía como a la admiración que provocaba en Leigh. Siempre jugaban enfrentados y, por lo general, los partidos acababan por convertirse en una contienda entre Finch y la hija del vicario.

Al terminar, ambos solían enfrascarse en una viva discusión de los diferentes puntos, mientras los otros dos permanecían en silencio: Arthur dando raquetazos al césped, con los ojos fijos en Sarah, y esta mirando al vacío. Le habían enseñado a no sentarse jamás en el suelo sin poner algo debajo, de modo que se llevaba a la cancha un gran chal de lana que Arthur extendía para ella mientras los demás se tumbaban en la hierba.

Finch era tan consciente del malestar de Leigh que apenas sabía qué decir, pero con todo se las arreglaba para mantener una conversación superficial mientras cavilaba sobre el repentino apasionamiento de su amigo. ¿Era verdadero amor lo que Arthur sentía por Sarah? ¿O solo ejercía sobre él la peculiar fascinación que parecía constituir la médula de su personalidad? El propio Finch la había sentido, e incluso había visto su efecto sobre Eden, pero tratándose de ellos, el hechizo había sido pasajero, intermitente. Una vez Sarah entraba en una habitación, ni la habitación ni sus ocupantes seguían siendo los mismos. Con la fuerza de su cincelada lejanía, subyugaba el ambiente. Con su refinada malicia, despertaba ominosos presentimientos. Cuanto más observaba Finch a la tía y a la sobrina, más convencido estaba de que la señora Court era víctima tanto de esa fascinación como de ese presentimiento. Empezó a convencerse de que su actitud sarcástica frente a Sarah era de autodefensa, como la constante repetición de Mooey del «No teno medo».

Estaba disgustado con Arthur por dejarse esclavizar tan rápido. Estaba furioso con Sarah por haberlo esclavizado. Sintió cómo se

levantaba en su interior una tempestad de celos que enturbió la transparencia de su amistad con Arthur. Sarah y él, que habían marchado a la deriva por recónditos y tortuosos caminos de intimidad que podrían haberlos conducido a extrañas y encantadoras revelaciones, se habían visto separados por la intromisión de Arthur, pues como tal empezó Finch a considerar su visita.

Por la mañana, cuando Sarah estaba a las órdenes de la señora Court, Arthur Leigh iba en busca de Eden y juntos pasaban horas recorriendo las floridas veredas, las colinas rebosantes de trigo maduro y los límites del páramo recubiertos de aulagas. Arthur no podía celebrar bastante los méritos de Eden. Le confesó que con nadie más había sentido nunca esa magnética complicidad. En cuanto a su inspiración poética, si hubiera nacido en otro país, ya habría encontrado la estimación que merecía y que aún no había recibido. Le preocupaba el porvenir de Eden y se mostró muy agradecido con Finch cuando este le aseguró que jamás dejaría sufrir a su hermano por falta de fondos. Pero Eden era hermano suyo, pensó, y no entendía por qué Arthur tenía que hablar de él con ese aire de apropiación. Empezó a compadecerse de sí mismo. Eden no lo necesitaba para nada. Arthur no lo necesitaba. Sarah ya no acudía a sus citas en el jardín. Se acostumbró a sentarse allí solo y a tener largas conversaciones con el joven Ralph, que le confesó que esperaba casarse algún día con la muchacha que salía de paseo con él. «Pero es la mayor de una familia muy numerosa —había dicho también— y tiene que ayudar todavía a su madre durante un tiempo. Y yo soy el más joven de una familia también numerosa y tengo que ayudar a mi madre hasta que algunos de mis hermanos mayores puedan hacerse cargo y llevarla a vivir con ellos».

Nicholas planeó una excursión a la que invitó a los tres jóvenes. No se trataba más que de volver a visitar un caserío del páramo que en otros tiempos le había gustado. Había que ir por un camino muy malo que no resultaría cómodo ni para Augusta ni para la señora Court. Lo cierto es que no quería que supiesen lo que se traía entre manos. Quería volver a ver el antiguo hogar de la mujer que había sido su esposa y de la que estaba divorciado. Se había enterado del fallecimiento de su hermano y de que todo el ajuar de la casa estaba en venta. Nick había pasado algunos de los días más felices de su vida en esa casa, cuando le hacía la corte a Millicent, y sentía una especie de deseo romántico de recorrer una vez más sus habitaciones. Más tarde confesó su propósito a sus acompañantes, con un aire medio cínico y, sin embargo, con la suficiente seriedad para inspirarles una compleja mezcla de compasión y de interés romántico en la visita.

El día iba alternando entre brillantes destellos de sol y nubes pasajeras. El camino discurría casi todo el tiempo por la arista

superior de las ondulantes colinas, desde donde se divisaba una amplia extensión de terreno en el que el dibujo verde y dorado de los campos quedaba moteado de vez en cuando por manchas redondeadas de arbolado. Las cimas de High Willhays y Yes Tor se alzaban con vívidos tonos violáceos en contraste con las nubes o con un pálido matiz azulado bajo los rayos del sol. La casa donde había vivido la familia Hume estaba en un punto bastante retirado de la periferia del páramo. Los helechos y las aulagas llegaban hasta los propios límites de su praderita y, por detrás de la casa, una pequeña pero ruidosa cascada se precipitaba por una garganta en miniatura.

La casa y todas sus dependencias estaban construidas con piedra gris, muy vieja, pero desnuda de hiedra y desprovista del amparo de los árboles, de forma que daba cierta impresión de abandono. Sus numerosas ventanas eran pequeñas y la puerta de acceso estaba hundida, de un modo un tanto inhospitalario, entre dos salientes de piedra.

Al bajar del coche y dirigirse a la casa, el sol se ocultó tras una nube. El viento que llegaba desde el páramo empezó a silbar por encima del rumor de la cascada. Arthur y Finch se quedaron decepcionados por el aspecto de la casa, no se imaginaban cómo pudo albergar jamás ninguna alegría. El propio Nicholas, en cuya mirada había brillado el fuego de una febril expectación, pareció llevarse un buen chasco. Llamó con el grueso aldabón de bronce. Abrió la puerta un hombre corpulento que estaba al cuidado de la casa. Los estaba esperando. Los condujo al desmantelado salón. Los parientes que aún vivían se habían llevado de allí todo lo que habían querido y, sobre las mesas, estaban agrupados los distintos objetos de plata o piezas artísticas a la venta. El papel de las paredes dejaba ver manchas de un color más intenso allí donde habían estado colgados los cuadros que ahora se habían retirado. Diferentes muebles que en otro tiempo se habían arrinconado en el desván habían vuelto a bajarse porque el encargado de la venta los consideraba de valor y ahora ocupaban amontonados las diversas estancias con el aire melancólico y desplazado de unos viejos amigos que hubieran dejado de verse durante más de la mitad de su existencia.

Solo hacía un mes que había muerto el último de los Hume y, sin embargo, en la casa se había acumulado tal cantidad de polvo que más bien parecía de las siete generaciones que la habían habitado. Mientras recorrían las habitaciones, una tras otra, parecía que de un momento a otro fuesen a tropezarse con alguna tétrica revelación del pasado de la casa y de la familia. Nicholas estaba cada vez más deprimido. En un cuartito, que parecía haber servido de estudio, encontró una fotografía enmarcada de un equipo de *cricket* de Oxford, con chaquetas de rayas, canotiers de paja y patillas recortadas. Llamó

a Finch y le señaló su propia imagen y la de su cuñado, el Hume que acababa de morir. El joven pensó que a su tío le gustaría conservar ese retrato y pagó por él tres chelines. Llevándolo bajo el brazo, lo siguió a través del comedor hasta llegar a la cocina. Dejaron a Leigh y a Sarah examinando un escritorio con adornos de latón. Una nueva intimidad parecía envolverlos.

La cocina era la estancia más grande de la casa. El techo bajo estaba surcado de enormes vigas, el suelo era de grandes losas desiguales de piedra y las ventanas encastradas en los gruesos muros daban a un patio empedrado de guijarros al que daban también la cuadra con el tejado a dos aguas, el granero y un redil. Una mesa alargada con un banco a cada lado ocupaba todo un extremo de la habitación. Del otro lado estaba el hogar y, en ángulo recto con él, un escaño de respaldo alto. Sobre la chimenea había un par de botas muy manchadas de barro, y sobre el escaño, una chaqueta de piel gastada y un sombrero. Estas prendas, que habían pertenecido al difunto, daban a la escena el toque final de desolación. Por primera vez en su vida, Nicholas oyó el chirriar de las puertas de la muerte.

Frente a la alacena de la vajilla, hablaban el agente de ventas y otros dos visitantes: un hombre y una mujer, que quedaban medio ocultos detrás del escaño.

De pronto, la mujer alzó la voz con vehemencia:

—¡Tengo que adquirir a toda costa esas preciosas botellas de cristal tallado, y también esos jarros! ¿Qué opina usted, cree que debería comprar el aparador entero?

Nicholas echó la cabeza hacia atrás, como pudiera hacerlo un viejo león al oír la voz del cazador. Se quedó escuchando y, a continuación, oyó lo que esperaba, la voz bien timbrada de su hermano Ernest. Ernest y la señorita Trent estaban allí, a la caza de antigüedades. Era demasiado espantoso. Se le hizo un nudo en la garganta solo de pensarlo. Ernest se habría enterado de la venta, habría avisado a la señorita Trent y los dos se habían precipitado allí en busca de gangas. Finch también los oyó y no tuvo más remedio que aprobar la sagacidad de ambos, en vista del interés que él mismo tenía invertido en el negocio de la señorita Trent.

Nicholas lo cogió del brazo y lo sacó de la habitación. En el pasillo, lo miró a los ojos y dejó escapar una especie de rugido. Se le habían acentuado las profundas arrugas del rostro.

—Voy arriba a esconderme. Procura que no te vean, pero si llegan a verte, no les digas que estoy aquí. Cuando esa mujer se haya marchado, ven a buscarme.

Subió la escalera, no sin esfuerzo, y al llegar arriba se quitó el sombrero y se enjugó la frente, coronada todavía por una poblada mata de pelo gris.

—De buena me he librado —murmuró—. No quiero encontrarme aquí con esa mujer y el casquivano de mi hermano por nada del mundo.

Escudriñó los distintos dormitorios, pero no le traían el menor recuerdo; solo sentía un profundo desagrado ante los espejos cubiertos de larvas de mosca y las camas atestadas con montañas de sábanas y almohadas. Los cajones de los escritorios estaban medio abiertos y dejaban asomar algunos papeles amarillentos.

Empezaba a tener una sensación de ahogo y deseó que llegase la hora de marcharse. De cada habitación salía soltando un suspiro y se preguntaba dónde estaría más a salvo de la señorita Trent. Pensó en refugiarse en el cuartito al que se llegaba bajando dos escalones y, si los oía venir, apoyarse contra la puerta con todo su peso y no dejarlos entrar. Descendió los dos escalones, abrió la puerta y la cerró sin hacer ruido después de entrar.

Una persiana descolorida cerraba a medias la ventana, amortiguando la luz que entraba en la habitación. Le sorprendió ver que no estaba solo allí, sino que había una mujer sentada delante del escritorio, examinando unos papeles que acababa de sacar.

Pensó en retirarse, pero ella alzó la vista y sus ojos se encontraron. Nicholas permaneció inmóvil, devolviéndole la mirada con la extraña sensación de haberlo hecho ya antes, de representar una escena ensayada de antemano. Aparte de eso, parecía que el cerebro hubiera dejado de funcionarle. Observó a la mujer, vio que iba bien vestida, que ya era algo mayor, de aspecto distinguido, pero no estaba seguro de que ni él ni ella existieran de verdad en el mundo que conocía.

El eco de su voz disipó esa especie de ensueño.

—Pero, Nicholas, ¡qué raro encontrarte aquí!

Sus palabras le llegaban como la brecha que se abría en una capa de hielo sobre una corriente de agua, liberando un torrente de recuerdos. Ya no había duda: se trataba de Millicent, la mujer de quien se había divorciado, y se dio cuenta de que estaban frente a frente, solos en una habitación de la casa de su difunto hermano. Experimentó esa dolorosa sensación de volver a la realidad después de la inconsciencia producida por un poderoso anestésico. Su voz sonaba remota, pero le retumbaba con un eco extraño en los oídos. Su cara le era extraña y, con todo, sus ojos le perforaban el corazón. Millicent se había levantado y fue hacia él.

—Creo que te he asustado. ¿No quieres sentarte? Estás muy pálido.

Ella también había palidecido y, pese a la serenidad de sus palabras, temblaba de emoción.

—No, no —repuso Nicholas—. Estoy bien. Aunque, en efecto, me has asustado. Ya estaba bastante deprimido al ver todo esto tan

cambiado, deshechas las habitaciones donde fuimos tan felices.

Se le crispó el gesto y la miró con expresión patética.

—Sí, ya lo sé. Yo también me estaba deprimiendo. No sabía que estuvieses en Inglaterra.

—Ernest y yo hemos venido a ver a Augusta. Nos acompaña uno de nuestros sobrinos. Está abajo con un amigo y una chica de la familia Court.

Millicent se frotaba la palma de las manos con la punta de un pañuelo perfumado. ¡Santo cielo, era el mismo perfume que había usado siempre! ¡Cuántos recuerdos le despertaba!

—¿Y Ernest, está aquí? —le preguntó.

—¡Ernest! —repitió él furioso—. No me hables de Ernest. Está abajo, en la cocina, con una mujer que se dedica al negocio de las antigüedades. Creo que están comprando cacharros para su tienda.

—Ojalá, me vendría muy bien el dinero.

—¿Has heredado tú la casa? —se interesó Nicholas, ya en un tono más tranquilo y con la seguridad de quien trata asuntos de carácter más íntimo.

Ella asintió.

—Tenía que haberla arreglado bien para venderla en condiciones, pero me faltó ánimo. Me he conformado con contratar los servicios de una agencia para que venda lo que pueda.

—Pues abajo hay un joven bastante rico. Tal vez pueda hacer que se lleve algo.

—Sería un detalle. —Y agregó con un atisbo de sonrisa—: Siempre has sido muy bueno, Nick.

—Nunca es tarde para recibir halagos —repuso Nicholas enarcando las cejas.

—Bueno, nunca te acusé de maldad alguna… ¡Salvo en los tribunales!

—Será lo único de lo que no me hayas acusado.

Millicent dejó escapar una risita.

—Cuando pienso en todo aquello, creo que nos comportamos como dos tontos.

—¿Qué quieres decir? ¿Crees que podríamos haber hecho las paces?

—Pues sí, la verdad.

Nicholas la miró con recelo. ¿Qué pretendía a esas alturas?

—No, no, no —dijo cortante—. No nos habríamos entendido jamás.

—Tal vez no —convino ella al fin con un suspiro.

—¿Te importa que abra la ventana? Esto está muy cargado.

—Por favor. Yo lo he intentado, pero la ventana no cedía. ¡Qué horror de habitación! Toda la casa es abrumadora. Henry vivió aquí, él solo, dos años enteros. Una mujer venía por horas a ocuparse de las tareas domésticas y por si necesitaba algo. Murió alcoholizado. No quiso recibirme.

Nicholas había dejado entrar el aire, que aspiraba a grandes bocanadas. La puerta abierta de un armario dejaba ver un montón de manzanas podridas en el suelo y los anaqueles llenos de botellas vacías. Se sentó y lo contempló con aire lúgubre.

—Mal asunto —dijo—. Manzanas y *whisky*, ¿eh? Vaya, vaya…

—Tenía que haber encargado que limpiasen todo esto, pero lo cierto es que no tuve fuerzas.

—¿Estás bien de salud ahora?

Nicholas recordó que siempre estaba quejándose de eso.

—Mejor de lo que solía —replicó ella con aire desafiante.

—Te conservas bien, aún eres una mujer muy guapa.

—Tú también sigues siendo guapo.

—¿Yo? Yo estoy hecho unos zorros.

—No digas tonterías.

—No es ninguna tontería.

—Siempre fuiste un hombre de aspecto distinguido y siempre lo serás.

—¿No me guardas resentimiento, Millicent?

Su exmujer alargó una mano y le rozó la punta de los dedos. Nicholas vio que los suyos eran blancos, algo ganchudos, de uñas largas y encorvadas. Igual que siempre. Nunca le habían gustado sus manos.

Se dio unos tironcitos al bigote. Tenía los nervios destrozados por esa súbita tensión despertada al son de una melodía medio olvidada.

—Ningún resentimiento —le aseguró Millicent—. Y me alegro de que nos hayamos encontrado… una última vez.

No había duda de que en su voz vibraba un eco sentimental.

—Es raro —continuó— que no volvieras a casarte.

—No me quedaron ganas.

—Supongo que ya sabrás que mi marido murió.

—Sí, qué lástima.

Le había inspirado simpatía el joven oficial irlandés por el que Millicent lo había abandonado y con el que se había casado enseguida tras el divorcio. Nicholas no había puesto obstáculos a su pleito. Millicent lo había apoyado en sólidas bases.

Finch subió corriendo las escaleras y entró en la habitación. Nicholas hizo las presentaciones.

—Millicent, mi sobrino. Finch, la señora O'Flynn, una vieja amiga.

Les costó trabajo encontrar a Arthur Leigh y a Sarah. Al fin, fue Finch quien los descubrió: ella sentada en un poyete junto a un portillo que daba a un campo donde pacía un rebaño de ovejas; Arthur, de pie con una de las manos de la joven entre las suyas y una expresión radiante que le iluminaba el rostro.

XI

ARTHUR, SARAH Y FINCH

Apenas tuvieron oportunidad para ello, Leigh se llevó a Finch al retiro del pequeño cobertizo donde se guardaban la apisonadora y la red de la cancha de tenis. El sol ya se había ocultado y caía el relente, pero el cielo todavía estaba iluminado con un suave color rosado. Un castaño sombreaba el cobertizo y el suelo estaba cubierto con los pétalos de sus flores pisoteados por todos los que andaban por allí.

Arthur se sentó sobre la apisonadora y miró a Finch con aire conciliador.

—Ahora que se han terminado las angustias y la incertidumbre y solo queda la parte bonita de la cuestión, me perdonarás, ¿no?

—¿Qué es lo que te tengo que perdonar? —preguntó Finch con voz agitada y nerviosa. Confiaba en que Arthur no se pusiera a hablarle de sus sentimientos ni a revelarle la desolación espiritual que había estado torturándolo todos esos días.

—Lo sabes muy bien. Desde que he llegado me he portado como un perfecto animal. Hablando con franqueza, no recuerdo haberme sentido tan huraño y egoísta nunca. Sobre todo respecto a ti, Finch, que tanto significas para mí.

—¿Más que Sarah?

Finch trataba de parecer despreocupado.

—Sí, más que Sarah —aseguró Arthur con toda seriedad—, en cierta manera. Porque tú eres mi amigo íntimo y ella es la mujer a quien adoro, y la intimidad y la adoración no tienen por qué estar fundidas en un solo sentimiento.

—Si es que apenas me he enterado de nada, ¿no me lo vas a contar? Desde luego, cuando la vi sentada sobre el poyete y a ti junto a ella con esa cara, entendí que la cosa era seria. Arthur, ¿vas a casarte con Sarah?

—Sí, casi ni me lo creo. Me he sentido como un hombre perdido en la selva, desesperado por encontrar una salida. A ratos creía volverme loco. Todo ha sido tan rápido, tan inesperado… —A pesar de haber recuperado el aplomo y la alegría, sus facciones aún delataban un

gesto de tristeza—. ¿Cómo podría hacértelo comprender? Tú nunca has pasado por estas tribulaciones.

Finch lo miró compadecido, pero con la impresión de sentirse al propio tiempo ofendido. Arthur se había presentado de repente en su vida, había cogido con sus propias manos los cabos de la tapicería que Finch había estado tejiendo pacientemente y, en medio de un torbellino de pasión, estaba cambiándole el dibujo. Finch estaba convencido de que esa era la primera vez que Arthur había tenido miedo de sus propios sentimientos. Había concebido la posibilidad de verse contrariado en un deseo. Arthur siempre había parecido un muchacho afortunado y feliz que jamás hubiera experimentado una contrariedad.

—Entiendo en parte lo que me cuentas, lo desgraciado que te habrás sentido, pero esa situación no podía durar. La cosa tenía que arreglarse por fuerza. ¿Cómo era posible que una chica dejase de amarte al sentirse amada por ti?

—Bueno, tú no conoces a Sarah. Cualquier hombre podría postrarse a sus pies y lanzar lamentos de amor que conmovieran a las estrellas y ella ni se inmutaría a no ser que lo amara también.

—Pero ella te ama. Debe de ser maravilloso eso de darse cuenta de tal realidad.

—Yo no puedo darme cuenta de tal realidad. Te aseguro que no tenía la menor intención de hablarle hoy de amor. Lo único que pretendía era preguntarle si podríamos vernos a solas alguna vez, decirle que me era imposible pensar que todo terminaría al regresar yo a Londres. Sarah estaba sentada en el poyete, con un gran arbusto de acebo por detrás, muy distante. Ya conoces la misteriosa expresión de la comisura de sus labios. Me estaba volviendo loco porque tenía la impresión de que, si ella pensaba en mí, lo haría como en un infeliz mortal cuyas esperanzas o desesperanzas nada le importaban. Le he dicho lo que me había propuesto sobre la posibilidad de volver a vernos. Me ha asegurado que viene a Inglaterra solo muy de tarde en tarde, que ahora hacía tres años desde su última visita. Le he dicho que, si me dejaba, iría a verla a Irlanda. Entonces se ha vuelto hacia mí, me ha mirado con una adorable sonrisa en los labios, pero no me ha contestado. Hay algo en esa sonrisa que me ha hecho perder la cabeza y he dejado desbordarse el torrente de mis sentimientos. A Sarah le habrá parecido una verdadera inundación. En último término, le he confesado que, si no aceptaba casarse conmigo, no respondía de mí. Y me ha contestado con total serenidad que sí, que se casaría conmigo. ¡Ay, qué voz la suya! ¿Has oído alguna vez una voz parecida, Finch?

—La tiene muy dulce, en verdad.

—¿Dulce? Si las estrellas hablaran, hablarían así. Y sus

movimientos… Parece un lirio sobre su tallo. Y esa habilidad que tiene de no mirarte a la cara y de volverse de repente y llegar al fondo de tu alma. Me recuerda al ángel que agitaba las aguas y removía en ellas toda la virtud que pudieran poseer. Eso es lo que me sucede. Ahora que sé que me ama, me parece haber cogido fuerzas para toda la vida.

—Me alegro muchísimo, Arthur.

—Ya lo sé. Y pensar que todo te lo debo a ti. ¿Qué cara pondrá la tía?

—Yo creo que le has caído en gracia.

—Bueno, pues con gracia o sin ella, no podrá detenernos. Nos vamos a casar enseguida.

La señora Court no puso objeciones. A decir verdad, parecía que le encantaba la idea de tener a Arthur como sobrino. Le confesó a Augusta que estaba convencida de que ella había sido la autora de ese noviazgo, merced a su tacto y comprensión de la idiosincrasia de los dos jóvenes. Augusta se ofendió por razón de sus planes con respecto a Sarah y Finch. Estaba convencida, en su fuero interno, de que la señora Court estaba poniendo al mal tiempo buena cara. Ya que tenía que perder una acompañante gratuita, sacaría todo el rédito que pudiese de la cuestión y confiaría en que Sarah, en su futura opulencia, no se olvidara de su bondadosa tía. Afectó un tono maternal al hablar con Leigh. Se preocupó de su palidez. Estaba haciendo una cura de aceite de hígado de bacalao y se empeñó en que Arthur la hiciera con ella. Leigh, que siempre estaba preocupándose de su salud, aceptó la idea. Después de cada comida, Ellen llevaba una bandejita con una botella del aceite y una cuchara sopera y lo ponía todo delante de la señora Court. Los demás comensales la observaban fascinados mientras medía la repugnante dosis. Volvían la cabeza cuando abría de par en par la boca de labios delgados y se la tragaba y con tétrica sonrisa volvían a mirarla cuando lamía la cuchara.

—Es cuestión de acostumbrarse. Una vez te acostumbras, todo marcha como la seda.

Cuando Leigh consintió en seguir el mismo tratamiento, la señora Court pidió que trajesen dos cucharas en vez de una. Ella misma medía la dosis y daba la vuelta a la mesa para ponerse al lado de Leigh y ofrecérsela. Arthur abría la boca y la señora Court le metía dentro la cuchara. Su expresión de heroico sufrimiento encantaba a Sarah, que lanzaba a Finch una de sus maliciosas miradas.

A los pocos días, la señora Court ya percibió un cambio en su aspecto.

—¡Qué guapo se está poniendo! —exclamó—. ¡Es mi lindo cachorrillo! Voy a llamarlo mi cachorrillo.

Se convino en que la señora Court y Augusta irían a Londres con

Sarah para comprarle el ajuar de novia. Arthur las acompañaría.

Cuando Nicholas y Finch se encontraron solos en Lyming Hall durante unos días, la situación les agradó más que otra cosa. A Nicholas le resultaba cada vez más difícil llevarse bien con Augusta. Estaba harto de la señora Court, de su afición al *whist* y a los acompañamientos musicales. De su costumbre de tomar el aceite de hígado de bacalao en público. Estaba harto de oírla celebrar las virtudes de Thomas Court y condenar los defectos de Dennis, pues él había tenido una marcada antipatía al primero y afecto al segundo. Además, tenía ganas de verse con Eden y Minny. Estaba resentido por el hecho de que, a causa de la señora Court, no podía hacer que Eden fuese a visitarlo allí.

En cuanto a Finch, desde la llegada de Arthur había vivido en una tensión perpetua. Ahora se relajaría y podría dejar pasar los días en indolente secuencia. Se levantaba temprano para ver salir el sol y contemplaba su faz, roja como una granada, cuando salía de entre la niebla del prado por encima de la torre de la iglesia y subía por el cielo azul. Pasaba casi todo el día bajo las caricias del sol, tostándose a conciencia hasta contemplar su ocaso entre la gloria de unas alas moribundas por detrás de las colinas. En las horas de más calor se tendía sobre el césped, a la sombra de la pared recubierta de hiedra, y leía o se contentaba con soñar. La imagen de Sarah entraba y salía de sus ensueños, tanto cuando estaba despierto como cuando dormía, y algunas veces parecía huir de él y otras hacerle señas para que la siguiera. Por las noches se imaginaba verla sentada en el banco del jardín con su chal rojo. Mientras habían estado juntos, él perdía la noción de su existencia apenas desaparecía su presencia física, pero ahora que se había marchado, casi no la olvidaba ni un momento. Se acordaba muy poco de Arthur, como no fuera para meditar cuánto lo quería Sarah en verdad. Llegó a concebir la idea de que la intensidad de la pasión de Arthur había despertado una respuesta en ella y se preguntaba si, de haberse incendiado él en un amor similar, ella habría respondido también. Pero estaba convencido de que no había chica que pudiese resistirse a Arthur si este se lo proponía. En cuanto a sí mismo, se imaginaba que sería muy difícil amarlo. Hasta en una relación así sería de lo más torpe.

En una ocasión siguió a Ralph Hart y a su novia por una vereda tortuosa, a través de un campo, de un portillo y de otro campo. Fueron todo el camino cogidos de la mano. Aquella noche los campaneros estaban ensayando el toque de las campanas y en todo el paseo no cesó su tañido y repiqueteo. El ambiente estaba cargado del aroma de las flores de los setos y de los boscajes salía el ulular de los búhos. Dominando todas las emanaciones, y extrañamente mezclado con el ulular de los búhos y el tañido de las campanas, se percibía el

olor del heno recién cortado.

Finch se sentía como si esa vida no hubiese de acabar jamás. Solo con Nick dentro de la casa. Solo con Ralph charlando en el jardín. Solo paseando por la noche al claro de luna. Repetidas veces volvió a experimentar la sensación de que aquella forma incorpórea abandonaba su pecho, privándolo de toda personalidad, pero otorgándole una extraña fortaleza. Parecía que dentro de su ser se descorría un cerrojo, se abrían las puertas de su personalidad y él se unificaba con el páramo y el viento que lo barría. Por primera vez se le ocurrió componer música para piano.

Nicholas le propuso que invitasen al guarda y a su esposa, como llamaba a Eden y a Minny, para pasar con ellos la tarde del domingo. Todas las chicas estarían fuera, excepto Ellen, y esta sabría callarse la boca.

—Aunque Augusta llegase a averiguar que han estado aquí, no creo que le importara gran cosa. Es cierto que lleva un flequillo a lo reina Alejandra, pero es anterior a la época victoriana. —Y mirando a Finch por debajo de sus pobladas cejas, agregó—: Quiero ver a Eden, quiero ver a Minny, me gusta verme rodeado de jóvenes.

«Vaya —pensó Finch—, ya vuelve a las andadas. Por suerte, el tío Ernest no está aquí. Le trastorna tanto oír al tío Nick remedando a la abuela». Pero admitió que sería muy divertido celebrar una pequeña reunión.

La pareja del pabellón llegó mejor arreglada de lo que Finch los había visto hasta entonces. La pobre Minny llevaba un trajecito de seda comprado en una tienda de saldos de verano en Londres. Eden mismo le había arreglado la melena. Desde luego no le faltaban los toques de colorete en las orejas.

—¡He aprendido el oficio de peluquero! —exclamó Eden—. ¿Qué os parece el pelo de Minny?

—Me gustan más sus orejas —dijo Nick pellizcándose una.

—¿Me deja que le llame tío Nick? —preguntó Minny cogiéndole una mano.

—Por supuesto. ¿De qué otra forma vas a llamarme?

La cena fue muy alegre. Eden juraba y perjuraba que era la primera comida decente que había tomado en mucho tiempo. Minny guisaba tan mal, afirmó, que se lo tenía que hacer casi todo él. Pero no era posible hacer enfadar a Minny. Como ocurría con el propio cálido mes de julio, al abrir la boca dejaba escapar una risa y un aliento tan perfumados como el trébol de los prados. Nicholas distribuyó con generosidad el mejor vino de Augusta.

Después de cenar, Nicholas y Eden se pusieron a hablar y Finch y Minny a escuchar. Luego hubo música y los que habían charlado se

dedicaron a escuchar.

Cuando regresaban al pabellón, Minny, asiendo a Eden muy fuerte del brazo, le dijo:

—¡Qué fascinante sería tener una casa así!

—Nunca la tendremos, chiquilla —replicó él—. Tú y tu poeta tendremos que cantar siempre a la puerta de los demás.

Al regresar los que habían ido a la ciudad de compras, todo fueron prisas y preparativos para la boda. Leigh no podía soportar la idea de un retraso. Las penas de su amor no toleraban la pérdida de unas cuantas semanas del verano antes de tener a Sarah por esposa. Su madre y su hermana estaban en la Columbia inglesa. Su madre había estado enferma y pasaría mucho tiempo antes de que pudiera emprender ningún viaje de importancia. Le habría gustado casarse en un juzgado, pero ni Augusta ni la señora Court iban a tolerar semejante proposición. La boda sería sencilla, escasos los invitados, pero debía hacerse en regla. Augusta pensaba que era un buen presagio para su felicidad que Renny y Alayne se hubieran casado allí mismo el año anterior. No asistirían a la boda más que las familias vecinas y algunos amigos que tenía Leigh en Londres.

Dado que la frialdad de Sarah se había fundido y transformado en amor al calor de la pasión de Arthur, Finch no se explicaba la agitación de su amigo. La semana pasada en Londres parecía haberlo fatigado mucho. De repente un día se sinceró con Finch.

—A veces me parece que Sarah se me va a escapar. No he vuelto a sentirme tan cerca de ella como en aquella primera tarde junto al poyete. Estoy asustado y nervioso. Después me enfado conmigo mismo. Es tan adorable y encantadora. Pero me desconcierta. Tengo la impresión de que, cuando sea mía por completo, será otra cosa. No nos hemos entendido con respecto a la luna de miel. Yo quería ir a Noruega, pero ella no. Ella quiere pasarla junto al mar, en algún sitio cerquita de aquí. No le gusta estar en sociedad. Cuando la llevé a visitar a algunos conocidos míos en Londres, apenas les dirigió la palabra.

—¿Te ha hablado de su infancia? —preguntó Finch.

—Solo me ha dicho que se quedó huérfana a los trece años y que la señora Court la acogió entonces. Que fue ella la que se ocupó de su educación y se la llevó como compañera de sus viajes. Me da la impresión de que Sarah no siente el menor agradecimiento por todo lo que ha hecho por ella, pero a mí me parece muy simpática.

Finch dudó si contarle cómo había muerto Dennis Court. Se lo impidió un extraño deseo de guardar para sí un secreto de Sarah. Si ella hubiera querido que Arthur conociera su extraña infancia, ya se lo habría contado. En todo caso, las conversaciones que habían tenido en

el jardín le pertenecían por completo, para olvidarlas o meditar sobre ellas como mejor le pareciese. Se alegró de saber que Sarah no le había dicho nada a Arthur.

—Estoy de acuerdo con ella. Para mí no habría nada mejor para la luna de miel que una casita en la costa. Renny y Alayne alquilaron una en Cornualles durante un mes y quedaron contentísimos. ¡Cuántas veces me ha hablado de los ratos que había pasado charlando con los pescadores!

—Bueno, no me negarás que es algo raro llevarse un recuerdo así de una luna de miel.

—Bah, sin duda no sería eso lo único. Pero Renny es así. Y Alayne, por su parte, iba visitando todas las viejas iglesias de la comarca y coleccionando muestras de trabajos en latón. Tiene una colección completa en Jalna. Pero a Renny eso le habría aburrido sobremanera.

—¿No podríamos nosotros alquilar la misma casita?

—Me parece que es un poco tarde. Ellos la contrataron en junio, antes de la desbandada.

—Pues me gusta esa idea de la casita. Tendré que comentárselo a Sarah.

Finch pensó que Arthur, al casarse con Sarah, se ataba a una empresa que le dejaría menos tiempo que antes para el autoanálisis.

Alquilaron un automóvil, pues Augusta no se permitía el lujo de tener uno, y se trasladaron a Cornualles. Fueron a todas las agencias de arrendamiento y se llevaron decepción tras decepción. Todas las casas aceptables estaban ya alquiladas desde hacía meses. Faltaban pocos días para la boda y Leigh estaba desesperado cuando una agencia de Polmouth le informó sobre la disponibilidad de una casa, propiedad de un colono cornuallés acomodado y retirado. Era una casa muy hermosa, le dijeron. Muy superior a lo que se solía alquilar. Los dos jóvenes salieron disparados en el coche para inspeccionarla.

Era una casona en las afueras de la ciudad, rodeada de su jardincito. Edificio rectangular y feo, con persianas blancas y cortinas que relucían detrás de los pulidos cristales. No se veía ni una hoja caída en el atildado jardín ni una mota de polvo en el interior de la casa. Los llevaron al comedor, donde celebraron una minuciosa entrevista con el dueño de la casa, sentados en sillas de caoba tapizadas con felpa roja. El propietario, hombre enjuto y ojos pequeños con una picaresca mirada, estaba sentado al otro lado de la mesa, golpeándola sin cesar con las gafas mientras discutían el precio del alquiler. Su rechoncha esposa, de mirada ávida, estaba sentada en silencio, con las manos juntas, en gesto de sumisión. Finch descubrió bien pronto que sus probabilidades de ir a visitar a una hija casada en Escocia dependían de la posibilidad de alquilar la casa. Pero había

algo en la actitud del cornuallés que despertó en Leigh un cierto rechazo. A Finch le sorprendió oírle regatear el precio. Se sucedieron algunos momentos de penoso silencio en el curso de la discusión, solo turbados por el repiqueteo de las lentes del dueño, en los que la cara de Leigh mostraba una impasibilidad pétrea. Cuando por fin se arreglaron y el alquiler había quedado reducido a veintidós chelines y seis peniques por semana, Finch y la mujer estaban agotados.

De repente, Leigh y el cornuallés se hicieron grandes amigos. «Ya sé por qué todos los hombres de la familia de Arthur han hecho tanto dinero», pensó Finch. Con todo, su amigo era un hombre muy espléndido. Finch y la esposa se sonrieron con un suspiro de alivio. Se hizo una última inspección de la casa y del jardín. Leigh se enteró de que en el alquiler no estaba incluido el consumo de las manzanas que colgaban de los árboles apoyados en el muro, aunque sí el de aquellas que pudiesen caer arrancadas por el viento. En cambio, las judías verdes sí. El propietario estaba en extremo satisfecho al incluir en el precio eso de las judías. Fue corriendo a la cocina y trajo un cuchillo para demostrar la forma más eficaz de prepararlas para cocerlas. Leigh, que con toda probabilidad no habría visto una judía cruda en su vida, miraba muy atento mientras le quitaban las hebras con todo cuidado. La mujer les hizo ver con cuánto mimo había que manejar la aspiradora eléctrica y prometió contratar una cocinera y una doncella competentes.

Una vez dentro del coche, Leigh se echó hacia atrás con gesto de consternación.

—Y pensar que voy a traer a mi adorable Sarah a esta tumba. Parece demasiado malo para ser verdad. ¿No has visto la atroz blancura de los dormitorios? ¿Por qué me has dejado hacerlo?

—Yo no creo que esté tan mal —dijo Finch para consolarlo—. Al fin y al cabo, la casa no es más que un refugio. Mira allí y te convencerás de cuán poco importa la casa. —Señaló el mar, que se extendía hasta el horizonte azulado avanzando con una serie innumerable de olas coronadas de blanca espuma, y añadió con una sonrisa irónica—: A fe mía que vale la pena preocuparse de las cortinas de encaje y de los cuadros de las paredes.

Arthur miró y su cara se serenó.

—Es magnífico, la verdad. Si al menos tú pudieras estar con nosotros para disfrutarlo… —Volvió a Finch su anhelante mirada con gesto imperioso—. No hay ningún motivo para que no puedas venir. —Le golpeó la pierna con el pie—. Tienes que venir. Has de venir. Piensa en esa cantidad de dormitorios blancos. No me lo niegues, Finch. No puedes hacerte cargo de lo mucho que te necesito.

—Bueno —repuso Finch—, es la proposición más extraña que he oído en mi vida eso de querer llevarte a tu padrino de boda durante la

luna de miel. ¿No comprendes que Sarah no va a consentirlo? Le resultaría de lo más violento. Las chicas ya tienen bastante con el marido durante la luna de miel para tener que cargar además con un padrino.

—¡Tonterías! A Sarah le gustaría mucho que vinieses. Le caes muy bien, me lo ha dicho. Y no se trata solo de que nos gustaría que vinieses. Hay algo más que me cuesta mucho explicar. Finch, amigo mío, necesito tu apoyo. Podrás creer que mi amor hacia Sarah se ha interpuesto entre nosotros, pero estás equivocado. Pienso en ti como nunca y quiero que estés junto a mí durante estas semanas. Quiero que mis dos grandes afectos se fundan en un armónico conjunto. Quiero que nuestras mutuas relaciones brillen con la claridad de una estrella de tres puntas, ¿no lo entiendes?

Cogió nervioso una de las manos de Finch entre las suyas.

—Pero ¿no sería mejor que empezásemos más tarde? —preguntó Finch. Todo su ser parecía derretirse en una sustancia incorpórea al calor de las palabras de Arthur y al contacto de su persona, pero seguía dudando sobre la conveniencia de acompañarlos durante la luna de miel.

—No, no podemos esperar —contestó Arthur con fiereza—. Ya ha empezado. Este es el momento propicio. Compenétrate con él, haz que se convierta en una parte integrante de nuestro ser. ¿Lo entiendes?

Finch estaba aturdido por completo, pero por fin aceptó.

—De todos modos, supongo que no querréis que os acompañe durante los primeros días.

—Por supuesto que sí.

Arthur se encasquetó el sombrero y se sumió en un caviloso silencio.

El día de la boda amaneció con lluvia. Todo resultaba tibio y húmedo al tacto. El aire pensativo parecía retener el son de las campanas que tocaban a boda, como doliéndose de desprenderse de él. Las campanas tañían, repiqueteaban, sonaban a través del ruido de la lluvia y expiraban luego entre las nieblas del páramo. Arthur estaba encantado con la idea de tener que repartir dinero a los campaneros después de la ceremonia.

La señora Court impacientó a Augusta con su constante taconeo durante todo el servicio. Augusta derramó una o dos lágrimas llenas de dignidad, ya que no había nadie más para hacerlo. Lo mismo había hecho por Renny y Alayne.

Aquella parte de la iglesia que no llenaban los invitados estaba atestada de campesinos y labriegos curiosos. Todos estuvieron conformes en que el novio era un hombre muy joven y guapo y en que la novia se mostraba altiva y desdeñosa. Juzgaron que el padrino era

un joven de aspecto bondadoso, pero triste. Un viejo individuo de la familia Court, sordo como una tapia y con un apetito mayor aún que el de Finch, vino desde Irlanda para acompañar a la novia al altar. Era obvio que la confundía con alguna otra resobrina, pues siempre la llamaba Bridget.

En un primer momento, tanto Augusta como la señora Court consideraron muy desatinada la idea de llevarse a un tercero a la luna de miel. Con todo, Arthur las persuadió de que, al contrario, era la cosa más acertada. Sarah estaba conforme. La idea de una casita junto a la costa le encantaba, pues la casa de su tía estaba en el interior y ella tenía ansias de mar.

Cuando, con todo lo que debían llevarse consigo, estuvieron instalados en el coche de alquiler y habían llegado a la carretera asfaltada que llevaba a Polmouth, la lluvia, que primero había estado cayendo con moderación desde un cielo de nubes pálidas y movedizas, empezó a caer a cántaros, rebotando sobre el pavimento en enormes gotas plateadas. Los setos chorreantes parecían haberse acercado al camino, rebosando verdor y moteados por una profusa abundancia de flores.

Finch estaba sentado junto al chófer, cuidando del violín de Sarah. La caja se le pegaba a las manos y le parecía que el instrumento encerrado ahí dentro era un ser animado, agitado por la marea de la vida que lo circundaba. Lo agarraba muy fuerte, mirando con fijeza a través de los vidrios chorreantes de las ventanillas.

«Sarah no puede tocar sin mí —había afirmado la señora Court—. No sé de qué le va a servir llevarse el violín».

«Sarah tiene que aprender a tocar con Finch para complacerme», había replicado Arthur.

Sarah había consentido en llevarlo, pero dudaba de que se le ocurriese tocar al tener el mar delante.

Cuando llegaron a Polmouth, estaba diluviando. Cuando pararon ante las puertas de Penholme, divisaron la casa a través de una cortina cerrada de lluvia. La carrera desde el coche al porche de la casa fue una fuga por debajo de una ola. Las doncellas iban de un lado a otro con los equipajes. Leigh se alegró de no haberle dicho a nadie de la casa que era un viaje de recién casados.

Al sentarse ante la enorme mesa de caoba, mientras tomaban el té, sus ojos erraron trastornados por la habitación.

—¡No la trago! —repetía a cada momento—. No puedo tragarla.

—No mires tanto a tu alrededor —le recomendó Finch—. Concéntrate en Sarah.

—¡Pero qué marco más indigno de ella! No puedo ni quiero tragarlo.

—¿Y qué vas a hacer?

—Sacar la mitad de las cosas de esta habitación. Ya verás. Aguarda a que haya acabado este ridículo pastel de azafrán.

Consultada la opinión de Sarah, a esta le pareció que la habitación estaba muy bien.

Al acabar el té, y una vez se hubieron alejado las criadas, Arthur cogió del brazo a los otros dos y juntos recorrieron la sala, el comedor y el cuarto de estar. Cada uno de ellos, afirmó, conculcaba más que el anterior las leyes de la naturaleza y el arte. Las paredes de todas las habitaciones, incluso las del recibidor, estaban cargadas de pinturas al óleo firmadas por un tal Stephen Gandy y con marcos dorados. Todas reproducían escenas cornuallesas. Vacas cornuallesas que asomaban desprovistas de patas por encima de enmarañados prados. Olas cornuallesas rompiendo contra acantilados cornualleses. Unos perdigueros enormes de cola tiesa miraban hacia lo alto, contemplando un pájaro que caía. Ovejas perdidas entre celliscas. Naufragios. Todo. Todo era cornuallés.

—¡Ay, Stephen Gandy! —gritó Arthur—. Si pudiera cogerte del cuello, mañana amanecería sobre un cornuallés menos.

Sarah dijo que los cuadros le gustaban.

—Mi vida —afirmó Arthur cogiéndole una mano—, si te gustan, es porque los ves tras la dorada niebla del amor que me tienes, ¿no crees?

La miraba de un modo que Finch juzgó muy raro. Le brillaban los ojos. Su boca acusaba señales de fatiga, como si su sonrisa fuese forzada. Parecía asustado.

Qué horror, pensaba Finch, ¿por qué estoy aquí?

—Paso por los cuadros —se conformó Arthur al final—, pero no paso ni por las alfombrillas ni por los tapetes.

Diseminados por el suelo y delante de las puertas contaron hasta trece alfombrillas, y nueve tapetes en los respaldos de las sillas. Finch y Arthur se los llevaron a brazadas a un cuarto de arriba. También transportaron allí innumerables adornos de cristal y porcelana de tortuosas formas. Todos los muebles tenían que cambiarse de sitio. Arthur encontró una mesa vieja y unas sillas que le gustaron y los sacó de su escondrijo. Cubrió la deslumbrante luz de las bombillas eléctricas con echarpes de Sarah de distintos colores. Le trastornaban tres monumentales aspidistras plantadas en macetas, hasta que por fin Finch se ofreció a tenerlas en su propio dormitorio.

—¿Seguro que no te importa? ¿No te quitarán el sueño?

—¡Diablos! —protestó Finch—. ¿Por quién me has tomado?

—Si yo las tuviera en mi dormitorio, ¿sabes lo que ocurriría? Pues que por la mañana estarían más lozanas aún, más verdes todavía, más

fúnebres, pero yo estaría muerto.

—Ya lo sé —replicó su amigo con solemnidad—. Pero tú eres demasiado sensible y yo no.

—Oye la lluvia, ¿no crees que es de mal agüero?

—En modo alguno.

—¿Crees que Sarah me quiere de verdad?

—No tengo la menor duda de ello.

—Finch, ¿quieres tocarnos algo esta noche?

—Lo que me pidas.

Se sentaron los tres a fumar alrededor del hogar de ladrillos rojos y verdes. Ardía un fuego magnífico. Un relojito alemán taraceado dio la hora.

—Ahora elevaré al cielo mi oración cornuallesa —declaró Arthur —. ¡De fantasmas, demonios y Gandys de larga cola, libéranos, oh, Señor!

XII

A ORILLAS DEL MAR

Por fin hacían su primera excursión por la playa. Después de tres días de viento y lluvia, el sol brilló cálido y pudo presentirse un periodo de tranquilo tiempo estival. Las alas de las gaviotas relucían entre un mar y un cielo del mismo azul intenso. Toda la vida de Polmouth, que, empapada y desalentada, se había refugiado al abrigo de sus tejados pizarrosos, se solazaba ahora jubilosa. Los jugadores de golf pululaban en el campo, alzando sus brazos desnudos. En las dunas, las ovejas de rostro negro exponían la humedad de su lana a la caricia del sol. En los zaguanes de las casas de huéspedes se veían grandes hileras de trajes de baño puestos a secar. Los más diligentes se levantaban al alba y, con la toalla al hombro, se iban a la playa. No paraban de llegar bañistas en todo el día. En las horas de más calor, la multitud de figuras de colores chillones relucía como flores del trópico sobre la resaca. Jóvenes y muchachas atléticos se lanzaban sobre los flotadores pintados y, medio cubiertos por la espuma de las rompientes, se dejaban llevar hasta la reluciente arena. Se despreocupaban del cambio de las corrientes y no atendían en absoluto a las recomendaciones del guardacostas que, por medio de un megáfono, daba instrucciones. Cuando se enjugaba la boca, después de cada sonoro aviso, se repetía a sí mismo, gruñendo y con su voz natural: «Que se ahoguen. Bien les estará. ¿Quién se creen que soy, una niñera? La próxima vez dejaré que se ahoguen, que no lo duden». Chiquillos bronceados, medio desnudos, trotaban de acá para allá llevando cubitos de lata y palas. Señoras mayores con sus ridículos colgados de la muñeca caminaban con cautela sobre la espuma de la orilla, levantándose la falda, que dejaba a la vista unas piernas blancas regordetas, y vigilando a lo lejos sus medias negras y sus zapatos colgados de alguna roca cubierta de conchas. En los rincones arenosos formados entre las paredes del acantilado, se reunían grupitos de gente que tomaban el sol o leían novelas en cuyas páginas la deslumbrante luz caía de lleno.

En lo alto del acantilado, muy por encima de esas escenas, Finch y

Arthur llevaban un par de cestas para hacer su primer pícnic en la costa. Siguiéndolos de lejos, de forma que a cada momento tenían que pararse para que los alcanzara, iba Sarah. La joven se deslizaba sobre la suave hierba, con las manos libres, deteniéndose a cada momento al borde mismo del acantilado para mirar abajo.

—¡Ten cuidado, Sarah! —gritaba Leigh sin cesar, asustadísimo—. ¿No ves lo peligroso que es ese sitio? Si dieras un resbalón, te caerías sin remedio por el precipicio.

Durante unos minutos ella prestaba algo más de atención y, al poco rato, volvía a revolotear como un pájaro marino sobre el borde del acantilado. Hablaba muy poco, pero una vez señaló al otro lado del mar y dijo: «Más allá está Irlanda».

Los jóvenes se sentían tan rebosantes de vida que les habría gustado echarse a correr arriba y abajo por la empinada vertiente de las dunas. Pero había que preocuparse por Sarah, cuidar de ella. Con toda su morbosa curiosidad sobre ella, Finch no pudo atisbar el menor cambio en su actitud, ni con respecto a él ni con respecto a Arthur, desde su matrimonio. Hablaba con el mismo tono reposado, casi inaudible. Escuchaba lo que ellos decían y las carcajadas que soltaban en el más absoluto silencio. Alguna vez le pareció que le dirigía miradas cómplices. A veces Arthur mostraba un inquieto deseo de comprenderla y, en cambio, otras parecía fingir que se olvidaba de su presencia y disfrutar solo con la compañía de Finch. Su actitud hacia ella era a un tiempo protectora y doliente a causa de su incapacidad de aproximarse a ella.

Lo que más parecía complacerla, igual que antes de casarse, era la soledad. Finch no podía evitar que se le viniesen a la cabeza aquellos motes de «ratón» y «topo» que le había puesto la señora Court. Con el paso de los días, no obstante, llegó a tener sus momentos de júbilo, aunque no se exteriorizaba en risas ni gestos, sino por un cambio de expresión. Desaparecía ese aspecto distante y adquiría en cambio el de un goce desmedido bajo las caricias del viento y del mar.

Aunque siempre eran ellos los que tenían que esperarla mientras Sarah se deslizaba por la suave ondulación de las dunas, era ella quien los apremiaba a seguir siempre un poco más, pues le parecía que en la siguiente colina o en aquel punto más distante había de encontrarse el mirador perfecto, el sitio más adecuado para el descanso. Por fin, al llegar a la colina más elevada, a la que más se adentraba en el mar, se detuvo, cogió el chal rojo de las manos de Arthur, lo extendió sobre la hierba y se sentó sobre él. Arthur y Finch soltaron las cestas y se tumbaron todo lo largos que eran. No se veían bañistas, tan solo, abajo, un hombre que conducía un tiro de caballos por un saliente pedregoso, formado por el mismo mar, hasta un lugar donde podía cargar el carro de piedras para la construcción. El ruido de los cascos

de los caballos y el fragor de las piedras que rodaban sobre las rocas se destacaba con claridad sobre el lánguido rumor del mar estival.

Finch se quedó quieto, escuchando. Sentía la magnética atracción del oscuro acantilado, las vibraciones del mar a través de la interminable congregación de rocas y tierra y corrientes subterráneas que lo constituían. Observó a las gaviotas, que parecían lirios llevados por el viento en lo alto del cielo. Estaba seguro de percibir los latidos del corazón de sus dos acompañantes. Sentía su proximidad como la de la marea que avanzaba. Se acordó de lo que Arthur había dicho sobre que el afecto entre ellos debía ser claro y transparente, una estrella de tres puntas. Habría querido alejar de su mente la imagen de Sarah.

Al cabo de un rato, Arthur empezó a sacar cosas de la cesta. Tenía ganas de ver lo que les había preparado la cocinera. Sacó el plato de sándwiches, los tomates, los bizcochos, la caja de frambuesas, el cuenco de nata de Cornualles. Finch había llevado unas botellas de cerveza de Somerset.

—¡Que me condenen si hemos traído el abridor! —exclamó Arthur de repente—. ¿Cómo vamos a bebérnoslas?

—Les romperé el cuello —sugirió Finch en tono jovial.

Se dirigió al borde del acantilado con una botella en la mano y miró hacia abajo. El oscuro plano de pizarras esquistosas desaparecía en la negrura de una caverna celosamente guardada por dentadas puntas de roca. Se preguntó a qué se asemejaría el despeñarse por encima de la arista del acantilado, terminar con todo, descubrirlo todo en un breve instante. Se vio hundiéndose, no sumergiéndose, en el transparente verdor de las olas que avanzaban. Bueno, pero habría que hacerlo con la marea alta para no tropezar con uno de esos salientes negros.

Oyó la voz de Arthur que lo llamaba.

—¿Qué pasa, Finch? ¿No eres capaz de encontrar una roca donde romperlo?

Finch golpeó el cuello de la botella contra uno de aquellos salientes. Un torbellino de pájaros se alzó desde la pared del acantilado. La espuma de la cerveza se le desbordó sobre las manos y le salpicó la cara. Volvió donde estaban los otros, riéndose. Los copos de espuma daban a esa risa un aspecto ridículo. Arthur se carcajeaba con estrépito, pero Sarah se limitó a señalar:

—Te has cortado la muñeca.

Cogió su pañuelo y se lo puso sobre la herida.

—¡Vaya, cuánto lo siento! —se lamentó Leigh, que llenó tres vasos de cerveza.

—No es nada —murmuró Finch.

Estaba muy quieto, presa de una extraña agitación interior, mientras Sarah le ataba el pañuelo.

—Es demasiado pequeño. Mira, la sangre se sale por encima.

—No me pidas que mire —dijo Leigh enseguida—. Me marea la vista de la sangre.

—A mí no —repuso su mujer—. A mí me gusta.

—¡Sarah! —Leigh la miró escandalizado—. Sarah, no sabes lo que dices, chica.

—Sí que lo sé. Me remueve algo por dentro.

—¿Y qué es ese algo?

—Algo muy primitivo, fiero y perverso.

—Retira la mano y aléjate de ella, Finch —bromeó Arthur con una risa forzada—. Es peligrosa.

—Finch me entiende —dijo Sarah apartando la mano.

—¿De veras, Finch?

—Me parece que sí.

—Explícamelo. A mí esta chica me da miedo.

—No puedo explicarlo.

—¿Por qué?

—Porque no es más que una sensación.

—Bueno, ya os lo explico yo. Los dos sois de la familia Court y tenéis los mismos antepasados sanguinarios en vuestro árbol genealógico.

Abajo, el hombre ya había cargado el carro de piedras. Los caballos avanzaban con esfuerzo por el saliente. A veces tenían que meterse en el agua y coceaban y tiraban con todas sus fuerzas. Los costados jadeantes de los animales estaban cubiertos de espuma. El carretero, chasqueando el látigo, andaba a trompicones junto a ellos. Uno de los caballos tropezó, cayó, se levantó de nuevo. En un último y desesperado esfuerzo, sacaron la carga de las piedras y la grava, triunfantes, y se detuvieron por fin al llegar al consuelo de la hierba. Durante unos momentos, descansaron: los caballos, dejando caer las fatigadas cabezas; el hombre, frotándose un hombro distendido.

Los tres que estaban en lo alto del acantilado se quedaron un rato observando en silencio la escena que se desarrollaba abajo. Delicadas espirales de humo flotaban sobre su cabeza. Los trajes blancos de los dos jóvenes y el chal rojo sobre el que estaba sentada Sarah eran perfectamente visibles para el carretero cuando alzó la vista en su dirección. La marea avanzaba murmurando en una larga línea rizada, de una forma apenas perceptible si no mirabas desde otro punto de la costa.

—¡Qué lástima que no tengamos trajes de baño! —se lamentó Arthur—. Tendremos que comprárnoslos en la ciudad.

A partir de entonces, casi todos los días fueron a bañarse. Los brazos y las piernas de Arthur y Finch adquirieron un bonito bronceado, un tinte más oscuro los de Sarah. Sarah se compró un gorro de baño negro que se le ajustaba a la cara y la hacía parecer una exótica flor pálida asomando de su oscuro cáliz.

Casi tenían que llevarla a cuestas por los escalones tallados en la piedra. Ella se abandonaba en sus brazos como una niña, sin dar al parecer la menor importancia a la dificultad de tal descenso. Le dejaban la gruta como habitación mientras ellos se desnudaban en una grieta de las rocas. Luego había que ayudarla a pasar sobre las afiladas piedras que sobresalían de la arena. A veces, Finch le miraba de reojo las piernas y no entendía que no pudiera utilizarlas mejor. Eran delgadas, pero bien formadas. Cuando ya estaba a salvo sobre la arena, que brillaba como raso pardo mojado, se deslizaba con su paso habitual hacia las rompientes. El mar parecía muy lejano, centelleando a la luz del sol, zarandeando su espuma, arrullándose con su propia canción. Las huellas de los tres iban rellenándose poco a poco de agua. De repente se hallaban en el mar. Se cogían de las manos y bailaban desenfrenados. Se daban un chapuzón y casi se cegaban en medio del arrullo translúcido de las olas. Sarah se caía y ellos la cogían, la levantaban con los brazos mojados y creían que iba a gritar, temerosa y extasiada a la vez, pero ella se abandonaba como lo había hecho cuando la bajaban por los escalones del acantilado. Por fin la dejaban y se lanzaban mar adentro, haciendo frente a las olas. Al quedarse sola, Sarah se echaba en la misma línea de las rompientes, dejando que la lamieran en su incesante vaivén.

En los días más tranquilos, procuraban enseñarla a nadar. Ella hacía, obediente, todos los movimientos que le indicaban, pero en el momento en que la soltaban se hundía sin remedio.

—Es inútil que te esfuerces más, chica —le dijo Arthur—. Nunca aprenderás a nadar.

—Si encontrara un sitio a propósito —contestó ella—, creo que sí aprendería.

Un día que se alejaron nadando algo más que de costumbre, al regresar no la encontraron en la playa.

—¡Santo cielo! —exclamó Leigh, que se puso lívido—. ¡Se habrá ahogado!

Aterrorizados, empezaron a correr de un lado a otro por la playa, llamándola a gritos.

—¡Sarah! ¡Sarah!

Por fin les pareció oír una débil respuesta. Corrieron hacia el punto de la playa de donde había venido la voz. La encontraron en un tranquilo remanso, caldeado por el sol, nadando con gran aplomo.

—Ya sabía yo que podría hacerlo cuando me dejarais estar.

¡Topo! ¡Ratón! ¡Pez repugnante! ¡Taimado cangrejo! La acribillaron con todos los calificativos y motes que se les ocurrieron.

Los dos chicos se echaron sobre las rocas calientes para secarse.

—Yo no puedo echarme sobre el suelo desnudo —objetó Sarah.

—¡Pero, chica! —le dijo Arthur—. Si esa piedra está ardiendo, es imposible que cojas frío.

—Prefiero poner el chal.

—Voy a buscarlo —se ofreció Finch.

Subió a lo alto de la colina y cogió el chal. Se quedó inmóvil un momento, con la prenda en las manos, y luego hundió la cara en su aroma y lo besó con fervor.

—Te lo agradezco mucho —dijo Sarah cuando Finch lo hubo extendido con todo cuidado sobre una roca. Y Finch comprendió, por la fugaz malicia de su sonrisa, que Sarah lo había visto en lo alto del acantilado.

Cuando hacía demasiado frío para bañarse, encendían un fuego con maderas de deriva y ponían a hervir el agua para el té. Solo en esa ocasión Sarah pretendía ayudar en algo. Se ponía de pie, resguardando las llamas del viento con el chal hasta que la leña empezaba a dar chasquidos y las llamas lamían la tetera. Se sentaban a fumar y Arthur charlaba despreocupado, contemplando la puesta de sol en el mar y los grupos de nubes que, como bandadas de mariposas, planeaban por encima.

Durante los días de más calor, su alegría se veía rebajada por una taciturnidad que solía degenerar en melancolía y se sentaban en silencio, invadidos por una extraña turbación sin saber por qué.

A finales de mes se vieron cogidos en un chubasco repentino. Era domingo y todo el mundo había salido de casa. A fin de huir del gentío, se dirigieron a un punto más lejano que todos los que habían recorrido hasta entonces. Se sentaron en lo alto de un acantilado a disfrutar de aquella nueva perspectiva que les revelaba un promontorio tras otro extendiéndose sin fin hacia el norte. Grandes nubes se balanceaban, semejantes a doradas ciudades glorificadas por el resplandor del sol, y luego se disgregaban y se disolvían ante sus ojos, mostrándoles el firmamento como una ininterrumpida bóveda azul.

El sol se ocultó, similar a una enorme esfera roja cuyo color quedaba reflejado de mil formas distintas por las nubes y jirones de niebla, por las anchas y lentas olas, por los rápidos rizos del agua que lamía la arena, por los propios rizos de la arena, por los charquitos que dejaba la resaca, por la superficie irregular de los acantilados, por la lisura redondeada de los cantos, por los delicados huecos de las

conchas, por las alas de los pájaros, por la lana de las ovejas, por los rostros de los chicos y la chica que estaban en lo alto del acantilado. En el mismo momento en que el borde inferior del sol se puso en contacto con el horizonte, transformó el mundo en un tapiz bordado que le servía de lecho.

La tormenta, acompañada de una lluvia torrencial, los sorprendió antes de que tuvieran tiempo más que para recoger sus cosas y correr al abrigo de un seto. Se apretujaban unos contra otros mientras la furia del viento y de la lluvia se les echaba encima. Junto a ellos se refugió un rebaño de ovejas.

Cuando pasó lo peor, emprendieron el camino de regreso, mojados, pero animados por la aventura. El crepúsculo adquiría reflejos plateados con la lluvia. Grandes macizos de aulagas aparecían como negros charcos ante ellos. Descendieron corriendo las prolongadas pendientes de las dunas, llevando a Sarah entre los dos. Sarah corría como andaba, con un peculiar movimiento deslizante que mantenía inmóvil la parte superior de su cuerpo. Finch se imaginó que iba montada sobre ruedas y que él y Arthur estaban tirando de ella. Tenía los nervios alterados.

Al pasar por una brecha de un elevado seto, descubrieron las siluetas de una pareja que se había cobijado allí. No parecían tener prisa por salir de aquel refugio. La mujer estaba echada, con la cabeza mirando al seto, y el hombre, alzado sobre un codo, estaba a su lado. No se dieron cuenta para nada del paso de los otros tres. Finch atisbó la forma de los hombros del hombre y el movimiento de su brazo al acariciar a la mujer. Eran sombras proyectadas contra un muro de lluvia. La mujer se incorporó. La cabeza del hombre, inclinada sobre ella, estaba tan inmóvil como la de la gárgola de una iglesia. Ella volvió a echarse hacia atrás.

—¡Caray, vaya noche! —dijo Leigh cuando pasaron de largo—. ¡Qué noche y qué lugar para hacerse carantoñas!

—He visto noches y lugares peores —repuso Sarah.

—Me gustaría estar ya en Penholme, todavía estamos muy lejos.

—¿Tienes mi chal, Arthur?

—Sí, sano y salvo.

Hablaba a trompicones, con una repentina irritación hacia ella, hacia Finch, hacia la lluvia que le corría por el cuello.

Finch pensaba en los dos que estaban junto al seto. Debían de estar calados hasta los huesos, pero no se daban cuenta de esa molestia. Yacían allí, heridos, devorados por el fuego del amor. La cabeza del hombre estaba quieta, como la de una serpiente alzada para herir. La mujer yacía boca arriba como una serpiente bañándose al sol. Eran naturales, sin más. No era natural que todo el mundo corriese a

meterse dentro de casa para huir de la lluvia y del viento del mar. A él le gustaba la sensación del agua que le mojaba las mejillas, que le pegaba el cabello a las sienes. Por primera vez en su vida se sintió feliz en su virilidad, notó la fiera salvaje y poderosa dentro de su ser. Se sentía feliz al contacto de los dedos de Sarah, cogidos entre los suyos, pidiéndole apoyo y guía, con el impacto de sus cuerpos cuando tuvieron que atravesar una franja de terreno algo desigual. Sentía desarrollarse en su interior una creciente antipatía hacia Arthur. Se iba infiltrando dentro de su ser, como avanza una insidiosa llama por la hierba, dejándole una extraña sensación, como de sofoco por el humo. Le habría gustado poder ordenar a Arthur que se alejase, que los dejase solos a Sarah y a él. Se agazaparían juntos en algún lugar, contemplando el paso de las nubes y la salida de la luna, buscando el reflejo de su cuarto creciente en el reflejo mutuo de sus ojos. Secaría con sus labios las gotas de lluvia de la cara de Sarah. Conocería por fin el sabor de sus besos. La antipatía hacia Arthur se iba convirtiendo en odio. Tuvo miedo de sí mismo. Miedo de lo que habían despertado en su mente la tormenta y la vista de los dos que estaban escondidos tras el seto. Recordó que Arthur había dicho en una ocasión: «Los dos sois de la familia Court y tenéis la misma línea de antepasados». Sin duda eso explicaba ese no sé qué primitivo que ambos poseían en su alma. Ojalá pudiera hablar a solas con Sarah.

No se fijaba en dónde ponía los pies, se metió por el boquete de una conejera escondida en la hierba y cayó de bruces, casi arrastrando a los demás en su caída. Cuando recobró el equilibrio, descubrió que se había torcido un tobillo. No podía seguir andando. Se sentó en un muro bajo y empezó a darse un masaje. Ya casi no llovía y las caras de Sarah y Arthur solo se distinguían como pálidos discos a la centelleante luz de la luna.

—Tendréis que quedaros aquí mientras voy a buscar un coche —dijo Arthur con voz inexpresiva. No le daba ninguna pena el sufrimiento de Finch, solo estaba irritado. Los tres se habían sentido durante demasiado tiempo aislados en su mutua compañía—. Sarah se quedará contigo. —Se alegraba de dejar a Sarah atrás, de soltar la pesada cesta de la comida junto al muro. Se dirigió malhumorado hacia las luces borrosas de la ciudad que se veían más abajo.

Finch y Sarah oyeron el ruido de sus pasos mientras se alejaba chapoteando. Sarah sacó el chal de la cesta y se envolvió con él. Finch se olvidó del dolor del tobillo. La proximidad de Sarah, la noción de que ambos se hallaban encerrados dentro de los muros de la noche, era una pena mucho mayor que borraba toda otra sensación.

—Así estábamos en el jardín —dijo ella.

—No así exactamente.

—¿Por qué no?

—Porque ahora yo estoy loco por ti.

—¿Y no lo estabas entonces?

—No lo sé. Tal vez sí, pero no me daba cuenta. Ahora es demasiado tarde.

—Yo te he querido siempre, desde el primer día en que me acompañaste al piano.

—¡Sarah! —Se le quebró la voz. Trató de verle la cara—. ¿Me querías a mí y te casaste con Arthur?

—Tú no me lo pediste.

—No me diste tiempo.

—Jamás me diste la menor indicación. Tú mismo dices ahora que esto no es lo mismo. Que en realidad no sabes qué sentías entonces.

—Pero tú… Tú sí que lo sabías.

—¿Y qué podía hacer?

—¿No pudiste hacerme una seña? ¿Cómo se arreglan las mujeres para hacer conocer sus sentimientos a los hombres? Nunca, ni una sola vez me indicaste que me tenías el menor afecto.

—Casi todas las noches me encontraba contigo en el jardín. Sabes muy bien que para hacerlo estaba engañando a mi tía.

—Pero una palabra, una mirada… Te mostrabas fría como el hielo. No creo que puedas quererme. Lo que quieres es atormentarme.

Se cubrió la cara con las manos.

—Yo te quiero más que tú a mí.

—¿Qué sabes del amor? —dijo él con una amarga sonrisa—. Te casas con un hombre y quieres a otro.

—¿Y qué sabes tú? Para ti es una sensación nueva, provocada en parte por la noche, por la tormenta, por la pareja que hemos visto. Estás alterado.

—Eres fría como el hielo y tan cruel como fría. Qué vergüenza para Arthur si es verdad lo que dices.

—No tiene por qué saberlo.

—Lo sabrá. Es demasiado sensible para no darse cuenta. Ahora mismo ya no es feliz.

—¿Te lo ha dicho?

—No, pero yo me doy cuenta.

—Volverá a ser feliz cuando estemos lejos de ti.

—Y fue Arthur el que insistió en que viniera con vosotros. Y tú me dejaste venir aunque me querías.

—Acabas de decir que no crees que yo te quiera.

—No decía la verdad. Tú me quieres, Sarah. Ay, amada mía. Sarah, querida. Dime que me quieres.

Sarah lo rodeó con los brazos. Se besaron en la oscuridad. Un

instinto primitivo se alzó hasta ellos desde la tierra. El latido triunfante de sus corazones casi los ahogaba. Una gran ola, una enorme ola reventó sobre la playa, llenando la noche de su murmullo.

Finch se arrancó de los brazos de Sarah.

—No podemos —dijo—. Arthur es mi mejor amigo. Nunca más. Debemos olvidarnos de todo esto. No dejarlo comprender que yo… Que tú…

Sarah se cruzó de brazos por debajo del chal y sonrió con su misteriosa y enigmática sonrisa.

XIII

RALPH HART

La señora Court los inspeccionó con mirada crítica y al fin dijo:

—El único que ha ganado con la temporada junto al mar ha sido Arthur. Y seguro que es más por la cura de aceite de hígado de bacalao. Finch tiene las mejillas más hundidas que nunca y mi Ratón está igualita. Ya se tueste al sol o viva en un agujero, siempre será la misma, un ratón y un topo.

Los jóvenes la miraban algo avergonzados, mientras que su sobrina se mostraba tan distante como siempre.

—¿Has tocado mucho el violín, ratoncito?

—Ni una sola vez.

—¡Ni una vez, ya lo decía yo! —La tía se volvió triunfante hacia sus coetáneos—. Es incapaz de tocar si yo no la acompaño. Soy su inspiración, ¿no es así, ratoncito?

Sarah asintió mientras esbozaba su maliciosa sonrisa infantil.

—Y Finch te deprime, ¿a que sí?

—Sí, tía.

La señora Court estaba encantada. Se sentó para poder taconear en el suelo.

—Fue la casa y no Finch lo que deprimió a Sarah —les explicó Arthur—. Si hubierais visto la casa, no os extrañaría que no pudiese tocar entre esas paredes. En cambio, Finch no se alteró en absoluto. Su música vive dentro de él, constituye el techo y las paredes de su propio hogar. Tocaba por la noche mientras nosotros estábamos sentados junto al fuego.

Les contó cómo habían modificado el aspecto de la casa desde el momento de su llegada y cómo luego no se acordaban del emplazamiento original de las cosas cuando a última hora se dispusieron a colocarlas de nuevo en su sitio.

—Imaginadnos a Finch y a mí —dijo riendo—, corriendo como locos por toda la casa, cargados de tapetes, probando un lugar tras otro y convencidos de que en ninguna parte quedaban naturales.

Había una alfombrilla con las palabras «Velad y orad» dibujadas en el fondo y probamos diecisiete puertas antes de encontrar la suya.

—¿Y cuál era? —quiso saber Augusta.

—¡Ay, lady Buckley! No me lo pregunte, déjeme que le explique lo que pasó con las aspidistras. Había una muy grande metida en una maceta de mayólica en cada uno de los dormitorios principales. Finch consintió en llevárselas todas a su habitación. No sé lo que hizo con ellas, pero crecieron de tal manera que, cuando quisimos sacarlas, casi no pasaban por la puerta. Su cuarto parecía una selva.

—En casa —observó la señora Court— tengo tres aspidistras, nueve begonias y quince cactus.

—¡«Cactos»! —tronó Augusta.

—Yo digo «cactus». «Rubís», «cactus». Nunca me han gustado las pronunciaciones afectadas.

—¿Y cuál es el plural de «bambú»? —preguntó Ernest—. Me refiero al plural lógico, no afectado.

—«Bambús» —respondió la señora Court cortante, mirándolo con recelo.

Después, no tardó en llevarse a Sarah y a Arthur a otra habitación donde pudiese interrogarlos sin interrupciones.

—No me imagino qué ha podido ver el joven Leigh en esa chica —dijo Nicholas al cerrarse la puerta tras ellos.

—En verdad es muy extraña —asintió Ernest—. No dice casi una palabra y sin embargo da la impresión de que piensa demasiado. Parece amable, pero no puede fiarse uno de ella. Te sientes desorientado.

—Tal vez sea eso lo que haya atraído a Arthur Leigh —opinó Augusta—. Hay muchos hombres que admiran a las mujeres enigmáticas. Mi marido siempre se sentía atraído por esa clase de mujeres.

Sus dos hermanos la miraron incrédulos.

—Bueno —dijo Nicholas—, él no tenía mucho de enigmático.

—¿No? ¡Pero si era más profundo que el mar!

—¿Qué quieres decir con eso de que era profundo como el mar? ¿Te refieres a que era muy intelectual o solo astuto?

—Las dos cosas —replicó Augusta con firmeza.

—Yo habría dicho —terció Ernest— que Buckley era una de las personas más transparentes que he podido conocer.

—Y así era, en efecto —asintió la viuda—. Transparente cuando debía ser transparente y profundo cuando debía ser profundo.

—Y astuto cuando debía ser astuto, supongo —siguió Nicholas.

—Podía ver en las cosas tanto como el que más —dijo su hermana con voz algo turbada, como si quisiera implicar que había visto todo

lo que había tanto en Nicholas como en Ernest.

—¿Habéis tenido noticias de Jalna mientras he estado fuera? —les preguntó Finch.

—Sí —contestó Nicholas— y no son nada buenas. Meggie no está bien. El médico dice que será preciso operarla.

—¿Operarla? —repitió Finch consternado—. Pero ¿qué le ocurre? No sabía que Meggie estuviese enferma.

—No creo que sea nada grave. Un achaque que ha estado molestándola desde que nació Patience. Pero no deja de ser una preocupación para todos.

—Sí, desde luego —convino Ernest—. Pobre Meggie.

¿Pobre Meggie? A Finch se le encogió el corazón de angustia y allí estaban sus tíos y su tía discutiendo esto y lo otro y lo de más allá, como si en esa casa todo marchase sobre ruedas. ¡Qué indiferentes, qué egoístas! Y eso que no pasaban la crisis interna que estaba atravesando él. Desde la escena de las dunas, había perdido toda paz de espíritu. Se había sentido avergonzado, humillado, acosado por locos deseos que no tenía esperanza de calmar jamás, por una irritación amarga e irracional tanto contra Arthur como contra Sarah. Durante la última semana no los había acompañado en ninguna de sus excursiones. Le había servido de excusa, y bien justificada, la molestia del tobillo. Se había quedado a solas consigo mismo, deseoso de emprender la marcha, pero sin iniciativa para regresar a Lyming Hall antes que ellos. Había estado cavilando horas y más horas sobre lo que había ocurrido entre Sarah y él, procurando reproducir palabra por palabra todas las conversaciones que habían tenido en el jardín. Un acuerdo tácito los había hecho huirse el uno al otro, pero le bastaba dirigir una mirada a ese rostro, enigmático como un capullo cerrado, para sentirse abrasado de pasión. Recordaba, como en un estado febril, aquel momento en que el capullo se había abierto ante sus miradas y, no contento con abrirse, había echado para atrás sus pétalos, por decirlo así, para absorber mejor la medida de su incendiaria pasión.

Ahora debía preocuparse por Meggie. No habría amor que hiciera disminuir su afecto por Meggie, tan cariñosa, tan buena, tan abnegada. ¿Lo sabría Eden? No preguntó a los demás si se lo habían dicho, sino que se dirigió enseguida hacia el pabellón, andando despacio y con la ayuda de un bastón.

Mientras recorría cojeando la avenida, se dio cuenta de que el ambiente iba adquiriendo el aspecto propio del último periodo del estío. Las bayas de las zarzas se estaban tornando de un color rojo intenso. Los rojos frutos del escaramujo asomaban como pedazos de coral entre los rosales silvestres a lo largo de la valla. Los tostados campos de cereales absorbían los últimos rayos de sol. Advirtió el

matiz que la luz crepuscular daba a los lisos troncos de las hayas en la doble hilera que bordeaba la avenida y cómo en cada tronco había bordado la hiedra un delicado dibujo del lado donde el árbol estaba expuesto al sol. Las rosas trepadoras que escondían a medias el pabellón habían alcanzado la máxima floración de la temporada.

Se detuvo a escuchar en la puerta. No se oía nada y, tras un momento de duda, entró sin llamar. Le gustaría ver a Eden a solas. De un modo u otro, se sentía más unido a Eden de lo que lo estaba la última vez que lo vio. Y, sin embargo, por nada del mundo le habría explicado sus cuitas a su hermano.

Lo encontró solo, tendido todo lo largo que era en el suelo, escribiendo a trazos rápidos en una libretita a la luz del hogar. Le había perturbado el ruido del bastón de Finch y le lanzó una mirada furiosa por encima del hombro.

—Lo siento mucho —murmuró Finch dando un paso atrás—. No se me ocurrió que pudieras estar escribiendo.

—¿Y por qué demonios no había de estar escribiendo? —aulló Eden mientras volvía a concentrarse en la punta del lápiz.

—No lo sé, claro. Cuánto me alegro de que lo hagas. Ya me voy. Espero no haberte estropeado la composición.

—Maldito animal, lo has echado a perder por completo. Minny está en el jardín, vete a buscarla. Ojalá os devoraseis el uno al otro y así no quedarían restos de vuestras personas.

Finch, siempre cojeando, se alejó lo más deprisa que pudo por la puerta que daba al jardín. Encontró a Minny meciéndose indolente en una hamaca colgada entre dos manzanos. Los árboles, cubiertos de líquenes, eran tan viejos y estaban tan inclinados que vacilaban bajo el peso de la forma lozana y exuberante de Minny. Esta miró sonriendo a Finch, con una expresión divertida en aquellos ojos oblicuos de color singular.

—¿A ti también te ha echado? —le preguntó en voz baja—. Debe de estar componiendo algo magnífico, porque lleva todo el día así, que casi no puede ni verme. Y, sin embargo, mañana es capaz de romperlo todo.

—Siento haber sido tan inoportuno, pero quería ver cómo os iba.

—¡Ah! Nos va todo lo bien que se puede esperar. Pero te hemos echado de menos. —Una luz burlona iluminó su mirada—. ¿Os habéis divertido? ¿Ha sido una luna de miel agradable?

—Sí, lo he pasado muy bien —contestó Finch con toda seriedad—. El mar estaba delicioso para bañarse.

—¿No te has sentido *de trop*?

—Vale más que se lo preguntes a ellos —dijo Finch, riéndose bajito y comenzando a mecer suavemente la hamaca.

—Hasta al mismo Eden —repuso Minny— le parecíais una panda de lo más rara.

—Tal vez sea así, pero Arthur y yo somos muy amigos. Es un tipo muy extraño, muy suspicaz y fácil de desconcertar.

Minny soltó una ruidosa carcajada y luego se llevó la mano a la boca para tapársela, mirando temerosa hacia el pabellón.

—Minny —preguntó Finch meciéndola algo más fuerte—, ¿cuál es tu opinión acerca de mi prima? ¿Te cae bien?

—Mucho. Me parece la mujer más extraordinaria que haya conocido jamás. Pero creo que no están hechos el uno para el otro. No va a hacer feliz a Leigh.

Finch desvió la mirada y observó el vuelo de unas cornejas que planeaban sobre el parque.

—En mi opinión —prosiguió Minny—, contigo se habría avenido mucho más. Ya sé que no debería decirlo, pero soy demasiado sincera.

Miró inquisitiva la expresión de Finch, pero por primera vez este se mostró impenetrable.

—Me he torcido el tobillo —dijo golpeándose el zapato con el bastón, como para apartar a la fuerza los pensamientos de Minny del peligroso tema de Sarah.

—Vaya, qué lástima.

—Pero no ha sido nada. Lo que me preocupa son las malas noticias que tenemos de mi hermana. Parece que no está bien, que van a tener que operarla.

—Ya me he enterado. No tienes que preocuparte. Estoy convencida de que se restablecerá por completo. Ya se quejaba de lo mismo cuando yo estaba con ella, pero no creo que se trate de nada grave.

En verdad, pensó Finch, esa mujer estaba hecha para tranquilizar a los hombres. Solo su tono de voz ya inspiraba confianza. Las curvas relajadas de su cuerpo emanaban una sensación de paz.

—¡Qué buena eres, Minny!

Finch le cogió una mano. Minny se asió a ella, se balanceó con su impulso y le dirigió una plácida sonrisa.

Antes de entrar en casa, pensó que le gustaría dar un paseo por el jardín donde solía pasar las noches con Sarah, sentados los dos en el banco. Abrió la puerta del muro y miró con cautela antes de entrar. Si ella hubiera estado allí, no habría entrado, pero en el jardín no había nadie salvo el joven Ralph Hart, el ayudante del jardinero, que empujaba una carretilla por uno de los senderos. A Finch le sorprendió verlo trabajar a esas horas, pues eran las que solía emplear para pasearse con la novia.

—Hola, Ralph. Estás trabajando muy tarde hoy.

Ralph se tocó la gorra.

—Cuidando el jardín, señor. Pensé que podría terminar esta tarea. Mañana lloverá si nos fiamos del sol. Hoy se ha puesto en medio de nubes de tormenta.

Finch aspiró los deliciosos aromas del jardín.

—Pero hace una noche espléndida. Deberías haber salido de paseo con tu novia.

—Se ha ido a casa a cuidar de su madre. Viven en Clapwithy, cerca de Beddelcoombe. Está muy lejos, señor.

—Debes de echarla mucho de menos.

—Me siento tonto sin ella, señor —dijo Ralph con una sonrisa soñadora—. Es la primera vez que se va por su cuenta desde que estamos juntos.

El interés que Finch había sentido por el amor de Ralph hacia la impasible criadita se veía muy acrecentado por sus actuales experiencias con respecto a Sarah. Deseaba poder decirle a Ralph: «¡Cuánto mejor te van las cosas a ti que a mí! Tú estás enamorado de una chica con la que podrás casarte algún día, mientras que yo lo estoy de una que ya pertenece a otro hombre». Pero en lugar de eso, le preguntó:

—¿Has estado alguna vez en Cornualles, Ralph? Recuerdo que un día me dijiste que tu madre era de allí.

—No, señor. No he estado nunca en Cornualles. Pero mi madre dice que es muy bonito, con el mar y todo eso.

—¿Y no has visto nunca el mar?

—No, señor. No he visto nunca el mar. El mar es muy bonito, me han dicho.

—Pero si está muy cerca de aquí.

—Sí, señor. Me han dicho que no estaba lejos.

El muchacho alzó los ojos hacia las colinas violáceas que limitaban su mundo.

Finch se sintió un poco agitado.

—Oye, Ralph. Verás lo que tienes que hacer. Cuando te cases, llevas allí a tu mujer y yo te pagaré los gastos.

—Gracias, señor. A ella le gustará mucho.

—Pero supongo que aún tardarás en casarte. No podemos esperar hasta entonces. Vas a llevarla allí el primer domingo que haga buen tiempo.

Le habría gustado acompañarlos, observar la cara de Ralph al contemplar por primera vez la majestad del mar y de los acantilados de granito. Y, sin embargo, lo único que diría este, con toda probabilidad, sería: «Es muy bonito, señor». Y la chica miraría con cara de boba sin decir palabra.

No volvió a hablar con Sarah de la pareja. La rehuía cuanto podía

y se encerraba en sí mismo. No tenía el menor deseo de reanimar las llamas que esa chica había encendido en él.

Cuando, a los pocos días, Arthur la convenció para emprender un largo viaje por carretera y se marcharon a Londres a comprarse un coche, Finch se despidió de ella casi con apatía. Entre Arthur y él se había alzado una inexplicable barrera, a cada lado de la cual ambos se daban cuenta de que no se expresaban con sinceridad. Dos días después de su marcha, la señora Court regresó a Irlanda. Ya tenía en perspectiva otra sobrina para ocupar el puesto de Sarah.

Una noche, Finch encontró a Ralph tumbado bocabajo en la pradera de la huerta, allí donde la hiedra se arrastraba buscando nuevos troncos por los que trepar. Ya había anochecido y era una hora en la que el chico, cuando no salía de paseo con su novia, estaba siempre de vuelta en casa de su madre. Alzó el rostro cubierto de lágrimas.

—Pero ¿qué ocurre? —le preguntó Finch—. ¿Qué te ha pasado?

—Tengo muy mala suerte, señor —contestó el otro con voz ronca —. Me ha escrito que ya no quiere nada conmigo.

Se quedó mirando a Finch, trastornado, como un animalito herido.

—Pero ¿qué ha pasado? ¿Os habéis peleado?

—No, señor. Todo estaba bien cuando se marchó. La llevé a la estación y estuvo diciéndome qué bien lo habíamos pasado juntos y cuántas cosas tendría que contarme al volver y todo eso.

—¿Y qué crees que puede haber ocurrido?

—No lo sé, señor. Me siento tonto de remate. Tal vez ha conocido a otro chico.

—No encontrará a ninguno como tú, Ralph. Mira, no te preocupes demasiado. Espera a que venga y entonces lo habláis. Estoy seguro de que cambiará de opinión.

Ralph escondió la cabeza en el hueco del brazo. Finch se dio cuenta de que quería que lo dejaran solo. Se alejó de él, pero no pudo quitarse su imagen de la cabeza. La cara morena y pálida, tan distinta de las sonrosadas de los otros chicos del pueblo, se interponía entre su vista y los rostros de las demás personas. Sentía que Ralph y él estaban unidos con el mismo eslabón, atormentados por sus deseos y su desesperación.

Durante varios días, no vio a Ralph más que cuando estaba trabajando en el jardín. Preguntó a su tía cuándo iba a volver la chica. Augusta le dijo que al día siguiente. Le contó la desavenencia que había surgido entre los dos y Augusta le dijo que deseaba que Ralph se sobrepusiera al afecto que había cogido a la muchacha, pues ella no valía lo bastante para él.

A la mañana siguiente, Finch lo encontró en el huerto sembrando

espinacas de invierno. Estaba inclinado sobre la tierra oscura, dejando caer las simientes con expresión de tierna melancolía. El sol de otoño doraba todo lo que tocaba y le concedía una serena belleza. En las sombras reinaba un silencio peculiar, como de expectación.

—Qué mañana más hermosa, Ralph —dijo Finch con forzada alegría.

—Sí, señor. Una mañana muy hermosa.

—Hace el mismo calor que en el mes de julio. Me gustan estos días.

—Es una suerte que pueda usted disfrutarlo, señor.

—Cómo me gustaría verte como cuando yo llegué aquí, Ralph.

—No hay más que una cosa que pueda volverme así otra vez, señor.

—Bueno, ella llega esta noche. Ya no tienes que esperar mucho.

—No, señor. Ya no queda mucho.

—Mañana te sentirás otro.

—Sí, tal vez. —Ralph se sentó en cuclillas y contempló a Finch con un resquicio de su antigua serenidad—. Yo sé dónde puede usted conseguir un perro muy bonito, señor, si le gusta. Es una perra spaniel que acaba de cumplir los tres meses y viene de muy buena casta.

—Se lo preguntaré a mi tía. Debería tener un perro por aquí.

—¿No se lo llevaría usted a su casa, entonces?

Parecía melancólico.

—Está muy lejos para llevarme un perro.

—Ya lo supongo, señor. Pero este es un spaniel.

—Bueno, eso es muy distinto, claro está —dijo Finch con benevolencia—. Me gustaría mucho tener un spaniel. Si tú me la puedes conseguir, yo me llevaré a la perra conmigo cuando me vaya.

No podía resistir la mirada implorante de aquellos ojos. Le parecía que Ralph pretendía rascar algo de felicidad con la sensación de haberlo hecho feliz a él.

Por la noche lo vio en la puerta de la cocina hablando con la chica. Estaba vuelto de espaldas, pero la cara de la muchacha se distinguía con claridad en la penumbra. Finch se detuvo unos instantes, confiando en verlos salir hacia la vereda, como hacían antes, pero estaban muy quietos, hablando en voz baja. Finch no podía distinguir otra cosa más que las modulaciones del acento de Devonshire.

Toda la noche estuvo desvelado pensando en Ralph y la chica. Fue la primera noche desde que había regresado de su excursión marítima en que pudo dormir sin tener ante sí el tormento del rostro de Sarah.

A la mañana siguiente, después de desayunar, se dirigió al jardín para encontrarse con Ralph. No estaba allí y, cuando enfiló el camino adoquinado hacia la cancha de tenis, vio que el jardinero venía

corriendo hacia él. La cara sonrosada de Ash había perdido por completo el color. Tenía la boca abierta y se le veían las encías lisas, desdentadas. Jadeaba como si hubiese estado corriendo mucho rato.

—¡Ay, señor! —dijo por fin—. ¿Qué vamos a hacer? Ralph Hart se ha envenenado en el cobertizo. Se ha suicidado.

—¿Está muerto?

—No estoy seguro. Creo que sí. ¿Puede venir conmigo, señor?

Echaron a correr hacia el cobertizo. Ralph yacía en el suelo, todo retorcido como por efecto del dolor. Se inclinaron sobre él. Su cara tenía un matiz verdoso, la boca estaba retorcida en una mueca y manchada de algo. Junto a él se veía una lata medio llena de cierto líquido, parte del cual se había derramado por el suelo. Ese era el lugar donde se guardaban los aperos de la jardinería y donde Arthur le había hablado a Finch de su amor hacia Sarah.

El jardinero se arrodilló y tentó el pecho al muchacho a la altura del corazón.

—Ya no late. Está más muerto que muerto.

Las lágrimas le corrían por las mejillas.

—Hemos de decírselo a mi tía —dijo Finch con una extraña sensación de entumecimiento en los miembros y en la garganta.

¿Podría moverse? ¿Podría ir corriendo a la casa? Y sí, pudo, pero andaba tambaleándose. Ash, fuese que tuviera muchas ganas de contar lo sucedido, fuese que le diera miedo quedarse con el muerto, echó a correr tras él. Pronto estuvieron delante de Augusta, detrás de la cual estaban la cocinera y la doncella, que la habían seguido a la entrada. Estaba dándoles órdenes cuando, al mirar por la ventana, habían visto a las dos figuras lívidas que se aproximaban corriendo a la casa.

La serenidad de Augusta fue maravillosa. Se irguió y los miró con autoridad.

—¿Estáis seguros de que está muerto?

—Sí, milady. No le queda ni un soplo de vida. Me parece que ya hacía un cuarto de hora que estaba muerto cuando lo encontré. Fue él mismo quien vino a pedirme el pulverizado de veneno que usamos para las plantas y no sé por qué se lo ha tragado, pero se lo ha tragado y se quedó muerto enseguida.

—Vaya a buscar al médico tan rápido como pueda, Ash —le ordenó lady Buckley—. Yo me encargaré de comunicarle la triste noticia a su madre. Pero no se le debe dejar solo allí.

—Yo me quedaré con él —se ofreció Finch apretando los dientes.

Se quedó junto al cuerpo de Ralph hasta que llegó el médico, hasta que lo pusieron en unas parihuelas y lo llevaron a la casita de su madre. Augusta pasó casi todo el día con la pobre madre, la acompañó a encargar el ataúd para Ralph, se entrevistó con el vicario y le

encareció que apelase al obispo para conseguir permiso y enterrar al pobre chico en tierra sagrada.

Se dijo que la chica de la cocina se echó a llorar a gritos cuando le hablaron de la muerte de Ralph, afirmando que ella no tenía la culpa, que jamás le había hecho concebir esperanzas.

—Tendrás que despedir a esa chica —dijo Finch con un tono salvaje a su tía—. No puede quedarse aquí. Es una fiera. Ha matado a Ralph.

—¡No! —repuso Augusta con firmeza—. No puedo despedirla. Todas las chicas tienen derecho a devolver su palabra. Ella le escribió, con mucho tacto según me cuenta, para decirle que ya no estaba interesada en él.

—Menuda zorrita —gruñó Finch con sarcasmo.

—¡Finch! Ni una palabra más en tal lenguaje. Me sorprendes. Y en un momento así. Creo que Renny hace muy mal en dejaros aprender esas palabrotas.

—Renny no tiene la culpa —murmuró el joven—. Hasta el mayor santo perdería los estribos con una chica así.

Un reportero fue a Lyming y mantuvo una entrevista con la novia de Ralph. En el periódico de la localidad apareció un artículo en el que se decía que la señorita Muriel Slater negaba haberlo incitado jamás al suicidio. Había salido a veces con Ralph, pero en los últimos tiempos su compañía no le había resultado agradable y él había tratado de armar un escándalo cuando así se lo dijo.

El día del entierro fue el más bonito de toda la temporada. El pueblecillo, con los campos y prados que lo rodeaban, parecía tan tranquilo como un pueblo soñado rodeado de campos salpicados de polvo de oro. Hasta los oscuros tores parecían de oro ese día, con las cumbres envueltas en una niebla dorada. En contraste con ese color dominante en el paisaje, los espinos, atestados de bayas rojas, formaban una animada procesión a lo largo de la carretera.

Nymet Crews era un pueblecito cuyo centro estaba constituido por una pradera verde a cuyo alrededor se habían agrupado las casitas enjalbegadas como para acompañarse unas a otras. Sobre la pradera casi siempre se podía ver algún caballo suelto y una o dos vacas paciendo. También los tejados de las casas parecían haberse vuelto de oro ese día y las persianas cerradas de las tiendecitas daban aún mayor tranquilidad a la escena. Hasta los patos del estanque parecían más callados mientras nadaban en paz sobre su tranquila superficie. No faltaba en Nymet Crews el habitual idiota de los pueblos, y el suyo, poco más alto que un niño de cinco años aunque ya tuviese los veinte cumplidos, correteaba ese día de un lado a otro en su velocípedo de juguete, con los ojos como platos ante el aire desusado de las calles.

Hacía mucho calor para estar en septiembre. Cuando Finch llegó al pie de la colina, se quitó el sombrero y se enjugó el sudor de la cara y del cuello antes de entrar en el pueblo. Le desconcertaban los grupos de mujeres que hablaban a las puertas de sus casas. Se daba cuenta de que estaban diciendo: «Ese es el sobrino de la señora, el que encontró el cadáver, el que se quedó con él mientras el jardinero iba a buscar al médico».

Los guijarros del pavimento quemaban bajo sus pies. Era fácil distinguir la casita donde vivía la madre de Ralph por la aglomeración de gente a la puerta. Dos mujeres enlutadas se dirigían corriendo hacia allí a través de la pradera, como temerosas de llegar tarde. Se dirigió a la puerta y los grupos se separaron para dejarlo pasar. Vio el cuarto atestado, con el ataúd en medio. No pudo decidirse a entrar. Se alejó a toda prisa, sofocado bajo las miradas de los allí reunidos. Siguió andando por la calle hasta llegar a un caminito donde estaban congregados unos veinte mozos amigos de Ralph. Llevaban sus trajes de fiesta, de sarga azul marino, con sombreros hongos o gorras de *tweed*. Así vestidos, resaltaban todavía más sus caras y manos tostadas por el sol. Finch se unió a ese grupo, aunque manteniéndose un poco aparte. Lo miraban de reojo, con curiosidad, y seguían hablando entre ellos. En aquella conversación, el acento de Devonshire resultaba tan cerrado que Finch solo entendía alguna que otra frase aislada. Oyó algo acerca de un partido de fútbol. Era obvio que ya habían hecho todos los comentarios posibles sobre la muerte de Ralph y la charla derivaba por otros cauces.

Había temido llegar tarde, pero la espera se le hizo larguísima. Vio bajar a su tía por la carretera y cruzar la pradera hasta llegar a la callejuela que conducía a la iglesia. Se había vestido de negro para la ceremonia. Finch consideró muy delicada esa atención por su parte. Se la veía alta, digna y muy cansada, pues ya era la segunda vez que recorría ese camino empinado y polvoriento en el curso del día.

Poco después de que ella desapareciera en dirección a la iglesia, empezaron a doblar las campanas. Diecinueve toques solemnes, uno por cada uno de los años de la breve vida de Ralph. Pronto empezó el desfile fúnebre, que salía de la casita y avanzaba despacio por la carretera.

Seis jóvenes llevaban el ataúd. Cuatro eran hermanos de Ralph. Era de roble, de color claro y muy lustroso. Debía de pesar mucho, pues los hombres parecían doblarse bajo su peso. Encima se habían colocado algunas coronas de flores naturales. El idiota iba llevando su velocípedo junto a la carretera para no perderse nada de la procesión. Detrás del ataúd seguían los parientes del difunto. Mujeres y niñas vestidas de negro, con prendas que se guardaban con sumo cuidado en los arcones para tales ocasiones. Hombres, algunos de ellos muy

viejos. Uno de ellos, pensó Finch, debía de ser el abuelo. Llevaba del brazo a la madre de Ralph, que parecía agobiada por sus ropas de luto y su dolor, aunque era una mujer corpulenta y no dejaba de llevarse un pañuelo a los ojos.

Todos los jóvenes abandonaron el caminito y se apresuraron a unirse al cortejo fúnebre, caminando por encima del pavimento de guijarros. Sus gruesas botas hacían un ruido que a Finch, que se había unido a ellos, le parecía tétrico y ominoso. Augusta le había pedido que la acompañase a la iglesia, pero Finch se había decidido a seguir detrás del cadáver.

XIV

EDEN Y FINCH

Nunca parecieron las estrellas colgar tan bajas del firmamento como aquella noche. Los dibujos que formaban relucían con un fulgor ardiente. Cuando la luna llena se encaramó, límpida, sobre las colinas, parecía demasiado grande para la tierra que yacía a sus pies, inundada por su luz. La tierra menguaba bajo ese resplandor como un cáliz verde que se fuera llenando con la espuma de una cascada. Los campos contiguos al páramo parecían casi blancos y, en contraste con ellos, el intrincado dibujo de setos y matorrales se veía negro como el ébano. El silencio era tan profundo que Finch, de pie en la explanada bañada por el relente, podía oír el murmullo del arroyo más allá de la huerta y los movimientos de los pájaros adormilados en las ramas.

Más abajo podía distinguir la torre de la iglesia, que se destacaba entre los árboles, y las casitas del pueblo agrupadas a su alrededor. Allí, en la del pobre Ralph, estaba su madre. Se oyeron los cuatro cuartos y, más despacio, once campanadas que salían de la torre. Pronto quedaron sumidos en la oscuridad los rectángulos amarillentos de las ventanas del salón.

Por el parque se veía una figura blanca que avanzaba hacia él. Era Eden. Desde que se fue la señora Court, había entrado varias veces en la casa, pero Augusta no le había propuesto que llevase a Minny. Temía que, si Eden lograba meter a Minny en casa, los dos se instalarían en ella en calidad de invitados. Eden había dicho más de una vez que estaba harto de los ensayos culinarios de Minny.

Por una parte, Augusta entendía que era su deber prohibirles la entrada para obligarlos a casarse. Por otra, le daba miedo asumir la responsabilidad de empujar a Eden a una unión permanente para la que parecía del todo incapacitado debido a su temperamento. Cada vez que Eden se acercaba a ella, le rodeaba el talle alargado y hundido y le decía:

—Mi querida tía, tú eres la única que me entiende.

—¿Y qué me dices de Minny? —le había preguntado una vez Augusta con cierta severidad.

—Minny no es una intelectual —contestó Eden—. Es una mujer muy natural. No le hace falta entender a nadie. Tú eres, al propio tiempo, intelectual y natural.

Su tía lo miró vacilante, pero era difícil resistirse a él.

Al llegar a la altura de Finch, le preguntó:

—¿Por qué tienes ese aspecto tan trágico, hermano?

—Lo raro sería que no lo tuviera.

—¿Lo dices por el chico que se ha suicidado? ¿Por qué tienes que tomártelo como algo tan trágico? Casi hay que tenerle envidia. Él está ahora mucho mejor que nosotros. No volverá a cansarse jamás. No se le caerá el pelo ni le saldrán canas ni se le agotará la savia de los huesos. No verá a su novia convertirse en una bruja, ni en una arpía, ni a sus hijos descarriarse por el mal camino. Ahora es tan brillante y sereno como una de esas estrellas que se ven allá arriba. Vamos a elegir una estrella y le daremos el nombre de Ralph Hart.

Finch dirigió la mirada a las estrellas.

—¿Crees en otra vida, Eden? ¿Crees que Ralph existe en este momento en alguna parte y que se da cuenta de las cosas?

—No me extrañaría. Tal vez ahora se esté paseando por un jardín, tal vez espía por la ventana de su novia y está intentando decirle que se alegra de que lo haya abandonado y todo lo demás.

—¡Eden! —protestó Finch—. Te estás contradiciendo a ti mismo. Aquella vez que yo traté de ahogarme y tú me lo impediste me dijiste que, por enorme que fuese el sufrimiento, la vida era siempre mejor que la muerte. Dijiste que nada de lo que tú habías llegado a sufrir podría haberte hecho desear la muerte ni por un momento. Vida, vida y más vida. Eso fue lo que estuviste repitiéndome como un estribillo. Si todo lo demás había desaparecido, me dijiste, siempre quedaba el viento que barría la llanura.

Se volvió preocupado hacia su hermano.

—Es cierto y sigo pensando igual. Lo que sucede es siempre lo mejor. Este árbol es precioso, por ejemplo, pero si la próxima tormenta lo derriba, disfrutaremos de una vista mejor. —Eden rodeó a Finch con un brazo—. Vamos a pasear un rato. Hace mucho que no paseamos juntos. Alegrémonos de vivir y bebamos el claro de luna como si fuese vino.

Pegó un tirón a Finch y se echó a reír como si conociese algún chiste ignorado por el resto del mundo.

Había en Eden algo magnético que lo atraía. Atravesaron una brecha del seto, entraron en el parque y pasaron después a los prados. Se hallaban rodeados de una inmensidad de dulzura y pureza. La melancolía de Finch desapareció. De todo su ser brotó una salvaje alegría de vivir, como si desde la tierra ascendiera por su cuerpo,

como si desde las estrellas lo inundase a modo de lluvia.

—A mí nadie me convence —dijo Eden— de que haya algo mejor que esto.

Deslizó un brazo por debajo del de Finch hasta que sus dedos se entrelazaron. Anduvieron así unidos por un serpenteante camino de pastor.

Cada momento les traía un nuevo placer, los despreocupaba más de la vida. Al igual que la tierra se hallaba inundada por el claro de luna, ellos lo estaban por la alegría que rebosaba de sus cuerpos. Siguieron así hasta llegar al páramo. Sobre su escabrosa inmensidad, entre brezos, aulagas y helechos plateados, anduvieron riendo y cantando. Se sentían libres de toda pesadumbre que jamás los hubiera abrumado. Sentían el cuerpo renovado, robusto y puro.

Se tiraron al suelo y contemplaron la luna.

—¡Te devuelvo tus miradas, vieja luna! —gritó Eden—. No te tengo miedo, estoy vivo. Prefiero ser Eden Whiteoak antes que cualquier otra cosa sobre la faz de la tierra.

—¡Y yo prefiero ser Finch! —gritó este—. ¡Estoy vivo! ¡Estoy vivo! En cuanto a ti, vieja luna, vives porque el sol te está besando.

Habían llegado solo hasta el comienzo del enorme páramo de Dartmoor, que se extendía a lo lejos con sus colinas redondeadas que iban ascendiendo hasta llegar a las cumbres blanquecinas de High Willhays, Cawsand Beacon y Yes Tor, con sus compactas masas de granito, sus ciénagas y sus oscuros manchones de aulagas que al claro de luna adquirían matices de plata y amatista. Aún veían los almiares recién amontonados, las siluetas de los campos que, sobre las laderas de las colinas, trepaban hasta llegar a los linderos del páramo, pero tenían la sensación de haber dejado atrás, muy lejos, toda civilización. Sentían que la vida no tenía fin para ellos.

XV

TÍA Y SOBRINO

Nicholas y Ernest decidieron regresar a Jalna antes de que se terminara el buen tiempo. Se trasladaron a Londres con intención de pasar allí diez días antes de zarpar, pero los diez días se convirtieron en un mes y, en último término, hicieron el viaje con un tiempo de lo más borrascoso a finales de octubre. Cuando todos sus gastos estuvieron pagados, Finch descubrió que el obsequio le había salido bastante caro, pero no lo lamentó. El hecho apenas despertó en él el menor interés.

Desde la muerte de Ralph Hart sentía un extraño letargo. Después de la noche que Eden y él habían ido al páramo, pasó varios días embargado por una felicidad casi alucinante. Le había bastado sentirse vivo y rebosante de juventud. Iba pasando de un lado a otro de cada uno de los primitivos placeres de la vida, saboreándolos todos como si fuese la última vez que hubiera de disfrutarlos. Le gustaba estar solo a fin de que sus sentidos pudieran disfrutar sin límites. Llegaba incluso a rehuir a Eden, como si temiese que el fuego de su presencia destruyera la clara transparencia de su disposición de ánimo.

Asistió al servicio religioso el domingo siguiente y se sentó con su tía en un banco tallado. En la iglesia volvió a sentir el malestar espiritual que lo había trastornado durante el servicio fúnebre. Le costaba trabajo convencerse de que el ataúd de Ralph no estaba allí delante. Se arrodilló y se presionó los ojos con los nudillos para tratar de ahuyentar esa aparición. El olor mohoso de la iglesia se transformó para él en el olor de una fosa mortuoria. Advirtió los innumerables agujeros de la carcoma que roía el extremo del banco y se sintió asqueado. Se imaginó a Ralph tendido en su tumba y trató de sacarse aquella imagen de la cabeza con desesperación, como podría escarbar un perro para desenterrar alguna porquería. Los himnos se convirtieron para él en alaridos de duelo. En el fondo de la iglesia divisó a todos los parientes de Ralph, vestidos de riguroso luto. Habían acudido todos juntos, según la costumbre, ese primer domingo. La madre de Ralph estuvo arrodillada durante todo el

servicio, corpulenta figura enlutada que se cubría la cara con las manos calzadas de guantes negros de algodón.

Esa misma tarde, Nicholas le comentó a Ernest:

—Este chico está muy deprimido. Yo creo que debería venir a Londres con nosotros. Está perdiendo un tiempo precioso en el campo cuando lo que debería hacer es ver mundo y conocer la vida.

—Es un joven muy raro y taciturno —repuso Ernest—. Nunca sabe uno cómo se va a tomar las cosas. Yo lo vi bastante indiferente con respecto a la muerte de ese jardinerito. No se le oyó hacer el menor comentario sobre la cuestión. Y, sin embargo, esa mañana, después del servicio, cuando pasamos junto a los parientes de ese chico, reunidos alrededor de la tumba, Finch tenía una cara que parecía que iba a echarse a llorar.

—Debería venir a Londres con nosotros. Necesita un cambio después de la impresión que se ha llevado. Es un manojo de nervios, como lo era la pobre casquivana de su madre.

La sombra de preocupación por Finch que cubría el rostro de Ernest se oscureció más aún por lo que no pudo considerar más que una mofa de Nick hacia su madre.

Sin embargo, cuando hablaron con Finch sobre la conveniencia de que los acompañara, este les dijo que quería quedarse en Devon. Aunque Augusta se sintió halagada por su empeño en quedarse allí, no le habría resultado desagradable verse ya libre de invitados. Tenía miedo, al mismo tiempo, de que si Finch se quedaba, cada día se vería más importunada por la presencia de Eden y Minny. Toda su energía estaba ahora concentrada en la cuestión de hacerlos salir del pabellón, pero no podía pedirle a Eden que se marchara puesto que el muchacho no tenía dinero para hacerlo. No obstante, creía que con dos hermanos mayores algo majaderos, una amiga tan nerviosa como la señora Court, un chico caprichoso, una boda y un suicidio, ya empezaba a necesitar un descanso.

Bueno, ¿qué iba a hacer Finch? ¿Iría a Londres más adelante? ¿Visitaría París o Roma? Los viejos indicaron que era costumbre que los jóvenes hiciesen algunas calaveradas por esos sitios.

Sí, ya iría más adelante. Ahora lo que quería era quedarse solo. Nicholas y Ernest partieron poco después en su viaje de regreso.

Finch dio largos paseos por la comarca. Todavía le dolía el tobillo que se había torcido en la costa y se acostumbró a apoyarse en un bastón en sus marchas. Pronto toda la vecindad se familiarizó con la figura del alto mozalbete del bastón. Más de una vez se acordó de la perrita spaniel que Ralph Hart le había propuesto adquirir. Se imaginó que lo seguía en todas sus excursiones.

Una tarde, cuando volvía de su paseo y estaba a punto de entrar

por la avenida, divisó la figura de dos muchachas con delantal y cofia. Estaban hablando con un chico que iba en bicicleta y ahora se reían juntas de alguna observación ocurrente que aquel debió de hacer. En una de ellas, reconoció Finch a la chica de la cocina, la antigua novia de Ralph. Lo invadió una furia repentina, furia por verla tan alegre en el camino, tomándose libertades con un desconocido. Su ancha y pálida cara, que nunca había visto más que a esa luz borrosa, se había ensanchado aún más por el efecto de su sonrisa. Finch se dirigió a ella enarbolando el bastón.

—Deberías avergonzarte de ti misma —dijo en voz alta—. Métete pronto en casa y que no vuelva yo a verte por este camino.

Las dos chicas huyeron aterrorizadas. Él prosiguió su camino, balanceando rabioso el bastón. Creyó que la chica se despediría de la casa al día siguiente, pero ahí acabó el incidente. A partir de entonces, cuando ella lo veía, se escabullía y se alejaba.

Era la primera vez en su vida que le había dirigido la palabra a alguien con tono autoritario, excepto a Wakefield, pero Wake hacía muy poco caso de su autoridad. No le turbó la circunstancia de que la chica no estuviese a su servicio y de que él no tuviese derecho para interpelarla así. Lo único que sentía era una áspera satisfacción por haberla asustado. En su dormitorio, solía pasearse arriba y abajo, deleitándose en el recuerdo del susto que le había dado y repitiendo en voz alta:

—Me cuadré delante de ella, alcé el bastón y le dije: «Deberías avergonzarte de ti misma. Métete pronto en casa y que no vuelva yo a verte por este camino».

Entonces se sofocaba muchísimo y alzaba el bastón remedando su propio gesto.

La impresión del suicidio de Ralph había ahuyentado el pensamiento de Sarah. Su rostro, que se había interpuesto entre sus ojos y todo lo que veía, fue reemplazado por el semblante contorsionado de Ralph tirado en el suelo del cobertizo. Esa cara lo había mirado feroz desde la tierra del jardín, desde las nubes ya otoñales, desde el papel pintado de las paredes de su habitación, desde la oscuridad de sus propios párpados cerrados.

Tras su encuentro con la novia de Ralph, experimentó otro cambio. Poco a poco fue borrándose la imagen del joven suicida y volvía a perseguirlo la del rostro de Sarah. Una peculiaridad singular de este cambio consistió en que, día tras día, la expresión de la cara del muerto se hizo menos atormentada, hasta que por fin adquirió una impávida serenidad, de busto atezado y ojos oscuros y brillantes, mientras que la imagen de Sarah, en la misma proporción, iba adoptando poco a poco las horribles contorsiones del rostro del suicida. Esta expresión turbaba sobremanera a Finch cuando ya estaba

acostado. Hundía la cabeza en la almohada e intentaba dominar sus terrores.

Llegó a odiar el recuerdo de Sarah, a imaginarse que ella se había portado con tanta crueldad con él como la cocinera con Ralph. Acopló la idea de las dos mujeres. La novia de Ralph lo había inducido al suicidio. Sarah lo conducía a la locura. Se la imaginó persiguiéndolo adrede con esa expresión terrorífica. Esa facultad de atormentarlo a su antojo acabó forjándose en su mente por el misterio que siempre había percibido en ella. Se acordó de su antigua tentativa de suicidio y de alguna extraña manera empezó a culpar a Sarah de aquel acto.

Cuando el nombre de Sarah salía a relucir en sus conversaciones con Augusta, empezó a denigrarla.

—Es una chica muy rara —dijo en cierta ocasión—. Creo que Arthur ha cometido un disparate. Va a lamentarlo toda la vida. No me gustaría estar en su piel.

—Pues yo sentiría mucho que ese enlace diera malos resultados —repuso Augusta—. Él es un chico excelente. Y también siento afecto por Sarah. Cuando viniste aquí, Finch, pensé que Sarah y tú llegaríais a entenderos, pero veo que me equivoqué de medio a medio. No habríais llegado a aveniros jamás.

—¿Avenirme yo con esa chica? Jamás en la vida. Mi tipo de mujer es muy distinto. Me gustan las chicas que pueden servirle a uno de amigas y compañeras.

Esta expresión, a decir verdad, le resultaba repugnante. El pensar que la mujer a quien él pudiese amar fuera su compañera y amiga le parecía repulsivo. Solo empleaba la palabra para implicar algo del todo diferente a lo que Sarah era o podría ser jamás.

En otra ocasión dijo:

—Deberías haberla visto andar por las dunas, tía. Sus movimientos no tenían más soltura que los de una china con los pies vendados. No sé lo que le pasa, pero siempre parece estar envarada.

Y pocos instantes después, le recorría todo el cuerpo una cruel congoja de deseo.

Leigh le escribió relatándole todas las bellezas de la región de los Lagos y, un mes más tarde, las de Francia, donde iban a pasar el invierno. Finch leyó las misivas con ansia, dándose cuenta de lo mucho que escribía Arthur sobre lo que veía y lo poco que lo hacía sobre lo que sentía. Se imaginó que Arthur escribía con cautela. No contestó a ninguna de esas dos cartas. Leigh y Sarah escribieron varias veces a Augusta. Finch escuchaba en silencio, fumando en pipa, mientras Augusta le leía en voz alta las cartas de Arthur. Pero cuando empezó a leerle una carta de Sarah, la interrumpió.

—No te molestes, tía. Ya me imagino los tostones que será capaz

de escribir.

De modo que la mujer siguió leyendo en silencio.

—Pues no es ningún tostón —dijo al llegar al final—. Es muy interesante.

Dobló la carta y la metió en su escritorio.

Cuando, después del almuerzo, Augusta subió a su dormitorio para descansar un rato, Finch se dirigió al escritorio de su tía y sacó la carta. Le dio varias vueltas entre las manos y por fin la abrió y devoró su contenido. Era, para su sorpresa, sencilla e ingenua. La leyó una y otra vez y descansó los ojos sobre la frase: «Un cariñoso recuerdo para Finch». Luego se sentó al piano y tocó muy bajito, para no molestar a su tía, algunas de las piezas que había tocado con Sarah.

La percibió con toda claridad, de pie junto al piano, sujetando el violín con la barbilla. Podía oír las agudas y armoniosas notas mientras iba acompañándola en su imaginación. Podía distinguir su bella y misteriosa boca, la elegancia afilada de las ventanas de su nariz. Contenía el aliento por miedo a que aquella cara se retorciera con la expresión agónica que a veces adoptaba en su mente. No obstante, mientras siguió tocando, permaneció inmutable, serena, como iluminada por un resplandor interior.

A finales de otoño se enteró de la quiebra de la Bolsa de Nueva York. Leyó con muy poco interés los titulares de los periódicos que lo mencionaban. Augusta se mostró trastornada cuando Finch le contó que había perdido treinta mil dólares. Censuró a los hermanos de Finch y a los suyos propios por haberle permitido invertir tanto dinero en valores extranjeros. También Eden pareció aterrado y le dijo sin ambages a Finch que, puesto que tenía tantas ganas de derrochar su fortuna, ya podría dejarle disfrutar un poco de ella. Finch no quiso recordarle que, cuando le habló por primera vez de tal inversión, Eden había aprobado su iniciativa.

No tardó en recibir una carta procedente de Estados Unidos. Era de la señorita Trent, casi histérica en sus manifestaciones. Lo había perdido todo. Absolutamente todo. Pero le devolvería los diez mil dólares que había recibido en préstamo aunque para ello tuviese que morirse de hambre. Dedicó una explicación de cinco páginas a la marcha de la bancarrota, llena de terminología técnica, que demostraba cuál era su aterradora intimidad con las oscilaciones de Wall Street. Terminaba declarándose optimista y declarando que estaría en condiciones de devolver el préstamo al cabo de un año a más tardar. Había encargado a Finch un pagaré que vencía el 1 de diciembre. Finch guardó la carta en un cajón de su tocador, pero no la contestó. Augusta dejó escapar un hondo suspiro cuando Finch la informó de esa nueva pérdida. El dinero de su madre, que había dado motivo a tantas discusiones, tantas esperanzas y tantos desengaños, se

estaba evaporando como el agua.

La hipoteca sobre Vaughanlands que Finch había aceptado tenía un valor de quince mil dólares. El interés semestral había vencido. Llegó una carta escrita de puño y letra de Maurice, en la que decía:

> Supongo que no te importará demasiado esperar un poco este pago. Este año las cosas me han ido bastante mal y la operación de Meggie me tiene muy preocupado. Ya he tenido que pagarle una cuenta muy respetable al médico y el especialista que va a operarla cobrará, sin duda, bastante caro. Puedes estar seguro de que nada me importará el coste si puedo hacerla salir bien de este trance. Me aseguran que no hay mucho peligro, pero ya se sabe que no puede nunca decirse cómo acabarán estos asuntos. Meggie se muestra tan valiente como cabe pedir. Te envía todo su cariño. Ya hace tiempo que te habría escrito, pero no se ha encontrado bien en todo el verano. Patty está cada vez más bonita. El otro día, Meggie le preguntó: «¿Dónde está el tío Finch?». Y Patty contestó: «En el cielo». Bueno, sin duda Devon tiene que ser la antesala del cielo. Vaya suerte que tienes. En cambio, yo estaré en el infierno durante las próximas semanas. Meggie entra mañana en la clínica.
>
> No dejes de dar recuerdos de mi parte a tu tía. Meg y Patty te envían su cariño y muchos besos. Con afecto, Maurice.

A Finch le temblaban las manos mientras doblaba la carta. Meggie, su querida hermana Meggie, en tan grave peligro. Puede que no volviera a verla. Recordó la época en la que él había estado enfermo, en Vaughanlands, y cómo Meggie se había sentado a su lado y le había dado de comer como si fuese un chiquillo. Recordó el contacto de esas tiernas manos de mujer sobre su pelo, la inefable dulzura de su sonrisa. Era tan cariñosa, tan abnegada. Si los demás hermanos hubiesen sido todos como ella, qué felices habrían sido.

Su mente se calmó algo al pensar que, si no hubiese salido de la operación, a estas horas ya habría recibido un cable anunciándoselo. Tal vez no tardaría mucho en recibir noticias de que todo iba bien. Entretanto, prefirió no decir nada a la tía Augusta para no inquietarla. Aunque estaba al tanto de lo de la operación, no sabía que fuese tan inminente.

Se dirigió a su vestidor, donde había visto una pequeña librería, en busca de algo para leer. Más que ninguna otra habitación de la casa, esa estaba saturada de la personalidad de Augusta. Las persianas siempre estaban medio bajadas, a modo de párpados medio cerrados. Protegida por ellas, la habitación parecía mirar al mundo con cierto

aire de ofensa. A Finch no le gustaba estar allí porque las ventanas daban a la cancha de tenis y más allá se veía el cobertizo donde Ralph Hart se había matado.

Recorrió con la vista los títulos de los libros: *La pimpinela escarlata, Robert Elsmere, El prisionero de Zenda, La dama del lago*. ¿Qué clase de libros eran esos? ¿Antiguas novelas favoritas de su tía, que de vez en cuando le gustaba releer? ¿O estaban relegados allí a causa de sus estropeadas encuadernaciones? En el otro estante no había nada. Más abajo vio más libros: *El silencio de Dean Maitland, Amistad, Chandos, El secreto de lady Audley, Brota como una flor… Hipatia, Ben Hur, Unos ojos azules*. Cinco novelas de Eden Phillpotts. Bueno, estaban en Devon, eso lo explicaba. *Los gemelos celestiales, Los dioses, Algunos mortales* y *Lord Wickenham*. En el anaquel de abajo del todo, los libros estaban en tan mal estado que los títulos eran ilegibles. Estaban tan apretados que le costó sacar el de la esquina, cuyo mayor tamaño le llamó la atención. Se lo llevó junto a la ventana. Era un libro de medicina para profanos en el asunto. Tal vez pudiera encontrar en ese libro lo que le pasaba a Meggie. Se puso a devorarlo, atento al mismo tiempo al ruido de los pasos de su tía, por si se acercaba. Cuanto más leía, más aturullado y horrorizado se sentía. ¡Pero si a Meggie le podían pasar mil cosas desagradables, cada una peor que la anterior! Con la cabeza aturdida y los nervios deshechos, se olvidó de espiar los pasos de Augusta. Mujeres, pensó. Era mil veces preferible no venir a este mundo que nacer mujer. ¿Cómo había podido Meggie vivir tanto tiempo sin que ocurriese un desastre? ¿Cómo había llegado su abuela a cumplir los cien años? Era un verdadero milagro. Mientras iba leyendo, su corazón sangraba por las madres de los hombres.

XVI

JALNA

La lluvia caía de manera ininterrumpida sobre la vieja mansión. Era una fría lluvia de finales de mayo, que caía no en gotas, sino en una sábana continua que golpeaba los cristales y corría por ellos en riachuelos que formaban charcos en los alféizares de las ventanas. El hecho de que no se pudiese ver a través de ellas no era para nada trascendente, pues los párpados de todos los moradores de la casa estaban cerrados por el sueño. Los cambios operados por la lluvia en los macizos de flores, árboles y praderas, por muy frío que estuviese el tiempo, no se advertirían hasta que el sol de la mañana revelase nuevas flores donde ayer había capullos, capullos donde ayer asomaban botones, hojas desarrolladas a la plenitud de su tamaño, briznas de hierba brotando en millares de pequeños aguijones.

La lluvia entraba en la casa por dos puntos: el ático y los sótanos. A través de las tablas podridas goteaba en el cuarto vacío de Finch. Poco después de haberse marchado este al extranjero, Wragge había colocado una palangana en el suelo durante uno de los aguaceros para recoger el agua que caía. No había vuelto a entrar en la habitación y no se había fijado en que la palangana estaba llena. Ahora las gotas que caían del techo chocaban contra el agua de la palangana con un distinto sonido musical, desplazando menudas ondas hasta el borde que rebosaba en silencio sobre la alfombra gastada. La luz del día mostraría esa habitación con un aire desolado. Sus muebles, casi todos desvencijados, habían sido el baluarte del mundo de Finch. En el armario colgaban sus ropas más usadas, con las huellas todavía marcadas de su cuerpo anguloso.

En el sótano, la lluvia entraba por una grieta de la ventana, por fuera de la cual se recogía en la tierra empapada por encima de ella. Desde el borde de la ventana caía con un repiqueteo constante sobre el suelo de ladrillo. Este sonido, al penetrar en la consciencia de Wragge, le hizo soñar que estaba otra vez en las trincheras y que los alemanes bombardeaban las posiciones británicas. Cada vez se inquietaba más. Los ronquidos se transformaron en boqueadas, hasta

que la señora Wragge, que se despertó al oír sus gemidos, alargó una mano para tranquilizarlo. Pero el resultado fue por completo opuesto a lo que pretendía. En el mismo instante en que la pesada mano de su mujer se posó sobre su cabeza, se imaginó que un enorme alemán lo había cogido y lanzó un alarido de terror.

El viejo Benny, el perro pastor de cola recortada, que dormía en una estera en el recibidor, oyó en sueños el eco de ese alarido. Soñaba con un extraño ser, medio vagabundo y medio oveja, que estaba rondando por los matorrales. Lo había acechado durante un tiempo indefinido sin que aquella criatura lo advirtiera, pero de repente se volvió y lo miró con rostro de hombre al tiempo que emitía el balido metálico de un carnero. Se le erizó el pelo del pescuezo y, con un sonoro gruñido, saltó y lo cogió por la garganta.

Más arriba aún, Nip dormía en el sillón de Nicholas. Se negó a dormir en ningún otro sitio que no fuese su cuarto. Tenía una oreja siempre en alto para captar el sonido de esa voz profunda que tanto amaba. Ahora estaba en su primer sueño de la noche y el gruñido de Benny llegó hasta él como si fuera la voz de su amo que decía: «¡Nip, Nip! ¡Una araña! ¡A por ella, Nip!». Se enderezó sobre el asiento y, temblando, lanzó unos trémulos gemidos, en parte de placer y en parte de miedo. Tenía los ojos clavados en la puerta, aunque la oscuridad se la ocultaba por completo.

Wakefield, acurrucado junto a Renny, fue el único de la casa que oyó los gemidos de Nip. Abrió los ojos, se dio cuenta de que era noche cerrada, volvió a oír el ligero ruido quejumbroso y un estremecimiento le recorrió todo el cuerpo.

—Renny —murmuró tirando a su hermano de la manga—. ¿Qué ruido es ese?

Renny contestó con voz soñolienta:

—Nada, duérmete.

—He oído algo muy raro, como si alguien estuviese llorando.

—Será Mooey, que tendrá pesadillas.

Wakefield se sentó en la cama y aguzó el oído. Nip, en ese momento, saltó desde la silla al suelo y comenzó a rascar la puerta.

—¡Escucha, escucha! Está pasando algo muy raro.

Renny, para tranquilizarlo, se levantó y salió al pasillo. No oyó nada. Se había vuelto a la cama, pero volvió a oírse el gruñido, que esta vez venía de abajo. Renny se acordó de un mozo de cuadras muy rudo al que había despedido aquella tarde por haber maltratado a un caballo. Lo había sacado de allí, echándolo con todas sus fuerzas por la puerta, y el hombre se había marchado amenazando con el puño. No estaría mal comprobar que todo estuviera en orden por ahí abajo. Encendió una vela e hizo la ronda de las principales habitaciones.

Todo estaba tranquilo. Benny volvió a enroscarse en su esterilla, removiendo el muñón de la cola para demostrar que estaba en perfectas condiciones de hacer frente a la situación.

La luz de la vela de Renny cruzó la cara de Piers cuando pasó por delante de su puerta. Piers levantó a duras penas los párpados y miró soñoliento a su alrededor, intrigado por lo que había podido despertarlo. Se encontraba de maravilla. Todo su ser se hallaba invadido de una inexplicable ternura. La respiración de Pheasant le llegaba rápida y suave, como la de un cervatillo dormido. La acercó a él y rozó con los labios su hombro desnudo.

Así es como puede considerarse que la lluvia, que estaba abriendo nuevos capullos en el jardín aquella noche, fue también responsable de la concepción de un nuevo Whiteoak.

XVII

SEXTETO

Habían pasado muchos años desde los tiempos en que en Jalna no se contaban más que seis individuos de la familia. Los que se quedaron necesitaron algún tiempo para acostumbrarse a ver los huecos que quedaban en la mesa. El más difícil de llenar, en su mente, era el que había dejado vacante la voluminosa figura de Nicholas. A Renny eso le disgustaba mucho. Le parecía haber vuelto a perder a su abuela al ver partir de esa manera a sus hijos, que siempre había estado acostumbrado a tener a su alrededor. Alayne propuso recoger las hojas extensibles de la mesa para estar más cerca unos de otros, pero esa idea le resultaba odiosa. Por tanto, continuaron sentándose uno frente al otro, cada uno en un extremo de la enorme extensión del mantel sobre el que descansaba la imponente vajilla de plata que daba al más frugal desayuno la importancia de una sólida comida. A un lado de la mesa se sentaban Piers y Pheasant y al otro Wakefield, que seguía siendo muy menudo por mucha importancia que quisiera darse.

—Ya sé lo que vamos a hacer —dijo Renny una mañana—. Que Mooey coma en la mesa con nosotros. Ya tiene edad de sobra. Que se le prepare un cubierto a la hora de las comidas, Alayne. Puede sentarse al lado de Wake.

La idea de que un niño de apenas tres años fuera a compartir las comidas familiares disgustó a Alayne. Se imaginó esa carita llena de migas y esa voz infantil pidiendo machacona la comida de las personas mayores. Procuró que no se le alterase la voz ni se le descompusiera la expresión, pero en ambos intentos fracasó. En su voz se advertía una ligera irritación y frunció un poco el ceño al responder.

—¿No crees que Mooey aún es demasiado pequeño? Seguro que Pheasant piensa lo mismo.

El primer pensamiento de Pheasant, a decir verdad, había sido: «¡Ay, qué bien poder tener a mi niño en la mesa!», pero cuando se dio cuenta de que a Alayne no le hacía gracia, se dirigió a Piers con un ademán de duda.

—¿A ti qué te parece? ¿Será demasiado pequeño?

Piers, después de una rápida mirada de soslayo a la cara de Alayne, replicó:

—Wake era más pequeño todavía cuando empezó a sentarse a la mesa.

—¡Es verdad! —exclamó Renny con una carcajada al acordarse—. Me parece que lo estoy viendo. No tenía más que ojos. La abuela solía darle sopitas de bizcocho mojado en su propio vino.

Alayne se imaginó la escena. La anciana, que por entonces ya contaba más de noventa años, metía trozos empapados en la boca del niño. No pudo evitar decir, cortante:

—Tal vez vengan de ahí las malas digestiones que tiene ahora Wakefield.

—Menuda tontería —replicó Renny—. La abuela solía decir que era ella quien le había salvado la vida. El niño no tenía apetito. Solo ella conseguía hacerlo comer.

—¡Ya me acuerdo, ya me acuerdo! —gritó Wakefield—. Yo estaba sentado entre Meggie y la abuela y nunca tenía hambre. Meggie me ponía la cuchara delante y yo volvía la cara y decía: «No quiero, no quiero». Y entonces la abuela se inclinaba hacia mí, que me parecía enorme con la cofia y el chal, y me decía: «Abre la boca, chiquitín». Yo la abría de par en par, ella me metía dentro un delicioso bocadito de bizcocho mojado en vino y el vino me corría por la barbilla hasta el babero.

Rags había estado escuchando con gran interés. No se le escapaba el menor cambio de inflexión o expresión y, al llegar a ese punto, dijo con su voz nasal:

—Disculpe si hablo más de la cuenta, señora, pero yo acababa de llegar a Jalna entonces. Estoy seguro de que el chico se habría muerto de tristeza si no hubiera recibido los mimos de su abuela. Después de todo lo que había visto en la guerra, señora, me parecía contemplar un cuadro encantador.

Alayne lo miraba con una gélida expresión de desagrado. En cambio, Renny le dirigió una sonrisa y abrió tanto la boca que se le vieron todos los dientes. Se parecía tanto a su abuela que Alayne se sintió mortificada, aunque de eso Renny no tenía la culpa.

—Bueno —dijo Piers—, siempre saldría algo bueno de que el chico comiese con nosotros. Tal como están las cosas ahora, o bien la chica de la cocina tiene que cuidar de él cuando hace falta ahí abajo o Mooey tiene que estar en la cocina a las horas de las comidas.

—Siempre con el peligro de escaldarse —agregó Rags.

Alayne observó el tarro de la mermelada.

—Llévese esto a la cocina y haga que lo laven. Lo ha puesto en la

mesa casi vacío y ya puede ver lo sucio que está el borde.

Rags la miró asombrado al coger el tarro, como pensando: «Pero, bueno, ¿quién se ha creído esta que es para mandarme así?».

Ya desde su regreso a Jalna como señora de la casa, Alayne había demostrado que le repugnaba dar órdenes a Rags. No le costaba dárselas a la cocinera ni a su ayudante. Eran las dos respetuosas y agradables. Pero en Rags presentía un frío antagonismo, una especie de rencor y un deseo de contrariarla en todo. Alayne no tenía la menor duda de que Rags se daba cuenta de cuánto le molestaba que se metiera en la conversación de la familia, cosa que lo empujaba a meterse todavía más. Rags sabía que a Alayne no le gustaban las corrientes y a Alayne le parecía imposible entrar en una habitación que no estuviese sometida a constantes ventoleras. En tiempos de la vieja Adeline se había llegado a sofocar por la falta de aire, pero por lo visto a los Whiteoak les daba lo mismo que el aire que respiraban estuviese viciado o se asemejara a un torbellino. Muchas veces, la mera presencia del menudo *cockney* en la casa le resultaba intolerable.

Cuando Rags se alejó, Alayne dijo:

—Creo que Bessie puede cuidar bien de Mooey durante las horas de las comidas. Lo que hace es lavar las verduras, traer la leña y el carbón, y cuando Pheasant sube a cuidar de Mooey, Bessie baja a la cocina a fregar los platos. No veo por qué ha de ser tan necesaria en la cocina mientras comemos.

—Eso no tiene nada que ver con el asunto —repuso Renny—. A los criados es a quienes les atañe tener el trabajo hecho en el momento oportuno. Yo estaba hablando del aspecto de la mesa. Se me hace demasiado solitaria.

Wakefield, haciendo coro a la disposición de ánimo de Renny, repitió:

—¡A mí también se me hace demasiado solitaria!

—Vaya, sois la gente más romántica que he conocido nunca. En mi opinión, la mesa quedaría muy bien si la cerrásemos, como te había propuesto, Renny, para reducirla de tamaño.

Le habían entrado unas ganas atroces de echar una buena reprimenda a Wakefield, pero consiguió dominarse.

Le llegó una ráfaga de aire frío que venía del lado norte de la casa, cargada de la humedad de la explanada empapada por la lluvia. Sin decir palabra, Alayne se levantó y se dirigió a la ventana para intentar cerrarla, pero la madera se había hinchado con la humedad y no lo consiguió. Renny la vio forcejear durante un rato y por fin se levantó y se acercó a ella.

—¿Por qué no me has dicho que querías cerrar la ventana? —le preguntó, y la cerró de un golpazo.

Alayne se encogió de hombros y volvió a sentarse. Piers y Pheasant intercambiaron una mirada. Wakefield se percató de esa mirada y dirigió la suya hacia Alayne con ademán interrogante.

—¿Dónde está la mermelada? —preguntó Piers—. Hace un momento estaba aquí.

—Le he dado el tarro a Rags para que lo rellenase —contestó Alayne. Piers tenía que haberla visto por fuerza cuando lo había hecho. Era obvio que estaba haciendo lo que podía para acabar de enojarla.

—Bueno, pues yo tengo que marcharme —dijo su cuñado mirando el reloj—. No puedo esperar.

—Pero oye, no te vayas sin tomar un poco de mermelada, Piers —lo instó Pheasant reteniéndolo por la manga—. ¡Con lo que te gusta! Llama con la campanilla, Wake, y haz que Rags se dé prisa.

Wakefield fue hasta la campanilla y le dio un violento tirón al cordón. Como se usaba muy poco, no se habían dado cuenta de que estaba todo rozado y desgastado. Al segundo tirón se le quedó entre las manos.

—¿Se puede saber qué haces? —gruñó Renny.

—No había necesidad de ser tan brusco —le recriminó Pheasant—. De verdad, Alayne, habría sido mejor que no hubieses devuelto el tarro a la cocina antes de que se sirviera Piers. Para él había de sobra.

—Asómate a la escalera y dale un grito a Rags —dijo Piers.

Wakefield se dirigió corriendo a la escalera mientras jugueteaba con el cordón roto y gritó:

—¡Rags, no te entretengas!

Y antes de volver a sentarse en su sitio, dio dos vueltas alrededor de la mesa, agitando sin parar el cordón.

—¡Siéntate! —rugió el señor de Jalna, que dirigió una sonrisa de disculpa al extremo de la mesa donde estaba su mujer. Pero los ojos de Alayne rehuían las miradas de Renny.

Wragge entró todo sofocado en la habitación.

—¿Dónde está la mermelada? —preguntó Pheasant.

Wragge les lanzó una mirada llena de resentimiento.

—Bueno, cuando estaba preparándola, oí primero la campanilla y todo seguido un grito. Me llevé tal susto que se me cayó el tarro de las manos. Me figuraba que ocurría algo urgente, señora.

—Pues la mermelada era lo urgente. ¿Se ha roto el tarro?

—Bueno, señora, creo que no. Ya sé que he tardado un poco, pero la señora Whiteoak… —Dirigió un saludo medio servil y medio descarado a Alayne—. Usted se había quejado de que el tarro estaba sucio y tuve que buscar a la señora Wragge para que lo lavara porque la chica está arriba cuidando del niño, señora, y ya lo traía cuando oí

el grito.

—Traiga más mermelada y no se entretenga. El señor Piers está esperando.

Alayne iba tomando el té a sorbitos, tratando de dominar su irritación, de disimular su antipatía hacia el pequeño *cockney* y diciéndose a sí misma: «No es nada. No debo dejarme turbar con tanta facilidad. Esta ha de ser mi vida». Se le vino a la cabeza la imagen de la mesa del desayuno en casa de sus padres. Los mantelitos bordados colocados sobre la mesa barnizada, el esbelto jarrón de plata con tres rosas, por ejemplo, las finas tazas de porcelana, las toronjas peladas ya, azucaradas y adornadas la víspera, por su propia madre, con guindas al marrasquino, el exquisito café. Su padre leyendo el artículo de fondo del *New York Times*, con su entonación lenta y bien distinta de profesor de Nueva Inglaterra. La figura exquisita de su madre con su pan dietético especial y el plato de higos cocidos delante de su sitio. Sin poder remediarlo, se le llenaron los ojos de lágrimas.

El hilo de sus pensamientos se rompió con el sonido de la voz de Mooey, que se asomaba por la puerta. Wragge estaba de pie en el recibidor, llevando al chiquillo encaramado en los hombros.

—¡Ale, aballito bonito! —gritaba Mooey—. Hola, mami. Teno un aballito bonito, mira.

—¡Hola, cielo! —contestó Pheasant, y después añadió—: ¿Por qué lo ha bajado, Rags?

Pero no podía disimular que estaba muy contenta.

—Estaba llorando a moco tendido, señora —replicó Wragge—. Bessie lo había dejado solo para ir a abrir la puerta porque yo estaba en la cocina con lo del tarro de mermelada.

—¡Una paliza es lo que se merece si llora por tan poco! —exclamó Piers, poniéndose a comer mermelada como si fuese una golosina que no hubiera probado jamás hasta el momento.

—No seas tan severo, papá —le rogó Pheasant.

—No me llames papá.

—Pero es muy molesto —siguió ella— eso de sacar a Bessie de la cocina para que cuide de él cuando podría muy bien estar aquí, ¿no?

Dirigió una mirada conciliadora a Alayne.

—¡Ven con tu tío! —le dijo Wakefield al niño con la boca llena.

—Quero al tío Renny —replicó Mooey tendiéndole los brazos a este último.

Wragge entró en la habitación con el niño a cuestas. Renny se lo puso sobre las rodillas.

No era nada, pensó Alayne, pero demostraba sin duda alguna su actitud frente a ella. Todos sabían muy bien que a ella no le gustaba que el chiquillo viniera a la mesa, pero a pesar de todo tendría que

apechugar con él. Para ella, un niño tan pequeño en la mesa seguía representando un inconveniente. Habría aún menos probabilidades de sostener una conversación. No es que las conversaciones de Jalna le resultasen muy estimulantes que digamos, desde el punto de vista intelectual, pero se hizo cargo de que, a partir de ese momento, el tema central sería la inteligencia o las travesuras del chiquillo. Renny ya se sentía satisfecho dando de comer al niño de su propio plato, mientras Wakefield los contemplaba extasiado.

Parecía que el desayuno no iba a acabar nunca. Piers se había olvidado por completo de sus prisas. Pheasant estaba inclinada hacia delante, contemplando a su hijo. Alayne observó una larga carrera en el hombro de su jersey. Wakefield estaba como si no se hubiese peinado al levantarse. Con voz quejumbrosa decía:

—No me encuentro muy bien esta mañana. No debería tener que ir a clase hoy.

—Estás de maravilla —replicó su hermano mayor—. Venga, en marcha, que ya son las nueve.

Alayne se levantó de la mesa.

—Os ruego que me perdonéis. Tengo que hablar con la cocinera sobre la comida.

Renny se levantó a medias, con el chiquillo en brazos aún, la cogió por el vestido cuando pasaba y la atrajo hacia él. Alayne estaba rígida como una colegiala ofendida, pero en el momento en que Renny la tocó, toda su dignidad pareció desaparecer como por ensalmo. Su clara inteligencia se lo hizo comprender y, despreciándose a sí misma por esa debilidad, sintió aumentar su resentimiento contra Renny. Este levantó la cara para que Alayne le diera un beso, haciendo un puchero y con las pupilas dilatadas. Pero Alayne no se sentía dispuesta a besarlo, y menos en presencia de toda la familia. Sacudió la cabeza y apretó los labios.

Renny enarcó las cejas y vocalizó en silencio: «¿Qué te pasa ahora?».

—¡Beso, beso! —gritó Mooey tirándole del brazo.

Alayne besó al niño, sonriendo. Al cogerla, Mooey le dejó una marca pegajosa en la manga.

—Vosotros, como si no estuviéramos aquí —los animó Pheasant en tono jovial—. Nunca os he visto besaros y me gustaría mucho.

—Vamos mejorando con el tiempo —repuso Renny.

Alayne se había ofendido y no intentó disimularlo, pero mientras bajaba al sótano tenía la impresión de haber estado muy quisquillosa.

La señora Wragge acostumbraba a subir para recibir instrucciones. Lo prefería, pues como le explicó a su marido: «No me gusta que las señoras se entrometan en mi cocina. La señora Meggie no se metía. La

señora de Piers no se mete. Que no se meta la señora de Renny».

Por lo tanto, Alayne fue recibida con muy malos modos cuando apareció en la cocina.

Mirando a la señora Wragge a los ojos, le preguntó:

—¿Hay algo que no marche bien, señora Wragge?

La cocinera, algo sorprendida por la pregunta, replicó:

—Esta mañana no me encuentro muy allá. No he pasado buena noche. Debería estar en la cama, pero no se daría abasto en el trabajo, ya que Bessie tiene que pasarse las horas arriba cuidando del niño y mi marido tirando tarros de mermelada por el suelo limpio.

—Creo que es muy ridículo —dijo Alayne, dándose perfecta cuenta de que Rags la oía— eso de dejar caer el tarro solo por oír la campanilla.

—Bueno, John es un manojo de nervios, eso es lo que pasa, por los sustos que tuvo en la guerra y por la preocupación de que yo no estuve bien anoche. —Se cruzó de brazos y miró a Alayne con cierta expresión retadora—. ¿Quería usted algo especial por aquí esta mañana, señora?

—Tenía ganas de echar una ojeada a las despensas para ver si queda mucha mermelada y confitura, para saber lo que hay que preparar este año.

—No queda nada —dijo la señora Wragge siguiéndola a la despensa—. Ya hace meses que no hay. Habría podido preparar mucha más, pero no tenía botes donde meterla.

—¿Por qué no lo dijo usted?

—Ya lo dije, señora. Le pedí más al señor Whiteoak antes de que se marchara a Inglaterra para casarse, pero dijo que en esta casa se rompían demasiadas cosas y que si no había bastantes tarros de confitura, que nos arreglásemos con menos.

Alayne comprendió que esta observación se la hacía con intención de intimidarla. Sabía que los tres criados se daban cuenta de que no estaba acostumbrada a tratar con el servicio y que, por eso, pretendían embaucarla. Hasta ese momento se había entendido muy bien con la señora Wragge, la había considerado muy superior a su desenvuelto marido, pero en ese instante empezó a cogerle antipatía. Con la cabeza muy erguida, entró por delante de la cocinera en la despensa y empezó a investigar el estado de las cosas con un espíritu bastante agitado.

En primer lugar, se fijó en el tufo, que no le gustaba nada.

—No sé qué podrá ser —declaró la señora Wragge olfateando—. No hay nada que pueda oler ahí dentro. Bessie lo restriega a mano y de rodillas todos los días.

—¿Qué hay en esta cazuela? —preguntó Alayne levantando una

tapa.

Estaba medio llena de bizcochos y galletas mezclados. Cogió una galleta. Estaba blanca como el papel.

—¿No sabe usted —dijo con severidad— que las galletas y los bizcochos no se guardan nunca juntos? Póngalos siempre por separado de hoy en adelante.

Encontró mantequilla en tres fuentes distintas, todas ellas sin tapa. Vio una gran escudilla que había contenido confitura y en aquel momento estaba vacía, pero sucia, con una capa de moho verde por la que se paseaba una araña. Había un queso a medio acabar y otro empezado. Leche y nata en todos los estados, desde la fresca de aquella mañana a la que olía a agrio que echaba para atrás. Debajo de una gran tapa de plata encontró un pedazo de carne que era sin duda la causa del mal olor. Por todo ello reconvino a la señora Wragge. Cuando encontró un precioso tazón de loza de Staffordshire que servía para guardar desperdicios de remolacha, no pudo evitar reprenderla con gran seriedad.

De la despensa pasó al armario de la vajilla. Hizo ver que la loza no estaba bien lavada. En lugar de una superficie lisa y brillante, estaba toda empañada, resultaba áspera al tacto.

—Bueno, señora —declaró la señora Wragge desesperada—, cada día se lava con escama de sosa.

—Ya me he dado cuenta por el olor —dijo Alayne—. No está bien aclarada.

Recordó la blancura inmaculada del armario de la vajilla en casa de sus tías, junto al Hudson.

En la cocina, hizo notar a la señora Wragge el aspecto de las sartenes ennegrecidas. Le hizo ver que el vidriado de todas las fuentes del aparador grande estaba rayado de tanto calentarlas en exceso.

Bessie estaba en el fregadero desplumando pollos. Las plumas esparcidas por el suelo parecían copos de nieve. Tenía plumas hasta en el pelo negro y pegadas al rechoncho cuello. Era una chica bastante guapa, de nariz respingona y gruesos labios rojos. Se levantó algo asustada cuando entró Alayne. Sostenía el pollo por una pata mientras el lívido pico rozaba el suelo. Sus compañeros, ya desplumados, estaban sobre la mesa junto a ella.

—¿No te parece, Bessie —dijo Alayne con amabilidad—, que sería mucho mejor tener una caja donde meter la plumazón?

Bessie no sabía lo que era la plumazón y se asustó aún más.

Alayne se quedó todavía un rato, tratando de hablar con naturalidad y disponiendo las cosas con la señora Wragge para dar una vuelta de inspección por el sótano una vez por semana. Estaba segura de que la próxima vez todo iría mucho mejor. Tenía ganas de

ver todo en perfecto orden. Eso la ayudaría a llenar muchas horas que le resultaban muy pesadas. La próxima vez se metería por el misterioso pasillo que conducía a la bodega. Mientras se dirigía a la escalera, entrevió un dormitorio revuelto y a Wragge haciendo la cama con un cigarrillo en la boca.

Estaba cansada, pero satisfecha de sí misma, mientras se dirigía a su dormitorio. Demostraría a los criados que no era ningún figurón. Demostraría a Piers y a Pheasant que en Jalna ella era la señora tanto como Renny era el señor. Demostraría a Renny…

Le asombró encontrar a Mooey en su habitación. Estaba delante de su tocador con un bote de polvos de talco en la mano. Estaba espolvoreando todos sus artículos de tocador. Ya se había empolvado todo el pelo, y la alfombra y las sillas demostraban todo lo que se podía hacer con un solo bote de polvos de talco.

Si no hubiera estado tan cansada e irritada, no habría sido tan dura con el chiquillo.

—¡Pero bueno, qué niño más malo! —lo riñó zarandeándolo—. ¡Pobre de ti si te atreves a volver a entrar en mi cuarto!

El niño la miró y se le saltaron las lágrimas. Abrió la boca todo lo que le daba de sí y lanzó un gemido de angustia. Alayne lo empujó por la puerta hacia el pasillo. Cuando volvió a entrar, se encontró con el viejo Benny echado en su colcha nueva de seda malva. Estaba muy enroscado, mirándola con uno de sus ojos castaños con aire de que haría falta algo más que su mero disgusto para sacarlo de ese nido tan acogedor.

Tal vez fue aquella la primera vez en su vida que Alayne experimentó la violencia del furor primitivo. Sabía que el perro tenía pulgas, pues estaba cansada de verlo rascarse. Después de la lluvia de la noche anterior, tendría las patas llenas de barro. Cogió una zapatilla y le arreó con el tacón, primero en la cabeza y después en los cuartos traseros. La reacción de Mooey no fue nada comparada con la del perro. Chilló como si todas sus pesadillas se hubieran hecho realidad. Saltó de la cama, en la que dejó una huella húmeda y oscura, pero en lugar de salir de la habitación, se escondió debajo. Desde allí, puesta de rodillas y gateando, Alayne se vio obligada a hacerlo salir a fuerza de zapatillazos. Al llegar a este punto, ya estaba fuera de sí. Lo siguió hasta la puerta y le tiró encima la zapatilla. El perro salió disparado por el pasillo, aullando histérico. Mooey seguía sollozando. Pheasant apareció en la puerta de su cuarto con el niño en brazos.

—Pero, Alayne, Mooey dice que le has pegado. ¿Qué ha podido hacer el chiquillo?

Pheasant tenía todo el aspecto de una madre ofendida.

—Me ha inundado el cuarto de polvos —dijo Alayne sofocada—.

De verdad, Pheasant, no deberíais dejarlo entrar en el cuarto solo, es demasiado travieso.

—¿Y eso ha sido todo? —replicó la otra con frialdad.

Renny subía la escalera con Ben pisándole los talones.

—¿Qué le habrás podido hacer al pobre Ben? Jamás lo he oído alborotar así.

Al contemplar la cara de Alayne, soltó una carcajada. Tenía las manos, la nariz y la barbilla llenas de polvos. Por primera vez desde que la conocía, estaba despeinada.

Sin parar mientes en su aspecto, Alayne miró a Renny con aire altivo.

—A ti te divertirá mucho, pero a mí no. El perro me ha echado a perder la colcha de seda y este chiquillo me ha puesto el cuarto de forma que poco tiene que envidiar al fregadero de Bessie.

Pheasant acariciaba a su hijo, que todavía miraba a Alayne con los ojos húmedos, como si fuese un ogro.

—Me parece, Alayne, que a ti te gustarían más los gatos y un canario que los perros y un niño —le espetó mientras regresaba a su habitación consolando todavía al pequeño.

—Veamos en qué han consistido los desperfectos —dijo Renny entrando con ella en el cuarto. Miró al suelo, el tocador y la cama—. Se quitará enseguida con un buen cepillado.

—Se quitará de la alfombra, pero la colcha está estropeada del todo.

—¿No puedes mandarla al tinte?

—Claro que sí, para que me la devuelvan con todo el apresto perdido, como me pasó con el traje. Las tintorerías de aquí no son a lo que estoy acostumbrada.

Renny no podía mirarla con seriedad mientras estuviera en el estado en el que estaba. Se sonrió y le dijo:

—Con solo mirarte al espejo te olvidarás de todas tus contrariedades.

Alayne se miró y se puso más furiosa todavía.

El viejo Benny pensaba: «Estando aquí mi amo, puedo subirme con toda tranquilidad a la cama». En consecuencia, saltó con desenvuelta agilidad sobre la colcha de seda, rehuyendo el sitio que había manchado antes. Tenía las patas cubiertas de gotitas de barro medio seco. Empezó a lamerse el lugar del trasero donde le había dado la zapatilla.

Apenas Alayne dejó de contemplarse la cara cuando vio al perro. Era una de esas cosas que parecían demasiado malas para ser verdad. Cogiendo la otra zapatilla, se abalanzó sobre Benny y le pegó repetidas veces. Renny la cogió por la muñeca.

—No quiero que le pegues así —dijo cortante.

—Pues sácalo de mi cuarto, entonces. Es un animal asqueroso.

—Vámonos, Benny. Aquí estamos de más, tú y yo.

—¡Hablas como un perfecto idiota!

Renny se detuvo en la puerta para dirigirle una última mirada y dijo con solemnidad:

—Creo que eres la mujer de carácter más violento que haya conocido jamás.

Alayne lo siguió con la mirada mientras se alejaba y luego se dejó caer sobre una silla junto a la ventana, exhausta. Oía en su mente el eco de su propia voz repitiendo: «Hablas como un perfecto idiota». Había llegado a decirle eso a Renny. ¿Y qué había contestado él? Esas palabras también se le reproducían en la mente. No tenía remordimientos por sus propias palabras ni se sentía ofendida por las de Renny. Solo estaba agotada, aturdida por la brecha que se había abierto entre ellos. ¿Podría soldarse otra vez? ¿Podría ella volver atrás sobre el abismo de sus palabras y colocarse de nuevo a su lado? La mujer de carácter más violento que había conocido jamás. Y eso, a pesar de que muchas veces había visto a su abuela enfurecida, levantando la piel a los chicos a bastonazos. También sobre él había caído el aguijón de sus palabras. ¡Ay! Pero se trataba de su abuela. Era muy distinto ser su mujer. Su mujer debía ser condescendiente. Bueno, si no condescendiente, cuando menos no debía alzar la mano sobre sus perros. Se asomó a la ventana para aspirar el aire soleado de la mañana. Había oído el arrullo de una tórtola, el estruendo del perro de una granja. Contempló las hojas afiladas de los abedules agitadas bajo la caricia del sol. Recordó su llegada a Jalna la primera vez, como esposa de Eden. La vida le había parecido entonces misteriosamente diferente a lo que ella conocía. Ahora su vida de soltera le parecía muy remota, muy confusa, aunque solo habían transcurrido cinco años. Se asemejaba a una calle que en otros tiempos hubiese conocido muy bien. Sus pensamientos y sus emociones habían constituido los edificios, esbeltos, estrechos, blancos, de altiva sencillez. Aquella calle se había derrumbado durante los primeros meses de su vida con Eden. ¡Cómo la había absorbido el contacto con su mente voluble, sensitiva! Una nueva calle había surgido ante ella para su espíritu, calle espaciosa de ricos matices donde las estrellas colgaban por encima de los tejados y las fuentes fluían delante de las puertas. En aquellos tiempos se había imaginado poder convertirse en la inspiración de Eden, el medio que lo condujera a escribir magníficos poemas. Qué pronto se habían desvanecido esos edificios. Las infidelidades de Eden, su propio encuentro con Renny, la vida en la misma casa que Renny. ¿Qué era lo que había corroído sus cimientos? Jamás habían montado Eden y

ella una escena parecida a esta última. Nunca se había sentido tan encolerizada con Eden. ¿Por qué? ¿Porque el amor que le había tenido había sido mucho menos intenso? ¿Porque su amor se hallaba mezclado en aquella ocasión con mucho de sentimiento maternal? ¿Acaso porque su amor hacia Renny era tan pasional o porque siempre quedaban contrariados sus deseos de comprenderlo? La nueva calle por la que se deslizaba su vida aparecía rodeada de pasos oscuros e intrincados, separados por puertas cerradas que al abrirse de par en par eran barridos por vientos helados y por el ruido de los cascos de caballos galopantes.

Pasó mucho tiempo antes de que pudiese alejar tales fantasías de su imaginación, arreglarse el pelo y lavarse la cara. Llamó a Bessie para que barriera la alfombra y preparó un paquete con la colcha para enviarla al tinte.

Renny cerró la puerta de un golpazo y Ben le siguió pisándole los talones. Se alegraba de alejarse de la casa, pero no más que en muchas otras ocasiones en las que, después de una disputa familiar, su propia abuela lo había seguido hasta la misma puerta acribillándolo de recriminaciones. Era cierto que esa pataleta de Alayne lo había sorprendido. Siempre había creído que tenía un carácter ideal. ¡Y que pegara con tanta furia al pobre Benny y lo llamase idiota a él mismo! Al pensar en eso, casi se echó a reír. ¿Qué le habría pasado? ¿Sería tal vez que iría a tener un hijo? Sabía que las mujeres a veces se ponían muy extrañas por ese motivo. Cogían pataletas o se les antojaba comer zanahorias crudas o almidón de planchar, cualquier cosa igual de rara. Bueno, la verdad, deseaba que se tratase de un hijo. Tanto Meggie como Pheasant lo habían tenido al cabo del año y ya hacía un año que estaban casados y no había el menor atisbo de la venida de uno. Le gustaría un hijo que se le pareciese, pero sin el pelo rojo. Podía muy bien prescindir de eso. Y si fuese una chica, le gustaría que se pareciese a Alayne, aunque a fin de cuentas sería mejor que heredase el carácter de Meggie. Recordó que desde las primeras horas de la mañana había estado muy rara, cómo había abroncado al pobre Rags sobre lo de la mermelada y la mirada que le había echado a él mismo cuando se había acercado para cerrar la ventana. Todo la había molestado, hasta el insignificante detalle de que Wakefield hubiese estado agitando el cordón de la campanilla. ¡Y qué majadera se había puesto con eso de que Mooey fuese a comer en la mesa de los mayores! Había tratado de disimularlo, pero él la conocía bien. Claro que, si fuese a tener un chiquillo, la vista de otro en la mesa podría revolverle el estómago. ¿Quién sabe?

No se había alejado más que unos pasos de la puerta cuando Wragge lo interceptó. A la luz del sol, su chaqueta relucía y, por debajo del cabello gris, se le veía el cuero cabelludo. Miró a Renny

con expresión tétrica, retorciendo la nariz y el labio superior como tenía por costumbre antes de hablar cuando se sentía ofendido.

—A ver, ¿qué te ocurre? —preguntó Renny impaciente.

—Vengo a presentarle mi renuncia, señor. Creo que mi señora y yo haremos bien en irnos, ya que la señora Whiteoak no está contenta con nosotros.

—La señora Whiteoak no me ha dicho ni media palabra de que no estuviese contenta —dijo Renny estupefacto—. ¿Qué ha ocurrido?

—Bueno, señor, ya vio lo que pasó con la mermelada a la hora del desayuno. Estaba tan nervioso que casi me caigo de espaldas cuando sonó la campanilla y se me escurrió el tarro y se rompió en mil pedazos. Claro que ya estaba rajado y no era el mejor, sino el otro. Pues bien, después del desayuno fue a la cocina y desahogó toda su cólera sobre la señora Wragge. No hubo pote ni cazuela ni cajón donde no metiera las narices y nada estaba bien. Llegó a mirar los trapos de abrir el horno y dijo que eran mantelitos para el té y que no tenían nada que hacer allí. Se metió con Bessie sobre su modo de desplumar los pollos. Bessie es joven y no le importan mucho los sermones, pero la señora Wragge no estaba muy bien esta mañana. Ayer por la noche se comió un plato de restos de cerdo frito antes de irse a la cama y a las tres de la madrugada creíamos que se moría. Por lo tanto, no se ve con ánimos de tragarse los sermones de la señora Whiteoak, y como mis nervios tampoco los aguantan, vale más que nos vayamos.

—¡Que te digo que no os vais, diablos! —tronó Renny—. Vete y ponte ahora mismo a trabajar. Jamás he oído semejante sarta de majaderías. Aquí tenéis una colocación espléndida. Y si tu mujer no puede aguantar un rapapolvo de vez en cuando, debería avergonzarse. Dale una dosis de sales laxantes y no la defiendas en sus caprichos.

Siguió su camino, pero Rags iba detrás de él sin dejar de hablar.

—Estábamos muy contentos con el puesto que teníamos aquí y yo siempre me he preciado de saber estar en la casa, pero ¿de qué va a servir todo eso si la señora no ha de estar nunca contenta?

—Rags —dijo Renny deteniéndose y dirigiéndole una mirada de afectuosa camaradería—, tú y yo hemos pasado juntos por muchas cosas. No quiero separarme de ti y no creo que tú quieras dejarme. Sabes muy bien cómo apaciguar a tu mujer. No creo que lo que ha sucedido esta mañana vuelva a ocurrir. Yo he dejado pasar muchas cosas y vosotros dos debéis demostrar un poco de sentido común aguantando algún sermón de vez en cuando. Recuerda a tu mujer las decenas de veces en que he alabado sus salsas y sus tartas.

La cara oscura de Rags se hallaba sobrecogida de emoción.

—¿Se acuerda, señor, de aquella vez en que cambiamos de

posición en el frente y llegamos a un puesto perdido de la mano de Dios al anochecer y al cabo de una hora yo le había preparado una comida de cuatro platos con unas cuantas cosas que había llevado en una lata?

—¡Cómo no voy a acordarme! En la vida me olvidaré de esa comida.

Se quedaron hablando de los tiempos pasados. Rags volvió a la cocina a decir a su mujer que el señor estaba de su parte y le recomendó que no hiciesen demasiado caso a la señora.

—Yo habría podido pasar el sermón —declaró la señora Wragge— si no hubiera empezado a meterse con el vidriado de las fuentes. Pero si estaban todas rajadas antes de que ella pensara en poner los pies en esta casa.

—¡Y qué manera más rara de hablar! —observó Bessie—. Cuando empezó a decir lo de la plumazón de los pollos, casi suelto una carcajada.

—No seas boba —le reprochó la señora Wragge—, así lo dicen en su tierra.

Renny y el perro pastor se dirigieron a la cuadra, pero él había llegado a enfadarse de veras con Alayne. No le importaba que se pusiera desagradable con él. Señor, le había dicho que hablaba como un perfecto idiota. Pero además había pegado al pobre Ben por bien poca cosa y ahora descubría que por poco le hace perder al matrimonio Wragge. Recordó cómo se había alejado de él cuando había querido besarla después del desayuno. Suspiró muy intrigado.

Por regla general, iba visitando uno por uno a todos los caballos al entrar en la cuadra por la mañana, pero ese día estaba alterado. Se metió directamente en su despachito y se sentó ante el escritorio de roble. Este año no le iban muy bien las cosas. Había perdido mucho dinero en las carreras. Un caballo por el que había apostado muy fuerte, seguro de su clase, pues lo había criado en sus propias cuadras y se lo había vendido después a un amigo para vigilar su entrenamiento mes tras mes, se había caído, había derribado al jinete y había llegado sin montura a la meta. Uno de sus propios caballos, que él mismo había entrenado para carreras de obstáculos, montado por uno de sus propios hombres, había actuado de una forma nada satisfactoria. Había tenido esperanzas de venderlo por muy buen precio y esas esperanzas estaban del todo perdidas si el caballo no recordaba su reputación en otra carrera. Había vendido dos de sus mejores caballos a un agente muy acomodado, pero por un motivo u otro no había podido cobrarlos todavía. Renny no quería presentar pleito contra él, pero le hacía mucha falta el dinero. Además de todo eso, una tormenta se le había llevado en el otoño anterior el tejado de una de las cuadras y hasta había derribado un trozo de la pared. Por

suerte no les había pasado nada a los caballos, pero el carpintero y el albañil empezaban a apremiarlo por el cobro de sus jornales. Había que encontrar la manera de pagarlos.

A principios de primavera había recibido una carta de Eden pidiéndole un préstamo. Estaba en Francia, donde había estado trabajando todo el invierno, y quería marcharse a Inglaterra. No estaba muy bien de salud, necesitaba un cambio de aires. Habían tenido un invierno de frío terrible en la Riviera, con muchísima lluvia. Minny estaba con él, por supuesto. No podía imaginarse lo que habría hecho sin ella. ¿No podría prestarle mil dólares? Minny le enviaba también su cariño.

Cuando Renny llegó a ese punto de la carta, no pudo evitar guiñar un ojo. Había algo en el tono que no le acababa de gustar. Era un tono casi de descaro, como si estuviese diciendo: «Bueno, me he marchado con Minny y te he allanado el camino para llegar a Alayne, no es demasiado pedir mil dólares por un servicio así». Lo llamaba un préstamo, pero Renny sabía muy bien que no se lo devolvería jamás. Y Eden sabía que Renny lo sabía. Le había enviado el dinero. Era muy difícil rehusárselo a un hermano que había estado a punto de morir de tuberculosis. Renny no hizo la menor mención del asunto a la familia.

Cogió un papel que estaba sobre su escritorio. Era una factura de Piers por el heno, paja, avena y algarrobas que había suministrado a Renny durante el invierno. Hacía tiempo que estaba esperando esa cuenta y sabía que Piers no se la había presentado antes porque sabía que andaba escaso de dinero. Las tierras de Jalna se las arrendaba a Piers para el cuidado de la granja a un precio muy moderado. Renny le compraba los suministros que necesitaba para sus cuadras al precio habitual del mercado. Piers le vendía también las frutas y verduras para la casa a un precio más reducido, dado que no hacía falta embalarlas ni expedirlas. Este arreglo había resultado muy satisfactorio, pues cada uno de los hermanos esperaba al otro el tiempo necesario. Su amor por Jalna, por los caballos y su orgullo familiar eran lazos que los unían con fuerza. Durante los dos últimos años, Piers siempre había pagado su arriendo trimestral con toda puntualidad, el último día del vencimiento. Renny, por el contrario, había tenido que ir pidiendo cada vez más prórrogas a Piers. Le dolía mucho esa situación. Se preguntaba si no podría demorar algo el pago del carpintero, del albañil o de algún otro acreedor y pagar enseguida a Piers. Recorrió los detalles de la factura. Desde luego los caballitos tragaban de lo lindo, pero bien lo valían. Sacó de un cajón unas facturas que habían llegado a principios de mes. No le había pagado ni un centavo al veterinario desde Año Nuevo. Su cuenta empezaba a subir bastante. Habría que pagarle algo. Las facturas del carpintero y del albañil llevaban anexas unas esquelas solicitando el pago

inmediato. Después venía el aviso del banco notificando el vencimiento de una letra. No había podido resistir la tentación de comprar aquella preciosa yegua en Montreal, aunque en realidad no le hacía ninguna falta. Se encendió un pitillo y observó con mirada interrogante todos los papeles que tenía sobre el escritorio. Un relincho de alegría escapó de la casilla del semental.

Miró por la ventana, a un coche que se paraba delante de la puerta, y vio bajar a Piers. Desde que tenía el coche nuevo, parecía que siempre había cosas que hacer que lo obligaban a cogerlo. Renny salió a recibirlo.

—Lo siento mucho —dijo con cierta sequedad—, pero tendrás que esperar un poco el pago de tu cuenta de forrajes. Estoy muy apurado de dinero en este momento y las cuentas del carpintero y del albañil son muy urgentes. Y hay otras, además.

Piers se mostró muy decepcionado. Creía haberse portado muy bien con retrasar la presentación de la factura.

—¿No podrías pagarme la mitad? —preguntó—. Me hace mucha falta.

—No —replicó Renny con voz irritada—. Tendrás que esperar al mes que viene.

Habían pasado ya por delante del granero y estaban llegando al nuevo chiquero que subvencionaba Finch. Las obras marchaban a pedir de boca. Era una construcción muy sólida, de lo más moderna. Piers se había propuesto dedicarse a la cría de cerdos a gran escala.

—Eso va a costar un dineral —dijo Renny con tono de desaprobación.

—Más de lo que se figura el joven Finch, me temo —replicó Piers sonriendo malicioso.

—También te ha pagado el techo del granero, ¿no?

—Sí, y buena falta le hacía.

—Mucho me parece, si continúas por este camino, que vas a ser tú quien se lleve la mayor parte del dinero de la abuela.

Piers endureció el gesto. Si su hermano mayor le echaba en cara el obsequio de Finch, él también sabría ponerse desagradable.

—En realidad, tú eres el que más se beneficia con este obsequio de Finch. Las tierras son tuyas, los edificios son tuyos, yo no hago más que utilizarlos. A ti no te importa la conservación de las dependencias de la granja mientras las cuadras estén en buen estado. Las mejoras que está pagando Finch son para Jalna, no para mí.

—Yo no se lo habría pedido jamás.

—Y bien que lo sé. Como acabo de decirte, a ti no te importan un comino las dependencias de la granja.

—Bueno, vas a ser tú quien las utilice toda la vida. Con toda

probabilidad me sobrevivirás. A mí no me sirven de nada.

—Solo para cobrar el arriendo cuando llega el día.

—Supongo que eso es una indirecta porque no puedo pagarte.

La cara roja de Renny se puso más roja todavía.

A Piers parecían salírsele los ojos de las órbitas, como le ocurría siempre que se enfadaba, pero habló con toda tranquilidad.

—No, pero no me gusta el tono con el que hablas de esas construcciones. Estás enterado de lo que va a hacerse desde el principio y hasta ahora no se te ha ocurrido decir una palabra contra estas mejoras.

—No me interesa. No me interesa lo que haga Finch con su dinero.

—Pero te molesta que me ayude —contestó Piers agitado.

—No, no me molesta. Pero no me gusta que digas que no lo está haciendo por ti, sino por mí.

—Yo no he dicho eso. He dicho que lo estaba haciendo por Jalna.

—Ya me cuidaré yo de Jalna sin ayuda de nadie.

—¡Cielo santo! ¿Habrías preferido que hubiera derrochado el dinero? Es lo que habría hecho en otras circunstancias.

—No quiero que se lo gaste en mi beneficio, eso es todo. Pronto dirás que también el coche lo ha comprado para mí.

—He de reconocer que me lo ha regalado a mí.

—Habría sido mucho mejor —dijo Renny— que hubiese ayudado un poco a Eden. No está nada bien. Tuve que enviarle mil dólares en marzo.

No tenía intención de hablar de ese préstamo, y menos con Piers, pero se vio obligado a decírselo por la actitud, a su modo de ver desagradable, que había adoptado Piers ante el retraso en pagarle la factura.

Estaban de pie junto a un cercado herboso, donde tres marranas a punto de parir exponían sus túrgidas formas a la caricia del sol. Una de ellas se dirigió trotando con toda ligereza hacia los dos hermanos y alzó una mirada interrogante hacia Piers. Lo había reconocido y, como todos los animales, sentía simpatía por él. Piers llevaba un bastoncito liso a modo de varita que había cogido cuando los carpinteros estaban trabajando. La madera ejercía una verdadera fascinación sobre él, tanto en su estado natural como trabajada. Se detenía siempre cuando veía derribar un pino, recogía alguna de las esquirlas rosadas y la acariciaba con delicadeza, llevándosela a la nariz para aspirar su aroma como si se tratase de una flor al igual que Renny olfateaba cuando entraba en el guadarnés y aspiraba las emanaciones del cuero bruñido. Era Piers el que mejor apreciaba el mobiliario Chippendale que la abuela había traído de Inglaterra. Renny se sentía muy orgulloso de ello y le tenía un gran aprecio porque pertenecía a Jalna.

Se habría muerto de hambre antes que vender una sola de sus piezas.

Piers rascó el lomo rugoso de la marrana con el bastón, justo en el punto en que las cerdas se enderezaban como una selva blanquecina. El animal movió el morro y echó una oreja hacia delante, como escuchando el frote del bastón sobre su piel. Esas blancas pestañas parpadeaban muy rápido, medio escondiendo los pícaros ojillos. Los dos hombres callaron mientras observaban aquel arrobamiento, hasta que, por fin, con un gruñido de placer, se echó de costado en el suelo. Renny soltó una breve carcajada, medio divertido medio desconcertado. Se preguntaba por qué no habría contestado Piers a su confesión sobre el préstamo que le había hecho a Eden.

—He tenido que enviarle mil dólares —repitió.

—Bueno —repuso Piers sin dejar de rascar a la marrana—, solo puedo decir que has sido un idiota al hacerlo.

Era la segunda vez que en el curso de una hora lo habían llamado idiota, pero se sintió más ofendido que furioso.

—¿Y qué querías que hiciese? ¿Dejar que se muera de hambre?

—No se merece otra cosa.

Piers se alejó como si no quisiera dejarse llevar al hablar de Eden.

La marrana no se daba cuenta de que Piers había desistido de sus atenciones. Yacía con los ojos cerrados mientras sus enormes costados, dentro de los cuales se alojaban nada menos que once cochinillos, se levantaban y bajaban con suavidad y sus cortas patas proyectaban hacia delante las pezuñas.

Renny seguía inmóvil, apoyado de bruces contra la puerta, contemplando al animal. El viejo Ben estaba sentado junto a él, frotando el cuerpo lanudo contra sus piernas. «Hasta cuando quise besar a Alayne a la hora del desayuno, ella se alejó de mí, ¿qué le habrá ocurrido?», pensaba el señor de Jalna.

Piers se dirigió al huerto para hablar con los jornaleros que estaban fumigando los árboles por última vez esa temporada. Observó la fina lluvia que caía sobre ellos, con matices verdes a la luz del sol, mientras envolvía los árboles con su niebla protectora. Examinó los botones de los que ya se habían desprendido los pétalos y consideró que la cosecha sería buena. Divisó a Pheasant, que se paseaba entre los fresales con Mooey cogido de la mano, y no pudo resistirse a chismorrear un poco con ella, aunque estuviese muy ocupado.

—Hola, Piers. Estamos buscando fresas maduras. Mooey ya he encontrado tres, ¿a que es muy listo? La cosecha va a ser tremenda.

—Uno no puede fiarse nunca de la cosecha de fresas —dijo Piers mirando los fresales con ojo crítico.

Sin duda, las bayas de color blanco y verdoso eran muy abundantes y estaban bastante grandes para hallarse a principios de

junio. De vez en cuando se veía alguna rosada centelleando entre las hojas húmedas y Pheasant se estaba llevando a la boca una de perfecta madurez. Piers sonrió al mirarla mientras se la comía.

—¡No te lo vas a creer! —exclamó Pheasant casi sin resuello—. Renny y Alayne han discutido. Ya hace un año que están casados y es la primera vez que los oigo pelearse. Además, Mooey, cuéntale a papá lo que ha hecho tu tía Alayne.

Mooey se les acercó por entre las hileras de fresales, con las mejillas manchadas con el zumo de las fresas, y dijo con toda gravedad:

—Tía Alayne me echó de su cuato.

—¿Qué dices? —Su padre lo miró con severidad.

—Me echó por la pueta —repitió el niño—. Y yo fui corriendo a mami. No tenía medo.

—¡Es muy valiente! Dice que no tenía miedo, pero lanzaba verdaderos alaridos. Yo estaba en mi cuarto y me he asustado mucho. Venía hacia mí corriendo con la boca abierta y los ojos cerrados y la cabeza llena de talco. Me he puesto muy nerviosa.

—Pero ¿qué ha pasado? —preguntó Piers sin entender nada—. ¿Ha sido ella la que le ha echado el talco encima?

—No, tonto. Ha sido Mooey el que se ha metido en su cuarto y se ha puesto perdido. Ella se lo ha encontrado allí y lo ha echado al pasillo. También estaba allí Benny y tendrías que haberla oído chillar al perro. Unas veces me dice Mooey que Alayne le ha pegado, otras que solo lo ha sacado al pasillo. A mí me parece que el niño estaba tan asustado que ni se daba cuenta de lo que pasaba.

—¿Te ha pegado, de verdad? —preguntó Piers mirando a su hijo y hablándole con toda claridad.

De pronto, Mooey pareció autocompadecerse. Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Me tidó una sapatilla.

—Ya hablaré yo con ella de este asunto. No voy a consentirlo.

—Pues yo no diría nada —le aconsejó Pheasant—. No hará más que crear tirantez. Cuanto más observo la vida, más me convenzo de que hay que dejar un margen para los complejos y las frustraciones de cada individuo y todo eso. Yo creo que, si durante unos cuantos días nos mostramos algo fríos con ella, servirá tanto como tener algunas palabras desagradables.

—¿Y dices que Renny y ella se han peleado?

—Sí. No sé por qué, pero han empezado a alzar la voz y ella lo ha seguido hasta la puerta y le ha dicho: «Estás hablando como un perfecto idiota». Es horrible, ¿verdad? Hay que admitir que es una mujer muy valiente. Nada en el mundo podría tentarme a llamar

idiota a Renny Whiteoak.

—¿Y qué ha dicho él?

—Que era la mujer de carácter más violento que jamás había conocido.

Piers sonrió en un primer momento, pero luego se le ensombreció el rostro.

—Nunca creí que saldría nada bueno de ese matrimonio. Habría sido mejor que no la hubiera querido jamás.

—Ay, pero yo quiero mucho a Alayne —se lamentó Pheasant—. Es una chica muy simpática, aunque no quiero que trate mal a mi niño.

Cogió con frenesí a Mooey y le besó la boquita manchada de zumo de fresa.

—Bueno, yo también tengo cosas que contar —anunció Piers—. Esta mañana he puesto sobre la mesa de Su Señoría mi factura por los géneros servidos. Dice que no podrá pagarme hasta el mes que viene. No sé de dónde va a sacar el dinero para pagarme el mes que viene.

—¡Qué vergüenza!

Piers apartó un rizo de la frente de Mooey.

—Tiene una señal aquí. ¿Crees que se la habrá hecho ella?

—No, eso es del golpe que se dio ayer al rodar por la escalera.

Pheasant le dio un beso en la herida.

—Peo me ha tidado una sapatilla —insistió Mooey.

—No pienses más de lo necesario en cosas desagradables, mi niño —dijo Pheasant ladeando la cabeza—. Tengo que enseñarte ese poema de Longfellow que habla de que el mundo está lleno de aventuras, ¡deberíamos ser felices como reyes! Ríete, Mooey, ¡una risita para mami!

Mooey sonrió, vacilante, con los ojos llenos de lágrimas.

—No le hables como a un bebé —dijo Piers.

—Pero, Piers, no sabes lo bonito que es para una madre hablar a su hijito como a un bebé en medio de una huerta de fresas una mañana de junio. No hay más que olfatear el aire, ¡qué bien huele! Salvo cuando huele a caldo bordelés, claro. Y aun este luce muy bien sobre las hojas de los árboles. Y qué hermosas son esas nubes que pasan. Y esa oropéndola que canta y el martilleo del carpintero y el pelo de Mooey como una pelusilla en las sienes.

Piers la miraba sonriendo divertido. ¡Menuda chiquilla! Qué pestañas tan largas tenía. Cómo la quería.

—En fin, Renny no encontrará a nadie que se interese por las tierras de la granja como me intereso yo. Desde que me hice cargo de ellas las he mejorado mucho, hasta cuando las trabajaba a jornal en los primeros tiempos de nuestro matrimonio ya estaba empezando a mejorarlas. Desde luego así me sale mejor, aunque pague un buen

arriendo.

—Pero también nos mantiene. Hay que tenerlo en cuenta, y somos tres y Bessie cuida mucho de Mooey.

—Sí, es verdad.

Nunca se le había ocurrido pensar que la vida no les costaba nada y la idea lo cogió por sorpresa. Siempre lo había dado por descontado. Dos o tres personas más no representaban nada en Jalna.

—A Renny no le gustaría de otro modo —aseguró—. Se pone nervioso si no ve la casa llena de gente. Fíjate en lo que le pasó a la hora del desayuno. Quería que este mozalbete desayunase con nosotros. No dejes de traerlo a la hora de la comida, Pheasant. Ya veremos lo que tendrá que decir a eso la señora Alayne.

XVIII

LA GRANJA DE ZORROS

Renny tiró de las riendas del inquieto potro al que había salido a montar y, por encima del portillo blanco, miró hacia la granja de zorros. No se decidía a entrar ni a dejar de entrar. Antes de que muriese Antoine Lebraux, había estado yendo todos los días. El pobre inválido había ido confiando cada día más en él. Cuando su estado de embriaguez lo convertía en un hombre temible por su violencia, su mujer acudía a Renny en busca de ayuda. Una vez muerto, Renny siguió yendo con asiduidad a la casa para intentar poner en orden el desorden en el que estaban todos sus asuntos. Había ayudado a la señora Lebraux durante la época de cría. Encargó a Piers que comprase algunos ejemplares de livornesas de pura raza para el gallinero. Encomendó al viejo Noah Binns que cuidase del jardín. Él mismo se preocupó de arreglar las persianas de la casa, volver a pegar los trozos de papel pintado que se habían caído de las paredes y apretar un grifo de la cocina que goteaba. Fue a ver al granjero retirado acreedor de la hipoteca sobre la propiedad y lo convenció de que le ampliase el plazo de pago. Se trataba del mismo individuo a quien Finch había comprado la hipoteca de Vaughanlands.

Correspondiendo a esas atenciones, Clara Lebraux insistió en que Renny dispusiese de su cuadra, ya que las de Jalna estaban abarrotadas. Le aseguró que los caballos servirían para hacerle compañía. Ella se encargaba de darles la comida por la tarde y de disponerlos para la noche. Entre la señora Lebraux y Renny se había creado esa intimidad especial que tienen un hombre y una mujer cuando él la ha visto a ella atravesar tiempos muy difíciles en condiciones del todo desfavorables para su aspecto físico, con los ojos hinchados de llorar, el pelo en desorden y ocupada en trabajos muy duros, y la ha ayudado en aquellos menesteres domésticos que en condiciones corrientes solo hacen un marido o un pariente próximo. Se sentían tan a sus anchas uno junto al otro como podrían estarlo dos jornaleros en la granja de Piers.

Las cosas le iban ahora un poco mejor a la señora Lebraux. Ya no

tenía que recurrir con tanta frecuencia a Renny y algunos comentarios de Piers hicieron comprender a este que el vecindario se ocupaba un poco demasiado de sus frecuentes visitas a la granja de zorros. A Renny no le gustaba dar pábulo a las murmuraciones. Era muy altivo. Podía ignorar por completo todo chismorreo, pero no le gustaba pensar que las señoritas Lacey, la señorita Pink y la señora Fennel pudiesen hacer alusiones intencionadas en sus conversaciones a la hora del té, ni tampoco que sus caballerizos y mozos de cuadra se diesen con el codo cuando hacía tomar a su caballo la dirección de la granja de zorros. No habría sido justo para con la señora Lebraux que a sus expensas se creara una murmuración ni siquiera inofensiva. Antes de casarse, había llevado todas sus aventuras amorosas con una prudente cautela. Desde que se había casado, no había entrado en su mente ningún pensamiento sobre mujer alguna aparte de Alayne. Todas sus antiguas propensiones amorosas habían quedado consumidas en el fuego de su generoso amor hacia su esposa.

Pero en Clara Lebraux había encontrado lo que antes no había conocido nunca, la amistad de una mujer. Podría pasar horas enteras sin pensar en su sexo sino como en una cosa intangible que realzaba aún más su intimidad. Nunca podía olvidarse del sexo de Alayne. La envolvía como un manto, impidiéndole verla bajo ningún otro aspecto. Formaba a su alrededor como un círculo mágico fuera del cual no se sentía ni con ánimos ni con voluntad de sacarla. La sensualidad de su naturaleza era intermitente. A veces, cuando Alayne hablaba y daba su opinión sobre cualquier asunto, con la detallada prolijidad que le era peculiar, Renny la contemplaba con una mirada que era al propio tiempo de admiración y de desconcierto y que estaba teñida también de cierta hostilidad. Se daba cuenta de que su inexpugnable masculinidad a veces la exasperaba.

Mientras vacilaba ante el portillo, se abrió la puerta de la casa y en el umbral apareció Pauline Lebraux. La muchacha salió corriendo hacia Renny entre las piedras de color blanco sucio alineadas a cada lado del camino; sus piernecitas, enfundadas en aquellas medias negras, parecían demasiado largas y muy ágiles. Cuando llegó al portillo, echó la cabeza hacia atrás para apartarse los mechones de pelo oscuro que le caían sobre la frente como la crin de un caballo.

—¿No quiere entrar? —le dijo en tono suplicante, jadeando de emoción—. Ay, sí, entre, haga el favor.

Renny observó la frente blanca y estrecha de la muchacha, sus cejas bien delineadas, los ojos de aspecto exótico, la boca grande y de labios finos que se curvaban hacia arriba en las comisuras.

—No, no tengo tiempo. Dime tan solo cómo os van las cosas.

—Más o menos igual, no ha ocurrido nada de particular, pero hace ya tres días que no viene usted. Nos sentimos muy solas. A veces

pensamos que está usted disgustado con nosotras.

—Bueno, está bien, ábreme la puerta.

Pauline abrió el portillo con un gesto magnánimo.

—Noah Binns está aquí —anunció como si hubiese estado buscando algún tema de conversación.

—¿Ah, sí? Voy a provocarlo un poco antes de entrar.

Renny se apeó del caballo y lo ató a la valla. El animal se puso de inmediato a pacer la hierba sin segar de la explanada, arrancando presuroso los bocados y haciendo gestos impacientes con la cabeza.

Pauline Lebraux, con aquellas manos largas y finas que tenía, le acarició los relucientes costados. Luego fue a un rincón en el que la hierba crecía mezclada con trébol holandés, aún húmedo a la sombra de un manzano, arrancó todo lo que pudo y se lo llevó al caballo. Lo observaba con inmensa ternura mientras le repetía en un murmullo palabras mimosas en francés. Renny se dirigió adonde el viejo Binns estaba cavando.

—Hola, Noah, ¿cuánto has avanzado hoy?

El viejo se apoyó sobre la azada y volvió los ojos turbios hacia Renny. Al igual que Pauline, buscaba algo que decir, pero en lugar de soltar lo primero que se le viniera a la cabeza, como un bocado que incitara el apetito del recién llegado, recorrió con la vista toda la extensión del jardín, examinando todos los grumos de tierra, todos los hierbajos y todo asomo de vegetación y, como arrancando con sumo esfuerzo la información del suelo, se la arrojó medio indignado, como una concesión, a ese ser tiránico cuya presencia siempre representaba un acicate para el trabajo. Cuando su mirada llegó al rostro de Renny, dijo:

—Ya brotan las zanahorias.

—Ya lo veo. Y bastante gruesas. No está mal, pero has dejado muchos cardos en aquel extremo de allá.

Noah se volvió despacio y, al fin, clavó la mirada en aquellas malezas.

—Los cardos salen siempre por todas partes.

La señora Lebraux se asomó por la puerta lateral de la casa. No dijo ni una palabra y se limitó a esperar. Renny se dirigió enseguida hacia ella y entraron en la casa. Pasaron al salón que se le había hecho tan familiar. Estaba acostumbrado a los elevados techos de Jalna. En la granja siempre le daban ganas de encorvarse por miedo a darse con las puertas en la cabeza. Echó una ojeada a la habitación, algo cambiada desde la última vez que había estado allí.

—Qué bien está esto, ¿qué han estado haciendo?

—Limpiar —dijo la señora Lebraux encogiéndose de hombros—. Cambiar un poco las cosas para que no resulten tan deprimentes.

Pauline ha hecho esa pantalla para la lámpara, ¿le gusta?

Renny la miró con atención. Era una pantalla de pergamino que llevaba pintadas unas flores rojas algo chillonas.

—Queda muy bonita cuando se enciende —le aseguró la señora Lebraux—. Mientras la hacía, estuvo entretenida.

—¿Qué es esto? —preguntó Renny palpando un tapete bordado en oro que había sobre la mesa.

—Pauline lo ha cortado de un traje mío de noche, ya viejo. Tengo que ocuparla en algo. —Empujó hacia Renny el paquete de cigarrillos y, tras frotar una cerilla por el lado inferior de la mesa, se encendió uno ella misma. Extendió los pies, calzados en unos viejos zapatones de cuero, se recostó y juntó las manos por detrás de la cabeza. Su cabello, mezcla de mechones rubios y parduscos, tenía el aspecto de habérselo alisado a toda prisa. Fijó la mirada en el vacío y se puso a fumar en silencio. Tenía unos ojos redondos enmarcados por pestañas rubias.

Renny la miraba casi sin verla; pensaba que el aspecto del cuarto de estar había mejorado mucho. El brillo del tapete y de la lámpara eran agradables.

—¿Ha venido alguna mujer para hacer la limpieza?

—Lo he hecho todo yo. Me he desollado los nudillos.

—No cuesta tanto contratar a una mujer por unos días —repuso Renny frunciendo el ceño.

—Cuesta bastante comprar zapatos nuevos y las dos los necesitamos.

Renny le miró los zapatos y entonces se fijó en la mano que extendía para sacudir la ceniza del cigarrillo. No había exagerado nada, ni sobre los zapatos ni sobre los nudillos. Pensó que estaba hecha de buena madera.

—Voy a decirle a Binns que le limpie el gallinero.

—Ya lo he limpiado yo antes del desayuno.

—Vaya. ¿Y qué tal van las gallinas?

—Muy bien. Pero ya sabe usted que ahora los huevos están baratos. Nosotras comemos huevos dos veces al día. A la niña le doy una yema cruda deshecha en un vaso de leche. Está creciendo mucho.

—Es una lástima que la incubadora no fuera bien la primera vez. No creo que valiese la pena volver a instalarla. Por lo que tengo entendido, estos polluelos tardíos no dan muy buen resultado.

—Esta vez son huevos de Plymouth Rock. Salen unos pollitos para asar magníficos. La bombilla estuvo haciendo cosas raras ayer. Como me temía que se repitiese el fracaso de la primera vez, me quedé vigilando la mitad de la noche.

—Tenga cuidado —le advirtió Renny—. Creo que se está

excediendo un poco.

—No, no lo crea. Me encuentro mil veces mejor que en invierno. Pero estoy preocupada por la chiquilla.

Renny la miró con ademán interrogante.

—Por su educación, me refiero —aclaró ella—. Está descuidada por completo. Su padre se ocupaba de enseñarle, pero yo no puedo. En primer lugar, no sirvo para enseñar. Y además, mi propia educación ha sido muy básica. Pauline sabe más de literatura y de latín que yo y, desde luego, más francés.

—¿No aprendió usted a hablar francés con Lebraux?

—No. ¿Para qué? Él hablaba muy bien inglés. Solía reírse cuando yo intentaba hablarle con el francés que aprendí en la escuela. Pero a Pauline siempre le hablaba en francés. Mucho me temo que ahora va a olvidarlo por completo.

A Renny se le ocurrió una idea luminosa.

—Oiga, mi mujer lee muy bien el francés. Pauline y ella podrían leer juntas y les iría muy bien a las dos. Alayne tiene más tiempo del que puede emplear. Voy a pedírselo.

La señora Lebraux lo miraba con los ojos llenos de asombro y al fin dijo:

—Muchas gracias, pero creo que será demasiada molestia para su señora.

—En absoluto. Le gustan los niños, siempre ha sido muy cariñosa con mi hermanito Wake.

—Yo se lo agradecería mucho. Pauline quería ir a casa del señor Fennel con su hermano pequeño, pero ya sabe que es católica y estoy segura de que a Tony no le habría gustado. ¿Qué opina usted? ¿Le parece justo privarla de su educación por causa de un prejuicio?

—Yo creo que deben respetarse los deseos de su padre, pero entre todos ya la ayudaremos un poco. Después, cuando las cosas le vayan un poco mejor, podrá usted enviarla con las monjas.

—Ya va a cumplir los dieciséis.

Renny frunció el ceño.

—El tío Ernest también estará muy contento de ayudar. No tengo la menor duda. Es graduado por la Universidad de Oxford. Mi mujer para el francés y la poesía. Conoce a todos los poetas modernos. Si es que a usted le interesa que Pauline estudie poesía. En mi opinión, podría pasarse muy bien sin ella. En cuanto a mí, me temo que no podré hacer gran cosa. Es curioso cómo he olvidado todo lo que estudié en la universidad. Me entró por un oído y me salió por el otro. Dinero tirado a la basura. A mí me llamaban más los deportes. Para mi sorpresa, lo poco que aprendí con la institutriz que cuidaba de mi hermana y de mí cuando éramos pequeños es lo único que se me ha

quedado. Recuerdo las fechas de los reinados de todos los reyes de Inglaterra y las de las principales batallas. En eso no me gana nadie. Podría enseñárselas a Pauline, es un principio. Ninguno de mis hermanos las recuerda como yo. A veces, a media comida, les pregunto de repente los nombres y fechas de las batallas de la guerra de las Dos Rosas. ¿Cree usted que aciertan alguna vez? Nunca. ¿O cuáles son las fechas del advenimiento y muerte del rey Esteban? Se equivocan siempre. A mí me resulta imposible olvidarlas: 1135 a 1154. Wakefield tiene bastante buena memoria para los reyes. Yo se los recitaba para dormirlo cuando se encontraba mal por la noche. Es lo único para lo que me ha servido mi educación.

Clara Lebraux lo escuchaba con verdadero interés. Iba dando caladas al cigarrillo, frunciendo el ceño mientras fumaba y mirándolo con atención. Alayne le había oído decir las mismas palabras con expresión de divertido despego, intrigada por su ingenuidad.

—¿Esa institutriz es la que después fue su madrastra? —le preguntó Clara.

—Sí.

—¿La quería usted?

—No mucho. No la tenía en gran estima. Recuerdo que estaba muy delicada. Tenía los ojos grandes y azules, pero casi siempre medio cerrados, y el pelo de color rubio claro. Eden se le parece bastante. Me enseñó también a recitar versos. ¿Se lo cree usted? Los versos de Tennyson. Todo eso se me ha olvidado. Si Eden hubiera tenido más afición a las fechas y menos a los versos, le habría ido mucho mejor.

—En eso estoy de acuerdo. No soporto los versos, me aburren a más no poder.

Siguieron fumando en silencio. Renny contemplaba pensativo los zapatos de la mujer, pensando en lo viejos que estaban, y ella los de él, admirando el suave brillo del cuero después de tanto enlustrado.

Pauline entró en la habitación con la cara sonrosada por el sol, el vestido negro raído en los codos y demasiado corto.

—Oye —le dijo Renny—, dime lo que sabes de historia. ¿Cuáles son las fechas del reinado de Enrique VII?

Pauline lo miró desconcertada e hizo un gesto de negación con la cabeza.

—No lo sé.

—¿Lo ve? —dijo Renny mirando a su madre con expresión triunfal —. No se las sabe. Y dirigiéndose a Pauline, añadió—: 1485 a 1509. Ahora, Pauline, quiero que me digas cuáles han sido los reyes de Inglaterra a partir de Guillermo el Conquistador. —Su fiera mirada trataba de empujarla a hablar, pero él mismo le apuntó—: Primero, Guillermo de Normandía; luego su hijo Guillermo, Enrique, Esteban y

Enrique… ¡Pero bueno, si te los estoy diciendo todos! —La atrajo hacia sí en el sofá—. No importa, yo te los enseñaré. Vamos a ocuparnos entre todos de tu educación. ¿Qué te parece?

A Pauline le parecía magnífico. Apoyó la cabeza en el hombro de Renny con gesto de abandono.

—Me gustaría mucho que me enseñase usted. ¿Va usted a venir aquí o tendré que ir yo a Jalna?

—Creo que vendré yo aquí. Pero mi mujer leerá francés contigo en Jalna.

A esas alturas, estaba convencido de que Alayne aceptaría. ¿Cómo podía negarse?

—Yo ya sé francés —dijo Pauline con cierta altivez.

—No seas descortés —la reprendió su madre—. Es muy diferente leer literatura francesa.

—Papá me leía libros en francés. —No sabía por qué, a Pauline se le antojó que no iba a gustarle leer en francés con la señora Whiteoak. Algo había advertido en su fría mirada cuando se habían visto que le había causado a la niña una especie de repulsa. No obstante, como le habían enseñado que debía ser educada, añadió enseguida—: Claro que ahora serían libros de mayores. Eso es distinto. Muchas gracias, Renny.

Tanto la madre como la hija lo llamaban Renny, como lo hacía Tony Lebraux, si bien este lo pronunciaba «René», a la francesa.

Entre Pauline y su padre había existido un cariño y una comprensión casi excesivos, como raras veces ocurre entre padre e hija. Era muy pequeña todavía cuando ya se había dado cuenta de la diferencia de temperamento de sus padres. Mucho antes de comprender en qué consistían sus discrepancias, ya se había puesto de parte de su padre y le dolía mucho cuando creía que habían herido sus sentimientos. El hecho de que pudieran hablar entre ellos un idioma que su madre no comprendía, de sentirse separados de ella por su religión, hacía de su cariño una cosa muy rara e inestimable. Le encantaba sentirse en los brazos de su padre, apretar la mejilla contra el paño suave de su chaqueta, contemplar su semblante oliváceo, admirar la curva de sus labios por debajo de aquel bigotito negro, con los pelos cortos y relucientes, retorcidos en las puntas como dos alcayatas y tan puntiagudos que se le clavaban en las mejillas si le daba un beso mal dirigido. Y luego, mientras ella seguía en sus brazos, hacían planes para el futuro y se decían palabras cariñosas. Ella prometía no dejarlo jamás. Jamás, jamás. No se casaría nunca para que él disfrutase de todo su amor. Pauline pensaba que el amor que le tenía su padre la defendía contra toda adversidad y todo desastre. Incluso cuando se puso tan enfermo y empezó a abusar de tal manera

del coñac francés, aún se sentía subyugada por su cariño. Era imposible que les sucediese nada malo. Y, sin embargo, cuando se arrodillaba ante el crucifijo en su cuarto y rezaba por él, la invadían extraños presentimientos. No se le evitó ni la más mínima parte de la desesperación y agonía de los últimos días. En aquella casita tan pequeña no podía disimularse nada.

Fue por entonces cuando se acostumbró a considerar a Renny Whiteoak como un bastión de fortaleza. Su estatura, su cara enjuta y roja la llenaban de una salvaje y tímida alegría cuando lo sentía junto a ella en la misma habitación en esos días de principios de verano. Ella alzaba su corazón para llenarlo de la energía de su presencia.

Le gustaba mucho escucharlo cuando hablaba con su madre y los dos fumaban cigarrillo tras cigarrillo. Era extraño que, incluso cuando hablaban de cosas angustiosas, no reinaba en la atmósfera de la habitación el menor ambiente de miedo ni irritación. A veces reían y la risa sonaba en esa casa con entonaciones muy extrañas. A Pauline le gustaba mucho oír esas risas abruptas y ruidosas, en forma de ladrido por parte de Renny, confusas y más graves por parte de su madre. Cuando Renny se marchaba, la niña echaba los brazos al cuello de la señora Lebraux y exclamaba: «¡Ay, mamá! ¿A que es muy simpático?». Ahora que Tony Lebraux había desaparecido, Clara y Pauline empezaban a entenderse mejor.

Al ver que Renny miraba el reloj, Pauline le dijo:

—¡Quédese a almorzar con nosotras! Tiene que quedarse, ¿verdad, mamá?

—Sí, quédese. No ha vuelto a comer con nosotras desde… desde enero. Pero no creo que tengamos nada demasiado apetitoso.

—Voy a hacer una tortilla. Se me da muy bien y tenemos jamón. —La chiquilla estaba ansiosa por gastar sus provisiones para todo el día con tal de prepararle un banquete.

Se puso un delantal de cuadros blancos y azules atado al cuello y se remangó los puños del vestido negro. Renny estuvo vigilándola de pie delante de la estufa, mientras ella observaba con atención los huevos batidos que se iban haciendo dentro de la sartén. A ver si esta vez no se estropeaba la tortilla. ¿Y si subía y después volvía a bajar?

No tenía que preocuparse: subió como una preciosa espuma dorada, adquirió suficiente consistencia para formar una masa unida, tomó luego un precioso matiz más oscuro y le dio la vuelta sobre la plancha caliente. Renny salió al jardín a buscar perejil para aderezarla. El viejo Noah Binns estaba sentado a la sombra de un árbol, almorzando algo que sacaba de un paquete de papel de periódico. Echaba la cabeza hacia atrás para beber té frío de una botella, dirigiendo la barba blanca hacia el cielo y dejando al descubierto el subir y bajar de la nuez. Un zorro macho se había

encaramado al tejado de su zorrera para observarlo mejor. Allí estaba, erguido, atento al más ligero movimiento. Los ojos brillantes de una hembra atisbaban desde la puerta de la zorrera. Noah Binns se puso nervioso al verse objeto de aquella doble mirada. Arrojó una punta de corteza de tocino que no podía tragar contra la pared de alambres de la hilera de jaulas.

—¡Bájate de ahí, demonio! —gritó.

Renny se volvió hacia él con el manojo de perejil en la mano.

—No vuelvas a hacer eso jamás —lo reprendió con severidad—. ¿No sabes que la señora Lebraux quiere a sus zorros con verdadero cariño? Que no te vea otra vez tratando de asustarlos.

Noah se retorcía la barba con los dedos, como los viejos de las comedias.

—Zorro él —murmuró cuando Renny se alejaba—. ¿También le tienen cariño? ¿Y quién? Ella. ¡Malditos sean!

Renny llevó bastante perejil para aderezar un lechón, pero Pauline se empeñó en usarlo todo. La tortilla apareció en la mesa, por tanto, sobre un lecho de verdura, como una verde montaña coronada por el oro de la puesta de sol.

Pauline se sintió en extremo satisfecha de su proeza, llena de júbilo por la presencia de un invitado en casa y por el hecho de que ese invitado fuese Renny. No hacía más que sonreír, separando los labios y dejando a la vista los dientecitos blancos. Hablaron de los zorros y Pauline se puso a explicarles sus costumbres, sus astutas arterías, las peculiaridades de cada uno. El hombre que había trabajado para su padre le había hecho un asiento a la sombra de uno de los árboles más gruesos que había junto a las zorreras y allí se pasaba las horas muertas vigilando a los animales. Estaban tan acostumbrados a verla que ni aun el más huraño se escondía cuando ella se encaramaba a su asiento. Los más atrevidos la conocían. Reconocían, según decía, el nombre que había dado a cada uno. Los cachorrillos la querían mucho. Eran unos bichos asombrosos, muy distintos de carácter unos de otros.

—Ya sabe mucho más sobre el tema que yo —admitió Clara Lebraux.

—La experiencia ha demostrado —dijo Renny— que cuanto mejor trato reciben los zorros, como si fueran animales domesticados, más hermosos salen. Las crías son mejores y las pieles más hermosas.

—¡Ojalá pudiéramos quedárnoslos todos! —exclamó Pauline—. Aunque yo ya tengo mis favoritos, que son los que guardaremos para la cría.

—No debes ponerte sentimental —le advirtió Renny—. Yo estoy dispuesto a vender todos los caballos que crío.

—Pero no para desollarlos.

—Tal vez tengas razón, eso es algo duro.

Mientras la señora Lebraux recogía las cosas del almuerzo, Pauline y Renny subieron al cuarto vacío contiguo al de su madre, donde estaba instalada la incubadora.

—¡No se va a creer lo que hago! —Al quedarse a solas con él, la chiquilla lo rodeó con un brazo y le confió—: Robo huevos del gallinero y se los doy a mis cachorritos.

—Pues haces muy mal —la reconvino Renny mirándola con tanta severidad como pudo—. Esos huevos valen dinero.

—¡Bah, son solo unos cuantos! —se excusó Pauline, que en ese momento tenía la misma expresión que su padre.

—Pero mira estos. ¡Fíjate en lo que pasa! —Renny señaló el interior de la incubadora a través de la estrecha puertecilla de vidrio.

Un huevo contiguo a la pared se balanceaba como un barquito en el mar. Otro mostraba una diminuta abertura triangular. Del tercero salía un piquito amarillo entreabierto. Más lejos, en la penumbra del fondo, se agitaba un animalillo lastimoso, mojado, de enormes ojos abiertos, medio desvanecido, apretujado entre las hileras de esferas silenciosas en cuyo interior dormían, picaban, piaban y se morían sus contemporáneos. Su expresión de pesadumbre revelaba la consciencia de que había salido demasiado pronto del cascarón.

Renny encendió una cerilla y la aproximó al cristal. Miraron los dos dentro, con las cabezas tocándose, una morena y otra roja.

—¿A que es increíble? —susurró Pauline entusiasmada.

—Pobre diablo —dijo Renny—. Eso es lo que pasa por ser el mayor de la familia.

XIX

EL EXTRAÑO

Desde la marcha de Nicholas y Ernest, Rags se había acostumbrado a servir el té en el comedor en lugar de llevarlo al salón, como se hacía en tiempos de la anciana Adeline. A sus hijos les habría dolido el cambio, pero los miembros más jóvenes de la familia disfrutaban más viendo las tostadas de pan con mantequilla, los bizcochos y la mermelada en la mesa y sentándose con toda tranquilidad a su alrededor.

Renny no volvió a casa hasta la hora del té. Tenía una disposición de ánimo más bien benévola hacia Alayne. A pesar del lenguaje que había empleado con él, se hacía cargo de que, como mujer suspicaz y meticulosa, era probable que hubiera tenido que aguantar muchas cosas durante aquella mañana. Sabía muy bien que los criados no eran como debían, pero estaba seguro de que no podría hacer nada para cambiar su modo de ser. Sabía que ni él ni Benny, el viejo perro pastor, eran lo que debían desde el punto de vista de Alayne, pero confiaba en que, con el tiempo, ella se acostumbraría a sus peculiaridades. En realidad la admiraba por el carácter que había demostrado aquella mañana. Jamás la había visto furiosa hasta entonces. ¡Y pensar que le había dado al perro con la zapatilla y que le había dicho a su marido que hablaba como un perfecto idiota! Recordarlo le hacía sonreír. Le alegraba pensar que Alayne podría aceptar la propuesta de leer en francés con Pauline. Así podría, en su opinión, acercarse a Clara Lebraux. Las dos ganarían con trabar amistad, pero sobre todo Alayne, que, si tenía algo que la interesase fuera de Jalna, podría distraerse más, pues Renny era consciente de que a su mujer muchas veces se le hacía el tiempo eterno.

Subió a su cuarto a cambiarse de ropa. Antes se había lavado las manos y la cara, hasta dejárselas rojas, y se alisó el pelo con un cepillo bien mojado. No quería que Alayne se quejara de que siempre se acercaba a ella apestando a cuadra.

Cuando entró en el comedor, Alayne estaba sirviendo el té, sentada en su sitio y con un libro al lado. Piers y Pheasant hablaban entre ellos

con una animación bastante afectada. Mooey estaba sentado a la mesa, acomodado encima del gran volumen de poetas ingleses que en sus tiempos había empleado Wakefield para el mismo fin. Mientras comía pan con mantequilla, el niño tenía los ojos fijos en Alayne, con una expresión interrogante, como si aguardase que de un momento a otro se fuera a lanzar a atacarlo. Como ahora estaban sus padres para protegerlo, no le habría dolido demasiado que Alayne hubiese demostrado tales intenciones. Miró sonriendo a Wakefield, que estaba sentado a su lado, y susurró:

—No teno medo de la tía Alayne.

—Claro que no has de tener miedo —le dijo Wakefield acariciándole la cabeza—. Mientras hagas siempre lo que te diga el tío Wakefield, nadie podrá hacerte daño.

Renny miró sonriendo a los niños y fue a sentarse junto a su mujer. Alayne le había dado a Wragge unas cuantas rosas para adornar la mesa y este, a modo de conciliación, las había colocado en un jarrón junto a su plato. Cuando el mayordomo entró en el comedor con una nueva tetera para Renny, echó una mirada a las rosas y después a Alayne para recalcar el hecho de que se las dedicaba como un obsequio.

Alayne alzó la vista del libro y dirigió una sonrisa a Renny —sonrisa algo forzada, ciertamente— y luego volvió a la lectura mientras mordisqueaba distraída un bizcochito glaseado. Con el libro, las rosas y el bizcocho, se había aislado del resto de la familia en una especie de glacial retraimiento. Renny siempre quería tener para él una tetera llena, que Wragge colocaba junto a su sitio con bastante aparato. Tenía apetito después del almuerzo en la granja de zorros, ya que estaba acostumbrado a hacer una comida en regla todos los días a aquella hora. Comió en silencio durante un rato, pues se sentía algo violento entre los dos bandos que se habían formado en la mesa. Estaba meditando qué podría hacer para agradar a Alayne, para demostrarle que sus palabras de la mañana no se le habían enconado en el alma. Vio las rosas y cogió el jarrón. Mirando a Alayne por entre las largas pestañas oscuras para convencerse de que lo estaba observando, fue oliendo una rosa tras otra, metiendo la hermosa nariz afilada en cada una como si se tratase de una enorme abeja chupadora.

—Qué bien huelen. ¿Son de nuestro jardín?

—Sí —replicó ella, que cerró el libro con un dedo metido entre las páginas a modo de señal—. Estarían mucho mejor en el centro de la mesa, no sé por qué razón Wragge las ha tenido que poner junto a mi sitio.

Piers y Pheasant ya hacía bastante que habían interrumpido su conversación y oyeron con toda claridad este intercambio de palabras.

Se pusieron a hablar otra vez, con ojos chispeantes. No prestaban la menor atención a su hijo, que estaba contemplando asombrado un enorme trozo de bizcocho que Wakefield le había puesto en el plato mientras todavía tenía otro muy grande en la mano.

Alayne volvió a su lectura y Renny, con sumo cuidado, colocó el jarrón de rosas en el centro de la mesa. Su primer esfuerzo había fracasado. Wragge había entrado en la habitación y lo estaba mirando con expresión de arrobamiento. Se acercó a él y le dijo casi al oído:

—¿Está bueno el té, señor?

—Sí, sí, muy bueno.

Renny escudriñó los ojos claros de Rags como buscando inspiración. Pensó que sería muy conveniente demostrar a Alayne que se había puesto de su parte con respecto a las travesuras de Mooey por la mañana. Miró a su sobrinito y le dijo:

—¿Qué me han contado que has hecho esta mañana? ¿Entrar en el cuarto de la tía Alayne y regarlo todo con sus polvos? ¡Si te cojo yo allí, te calentaré de tal manera el trasero que no vas a querer sentarte en toda la semana!

Los ojos de Mooey se llenaron de lágrimas. Soltó el trozo de bizcocho que se estaba comiendo junto al que todavía no había empezado y se cogió la cabeza entre las pegajosas manitas. Abrió la boca y empezó a gimotear. Piers lo amenazó con el dedo.

—¡Ya vale! —rugió—. Siéntate y aguanta el chaparrón. Quítale el bizcocho del plato, Wake.

Mooey se tragó todos sus pesares y se limpió los ojos con la punta del babero.

—Es muy duro —protestó Pheasant— que haya que estar siempre regañando a un niño pequeño para que no cometa las más insignificantes travesuras.

—Pues tendrás que arreglarte de una forma u otra —dijo Renny.

—Si Alayne cerrase la puerta de su cuarto… Mooey no llega todavía a los picaportes.

—Alayne no tiene por qué cerrar su habitación. No hay ningún motivo y le gusta que circule el aire.

—Pues siempre se está quejando de las corrientes.

—Las corrientes en el cuarto de estar son muy distintas de las corrientes en un dormitorio.

Alayne escuchaba con la sensación de quien está metido en un pleito y aguarda en silencio mientras los abogados van exponiendo todos los argumentos a favor y en contra. Al sentarse a la mesa, casi no sabía cómo presentarse ante Renny. Había llevado el libro como una suerte de protección. La actitud agresiva de Renny en su favor le dio una agradable sensación de fuerza. Por primera vez vio la

posibilidad de ejercer alguna influencia sobre él. Ojalá pudiera tenerlo más para ella, pero había muy pocas probabilidades de llegar a eso, ya que incluso ahora estaba frenético por lo reducida que se había quedado la familia. Mientras estuviera con ese ánimo, tal vez sería el momento oportuno para introducir la cuestión de contratar una niñera para Mooey.

—Ya sé que es imposible —dijo mirando a Pheasant y hablando con mucho tiento— evitar que los chiquillos hagan alguna diablura. ¿No crees que sería mejor tener una niñera que cuidase de Mooey? Tú misma quedarías mucho más libre. La señora Patch tiene una sobrina jovencita que podría venir durante todo el día.

—Yo no puedo pagar una niñera —protestó Piers—. Pheasant no tiene otra cosa que hacer y Bessie cuida algunas veces de él.

—Esta mañana hemos podido ver —replicó Alayne, mirando siempre a Pheasant— lo bien que Bessie cuida de él. Podría haberle sucedido algo malo.

—Estoy de acuerdo —convino Renny—. Contrataremos a la chica de Patch y yo me encargaré de su sueldo.

No era esa en modo alguno la intención de Alayne y, además, no le parecía justo. Renny ya estaba haciendo más de lo que le correspondía por Pheasant y por Piers. Alayne se preguntaba muchas veces si ambos, o siquiera Piers, se daban cuenta de lo que representaba la manutención de tres personas al cabo del año. A pesar de sus esfuerzos por disimularlo, puso cara de decepción y apretó los labios en un gesto de contrariedad. Piers no le quitaba los ojos de encima. Sonreía con aire de triunfo, como si la victoria implicara mucho más que una mera cuestión de dinero.

—Muchísimas gracias, hermano. Sin duda será un gran alivio para Pheasant. Y así todos tendremos la seguridad de que el chiquillo no molesta a Alayne. Por mi parte, creo que sería mucho mejor que no viniese a la mesa.

—Vendrá a la hora del desayuno y del té, pero no para la comida ni para la cena —concluyó Renny con acento dictatorial.

A Mooey no le gustaba oírlos discutir sobre él y sus comidas. Apoyó la cabeza en el borde de la mesa y se echó a llorar. Piers se levantó, se lo echó al hombro como si se tratase de un fardo y se lo llevó fuera.

Antes de salir tras ellos, Pheasant dijo también:

—Muchas gracias, Renny. Sería estupendo eso de tener una niñera, pero no creas que voy a agradecértelo demasiado porque tengo la impresión de que lo haces mucho más por Alayne que por mí.

Se quedaron solos con Wakefield. A Alayne le parecía que eran muchas las ocasiones en que se quedaban solos con Wakefield. Se

había vuelto mucho más formal en los últimos tiempos. También estaba creciendo y a menudo se mostraba caviloso, medio malhumorado, pero de vez en cuando volvía a ser el niño precoz y terrible de antes.

Renny se sentó de lado en la silla y cruzó las piernas, mirándola con aire complacido.

—Me gustaría mucho que hicieras una cosa que voy a pedirte.

Wakefield también se sentó de lado en su silla, cruzó las piernas y se cruzó de brazos. Alayne acercó a ella el jarrón de rosas que estaba en el centro de la mesa y lo dejó en el punto en que las flores y su follaje se interponían justo entre su cara y la de Wake. No lo hizo de manera premeditada, fue un gesto espontáneo por su parte, pero significativo, aunque solo fuese de forma simbólica, de su deseo por aislarlo de toda interacción entre Renny y ella.

—¿De qué se trata? —preguntó tratando de mostrarse afable e interesada.

—Se me ha ocurrido que podrías leer en francés con la pequeña Lebraux. La pobrecilla no tiene con quién hablarlo ahora.

—Pero ¿para qué? Si debe de leer en francés muchísimo mejor que yo. Y yo lo hablo muy poco.

—Pues también te servirá a ti.

—Yo no lo necesito para nada.

La idea de leer o hablar en francés con una chiquilla de habla francesa la intimidaba y la incomodaba. No le habría importado enseñar a una niña que no hubiese sabido ni una palabra, pero el que pudiese saber más que ella y, al estar con su madre a solas, se pusiera a criticar su acento le resultaba una idea intolerable.

—No seas boba, ya se lo he prometido de tu parte.

—Me es imposible.

Exasperado, Renny derramó una taza de té hirviendo.

—No quieres porque no puedes tragar a Clara Lebraux.

—Ah, así que se llama Clara.

—¿Y por qué no iba a llamarse Clara?

No tenía nada que esconder, pero no pudo evitar sonrojarse al advertir el tono de censura de Alayne por la intimidad implicada en ese uso de su nombre de pila.

—No hay motivo para que se llame ni deje de llamarse así. De todos modos, es un nombre que no me gusta y no siento ninguna simpatía por la señora Lebraux. Pero mi negativa a leer en francés con su hija no tiene nada que ver con eso. —Le temblaba la voz. Cogió un trozo de pan y empezó a desmenuzarlo—. ¿No lo entiendes, Renny? Me resultaría demasiado violento pretender enseñar francés a esa niña.

—No se trata de enseñar francés, sino de leerlo con ella. Son dos cosas muy distintas.

—Lo siento mucho, pero no puedo hacer ese esfuerzo.

—¿Ni siquiera para complacerme?

—¡Para complacerte! —repitió Alayne levantando hacia él los ojos llameantes de indignación—. ¿Por qué habría de ser tan necesario complacerte en eso?

—No es que sea necesario, pero intento mostrar compasión. Dame algún motivo razonable para negarme lo que te pido y trataré de comprenderlo.

—Ya te lo he dado.

—Si otra persona te hubiese dado a ti esa excusa, ya sé lo que habrías dicho.

—¿De verdad? —Su mujer volvió la cabeza con gesto displicente.

—Sí. Habrías dicho que era afectada y egocéntrica.

Alayne lanzó una mirada ofendida y colérica en dirección a Wakefield.

—Delante de extraños no, por favor —murmuró antes de salir de la habitación.

Renny sacó su pitillera, cogió un cigarrillo y se lo encendió. Se puso a fumar en silencio, con un gesto peculiar en la cara que, observado por otro individuo de su familia, podría haberse interpretado como una actitud medio retadora medio apenada. Pero nadie lo vio. Wakefield estaba sentado con los codos en la mesa y la cabeza entre las manos. El último de tres suspiros consecutivos arrancados de las profundidades de su ser acabó por apartar la atención de Renny de sus propias preocupaciones. Miró intrigado al chiquillo. Notó el abatimiento de su cabeza oscura de pelo lustroso y la delgadez de la muñeca que todavía acusaba una constitución infantil.

—¿Qué te pasa, jovencito?

—Nada.

La contestación apenas se oyó.

—¿No te encuentras bien? ¿Estás cansado? —La voz del hermano mayor adquirió enseguida un tono de preocupación. Detrás de la mano protectora podía ver el temblor de la boca del niño—. Ven aquí —le dijo retirando la silla de la mesa.

Wakefield se acercó a su hermano, pero volvió la cara. Renny se lo subió a las rodillas.

—Dime —repitió—. ¿No te encuentras bien? ¿Te molesta la fatiga en el corazón? —Le rodeó el talle con el brazo y puso una mano delgada y musculosa sobre el frágil órgano vital, como si pretendiera transmitirle algo de su propia energía.

Wakefield negó con la cabeza. Luego añadió, retorciendo nervioso un botón de la chaqueta de Renny:

—Es por Alayne. Ya no me quiere. Antes de marcharse me ha llamado «extraño». ¿No lo has oído?

—¡Eso no quiere decir nada! —le aseguró Renny, algo desconcertado y con una risa forzada—. Los matrimonios suelen llamar extraños a los demás. No puedo explicarte muy bien por qué.

—Bueno, si tú no puedes explicarlo, es como si tú también me llamases extraño.

—Cuando un matrimonio se hace carantoñas o se pelea —replicó Renny con impaciencia—, no les gusta sentirse observados.

—A ti no te importa que yo esté aquí. Y no es solo por lo que ha dicho, sino por lo que ha hecho. Ha movido las flores para esconderse de mí. No ha pensado que me iba a dar cuenta, pero sí. Quiere borrarme por completo de su vida y es inútil que pretendas convencerme de que no, Renny.

Se puso a llorar desconsolado, haciendo una bola con el pañuelo y frotándose con ella los ojos. Renny soltó una ruidosa carcajada.

—¡Pero qué tonto! Sabes muy bien que ni una docena de esposas podrían interponerse entre tú y yo.

Abrazó con fuerza a Wake y lo besó repetidas veces. El llanto de Wakefield, que había empezado silencioso, se convirtió en un sollozar histérico.

Alayne se había dejado el libro en el comedor y, pensando que por entonces Renny ya se habría marchado, volvió a buscarlo. Sin embargo, al llegar a la puerta y ver a los dos hermanos, se dirigió a toda prisa al salón.

—¡Alayne! —la llamó Renny—. Ven aquí.

Alayne se volvió hacia la puerta y los miró con una expresión de enérgico dominio de sí misma dibujada en el pálido rostro.

—Has herido los sentimientos de Wake al llamarlo extraño. Ya le he explicado que no querías decir nada ofensivo. Ahora dice que has movido el jarrón para interponerlo entre él y nosotros dos.

Le dirigió una mirada implorante que parecía decir: «Por Dios, no puedo sufrir que se le cause ninguna desazón. Tendrás que tolerar sus caprichos y el cariño que yo le tengo».

Alayne vio esa mirada y no leyó en ella más que la repetición de su deseo de imponerle una obligación desagradable para dar gusto a otra persona que despertaba en él el instinto protector. El espectáculo de Wakefield colgado del cuello de Renny, de sus agitados sollozos, de la mirada implorante de su marido la llenó de una cólera concentrada. Estaba segura de que Renny quería que ella se acercase y acariciara al chico para tranquilizarlo, pero le era imposible hacerlo. Algo

inherente a ella se lo impedía. Incluso negar que había movido el jarrón adrede sería rebajar su propia dignidad.

—No creía haber ofendido a Wakefield —dijo al fin, tras un violento combate interno—. Lo siento, pero no puedo evitar pensar que se entera demasiado de las conversaciones de los mayores. Es demasiado entrometido. Se está volviendo neurótico, diría yo. ¿Y no crees que un chico de trece años es ya demasiado mayor para tanto beso?

Hablaba con frases desiguales y entrecortadas.

—Todavía no tengo trece —objetó Wakefield con voz sofocada—. No los cumplo hasta la semana que viene.

—Su padre murió antes de que naciera —dijo Renny—. Su madre murió al darle a luz. Siempre ha estado… Bueno, muchas veces he creído que no llegaría a verlo crecer. No puedes criticarme si…

—Pero todo el mundo sabe —lo interrumpió Alayne—, si entiende lo más mínimo de psicología infantil, que no hay nada peor que hablar así en su presencia. Le hace concebir una sensación de abandono, de debilidad, de inferioridad. ¿No lo entiendes?

—No, no lo entiendo —replicó Renny con vehemencia. Le dirigió una de aquellas miradas que tanto recordaban a las de la anciana Adeline—. Si tu padre hubiese sido un chalán en lugar de un profesor de Nueva Inglaterra, tal vez podríamos entendernos mejor.

—¡Renny! ¿Cómo puedes decir eso?

Alayne subió corriendo a encerrarse en su habitación.

Su habitación se convirtió para ella cada vez más en un refugio en las semanas que siguieron. La sensación de distancia respecto a la familia fue aumentando más que disminuyendo. Con Renny, a cuya vida había unido la suya propia con toda confianza y la mayor de las pasiones, notaba un extraño embotamiento emocional. Esperaba que esas tinieblas pasaran como una nube tardía y que volviera a brillar con toda intensidad la luz de su amor. Se retrajo tanto espiritual como físicamente. En cuanto a él, delante de los demás la trataba con más cortesía que nunca y, en cambio, la rehuía en privado. Piers y Pheasant creyeron que había vuelto a nacer la armonía entre ambos, pero también que en sus relaciones mutuas se había establecido un equilibrio muy inestable que podría destruirse con extraordinaria facilidad. Wakefield siguió cavilando sobre la escena del comedor, pero no se lo contó a nadie más. Por esa época cogió la curiosa costumbre de meterse en el cuarto que compartía con Renny cuando Alayne se encerraba en el suyo. Cuando Alayne cerraba su puerta, no tardaba en oír el cierre de la otra, con un eco casi burlón. A veces, mientras escribía, la oía abrirse y volver a cerrarse al poco rato, como si Wakefield hubiese estado escuchando. ¿Qué podía hacer allí ese

chiquillo? Estaba convencida de que no hacía más que cavilar o soñar despierto y de que solo pretendía atormentarla.

Hacía calor, pero en el cuarto de Alayne, resguardado por un enorme abeto, siempre reinaba una atmósfera fresca y acogedora. El señor Cory, el director de la editorial neoyorquina donde había trabajado como lectora, le envió varios ejemplares de los nuevos libros que publicarían en otoño y le pidió su opinión sobre ellos. La lisonjeaba afirmando que aún no había encontrado un sustituto competente para ella, en cuyo juicio pudiese confiar con la misma seguridad. Los libros, que eran de historia, biografías y viajes, le interesaron muchísimo. Empezó a escribirle largas cartas con sus valoraciones. De esta forma se creó un mundo independiente dentro de las paredes de Jalna y recobró parte de la tranquilidad de espíritu y atmósfera contemplativa de antaño. Pero era una tranquilidad ficticia, una atmósfera contemplativa originada en su anhelo por ocultarse su propio estado de ánimo. Una palabra o una mirada habrían bastado para desbaratar su autodominio. Con el paso de los días, sin embargo, a medida que aumentaba el calor, su rostro iba convirtiéndose cada vez más en una fría máscara. Se volvió más meticulosa en su arreglo personal. En cuanto a Renny, como si la meticulosidad fuese un arma que estuviera tan a su alcance como al de Alayne, se volvió cada vez más cuidadoso en su forma de vestir. Piers y Pheasant, a su vez, se sintieron espoleados por la emulación y empezaron a presentarse lo más pulcros posible. Hasta Wakefield llevaba a diario sus mejores prendas y Mooey chillaba pidiendo un aro de plata para su babero. Piers le había prohibido a Pheasant volver a llevarlo a la mesa y Renny no había vuelto a expresar ningún deseo de verlo allí. Las comidas transcurrían en medio de un silencio depresivo, roto solo por los cuchicheos de Rags al oído de Renny.

A finales de julio, Alayne recibió una carta de sus tías, que vivían a orillas del Hudson, en la que expresaban su intención de ir a pasar una temporada con ella. La perspectiva de esa visita le resultaba a un tiempo agradable y angustiosa. Nunca habían estado en Jalna y Alayne tenía muchas ganas de que viesen la casona y la extensa propiedad, pero dudaba de poder ocultar a sus incisivos y cariñosos ojos la actual esterilidad volcánica de su existencia. ¿Y si durante su estancia se produjera una violenta erupción? La aprensión crecía al pensar que sus tías no conocían a Renny. Al conocer a Eden, se habían quedado prendadas de él. El divorcio y su nuevo matrimonio con el hermano de Eden las había escandalizado un poco. Habían tardado todo ese tiempo en decidirse a visitarla. Alayne lamentó que todos los Whiteoak de la generación anterior estuviesen ausentes. La presencia de Augusta, Nicholas y Ernest le parecía ahora como un muro protector tras el cual habría podido ocultar sus propias desazones

espirituales. Muy a menudo pensaba en lo interesante que habría sido ver a sus propias tías, tan refinadas, tan escrupulosas y convencionales, tan desdeñosas de todas las fealdades de la vida, respirando el mismo aire que los tres tíos Whiteoak, sobre los cuales planeaba la sombra vigorosa de la anciana Adeline.

Recordaba con cuánta alegría había despedido al tío Nicholas y al tío Ernest cuando partieron para Inglaterra. Había estado prometiéndose un verano de mayor libertad en sus relaciones con Renny, un verano de satisfacciones, de desarrollo espiritual de su amor. Y todo había acabado en eso. Tal vez si los tíos no se hubieran marchado, las cosas no estarían así. Este pensamiento la acosaba con frecuencia. Una vez tras otra repasaba sus desavenencias y trataba de ver qué habría podido hacer para evitarlas. Ni cuando se ponía más severa consigo misma era capaz de descubrir nada, a no ser que hubiese llegado a humillar por completo su espíritu ante el de su marido y a conformarse del todo a la vida de la casa. Tenía la impresión de que, si hubiera de volver a vivir otra vez todos esos episodios, sería eso lo que haría. Humillar su espíritu y conformarse a la vida de la casa. Tal vez si hubiese consentido en leer en francés con esa antipática niña Lebraux, todo habría ido mejor. Pero la idea de la chica iba siempre acompañada por la de la madre, y la de la madre despertaba en ella un vendaval de ira y celos que barría toda otra idea de su mente. Se dio cuenta de que estaba en extremo celosa de la señora Lebraux, de que tenía celos incluso de la pequeña Pauline. Cuando Piers hablaba con Renny de la granja de zorros y Renny demostraba estar tan familiarizado con todos sus asuntos, no se atrevía a mirarlos para que no leyesen en sus ojos la cólera que la agitaba.

Al analizar su relación con Renny, se dio cuenta de que siempre había provocado en ella un sentimiento de irritación, un antagonismo latente, algunas veces de forma deliberada, otras solo por su modo de ser. Jamás se había peleado con Eden. Su amor hacia él siempre había estado revestido de cierto matiz maternal. No había nada de maternal en el amor que sentía por Renny. Era instintivo, violento, inquieto. Y a pesar de esa inquietud, de esa agitación, no tenía ni una pizca de savia vivificante. Se asemejaba al mar, siempre azotando las costas, siempre limitado por ellas.

¿Por qué se habían peleado? Por el viejo Benny, el perro pastor; por Mooey, el niño; por Pauline y por Wakefield, dos chiquillos. ¿Acaso su vida se vería siempre turbada por peleas ocasionadas por perros y niños? Tal vez si tuviese un hijo, las cosas cambiarían. Pero Renny no había expresado jamás el deseo de tener un hijo propio.

XX

BARNEY

La chica que vino a cuidar de Mooey se llamaba Alma Patch. Era sobrina de la enfermera del pueblo y la tía estaba encantada de haber servido de intermediaria para colocarla en Jalna. La enfermera del pueblo era también la chismosa del pueblo y, como la familia Whiteoak era la fuente principal de cábalas y comentarios, Alma podría ser el conducto por el que fluyese un chorro continuo de cotilleos.

Alma era una chica robusta, de pelo rubio, cara llena de pecas y que jamás alzaba la voz por encima de un murmullo, excepto cuando cantaba o reía, lo que hacía con un agudo timbre de soprano. Era muy perezosa y le gustaban muchísimo los niños. La idea que Alma se había hecho de la felicidad era estar sentada en el jardín cuidando de Mooey mientras este trotaba a su alrededor, jugando con ella, echándole encima puñados de hierba, abrazándola e incluso pegándole puntapiés. Después, llenar la panza con una comida excelente, la cabeza con un abundante repuesto de chismes y volver a casa al anochecer sintiéndose una persona de excepcional importancia delante de sus amigas. Todo eso constituía para ella una vida tan perfecta como a pocos se les ofrecía.

Más o menos cuando Alma apareció en la vida de Jalna, Pauline Lebraux le regaló a Renny un terrier irlandés de nueve meses llamado Barney. Se lo había enviado como regalo de cumpleaños un amigo de su padre que residía en Quebec. No podía quedarse con él porque se pasaba todo el santo día ladrando a los zorros y poniéndolos histéricos, así que, aunque lo quería mucho, y justo porque lo quería mucho, Pauline se lo regaló a su vez a Renny por su cumpleaños. Como si le hiciesen falta más perros.

Pero en el corazón de Renny parecía haber sitio ilimitado para todos los perros y todos los chiquillos. Creyó que Barney rellenaría un hueco vacante desde hacía mucho, aunque el terrier era el animal más arisco e indómito que jamás hubiese pisado Jalna. Piers consideraba que lo habían mimado demasiado. Renny, que era partidario de criar a

los animales con mucho mimo, insistía en que Barney era víctima del sistema de criar perros como si fuesen fieras. Estaba seguro de que lo habían tenido encerrado en algún sitio y sin una sola palabra de cariño. Hacerse amigo del chucho, enseñarle lo que podía ser la intimidad del perro con el hombre, era para Renny una tarea gratísima. Por otra parte, Barney era un perro muy bonito que, tras la expresión indómita de su mirada, dejaba entrever un reflejo de desesperada necesidad de afecto.

No consentía que lo tocaran. Casi no atendía a su nombre. Se llevaba la comida a un rincón y gruñía como una fiera mientras la devoraba. Dormía en el cuarto de Wright, encima de la cuadra, pero no hizo buenas migas con él. Apenas lo soltaban por la mañana, empezaba a correr de un lado a otro, como enloquecido por la multitud de cosas que sucedían a su alrededor y por la inmensidad del espacio que podía recorrer. Los campos de cereales estaban muy altos y lucían un precioso color dorado. Barney se pasaba casi todo el día en ellos, como en una selva. En alguno de esos campos se veía de repente cómo se agitaban las espigas de trigo o de cebada y al poco se calmaban por completo, pues el tiempo era bochornoso y no había ni un soplo de brisa que agitara el grano. Entonces, cuando Renny pasaba junto a los campos, seguido por sus dos clumber spaniel, aparecía la cara de Barney, que los observaba con cautela escondido tras las espigas. Los dejaba adelantarse un poco. Luego se echaba a correr tras ellos hasta adelantarlos y de nuevo volvía a mirarlos con la misma expresión desesperada.

Los spaniel parecían entenderlo. Renny les había explicado la situación a su manera. Miraban un momento al recién llegado, con gesto amistoso, y sin preocuparse más por él seguían con dignidad los pasos de su amo.

Por fin llegó el día en que salió del campo de trigo y empezó a andar un rato junto a Renny y sus dos perros.

—Fíjate —le dijo Renny a Piers, que tenía cierta tendencia a burlarse de la solicitud de su hermano respecto al perro—. Pronto demostrará que es un magnífico animal. Hasta ahora no le han dejado margen para hacerlo, pero cada día responde mejor.

—No hay duda de que se está poniendo precioso —asintió Piers—. Ha crecido muchísimo desde que lo tenemos en casa. Pero apuesto a que habremos llegado al invierno antes de que se acerque a ti por voluntad propia y se deje acariciar.

—¿Cuánto te apuestas?

—Cinco dólares.

—Hecho.

Renny ganó la apuesta con amplio margen. Una mañana iba

montando en su yegua ruana y galopaba por el camino de herradura que atravesaba el bosque cuando de repente descubrió a Barney con la cabeza metida en una conejera. Al sacar la cabeza, el animal estaba demasiado asombrado para moverse. Se quedó olfateando las patas de la ruana y luego se enderezó para oler las botas de Renny. Al alejarse caballo y jinete, los acompañó un rato. A partir de entonces se dedicó a seguir a la yegua siempre que la veía y dondequiera que la viese. Al cabo de un mes se había acercado voluntariamente a Renny y le había puesto la cabeza sobre las rodillas.

La satisfacción de Renny por esta hazaña fue tal que tuvo que contársela hasta a la misma Alayne, a quien no le gustaban los perros, y ese menos que ninguno porque procedía de la granja de zorros. Pero hizo un esfuerzo para suavizar el gesto, que se le tensaba, con una sonrisa de comprensión.

Una tarde, a finales de agosto, cuando la atmósfera presagiaba tormenta, Renny y Piers, acompañados por Wright, salieron en coche a una subasta que tenía lugar a treinta kilómetros de allí. Pheasant no se encontraba bien y se había quedado en la cama. Por la mañana le había confesado a Alayne que creía estar embarazada otra vez.

Alayne rondaba por el piso de abajo, tratando de ocuparse en algo, pero el aire estaba cargado de electricidad. El cielo desprendía reflejos sulfurosos que parecían demasiado próximos a las copas de los árboles y se sintió agitada, hasta trastornada, por la noticia que le había dado Pheasant.

Piers y ella iban a ser padres por segunda vez. Puede que fuese otro varón. Y ella no había tenido aún el menor indicio de que pudiese llegar a ser madre. No hacía aún año y medio que se había casado, pero tenía el mórbido presentimiento de que jamás llegaría a tener un hijo, de que siempre tendría delante a Meggie y a Pheasant coronadas por la aureola de la maternidad, a Renny llevando en brazos a los chiquillos de los demás, y de que se vería casada sin la plena realización de su matrimonio. Se apoyó contra la ventana del cuarto de estar, mirando hacia la explanada lateral donde, echado a la sombra, Mooey levantaba primero una piernecita y después la otra con gesto indolente. Alma estaba junto a él, con el rostro desprovisto de cualquier expresión a causa del calor y de una sosegada satisfacción. Alayne se preguntaba qué pasaría por aquella cabeza de color arenoso. Vio que la chica arrancaba briznas de hierba con aquellas grandes manos coloradas y se hacía cosquillas en los labios con ellas.

Mientras divagaba de esa forma, los ojos de Alma se abrieron de pronto con una expresión aterrada. Abrió la boca de par en par y lanzó un grito agudísimo. Alayne se vio tanto más sorprendida cuanto que jamás hasta ese momento había oído a la chica sino hablar en voz

muy baja. Mooey se incorporó y dirigió una mirada intrigada a Alma.

—¡Hazlo ota vez!

Como cumpliendo su deseo, Alma chilló de nuevo y entonces Alayne pudo ver qué era lo que la hacía gritar. Barney estaba dando vueltas y más vueltas por la explanada con una especie de loco frenesí mientras chasqueaba las mandíbulas y una espuma blanca le asomaba por las fauces. El perro pasó por debajo de la ventana y Alayne vio que tenía los ojos fijos, como iluminados por un alucinante resplandor. Desde una de las ventanas del primer piso se oían los gritos de Pheasant, seguidos de una llamada angustiosa a Alma para que metiese corriendo en casa a Mooey.

—¡Por aquí! —gritó Alayne—. ¡Por aquí! ¡Tráeme al niño!

Alma agarró al chiquillo y se lo pasó a Alayne por la ventana, justo en el momento en que el perro volvía a pasar por allí como un ser agitado por una pesadilla. Alayne se las arregló para hacer entrar también a la chica por la ventana.

Luego corrió al recibidor, donde se encontró con Wragge, cuya cara, en general pálida, había adquirido un matiz lívido.

—¿Sabe usted que el perro se ha puesto rabioso, señora? ¡Qué horror!

El mayordomo fue corriendo a la puerta principal, la cerró y echó el cerrojo.

Alayne oyó las voces de los que estaban en el sótano, el angustioso interrogatorio que Pheasant hacía a la niñera y al niño. Uno de los empleados de la granja, que se llamaba Quinn, apareció por el fondo del recibidor.

—¿No cree usted, señora, que deberíamos pegarle un tiro al perro? Está rabioso.

—Sí, sí, hay que matarlo. ¡Qué horror! ¡Ojalá mi marido estuviese aquí!

—La cocinera ha dicho que, si me dejara usted la escopeta del señor Whiteoak, podría matarlo.

—¿Su escopeta? —Alayne lo miraba con expresión interrogante.

—La cocinera dice que está en el cuarto del señor.

—¿Quiere usted que vaya a buscarla, señora? —preguntó Wragge.

—No, gracias. Iré yo misma.

Subió corriendo al primer piso, sintiéndose electrizada de energía y competencia. Pheasant la siguió hasta la puerta del cuarto de Renny.

—Está en un estuche de cuero en el armario —le indicó.

Alayne encontró el estuche, desató a toda prisa las correas y sacó la reluciente escopeta. Tenía las manos muy firmes cuando la bajó para entregársela a Quinn. De repente se acordó de Wakefield y preguntó dónde estaba.

—¡Ay, señora! —exclamó Wragge—. ¡Está con su poni! Y el perro corría en dirección a la cuadra.

Quinn se precipitó fuera con la escopeta.

—¡Alayne! —gritaba Pheasant desde arriba—. ¡Sube, pronto! Podrás verlo muy bien desde la ventana de mi habitación.

Alayne subió corriendo, pero cuando se asomó por la ventana, aunque llegaban a divisarse las cuadras, no se veía por allí ningún ser viviente, aparte de Quinn, que corría en esa dirección con la escopeta en la mano.

—¿Habías visto al perro hoy, antes de esto? —preguntó Alayne.

—Sí —dijo Pheasant comprimiéndose las sienes—. Lo he visto ir detrás de Quinn, que se llevaba a la yegua ruana y a uno de los caballos de la granja para herrarlos de nuevo. Barney iba detrás de la ruana. Me ha extrañado porque nunca lo había visto salir a la carretera. Mira, Quinn se ha metido en la cuadra. ¡Ay, qué horror! ¿Quieres que cierre la ventana para que no oigamos el disparo?

—Yo quero oír el disparo —dijo Mooey—. ¡Pium! ¡Pium! No teno medo.

—No creo que convenga cerrarla. Hace un calor sofocante. Es el día más caluroso del verano.

Se quedaron mirando en dirección a la cuadra, de la cual solo se veía una parte a través de un claro en una hilera de abetos que se habían plantado para ocultarla. Parecía que aguardasen la representación de un drama en aquel lugar. De repente empezaron a oírse gritos y divisaron fascinadas varias figuras que corrían por la explanada.

Por fin, entre los abetos, se vio correr al perro con paso vacilante, como si estuviese a punto de caer derrengado. Tenía una herida en el costado y la sangre corría hasta la hierba de la explanada. El animal alzó la cabeza y miró hacia las ventanas donde se asomaban las dos mujeres.

Aparecieron Quinn y otros dos hombres armados de horquillas. Uno de ellos, un joven que venía de una fábrica de Glasgow, se mantenía rezagado, con la cara idiotizada por el miedo. Pheasant y Alayne no entendieron lo que iban a hacer hasta que se echaron encima del pobre Barney y lo alancearon con las horquillas. El animal cayó, herido en una docena de sitios.

Entonces el chico de Glasgow le clavó la horquilla con tanta fuerza que, para poder arrancarla luego, tuvo que apuntalarse con el pie sobre él.

Alayne se vio obligada a sostener a Pheasant entre sus brazos para que no cayera al suelo desmayada.

—¿Po qué han hecho ezo? —preguntó el pequeño Mooey—.

Barney era malo, ¿no? ¿Por qué se duerme mami?

Alayne había vuelto a meter a Pheasant en la cama y entregado al niño a la niñera. Wakefield entró a toda prisa en la habitación. Los ojos le relampagueaban de agitación.

—¿Lo habéis visto? ¡Qué horror! Yo estaba allí mismo, detrás de las matas. Lo he visto todo. Pero todo todo. Quinn no sabía manejar la escopeta de Renny. El tiro no le salía. Acosaron a Barney junto a la cuadra y Quinn llegó a herirlo, pero se escapó y echó a correr hacia la casa. Yo creo que pensaba encontrar a Renny allí. Vaya sorpresa que se llevará Renny cuando llegue. Confío en poder ser yo quien se lo cuente.

El coche en el que iban Renny, Piers y Wright no apareció en la avenida hasta muy entrada la tarde. Fueron directos a las cuadras, donde se encontraron con media docena de personas ansiosas por explicarles toda la historia.

—¡Condenados idiotas! —gritó Piers—. El perro no estaba más rabioso de lo que estáis vosotros. Lo que pasa es que estaba nervioso, nada más.

—De haber estado yo aquí, no habría habido necesidad de matarlo —dijo Wright—. Ya se ha puesto así otras veces y luego se ha tranquilizado, ¿verdad, señor Whiteoak?

Renny estaba mirando a Quinn, que había contado muy excitado su hazaña, pero que ahora parecía un poco avergonzado. El muchacho escocés estaba ahí mismo, muy dispuesto a recoger alabanzas si las había, pero dispuesto también a declinar toda responsabilidad en el acto.

—¿Pretendéis decirme —dijo Renny— que entre cuatro habéis acorralado a ese perrito por las cuadras con horquillas y luego lo habéis cercado en la explanada y lo habéis matado a lanzadas?

—La escopeta no disparaba —murmuró Quinn.

—¿Qué escopeta has cogido?

—La suya, señor Whiteoak. La señora Whiteoak fue a buscarla y me la dio.

—¿Por qué no lo habéis encerrado en un establo?

—Por nada del mundo lo habría tocado, señor Whiteoak. Estaba hecho una fiera.

—¿Dónde está?

Lo habían enterrado.

—Sacadlo otra vez, quiero verlo.

Marcharon hacia el lugar y el muchacho escocés, deseoso de reconquistar el favor de Renny, agarró una azada y la clavó con fuerza en la tierra.

Renny se la quitó de las manos.

—¿Qué pretendes, romperle el cráneo? Antes quisiera ver roto el tuyo.

Empezó a descubrir el cuerpo con cuidado. Cuando estuvo sobre tierra, se inclinó para examinarlo. Le dio la vuelta y frunció el ceño al ver las heridas. Le recorrió el espinazo con una rápida caricia y luego se puso en pie.

—Vaya trabajito que habéis hecho entre todos —gruñó, y luego añadió dirigiéndose a su jefe de cuadras—: Wright, haz que le corten la cabeza. La enviaré al laboratorio para que la examinen. No tendrían que haberlo dejado salir a la carretera con este calor.

Se dirigió a la casa y encontró a Alayne en el recibidor.

—Bueno —dijo con una sonrisa irónica—, entre todos os las habéis arreglado para matarme al perro aprovechándoos de mi ausencia.

XXI

¿DE QUIÉN FUE LA CULPA?

No habían vuelto a hablarse desde… Las noticias corrían muy rápido en Jalna y Alayne ya había oído, cuando se encontró en el recibidor con Renny, un relato exagerado de todo lo que había ocurrido desde su regreso. El joven de Glasgow había entrado en la cocina para contárselo a su amiga Bessie. Bessie había subido de puntillas y a toda prisa para cuchicheárselo a Alma, que estaba bañando a Mooey. Alma se lo repitió a Pheasant, con algunos adornos, al llevarle la bandeja con el té. Pheasant se lo contó a Alayne. Cuando Alayne y Renny se encontraron en el recibidor, ella ya sabía que Renny se había puesto furioso, que había amenazado a los hombres que habían liquidado al perro, que había insistido en ser él mismo quien lo desenterrase, lo había acariciado y había llorado sobre su cadáver. Verlo allí de pie, iluminado por la vidriera de colores que transformaba su traje en una especie de botarga y daba a su pelo rojo un matiz violado, le resultó chocante. La mueca helada de su rostro era repulsiva. Cuando dijo lo que dijo, Alayne se echó hacia atrás con un gesto de rechazo. No contestó, se quedó rígida, apoyada contra la pared, apretando contra ella las palmas de las manos para dejarle libre el paso.

Renny entró en el cuarto de estar y cerró la puerta tras él. Poco después se le oyó cerrar con fuerza la puerta plegable que separaba el cuarto de estar del comedor. Alayne se sintió desbordada por la amargura y la desilusión y, sin embargo, pensaba, siempre lo había conocido igual. Su amor hacia él era como una fiebre que transformaba por completo hasta la sangre de sus venas, llenaba todo su ser de una ardorosa sensualidad, le aceleraba el pulso y la hacía bailar al son de su poderosa masculinidad.

«No me ha gustado nunca su carácter —se decía a sí misma mientras subía la escalera—. Eso es lo malo. Estaba loca por él, pero en realidad no me ha gustado nunca su carácter».

Una vez en su habitación, se sentó junto a la ventana y contempló el agostado jardín. Las flores se inclinaban sobre sus tallos y sus hojas

ajadas dejaban entrever la tierra reseca por debajo. Ella misma apenas podía sostener la cabeza en alto del dolor que tenía. Se oprimió la frente con los dedos, justo entre las cejas, donde se concentraban los pinchazos. Tenía la impresión de que iba a ponerse enferma.

Ante ella se alzó el rostro de Eden, sonriente, con los ojos medio cerrados. Recordó cómo llegó hasta ella, como un joven dios que la arrancó de la monotonía de su vida y le llenó el corazón, vacío entonces de todo amor que no fuese hacia los muertos. Qué pronto había borrado todo eso la presencia de Renny. Eden tuvo que percibir enseguida, con su fina sensibilidad, ese cambio en su modo de ser. No se le podía culpar, entonces, por haberse vuelto hacia otra. Vio a Eden bajo una nueva luz.

Luego, con mirada febril, vio el rostro de la anciana Adeline, de pie en el recibidor, iluminada por la luz de la vidriera de colores, tal como la había visto el primer día que puso los pies en Jalna. Brillantes manchas de color caían sobre ella, una franja azulada le cruzaba la frente y una sonrisa animaba sus facciones mientras miraba a la familia congregada a su alrededor. Pero esa sonrisa tenía una expresión salvaje. «Nunca tendré tranquilidad de espíritu en esta casa —pensaba Alayne oprimiéndose la frente con los dedos—. ¿Qué voy a hacer? Si continúo así, ¿qué me va a ocurrir? Si me porto de forma que Renny llegue a odiarme, ¿cómo podré vivir aquí? Ya empiezo a divagar, a tener pensamientos extraños e incluso a confundir a mi marido con su abuela».

Seguía sentada, con la cabeza gacha, repasando uno tras otro todos los incidentes de su vida con Renny, tratando de descubrir en qué podría haber contribuido al marcado cambio de su relación. No entendía qué culpa podía tener ella. Se las había arreglado para llevarse bien con Piers, que la aborrecía, pero no podía llevarse bien con Renny, que la… ¿Era cierto que la amaba, o acaso se había contentado con desearla físicamente, mientras que ella anhelaba la satisfacción de su espíritu? No podía echarse la culpa de eso. Con extraña tenacidad se negaba a aceptar culpa alguna. Otra vez la atormentaron los celos respecto a Clara Lebraux. Los sentía en la espalda, en la garganta, en la boca del estómago. Esa mujer de pelo descolorido a trozos, de pestañas pálidas, de manos huesudas. ¿Qué fascinación ejercía en Renny para llevarlo a la granja de zorros cuando podía estar con su esposa? Con una desagradable sensación, se le ocurrió que, como Barney procedía de la granja de zorros, era más querido todavía para Renny y que tal vez sospechara que ella había consentido su muerte con demasiada facilidad por ese motivo.

Cuando bajó a cenar, descubrió que la mesa estaba puesta solo para ella y para Piers. No le sorprendió que Pheasant no hubiese podido bajar, pero ¿dónde estaba Wakefield? ¿Y dónde estaba el otro?

Piers, con los ojos fijos en el plato, murmuró que Pheasant todavía no se encontraba bien y que el pequeño Wake había sufrido una crisis, con tanta agitación, y estaba durmiendo. No mencionó a Renny para nada, pero enseguida vieron a Wragge cruzar el recibidor con una bandeja en la mano. Entró en el cuarto de estar y cerró con cuidado la puerta. Alayne vio que Piers fruncía el ceño y torcía el gesto. Cuando Wragge volvió al comedor, tenía una expresión de lo más enigmática, como si ni el tormento fuese capaz de hacerle revelar lo que estaba sucediendo al otro lado de la puerta plegable. Alayne se acordó de la costumbre que tenía Meggie de hacerse llevar siempre la comida a su cuarto en una bandeja. ¿Iba Renny a seguir el ejemplo de su hermana? Le entraron unas ganas locas de echarse a reír. Le resultaba imposible tragar el rosbif frío y se contentó con mordisquear una rebanada de pan y unos berros. Piers se comió impasible el rosbif y luego tomó melocotones con nata. De vez en cuando miraba furioso la puerta del cuarto de estar.

Alayne no hizo intento alguno de hablar con Piers. No sabía cuál era su postura hacia ella en aquel asunto, pero suponía que le echaba la culpa. Si su cuñado sacaba a colación la muerte del perro, no tendría fuerzas para seguir sentada a la mesa. Piers no lo hizo. Cuando ya casi había terminado de comer, se puso a hablar de la subasta. Con voz apagada le describió los animales por los que habían pujado Renny y él, se entretuvo hablando de un semental de Clydesdale que había comprado y de una jaquita adquirida por Renny. El semental le había costado bastante, pero confiaba en recuperar la inversión con creces. Alayne contestaba con monosílabos, pero se sentía agradecida porque se daba cuenta de que estaba tratando de suavizar las cosas. Cuando se terminó el vaso de cerveza que tomaba siempre a la hora de cenar, Piers tendió su pitillera a Alayne y, por primera vez durante toda la comida, sus miradas se encontraron. Piers la miraba con bondad y a Alayne se le llenaron los ojos de lágrimas. Piers continuó hablando a toda prisa y con cierta brusquedad sobre la aglomeración de la sala, el calor que hacía, los gestos y maneras del subastador. Piers sabía muy bien que Alayne no fumaba, pero le había ofrecido el cigarrillo como con ademán de ayudarla en algo. Alayne lo aceptó y se lo fumó con torpeza. Era la primera vez que hablaban tanto tiempo.

Al cabo de cinco días, Renny y Alayne no se habían hablado todavía. Alayne vivía como en un sueño alucinante. A veces, cuando se vestía por la mañana, se le ofuscaba la mente. Vacilaba, miraba desorientada por la habitación y empezaba a desnudarse otra vez, pensando que era de noche en lugar del comienzo de la jornada. Luego, al ver la luz del día, volvía en sí y con gesto avergonzado continuaba vistiéndose. Siempre se había envanecido de la claridad de su juicio, de su sentido común. Había tolerado mal el atolondramiento

de Eden. El tiempo había cambiado y por las noches llovía, pero por la mañana amanecía un sol brillante que aparecía y desaparecía entre la masa de nubes que recorrían el cielo. Los macizos de flores habían adquirido cierto aspecto melancólico.

Jamás había estado en una casa en la que no se hablase con alguien. No recordaba la menor sombra en la grata actitud con la que se trataban sus padres entre ellos. Ahora Renny dirigía todas sus conversaciones a Piers, como si incluyera a Pheasant en su rencor. Se mostraba menos indulgente con Wakefield e insistía en que no faltase a sus clases, aunque de lejos se veía que no estaba bien. Pheasant parecía absorta en sus propias cavilaciones. Tampoco ella se encontraba bien y muchas veces tenía que levantarse de la mesa. En tres de esos cinco días, Renny no fue a comer. Aliviados por su ausencia, Pheasant y Wakefield charlaban sin cesar mientras Wragge les dirigía miradas de desaprobación. Aunque Alayne se enteró de que en esas tres ocasiones Renny había comido en casa de los Vaughan, seguía creyendo que la mayor parte del tiempo se lo pasaba con Clara Lebraux.

Al cuarto día, Wragge llevó el correo a Renny durante el desayuno. Renny abrió una carta y después de leerla se la pasó a Piers.

—Como ves, es lo que yo decía. No valía la pena, en realidad, pero quise hacerlo para demostrar que todo el asunto no fue más que una cuestión de pura y refinada crueldad.

Piers leyó la carta y asintió con un gruñido.

—Enséñaselo a Alayne —dijo Renny sin apartar los ojos del plato.

Piers le pasó la carta a su cuñada por encima de la mesa. Alayne la cogió. Era el informe del laboratorio: habían examinado la cabeza del perro y no presentaba ningún síntoma de rabia. Alayne la leyó con apatía, sintiendo cómo aumentaba en su fuero interno la sensación de agravio.

—¡Yo quiero verlo! —exclamó Wakefield—. ¿Es algo interesante?

Alayne le tendió el papel.

—En mi opinión —dijo Piers—, no hay que echarle la culpa a nadie. Los hombres hicieron lo que era natural al ver al perro en ese estado. Alayne también hizo lo más natural. Quiso deshacerse de él causándole el menor sufrimiento posible. No fue culpa de Quinn si no entendió el manejo de la escopeta. Si el perro hubiera sido mío, intentaría sacármelo de la cabeza. Olvidarlo todo.

Se puso a trazar líneas horizontales en el mantel con el cuchillo.

—¡Es verdad! —Pheasant se rebeló contra su silencio de toda una semana—. Si alguna vez he visto algo aterrador, fue ese pobre perro. Y si no estaba rabioso, no tenía derecho a hacer lo que hizo y a asustar al pobre Mooey, a Alayne y a mí de la manera en que nos asustó.

—A mí no me metas en este asunto —repuso Alayne con frialdad.

—¡Cielo santo! —gruñó Renny saltando de la silla—. ¡Entre todos me ponéis enfermo!

Echó una mirada por la habitación y se lanzó fuera de ella y fuera de la casa.

Los que se quedaron intercambiaron una mirada sorprendida. Piers abrió otra carta, Pheasant se puso a leer el periódico mientras miraba de reojo a Alayne. Esta, apelando a toda su fuerza de voluntad, cogió una carta escrita con la letra de la más joven de sus tías y trató de leerla. Entretanto, Wakefield se puso a repetir con voz monótona:

—Entre todos me ponéis enfermo, entre todos me ponéis enfermo.

Al darse cuenta, Piers lo miró enfurecido y le gruñó:

—Cállate o te saco del comedor.

Para disimular su disgusto, Wakefield se puso a mirarse en el hueco de una cuchara mientras hacía una serie de muecas.

«¿Y si la tía Harriet me escribe para decirme que van a llegar enseguida? —pensaba Alayne—. No podría soportarlo, con las cosas como están». Pero no se trataba de la visita. Helen, la mayor de las tías, estaba enferma. Harriet estaba muy preocupada.

La primera reacción de Alayne fue de verdadero alivio, pero enseguida la preocupación por el estado de su querida tía se impuso a todo lo demás. La carta tenía un tono de angustia muy distinto de la jovialidad con que la tía Harriet solía hacer frente a las adversidades de la vida. Una posdata algo agitada insinuaba que, si el estado de su hermana empeoraba, Alayne haría mejor en ir a verla. Harriet no podía asumir ella sola toda la responsabilidad.

Alayne estaba acostumbrada a tomar decisiones repentinas, llevaba haciéndolo toda la vida. En esas ocasiones no mostraba la menor vacilación. No esperaría la llegada de ningún telegrama. Se marcharía enseguida, ese mismo día. Por un momento pensó en hacer creer a los demás que la conducta de Renny se le hacía insoportable, que quería castigarlo de esa manera. Pero renunció a tal idea. Era demasiado altiva para recurrir a esos subterfugios.

Después de desayunar, llamó aparte a Pheasant y le habló de la grave enfermedad de su tía. Cierta expresión de incredulidad y de compasiva simpatía en la cara de la joven la impulsó a dejarla leer la carta que había recibido. Pheasant le echó los brazos al cuello y la besó con cariño.

—Querida Alayne, cuánto deseo que se trate solo de una breve visita. Voy a echarte mucho de menos. Jalna no resulta muy agradable en estos tiempos para una madre en ciernes. Cuánto me gustaría que estuviese aquí el tío Nick. Estoy segura de que se las habría arreglado para sacarnos de este enredo.

A la una llegó Piers con la noticia de que Renny había salido con Maurice para cierto asunto. No explicó de qué asunto se trataba y Alayne supuso que no era más que pasar el día en casa de los Vaughan. Meg había estado algo pachucha y Alayne sabía que Renny estaba preocupado por ella. Cogió ropa y enseres como para estar fuera un mes. Se sentó a su escritorio para escribirle una nota a Renny. La primera que escribió le salió tan glacial que la rompió después de releerla. Para eso era mejor no escribir nada. Al escribir la segunda, a su pesar, cayó una lágrima en el papel y tuvo que romperla también. No quería que su marido recibiese una nota plañidera y llorosa. Tal vez sería mejor que fuese la familia la que le diese la noticia.

Piers lavó bien el coche para llevarla a la estación. Le ordenó a Wright que condujera él y se mantuvo a una distancia prudente cuando se marcharon. Pheasant estuvo rondando a su alrededor toda la tarde. Le regaló unos lindos pañuelitos bordados. Llevó a Mooey a despedirse de su tía y el niño repitió la lección que sin duda le habían hecho memorizar.

—Siento mucho que fui malo, tía Alayne. —Y le ofreció la carita para recibir un beso.

Wakefield le pidió que lo dejara acompañarla a la estación. Su vida era tan monótona que se quedó encantado cuando Alayne aceptó. Entre Wright y él metieron en el Pullman el equipaje de Alayne. Era la primera vez que Wakefield veía uno de esos vagones y no pudo evitar exclamar:

—¡Qué bonito es esto! Me gustaría saber si algún día podré por fin ir a alguna parte. Ya he cumplido los trece años y todavía no he estado en ningún sitio. ¿A que eso es muy triste, Alayne?

Sin embargo, en su porte había cierta altiva distinción, como podría ser la del más antiguo habitante de la región. La gente que pasaba por allí miraba con cierta admiración su carita morena e ilusionada.

Durante toda la noche, Alayne se sintió presa de un violento dolor de cabeza. Estaba derrengada cuando llegó a la linda casa estucada de la ribera del Hudson. La señorita Helen pudo aún reconocerla. Murió dos días después.

Cuando todo hubo acabado y volvió a reinar el orden en la casa, Alayne y la señorita Harriet pudieron hablar largo y tendido. Alayne se compadeció de la soledad de su tía y decidió quedarse con ella un tiempo. Había escrito dos cartas a Pheasant y recibido contestación a las dos. Las cosas seguían más o menos igual en Jalna. Y añadía: «Renny se quedó muy sorprendido al no verte aparecer a la mañana siguiente. No dijo gran cosa, pero su mirada era de asombro absoluto».

Durante las primeras semanas no hubo mucho tiempo para pensar.

La señorita Archer tenía muchas amigas que vinieron a darle el pésame y a ver a Alayne después de su larga ausencia. Todas ellas estuvieron de acuerdo en que el matrimonio no había mejorado su aspecto; estaba más demacrada y tenía unas ojeras enormes. Rosamond Trent llegó desde Nueva York, exuberante de vida y de energía. Tenía tantas cosas que contar que por un momento distrajo a Alayne de sus preocupaciones. Le habló con gran admiración de Ernest Whiteoak, pero era Nicholas quien en realidad cumplía su ideal de caballero provinciano de la vieja escuela.

La señorita Helen le legó toda su fortuna a Alayne. No era mucho, pero lo bastante para abrir ante ella horizontes que hasta entonces habían estado cerrados. La señorita Harriet expresó su deseo de tener un automóvil. Su hermana se había contentado con alquilarlo cuando lo necesitaba y no le gustaba correr por las carreteras. Compraron uno y Alayne se complacía en llevar a su tía por las magníficas carreteras río arriba. El tiempo otoñal era delicioso.

Alayne acompañó a la señorita Archer a un pequeño club constituido por señoras de la vecindad y a diversas asambleas en determinados salones donde se combinaban cierto grado de elegancia y austeridad y donde se discutían asuntos de literatura y de la vida corriente. Las socias más escogidas aportaban los artículos interesantes de las mejores revistas y los leían en voz alta con una pronunciación tan perfecta que las oyentes no se perdían ni una palabra. La propia Alayne leyó un artículo interesantísimo en el que se demostraba con abundantes ejemplos que la población rural de los estados del sudoeste conservaba aún en su dialecto muchas palabras del inglés de la época isabelina.

Le gustaba ese club. Se sentía espoleada por la atmósfera espiritual que reinaba en él. Empezó a recobrar esa clara percepción que le era habitual en los tiempos anteriores a su matrimonio. Parecía una planta devuelta a su suelo primitivo. Su aspecto mejoró, pero no le desaparecieron las ojeras. Era imposible que desaparecieran porque no dormía. Por tranquila que estuviese al acostarse, todas las madrugadas se despertaba a las cuatro y ya no volvía a pegar ojo salvo en sueñecitos cortos durante el breve espacio de tiempo que mediaba entre la hora en que la muchacha empezaba con las tareas de la casa y aquella en que ella misma debía levantarse. Ese último sueño la descansaba, amortiguaba el punzante recuerdo de los pensamientos que la habían mantenido despierta: pensamientos sobre la ruina de su vida, sobre cómo esos días frescos y placenteros venían a parecerse al delantalito limpio que se pone una niña para disimular sus vestidos rotos y ajados, sobre aquellos momentos en los que había estado en brazos de Renny.

XXII

LIBERTAD

Con la marcha de Alayne, la vida en Jalna experimentó un cambio considerable. El orden impuesto como un suplicio durante el verano se dejó de lado, como si fuera un arnés incómodo, y se sintieron libres. En el sótano, donde sus persistentes inspecciones semanales se esperaban con verdadero pánico, parecía que se hubiera destapado una olla hirviendo. El contenido de la olla burbujeaba, se desbordaba y el olor de esa exuberancia llegaba hasta los pisos superiores.

«Las blancas alas no se cansan jamás», cantaba la señora Wragge con una hermosa voz de contralto al echar a los perros los restos de un trozo de asado que no se sentía con ganas de usar para picadillo. Su marido, con un cigarrillo en la boca y arremangado, estaba puliendo la mejor cafetera de plata, cuyo interior hacía muchos días que no se fregaba. Bessie estaba desplumando un pichón de pato y dejaba que las plumas cayesen allí donde les pareciera.

—¿Cómo lo llamó la señora el día ese que vino a meter las narices? —preguntó Wragge.

—La plumazón. Los suyos lo dicen así. Habla de una manera muy rara. Me pone de los nervios como nadie.

—No habla para nada como el señor —dijo Bessie—. Parece que le está tirando a una las palabras, como si te aguijoneara.

—Pues te está muy bien —replicó Wragge soplando la cafetera—. Eres la canadiense más gandula que he conocido, y eso que he conocido a muchas.

—Pues no diremos nada de la gandulería de los *cockney* —se mofó la otra en tono sarcástico—. Usted lo que hace es hacer ver que trabaja. Ya lleva más de media hora dándole que te pego a esa cafetera.

Wragge soltó la cafetera y se acercó a Bessie. Tuvieron una refriega durante la cual el aire quedó impregnado de plumas, como si los combatientes hubiesen sido dos pájaros. La señora Wragge dejó de cantar para mirarlos con expresión desaprobadora.

—Déjate de tonterías y sigue trabajando —le ordenó a la

muchacha—. Y tú, John, no te tomes tantas libertades.

Una voz infantil gritaba desde la escalera:

—¡Seguid pegándoos, porfis, que bajamos!

Era Mooey, que con su prima Patience bajaba al sótano llevando en las manos los lindos platos azules del desayuno.

Maurice Vaughan y su hija se habían instalado en Jalna mientras Meg estaba en la clínica. Los dos chiquillos tuvieron hambre a media mañana y Alma los puso en su mesita con pan, mantequilla y azúcar. Pronto lo devoraron y, mientras Alma se entretenía en disimular sus pecas con los polvos de Pheasant, se escabulleron de la habitación y bajaron a trompicones dos pisos hasta llegar al sótano.

Se pararon casi al final de la escalera, cuando todavía les faltaban tres escalones, vestida Patience de rosa, Mooey de pardo claro, y alargando los dos sus platos como dos pequeños mendigos mientras sonreían. La señora Wragge se acercó a ellos rebosante de satisfacción. Tenía el busto generoso y la cara colorada que inspiran confianza a los niños.

—¡Pero bueno, en mi vida he visto dos criaturas más bonitas!

Wragge y Bessie también acudieron a verlos.

—Es el vivo retrato de su madre —observó Rags sobre la niña—. La misma complexión, la misma sonrisa.

—Pero tiene los ojos grises de su padre —dijo su mujer.

—En cuanto a este —prosiguió el mayordomo tocando la cabeza a Mooey con la punta de los dedos—, es la más preciosa mezcla de dos padres que haya visto jamás. Ha cogido lo mejor de los dos.

—¡Quero bescocho! —dijo Mooey.

—No hay bizcocho, cielo —contestó la señora Wragge.

—Pues memelada. Y un tozo dapio.

—¡Patty quiere un huevo! —dijo Patience.

—¡Pero bueno! ¿A estas horas? —se extrañó Bessie.

—Esa Alma los tiene medio muertos de hambre —declaró la cocinera—. Corre a la despensa, Bessie, y trae dos huevos duros. He cocido demasiados para la ternera en gelatina.

Mientras les quitaban la cáscara a los huevos, los chiquillos se pusieron a dar vuelta tras vuelta, alargando los platos. Les gustaba sentir el suelo de ladrillo bajo los pies. De repente, Patience se resbaló y se cayó. El plato se le escapó de las manos y se rompió. Mooey tropezó con ella y se cayó también. Se quedaron en el suelo, muertos de risa entre los fragmentos de loza.

—¡Bien! —dijo Mooey—. Ya no ze lavan.

—Patty quiere otro plato —dijo la niña alzando los brazos.

—Dale aquel que está roto —dijo Wragge—. Solo por ver lo que hace con él.

Al tenerlo entre las manos, Patty se levantó y, adoptando la postura clásica del discóbolo, lo lanzó al otro extremo de la cocina. Por un momento pareció asombrarse del estruendo y luego dijo:

—Patty quiere otro plato.

Bessie le dio un plato de estaño esta vez. Patience lo cogió confiada y con un amplio gesto lo lanzó por la habitación. Cayó con un ruido metálico.

—¡Diantre! —gritó Mooey—. ¡Ese no se rompe!

—De tal palo, tal astilla —sentenció entonces Rags.

Bessie les entregó los huevos duros. Patience trató de meterse el suyo en la boca de una sola vez, pero al ver que no podía, le dio un mordisquito en la punta.

—Esta es la puerta por donde sale el pollito.

Mooey empezó a lamer el suyo.

—Ta meno. Me gutan los huevos. —Pero estaba claro que ya se le había pasado el hambre, pues no tenía prisa por comérselo. Por último, se lo alargó a la cocinera—: Envévelo en una cáscara nueva. Quero guadalo.

—¡El de Patty ya no está! —gritó la niña—. ¡Límpiame las manos! —Y se las tendió a la cocinera.

La señora Wragge le limpió las manitas con su delantal, no demasiado limpio, por cierto, y recomendó a Mooey que se comiese el huevo si quería llegar a ser mayor algún día. El niño se lo comió de cuatro bocados y entonces cogió el borde de la larga falda negra de la señora Wragge.

—Tú eras una gallina y nosotos dos pollitos. Ven, baja, Patty.

Con un chillido de alegría, Patty se unió a él y buscaron refugio bajo las faldas de la señora Wragge.

—¡Y yo soy un perro! —gritó Rags, que empezó a correr y a dar vueltas alrededor del grupo haciendo como que ladraba.

—¡Y yo un gato! —dijo Bessie mientras los perseguía maullando.

Para todos resultaba muy divertido, menos para la señora Wragge. Era ya demasiado voluminosa para esa clase de juegos. Al tratar de salirse del corro, tropezó con un trozo de plato roto y se cayó de culo en el suelo.

Los niños la observaron con interés, intrigados por si se rompía o no. Patty recogió el plato de estaño y se lo colocó sobre la cabeza a la señora Wragge.

—Eres la reina de los mayos.

Mooey, a su vez, le llevó a la boca un trozo de plato diciendo:

—Eres un pipi. Toma un jibón. Pica, pipi.

Por suerte para la cocinera, en ese momento bajaba Alma a la cocina a buscar a los dos niños. Alma estaba muy intrigada porque

acababa de enterarse de que Patience era la tía de Mooey y al mismo tiempo su prima, y no entendía nada. Le explicó a la señora Wragge lo embrolladas que tenía las ideas y esta última le propuso tomar una taza de té todos juntos.

—Porque me temo —dijo— que voy a ponerme mala con tanto alboroto.

A Maurice Vaughan se le había presentado la oportunidad de alquilar su casa amueblada durante dos meses y Renny le había propuesto aprovechar el ofrecimiento e instalarse en Jalna durante ese tiempo. Meggie estaría en la clínica durante unas semanas y, cuando saliera, seguro que la convalecencia sería más rápida si se veía en la atmósfera de su primitivo hogar. Renny juzgaba que Vaughanlands no era un lugar saludable por estar emplazado en un hoyo y encontrarse a nivel del suelo, sin sótanos. La presencia de Maurice y Patience en la casa le ayudaría a olvidarse del hecho de que Meggie se veía forzada a sufrir una intervención. Tan solo la palabra «clínica» aterraba a todos los Whiteoak. Ninguno de ellos había tenido que ingresar jamás en uno de esos sitios. Cuando les llegaba la hora, se contentaban con meterse en la cama y morirse. No había otra cosa que hacer. Ningún bisturí había sajado jamás sus duras carnes.

Solo una vez en la vida había puesto Renny los pies en uno de esos lugares, para visitar a uno de sus empleados que había recibido una coz. El olor a desinfectante, el espectáculo de la entrada y salida de enfermos, de las enfermeras atildadas y presurosas corriendo de un punto a otro, todo eso le había inspirado una gran aprensión. Y ahora Meggie tenía que ingresar para que la operasen. Fue inútil que Maurice le dijera que había contratado para ella una habitación particular que estaba muy bien, que eran muy remotas las posibilidades de que no saliera adelante. Nada podía aliviar su congoja. Hablaba a Maurice con voz apagada, casi como si ya lo considerase viudo. Cogía a Patty y se la sentaba en las rodillas, interrogándola con aire sombrío sobre los recuerdos que tenía de su madre.

Meggie fue a despedirse de todos algo pálida, pero con una dulce expresión de firmeza y resignación. Siempre había sido muy dramática y eso la ayudó mucho en ese momento de prueba. Abrazó a Mooey y le dijo: «Quiero que siempre, siempre, seas muy bueno». Puso las dos manos sobre el pecho de Renny, diciéndole con profunda intención: «Velarás siempre por nuestro pequeño Wake, ¿verdad?». Entró en el cuarto de su abuela y acarició al taciturno Boney mientras murmuraba: «Nunca más», confundiéndolo sin duda con el cuervo de Poe.

Lo que resultó más emocionante es que a cada uno le trajo un regalito, como si necesitaran objetos materiales para recordarla. Llegó

incluso a hacer un pequeño obsequio a la última de las criadas, que era Alma Patch, y le recomendó que fuese muy buena con el niño. A Piers le dio un estuche de pañuelos de seda con un lazo de color rosa. A Wakefield, un escritorio de laca que le había regalado su abuela cuando era niña. A Renny, un diario. Le explicó que se lo habían regalado en las navidades anteriores, pero no se había visto con fuerzas para escribir nada en él.

Renny tenía varios libros de cuentas, pero nunca había tenido un diario. Con gesto sombrío se llevó por la noche a su cuarto el que Meggie le había dado, encendió la luz y se sentó frente a él en la mesa. Lo abrió y, en la primera hoja, leyó una dedicatoria escrita con letra puntiaguda: «A mi querida Meggie, con todo cariño, de Nellie Pink». Estas palabras estaban tachadas con pulso firme y por debajo la letra decidida de su hermana decía: «A Renny, con el constante cariño de Meggie». Con gesto vacilante, hojeó entre los dedos las alargadas páginas. Ya habían transcurrido tres cuartas partes del año y no sabía cómo afrontar la empresa que tenía delante. Después de dar a la pluma la vigorosa sacudida que requería para empezar a escribir, abrió el diario por el mes de enero. El único acontecimiento que podía recordar en ese mes, aparte de las efemérides de la cuadra que se registraban con toda meticulosidad en los libros de su despacho, era la muerte de Lebraux. Escribió: «Muerte de Tony Lebraux a la edad de cuarenta y cinco años, tiempo muy desapacible». En el lugar correspondiente al 1 de marzo, escribió: «Mayoría de edad de Finch. Gran banquete. Discurso de Finch». En mayo, anotó la partida de Nicholas, Ernest y Finch hacia Inglaterra. En el mes de junio, el cumpleaños de Wakefield y su estatura y peso en esa fecha. En julio registró la fecha de su propio cumpleaños, con la palabra: «Tirando». A finales de agosto escribió: «Muerte de Barney por cuatro bestias con horquillas de almacenar heno». La entrada siguiente decía: «Alayne se ha marchado a visitar a su tía por causa de la enfermedad y muerte de la otra tía». Estuvo contemplando largo rato esa entrada antes de volver la página para la anotación correspondiente a ese mismo día. Allí anotó: «Meggie ha entrado en la clínica con fecha de hoy para una importante intervención quirúrgica. Me ha regalado este libro». Lanzó un profundo suspiro, se echó hacia atrás y rellenó su pipa. Nunca más volvió a abrir el librito.

Como una lluvia benéfica después de una gran sequía, se recibió la noticia de que Meggie no solo había sobrevivido a la operación, sino que se recuperaba de maravilla. Maurice fue a verla y volvió satisfechísimo. Estaba muy débil, pero fuera de todo peligro. Tenía buen apetito y estaba todo lo alegre que se podía desear. Días más tarde fueron a verla Piers y Pheasant y le llevaron un molde de jalea y una tarta. También fue a verla Wakefield, que después estuvo

visitando a varios otros enfermos de la clínica. Pero Renny no fue. Cuando Maurice se lo propuso, le envió un precioso ramo de flores, pero no se vio con ánimos de entrar en ese lugar.

Cuando ya tuvo la certidumbre de que estaba a salvo, se animó como por arte de magia. Tanto en los pisos de arriba como en el sótano se respiraba en la casa libertad y regocijo. Sin la presencia represora de Augusta o de Alayne, los perros entraban y salían con todo desahogo en todas las habitaciones. Wragge limpiaba o dejaba de limpiar según se le antojara. Pheasant se encontraba mal y muchos días no bajaba al comedor. Con mayor frecuencia cada día venían a la casa ciertos amigos de Renny, a los que había conocido en el trato de las caballerizas. Uno de ellos era un tal señor Crowdy, que hasta entonces jamás había pasado del recibidor. A Nicholas y a Ernest les molestaba hasta su aspecto, pero ahora que no estaban para oponerse cogió la costumbre de dejarse caer por allí a las horas de las comidas. A Renny le gustaba que fuera. Era tan corpulento que ocupaba el sitio que por lo general ocupaban dos personas en la mesa. Tenía la cara tan rubicunda y los ojos tan centelleantes que bastaba con su presencia para dar un aire de jovialidad a cualquier escena. Se dedicaba a la cría de caballos y a las carreras y podía soportar que un caballo suyo perdiese, que hasta llegara a caerse y derribar a su jinete, con la misma imperturbable serenidad con la que contemplaba un triunfo resonante. Era muy probable que entendiera tanto de caballos como podía entender un ser humano. Renny estimaba sus opiniones como si fuesen joyas. Se quedaba mirando un caballo como sumido en una especie de arrobamiento, luego extendía la palma de la mano izquierda y con el índice de la derecha trazaba en ella un jeroglífico, indescifrable para todo el mundo menos para él. Después de contemplarlo durante un rato, emitía su juicio con voz gruesa y jadeante, que resonaba siempre con un eco de jovialidad. Lo mismo le daba que hiciesen caso a sus consejos o no. Nunca se disgustaba con nadie. Le gustaban mucho las cosas buenas en una multitud de asuntos. Con frecuencia se paraba a la puerta del salón de Jalna, contemplando pensativo los muebles Chippendale, y extendiendo luego la gruesa palma inscribía en ella algún símbolo con el voluminoso índice diciendo: «Buenos, buenos, muy hermosos y elegantes. No son cosas de las que uno tenga ganas de deshacerse nunca, señor Whiteoak».

El otro era un ingeniero llamado Chase. Había estado en la guerra y había pasado por grandes adversidades en el norte. Su carrera apenas le daba para mantenerse. No tenía más ambición que la de pasar todo el tiempo posible entre caballos y perros y juzgaba perdida cada hora que no invirtiera en eso. Solo quería a dos seres humanos, a Crowdy y a Renny Whiteoak. Le disgustaban las mujeres, desde los

dieciocho a los ochenta años. Tenía un abundante repertorio de historias divertidas, a veces obscenas, que contaba sin mover un solo músculo de la cara larga y atezada.

Después de cenar, los dos, con Maurice y Renny, se ponían a jugar al póker en el cuarto de estar hasta la madrugada. Tanto Maurice como Chase tenían tendencia a beber en exceso.

En una ocasión, mientras se repartían las cartas, Crowdy le dijo a Renny:

—La señora Whiteoak está haciendo una visita algo larga a sus parientes de los Estados Unidos, ¿no?

—Sí —contestó Renny algo brusco.

El tratante de caballos puso la mano izquierda sobre la mesa con la palma hacia arriba y con el índice de la derecha hizo una diminuta anotación sobre ella. Luego contempló con expresión radiante las caras de los otros tres.

—Encantadora dama —dijo—. Sumamente encantadora. No es de las que se encuentran todos los días, a decir verdad.

—Por suerte yo no estoy casado —repuso Chase—. Todos los días doy las gracias a Dios por ello. Considero que es una de las mayores bendiciones del cielo que me han caído en suerte.

XXIII

EL JOVEN POETA

Nada podía haberle regalado Meg a Wakefield que le gustase tanto como su escritorio lacado. Era tan pequeño, tan bonito, con unas flores de color azul oscuro sobre el reluciente fondo negro. Por dentro, parecía haber constituido el receptáculo de millares de miles de pensamientos: unos bellos, otros altivos, otros melancólicos. Había pertenecido a la abuela cuando vivía en Irlanda de niña. La había acompañado en su viaje a la India, a su regreso a Inglaterra y en el barco de vela que la había conducido a Quebec y remontando el San Lorenzo hasta Jalna. Al cumplir Meggie los dieciocho años, la abuela se lo regaló. Ahora la buenísima Meggie se lo había dado a él.

Siempre le habían fascinado las palabras, pero hacía poco que le había dado por escribirlas. De niño le encantaba repetir los términos altisonantes que empleaban las personas mayores. Se había escuchado a sí mismo repitiéndolos, ladeando la cabeza. Se había regocijado con la sensación de elocuencia y dignidad que su enunciación había creado en la habitación. Se había complacido en la expresión de asombro que el oírlos en sus labios había producido en los rostros de los que lo escuchaban. Había puesto en formación esas palabras, como si fueran generales de noble estirpe en el ejército recién reclutado de su dicción.

El placer de ahora era por completo distinto. Se trataba de extraer la dulzura de las palabras corrientes y unirlas en armoniosas rimas. Las llamaba y acudían a él como si fueran niños también, ora tratables y alegres, ora rebeldes y quejumbrosas.

El último cumpleaños había sido una lata. Ya era un adolescente. Ya no podía llamársele niño. Aborrecía la idea de hacerse mayor. Llegaría el día en que Renny ya no lo subiría sobre sus rodillas, ya no le daría más de esos besos fugaces con olor a tabaco que parecían otorgarle cierta energía. Le habría gustado que la abuela hubiese vivido más. No era justo que los otros hubieran tenido sus robustos brazos para cerrarse sobre ellos hasta que fueron mayores, mientras él, que era quien más los necesitaba, debía apoyarse en individuos más

débiles del propio sexo débil.

No se le ocurría considerar a Pheasant una persona mayor. Si Mooey se empeñaba en ello, no valía la pena quitarle esa ilusión, pero desde luego no se la podía tener en cuenta como persona en quien uno pudiese apoyarse.

De una cosa estaba seguro al terminar el verano, Alayne no lo quería. En otros tiempos sí que había parecido quererlo, pero durante el verano se había convencido de que habría querido verlo lejos de allí. Tal vez le deseaba la muerte para que estuviera, como la abuela, fuera para siempre de su existencia. Se imaginó muerto en el salón, como había estado la abuela, con los candelabros de plata encendidos a su cabeza y a sus pies y el tío Ernest de pie junto al ataúd, hablando de su vida noble y abnegada, de sus padecimientos soportados con entereza. Se imaginó su cortejo fúnebre deambulando por la pendiente que ascendía hasta el camposanto, su propia tumba, de tamaño intermedio entre el de los niños pequeños y las personas mayores, enterrada bajo una montaña de flores. No habría flores de Alayne. Se la figuraba llena de remordimientos, subiendo semanas después con un enorme ramo y encontrándose allí a Renny, de rodillas sobre el césped con su traje nuevo de mezclilla verde, llorando como si el corazón fuese a rompérsele dentro del pecho. Solía acabar todas esas fantasías derramando unas cuantas lágrimas de conmiseración.

Tenía la impresión de que Alayne lo estaba vigilando constantemente. A menudo, cuando Wakefield la miraba, la veía observándolo con lo que él se figuraba una expresión amenazante. Se acostumbró a no quitarle los ojos de encima. Rara vez hacía Alayne en su presencia un gesto o pronunciaba una palabra que él no captase. Sabía que era muy inteligente. Renny le había dicho que en realidad había muy pocas mujeres que la aventajasen desde el punto de vista intelectual. Wakefield se quedaba impresionado por los paquetes de libros que llegaban de Nueva York a su nombre. Le habría gustado mucho cogerlos, hojearlos, pero una vez que Alayne le había permitido tocar uno, pensando que tal vez podría entender algo, había manchado la cubierta de color verde claro y, aunque Alayne no hizo más que lanzar una exclamación de disgusto, no volvió a dejar que los tocara.

Cuando Alayne se metía en su cuarto y se ponía a escribir, Wakefield cogió la costumbre de meterse también en el suyo, el que compartía con Renny, y sentarse a la mesa con un cuaderno delante. Se imaginaba que, remedando sus acciones, podría en cierta forma intangible absorber parte de su intelectualidad. Subía las escaleras con una tranquila expresión de ensimismamiento, como hacía Alayne, y cerraba la puerta con el mismo cuidado. Lo malo era que Wakefield no tenía libros sobre los cuales escribir. Con todo, no faltaban libros

viejos en la librería del cuarto de estar y a veces cogía alguna obra de Charles Lever o una de las novelas de Waverley y las ponía en una mesita al lado de su silla. Leía con gran seriedad una o dos páginas y a continuación escribía: «Este libro está escrito con un estilo muy elegante. Se lo recomendaría sin ninguna vacilación a todos mis lectores». Esta clase de sentencias se destacaban hermosas sobre el papel.

A veces salía al pasillo y se quedaba escuchando con el pulso acelerado por si oía algún ruido que procediera del cuarto de Alayne y que le sirviera de inspiración. Aunque nunca oía nada, experimentaba la sutil emoción del contacto intelectual y volvía a su labor con el espíritu remozado. Pronto abandonó la idea de escribir artículos como los de Alayne y se entregó al placer de escribir a su manera. A veces en prosa, más a menudo en verso, pero siempre sobre lo que veía o sentía y que le resultaba agradable o entristecedor. Una tarde Alayne se fue a la ciudad y se dejó en el salón una nueva antología de poetas. Wakefield casi no la soltó durante la ausencia de su cuñada. Se la llevó a su cuarto y copió los versos que más le gustaron. Pronto se los supo de memoria. Luego, cuando veía a Alayne con ese ejemplar entre las manos, pensaba: «Yo conozco ese libro tanto como ella, es tanto mío como suyo». Y sin apartar los ojos de ella, repetía en silencio los versos de uno de los poemas. Alayne, al verlo de aquella manera, pensaba: «Cada día se está volviendo más latoso, más entrometido».

Estaba tan orgulloso de los versos que escribía que deseaba leérselos a alguien más. Cierto instinto especial le dijo que no convenía leérselos a Renny. No, Renny lo consideraría un majadero. Si se los leía a Rags o a Pheasant o a Meggie, seguro que se lo contarían a Renny o a Piers y se reirían de él. Por fin se acordó de Alma Patch. Había algo en su cara descolorida y pecosa, en su cabello de color arena, que le daba un aspecto de oyente ideal. Salió al jardín con sus versos y se sentó junto a ella en la explanada, donde Alma cuidaba de Mooey. Ordenó a Mooey que se callara. Si se movía o hablaba, un tigre con ojos de fuego subiría desde el barranco y se lo llevaría para dárselo de merienda a sus cachorros. Por lo tanto, el chiquillo, de bracitos y piernecitas desnudos, se quedó quieto, casi sin respirar, mirando aterrorizado las sombras que se divisaban por el lado del barranco, mientras Wakefield le leía sus composiciones a Alma Patch. Esta era todo receptividad. Lo escuchó mientras se llevaba una brizna de hierba a los labios y, al final, murmuró:

—Qué bonito.

A partir de aquel día se acostumbró a leerle todas sus poesías, obligándola primero a hacer un terrible juramento de silencio. Al final de cada composición, Alma se hacía cosquillas en los labios con una brizna de hierba y decía: «Qué bonito». Pero, aunque las palabras y la

expresión fuesen siempre las mismas, su receptividad era tan enorme que Wakefield se sentía satisfecho. Se consideraba más feliz.

Al marcharse Alayne, se sintió más feliz aún. Esperaba que su tía no se restableciera demasiado pronto. Cuando le dijeron que se había muerto, pensó que no estaría mal que la otra tía también enfermara durante un tiempo, lo bastante para necesitar los cuidados de su querida sobrina. Entró con osadía en el cuarto de Alayne, se llevó la antología de poetas del estante de libros y la metió en el fondo de la cómoda donde guardaba sus cosas especiales.

Por aquellos días hacía todo lo que le venía en gana. Se dio cuenta de lo bien que le sentaba eso a su salud. Nunca se había encontrado mejor. El señor Fennel estaba ausente, de vacaciones, de forma que no tenía clases. Los criados estaban muy alegres y despreocupados. Podía entrar en la cocina cuando le parecía y apoderarse de tartas, bizcochos de queso y bollos de pasitas de Corinto. Se lavaba o no se lavaba, según se le pasaba por la cabeza. Casi nunca se peinaba. Pheasant estaba demasiado abatida para preocuparse de su aspecto desaliñado. Piers y Renny estaban algo faltos de energía y se mostraban más indulgentes que de costumbre. Se hablaba mucho de la expedición anual de caza de patos, de la que iban a formar parte por primera vez Crowdy y Chase.

Cierta mañana, Wakefield tenía una idea preciosa para un poema. Era de mucho más vuelo que ningún otro que hubiese escrito hasta entonces. Más largo, más estudiado. Lleno de palabras rebuscadas y armoniosas. Se sentó a escribirlo en su dormitorio, pero sin saber por qué comprendió que esta vez no podría hacerlo así. Por primera vez se dio cuenta de lo feo del papel de las paredes, con su dibujo verde y amarillo de volutas y pájaros de aspecto bilioso. Las relucientes fotografías de los caballos le mareaban, el calendario colgado de la pared encima de la mesa, con su grabado chillón de una chica que sonreía, le ofendía; el olor de las pipas de Renny lo trastornaba. Miró a su alrededor con gesto de desconsuelo. ¿Qué podía hacer? Ahí estaba, en su mente, un precioso poema a punto de brotar de la pluma y de repente se rebelaba contra su hasta entonces querido asilo. Buscó con los ojos la ventana, los dejó descansar sobre las copas de los árboles, dorados y rojos, en contraste con el cielo de color jacinto. Miraba sin cansarse, olvidándose de sí mismo y de su poema, perdido en la contemplación de la rebosante hermosura de aquel día.

Ya sabía lo que tenía que hacer. Saldría al fresco de la mañana y escribiría allí su poema. Se sentiría rodeado de cosas bellas. Cogió el papel, un lápiz y el pequeño escritorio lacado y se deslizó por las escaleras y el recibidor.

Escogió un campo amarillento donde ya se había segado el grano y en el cual crecían tres viejos perales. Se sentó en el tibio suelo

arenoso, al pie de uno de los árboles, y se apoyó el escritorio en las rodillas. Se observó las manos, cuyos dedos se estaban alargando, empezando a acusarse los nudillos, y vio que las muñecas le asomaban mucho por debajo del puño de las mangas. Bajó la cara hacia la reluciente laca del escritorio y la acarició con las mejillas y con los labios. Con la cara se tocó la carne de las manos y olfateó su pálida dulzura atezada por el sol. Ese día se sintió apasionadamente enamorado de sí mismo, del peral y del tibio suelo arenoso. Oprimió el cuerpo contra la tierra para sentir su calor. Examinó las más íntimas profundidades del árbol. Las hojas ya estaban adquiriendo un matiz amarillento, agitándose con un murmullo al menor soplo de aire. Entre ellas, las frutas, de preciosas formas y un matiz verde dorado, colgaban dispuestas a caer en el mismo momento en que su pedículo desecado vacilara en el sostén de su delicioso peso.

Estuvo escribiendo y escribiendo durante un buen rato. Fruncía el ceño para buscar las palabras. Las encontraba y, como el sabueso que ha cogido la pista, su espíritu se lanzaba hacia delante, jadeando tras su presa. Quería escribir un poema perfecto, tan bueno como los de Eden. Escribir algo que, al cabo de años y años, la gente leyese y luego se sintiese feliz. ¿Quién pudo ser el autor? Pues bien, el autor había sido Wakefield Whiteoak, hermano de Eden Whiteoak, dos hermanos poetas. Muchos consideraban que el menor era el que más valía de los dos.

Cuando estaba acabándolo, cayó una pera y se empaló en un muñón de rastrojo. Estiró una mano, la cerró sobre la fruta y se la llevó a la nariz para aspirar su aroma. Sentía una inmensa felicidad.

Releyó sus versos, los repulió con gran cariño, los volvió a copiar con su mejor caligrafía. Qué bien habían fluido desde su mente. Poco rato antes el papel estaba en blanco y ahora había estampado sobre él un lindo dibujo de palabras que resultaría inmortal. Aunque no le había costado mucho escribirlo: las ideas le habían estado rondando varias semanas por la cabeza. De hecho, desde el día en que había observado a la familia de patos bajo la nueva luz que iluminaba su espíritu.

El primer día que había concebido la idea del poema, buscó enseguida a Bessie y le preguntó: «Oye, Bessie, ¿te importa ser la esposa de un granjero en algo que voy a escribir?». Bessie había consentido con presteza. A decir verdad, ya tenía puestos los ojos en uno.

¿A quién leería ahora el poema? Ya se lo había leído al peral, pero sus hojas habían continuado murmurando entre ellas, desentendiéndose tanto de él como del pájaro carpintero que revoloteaba a su alrededor.

Se quedó contemplando una bandada de pájaros que volaba muy

alto en su viaje hacia el mediodía. Observó como algunos pájaros pasaban por delante de sus compañeros, apresurados, y que, sin embargo, la formación seguía ininterrumpida. Aun alcanzándose y adelantándose sin cesar unos a otros, seguían dentro de la formación, como las palabras aladas dentro de un poema.

Por fin se acordó de Pauline Lebraux. Recordó la curva que formaban sus labios cuando reía, que le daba a su sonrisa un matiz algo triste. Le gustaría leerle su poema, pues para este no era suficiente el «Qué bonito» de Alma Patch.

Decidió ir a la granja de zorros y leerle el poema a Pauline.

Llegó jadeando al portillo, pues había ido corriendo todo el camino. Se detuvo un momento allí para tomar aliento. Apoyado detrás del marco del portillo, estaba pensando: «¿Qué pasará ahora si la que viene a abrir es la señora Lebraux? No puedo leerle mis composiciones a ella. Tengo que encontrar a Pauline por fuerza y llevarla a algún lugar donde estemos solos». Se puso a rondar con cautela junto a la cerca, escudriñando entre las estacas para ver si lograba dar con ella, pero antes de verla, la oyó reír. Estaba agazapada a la sombra de un grupo de cedros, jugando con su zorro favorito.

Había sido un cachorrillo endeble, el más pequeño de la primera camada de una zorra primeriza. Parecía que iba a convertirse en un ejemplar deficiente, de pelo lanudo y de clase inferior por dentro y de pellejo áspero y desigual. Pero Pauline lo había tomado bajo su protección, lo había alimentado con leche y huevos robados. Lo peinaba y cepillaba hasta sacarle lustre; le había hecho aprenderse su nombre: un nombre secreto, formado por una palabra inglesa pronunciada a la francesa que solo conocían el zorro y la propia Pauline. Ahora se estaba convirtiendo en un animal robusto, corpulento, cuyo pelaje negro azabache tenía reflejos azulados y franjas plateadas en el lomo que relucían como metal bruñido.

Wakefield se quedó inmóvil, observando el gracioso juego de la niña y el zorro. De pronto se sintió intimidado. La idea de leerle su poema a Pauline lo sobrecogía de un modo extraordinario. Solo pensar en hablarle, en que ella le hablara, lo emocionaba de una forma singular. Sin embargo, le gustaba estar allí escondido, observándola. Se olvidó de todo lo demás hasta que una voz que salía de la casa llamó a Pauline, de modo que la niña se levantó de un salto y, seguida por el zorro, desapareció.

Wakefield deshizo el camino que había hecho para llegar hasta allí y se encontró con Renny en el sendero que atravesaba el bosque de abedules.

—¡Hola! —dijo Renny—. ¿De dónde vienes?

—De la granja de zorros.

—¿De verdad? ¡Cuánto me alegro! Estaría muy bien que fueses de vez en cuando a ver a Pauline. Está muy sola.

—Solo me he asomado a la cerca… No he hablado con nadie.

—¿Y para qué has ido entonces? —preguntó Renny asombrado.

—No lo sé —replicó Wakefield meneando impaciente la cabeza.

—Bueno, pero cuando has llegado, ¿por qué no has hablado con nadie?

—Creo que Pauline no me cae bien. Está muy tonta con su zorro.

—No dirías eso si supieses cómo lo ha cuidado. Era un ejemplar tan feo que yo creía que lo mejor era desollarlo y ahora va a servir para la cría.

—Magnífico —dijo Wakefield con solemnidad.

—Te vendría muy bien tener una compañera de tu edad. Si quieres, puedes volver conmigo, yo voy para allá. —Se dio cuenta entonces del aspecto desaliñado de su hermano pequeño—. Oye, ¿cuánto tiempo hace que no te bañas?

—Ayer fui al lago con Piers. Me llevé el jabón.

—¡Pero qué ropa! —Le tocó el raído jersey—. ¿Cuánto hace que vas tan desastrado?

—No me toques, Renny, por favor. No me gusta que me soben. Me gustan mis andrajos.

—Y el pelo… ¡Señor! Voy a tener que llevarte cuanto antes al peluquero. Pareces el trovador errante.

—¡Eso es justo lo que soy! —dijo Wakefield con un brillo llameante en la mirada—. Acabo de escribir un poema magnífico.

Parecía demasiado espantoso para ser verdad, pero Renny apretó los labios, disimuló su consternación y se esforzó por sonreír.

—¿Ah, sí? ¿Así, al aire libre? Ya veo que tienes el escritorio que te regaló Meggie. ¿Por qué no me lo lees?

—¡Ay, me gustaría mucho! Con tal de que no te rías de mí.

—Por supuesto que no. Mira, sentémonos aquí. Vamos, empieza.

Se sentaron a la sombra de los plateados abedules. Los discos de las margaritas de otoño se volvían hacia el joven poeta. Renny lo contemplaba: su hermano favorito, casi su hijo, ¡y empezando ya con las condenadas rimas! ¡Qué desgracia, esa unión de su padre con su imaginativa segunda esposa!

Wakefield abrió el escritorio lacado y sacó su composición. La leyó con una voz reprimida, bien modulada, que sonaba como una extraña cantinela.

El pato

Tiene dos esposas, ambas rubias y gruesas,
complacientes, traviesas, cariñosas.

No hay ninguna otra familia, yo diría,
donde mejor reine la armonía.

En mayo, a la sombra del árbol florido,
las dos patas arreglaron su nido.
Cada una una docena de huevos
incubaría hasta que fueran polluelos.

Ambas metían la cabeza bajo el ala
y un embriagador aroma respiraban,
de plumas, paja cálida y huevos calientes,
mientras el pato sus ardores desfogaba

dando vueltas y más vueltas sobre el nido,
para alejar a los traidores enemigos
o las llevaba a nadar por turnos
en la fría corriente sin remolinos.

En los tranquilos remansos flotaban, buceaban,
y luego hacia arriba las llevaba,
una tras otra, mientras mojada brillaba
su cabeza azul, reluciente como una joya.

Luego, una mañana, veinte crías se asoman al nido,
cada una amarilla como una prímula, una dulce flor,
de modo que el padre, ante su tierno piar,
lleno de orgullo, dice: «¡Son míos!».

Por verdes avenidas, bien sombreadas,
la esposa del granjero, su diosa,
llevó a una de las patas y a las dos nidadas
a un cercado de verde césped tapizado.

Ni la ira ni el pesar ni el rencor
agitan a los que se quedan fuera;
atisban entre las estacas de madera,
rebosantes de orgullo y amor.

Vueltas y más vueltas dan al corral
en incesante y amoroso charlar.
Cada uno adora al otro y los dos adoran a las crías

en tiempos prósperos o de adversidad.

Pero no hay adversidades y día tras día crecen.
Ya estamos en agosto; la bandada
baja en tropel al arroyo por la explanada
y en sus suaves ondas se mecen.

Wakefield tenía el rostro sofocado y los labios temblorosos mientras esperaba la opinión de Renny.

—Me parece precioso —le dijo este—. Me gusta muchísimo.

—¡Renny! ¿De verdad? Creo que es con mucho lo mejor que he escrito.

¡Lo mejor que había escrito! Así que no se trataba de un primer ensayo. ¡Había estado haciéndolo Dios sabe cuánto tiempo!

—Anda, ¿ya habías escrito otros poemas?

—¡Sí! He estado trabajando mucho todo el verano. He escrito muchísimos poemas. He leído todo un libro de poesías que tenía Alayne. He leído los dos libros de Eden y ya me sé de memoria algunos de sus versos. Pero esto es lo primero que hago que me gusta de verdad. —Le brillaban los ojos de felicidad al mirar a su hermano —. Estoy muy contento de que tú pienses lo mismo, Renny.

El señor de Jalna esbozó una sonrisa algo forzada.

—Pues sí, claro. Me parece un poema perfecto. Aunque me gustaría preguntarte una cosa. ¿Por qué tenías que escribirlo?

—¡Pero si ahí está toda la gracia, en escribirlo! Uno ve algo que le gusta y quiere hacérselo ver a los demás. Solo que uno quiere que lo vean con más claridad de lo que lo verían por sí mismos.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué no contentarte con verlo tú mismo?

—Porque… —Wakefield frunció las finas cejas negras—. Porque uno quiere dar a la gente un cuadro para que lo conserven. Uno quiere hacérselo ver a los demás con sus propios ojos.

—Y lo único que haces es tomarte un trabajo atroz. La gente lee los poemas y los olvida al cabo de cinco minutos. No os entiendo.

—Pero, Renny, cuando Cora tuvo a su último potrillo, y estaba tan orgullosa, tú viniste a casa a contarnos cómo te había saludado y lo satisfecha que estaba de sí misma. La imitaste tan bien que todos nos figuramos estar viéndola.

—Eso no era escribir un poema sobre Cora.

—Era un poema a tu manera, Renny.

—Bueno, oye, cuando Eden era niño, siempre estaba escribiendo versos. Ahora es un hombre y continúa escribiéndolos. No le ha hecho ningún bien. Ha servido muchísimo más para perjudicarlo.

—¿Lo dices porque se casó con Alayne?

La risa de Renny rompió la tranquilidad del bosque.

—No. No me refiero a eso. Ahí el perjuicio fue todo para Alayne. —Cambió de tema—. Ahora, piensa en Finch. Para ese la calamidad consiste en la música. Ha estado toqueteando el piano desde que empezó a andar. Se ponía de puntillas para llegar al teclado y cada dos por tres se pillaba los dedos. Me he gastado mucho dinero en pagarle profesores porque me dijeron que era un genio, aunque nunca llegué a creérmelo. Él mismo reconoció que nunca había tocado peor que en el recital que dio la primavera pasada y, sin embargo, había estado practicando seis horas al día. La música no le ha dado más que disgustos; la poesía no le ha dado a Eden más que disgustos. Ninguno de los dos es fuerte. Ahora bien, Wake, ¿quieres parecerte a esos dos o parecerte a Piers y a mí? Ya sé que no somos artísticos ni nada de eso. Las señoras intelectuales no se desmayan al vernos. Pero somos hombres normales. Tenemos buen estómago, buen sistema nervioso y buen apetito.

—Pero yo ya he nacido enfermizo. ¿Cómo voy a pretender parecerme a ti y a Piers?

—¡No has nacido enfermizo! —replicó Renny contrariado—. Has estado algo delicado, pero ya te sobrepondrás. También quiero que te sobrepongas a esta nueva debilidad. Nunca has estado mejor que ahora. ¡Y desde luego estás creciendo! Ven a ensillar el caballo y saldremos de paseo… La poesía del movimiento, ¿eh? ¿Qué me dices?

XXIV

EL REGRESO DE NICHOLAS Y ERNEST

Qué bien estar otra vez en casa.

Cuando Nicholas se dejó caer en el sillón de su dormitorio, mientras Nip se agitaba embelesado sobre sus rodillas, comprendió que este sería su último regreso a Jalna. A cada momento Nip se volvía a lamerle la cara o las manos. Ya se habían subido los baúles y maletas y la caja con los regalos ya estaba abierta.

Era de rigor que los Whiteoak que regresaban de un viaje tenían que hacer regalos al resto de la familia, sobre todo cuando el viaje había sido al Viejo Continente. Ernest ya había desempaquetado y distribuido los regalos. Sonreía encantado al ver a sus sobrinas felices con sus chales y collares de abalorios, algo más bonitos los de Meg, o a sus sobrinos con sus guantes y corbatas. A Patience le había traído una muñeca de pelo de color estopa; un negrito con un traje de rayas y un chaleco rojo para Mooey. Le brillaban los ojos de satisfacción. Ernest había disfrutado muchísimo, pero ahora empezaba a estar algo cansado. Se las había apañado para que se abriese la caja en el cuarto de Nick. Así, cuando quisiera podía escabullirse al suyo y descansar. Se había olvidado de los magníficos pulmones de sus sobrinos, de lo fatigoso que resultaba oírlos alborotar y reír. Meg tenía un brazo echado alrededor del cuello de su tío. Era un precioso brazo bien torneado, pero su peso lo fatigaba. Durante la ceremonia de entrega de los regalos, había estado tratando de explicarle todo lo concerniente a su operación. Maurice, a su vez, había tratado de explicarle algo relativo al hecho de haber estado durmiendo en su habitación, pero le fue imposible a causa del ruido. Patience y Mooey estaban dando vueltas y más vueltas a su alrededor, con los muñecos en ristre.

—Cogedlos con cuidado, niños —les advirtió—. ¿A que el tuyo es muy curioso, Mooey?

Mooey dejó de hacer piruetas para examinar la mirada torva de aquel rostro negro. Uno de los ojos estaba cerrado, mientras que el otro lo miraba con una fijeza horrible.

—Es muy bonito, de verdad —afirmó Pheasant.

—Tene un ojo malo —replicó Mooey.

También Meg empujó a su hija a mostrar una efusiva gratitud.

—Patience, diles a tus tíos cuánto te gusta tu preciosa muñeca.

—Tiene la cara sucia —contestó Patience, que humedeció con la lengua una punta de su diminuto pañuelo y se puso a frotar las mejillas de la muñeca—. Yo le limpio la cara, pero no las bragas.

—¡Oye! —chilló Mooey—. ¡No se puede decir bragas!

—Pues yo sí puedo.

—¡Que no puedes!

—¡Que sí puedo!

—¡Diantre, que no!

—¡Puerco, puerco, puerco!

—¡Tonta, tonta, tonta!

Ernest se escabulló a su habitación…

Más tarde, cuando ya se hubo restablecido la paz, volvió a entrar en la de su hermano. Lo encontró con un vaso de *whisky* con soda delante y Nip aún sobre las rodillas.

—Tenía que reanimarme un poco después de tanto jaleo —dijo Nicholas como disculpándose al advertir la mirada de desaprobación que Ernest dirigía al vaso—. Qué ruidosos son. Y los chiquillos están demasiado mimados.

—Sí —convino Ernest recogiendo del suelo uno de los zapatitos de los muñecos y poniéndoselo en un dedo—. Pero son muy ricos. En mi vida he visto dos criaturas más encantadoras. ¡Qué bien se siente uno en casa!

—Es cierto. Yo ya he hecho mi último viaje. Aquí me quedo hasta que me lleven a descansar junto a mamá. Siéntate, Ernie, y descansa un poco. Debes de estar agotado después de tanto ajetreo.

Ernest se sentó lo bastante cerca para acariciar la cabeza del perrillo. Se acordó de Sasha y suspiró.

—¿Te has fijado en Pheasant?

—Es muy raro que no nos hayan dicho nada —gruñó Nicholas.

—No hemos recibido demasiadas cartas y la operación de Meggie era el asunto principal de todas ellas. ¿A ti qué te parece?

—Pues que ya hay bastantes chiquillos en la casa, pero supongo que se dedicará a formar una perfecta familia Whiteoak.

—Pobre chica. Está muy pálida. Tiene un aspecto mucho peor que el de Meggie. —Ernest se golpeteó los dientes con las puntas de los dedos y agregó después en tono pensativo—: ¿Sabes, Nick, que los Vaughan todavía están instalados aquí? Acababa de entrar en mi cuarto cuando se ha presentado Maurice en la puerta para decirme

que se había dejado olvidadas algunas cosas. Sus cepillos aún estaban en el tocador y su abrigo colgado detrás de la puerta. Yo me he mostrado algo sorprendido, claro, y entonces se ha puesto a explicarme a modo de excusa que Meggie todavía no se encuentra en condiciones de asumir la responsabilidad del gobierno de su casa. No he podido dejar de observar que tiene un aspecto espléndido. Entonces me ha confesado que han alquilado su casa y que los inquilinos van a quedarse todavía un mes más.

—Bueno, es un poco raro, la verdad, pero no lo es tanto, ni con mucho, como que Alayne aún no está de vuelta. Ya hace dos meses que se murió su tía. ¿Qué te decía en la carta que te escribió?

—Que iba a quedarse con la señorita Archer durante una temporada, pero desde luego yo contaba con encontrarla en Jalna a nuestro regreso. Meggie ocupa su habitación.

—En realidad —gruñó Nicholas—, era la de Meggie antes de ser la de Alayne.

—Claro, claro. Pero si Alayne volviera de improviso, resultaría algo violento.

—¿Y dónde va a meterse Maurice ahora?

—En el ático, me ha dicho, en el cuarto de Finch.

Un prolongado bostezo le llenó los ojos de lágrimas. Había dormido muy poco en el tren. Cuando al poco rato sonó la campana para la cena, casi no tenía ánimos para responder a la llamada, pero con todo sentía la emoción del regreso y además tenía curiosidad por averiguar algo más sobre la cuestión de Alayne.

En el pasillo se encontraron con Wragge, que llevaba una bandeja con unos pastelitos de crema sobre tostadas y una copita de jerez destinados a Meggie. Los dos viejos se apartaron para dejar paso libre al pequeño *cockney*, que con aire de misteriosa importancia se alejó con la bandeja.

Nicholas soltó una risita reprimida mientras bajaba la escalera.

—Ya vuelve a las andadas, por lo que veo. Me da que esta convalecencia va a durar el resto de su vida. Siempre ha preferido sus piscolabis a comer en condiciones y por fin ha encontrado una buena excusa.

Ernest, que bajaba tras él, le dio un golpecito de advertencia en el hombro. Maurice estaba abajo, en el recibidor. Estaba hablando con Renny y dos hombres que en un primer momento les parecieron dos desconocidos, pero que luego comprobaron que eran los dos indeseables amigos de Renny, Crowdy y Chase.

La presencia de ambos en el recibidor les sentó como un tiro. Tampoco Renny parecía estar demasiado satisfecho del encuentro. Ocultó su contrariedad con un subterfugio convencional: presentó a

sus dos amigos a sus tíos como si ignorara que ya se conocían.

Nicholas los saludó con tono brusco, sin hacer la menor alusión a que los reconociese. Ernest, en cambio, observó:

—Creo que ya nos hemos visto alguna otra vez.

Y cruzó el recibidor para entrar en el cuarto de su madre. Le sorprendió que el señor Crowdy le siguiera los pasos. Se preguntaba qué podría hacer para tratarlo con alguna aspereza, pero no se le ocurría nada. Se le hacía violento incluso el dirigirle la palabra.

La puerta de la habitación estaba abierta. Parecía como si su madre acabase de salir de allí. El contorno de su cuerpo estaba grabado sobre el colchón de la antigua cama pintada y del mismo modo su forma espiritual había estampado su sello en la atmósfera del cuarto. No podía desaparecer de allí. Aunque sus relampagueantes ojos castaños se hubieran convertido ya en polvo dentro de sus órbitas, todavía relucían en ese santuario tan amado. Todavía lanzaban destellos los rubíes y brillantes en sus manos enérgicas. Su nariz aguileña, su expresiva boca, alrededor de la cual habían asomado algunos pelos rígidos, estaban tan presentes en esa habitación como el lorito que los había picoteado con tanto cariño.

El animal estaba posado sobre su percha, encorvado. Debajo de la percha se veían los fragmentos de un trozo de cartón que le habían dado para jugar. Se apoyaba en una de sus rugosas patas y con la otra se agarraba a uno de los barrotes de la jaula.

El señor Crowdy, con una respiración estridente, miraba asombrado a Boney por encima del hombro de Ernest. Cuando Ernest, después de lanzar un hondo suspiro, se volvió para alejarse, el señor Crowdy extendió hacia él la mano izquierda con la palma hacia arriba. Con el índice derecho, trazó en ella unos signos cabalísticos y después, dirigiendo una mirada penetrante a los ojos de Ernest, observó:

—¡Qué pájaro tan magnífico!

—Sí —asintió Ernest, cortés a su pesar—. Antes hablaba de maravilla.

—No ha dicho una palabra —comentó el señor Crowdy a guisa de información— desde hace más de dos años. Ya no volverá a hablar.

—Supongo que no.

Se trasladaron al comedor, donde esperaban los demás. Se reunieron seis hombres y un chiquillo alrededor de la mesa. Todo era tan distinto de lo que se habían imaginado Ernest y Nicholas… Era la primera vez que regresaban a su hogar sin que los aguardasen los brazos abiertos de su madre. En lugar de eso, se encontraban con la presencia indeseable de esos dos individuos. Pero qué estupendo estaba el rosbif. No habían vuelto a comerlo tan exquisito desde que salieron de Jalna. Renny sacó la conversación de su viaje. Parecía

ofrecer excusas con su actitud. Demasiado bien sabía lo que pensaban de tal compañía, pero no podían desearse modales más respetuosos que los de los señores Crowdy y Chase. Después de que los dos tíos hubieron contado sus aventuras, Crowdy relató su único viaje al Viejo Continente, en su juventud, cuando acompañaba, aunque no dijo en calidad de qué, a un ricachón estadounidense que cruzaba el Atlántico para comprar algunos caballos de raza.

En cuanto a Chase, había nacido en Leicestershire, pero no tenía nada de bueno que contar de su país. No quería volver a poner los ojos en él. Con todo, al acabarse la comida, había contado una colección de historias tan divertidas que Nicholas y Ernest olvidaron por un momento la repulsión que les había inspirado.

Cuando se retiraron a sus habitaciones, todo volvió a resucitar. Los dos hermanos se llamaron mutuamente la atención sobre una serie de cosas que habían herido su sensibilidad. ¿Se había fijado Nicholas en las uñas de Crowdy? ¿Se había fijado Ernest en cómo se sentaba Chase de lado, en la silla, cruzando las piernas? ¿Y el desaseo de Renny? ¿Y los auténticos andrajos de Wake? ¿Y el aire general de abandono de toda la casa? ¿Dónde tenía Meggie los ojos? Hasta Pheasant, pobrecilla, debería darse cuenta de esas cosas.

—Nicholas —dijo Ernest con gran solemnidad—, todas las cosas del cuarto de mamá están cubiertas de polvo.

Pillaron por banda a Piers, que pasaba por delante de la puerta, y lo llevaron al cuarto de Nicholas. El joven entró de mala gana.

—¿Tienes mucha prisa? —le preguntó Nicholas con impaciencia—. Nos gustaría hablar un momento contigo.

Piers se sentó sobre el taburete del piano y los miró con expresión interrogante desde la profundidad de sus ojos azules. Los tíos pensaban que, cuando menos, él tenía un aspecto de lo más normal.

—Bueno —gruñó Nick—, ¿qué quiere decir todo esto? ¿Por qué esos dos tipos se encuentran en Jalna como en su propia casa? ¿Cómo es que todavía están aquí los Vaughan? ¿Por qué no está en casa Alayne?

—¡Que me aspen si lo sé! —resopló Piers.

—Vamos, no irás a decirnos que no sabes qué está ocurriendo.

Nicholas hablaba con severidad.

—No bombardees al chico a preguntas, Nick —dijo Ernest—. No le hagas más de una pregunta a la vez. Déjame empezar a mí. Piers, ¿podrías decirme por qué durante mi ausencia se ha descuidado el aseo de la habitación de mi madre? Todos los muebles están cubiertos de polvo. A decir verdad, todas las habitaciones que he visto hasta ahora tienen el aspecto de necesitar enseguida una limpieza a fondo.

—No creo que haya necesidad de hacer esas preguntas —replicó

Piers—. Tanto tú como el tío Nick habéis estado ausentes. Ya sabes que Renny consiente demasiadas cosas a los criados. Con tal de que la señora Wragge le prepare buenas comidas y Rags se la sirva, no pide nada más. A Renny no le molesta el desorden en casa. Al contrario, más bien le gusta. Que haya mucha comida, mucha gente para compartirla con él y que nadie lo critique, ni a él ni a sus perros.

—¿Y cuánto hace que dura esta situación? —preguntó Nicholas—. ¿No protestaba Alayne?

—Bastante. En los últimos tiempos daba la impresión de que su vida no era más que una objeción permanente. Una vez por semana se metía en el sótano a poner las cosas en orden, como consecuencia de lo cual el matrimonio Wragge estuvo a punto de marcharse. Luego la emprendió con Wake, después con Mooey y hasta con Renny y sus perros. Pheasant le oyó decirle una vez a Renny que estaba hablando como un perfecto idiota y a Renny contestarle que era la mujer de carácter más violento que jamás había conocido. Yo nunca creí que ese matrimonio marchase bien. Luego ocurrió lo de aquel perro. Supongo que nadie os lo ha contado. Bueno, lo que ocurrió fue que Alayne y Pheasant y los criados de la casa y Quinn, un jornalero que contraté después de que os marcharais, todos estaban convencidos de que el perro se había puesto rabioso. Alayne sacó la escopeta de Renny y los hombres lo alancearon con las horquillas del heno. Muy poco después de eso, Alayne se marchó.

Durante su rápida perorata, los labios algo gruesos de Piers apenas se movían. Miraba a sus tíos con expresión imperturbable, mientras de su boca manaba, como de una fuente, el relato del conjunto de horrores que habían echado a perder la vida de Jalna. Ernest, que se había preparado para averiguar toda la historia pregunta tras pregunta, estaba mareado. Nicholas, con la mandíbula caída, estaba anonadado. Si los ajados medallones de la alfombra se hubiesen separado, descubriendo debajo un abismo, no se habrían sentido más aterrados.

—Pero… —murmuró Ernest—, yo creía que Alayne se había marchado por la muerte de una de sus tías.

—Así es, en verdad. Se murió de la forma más oportuna posible. Eso le dio a Alayne una excusa para desaparecer del mapa.

—Piers, no sabes lo que dices. Si estás tratando de tomarnos el pelo, has escogido un momento muy inoportuno. Tal y como nos lo has contado, todo el asunto me parece un lío tremendo. ¿Tú lo entiendes, Nick?

—Lo único que entiendo es que, si yo hubiera estado aquí, las cosas no habrían llegado a este punto.

—Eso le decía yo a Pheasant el otro día —convino Piers de buen grado—. Nunca habíamos estado en la casa sin la presencia de una

persona mayor. Parecía como si hubiéramos echado todo nuestro lastre por la borda.

—Yo habría servido de algo más que de lastre si hubiera estado aquí —dijo Nicholas tirándose del bigote—. Tus explicaciones han sido muy incoherentes, Piers. Quiero que me digas algo sin rodeos. ¿Qué opina Renny de la partida de Alayne?

—Me parece que no se da cuenta.

—¿Que no se da cuenta de qué? —Ernest hablaba con voz de bajo por primera vez en su vida—. ¿No se da cuenta de que su mujer lo ha abandonado?

—No, me parece que no. Pheasant y yo opinamos que él se cree que Alayne está atravesando una crisis de mal humor y que ya se le pasará. Pero no se le pasará, podéis creerme. Ha descubierto que un segundo Whiteoak era demasiado para ella.

Nicholas y Ernest se miraron. Ernest se enjugó las gotas de sudor de la frente y Nicholas fue a buscar la botella de agua de Seltz.

Piers se levantó del taburete del piano y dijo como si nada:

—Bueno, tengo que marcharme.

—¡Siéntate! —tronaron a un tiempo sus dos tíos.

Piers obedeció, mientras una sonrisa tan dulce como las de Meggie animaba sus facciones.

—¿Cuándo empezaron las dificultades? —preguntó Ernest—. ¿Nada más marcharnos nosotros?

—No recuerdo bien. Sí, me parece que sí.

—Estabas diciendo —terció Nicholas con aire algo siniestro— que Alayne cogió la escopeta de Renny para desembarazarse de un perro y que mataron al perro con horquillas. No acabo de entenderlo.

—No me extraña —replicó Piers—. Y cuando examinaron la cabeza del pobre animal no se encontró ni rastro de síntomas de rabia.

—Pero ¿por qué se pelearon?

—Bueno, todo empezó con que Benny ponía de los nervios a Alayne. Un día se subió a su colcha.

—¡Cielo santo! —Nicholas se puso rojo de ira—. Han matado al pobre Ben, Ernie.

—No, no —se apresuró a tranquilizarlos Piers—. Ese era otro perro. En mi opinión, estaba demasiado consentido. Pero Renny me ganó cinco dólares en una apuesta porque se las arregló para hacerse amigo del chucho en menos de un mes.

Los tíos contemplaban con desagrado su rubicundo semblante. Les hacía sentirse agotados por el viaje y del todo desorientados. Les habría gustado que abandonara esa enigmática sonrisa.

—Lo que no me cabe en la cabeza —dijo Ernest con sensación de hastío— es por qué tiene que estar tan descuidado el cuarto de nuestra

madre. Y por qué Maurice ha tenido que dormir en mi cama.

—Porque Nip no lo dejó dormir aquí —contestó Piers.

—¿Cuánto tiempo van a quedarse aquí los Vaughan? —preguntó Nicholas, acariciando al perrillo con profundo agradecimiento.

—Bueno, ya sabes, tío Nick, que Maurice no se cansa nunca de recibir favores. Nunca se cansará de comentar el coste de la operación de Meg. Ha alquilado su casa y si puede conservar a los inquilinos, no creo equivocarme al decir que él y todos los suyos se establecerán aquí para el resto de sus días.

Los hermanos intercambiaron una mirada. Tenían afecto a Maurice, querían muchísimo a Meggie y a su pequeña, pero que se quedaran para siempre en la casa… Eso sin contar con el visible empeño de Pheasant en aumentar la tribu.

—Resultaría intolerable —dijo Ernest con vehemencia—. Alayne debió de volverse loca para marcharse de esa manera. Su amor hacia Renny es demasiado grande, demasiado hondo para que pudieran amargarlo cosas… cosas como las que cuentas. De hecho, todavía no me ha entrado en la cabeza. Me refiero a los motivos de su pelea.

—Supongo —dijo Piers mirándolo con expresión de lástima— que te resultará algo confuso, pero puedes estar convencido de que la causa real de todo el problema estriba en Clara Lebraux.

—¡Por fin! —exclamó Nicholas—. Recuerdo muy bien que el día del cumpleaños de Finch, Renny se quedó junto a la señora Lebraux casi toda la velada y que Alayne no se tomó ningún trabajo para disimular su contrariedad.

—No es de extrañar —dijo Ernest—. La señora Lebraux no es en modo alguno la clase de mujer a la que estamos acostumbrados. En mi opinión, es una de esas mujeres modernas de estos tiempos.

—Habría sido mucho mejor esposa para Renny que la que tiene —replicó Piers—. Ahora se pasa allí la mitad del tiempo. Confía en ti, tío Ernest, para educar a la pequeña.

—Nunca más —observó Ernest— me ausentaré tanto tiempo de casa. Durante un periodo tan largo ocurren demasiadas cosas.

—No más viajes para mí —dijo Nicholas—. Aquí me quedo hasta que me saquen con los pies por delante.

Alguien llamó a la puerta, que se abrió de inmediato, y entró Meg ataviada con una bonita bata.

—Pasa, pasa —le dijo Nicholas. Tal vez Meg podría arrojar más luz sobre la cuestión de la que era posible sacarle a Piers.

Cuando pasaba por delante de Piers, este extendió la mano y la sentó sobre sus rodillas. Meggie descansó su peso sobre él. El taburete del piano se tambaleó un poco y crujió.

—¡Qué cara más larga tenéis! —Los miró, uno tras otro, y añadió

—: No os preocupéis tanto, ya pasó todo y pronto estaré otra vez bien.

—Claro que sí, claro que sí —asintió Nicholas.

—Ya tienes un aspecto magnífico —dijo Ernest—. Cuesta trabajo creer que hayas estado enferma ni un solo día.

—Ya, pero tengo las carnes muy flojas. Tócame el brazo. —Extendió el brazo sobre el que colgaba la manga de encaje de su bata dejando al descubierto su túrgida blancura.

Ernest oprimió con los dedos la piel lisa del antebrazo de su sobrina.

—En efecto, está un poco floja, pero pronto se endurecerá, cuando estés en condiciones de hacer más ejercicio y puedas moverte arriba y abajo por tu propia casa para volver a ponerlo todo en orden.

Meggie esbozó una sonrisa afligida y su voz dejaba entrever un deje de reproche al contestar:

—Mucho me temo que pasará bastante tiempo antes de que pueda andar arriba y abajo. Maurice aún me ayuda a subir las escaleras y muchas veces no puedo bajar al comedor.

—Sí, te hemos echado mucho de menos en la cena —dijo Nicholas mirándola con ojos penetrantes por debajo de las pobladas cejas—. Supongo que no estarás de acuerdo con que Renny invite a esos dos indeseables individuos, Crowdy y Chase. He de confesar que me ha molestado mucho que cenasen aquí el día de nuestro regreso a casa.

—Ha sido una verdadera lástima, pero la verdad es que no estaban invitados. Lo que pasa es que ha dado la casualidad de que han llegado a esa hora. Por otra parte, el señor Chase puede ser muy amable cuando quiere.

—Aborrece a las mujeres —dijo Piers zarandeándola un poco.

Ernest se puso nervioso.

—No creo que eso le siente bien.

—No hace nada de ejercicio —replicó Piers—. Está engordando demasiado.

—Pase por Chase —dijo Nicholas—, pero me es imposible pasar por Crowdy. Si viene muy a menudo, voy a coger la costumbre de quedarme en mi cuarto.

Se pasó la mano por la espesa cabellera gris y se la puso toda de punta.

Con dos dedos, Meggie tocó un trino reiterado en las últimas notas del teclado y, acompañada por esta armonía, dijo:

—En el actual estado mental de Renny, tengo la impresión de que un hombre franco y cordial como el señor Crowdy se aviene muy bien con él. En su compañía, Renny puede olvidarse de sus propios pensamientos tortuosos.

El candor de la mirada de sus ojos azules sostuvo la expresión

asombrada de sus tíos.

—Menudo lío tiene que haber aquí —se lamentó Nicholas—. Me gustaría sacar algo en claro de todo lo que estáis contando.

—Todo es culpa de esa mujer de Estados Unidos —les explicó Meg —. Es la personificación del egoísmo. Ha arruinado por completo la vida de mi hermano con su falta de comprensión.

—Lo que pasa es que son incompatibles, nada más —añadió Piers.

—¡Pero bueno! —Ernest se alarmó—. ¿Acaso Alayne ha abandonado a Renny de manera definitiva?

—Desde luego —aseguró Piers— no volverá jamás aquí. Renny todavía no se ha hecho cargo de ello, pero con el tiempo lo entenderá.

Meggie volvió la cabeza para mirar con desprecio a su hermano.

—¿Qué sabes tú —le preguntó— de las sutilezas de un cerebro femenino?

—Bueno, ya empiezo a conocerlas bastante —dijo el otro de mal humor.

—Has visto lo que te han dejado ver. Tu mujer es tan sutil como… como…

Buscó alguna comparación que no resultara demasiado detestable.

—Oye, haz el favor de no meter a mi mujer en esto.

—Volvamos a lo de Alayne —suplicó Ernest.

—Alayne es una mujer muy astuta —dijo Meg— y muy firme en sus propósitos. Lo que pretende es mantenerse alejada hasta que Renny se encuentre desorientado. Lo que pretende es asustarlo. Cuando Renny esté desesperado, entonces volverá. Está resuelta a convertir a Renny en un perfecto esposo estadounidense.

Sus tíos la escucharon trastornados, Piers con incredulidad.

—A mí me ha parecido siempre muy pacífica y comprensiva —dijo Ernest—. No puedo olvidar su condescendencia al venir a cuidar a Eden después de cómo se había portado con ella.

Eso era más de lo que Meg podía aguantar. Se levantó de las rodillas de Piers y empezó a pasearse por la habitación, sujetándose la bata en el pecho.

—¡Qué crédulos sois los hombres! ¡Qué cansada estoy de oír hablar de su abnegación! Hasta a Patty le escamaría todo esto. No, Alayne no volvió por Eden. Volvió para cazar a Renny. Y lo cazó. Ahora se ha propuesto transformarlo por completo.

—Admiro su valor —dijo Piers.

—¿Y qué pasa con la señora Lebraux, Meggie? —le preguntó Nicholas—. ¿Cuál es tu opinión sobre esa señora?

—Que es una mujer encantadora. ¡Qué vida más triste ha llevado y qué valor tiene! Esa habría sido una buena esposa para Renny. Además, él idolatra a Pauline.

Todo era muy confuso. Cuando Meg y Piers se marcharon, los dos hermanos estuvieron largo rato tratando de combinar los jirones de información que habían recogido, pensando en lo que se podría hacer.

Por la noche, Nicholas se quedó a solas con Renny y le dijo:

—Me ha decepcionado mucho no encontrar a Alayne en casa. Nunca creí que su ausencia durase tanto tiempo.

Le dio la impresión de que Renny se ponía rígido y de que en sus ojos aparecía una expresión de cautela, como si se diese cuenta de que sus asuntos eran objeto de conjeturas en la casa.

—La señorita Archer es la pariente más próxima de Alayne —dijo con gravedad—. No podía dejarla hasta no haber puesto sus asuntos en orden y no haber encontrado alguna compañía para ella.

Y como haciendo un esfuerzo, dirigió los ojos a Nicholas y lo miró con toda intención.

—A veces he pensado —prosiguió su tío— si no sería mejor que Alayne y tú vivierais algo más separados del resto de la familia. Comprenderás que no todo el mundo se acomoda fácilmente a vivir en medio del ajetreo al que nosotros estamos acostumbrados. La vida de Alayne ha debido de transcurrir con extraordinaria tranquilidad. No puedo evitar preguntarme si la presencia de tantos parientes a su alrededor no le ha resultado algo abrumadora.

—Jamás me ha dado la menor indicación en ese sentido.

—Entonces es una mujer extraordinaria. No quiero que tengas miedo de herir nuestra susceptibilidad. ¿Te ha dicho alguna vez que le gustaría verte más a menudo sin tener a tantos parientes a vuestro alrededor?

—Nunca que yo recuerde. Yo creo que Alayne es feliz. Es decir, todo lo feliz que yo pueda hacer a una mujer como ella. Ya sé que tengo grandes defectos, pero confío en que acabará por acostumbrarse a ellos.

—¿Por qué no vas a buscarla? Sin duda, a la señorita Archer le gustaría conocerte.

—No lo creo, no le agradó nuestro matrimonio.

—Estoy convencido de que te recibiría muy bien. Creo que tendrías que ir a buscar a Alayne. A las mujeres les gustan esas atenciones. Yo he destruido la felicidad de mi propio matrimonio, Renny, creo que estoy en condiciones de darte un consejo.

—¿Qué te han estado contando, tío Nick? No hay nada de qué preocuparse. Cuando Alayne haya terminado su visita, ya volverá.

Nicholas habría querido seguir con sus recomendaciones, pero vio algo en la expresión de Renny que se lo impidió. No parecía dispuesto a apearse del burro. O bien iba a cerrar la puerta a cualquier interferencia de los demás en sus propios asuntos o bien, como había

dicho Piers, no se daba cuenta de lo precario de su situación. Tal vez fuera él el que estaba acertado y no los demás. Tal vez no había razón para preocuparse. Nicholas se decidió, con todo, a dar un paso por su cuenta. Iba a escribir a Alayne sobre la cuestión de su regreso. La echaba de menos en casa. Había traído consigo al ambiente de Jalna algo a lo que él se había acostumbrado: su dignidad, su interés por las cosas que ocurrían en el mundo, su melancólica jovialidad.

XXV

ALAYNE Y EL AMOR

La señorita Archer y Alayne estaban sentadas en el encantador saloncito de la casa junto al Hudson, rodeadas de una profusión de vistosos folletos de viajes por el mundo. En la calle soplaba un viento muy crudo, pero en la habitación el radiador, algo sibilante, distribuía un calor reconfortante y las alegres ilustraciones de los folletos daban un aire exótico al conjunto, algo austero, de los cortinajes de colores neutros y los vestidos negros de las dos mujeres.

A Alayne no le gustaba la costumbre de ponerse de luto, pero la señorita Archer estaba chapada a la antigua y se empeñó en que se lo pusiera. El negro acentuaba la palidez de su rostro, el color rubio de su suave cabello. Le intensificaba también las ojeras y la apretada línea de los labios. Miraba a su tía con expresión de asombro.

Y es que la señorita Archer, tras una primera postración por la pena de la muerte de su hermana, había respondido de un modo asombroso a la llamada de ese mundo con el que la había mantenido incomunicada durante tanto tiempo el delicado estado de salud de aquella. Primero fue la emoción de la compra del coche, luego las excursiones que hacían con él, cada vez más lejos. Visitas a Nueva York para ver exposiciones de pintores ultramodernos, hacia los cuales se sentía muy inclinada, pues, aunque tradicional en sus costumbres, se vanagloriaba de su tolerancia, de su modernismo. No había pintor, compositor de música moderna ni casi ningún novelista que la escandalizara. Sin embargo, su espíritu tradicional se había escandalizado bastante con la boda de Alayne y Renny. Eden le cayó en gracia desde el principio. Estaba fascinada por sus modales deferentes hacia ella, los versos que escribía, su propio atractivo físico. La ruptura de esa unión le había parecido un desastre. De Renny no había oído nada que le agradara. A decir verdad, hasta su fotografía le resultó repulsiva. Cuando, más por indicios que por palabras, entrevió un distanciamiento entre Renny y Alayne, sintió gratitud hacia aquel Ser supremo que estaba convencida de que gobernaba los asuntos de los mortales y se puso a organizar un viaje alrededor del mundo.

Había encontrado unos simpáticos compañeros para ese viaje en la persona de un profesor de economía y su esposa, viejos amigos del padre de Alayne. En ese momento estaba sentada bajo la potente luz de la lámpara, examinando una nueva tanda de folletos sobre un viaje que daba la vuelta en sentido inverso a los examinados antes. Se preguntaba cuál de las rutas debía tomar, teniendo en cuenta que, en último término, tanto una como otra venían a parar a la misma casita del Hudson. Ni al profesor Card ni a su esposa les interesaba la dirección en que se hiciera el viaje, solo que llegara a hacerse. Alayne también se sometió a la elección de su tía.

La señorita Archer estaba sentada, sumida en su placentera indecisión, con el abundante cabello blanco bien peinado y el rostro ancho de palidez casi transparente rebosante de entusiasmo. Alayne la observaba y la comparaba mentalmente con Augusta. Frente a la nariz algo indefinida de la señorita Archer y su boca de líneas suaves, recordaba la nariz aguileña de Augusta, la curva majestuosa de su labio superior. Frente al cabello blanco de la señorita Archer y su palidez nacarina, se imaginaba la corona de cabellos negros, de reflejos violáceos, de Augusta, su cutis cetrino y salpicado de manchas. Recordaba la complicada indumentaria de Augusta, con sus abalorios, broches, alfileres y brazaletes. Para Alayne, estas comparaciones resultaban en conjunto desfavorables para Augusta y, sin embargo, había algo en ella que no era fácil de olvidar. Recordaba las lágrimas que derramó cuando se casaron en la iglesia de Nymet Crews. ¿Qué diría si se enterase del giro que habían dado las cosas? Se puso a pensar en el profesor Card y en la profusión de impresiones sobre el viaje que luego compartiría. Pensó en la infatigable curiosidad con la que tanto él como la señora Card como la señorita Archer recorrerían aquellos países desconocidos, la expectación que despertaría en los tres durante la travesía inicial. Y se imaginó a Nicholas de regreso otra vez en Jalna, con la pierna gotosa extendida sobre una otomana, mientras sorbo a sorbo iba introduciendo en su organismo nuevas cantidades del veneno que le provocaba esa gota. Tanto Nicholas como Ernest tendrían muchas cosas que contar acerca de su viaje, pero se trataría sobre todo de anécdotas familiares sobre las personas y las cosas que conocían. Esa era una de las peculiaridades de todos los Whiteoak. No sentían curiosidad alguna por las cosas que no les concernían de manera directa. Su propia vida, la vida de la familia, era para ellos lo único importante y lo sería fueran donde fuesen. Si en ese momento se presentaran en aquella habitación, con su tía y el profesor Card y su esposa, toda la curiosidad y el interés habrían partido solo de un lado. Augusta habría propuesto una partida de *whist*. Renny tal vez habría intentado venderle un caballo al profesor. Madre mía, ¿por qué había pensado

en él? Hacía varias semanas que no se permitía que esa imagen turbara la paz de su espíritu y ahora la avasallaba, abrasándola como una fiebre, haciéndola ahogarse dentro de la salita, medio mareada ante los llamativos colores de los prospectos.

—Saliendo del mar Rojo —decía la señorita Archer—, atravesamos el estrecho de Bab el-Mandeb. ¿A que es un nombre que emociona? Solo repitiendo ese nombre ya me siento presa de un estado próximo a la alucinación. Y Penang… ¿No te hace sentir como a punto de perder la propia identidad el hecho de decir «Penang»? Qué agradecida estoy de que ni la edad ni todas las adversidades de la vida hayan podido agotar en mí el entusiasmo.

Los claros ojos grises de la tía se reflejaban relucientes en los de la sobrina. Se fijó en las ojeras de Alayne, le cogió una mano y se la estrechó con afecto.

—Has sido muy buena conmigo, querida Alayne, en todo este tiempo de penalidades. Ahora me toca a mí ocuparme de ti. No tienes muy buen aspecto. Este viaje te sentará de maravilla y te devolverá el color. Solo tienes que cerrar los ojos e imaginarnos montadas sobre un camello o en los bazares de El Cairo o contemplando la puesta del sol en Penang. Siempre se me van el pensamiento a Penang. —La presión sobre la mano de Alayne se hizo más firme—. Te sientes más feliz, ¿verdad, mi niña? Te quiero demasiado para no haberme dado cuenta de que no eras feliz. Pero día tras día observo que tus ojos van recobrando una expresión de paz, ¿no es cierto?

Alayne asintió y cerró los dedos sobre los de la señorita Archer, que siguió diciendo:

—Todos cometemos errores en la vida. Tú has heredado la capacidad analítica de tu padre. Mucho me temo que te estás reprochando algo.

—No, no, solo estoy un poco perdida.

—¿No puedes confiar en mí, Alayne? No te lo voy a pedir, pero me haría muy feliz.

—No tengo nada que confiarte. No nos entendemos, eso es todo.

—¿Tienes que verlo por fuerza antes de que salgamos de viaje?

—No, no es imprescindible.

—Pero sigues escribiéndole.

La lucidez de la señorita Archer no podía reconciliarse con tal situación, pero se aferraba a la esperanza de una revelación de sentimientos.

—Sí, cartas corrientes para que la familia no sospeche.

—¿Y él te contesta?

—Sí, en el mismo tono.

—Ah, ya comprendo lo que pasa. No ha respondido a tu necesidad

espiritual de comprensión.

—Tal vez sea eso. No nos entendemos, sin más. Tal vez sea él quien piense que yo no respondo a sus necesidades.

—Pero ¿ha desaparecido por completo el amor que le tenías?

Alayne retiró la mano y se levantó con gesto irritado. Se dirigió a la ventana y se puso a contemplar la lluvia.

—Es inútil que trate de describirte mis sentimientos hacia Renny o de describirlo a él mismo. No se parece a nadie que tú conozcas. No se parece a nadie. Jamás podré ser la misma después de haber vivido con él, no podría hacértelo comprender. Si pudiera compararlo con algo, bueno, no sé, digamos que la tierra que se abre a causa de un terremoto puede volver a cerrarse, pero su formación será distinta. Jamás podrá volver a ser como antes.

—Debe de ser un hombre muy singular. Por todo lo que he oído de esa familia, me da la impresión de que deben ser víctimas de complejos y frustraciones muy extraños.

Su cándido rostro se veía animado por la agradable tarea del psicoanálisis. Alayne parecía mirar al vacío sin escuchar a la señorita Archer.

—Lo animal y lo espiritual —siguió la joven— están íntimamente ligados en Renny. Es imposible separar una cosa de otra. Hay que aceptarlo como es, acomodarse a él, y «acomodarse» es una palabra muy poco expresiva para lo que intento decir. Pero en definitiva se trata de eso. Lo espiritual y lo animal están en Renny.

La señorita Archer dio un paso atrás. Hizo un gesto casi de repulsión en dirección a Alayne. Pequeñas ondas de desasosiego rompían la tranquilidad de su terso semblante como turba la paz de un estanque la caída de una piedra.

—¡No, Alayne, por favor! Me estremece pensar en todo lo que has pasado. —Luego se acercó a ella y la rodeó con un brazo—. Todo irá bien, estoy segura. Lo que necesitamos es contemplar nuestras vidas con perspectiva, desde lejos, desprendidas de todo lo que ahora nos rodea, en otro hemisferio. Entonces veremos la realidad sin morbidez y sin recuerdos horripilantes.

Alayne abrazó a su tía y apoyó la mejilla en su suave cabello blanco mientras aspiraba su delicado perfume.

Mientras estaban así abrazadas, un sedán se detuvo delante de la puerta. De él bajó Rosamond Trent, que avanzó luego enérgica hacia el porche. Al entrar, las saludó con vehemencia. Por centésima vez pensó Alayne que a nadie que conociera le sentaban mejor los sombreros que a la señorita Trent.

Esta se quitó los guantes y preguntó si podía fumarse un pitillo. La señorita Archer tenía una caja de plata siempre llena de una de las

mejores marcas, para las visitas, aun cuando en su fuero interno deploraba cada bocanada de humo y cada pavesa de ceniza caída en la alfombra. Rosamond Trent echó una ojeada a los folletos de las compañías navieras.

—¡Vaya, qué emocionante! —exclamó cogiendo uno y examinando la reproducción de un grupo de personas que nadaban en una piscina —. Estas cosas me traen el recuerdo de mi viaje alrededor del mundo. —En realidad, había sido ella la que le había metido la idea en la cabeza a la señorita Archer—. Hong Kong, Honolulu, Colombo, Penang…

La señorita Archer la cogió de la mano.

—¡Estaba segura de que iba a pronunciar esa palabra! Señorita Trent, antes de que usted entrase en casa, Alayne y yo estábamos diciendo que la palabra Penang nos fascina. Es como ver algo que no tenemos delante.

—Eso parece pasarle a Alayne, desde luego —dijo Rosamond después de haber observado a su amiga.

Estuvieron un rato charlando sobre el viaje y luego la señorita Archer dijo:

—Tengo que ausentarme un momento para ir a casa del profesor Card. He de recoger un nuevo libro sobre el Oriente que me ha prometido.

La vieron cruzar a toda prisa el jardín, protegida por un paraguas, y se entregaron a la confianza de su vieja intimidad.

—Bueno —dijo Rosamond desde la nube de humo que se formaba a su alrededor siempre que fumaba—, ya vuelvo a estar en el negocio de la publicidad. Me gusta, he de confesarlo, aunque me costó bastante dejar lo de las antigüedades con lo bien que había empezado. Si no hubiera sido por la quiebra de la Bolsa de Nueva York, pronto habría tenido un negocio importantísimo. ¿Tú aún conservas tus valores, Alayne?

—Sí, y me alegro mucho de que la tía Harriet no se haya enterado de cuánto dinero de la tía Helen he tenido que entregar para ello.

—Pues alégrate de haber podido disponer de él. No tengo ni la menor duda de que lo recuperarás todo.

Alayne sonrió con tristeza. No podía estar tranquila respecto a esa cuestión sabiendo que había influido más bien a favor que en contra de que Finch comprase esos mismos valores y de que su amiga le hubiera pedido prestados diez mil dólares que, con toda probabilidad, el chico no volvería a ver jamás.

Cuando se vio sorprendida por la quiebra, Rosamond Trent le había contado a Alayne lo del préstamo. Ahora, al adivinar los pensamientos de su amiga en la expresión abatida de su rostro,

lamentó su imprudencia. Hizo un gesto con la mano y le aseguró:

—Trabajaré hasta dejarme la piel para devolver hasta el último centavo que deba. —Y se contempló los rechonchos y bien cuidados dedos como si ya los viese desollados.

La exageración de las palabras y el gesto que las acompañó irritaron sobremanera a Alayne. Siempre había considerado a Rosamond una persona de absoluta sinceridad, muy real. Ahora le parecía irreal, el reflejo fiel de una vida artificial. Su aire de suficiencia, su evidente convencimiento de que veía en el corazón del mundo eran fruto de un engaño involuntario. Y fue ella la que puso a Rosamond en contacto con Finch. La que, en último término, era responsable de las pérdidas de su cuñado en el mercado neoyorquino. Primero por su propio ejemplo, luego por el préstamo a su amiga. Ignoraba si Finch conservaba aún o no sus valores. Le había escrito para preguntárselo, pero no había recibido contestación. Había querido muchísimo a Finch y ahora se daba cuenta de que no podía retener su cariño, como no había podido retener el de ningún otro Whiteoak. Era imposible hallar consuelo en ellos, imposible retenerlos, y, sin embargo, ¡qué auténticos eran!

La atmósfera del cuartito la ahogaba. La voz de Rosamond parecía llegarle de lejos.

—No has de temer hablarme con franqueza, Alayne. Nunca hemos tenido secretos la una para la otra, ¿verdad? Tú sabes todo lo que me concierne. Ahora bien, tengo la impresión de que no estás más satisfecha de este segundo matrimonio tuyo de lo que estuviste del primero. Necesitas nuevos escenarios para olvidarte de ello. Muchas veces me he preguntado cómo podías soportar la vida alejada de todo lo que hace que valga la pena vivirla.

Alayne no respondió. Dejó que su amiga continuara charlando. Sabía que Rosamond se hacía cargo de que su pesaroso corazón estaba demasiado abrumado para poder expresarse con palabras. La señorita Archer regresó acompañada por el profesor Card y su esposa. El aire se erizó de detalles sobre el viaje. La señorita Archer sacó su librito de anotaciones y escribió varias direcciones e informaciones útiles.

Cuando Alayne se quedó al fin sola en el cuarto de estar, ya era hora de acostarse y le dolía muchísimo la cabeza. Se sentía envuelta en un manto de depresión mayor que nunca. Nada quedaba de las agudas punzadas de dolor, ya no quedaba resentimiento que lo alimentara. Solo le quedaba esa opresiva sensación de soledad. Pensó en la idea del viaje con repulsión. ¿Cómo pudo, se preguntó a sí misma, haberlo visto de otra manera? La compañía con la cual pensaba viajar durante seis meses se le hizo de repente demasiado austera y fosilizada. ¿Y qué pasaría después? Ahora tenía una renta de la cual vivir y el mundo le parecía una pálida tierra baldía. ¿Qué le

había ocurrido? La semana anterior había disfrutado muchísimo en una de aquellas asambleas del club femenino… Pero ¿había disfrutado de verdad? ¿Podía la ínfima satisfacción de discutir las cosas de la vida con otras personas, que no eran más inteligentes que ella, llamarse disfrute? Recordó las expresiones de gozo reflejadas en las caras de Piers, Pheasant, Renny, hasta en la de Finch. Recordó la alegría de Eden en determinadas cosas. Recordó su propio goce en las poesías de Eden. Reconoció que había vivido bastantes emociones en la vida y se dio cuenta con súbito dolor de que su respuesta a ellas, tras un primer arranque de entusiasmo, había sido puritana y gazmoña.

Por primera vez en la vida pensó con sarcasmo en su propia conducta. Mientras había vivido en Jalna, había estado pensando en si le gustaban o no las cosas que la rodeaban. Al casarse con Renny, sabía muy bien lo que suponía la vida allí. En ese momento ni se le había pasado por la cabeza la idea de cambiar esa vida ni de alterar las costumbres de Renny. Se había arrojado en sus brazos con los suyos abiertos, pero después de esos primeros abrazos lo había mantenido a distancia, analizándolo, siempre demasiado dispuesta a no ver más que sus defectos. ¿Y el pobre Wakefield? De una sincera ternura, había pasado a un verdadero resentimiento. ¿Y por qué? Solo porque Renny seguía queriéndolo como antes de su matrimonio. ¿Y los criados? ¿Por qué había permitido que sus excentricidades le nublasen el horizonte? Tan imposible le resultaba al leopardo cambiar sus manchas como a los Wragge cambiar de costumbres. Se había pasado la vida encomiando las virtudes de la moderación y el autocontrol y, sin embargo, se había sumergido sin mirar atrás en el seno de una familia donde esas nociones se ignoraban casi por completo.

Si Renny no le había concedido una parte mayor de su tiempo, ¿por qué no había ido ella a buscarlo, como iba Pheasant en busca de Piers? ¿Por qué no lo había seguido a las cuadras y se había puesto a su lado a admirar la belleza de sus caballos? Si su ropa hubiera olido a cuadra, como la de Renny, tal vez se habría vuelto insensible a ese olor. Si hubiese caminado junto a él por el barro, tal vez no habría contado sus pisadas llenas de lodo sobre la alfombra. Señor, esas alfombras cubrían los suelos de Jalna desde antes de nacer ella. La señora Wragge, o tal vez otra cocinera de su misma calaña, había dejado resquebrajarse el vidriado de las vajillas ya hacía muchísimos años. ¿Por qué tratar de evitarlo? ¿Qué importaba que Renny tirase las cerillas gastadas al suelo y que el viejo Ben se echara a dormir la siesta sobre su colcha de seda o que Mooey se pusiera perdido con sus polvos de talco? No podía ser tan tonta como para creer que su vida con Renny iba a transcurrir en medio de una felicidad ininterrumpida.

No podía esperar un contacto permanente con la intimidad de un espíritu tan despegado y tímido como el de Renny, porque su espíritu es mejor que el mío, pensó en lo más hondo de su corazón.

¡Ojalá pudiera volver a vivir ese último año! Su disciplina habría dado mejores frutos que un viaje alrededor del mundo con la señorita Archer y los Card. ¿Por qué no iban a poder Renny y ella dar una expresión adecuada a lo mejor que tenían dentro? ¿Qué pensaba él sobre todo aquello? Sus breves cartas no le daban ninguna pista, pero bien recordaba haberle oído decir que jamás había escrito una carta de más de seis líneas. Por otra parte, ella no le había dicho nunca que estaba pensando en la separación. Tal vez él creía que se había marchado irritada por lo que había dicho sobre su participación en la muerte de Barney. Hablaba con una inmensa amargura —demasiado trágico, la verdad— de la muerte de un perro. Pero Renny era así y ella sabía de sobra que era así y tendría que haberlo consolado. Si tenía que tratar con él, era preciso ser tolerante y saber consolarlo, pues tenía tres cuartas partes de sangre celta. Ella, en cambio, era anglosajona, con una fuerte influencia teutona.

En medio de aquellas lamentaciones, se le ocurrió que tal vez había hecho bien en alejarse de Jalna en el momento en que lo había hecho para trasladarse a la ordenada domesticidad de la casa de su tía. Desde allí le era posible contemplar a los Whiteoak de una forma que le resultaba imposible cuando estaba entre ellos. Durante todas esas semanas había estado soñando, imaginándose que podría hallar la tranquilidad al fundirse en el apagado dibujo de su antigua vida. Ahora estaba muy despierta y ese dibujo no solo le parecía apagado, sino del todo descolorido, de fondo insustancial.

Se acercó a la ventana y la abrió de par en par. El aire húmedo de la noche entró a raudales. Iba cargado del olor a tierra mojada y hojas muertas. Venía del norte arrastrando el olor de las hojas caídas en Jalna. ¡Ay, si pudiera darle un hijo a Renny! Si, al salir las nuevas hojas, ella también pudiese sentir una nueva vida en su interior.

¿Qué había estado haciendo todo ese tiempo? Apartando de ella un amor sincero, tratando de establecer un orden gélido en su vida, independiente de sus afinidades. Le pareció distinguir su rostro en la oscuridad y se sintió desvanecer por el ansia de volver a verlo en carne y hueso.

A la hora del desayuno, al día siguiente, anunció a la señorita Archer que le era imprescindible volver a Jalna antes de hacer los últimos preparativos para el viaje. Había temido un interrogatorio por parte de su tía, pero el temor resultó infundado. La señorita Archer estaba sumida en tal confusión de preparativos, tal sugestión de perspectivas, que nada la sorprendía.

Por la noche despidió a Alayne en la estación con una sosegada

alegría.

Alayne no avisó de su llegada. En realidad, no sabía cómo iba a llegar a Jalna. Confiaba en que a esas alturas los Vaughan ya se habrían marchado. Pheasant la había advertido sobre lo prolongado de su estancia allí, pero aunque aún estuvieran en Jalna, ella necesitaba ver a Renny y no había más que decir.

A ratos se daba cuenta de que le seguía doliendo la cabeza. Hacía tres días que ese dolor la mortificaba en la nuca. Las punzadas se mezclaban penosamente con las sacudidas del tren. Otras veces se olvidaba por completo de él en medio de la febril actividad de su cerebro. Subió la cortinilla y se puso a contemplar el nuevo día. Advirtió la blancura y la belleza de su propia mano y de su brazo. Hacía semanas que no se preocupaba por su aspecto. Le sorprendió ver la nieve escondida en los surcos de los campos y salpicando los arbustos a lo largo de la vía. Vio las casitas de los obreros con las luces encendidas y las gallinas que salían de sus gallineros. Un viejo caballo gris deambulaba por un campo nevado mientras el viento le agitaba las largas crines. Al poco atravesaron una ciudad industrial y divisó una muchedumbre de obreros de aspecto extranjero dirigiéndose a las fábricas. El tren no se paró allí, sino que siguió presuroso hacia delante, dejando entrever solo su oscura fealdad y la belleza del sol naciente que tocaba con sus rayos tan solo la cruz dorada del campanario de la iglesia.

Mientras desayunaba, cruzaron la frontera y vio mayor cantidad de nieve, pero era nieve blanda que se derretía bajo el beso del sol. El aire era transparente y puro, pero unas nubes que se movían con rapidez arrojaban sombras pasajeras sobre los campos. Permaneció en su asiento, con todas sus cosas preparadas, mientras el tren llegaba a Weddel, la estación más próxima a Jalna. Vio a Wright en el coche nuevo, esperando a que se levantase la barrera para cruzar el paso a nivel. Le agradó su rostro bondadoso y lozano. Al ver el pueblo, le pareció que ya estaba en casa.

Ya en la estación, contrató a un mozo y estaba buscando un taxi cuando le llamó la atención un grupito de tres hombres que se estaban metiendo en un coche bastante deteriorado. El corazón se le paró un instante y pareció darle un vuelco dentro del pecho cuando en uno de esos hombres reconoció a Renny. Iba con Crowdy y Chase. Alayne dio unos cuantos pasos apresurados hacia él y lo llamó por su nombre. A la fría luz de la mañana, todas las caras parecían descoloridas. Todas menos la de Renny, que se veía altivo y rubicundo como nunca, se quitó el sombrero y se dirigió a su mujer riendo con no disimulada satisfacción por la sorpresa. Alayne se había olvidado ya del rojo de su cabello, de lo colorado de su cara, de su estatura, de su musculosa delgadez y de su perfil aguileño.

Puede que Renny se enfadara cuando Alayne se marchó, que cavilase sobre lo que consideraba su mal comportamiento respecto a él y que pretendiera que se le había endurecido el corazón, pero todo aquello se le olvidó al verla de pie en la estación, a la pálida luz de la mañana, descolorida, con unas profundas ojeras, bien recogido el sedoso cabello que asomaba por debajo de su sombrerito ajustado de fieltro. Se dio cuenta enseguida de que llevaba un nuevo echarpe de piel y pensó que le sentaba de maravilla.

Se encontraban uno frente al otro, temblorosa Alayne en su expectación, rebosando satisfacción Renny en medio de su sorpresa.

—¿Por qué no me has escrito?

—No me decidí hasta última hora.

—Podrías haber enviado un telegrama.

—No lo pensé.

—Ay, esas decisiones tuyas —dijo Renny riendo—. Siempre tan repentinas, ¿verdad?

Alayne se acercó más a él y le preguntó con voz ahogada:

—¿Estás contento de que haya vuelto?

—Vaya pregunta.

—Si pudiésemos quedarnos a solas… ¿Qué están haciendo contigo esos tipos tan odiosos?

—Teníamos que despachar unos caballos. He pasado la noche aquí. Déjame que despida ese taxi. Qué suerte haberme encontrado aquí con el coche, pero Chase y Crowdy tendrán que venir con nosotros. Bueno, no importa, viven en las afueras de la ciudad. Los dejaré allí.

Los dos amigos se adelantaron algo alicaídos. Chase no hizo más que un ceremonioso saludo, pero Crowdy recobró pronto el aplomo y la miró sonriendo. De un modo u otro, se las arreglaron para meter el equipaje de Alayne en el coche. Ella se sentó delante, al lado de Renny. Se alegraba de que fuese el coche viejo, todo lleno de barro, con las cortinillas mal ajustadas, que se bamboleaba como si ese hubiese de ser su último trayecto. Estaba igual que cuando había subido por primera vez en él cinco años atrás. Ahí le había hablado Renny por primera vez de su amor. Recordaba bien sus palabras, habían sido pocas y firmes. Era de noche y estaba lloviendo. Ninguno de los dos tenía la menor esperanza de poder llegar a estar juntos. Ahora era de día. Empezaba a llover y estaban juntos. Juntos, sí. Juntos.

No podía entenderse a sí misma, pero sí podía entenderlo a él. No podía entender por qué no le importaba ya la presencia de Crowdy y Chase en el coche y, sin embargo, podía entender la camaradería que los unía a Renny. Eran auténticos. Esa era la cuestión. Tan reales como el áspero viento que sacudía las cortinillas. Tan reales como irreales se

habían hecho para ella Rosamond Trent y el profesor Card y su esposa. Alayne había cambiado. Se había transformado en otra. Eran los dolores del parto de esa nueva personalidad los que tanto la habían destrozado.

Renny le hizo varias preguntas sobre su estancia con la señorita Archer. Le parecía muy natural que se hubiese quedado tanto tiempo con ella. No le echó en cara la sequedad de sus cartas ni la poca frecuencia con que le había escrito. A Alayne se le deshacía el corazón de alegría al mirar a su marido. Renny limpió el parabrisas con el paño que tenía para ese fin.

La superficie del lago temblaba con el empuje del viento. Las olas relucían con un tono verde claro, translúcido. Chocaban unas con otras como una panda de tunantes, arrancándose las crestas espumosas.

Las gaviotas descendían y se zambullían en el lago y volvían a remontar el vuelo con un chillido. Alayne las oyó cuando el coche se detuvo para que bajasen Crowdy y Chase.

Chase se inclinó y se apartó en la acera, pero Crowdy se acercó a Alayne. Extendió la mano izquierda y sobre su palma trazó con el índice de la derecha unos signos cabalísticos. Con una astuta mirada señaló a Renny mientras decía:

—Tiene usted un marido superior, señora Whiteoak. No lo hay mejor. Es un caballo de raza.

Alayne le tendió la mano. La refinada señora y el chalán se miraron a los ojos. Alayne se imaginó las horribles viviendas de los horribles suburbios en los que desaparecían Crowdy y Chase.

Cuando reemprendieron la marcha, Renny sonreía de placer por la magnanimidad que Alayne había demostrado hacia sus amigos. Alayne se dio cuenta de que le había desaparecido el dolor de cabeza, pero que entre eso y el insomnio de la noche estaba exhausta. Se dejó descansar contra el hombro de Renny, abandonándose como no lo había podido hacer en muchos meses. Renny charlaba sin cesar sobre los caballos que habían despachado por la mañana.

Los arbustos siempre verdes de la avenida parecían haber crecido desde la última vez que los vio. Las ramas barrían las ventanillas del coche y las llenaban de agua. Comparado con la casita del Hudson, el viejo edificio de ladrillos rojos parecía enorme y desparramado. Sobre los escalones del porche había una gruesa capa de nieve hollada por las pisadas de los perros. Renny sacó el equipaje y lo llevó al porche. De repente, Alayne le preguntó:

—¿Te ha sorprendido mucho?

—Solo un poquito. Te esperaba en cualquier momento.

Pero la miraba con timidez. Después de echarle una última ojeada

de soslayo, Renny abrió la puerta y entraron en el recibidor.

No había nadie salvo el viejo Ben, enroscado junto a la estufa. Se levantó, desperezándose, y se acercó a Alayne agitando el muñón de la cola. Si alguna vez habían tenido discrepancias, el perro las había olvidado. Ahora le llegaba el turno a la mujer de demostrar que también ella sabía ser generosa. Cuando el animal se puso a dos patas y se apoyó en ella, Alayne lo abrazó como jamás había hecho hasta entonces con ningún perro.

Nicholas estaba leyendo en el cuarto de estar. Salió quitándose las gafas por el camino.

—Querida Alayne, ¡qué alegría volver a verte! —Le dio un beso—. No habrás recibido mi carta, no la envié hasta ayer. Llevaba quince días queriendo escribirte, pero ya sabes qué calamidad soy con la correspondencia.

La examinaba por debajo de las pobladas cejas, tratando de averiguar el motivo de su regreso. Aún no había podido desentrañar el de su partida.

Entonces llegó Ernest, la besó y la condujo al cuarto de estar.

—¡Pobre Alayne! ¡Qué pálida estás y qué cara de cansancio y frío tienes! Habrá que darte un poco de vino y un bizcocho. Voy a buscarlo yo mismo.

Y se dirigió corriendo al comedor.

—Gracias a Dios que has venido —murmuró Nicholas—. Si no, creo que los Vaughan no se marcharían nunca. Sus inquilinos ya se han ido, pero ellos todavía están aquí porque aquí están muy bien, claro. Pero bueno, te hemos echado muchísimo de menos por la mera ausencia de tu persona, querida sobrina.

Mientras Alayne sorbía un vasito de vino, entró Meg apoyada en el brazo de Renny. En el recibidor, Renny le había oprimido el brazo con gesto autoritario y le había advertido:

—Meggie, si no eres amable con Alayne, no voy a quererte nunca más.

Meggie se detuvo el tiempo suficiente para replicar:

—¿Que sea amable con Alayne? ¡Como si alguna vez no lo hubiese sido! Estoy segura de que Alayne también será amable conmigo cuando me vea tan débil.

Alayne se levantó y contempló la cara sofocada de Meggie.

—Ay, Meggie, ¡cómo me alegro de ver que ya empiezas a andar por la casa! Pero supongo que aún estarás muy débil.

Meggie la besó.

—Sí, la verdad es que sí. Si fuese tan fuerte como tú, si pudiese comer de todo como tú, a todas horas… Pero estoy desganada. No puedes hacerte cargo de lo que he sufrido.

Renny la instaló en una silla al lado de Alayne y se quedó contemplándolas mientras sus facciones se iluminaban con una sonrisa de satisfacción al verlas reunidas.

Meg apoyó una fina mano blanca sobre la rodilla de Alayne.

—Cuando estemos solas, te lo contaré todo. Pero mucho me temo que vas a llevarte un disgusto cuando te diga que estoy ocupando tu dormitorio.

—Nada de eso —le aseguró Alayne, aun cuando en ese momento lo habría dado casi todo por poder echarse en su propia cama—. Mientras estés aquí, me quedaré en el cuarto de Finch. No pienses en acelerar tu marcha solo por el hecho de que yo haya regresado.

—El techo del cuarto de Finch gotea muchísimo —dijo Nicolas mirando a Alayne—. Hace tiempo que está en pésimas condiciones. Me temo que vas a estar muy mal ahí. —Y volviéndose impertinente hacia Renny, agregó—: No me gusta el estado de ruina en que está quedando la casa.

Renny se puso a atizar el fuego, como era su invariable costumbre siempre que se mencionaban las reparaciones que necesitaba la casa.

Rags se presentó junto a Alayne con la botella de vino en una bandeja.

—¿Quiere que le sirva un poco más de jerez, señora?

—Sí, un poco, por favor.

Alayne lo observaba mientras Rags le servía el vino con su peculiar aire de humildad y descaro.

—Me alegro mucho de verla otra vez en casa, señora —le dijo al terminar—. Supongo que no le importará que se lo diga.

Wakefield estaba en la puerta. No se decidía a entrar y miraba a Alayne muy serio. Alayne le tendió la mano y se dio cuenta de que había crecido mucho durante su ausencia.

—Wake, ¿no quieres darme un beso?

Entonces el chico se adelantó y le rozó la mejilla con los labios.

—Hacía mucho que no estaba tan bien —observó Renny.

Maurice, Pheasant y Piers entraron seguidos por los dos pequeños, que enseguida se encaramaron a la falda de Alayne y sobre el brazo del sillón. Ya estaban todos reunidos en la misma habitación, como tanto les gustaba, al calor de la intimidad, suprimidas todas las barreras. Una vez entre ellos, Alayne los contempló como un grupo de un retrato: vigorosos, sanos, refractarios a los cambios. En el centro de la habitación había un jarrón con unas dalias, todas las que cabían, tostadas, rojizas, anaranjadas, rojas… Se parecían a los Whiteoak, pensó Alayne, en su variada y apretujada mezcolanza.

Meg vio cómo miraba las flores.

—¿A que son preciosas? Desde que estoy pachucha no me han

faltado flores ni un solo día. —Levantó a Patience de las rodillas de Alayne y le dijo—: No toques tanto a la tía Alayne, hija, ponte de pie y recítale tu nueva poesía. Ponte junto a ella, Mooey.

Colocó a los niños, uno junto al otro, delante de Alayne.

Sin vacilar, Patience cogió la mano de Mooey y empezó a recitar:

—Adelántate, primito, enseña tus piececitos y no tengas miedo. Mientras Patty te acompañe, nunca te caerás.

Mooey se soltó y gritó:

—¡Diantre! No teno medo.

Por fin se hallaba en el cuarto de Finch, bajo el techo de Jalna. El tejado goteaba y el agua caía en la palangana al pie de la cama. Reinaba un olor a yeso mojado. El cuarto estaba lleno de las cosas de Finch.

Renny subió corriendo, entró en la habitación, echó una ojeada y le dijo:

—Aquí estarás muy bien.

—Renny —logró empezar Alayne con gran esfuerzo—, siento mucho lo que pasó con tu perro. Fue muy cruel matarlo sin necesidad.

Durante un segundo, Renny rehuyó su mirada, pero de repente exclamó:

—¡Tendrías que ver lo bonita que está la potranca de Cora! Va a convertirse en la yegua más hermosa que se haya visto jamás.

—¿Y Cora? ¿Está bien?

—De maravilla. Esa yegua tiene un corazón de oro.

XXVI

FINCH

Finch caminaba por un sendero mojado y serpenteante en dirección a casa de su tía. Llevaba toda la mañana andando y estaba cansado, pero se movía con su energía habitual cuando estaba al aire libre, opuesta a la enervación que lo asaltaba al verse encerrado entre cuatro paredes. Llevaba el bastón, al que se había acostumbrado durante las semanas en que aún le dolía el tobillo, columpiándolo y dando golpes a los matorrales de vez en cuando. Habían tenido unos días de lluvia y fuertes temporales. Cada dos por tres se tropezaba con un árbol caído o con un grupo de hombres que apartaban troncos y ramas del camino. Por la cuneta corría un impetuoso torrente de agua, serpenteando entre las hierbas con feliz murmullo. Allí donde el cielo no estaba cubierto de nubarrones oscuros, dejaba ver un azul tan claro como el de la primavera, aunque estaban en diciembre. Los setos tenían un hermoso tono marrón contra el cual destacaban los brillantes frutos del acebo allí donde alguno de estos árboles se elevaba exhibiendo sus lustrosas bayas. El viento le azotaba la cara a ráfagas húmedas y desprovistas de aroma, excepto en aquellos parajes donde pasaba por delante de algún almiar del cual un granjero estaba sacando brazadas de heno. Allí aquel agradable olor le llegaba como una exhalación del verano. Por encima de un campo arado volaban las avefrías, en amplios círculos, con unos graznidos que variaban desde los quejidos más tiernos a los lamentos más salvajes.

Se encontró con uno de aquellos pájaros muerto a un lado del camino. Se habría chocado con los hilos del telégrafo. Finch lo recogió. Todavía estaba caliente, aún no se había amortiguado el brillo del verde oscuro de su lomo, pero su larga cresta estaba húmeda y flácida. Le dio la vuelta y dejó al descubierto el pecho, henchido como el de un palomo, la garganta blanca y el plumaje de color canela por debajo de la cola. Ya no volvería a volar por encima de los campos ni a lanzar ese grito que conmueve el corazón de los caminantes solitarios. Sus congéneres volaban indiferentes en la dirección del viento, y entonces su color oscuro resaltaba sobre la tierra rojiza, o

exponían el blanco de su parte inferior al volar de costado. Si Finch no hubiese estado allí, nadie se habría dado cuenta de aquella muerte.

Se quedó un rato en la cuneta, con el bastón colgado del antebrazo, como si quisiera absorber con su propio cuerpo el último calor desprendido por el del pajarillo. Absorbería toda su vitalidad, toda su armonía. Pasarían a su propio ser y allí se conservarían mientras él viviese. No se desperdiciaría esa llama inspiradora.

—No morirás, avefría. Vivirás dentro de mí. Al llegar la primavera, llamarás a tu compañero a través de mi música.

Los ojos del pájaro, que estaban cerrados cuando lo recogió, se abrieron entonces y las pupilas vidriosas parecían mirarlo. Finch se imaginó que de su pico fino y alargado salían las siguientes palabras:

—¡Farsante! ¿Crees que puedo vivir dentro de ti? ¿Yo, que he sido una hembra? ¿Crees que podrás hacer el nido por mí en la tierra? ¿Puedes llevar mis huevos dentro hasta el momento en que el cascarón haya adquirido el matiz verde adecuado con el número preciso de motitas? ¿Puedes colocarlos en el orden debido? ¿Puedes darles el calor de la vida? ¿Podrás alimentarlos?

—Vivirán en mi música —contestó Finch.

—¿Que vivirán en tu música el vuelo, las subidas y bajadas y los gritos de mis pequeños?

—Sí.

—¿Y qué ocurrirá con las docenas de miles de gusanos que entre mis polluelos y yo habríamos devorado?

—Morirán también en mi música.

—¿Que volarán los pájaros y morirán los gusanos en tu música? Eres incapaz de componer tres compases que puedan rivalizar con mis notas trémulas y variadas. Desecho de tu propia casta. No creas que puedes robarme mi virtud. Mi canto se hará polvo en mi garganta. La lengua se me pegará al pico. Mis huevos serán notas silenciosas que jamás sonarán con vida.

Finch estrechó el cuerpecillo y advirtió que ya estaba del todo frío. Por el camino pasó un automóvil que lo salpicó entero de barro.

Apresuró el paso por una senda que entre dos lomas altas se dirigía a una casita donde vivía un empajador de tejados. Junto a la casita se veía un estanque en cuyas oscuras y heladas aguas nadaban varias patas y un pato. En mitad del estanque estaba la mujer del empajador, con las mejillas arrebatadas y una abundante mata de pelo negro y basto. Llevaba unas botas altas de cuero y estaba quitándoles el barro con una escoba.

Finch se acercó al borde del estanque y la saludó.

—Buenos días, señora Rush. ¿Me haría el favor de dejarme un desplantador? Quiero enterrar este pájaro. Me lo he encontrado

muerto en una cuneta junto a la finca de Ram.

—Buenos días, señor. ¿Qué es, una avefría? Está bien muerta, la pobre. Pobres animales, no ven por dónde vuelan. Se aturullan con tanta prisa. ¿Dónde va a enterrarlo?

—No lo sé —dijo Finch dubitativo—. Aquí junto al estanque si a usted no le importa. Pero no hay prisa, no se preocupe.

Se quedó mirándola mientras la mujer seguía limpiándose las botas con la escoba y vio como el agua se le metía entre los cordones. Cuando acabó, Finch la siguió hasta la casita. En un lateral estaban apilados montones de gavillas que llegaban hasta el tejado, mientras que en el otro había un cobertizo del que se oían salir los mugidos de una vaca.

Mientras iba por la carretera con el desplantador en una mano y el pájaro en la otra, se le ocurrió una idea. Enterraría al pajarillo junto a la tumba de Ralph Hart. ¿Por qué no podía hacer compañía el pájaro muerto al chico muerto? Se regocijó en la idea de que estuviesen enterrados uno junto al otro, como si se tratase de una melodía nueva. Por un momento dudó de estar en su sano juicio, pero enseguida apartó tal pensamiento. Estaba de lo más cuerdo, seguro. Aunque su mente era campo de extrañas sensaciones. ¿Qué era lo que podría traerle la paz?

Mientras bajaba la empinada ladera en dirección al pueblo, lo asaltó una sensación de vergüenza por lo que estaba haciendo. Se escondió el pájaro bajo el abrigo y procuró esconder también el desplantador.

Los niños, que salían de la escuela, pasaron corriendo junto a él en animados grupos, con las mejillas relucientes y las piernecitas amoratadas de frío. Se metió por la callejuela que conducía al cementerio, rehuyó al sacristán, que estaba cavando una fosa, y se escabulló por detrás de las tumbas hasta el rincón donde reposaba el cuerpo de Ralph. Desde allí había una magnífica vista del páramo. Los rayos de sol se colaban entre los desgarrones de las nubes y herían las encorvadas laderas de los montes lejanos. Una corona de siemprevivas, ya ajadas, descansaba sobre la tumba de Ralph, pero no había ninguna losa que la señalara. Finch cavó un hoyo junto a la tumba, metió al pájaro después de alisarle las plumas y volvió a cubrirlo con tierra y césped. Se levantó y contempló el cielo y el páramo con una mirada deslumbrada. La vida le resultaba tan misteriosa, tan incomprensible, como cuando salió del seno de su madre.

Desde la marcha de sus tíos, tanto Finch como Augusta habían visto mucho menos a la pareja del pabellón. Eden había dado indicios de querer llevar a Minny a la casa, ahora que había más sitio, pero Augusta ya estaba cansada de tanto invitado. Se mostró indiferente, incluso fría. Estaba cansada y quería descansar y la presencia de Finch se adecuaba tanto a su estado de ánimo que le habría gustado que se quedara indefinidamente junto a ella. A decir verdad, Finch llevaba una suerte de doble vida. Delante de Augusta se mostraba alegre, interesado en los asuntos de los vecinos y los campesinos, que constituían el tema principal de sus conversaciones en Nymet Crews. Cuando llegaban cartas de Canadá, sentía una ansiedad casi dolorosa de tener noticias de la familia, pero no escribía a nadie y nadie le escribía a él. Cuando estaba a solas, caía en un estado de profunda melancolía del que solo lo sacaba algún incidente similar al hallazgo del cadáver de la avefría. Entonces se exaltaba hasta un grado cercano a la locura.

El suicidio de Ralph Hart, en un momento en el que tenía los nervios de punta por la tormenta de su desesperado amor hacia Sarah, constituyó un golpe del que no se sentía con fuerzas para tratar de recuperarse.

Por las noches le resultaba imposible tocar el piano para su tía sin acabar trastornado. A veces tenía que interrumpir una pieza para enjugarse el sudor de la frente y de las manos. Se excusaba con un tartamudeo y rehuía la tranquila mirada de Augusta, que entonces solía decir: «Me parece que ya hemos tenido bastante música por esta noche, querido. Estoy algo cansada y es evidente que tú también».

Augusta entendía más de lo que Finch se imaginaba. Sabía que en ese estado estaba mejor con ella que en su propia casa. Era un muchacho muy fantasioso y la mujer se figuraba que debía de haber atravesado alguna crisis espiritual relacionada con su prima. No podía dejar de advertir la repulsión que el chico fingía sentir hacia ella, su marcada tendencia a hablar de Sarah con desdén. Arthur había enviado unas fotografías de la pareja que se habían hecho en París. Augusta quería enmarcarlas enseguida, pero Finch le rogó: «Por amor de Dios, tía, no me obligues a ver a esos dos engreídos cada vez que levante los ojos. Espérate a que me vaya».

Ellen le contó a su señora que había encontrado briznas de romero esparcidas por el suelo en el cuarto de Finch y que algunas veces salía de la casa al amanecer. Augusta repuso:

—No se preocupe por eso, Ellen. El romero tiene un olor refrescante y se barre bastante bien. Y mientras el señor Finch salga de casa a esas horas en lugar de entrar, no creo que tengamos motivo para preocuparnos.

Pero estaba preocupada. Le propuso que se fuese a Londres o a

Leipzig para continuar sus estudios de música.

—¿Quieres que vaya así? —objetó Finch.

Como si lo hubiese conjurado, un temblor empezó a sacudirlo y Augusta se puso más nerviosa todavía en vista de aquella reacción injustificada.

Lo único que la tranquilizaba era su apetito. Siempre tenía hambre, como había sido habitual en él toda la vida. El cordero, las verduras y los púdines de sebo desaparecían a toda velocidad de su plato. Y si luego se llevaban al salón una bandeja de nueces y pasas, seguro que la dejaba limpia. Y, sin embargo, seguía adelgazando.

Huía de la gente y se escabullía con sigilo de la casa cuando llegaban visitas. Llevaba varias semanas sin querer ver a Eden ni a Minny. Cuando los veía a lo lejos durante sus paseos, se desviaba por una vereda o saltaba un portillo para no encontrarse con ellos. Entraba y salía de la casa por la puerta trasera para no tener que pasar por delante del pabellón.

Con todo, una mañana, el reloj de la torre de la iglesia tocaba menos cuarto cuando Finch salía del pueblo. Llegaría tarde a almorzar si no iba por la avenida. Augusta perdonaba cualquier cosa menos la impuntualidad en las comidas. Nunca fue ese un defecto de los Whiteoak. Tras varias vacilaciones y vueltas, se decidió a pasar por delante del pabellón. Recordó con alivio que a esa hora Eden y Minny solían estar sentados a la mesa.

Mientras cerraba con cuidado la puerta, para que no diese un golpazo, oyó que Minny lo llamaba desde la entrada del pabellón. Salió corriendo por el camino adoquinado y llegó hasta él. El viento le apartaba el cabello de la frente y dejaba a la vista un ceño fruncido de preocupación. También le pegaba el fino vestido al cuerpo y dejaba bien marcadas sus ondulantes formas a la altura del pecho, las caderas y los muslos.

—Finch, estamos pasando grandísimos apuros con la chimenea. No hace más que llenarnos la casa de humo. ¡Por Dios, entra a ver cómo está! Es una vergüenza que Eden tenga que vivir así.

Finch se dio cuenta de que la chica estaba pasmada de frío y, sin embargo, no pensaba en ella. Hizo ademán de seguir su camino, diciendo atropellado:

—Lo siento, pero ya se me ha hecho tarde para el almuerzo. La tía Augusta es como un reloj para las comidas.

—¿Qué te hemos hecho? —le preguntó Minny furiosa—. Hace más de un mes que no te acercas a nosotros. Cuando nos ves, te vas por otro lado.

Cruzó la portezuela del jardín y lo cogió del brazo. Con sus zapatos de suela fina y tacón alto, metió el pie en un charco.

Finch la miró a los ojos.

—Minny, no me hagas ningún caso. Soy un animal. No puedo explicar lo que me pasa, pero he de confesar que no estoy de humor para tratarme con nadie.

—Pobrecillo —lo compadeció Minny dándole golpecitos en el brazo—. A Eden también le pasa, a veces. Por suerte a mí no me ocurre jamás. Si no, no sé lo que sería de nosotros.

Eden apareció en la puerta y dijo en voz alta:

—¡No le pidas a ese tipo que entre, Minny! No piensa en nadie más que en sí mismo. Deja que se vaya.

—Tu hermano se estaba explicando —repuso esta—. No sabe lo que le pasa, pero va a entrar en casa, ¿verdad, Finch?

Finch se dirigió con ella al pabellón. Le sorprendió la palidez de Eden. Tenía unas profundas ojeras y, cuando hacía como que se alejaba malhumorado de los otros dos, se vio sacudido por un violento ataque de tos.

Tanto la puerta principal como la trasera del pabellón estaban abiertas de par en par. El interior estaba lleno de humo, que bajaba por la chimenea y salía del enorme hogar con cada ráfaga de viento. No solo no estaba puesta la mesa para el almuerzo, sino que aún se veían allí los restos del desayuno. Se notaba una humedad más fría y penetrante que en la calle.

Eden estaba vuelto de espaldas a Finch. Hablaba exasperado con un tosco muchacho de manos y cara tiznadas de hollín.

—¿Puedes explicarme lo que piensa hacer tu patrón cuando se decida a volver?

—Sí —agregó Minny—, me gustaría saber cuánto va a tardar en arreglarlo. Mira, Finch, han sacado todo ese hollín. —Y señaló un cubo lleno colocado sobre el hogar—. Después de tanta limpieza, creíamos que el tiro de la chimenea marcharía bien y Eden encendió un gran fuego porque tenía mucho frío. Pero ha sido peor que nunca y nos es imposible hacer que las llamas vayan hacia fuera.

Eden empezó a tapar el fuego con ceniza. Una bocanada de viento que bajó por la chimenea lo cubrió de hollín negro y cenizas grises. Se echó hacia atrás y renegó en voz baja.

El muchacho observaba sus esfuerzos con apático interés. Se rascaba una oreja contra la esquina de la chimenea como podría rascarse un cerdo contra el poste de una puerta.

—Ya lo arreglará el patrón.

—Pero ¿qué va a hacer? —le preguntó Minny desesperada.

—Arreglarlo.

—Supongo que pondrá una rejilla —dijo Eden.

—¿Y necesitará mucho tiempo para eso? —preguntó Finch.

—Bastante —contestó el chico sin dejar de rascarse la oreja contra la esquina de la chimenea con un movimiento circular.

—¡Ojalá se calmase el viento, por lo menos! —exclamó Minny.

—No se calmará. Es un señor viento, eso es lo que es —dijo el muchacho volviendo los ojos hacia la puerta.

—¿Tú sabes algo de esta chimenea? —le preguntó Eden—. ¿Ha hecho esto alguna vez?

El chico dejó de rascarse la oreja para asimilar una pregunta que requería tan enorme esfuerzo mental para contestarla.

Después de considerarlo en profundidad, recomenzó el movimiento circular contra la repisa y por fin contestó:

—Siempre le pasa igual con las tormentas de noviembre. La viuda nos mandaba venir.

—¿Y qué hacíais?

—Limpiarla.

Otra nube de humo los envolvió por completo.

—Mirad —gritó Finch—, ¡esto no puede ser! ¡No podéis quedaros aquí! Esto va a acabar con Eden. Estaríais mejor a la intemperie.

—Y ha habido mucha humedad durante este último mes —dijo Minny, que llevó a Finch a la cocina para enseñarle cómo la condensación de la pared llegaba a formar un diminuto reguero que corría por el suelo.

—¿Cuánto tiempo lleva tosiendo así? —le preguntó Finch en voz baja.

—Como una semana.

—Deberíais habérmelo dicho. Tiene que marcharse enseguida.

—Pero ¿cómo, Finch? —Minny lo miraba con expresión patética—. Apenas nos llega el dinero para estar aquí.

—Ya me encargaré yo de eso.

Volvieron a la otra habitación. El fuego estaba apagado. Grandes gotas de lluvia caían por la chimenea. El viento se estaba calmando. El muchacho se había ido a comer. Eden se acercó a la repisa y empezó a restregarse una oreja en la esquina mientras miraba de reojo a Finch y a Minny con expresión pícara.

—Será mejor que nos vayamos —dijo con voz cantarina—. No podemos hacer más. ¡Qué fracaso de vida, Minny!

Finch estaba abrumado de remordimientos por haberse despreocupado de ellos. Minny era una de las chicas más buenas y animosas que jamás había conocido. Ahora estaba de rodillas sobre el hogar helado, con el fuelle en las manos, intentando avivar las vacilantes llamas. El viento había parado.

Finch fue corriendo a la casa y le explicó a su tía en qué condiciones se hallaba el pabellón. Augusta no le dijo, como él

esperaba, que fuera a buscar a Eden y a Minny para que subieran enseguida. Si la chimenea volvía a echar humo, ya habría tiempo para ello. Hizo que preparasen una cesta con comida caliente que Finch, muy alterado, llevó al pabellón. También había metido una botella de jerez. Cuando llegó, estaba encendido un hermoso fuego y Minny había lavado las cosas del desayuno. Eden escribía sentado a un extremo de la larga mesa. Miró emocionado a Finch.

—Es una de mis mejores composiciones —le aseguró, y leyó en voz alta un precioso poema lírico.

—¿Lo has escrito esta mañana? —preguntó su hermano.

—Llevo una semana entera componiéndolo.

Eden no volvió a hacer alusión al abandono de Finch. Él mismo se dejaba gobernar a menudo por sus instintos y, con excepción de algún que otro arranque de mal humor, solía aceptar que los demás hiciesen igual. Si Finch quería aislarse de los demás, bueno, necesitaría esa soledad.

Minny sacó de la cesta las chuletas de cordero, el puré de patatas y la tarta caliente de manzana que Augusta no había querido empezar para que los del pabellón la tuviesen entera. La habitación estaba caldeada y resultaba acogedora.

Después del almuerzo se pusieron a hablar y a fumar. Decidieron que partirían para el sur de Francia dos días después. Finch le extendería un cheque a Eden enseguida.

Ahora que volvía a estar con ellos, por un momento le dio pena que se marcharan. En el fondo, sin embargo, se sentía aliviado al pensar que el pabellón iba a quedar vacío y que podría ir y venir cuando se le antojase sin miedo a encontrárselos.

Al despedirse, Minny le echó los brazos al cuello y lo besó agradecida.

—¿Qué haríamos sin ti, Finch? Eres nuestro ángel de la guarda.

XXVII

EN NAVIDAD Y DESPUÉS

Cuando se cerró el pabellón y Eden y Minny se fueron a Francia, Finch se entregó con áspera satisfacción a una creciente melancolía. Las borrascas del páramo, la nebulosa luz del sol que llegaba a través de las montañas, la quietud profunda, elástica y relajada de los intervalos entre cada borrasca concurrían para acabar con su resistencia.

Por la mañana lo despertaba Ellen al entrar en su habitación con una botella de agua caliente. Abría las cortinas y cerraba la ventana. Llevaba una vela encendida y su sombra, grotesca y voluminosa, se proyectaba en el techo por encima de la cama. Era extraño pensar que esa sombra siniestra y vacilante perteneciese a aquella mujer enjuta, erguida, desdeñosa. Observaba a la criada y su sombra desde el embozo de las mantas y casi siempre fingía dormir.

Algunas veces, en cambio, le preguntaba:

—¿Hace buen tiempo, Ellen?

—No, señor. Está helando —solía contestar ella.

Al levantarse, veía salir el sol, una enorme bola roja que iluminaba la hierba de los prados, blanca y erizada por la escarcha como la barba de un anciano. La lana de las ovejas parecía rosada a la luz del amanecer mientras pacían la hierba medio helada o levantaban la cabeza y miraban hacia el portillo por donde entraba el pastor. Este llegaba por fin, encorvado bajo una hacina de heno, y las ovejas se acercaban con paso lento a él por el declive del campo. Cada semana, Finch advertía cómo iban ensanchando. Tenía ganas de ver a los corderitos y esperaba el momento con la misma ansiedad con la que esperaría si para la época de cría hubiese de estar ya bajo tierra.

Cuando se lavaba, en el frío del dormitorio, la piel parecía humearle. Por la ventana veía las espinacas de invierno que plantó Ralph Hart, lozanas y lustrosas. Aun a esa hora tan temprana solía meditar sobre la corrupción del robusto cuerpo del joven Ralph. Se acordaba de la avefría enterrada junto a él y se la imaginaba lanzando débiles pero melodiosos graznidos que, a través de la tierra empapada,

se metían entre las costillas del esqueleto de Ralph y llegaban a rebotar como un eco en la vacía calavera.

Meditaba sobre el proceso de corrupción que tenía lugar dentro de su propio ser. Se veía poco a poco reducido a una forma vegetal, incapaz de moverse del sitio, las piernas convertidas en retorcidas raíces, extendidos los brazos en forma de enormes hojas batientes proyectadas sobre la tierra húmeda, integrada su cabeza por un gigantesco racimo de enfermizos botones que, por último, se abrían y dejaban ver unas flores pálidas, propias de una pesadilla.

A veces se sentaba al piano e intentaba arrancarle alguna esencia mágica que pudiera animarlo, pero el piano ya no era su amigo. Al abrirlo, el teclado se burlaba de él con sus crueles dientes blancos. A veces, cuando estaba seguro de que no había nadie más en casa, recobraba la facultad de tocar. Liberaba su espíritu en forma de grandiosas armonías. Se ponía a componer, abriéndose camino de compás en compás, pero luego le era imposible decir si lo que había compuesto valía la pena o no.

Otras veces se sentaba con los brazos cruzados, soñando con los días en que Sarah y él habían tocado juntos. La veía allí de pie, alta y esbelta, apoyando la mejilla en el violín. Le parecía distinguir la curva de su muñeca al levantar el arco. Trataba de recordar punto por punto todos sus encuentros, todas sus palabras. Empezaba por el primer día, cuando Sarah había llegado tarde para el té, y seguía, sin omitir ningún gesto que pudiera recordar, hasta el día de su boda con Arthur. Revivía las semanas pasadas junto al mar. Lo atormentaba de nuevo la creciente ansia de su amor, la inutilidad de su esperanza. Repasaba la escena del acantilado, cuando Sarah lo había estrechado contra su pecho en un encendido beso de pasión. Ponía la boca en forma de beso y entonces le ardían los labios y sus ojos adquirían un brillo febril. Se levantaba de un salto y se ponía a recorrer impaciente la habitación. Un día llegó a exclamar en voz alta: «¡Ha de ser mía! ¡Juro que lo será!».

Se imaginó a sí mismo siguiéndola a Francia, encontrándose con ella en la calle, acompañada por Arthur, y yendo directo hacia Sarah para decirle: «Tú me perteneces y no puedes negarlo». Se vio besándola en medio de una calle llena de gente.

Pasaba tantas horas encogido delante del piano, dando rienda suelta a todas esas fantasías, que al levantarse estaba rígido y entumecido. Si Augusta se asomaba a la habitación, Finch se cubría la cara con las manos hasta que se iba. «Este chico tiene que ser un verdadero genio —pensaba su tía—. De otro modo, no haría cosas tan raras».

Cuando cogía una postura y se le embalaba la imaginación por aquellos cauces, desbordándose como un río durante una crecida,

tenía que permanecer así, sin moverse ni un milímetro. Si no, el hechizo se rompía. A veces lo acosaba una punzante jaqueca y movía una mano para llevarla al punto dolorido, pero cuando quería volver a colocarla en su posición original ya no recordaba cuál era. Probaba aquí y allá, por toda su persona, sobre el teclado, pero no acertaba con el lugar. La mano se hacía enorme, una antena gigantesca imposible de controlar. Le daban ganas de cortársela para que no le molestara tanto.

Pensar sin descanso en Sarah, unas veces amándola y otras odiándola; podría no hacer otra cosa el resto de su vida.

En la escuela del pueblo iban a dar un concierto benéfico. Augusta le pidió que tocara algo, «una pieza sencilla, nada más», pues allí no eran muy entendidos en música. No obstante, todo el mundo lo agradecería y ella estaba orgullosa de su sobrino.

Finch no pudo negarse. Tocaría algo, tal vez los *Cuentos de Hoffmann*, que conocía tan bien que le sería imposible perderse. Se avergonzó de sí mismo ante la bondad de su tía, la gratitud que le demostró al aceptar su propuesta. Se preparó para el concierto tratando de hacer una vida más normal durante la semana previa. No vagó tanto por los caminos. Se sentaba junto a Augusta y le leía en voz alta. Eden había dejado muchos libros en el pabellón. Uno de ellos era una novela sobre la vida estudiantil en Múnich. Cuando Finch llegó a las descripciones íntimas de esa vida, la que tanto había ansiado, de las reuniones de toda esa juventud para dedicarse al estudio de la música, el corazón le dolía de anhelo y desesperación. Ojalá pudiera quitarse los grilletes que lo sujetaban, vivir junto a aquellos jóvenes, descubrir por fin de qué sustancia estaba hecho.

Augusta se dio cuenta de que el libro lo trastornaba. Le dijo que no le gustaba y le pidió que leyese otro. Por la noche, Finch se quedó leyendo hasta muy tarde y lo terminó.

Cada día que pasaba se le hacía más insoportable la idea de tocar en el concierto. No podía dormir. Estaba tan nervioso que le era imposible servir a su tía una taza de té sin derramarlo. Por fin le confesó con voz ronca:

—Es inútil que lo intente, tía. Si toco en ese concierto, quedaré en ridículo. Te avergonzarás de mí.

Augusta lo miraba con ojos penetrantes.

—¿Qué voy a hacer contigo?

—Lo siento mucho —murmuró él mientras se dirigía al recibidor para coger la gorra y el abrigo.

«¡Cómo me gustaría que Renny estuviese aquí! —pensó Augusta—. Seguro que podría hacer algo con este chico».

Llegó la Navidad, época de borrascas y aguaceros. De Jalna

llegaron tarjetas y regalos, junto con una carta muy larga de Alayne urgiéndolo a que le escribiera y le contara cómo le iba. Parecía muy contenta desde su regreso a Jalna. Todo aquello le resultaba muy remoto, como un sueño medio olvidado. Su tía le había comprado tarjetas de Navidad para que pudiese enviarlas y Finch las había firmado con gesto mecánico, dirigiendo una a cada uno de los miembros de la familia.

El día de Nochebuena, Augusta dudaba que las murgas pudiesen salir con aquella borrasca, aunque deseaba que fueran por Finch. Sería una novedad para él. El acebo estaba magnífico ese año y los apretados racimos de lustrosas bayas relucían junto a las verdes ramas que Augusta y Finch habían colocado en los jarrones y por encima de los cuadros. Habían adornado las ventanas y las chimeneas con hiedra y habían encendido velas en todos los candelabros.

Finch pensó en la tierra empapada, el páramo inundado, el cielo lluvioso, negro como una sima, la lluvia que corría a chorros por los cristales, la borrasca que clamaba a gritos en su vehemencia. Recorrió todas las habitaciones y observó los reflejos de las vacilantes llamas de las velas. Tocó las bayas de acebo y las frescas hojas de hiedra. Contempló en un espejo su imagen y la de su tía, una mujer de casi ochenta años y un jovenzuelo de veintiuno. Ambas le parecieron igual de irreales.

Se asomó a una ventana sin abrirla y oyó el agua que caía a chorros de los canalones. Advirtió un leve resplandor que se acercaba por la avenida. En la oscuridad se distinguía un pequeño grupo de figuras que luchaban contra la borrasca. Se detuvieron delante de la puerta.

Llamó a Augusta y esta se reunió con él junto a la ventana. La luz mortecina de una linterna eléctrica iluminaba una partitura que uno de los murguistas sostenía en alto. Los otros se apiñaron a su alrededor para seguir la melodía con los rostros chorreantes. Con esa luz tan débil, parecían no tener cuerpo. Eran como bayas mojadas arracimadas sobre un solo tallo. Pero ¿por qué no cantaban?, se preguntaba Finch. Y entonces advirtió que tenían la boca abierta y entendió que la fuerza de la borrasca ahogaba cualquier sonido. Solo una vez llegó hasta ellos un débil lamento. Oyeron el Santo Nombre invocado como un grito de auxilio. Momentos después, uno de los gigantescos abetos situados al extremo de la explanada se derrumbó como una sombra y borró casi por completo la imagen de los cantores.

—¡Llévales dinero y diles que se vayan a casa! —exclamó Augusta, que fue a sacar un florín de su escritorio.

Finch tenía otro en el bolsillo.

Los murguistas se tocaron las gorras y retrocedieron por la avenida hasta perderse de vista. Finch alzó la cabeza y dejó que la lluvia le

azotara la cara.

Por la mañana, cuando Ellen le trajo el agua caliente, le preguntó:

—¿Hace buen día, Ellen?

—Magnífico, señor. Y las campanas tocan que da gusto oírlas.

Los repiques llegaban desde la distancia, a través de la niebla, por la ventana abierta. Las campanas clamaban en extática confusión. Finch se sentó en la cama y miró fuera. En el cielo había ya algunos jirones rosados. Por debajo de la luna creciente volaba un grajo y vio pasar un búho rozando la ventana.

Mientras se vestía, observaba los rebaños del prado. Muchas de las ovejas, estaba seguro, tendrían muy pronto a sus corderitos. Se las veía enormes, inmóviles, como si estuviesen escuchando el toque de las campanas. Había cogido una gran afición a las ovejas. Las contemplaba por la tarde, cuando su lana adquiría matices rosados por la luz del crepúsculo, y por la mañana, cuando se destacaban tan blancas contra el verde de la hierba que podría pensarse que se acababan de bañar. Las contemplaba también en los días brumosos, cuando parecían trozos solidificados de niebla.

Había trabado amistad con el pastor y en el curso del mes de enero charló bastante con él. Estaba con el pastor y su chico cuando estos levantaron un refugio con haces de leña y lo techaron con paja para proteger a las ovejas parturientas y a los corderitos más débiles.

Una mañana, a finales de enero, vio dos crías gemelas junto a una de las ovejas. Las otras la miraban como si tuvieran envidia. La madre balaba a sus corderos y estos contestaban con una tierna voz nasal. Se tambaleaban sobre las lanudas patitas.

Finch dejó escapar una repentina carcajada y de repente se quedó asombrado por el sonido de su propia risa. Hacía mucho que no se reía. Notaba rígidos los músculos de la cara, desacostumbrados a tal movimiento. Se quedó sonriendo mientras los corderitos mamaban, casi cayéndose por el esfuerzo. Estaba impaciente por bajar a desayunar y contárselo a su tía.

Desde entonces, todas las mañanas se asomaba enseguida a la ventana para ver si había algún cordero nuevo. Cada dos o tres días aparecía uno, y una mañana llegaron a ser cuatro. El primer par ya estaba muy hermoso y se mantenían firmes sobre sus patas. Golpeaban las ubres de la madre mientras mamaban y agitaban nerviosos la cola.

Una tarde oyó una especie de lamento en la pradera. Salió por el portillo y encontró un cordero extraviado. Su madre estaba con las otras ovejas, rumiando satisfecha con la presencia del gemelo del que se había perdido. Finch lo cogió en brazos. Le colgaban las patas, tenía un denso manto de lana muy rizada y alzó una elocuente mirada de súplica hacia Finch. Este lo estrechó contra su cuerpo y sintió que los

huesos se le derretían de ternura. Así se había sentido tiempo atrás cuando cogía en brazos al pequeño Mooey. Fue llevando al cordero de oveja en oveja para encontrar a la madre. Inclinaba el alargado rostro sobre el animalito con expresión de tierna solicitud, lo acariciaba para tranquilizarlo con la mano grande y delicada que tenía libre. Al fin, los balidos atrajeron la atención de la oveja de cuyo cuerpo había salido. Esta paró de rumiar y volvió los pálidos ojos, con una mirada de cínica benevolencia, hacia el corderito. Finch lo dejó a su lado.

Se quedó contemplando el rebaño, que estaba convirtiéndose en un conjunto de manchas blanquecinas a la luz del crepúsculo, y lo invadió una sensación de paz que parecía brotar de la misma tierra. Recordó cuántas veces había visto al pastor allí de pie, vigilante, observando a las ovejas a la luz de una linterna para asegurarse de que ninguna paría abandonada en la oscuridad de la noche.

Regresó a casa abrazando esa paz recién descubierta como había abrazado al corderito perdido. Tenía miedo de hablar, miedo de que le hablasen, por si lo abandonaba. Se sentó junto a su tía y le acarició con afecto la mano cetrina y surcada de venas azules. Ella parpadeó y retrajo la barbilla como si notase algo magnético en ese contacto.

—Parece que te encuentras mejor, ¿no, querido?

Finch no contestó, solo siguió acariciándole la mano. Habría querido hablarle de sí mismo, pero no podría entenderlo.

Pocos días más tarde, Augusta hizo una observación sobre la firmeza de su pulso. Finch no era en absoluto consciente de que se hubiera dado cuenta de cómo le temblaba.

La tía ordenó encender un buen fuego en el salón, abrió el piano y colocó las partituras sobre el atril. Iba cogiendo piezas y las sostenía a distancia para distinguir bien las notas y valorar si la música era animada o no.

Finch adivinó sus pensamientos y se sintió conmovido y avergonzado. Comprendió que en los últimos tiempos había sido un invitado algo molesto y, sin embargo, ni una sola vez le había hablado ella con aspereza. Luego, al compadecerse de Augusta, empezó a pensar menos en su propia situación, pero aún pasaron unos días antes de que se decidiera a caer en la trampa.

Al fin lo hizo, no obstante, y descubrió que, en lugar de reaccionar con dolor, ya se había calmado. Se sintió mucho más sereno que en los últimos meses.

Ahora tocaba todas las noches para Augusta, inclinándose sobre el teclado con manos ágiles como el viento y el mechón de pelo caído sobre la frente. Tocaba sus piezas preferidas de Chopin y encontraba en esa masculinidad un bálsamo para sus propias pasiones vanas. Se dio cuenta de que se estaba levantando la arquitectura de su

existencia y de que él mismo poco tenía que hacer respecto a los cimientos.

XXVIII

LA CACERÍA

Una mañana a principios de febrero, cuando Finch fue al pueblo a enviar por correo una carta de su tía Augusta, le sorprendió ver diseminados por el prado a un número considerable de jinetes, algunos con chaquetas rojas. Se acordó entonces de haberle oído decir al jardinero que ese día iba a reunirse en Nymet Crews una partida de caza. Acababa de echar la carta al buzón y ya se volvía para marcharse cuando uno de los cazadores se acercó seguido por una jauría de sabuesos. Se detuvo frente a la taberna del Cisne Blanco y momentos después salió el tabernero con un vasito en una bandejita. El cazador se inclinó, cogió el vaso y lo vació de un trago. Le dio los buenos días a otro hombre, también con chaqueta roja, que iba montado sobre un soberbio alazán con pestañas blancas en un ojo. Varios más se acercaron al galope, entre ellos media docena de mujeres y muchachas jóvenes montadas unas a horcajadas y otras de lado. Una chiquilla de doce años iba en un poni negro, muy erguida y con dos trenzas doradas que le caían sobre los hombros.

Finch se paseaba inspeccionando a los caballos. Se dio cuenta de que entendía mucho más del asunto de lo que había creído. Cuando estaba en casa, siempre lo dejaban en evidencia por su ignorancia. Había grupos de gente reunidos en las aceras para observar la partida de caza. El idiota empujaba su carrito arriba y abajo, agitado, y alzaba la cara de pan hacia cada uno de los jinetes. Los colegiales habían salido a la puerta de la escuela y contemplaban impasibles lo que ocurría, atados en corto por su maestra. Entre los cazadores había bastantes granjeros con sus hijos, a juzgar por el número de chaquetas grises y marrones. Una vieja yegua montada por un joven de mejillas sonrosadas llegó arrastrando las ásperas patas lanudas cubiertas de barro. Finch vio que un caballero ya mayor, con bigote blanco, monóculo y sombrero de copa, montaba un caballo irlandés. Con un repentino ataque de nostalgia, deseó que Renny estuviera allí. ¡Cómo habría disfrutado!

Mientras esperaban a los rezagados, hablaban en grupos reducidos.

La pradera relucía al sol. Los patos del estanque graznaban sin descanso. Los perros descansaban junto al muro soleado del jardín de la posada. Uno de los jinetes estaba pasando apuros con su caballo, que no hacía más que dar vueltas y recular a cada momento. Desmontó y examinó con atención el bocado y la montura. Se quitó el sombrero y se enjugó la frente y el sol brilló sobre su cabello rubio y su cara rubicunda. Volvió a montar y enseguida llegaron los últimos participantes y se pusieron en marcha.

Cuando los perros, que corrían todos juntos agitando la cola, desaparecieron por la calle empedrada seguidos por los cazadores, cuyas chaquetas rojas y radiantes monturas brillaban a la luz de la mañana, Finch deseó estar entre los ciclistas que salieron tras ellos.

Mientras remontaba la empinada ladera que llegaba hasta Lyming Hall, la niebla avanzó desde el páramo desdibujando el paisaje y convirtiendo el sol en un pálido disco de metal. Parecía haberse perdido en el universo hasta que, de pronto, Finch vio su reflejo en un charco. A lo lejos le pareció oír el toque de una corneta. El canto de los zorzales llegaba amortiguado a través de la niebla. Mientras subía por la avenida, se dio cuenta de que la noche anterior había hecho suficiente frío para que se formase una fina capa de hielo. Relucía como una madeja de hilo de plata en el borde de un riachuelo formado por las últimas lluvias. Las afiladas lenguas de los helechos quedaban atrapadas en su amargo beso.

Entró en casa y le dio a Augusta el periódico que acababa de recoger. Estaba contándole que había visto a los cazadores cuando, bastante cerca, al parecer, oyeron los plañideros y armoniosos aullidos de los perros. Augusta se envolvió en un chal y salieron juntos a la avenida. Por la loma que había detrás del huerto vislumbraron una mancha roja entre la niebla. Luego fueron apareciendo otra y otra y el clamor de los perros no cesaba.

—Parece que el zorro se ha metido por la finca de Ram y se dirige a las zonas más resguardadas de Millford —dijo Augusta—. Si vas corriendo a la parte más baja de la huerta, Finch, seguro que los ves cruzar el arroyo, a menos que den un rodeo por el camino. Si te quedases a vivir conmigo, tendrías que comprarte un caballo y participar en las cacerías. ¡Qué lástima que haya tanta niebla!

Finch dejó a su tía y echó a correr por hierba crecida de la huerta, donde cada una de las briznas, desde la raíz a la punta, estaba impregnada de gotas de humedad. A saltos, llegó al muro de la parte más baja. Por encima pudo ver a los ocho o diez jinetes que cruzaban el arroyo. Los demás, que ya habían cruzado, subían galopando la loma de la finca de Ram en la dirección que indicaban los perros.

El paso en el ribazo por el que los jinetes cruzaban el arroyo era muy estrecho. Tenían que desmontar, hacer pasar al caballo por

delante con una palmada en la grupa, cruzar ellos mismos por la pasadera, volver a coger al caballo al otro lado y montar de nuevo. Algunas veces todo marchaba a pedir de boca, pero otras los caballos se resistían a entrar en la corriente y al verse sueltos se ponían a vagar por el barro, intentaban volver por donde habían venido o, una vez en el agua, se debatían tan agitados como si fuera un caudaloso río.

Finch, encaramado en el muro cubierto de hiedra, se reía ante las cabriolas de los sudorosos caballos y jinetes. Le habría gustado lanzar un grito de aprobación cuando la chiquilla de las trenzas, tras haber hecho cruzar a su poni sin incidentes, volvió a montar en él y se lanzó al galope por la empinada cuesta, con la espalda manchada de barro por una caída.

Uno de los jinetes, que llevaba una chaqueta gris, estaba pasando apuros en el cruce. No había manera de convencer a su montura, un caballo alto y huesudo, de que cruzase al otro lado. Varias veces lo hizo avanzar, a fuerza de gritos y fustazos, pero en cuanto pisaba la otra orilla, se daba la vuelta y, haciendo frente a su amo con las orejas echadas hacia atrás, retrocedía sin cesar al punto de partida. Entonces emprendía el camino de regreso y su dueño tenía que perseguirlo hasta la mitad de un campo labrado antes de poder hacerse otra vez con él.

Uno tras otro, los demás jinetes fueron desapareciendo por la loma cubierta de hierba de la finca de Ram. Gritando furibundo, el hombre de la chaqueta gris hizo una última tentativa para obligar a su caballo a cruzar el arroyo. Esta vez lo consiguió. El caballo llegó a la orilla opuesta con un aire natural y tranquilo y se lanzó entonces cuesta arriba en un galope desenfrenado. El hombre avanzó con cautela por las piedras de la pasadera y, sin dejar de renegar, se echó a correr tras él. Era una loma empinada. Estaba sudando y embarrado hasta los muslos.

Finch se sentó en cuclillas sobre el muro y esbozó una hilarante mueca. El caballo vaciló y volvió la cabeza para mirar a su amo.

—¡So! —chillaba este—. ¡Condenado…! ¡Párate!

Sacudiendo las crines, el caballo siguió galopando. Finch vio entonces que algunos de los jinetes que ya habían pasado habían abierto un portillo en lo alto de la cuesta y se habían olvidado de cerrarlo. El hombre también lo vio.

—¡El portillo! —le gritó a Finch—. ¡Ciérrelo!

Finch fue dando brincos sobre el muro. Luego se bajó de un salto y corrió en dirección al portillo. Su repentina aparición asustó al caballo, que se lanzó al galope por el portillo y desapareció tras la cima de la colina.

El hombre, sin volver a mirar a Finch, avanzaba a duras penas.

Cuando cruzó el portillo, que Finch mantenía abierto, esperándolo, dijo casi sin resuello:

—Si lo cojo, que Dios lo asista.

Finch reconoció en aquel hombre a un granjero de la vecindad. Pronto desapareció en busca del caballo, poniendo por testigo al Todopoderoso de las cosas que le haría cuando lo cogiese.

¡Ojalá el pequeño Wake estuviera allí! ¡Cuánto habría disfrutado de aquel espectáculo! Por segunda vez esa mañana, Finch se sorprendió pensando con añoranza en los de casa.

Cruzó corriendo la finca de Ram hasta llegar al otro extremo, donde otra empinada loma dejaba ver a sus pies un magnífico panorama de campos rojizos ya arados, verdes prados y espesas arboledas por donde penetraba un brazo del páramo. A lo lejos resonaban la llamada argentina de la corneta y los aullidos confusos y melodiosos de los perros, pero no se veía nada de nada. La campiña yacía sumida en una aparente paz inalterada.

En el campo contiguo estaba arando un labrador, seguido por una bandada de grajos que caminaban muy serios inspeccionando los surcos recién abiertos. Al oírse de nuevo la corneta, el hombre soltó el arado y echó a correr hacia el ribazo que separaba su parcela de la finca de Ram. Se abrió paso entre los acebos que lo coronaban y, al acercarse a Finch, le dijo:

—¿Va a ver la cacería, señor? Yo creo que lo matarán en el bosque de Childerditch.

Finch echó a correr junto a él. Cruzaron el campo y salieron a un camino. Poco después se unieron a ellos dos hombres que venían de sacar haces de heno de un almiar. La niebla se había disipado y el aire era ahora de una claridad incomparable.

Uno de aquellos hombres, un viejo de barba blanca que corría sin dificultad y no se rezagaba en ningún momento, parecía saber por instinto cuál era el sitio desde el cual tendrían más probabilidades de ver bien la cacería. Hablaba con un acento tan cerrado que Finch apenas entendía una palabra de lo que decía.

Desde el camino fueron a salir a una carretera donde vieron pasar a un montón de gente a pie, en bicicleta y hasta en coche.

Se metieron por un portillo con el barro hasta media pierna y se encontraron en una loma que dominaba la espesura, desde donde llegaban los ladridos de los perros. Guardaron silencio mientras contemplaban muy atentos el escenario que quedaba a sus pies. Finch se alegró de ver al granjero de la chaqueta gris montado otra vez sobre su caballo y galopando por el campo contiguo. Lo condujo a un ribazo que escaló, literalmente, desprendiendo terrones de tierra y piedras mientras el jinete, con la cara casi amoratada, alzaba las

piernas para no tropezar con nada. Luego se lanzaron al galope por el siguiente campo y desaparecieron en el bosque.

Finch examinó el rostro de aquellos que lo rodeaban, caras de aspecto sano y fresco que se dirigían con intensa concentración hacia el mismo lugar. ¡Cuántas generaciones de antepasados hechos a la vida al aire libre y amantes de aquel deporte debían precederlos! Dos chicas jóvenes estaban de pie a su lado. Habían llegado en coche y al parecer no podían tomar parte en la cacería por culpa de un accidente sufrido en la última partida.

—Es como buscar una aguja en un pajar —estaba diciendo una de ellas—. La última vez lo perdimos ahí mismo.

—Sí —afirmó un hombre de edad avanzada—. Duró hasta muy tarde. Siguieron el rastro hasta que oscureció.

Pero ninguna de las miradas se apartaba de la espesura del bosque.

De repente, el viejo le dio un codazo a Finch.

—Mire usted allí.

Y señalaba un extenso campo abierto entre el bosque y la ladera de una colina cubierta de aulagas.

Finch, siguiendo con los ojos la dirección indicada, vio un pequeño cuerpo leonado que corría campo a través. Una media docena de voces exclamaban: «¡Mirad, mirad!», pero todos miraron hacia donde no debían excepto Finch y el viejo. El corazón del chico empezó a latir con fuerza. Miraba con tanta atención al zorro que le dolían los ojos. Le daban ganas de ayudarlo. Deseaba que se escapara. Ninguno de los que estaban con él se ponía de parte del animal. Sin embargo, en cierto modo, su corazón también estaba de parte de los cazadores. Los que lo rodeaban prorrumpieron de repente en un clamor unánime: «¡Vamos, vamos!». Mantuvo los ojos fijos en aquel rayo leonado, tan solo, que volaba a través del campo. El zorro desapareció entre los arbustos, pero más alto que nadie, Finch gritó: «¡Vamos, vamos!».

De pronto se oyó un grito del ojeador, que había visto al zorro. En un momento, todos los cazadores salieron del bosque. Los perros cruzaron el campo en un largo torrente moteado. Los jinetes, con sus chaquetas rojas y sus pantalones blancos, con sus chaquetas grises o marrones, con sus largos vestidos negros de amazonas, seguían de cerca a la jauría.

Finch estaba orgulloso de que solo el viejo y él hubieran podido ver al zorro. Los espectadores hablaban entre ellos como si fueran una familia. La opinión general era que el zorro llevaba demasiada ventaja. No llegarían a alcanzarlo. Lo más probable era que hubiese cruzado la carretera y se hubiese escondido en las madrigueras que quedaban cerca del bosque de Charity. De común acuerdo, emprendieron el camino hacia la carretera. Los que iban en automóvil

se adelantaron a los demás. Detrás seguían los de las bicicletas. Los que iban a pie avanzaban decididos por el barro.

Cuatrocientos metros más allá, entraron en otro campo y echaron a correr por una loma cubierta de aulagas hasta llegar a otro bosque por donde se veía desaparecer a los cazadores. Pero el astuto zorro los había burlado. Apenas se oía un ruido en el bosque. El aflautado trino de un zorzal salía de entre las ramas de un aliso. Un conejillo asustado echó a correr a saltos dejando entrever como un relámpago su cola blanca.

Cuando reaparecieron los perros y los caballos, que se dirigían a una nueva arboleda, Finch se fue a casa. Ya había visto bastante. Ya sabía lo que era la caza del zorro. Había disfrutado mucho. Le habría gustado alquilar un caballo para participar durante el invierno. Se sorprendió a sí mismo. Al fin y al cabo, algo de los Court debía de tener. Pero se alegraba mucho de que el zorro se hubiese escapado. El viejo le explicó que llevaban mucho tiempo persiguiéndolo y que el animal parecía disfrutar con ello. A decir verdad, no se advertía en su carrera el menor temor. Había cruzado el campo con un aire de cautelosa seguridad.

¡Cómo le gustaría a Piers la caza del zorro! Como les gusta el agua a los patos. Finch se preguntó por qué no hacía más que pensar en sus hermanos esa mañana. Uno tras otro, se le habían aparecido sus rostros. Renny, Wakefield, Piers. También había pensado en Meggie, en Pheasant y en los pequeños. ¿Eran esos pensamientos los que lo hacían más feliz? ¿O sería porque se había olvidado de sí mismo? En cualquier caso, lo estremecía un nuevo placer de vivir. Luego se dio cuenta de que ya hacía varias semanas que se sentía menos desgraciado y se animó con una nueva esperanza. Se había liberado sin saberlo de las cadenas que lo sujetaban. Era libre y no se había dado cuenta…

En el huerto encontró una mata de galantos en flor. Estaban apiñados en un montículo debajo de un manzano cubierto de liquen y las blancas campanillas desprendían un suave aroma por encima de las hojas de color gris verdoso. Al arrodillarse para olerlas más de cerca, descubrió que por toda la pradera estaban brotando millares de narcisos que escondían sus flores doradas hasta el momento de abrirlas sobre la hierba. ¡Qué bonita se vería la huerta dentro de un mes! Pero él ya no estaría. No, no estaría allí. Estaría en la nieve de Jalna. Se volvía a casa.

Por la tarde se cruzó con la niña de las trenzas, que regresaba de la cacería al trote corto de su robusto poni. Se inclinó hacia delante en la silla para dejar ver a Finch una marca roja que le cruzaba la cara.

—¡He recibido mi bautismo de sangre! —exclamó triunfante.

—También yo —replicó él.

XXIX

EL SITIO QUE LE CORRESPONDE

Estaba en su propia habitación. Era increíble. Había vivido experiencias tremendas y volvía a estar en casa, de vuelta en la misma habitación en la que se había vestido para la fiesta de su cumpleaños hacía un año. Había desembarcado en St. John de un vapor cubierto de hielo, había hecho un trayecto de varios días y noches en tren y Piers había ido a recibirlo a la estación con el coche nuevo. Cuando se metieron por la carretera secundaria en Weddel, los había pillado una tremenda cellisca. Los árboles de la avenida se doblaban bajo el peso de la nieve amontonada en las ramas. A cada lado del porche había un enorme montón de nieve, sacada a paladas de los escalones de la entrada, pero sobre la explanada brillaba con una blancura virginal e inmaculada.

Habían pasado los primeros saludos y había corrido a ver su cuarto antes de comer. Ya estaba listo, con la colcha y las almohadas limpias, ¡y hasta las cortinas recién lavadas y una alfombra nueva que cubría el suelo desgastado delante de la cómoda! Le costaba creer en la realidad de ese cuarto y de sí mismo. Le parecía que la habitación daba vueltas y él dentro de la habitación, como giraban y flotaban los copos de nieve al otro lado de la ventana. Allí estaba la silla donde se había sentado, envuelto en la colcha, esperando la hora del banquete de su cumpleaños. Allí estaba la mesa, deteriorada y llena de manchas de tinta, donde tanto había empollado para los exámenes. Las estanterías con sus libros. ¡Hasta la mancha del techo donde goteaba el tejado y, en el suelo, la palangana que aguardaba el siguiente chaparrón!

Abrió la puerta del armario y miró dentro. Allí estaba la ropa que había juzgado demasiado vieja para llevarse. Le vendría muy bien ahora que volvía a estar en casa. También estaba ahí su jersey nuevo, el que el tío Ernest no le había dejado meter en la maleta porque resultaba demasiado chillón para Inglaterra. Se había olvidado de todo eso. ¡Ojalá hubiera comprado ropa nueva en Londres! ¡Qué idiota era! Estaba convencido de que iban a preguntarle qué se había comprado.

Se imaginó a sí mismo entrando en el comedor, con algo de retraso, vestido con un traje nuevo cortado por uno de los mejores sastres del West End que le habría dado un aire de descuidada elegancia. Y por encima del traje, una cara surcada de arrugas causadas por la desilusión y el sufrimiento. Se examinó en el espejo para ver si de verdad le habían salido arrugas. No vio ninguna, ni vieja ni nueva. Tenía las mejillas hundidas, cierto, pero estaba tan joven como la última vez que se había reflejado en ese mismo espejo. Dejó escapar un hondo suspiro. Qué extraño que pudiese uno atravesar las amarguras del infierno, como le había ocurrido a él, sin que le dejaran ni una sola huella en el rostro.

Sonó la campanilla que anunciaba la comida. Le pareció tan natural bajar las escaleras desde el ático que todo el último año se le hacía una especie de sueño. Pero supo que no estaba soñando cuando apareció Mooey en la puerta del cuarto de su madre, casi media cabeza más alto que la última vez que lo vio. En cuanto a Pheasant, solo la había entrevisto un momento, pero ¡qué diferencia! Tenía cara de cansancio, estaba muy pálida y tan hinchada que le costaba trabajo moverse. Pobre Pheasant. El día que había ido a despedirlo al tren parecía un chico, con la melena corta y el abrigo de *tweed*.

—Hola —le dijo a Mooey—. ¿Te acuerdas de mí? Soy el tío Finch.

—¿Qué mas traído? Mami dice quel tío Finch traía regalos.

Finch casi se cae del susto. Había tenido tanta prisa por volver a Jalna que se había olvidado por completo de los regalos. ¡Qué idiota era! El primer día que estuvo en Londres había estado mirando escaparates, eligiendo regalos imaginarios para todos y cada uno, y cuando había llegado el momento de comprarlos, se le había olvidado. Le dirigió una sonrisa enfermiza al niño.

Mooey avanzó amenazante.

—Quero mi regalo —exigió.

—Oye —murmuró Finch—, los regalos aún no están desempaquetados.

—Despaquétalos entonces.

—¡Mooey! —gritó Pheasant desde su habitación—. No tienes que pedir el regalo hasta después de comer.

Finch se escurrió escaleras abajo hacia el recibidor. Toda la familia estaba ya reunida en el comedor. Se quedó en la puerta, vacilante, frunciendo el ceño, preguntándose qué haría respecto a los regalos. Tendría que decir que la maleta donde iban se había extraviado. En cuanto tuviera ocasión iría a la ciudad con el pretexto de reclamarla y compraría algo allí. Tendría buen cuidado de comprobar que todos llevasen la marca de alguna conocida tienda inglesa. Sería terrible que lo pillaran en un descuido semejante.

Se detuvo un momento en el recibidor, aspirando el aire hogareño. El viejo Benny y los dos spaniel dormían junto a la gran estufa redonda, que estaba al rojo vivo. Se acordó de la apariencia casi de sótano del recibidor de Lyming Hall. En toda aquella casa no había ni un perro ni un gato siquiera. Recordó el comedor, en el que su tía y él se sentaban uno frente al otro en una mesa no demasiado cargada. Hacía falta una larga ausencia y la experiencia adquirida fuera de casa para reconocer las excelencias del hogar.

Los Vaughan habían venido a comer. Alrededor de la mesa se habían reunido diez personas. Pheasant se había quedado en su habitación. Finch estaba sentado entre Piers y Wakefield. A la izquierda tenía las manos delgadas y oliváceas de Wake. A la derecha, las de Piers, blancas a consecuencia del largo invierno, anchas, fuertes, que le recordaban sin querer muchos golpes y malos tratos. ¡Cuántas veces se había sentido inútil entre esas manos!

Desde el otro lado de la mesa le sonreía Meggie, más gorda todavía que cuando él se marchó, aunque algo pálida.

—Solo un trocito de carne, Renny. No, no me pongas nada de grasa. Tal vez con la primavera recupere el apetito.

Renny frunció el ceño al verla servirse un bocadito de coliflor de la fuente que le presentaba Wragge.

—No comes ni lo que debe comer un chiquillo —le recriminó—. Así no te repondrás jamás. ¿Hace lo mismo en casa, Maurice?

—Lo mismito —replicó este impasible.

—Pues tendrías que obligarla a comer.

Alayne se revolvió con impaciencia y se puso a hablar con Ernest, que estaba a su izquierda.

—El médico insiste en que necesito un cambio —dijo Meg—. Quiere que pase un mes en Florida, aunque sabe que casi nos arruinamos para cubrir los gastos de la operación.

—Bueno, no es para tanto —observó Maurice algo desconcertado —, pero un viaje a Florida no podemos permitirnos, claro.

Wragge ofreció con mucha ceremonia a la convaleciente un plato de nabos guisados con mantequilla.

—No, gracias, Rags. Tienen muy buena pinta, ya quisiera yo comérmelos, pero no puedo.

—¿Sigue haciendo sus comiditas entre horas? —preguntó Renny a Maurice en voz baja.

Pero Meg lo oyó y contestó por su marido.

—No tomo nada de nada. No he hecho una comida en condiciones desde…

No tuvo valor para acabar la frase. Apoyó el codo sobre la mesa y la cabeza en la palma de la mano. Sonreía, pero era una sonrisita

pensativa.

—¿Has probado algún buen reconstituyente? —le preguntó Alayne.

—Se ha tomado cinco botellas del reconstituyente que le recetó el médico y dos de una receta que le prestó la señora Lebraux.

—¿Creéis que es buena idea aceptar las recetas de los demás?

—No las de todo el mundo, desde luego —contestó esta vez Meg—. Pero Clara Lebraux es tan encantadora… Me dijo que Renny le había pedido que me la diese.

Renny lanzó una mirada impaciente a su hermana. ¿Qué necesidad tenía de sacar a relucir el nombre de Clara?

—Era un reconstituyente que le recetaron a ella después de la muerte de Tony. Estaba agotada y le sentó muy bien.

—La señora Court tenía mucha fe en el aceite de hígado de bacalao —observó Finch—. Insistió en hacérselo tomar a Leigh.

—Cuéntanos algo de la señora Court y de Sarah —le pidió Meggie inclinándose hacia su hermano—. ¿Qué opinas de esa chica?

La repentina introducción de Sarah en la conversación sobresaltó a Finch. Durante un segundo desaparecieron los rostros de todos los que estaban allí y quedaron sustituidos por la imagen de Sarah, de pie sobre un acantilado en Cornualles, con la cara al viento, hermosa, pálida e iluminada por una súbita alegría, mientras decía: «Más allá está Irlanda».

—Yo creo que a Finch no le interesó —dijo Ernest—. Es una muchacha muy rara e incomprensible. No es el tipo de chica que agrade a los jóvenes de hoy en día.

—Que hable él —repuso Nicholas al recordar aquel día en que los había sorprendido tocando juntos cuando creían que todos se habían marchado.

—Bueno —dijo Finch tratando de hablar con displicencia—, es una chica muy especial, de lo más egocéntrica, nada comprensiva. De hecho, en el fondo compadezco a Leigh.

Sentía en el pecho esa extraña pesadez que siempre le provocaba la idea de Sarah.

—¡Que lástima! —exclamó Meg—. Arthur Leigh es un chico tan encantador que es una pena que se haya buscado una esposa dura e incomprensiva. Aunque siempre es una satisfacción que se haya casado con una prima nuestra. Así estamos emparentados. ¿Es guapa, Finch?

—Para nada. Es una chica envarada y pálida, con cierto aire de bruja.

—¡Cielos! ¿Y qué ha visto en ella el joven Leigh?

—No tengo la menor idea.

¡Qué sarta de mentiras estaba contando! Deseaba con todas sus

fuerzas que la conversación cambiase de rumbo. Se acordó de una carta que llevaba en el bolsillo y dijo, pasándosela a Meggie por encima de la mesa:

—Ah, Meggie, tengo una carta para ti, de la tía Augusta.

El efecto fue el deseado. Meg no pudo refrenar su curiosidad y se puso a leer lo que le escribía su tía. Entretanto, Finch dijo:

—Escuchad, acabo de darme cuenta de que me falta una maleta. Y lo peor es que es donde traía los regalos. Tendré que ir a la ciudad a ver dónde puede estar.

—¿Seguro que no es una excusa? —insinuó Piers.

—¡Claro que no! —se indignó Finch.

—¿Qué me has traído? —le preguntó Wakefield.

—Ya lo verás.

—¿Me dejas que lo adivine?

—¡No!

—¿Por qué no?

—Veo que sigues tan pesado como siempre.

—Dile lo que le has comprado —terció Renny—. Le gustará pensar en ello.

—Bueno, pues te he comprado una cámara.

Wake gritó:

—¿Una de esas que sirven para hacer películas?

—Sí.

—¡Qué bien! ¡Me encanta! Muchas gracias, Finch.

La familia estaba impresionada. Cada uno se puso a cavilar de antemano sobre lo que Finch le habría traído.

Finch fue el último en salir del comedor. Wragge se le acercó sonriendo, afable, y al pasar por su lado le dijo:

—Espero que la carterita que tuvo usted a bien aceptar el día de su cumpleaños le haya servido bien, señor.

Finch murmuró algo sobre que no habría podido arreglárselas sin ella, pero para sus adentros pensaba: «Madre mía, este también espera algo».

Renny y Piers fumaban de pie, en el recibidor, junto a la estufa. Renny jugaba con las orejas de los perros, que se apoyaban contra él. Los dos hermanos se volvieron hacia Finch con expresión de divertida cordialidad. Ya estaba otra vez entre ellos el joven Finch, de regreso con las variadas experiencias de todo un año a sus espaldas. Se preguntaban qué habría hecho durante todo ese tiempo. En esos momentos se sentiría muy hombre de mundo, tenía un gesto casi protector hacia esos hermanos suyos que se habían quedado en casa. Piers le ofreció un cigarrillo y lo miró de arriba abajo.

—No puedo decir que te vea mejor. Tienes la misma cara de muerto de hambre que siempre. ¿No te has comprado ropa nueva? Llevas el mismo traje que cuando te fuiste.

—Me he comprado algunas cosas, pero todavía no las he sacado.

—Tal vez están en la maleta de los regalos.

Finch notó que se sonrojaba. Qué ladino era Piers, resultaba evidente que sospechaba algo.

—¿Qué te has comprado? —le preguntó Renny—. Allí la ropa es mucho más barata y supongo que traerás buen repuesto.

—No tanto como debería, me temo. Estuve casi todo el tiempo en el campo.

Sus hermanos se quedaron mirándolo.

—¿Cuánto estuviste en Londres?

—Quince días.

Sus hermanos no podían creérselo.

—¿Y en París? ¿Cuánto tiempo estuviste allí?

—No he ido a París.

Dios del cielo, ¡no había estado en París!

¿Había visto las carreras de caballos del Derby? ¿Había estado en Newmarket? ¿Había asistido a las regatas? ¿A los partidos de polo? ¿Qué espectáculos había visto?

A medida que iban preguntando y Finch contestaba, este se convenció de que su imagen desmejoraba mucho desde el punto de vista de sus hermanos. Pensó en lo que cualquiera de ellos habría hecho todos esos meses en Inglaterra. No podía contarles sus experiencias reales. Iba murmurando negativas, rehuyendo su mirada.

—¡Por Judas! —renegó Renny—. ¡Eres el colmo, Finch! Te mando a los veintiún años a ver mundo. Te llevas a dos tíos viejos y te pasas diez meses encerrado en casa con una tía vieja. No has visto nada. No has hecho nada más que aburrirte junto al prado de un pueblecillo y pasar el rato con el idiota del pueblo. ¿Has tocado el piano?

Finch se estremeció. Empezó a darse cuenta de que aquel interrogatorio era superior a sus fuerzas. Sintió cierto alivio cuando en ese instante vio salir a Maurice del ropero de detrás de la escalera, donde había ido a buscar su pipa. Su cuñado se acercó a ellos mientras la rellenaba del saquito que sostenía con la mano lisiada.

—¡Ven a unirte al círculo de los pasmados! —lo invitó Piers—. Escucha lo que este jovenzuelo tiene que contar a estos pobres infelices de su viaje a Europa.

Maurice sonrió ilusionado.

—Bueno, las mujeres no están, así que nos lo puede contar todo. Hace siglos que no oigo nada escandaloso.

—Pues yo estoy escandalizado de verdad —repuso Renny—. No te

imaginas lo que nos ha estado contando. Ha pasado quince días en Londres, cuando estuvo con los tíos al principio del viaje, y el resto del tiempo no se ha movido del lado de su tía. ¿Qué te parece, Maurice?

—Que os está diciendo lo que os conviene saber, ¿no es verdad, Finch? Meg y yo no hacíamos más que pensar en lo bien que tenías que estar pasándotelo para no escribirnos ni una sola palabra.

Encendió la pipa y miró de reojo a Finch.

—No, Maurice, te equivocas —le aseguró Renny—. No se lo ha pasado bien. No conozco a nadie tan incapaz de divertirse con nada. Déjalo en medio de un harén y al cabo de una hora él y todas las huríes estarán llorando a lágrima viva.

—Lo que pasa —replicó Maurice— es que es demasiado sutil para ti. Tiene formas de disfrutar que tú ignoras por completo.

—¡Ahí has dado en el clavo! —exclamó Piers—. ¿Por qué no se nos ha ocurrido? Se ha pasado todo el año dorándole la píldora a la tía Augusta. Va detrás de su dinero. Se ve que no ha tenido bastante con el de la abuela y quiere verse convertido en el señor feudal de Lyming.

Aunque Piers se reía, era evidente que estaba medio convencido de lo que decía. Los otros dos, de pronto, se pusieron serios. Entre las nubes de humo que los envolvían, miraron a Finch con suspicacia.

—¡Caray! —se sorprendió Renny—. No se me había ocurrido pensar en eso.

—Ya lo verás —dijo Piers—, cuando se lea el testamento de la tía y te encuentres con que todos tus encantos no han servido de nada.

—¡No seáis idiotas! —rugió Finch—. Si creéis que quiero otra herencia, estáis muy equivocados. Ya he pasado bastante con la primera. —Se estrujó los sesos en busca de algo que pudiera impresionarlos, que les hiciese verlo a una luz distinta de sus estúpidas cábalas, y por fin soltó—: Bueno, os contaré una de las cosas que he hecho. He estado en un viaje de novios. No el mío, por supuesto. Todo un mes a orillas del mar.

—¿Y quiénes eran los novios? —preguntó Piers sin dar crédito.

—Arthur y Sarah.

Apenas lo hubo dicho, se arrepintió en lo más profundo. La noticia fue acogida con una tremenda carcajada.

—Bueno —replicó Piers—, desde luego tenías que parecer una calavera en un banquete. Pero no me sorprende nada de ese idiota de Leigh.

Renny hizo una observación obscena, propia de las que solía hacer su abuela, y Finch, furioso consigo mismo y con ellos, los dejó allí y se dirigió al salón.

Se detuvo un momento en la puerta e intentó aplacar sus nervios con la plácida y tranquilizadora escena que se veía en el interior.

Ernest había cogido una lupa y le estaba mostrando a Wakefield, sentado en el brazo de su sillón, la textura de la piel del dorso de su mano.

—¡Anda, tío Ernest, pareces un precioso hipopótamo rosa!

Nicholas, con la pierna gotosa estirada, se había sentado al piano y toqueteaba indeciso una de las frívolas melodías de su juventud. Alayne estaba muy cerca, sentada en el sofá. Tenía un libro en las manos, pero contemplaba abstraída la cabeza gris de Nicholas, que se destacaba contra el marco de una ventana. Meg había desenterrado un viejo álbum de retratos y estaba sentada junto al fuego, en una butaca bajita y cómoda, mientras pasaba las páginas con aire de meditativa dulzura.

Grandes copos de nieve golpeaban las ventanas y se adherían un momento al cristal antes de disolverse por el calor que salía del interior. El fuego era de madera de pino y crepitaba con estrépito perfumando la estancia con aroma a resina. Aunque su hermana le dirigió una mirada invitadora, Finch fue a sentarse junto a Alayne. Le impresionaba cierto cambio que advertía en ella. No podía decir lo que era, pero la hacía pertenecer a esa habitación como jamás lo había hecho hasta ese momento.

Alayne lo acogió con una sonrisa y le dijo:

—Qué amable eres al venir a sentarte a mi lado. No puedes imaginarte cuánto te he echado de menos. Ya sabes que fuiste mi primer amigo aquí, Finch.

—Y ya entonces —replicó él— siempre estaba contándote mis tribulaciones. Entonces quería dar clases de música.

—¿Y qué te ocurre ahora? Me ha dado la sensación, por las risas que llegaban del recibidor, de que Piers estaba atormentándote.

—Bueno, tanto no, pero se estaba burlando de mí. Y los otros también. Me presto pronto a ello. Me tomo tan en serio todo lo que dicen y parece tan imposible que pueda cambiar…

—Te entiendo. He aprendido mucho desde que te fuiste, Finch.

—Entonces no me he imaginado el cambio que me parecía ver en ti.

—¿Me encuentras cambiada?

—Sí. —El joven vaciló un momento y añadió—: Te pareces más a las mujeres de nuestra familia.

—¿Y eso te parece una mejora? —le preguntó Alayne riendo, medio halagada medio dolida.

—Creo que eres más feliz.

Su cuñada lo miró sobresaltada.

—¿Te daba la impresión de que no era feliz?

—No, pero siempre pensé que no llegarías a ser una de nosotros.

Ahora me parece que lo eres.

—Dices «una de nosotros», pero tú eres distinto a los demás.

—Eden dice que soy tan Whiteoak como el resto.

—Tal vez tenga razón —repuso Alayne meditando sobre ello—. Tanto él como tú veis la vida de una forma muy peculiar. Los dos sois artistas, pero vuestra perspectiva, al final, es la de un Whiteoak.

—Puede ser. —Finch hablaba con vaguedad. Estaba observando todo lo que había en la habitación, abrazándose a ello en espíritu—. Me gusta lo que toca el tío Nick, ¿y a ti?

—No estaba escuchando, solo lo miraba. Es la primera vez que se sienta al piano este invierno. Creo que has traído contigo el espíritu musical.

—No sé cómo. He tocado muy poco durante estos meses. Renny me ha preguntado si había seguido practicando. Por suerte, ha llegado Maurice y ya no se ha hablado más del asunto.

—¿Ha ocurrido algo que te turbara, que te hiciese rehuir la música?

—No, creo que sufrí una especie de crisis nerviosa —dijo el otro, cerrándose así a las indagaciones de su cuñada.

—¿Y no puedes contármelo?

Eso era lo malo de Alayne, pensó Finch. Insistía demasiado en las cosas, se empeñaba demasiado en el cómo y en el porqué. Se sintió incómodo y, al ver que su hermana lo miraba, dijo:

—Meggie quiere que vaya a ver una cosa.

Y cruzó la habitación para sentarse junto a ella en una otomana bordada con abalorios que reproducía el dibujo de un ángel con un ramillete de lirios.

—Ya era hora de que vinieras a sentarte conmigo —le recriminó Meg—. Me estaba poniendo celosa. Estaba viendo fotos antiguas. Hay una preciosa de los tíos y de papá con trajes de terciopelo trenzado. ¿No crees que Patty se parece un poco a papá?

—Un poco, pero también se parece a Maurice. —Finch levantó la mano de su hermana del álbum y se la llevó a la mejilla, murmurando —: Meggie, no soporto verte enferma, tienes que ir a Florida. Yo me encargo de los gastos.

—¡Ah, qué bien! —exclamó ella radiante—. Y podría llevarme a Wake. Le iría muy bien el cambio. Además, como él dice, nunca he estado en ningún sitio.

—Tienes razón. Quería hacer algo por cada uno de vosotros y eso será lo que haga por ti y por Wake.

Entraron los tres que estaban en el recibidor. Renny fue directo hacia Alayne y se sentó a su lado. Cogió el libro que esta estaba leyendo, miró el título y lo soltó con una mueca. Maurice fue hacia

Ernest y Wakefield y tiró al chiquillo del cuello de la camisa. Piers se reunió con Meg y Finch y observó a su hermano con interés. Se había convencido de que Finch era todo un pájaro al que valía la pena vigilar.

Nicholas seguía tocando melodías medio olvidadas. Los perros también habían entrado y se echaron enlazados uno con otro en la alfombra junto a la chimenea.

Rags entró con el café, que, en ocasiones festivas como la de ese día, se tomaba en el salón.

Arriba se oían las risas y la cháchara y las carreras de los niños.

Meg alzó la voz por encima del resto.

—¿A que no adiviná is lo que ha hecho Finch?

—¿Ha seducido a Alma Patch? —sugirió Piers.

—¡Piers! ¡Qué cosas tienes! No, es algo mucho más emocionante. Me ha prometido enviarme al sur para que me recupere. Y me llevaré a Wake conmigo.

—Vaya, qué detalle, Finch —dijo Maurice emocionado. Se alegró de no haberse unido a las burlas de los demás en el recibidor.

Wake lanzó tres agudos gritos de triunfo.

Nicholas dejó de tocar y preguntó:

—¿Qué pasa ahora?

—Se trata de Finch —contestó Meg—. Va a enviarnos a Wake y a mí al sur para que cojamos fuerzas.

—Me parece muy bien. Si disfrutáis del viaje tanto como hemos disfrutado Ernest y yo del nuestro, sin duda merecerá la pena.

Renny se miraba las botas.

—No puedo dejar que te lleves tanto tiempo al chico sin mí.

—¿Que no me dejas? Tú estás chiflado. ¿Crees que no puedo cuidar de él?

—Le dejarías cansarse demasiado y comer demasiadas golosinas. La última vez que estuvo con vosotros unos días, le dio un cólico bilioso.

—¡Tonterías! Como si tú estuvieras todo el rato vigilándolo.

—Pues sí.

—Entonces le vendrá bien un cambio y dejarse de tanto mimo. Creo que sabré cuidar de mi hermano.

Wakefield no decía nada, solo los miraba con ojos relucientes mientras los otros dos discutían su suerte. Aun cuando lanzó aquel grito de triunfo, no llegaba a creerse que pudiera hacer realidad ese sueño. Era demasiado bueno. Esas cosas no estaban hechas para él.

Todos estaban contra Renny en ese asunto, salvo Alayne, que no se pronunciaba. Meg se volvió hacia ella.

—Estarás de acuerdo en que Renny se comporta de un modo muy perverso, ¿no?

Alayne pensaba que sí, que era así, pero solo dijo:

—Yo creo que nadie entiende a Wake como Renny.

—Bueno, supongo que será él el que tenga que decidir, pero me parece muy cruel privar al niño de ese gusto.

—Dame el brazo, Piers —dijo Nicholas levantándose del taburete del piano—. Hoy me encuentro muy mal de la gota.

Piers lo ayudó a acomodarse en un sillón y se sentó junto a su tío.

—Supongo —dijo con los ojos clavados en Finch— que ya os habréis enterado todos de lo de la luna de miel de Finch.

—Yo no sé nada de eso —replicó Meg muy solemne—, pero me he enterado de otras cosas que me preocupan muchísimo. —Respiró hondo, retrajo la barbilla y se quedó mirando a Renny con expresión acusadora. Estaba ofendida.

Finch la miró a ella angustiado. ¿Qué iba a contar? ¿A qué nueva tortura se vería sometido? Sin darse cuenta, hizo ademán de alejarse, pero ella le pasó el brazo por encima de los hombros y estiró los dedos con un gesto al mismo tiempo acomodaticio e imperioso, similar al de las gatas cuando acercan a sus gatitos junto a ellas.

A Renny no le gustaron ni la mirada ni el ademán y observó con gesto hosco a su hermana.

—Finch me ha traído una carta de la tía Augusta —prosiguió esta —. Me he guardado lo que decía hasta que terminase la comida.

Finch se revolvía bajo su brazo.

—¿Y qué demonios tiene que decir? —preguntó Renny.

—No voy a leerla entera —contestó Meg—, solo los párrafos que puedan interesaros. —La tenía preparada en la mano y se la acercó un poco porque era miope—: «He estado observando a Finch con gran atención». —Meg apartó los ojos de la carta para observarlo con el mismo detenimiento. Toda la familia hizo lo propio. Entonces siguió —: «Ha pasado una época muy melancólico y taciturno».

—Pensando en su luna de miel, es de suponer —se burló Piers.

—¡Cállate! —le espetó furiosa su hermana—. No es cosa de broma.

—Oye… —Finch trató de detenerla—. No sé de qué demonios se trata, pero no creo que debas leer esa carta en alto.

—Tengo que leerla —insistió Meggie—. «No es de extrañar que esté taciturno, pobre muchacho. Es terrible pensar que ha sido víctima de parientes mercenarios. Creo que debo dirigirme a ti, Meggie, para que uses tu influencia a fin de impedir que el dinero de mi madre acabe desparramado a los cuatro vientos. Debería escribir estas líneas a Renny, pero tras un cuidadoso interrogatorio a Finch, he descubierto que tu hermano ha faltado por completo a sus deberes como tutor. No

lo ha aconsejado en nada con respecto a sus inversiones. Ha consentido que este muchacho inexperto preste dinero, o mejor dicho, que se lo dé, a todos y cada uno de los que lo importunan. Me desagrada tener que revelar lo que voy a revelar, pero creo que cumplo con mi deber. He averiguado que cierta señorita llamada Rosamond Trent, de Nueva York…».

Ernest la interrumpió con voz temblorosa.

—No consiento que se meta en este asunto a la señorita Trent.

Nicholas dio rienda suelta a la risa que intentaba contener. Ernest se volvió hacia él con aire agraviado.

—¡Nick! ¡Esto es cosa tuya!

—Yo no he mencionado el nombre de la señorita Trent delante de Augusta en ningún momento —replicó su hermano.

—Entonces has sido tú, Finch.

—Solo le conté a la tía —dijo este con voz cansada— que le había prestado dinero a la señorita Trent y que ella lo había perdido todo en la quiebra de la Bolsa de Nueva York. A mí no me importó nada prestárselo, de verdad, tío Ernest.

—¿Conque le dejaste dinero? —se indignó Nicholas—. Es la primera noticia que tengo. ¡Menuda pieza! De manera que ha estado tomándote el pelo, Ernie. Se valió de ti para llegar al dinero de Finch, por lo visto.

Ernest estaba demasiado ofendido para contestar. Tenía el rostro desencajado y retorcía los dedos.

A Meg casi se la podía oír ronronear. No aflojó en absoluto la presión sobre Finch y al fin dijo:

—Creo que esa señorita Trent es amiga tuya, ¿no, Alayne?

—Sí —contestó esta con voz sosegada—. Finch la conoce por mí. Nadie lamenta más que yo que le prestase dinero, pero en verdad creo que hará lo que pueda para devolvérselo.

Renny, con las manos hundidas en los bolsillos, seguía mirándose las botas.

—¿Y qué es eso del tío Ernie y la señorita Trent? —preguntó Piers.

Nicholas contestó con la voz sofocada por la risa.

—Finch y yo estábamos horrorizados en el barco, seguros de que se le iba a declarar. Tendríais que haberlos visto en el baile de disfraces, ella con un dominó rosa y él con otro malva.

Ernest estaba rojo de ira.

—Voy a tardar mucho en olvidar esto, Nicholas.

Su hermano fingió que no lo oía y prosiguió:

—Estuvo rodando tras ella por toda Inglaterra, revolviendo hasta el último rincón del campo en busca de antigüedades para su tienda.

El sofoco del rostro de Ernest desapareció con la misma rapidez con la que se había producido.

—La señorita Trent es una mujer encantadora —dijo—. Su compañía a bordo me resultó deliciosa. Disfruté muchísimo acompañándola un poco en sus viajes por distintos puntos de Inglaterra. No sabía que estuviera poniéndome en ridículo. Jamás se me pasó por la cabeza la idea de casarme con ella. Si quieres divertir a la familia, Nick, podrías contarles lo de tu cita con la mujer de quien te divorciaste hace treinta años.

Nicholas se pasó las manos por la cabellera gris, que se le levantó como en dos astas. Parecía un ciervo acorralado.

—Mira que eres entrometido. ¿Cómo te enteraste de que me encontré con Millicent? Fue pura casualidad. ¿Y qué estabas haciendo tú en ese momento? Estabas en la cocina con esa Trent, comprando cazuelas y sartenes.

—Y tú en un dormitorio con la puerta cerrada junto a una mujer de la que habías jurado que no podías soportar ni la vista siquiera.

—Nunca me habría casado con Millicent si tú no me hubieses obligado a dejar a Ruby Fortesque.

—¿Que yo te hice dejar a Ruby Fortesque? ¿Cómo demonios hice eso?

—No parabas de gimotear sobre lo enamorado que estabas de ella. Y luego, cuando te dejé vía libre, no tuviste el valor de casarte.

—Me habría casado con ella si no hubiera perdido tanto dinero avalando a ese amigo tuyo de dudosa reputación… No me acuerdo de cómo se llamaba.

Se miraron el uno al otro y se hizo un silencio mientras los miembros más jóvenes de la familia asimilaban lo que podían de aquellas revelaciones. Uno de los leños de pino que ardían en el fuego crepitó con furia. Los tres perros saltaron asustados de la alfombra y se quedaron mirando temerosos el fuego. Luego volvieron a la alfombra, despacio, y se acomodaron de nuevo.

—Bueno —dijo Piers—, la señorita Trent ha demostrado tener buen ojo. ¿Cuánto le prestaste, Finch?

—Diez mil dólares.

—Es vergonzoso —protestó Nicholas— que el dinero de mi madre se desperdicie de esa manera.

—La señorita Trent se lo devolverá, descuida —le aseguró Ernest.

—Sigo con la carta —dijo Meg—: «No sé si lo sabéis, pero Finch pidió dinero prestado antes de cumplir la mayoría de edad para mantener a Eden durante su estancia en Francia mientras preparaba su nuevo libro. Arthur Leigh, que fue el que se lo prestó, me lo contó como prueba de la generosidad de Finch. El propio Finch me ha dicho

que le dio, no me molestaré en escribir “prestó”, otros mil dólares a Eden antes de que se volviese a Francia en diciembre. Eden debe estar atendido hasta que se haya recuperado o hasta que se haya hecho famoso, pero no sé por qué tiene Renny que cargar esa responsabilidad sobre los hombros del pobre Finch».

—Yo envié mil dólares a Eden este verano —se excusó Renny muy sofocado.

A dos de los presentes, la mención del nombre de Eden se les hizo intolerable. Los demás se dieron cuenta y aquel préstamo no fue objeto más que de un breve murmullo.

Meg se vio forzada a retirar el brazo de los hombros de Finch para buscar la continuación de la condensada misiva. Finch se enderezó, invadido por cierto amargo placer con aquella escena. Bueno, que siguiese la historia, que averiguasen lo que había hecho con el dinero cuya herencia había provocado tanto alboroto.

—Aquí termina la primera lectura de hoy —dijo Vaughan jocoso como si estuviera en la iglesia—. Para la segunda…

—La segunda —dijo su mujer mirando a Piers— es el chiquero.

—¡A ver qué tiene que decir nadie en contra del chiquero! —protestó este.

Meggie contestó siguiendo con la lectura:

—«Si mamá hubiese querido levantar un chiquero tan costoso, lo habría hecho hace mucho…».

—Es cierto —asintió Ernest, satisfecho por la introducción de un asunto tan distante de los suyos—. Aborrecía los chiqueros.

Meg siguió leyendo.

—«Si mamá hubiera querido comprar un automóvil caro, lo habría comprado hace mucho tiempo. La única vez que montó en uno fue para que la llevara al descanso eterno. Estoy segura de que se revolvería en la tumba si se enterase de todo lo que ha ocurrido». —Meggie añadió con vehemencia—: Estoy de acuerdo con ella.

Piers la miró furioso.

—Seguro que sí —le dijo—. Pero ¿qué pasa con la hipoteca?

—¿Qué hipoteca? —preguntó su hermana escandalizada.

—Pues la vuestra, la que Finch compró después de que lo engatusaras. Apuesto a que todavía no le habéis pagado ni un centavo de intereses.

—Díselo, Finch —repuso Meggie mirando a este último con expresión beatífica.

—Me ha pagado esta misma mañana, nada más llegar.

—¿Antes de leer esa carta?

—Sí.

—¡Te las has arreglado para conservar la vergüenza, Meggie! —

exclamó entonces Piers riendo a carcajadas.

—Solo la extrema necesidad de pagar mi operación ha podido hacer que nos retrasáramos —replicó ella.

—A mí me gusta mucho el coche nuevo —dijo Wakefield.

—Claro que te gusta —contestó Piers—. Y no eres el único. Todos los de esta habitación están siempre muy dispuestos a usarlo. Bien que aprovechaste la ocasión de entrar con él en la clínica, Meg.

Meg cruzó los brazos, cortos y rechonchos, y miró a Piers con fraternal desaprobación.

—Te muestras demasiado crítico, Piers, para ser un chico de tan poca experiencia en la vida. ¿Dónde has estado? Hacia el oeste, has llegado a las cataratas del Niágara. Hacia el este, has llegado a Montreal. ¡Vaya cosa! Y sin embargo, eres el más agresivo de la familia.

—¿Y dónde has estado tú? —le espetó Piers.

—Dentro de poco me marcho a Florida.

—Eso aún es el futuro. En el pasado, el único sitio al que has ido tú es al otro lado del barranco cuando ya se te acababa el tiempo para tener un chiquillo.

—¡Maurice! —clamó Meg—. ¿Vas a tolerar que me insulte?

—Deja estar a mi mujer —dijo Maurice haciéndose oír por encima de la carcajada general y frunciendo el ceño como sabía que Meg quería que lo hiciese, frente a ese cuñado que al mismo tiempo era su yerno.

Piers siguió impertérrito:

—Por lo que respecta al chiquero, ni siquiera es mío. Solo acrecienta el valor de Jalna. Pertenece a Renny.

—Un cuerno —dijo este—. Yo no lo quiero para nada.

—¿De quién es el chiquero? —le preguntó Piers a Finch.

—De Jalna —replicó Finch. Poco a poco había ido pasando de la mayor infelicidad a estar complacido consigo mismo. Allí estaba, era el centro de una trifulca y, sin embargo, nadie lo censuraba. Cogió la mano de Meggie y volvió a pasársela por los hombros.

Meggie le dirigió una sonrisa llena de ternura.

—¡Cuánto ha tenido que sufrir el pobre!

—El gran error —intervino Nicholas— ha sido dejarlo disponer por completo del dinero a los veintiún años. Tenían que haberme nombrado su administrador.

—¿A ti? —terció Renny—. ¡El tutor de Finch era yo!

—Pues mucho te has ocupado de cuidar de sus intereses —replicó Nicholas—. Le has dejado satisfacer hasta el menor de los caprichos.

—No quería verme envuelto en este asunto.

—¿Y por qué? Tú mismo dices que era algo que te correspondía a ti más que a nadie.

—Todo habría sido muy distinto —dijo Ernest— si mamá me hubiese confiado a mí la disposición del dinero.

—¡Uy! —exclamó su hermano—. Eso habría sido salir del fuego para caer en las brasas.

—Lo que nunca he podido entender —comentó Meg— es por qué la abuela no me dejó más que su reloj con la cadenita y ese chal viejo de la India. Esos relojes ya no se usan y el chal le importaba tan poco que dejaba que Boney se acomodase encima. En cambio, a Pheasant le regaló la sortija de rubíes.

—¡Por amor de Dios! —se exasperó Piers—. ¡Olvídate ya de la sortija! Cuando se repartieron las cosas de la abuela, a ti te tocaron dos.

—Pero ninguna como la de rubíes. ¿Y cómo voy a olvidarlo si Pheasant está siempre pavoneándose con ella? Ahora se la pone en el índice.

—¡Y se la pondrá en la nariz si le viene en gana!

Maurice frunció de nuevo el ceño, esta vez sin necesidad de que Meg se lo pidiera. Se rellenó la pipa y la encendió con una brasa de la chimenea.

—A mí solo me dejó su cama —dijo Renny.

—¡Qué lástima! —exclamó Meg haciendo una mueca de burla—. Tú ya tienes toda la propiedad.

—Sí —gruñó Nicholas—. Tú ya tienes bastante con Jalna.

—Se ve que para él no vale lo suficiente —añadió Ernest.

La cara de Renny se puso tan roja como su pelo y dijo con gravedad:

—La abuela no tiene nada que ver con que yo heredase Jalna. Jalna la he heredado de mi padre.

Siguió un nuevo silencio, durante el cual parecía que cada uno de los presentes buscaba un arma que esgrimir contra los demás. Alayne volvió a llenar las tazas de café. Se vació la cafetera. «No aguanto más aquí —pensaba—. Tendría que dejarlos para que se peleen a gusto». Pero no se marchó. Desde su regreso, la vida de Jalna se había convertido en su propia vida como no lo había sido nunca hasta entonces. Si se marchaba de la habitación, demostraría estar hecha de una fibra menos resistente que los demás. Allí se quedaría, pues, por mucho que le doliera la cabeza, por mucho que en su interior se encogiese ante aquellas imprecaciones.

—¿Y no dice nada más la carta? —preguntó Wakefield con su clara vocecita.

—Sí, aún dice más. —La tensión aumentó mientras Meg seguía

leyendo—: «¿Sabéis que Finch ha invertido treinta mil dólares en acciones del Estado de Nueva York y los ha perdido por completo? Me informó de ello sin mostrar ninguna emoción aparente, pero desde entonces no ha vuelto a ser el mismo. Parece sumido en la apatía. En cuanto a mí, no tengo palabras para expresar cuánto me duele que la fortuna atesorada durante tantos años por mi madre llega a un término tan extraño y poco natural. No lo digo con ningún rencor, pero creo que el fondo de todo este desastre ha sido la cruel negligencia de Renny».

Una sonrisa iluminó las pálidas facciones de Finch. ¿Qué iba a pasar ahora? Se cogió la rodilla con las manos y observó sin moverse la escena que se desarrollaba ante sus ojos, cuyas enormes pupilas habían adquirido un brillo extraordinario. La voz de Nicholas le llegó como desde lejos.

—¿Has perdido treinta mil dólares en acciones? ¿Qué acciones?

—Compré con margen —dijo Finch en voz baja y atropellada—. Cincuenta mil en Universal Autos. Otro tanto en Upstate Utility Corporation. Y lo mismo en Cereal Foods. Anticipé un veinte por ciento. Cuando se hundió la bolsa de Nueva York, mi agente de cambio me telegrafió diciéndome que tenía que pagar el ochenta por ciento restante si quería salvar lo ya invertido, pero me negué.

—¿Te negaste? —repitió Piers—. ¡Inconsciente borrico!

—¡Preferiste perder el dinero! —dijo Maurice—. Cielo santo, pero ¿por qué?

—Ya estaba harto del asunto. No quería echar dinero que aún valía detrás del que ya no valía.

—¡Pero, Finch! —exclamó Alayne—. Yo también te envié un cable. ¿Por qué no aguantaste? Jamás pude imaginarme que lo dejarías correr.

—¡Así que tú también lo sabías, Alayne! —Ernest se volvió hacia ella—. Me sorprende. ¡Qué horror! —Se enjugó el sudor de la frente con el pañuelo.

—¿Aguantaste tú? —preguntó Piers—. Finch me dijo que también habías comprado.

—Sí, aún las conservo.

—Tienes suerte, no tardarán en volver a subir.

Meg tomó de nuevo la palabra.

—Alayne, por tu culpa mi hermano ha perdido todo su dinero. Fuiste tú quien lo incitaste con tus propias especulaciones. Lo que deberías hacer es compensar a Finch por sus pérdidas con lo que te ha dejado tu tía. Finch es un pobre chiquillo mal aconsejado.

—Se guardará muy bien de hacer semejante cosa —sentenció Renny con vehemencia.

—Tú sabías algo de esa inversión de capital, Piers —le reprochó Nicholas— y no nos has contado nada. Es una verdadera vergüenza.

—Me lo dijo en confidencia.

—Tenías el deber de comunicárnoslo. Eras el único que estaba enterado.

—Tu conducta es muy censurable —dijo Ernest.

Maurice y Meg, que en su momento aprobaron esta operación, guardaron silencio.

—Bueno, vamos a hacer cuentas —dijo Nicholas—. En primer lugar, está esa pérdida absoluta de treinta mil dólares. Luego, los diez mil que prestó a esa Trent…

—Eso lo recuperará —intervino Ernest.

—No seas idiota —replicó su hermano, que prosiguió—: Ya tenemos cuarenta mil. Después digamos que le ha dado cinco mil a Eden. Otros cinco mil para el automóvil y ese maldito chiquero…

—No te olvides de vuestro viaje, tío Nick —apuntó Piers.

—Bien —agregó Nicholas imperturbable—, pongamos otros cinco mil para eso. Luego están los quince mil de la hipoteca de los Vaughan.

—¡Cielos! —protestó Meggie—. No iréis a contar eso entre las pérdidas, supongo.

—Aún está por ver —dijo Nicholas mirándola con escepticismo—. Bueno, amigos míos, a este chico le quedan cuarenta mil dólares de la fortuna que le dejó mi madre. Cuando haya pagado el viaje a Florida, todavía quedará menos. Es curioso, en verdad, ver de qué forma puede desperdigarse el dinero.

Se estiró el bigote y dirigió una amarga sonrisa a sus parientes.

—¡Renny! —gritó Ernest—. ¡Renny! Tú eres en gran parte responsable de lo que ha sucedido. Trataste a Finch como un chiquillo hasta que llegó a los veintiún años y entonces te desentendiste de él para que hiciera lo que se le antojara.

—Eso es cierto —agregó Piers—. Varias veces, delante de mí, Finch le pidió consejo sobre sus asuntos y Renny se limitó a marcharse y dejarlo plantado.

—Ya caerán las piedras sobre su tejado —vaticinó Meg.

—Que te crees tú eso —replicó Piers—. Aquí tenéis a su mujer, que acaba de heredar una fortunita.

Todos dirigieron la mirada hacia Alayne. Jamás se había sentido tan violenta. Para complicar la situación, Renny empezó a juguetear, nervioso, con los dedos de su mujer. Por primera vez en su vida se quedó ella sin saber qué contestar. Abrió varias veces la boca y volvió a cerrarla sin pronunciar palabra. Su mente divagaba entre el montón de argumentos y lamentos que se habían arrojado en ese mar de

disensiones. Los demás no esperaron mucho una respuesta. Se pusieron a hablar todos a la vez. La conversación se hizo general alrededor de Alayne y de Renny, que también guardaba silencio. Finch, protegido por la solicitud de Meggie, seguía cogiéndose la rodilla entre las manos mientras una sonrisa enigmática le animaba el rostro y de cuando en cuando contestaba con la misma voz reposada a las preguntas que le hacían.

Por último, Piers se levantó, se desperezó y se dirigió al comedor, tras lo cual volvió con una botella de *whisky*, un sifón y varias copas.

—¿Qué te parecería si tomáramos algo para alegrarnos un poco por dentro, tío Nick? ¿No quieres un poco de reconstituyente, tío Ernie?

Finch se dirigió al piano. No sabía por qué, pero tenía la necesidad de dar un concierto a la familia. Todos los temblores de los meses pasados habían desaparecido. Se sentía fuerte y libre y, por algún sutil motivo, algo orgulloso de sí mismo. Habían estado esperando y vigilando la fortuna de la abuela desde antes de nacer él. Lo habían maldecido porque se la había legado a él. Ahora ya habían desaparecido las dos terceras partes y, aunque todavía se agitaban y se oían amargas censuras, estas afectaban más a los demás que a sí mismo. Su instinto musical renacía de nuevo y le fluía por las venas como si fuese vino. El último año no había sido perdido. Había amado y había sufrido. Volvía a estar en su hogar, en su sitio. Trabajaría mucho y aún llegaría a ser un gran músico. Emplearía hasta el último centavo de lo que le quedaba en sus estudios. Sintió que el corazón se le inclinaba con simpatía hacia Renny.

Se puso a tocar algo de Chopin. Se imaginó a sí mismo arrastrándolos a todos tras él, sumergidos en esas profundas olas viriles de melodía. A través de Brahms y de los confusos sonidos de Debussy, los condujo a la tolerancia y la serenidad de Mozart. Tocó una hora entera. Luego se volvió con una curiosidad casi mística para comprobar el efecto de su hechizo.

Nicholas, Maurice y Piers formaban un grupo alrededor del sifón. De allí salía un rumor de conversación que parecía agradable, pues a veces lo interrumpía una risa contenida. Wakefield estaba sentado en la otomana junto a Meggie. Finch los oyó discutir sobre los medios de transporte a Florida y si, en caso de ir, Wakefield debería llevarse o no sus aparejos de pesca. Ernest estaba en el sofá, junto a Alayne. Sin duda hablaban de Finch. Lo miraron sonriendo y Ernest dijo:

—Magnífico, Finch. Nunca te había oído tocar tan bien.

Alayne no dijo nada, pero el brillo de su mirada era más elocuente que cualquier palabra.

Rags entró con el té. Había un pastel de frutas que le gustaba muchísimo a Finch y pastelitos pequeños rellenos de crema y

recubiertos de glaseado de azúcar y cacao. Tenía un hambre atroz. Alayne pidió a Meg que sirviese el té y le dijo a Wakefield:

—Corre y ve a buscar a Renny, Wake. Espero que no se haya ido a las cuadras.

Le preocupaba que estuviera muy enfadado cuando se fue de la habitación. Tenía una expresión sombría y no era de extrañar después de tanta crítica contra él. Ella también estaba cansada. En otros tiempos no habría podido tragar bocado después de tal alboroto, pero ahora se veía devorando ansiosa pan con mermelada, como todos los demás. Un mechón de pelo rubio se le había soltado del peinado y le colgaba por encima de los ojos. Estaba pálida y fatigada.

Meg se puso a hablar con ella en un tono de lo más amistoso, pidiéndole consejo sobre los vestidos que debía llevar al sur. Alayne esperaba con impaciencia el regreso de Wakefield.

Este entró corriendo y cogió sin perder tiempo un trozo de pan. Con la boca llena, dijo:

—No lo encuentro por ningún sitio. He subido a su habitación y he bajado a la cocina. Wright acababa de entrar y me ha dicho que Renny no estaba en la cuadra. Su sombrero está en la percha y los perros están echados en el recibidor.

—No me extraña que se haya escondido —observó su hermana—. La carta de la tía Augusta ha debido de herirlo en lo más vivo y se ha dado cuenta de que todos lo censuramos en este asunto.

—Si no es así, es que está como una tapia —dijo Piers.

—Ha descubierto —añadió Ernest— que tanto despotismo acaba por ir en su contra.

Nicholas gruñó:

—Renny ha heredado todo lo peor de los Whiteoak combinado con lo peor de los Court.

—Y, sin embargo —recordó Meg—, yo lo he oído vanagloriarse de haber heredado lo mejor de cada familia. ¿Qué es lo que nos dijo, Maurice, hace muy pocos días?

—Dijo: «De mis antepasados ingleses he heredado mi amor a los caballos; de los irlandeses, mi instinto para venderlos; de los escoceses, mi conocimiento sobre ellos».

—¡Eso es, eso es! —Meg parecía encantada—. ¿Habéis visto nunca mayor presunción?

—Me había olvidado de que la madre de Renny era escocesa —dijo Piers.

—En efecto —afirmó Meg—, y de una excelente familia. Muy distinta de…

No acabó la frase.

—De todos modos —dijo Piers—, me parece que el pobre tendría

que tomarse un té. Voy a buscarlo.

—Cuánto te lo agradezco —murmuró Alayne.

Piers salió de la habitación y no tardó en volver con expresión intrigada.

—Se ha ido a la cama.

—¿A la cama? —repitieron todos a una.

—Pero si yo he estado en su cuarto —aseguró Wakefield—. No estaba en la cama.

—No está en esa cama —contestó Piers.

De nuevo se volvió toda la familia para mirar a Alayne. Esta notó que le ardían las mejillas, como la sangre que se había agolpado allí. Como Ernest un rato antes, no podía articular sonido alguno, solo hacer muecas.

—Tranquila, mujer —dijo Ernest para consolarla poniéndole una mano encima de las suyas—. Es muy natural.

Finch soltó una carcajada y buscó con los ojos los de Piers, que brillaban con expresión divertida.

—No está donde pensáis que está —dijo este—. Está en la cama de la abuela, en la vieja cama pintada que ha heredado de ella.

Los que estaban masticando dejaron de hacerlo o engulleron la comida de un trago. Parecía como si la propia Adeline hubiese entrado en el comedor, arrastrando su bata de terciopelo, con la cofia de cintas moradas sin atar y con los anillos que se habían repartido entre todos brillando en los largos dedos. «¿Que Renny está en mi cama? Muy bien. ¿Y por qué no? Yo se la he dejado a él. Ahí di a luz a su padre. Renny es carne de mi carne. Que ponga la cabeza pelirroja sobre mi almohada y apacigüe su ardiente temperamento en mi cama. Es el sitio que le corresponde».

Nicholas se levantó con cierta dificultad, se dirigió cojeando a la puerta y, tras un instante de vacilación, los demás se levantaron y lo siguieron. Cruzaron el recibidor, donde el sol poniente, tamizado por la vidriera, proyectaba coloridas manchas sobre todos ellos. Wragge había encendido la estufa. Los laterales estaban rojos y el olor de las tuberías recalentadas cargaba el aire.

Nicholas abrió la puerta del cuarto de su madre y se asomó. Allí, descansando sobre dos almohadas, yacía el señor de Jalna. Con los ojos cerrados, las manos delgadas y musculosas cruzadas sobre la colcha, parecía un cadáver ya amortajado. Boney, posado sobre su percha junto al cabecero de la cama, con el plumaje más apagado que el de los pájaros pintados del testero, alzó furioso las alas ante la intrusión. Estaba mudando las plumas y, al batir las alas, varias se le desprendieron del cuerpo y cayeron despacio sobre la cama.

—¡Shaitan! ¡Shaitan kabatka! ¡Iflatoon! ¡Chore, chore!

El lorito prorrumpió en una explosión de horribles reniegos hindúes. Todas las palabrotas que habían estado dormitando en aquel cerebro soñoliento, sin expresarse en los últimos tres años, acudían ahora presurosas a su pico. Los ojos se le revolvían como las lámparas de un faro. En un momento dado los dirigió llenos de ira hacia la familia reunida alrededor de la cama. Poco después brillaron, rebosantes de un afectuoso sentimiento de posesión, sobre el ocupante de la cama.

—¿Estará enfermo? —dijo Ernest en voz baja.

—Esto no me gusta nada. Ha llegado demasiado lejos —gruñó Nicholas.

—¡Quién iba a decir que Boney volvería a hablar, después de tanto tiempo! —exclamó Meg. Se dirigió a la cama y puso una mano sobre la frente de su hermano—. Di algo, Renny. ¿Estás enfermo o es solo que te sientes ofendido?

«Ay —pensaba Alayne—, qué falta de tacto. Ojalá pudiera dejarme llevar así yo también, ser tan idiota».

—Traed a Wakefield. Al niño tendrá que hacerle caso —sugirió Meg.

Piers, enseñando los dientes, empujó hacia delante al chiquillo.

Este estaba en extremo sobreexcitado. Se echó a llorar mientras se retorcía las afiladas manos y gimoteó:

—¡Renny, por Dios! No te estás muriendo, ¿verdad?

Renny abrió los ojos, que parecían negros en aquella penumbra.

—Que alguien…

—No digas eso —lo interrumpió Nicholas—. Es llevar las cosas demasiado lejos.

—Que alguien vaya a buscarme una taza de té.

—¡Vete a buscarle el té, Piers! —ordenó Meg a su hermano—. ¡Ay, Renny, cariño! ¿Qué te ocurre?

Él se volvió y escondió la cara en el pliegue del codo.

—Todos están en mi contra. Nadie me ha entendido nunca aparte de la abuela.

XXX

¿QUÉ PASABA CON PAULINE?

¿Era suyo, se preguntaba Alayne, o pertenecía a su familia? Se había avergonzado, la había mortificado que diese pábulo de tal manera a la actitud de los demás frente a él. Y sin embargo sentía cierta euforia, pues, sin duda, ella había afirmado su propia posición en ese extravagante círculo.

El día siguiente era domingo y fueron todos a la iglesia. No había nada que les impidiese ir a la iglesia. Unas veces, Alayne pensaba que tenían esa fe ciega de la Cruzada de los Niños, pues desafiaban cualquier condición del clima, y a veces los consideraba unos paganos que se aferraban con tenacidad a los ritos legados por la tradición. Un día, solo por ponerlos a prueba, les había leído en voz alta un capítulo muy instructivo del libro de un eminente científico sobre la cuestión religiosa. La única que demostró cierto interés fue Pheasant, quien concluyó que el autor no sabía de lo que hablaba.

Ahora estaba sentada en el banco de los Whiteoak, con los pies apoyados en el escabel donde durante tantos años habían descansado los pies grandes y bien formados de la anciana Adeline. A su izquierda estaban Piers y Finch. A su derecha, Nicholas, Ernest y Wake. Al otro lado de la nave, en el banco de los Vaughan, estaban Meg, Maurice y Patience. La niña se tapaba la cara con las manos y miraba entre los dedos hacia el banco de sus tíos. Wake le guiñaba un ojo y la miraba con el otro. Patience se echó a reír y su madre la reprendió con un murmullo teatral. Meg estaba muy guapa, con un chal de piel negro al cuello. El rostro de Maurice tenía la expresión de endurecida reverencia adquirida tras cuarenta años de ir a la iglesia. Había empezado a los cuatro. Estos dos bancos eran los cimientos de todos los responsos y todos los himnos. Jamás fallaban ni vacilaban. Su fervor no quedaba amortiguado por ningún tipo de graduación del volumen indicada por las letras «p» o «dim» al principio de cada línea.

Renny era el lector seglar desde que había vuelto de la guerra. Ese domingo subió los escalones que llevaban al púlpito por detrás del águila de bronce en honor al capitán Philip Whiteoak. Alayne entrevió

por un segundo sus botas de suela gruesa por debajo de la sobrepelliz. Pensó en cuando estaba echado en la cama de su abuela, de la que no se había levantado hasta esa mañana para asistir a la iglesia. ¿Volvería a ella por la noche? ¿O acudiría solo cuando estuviese disgustado? Nadie lo sabía y nadie se había atrevido a preguntarle nada. Con ese acto se había vuelto a establecer como jefe del clan. El manto de su abuela lo protegía. Por eso Boney había recuperado la voz, que desde entonces alzaba una y otra vez para sacar del limbo emplumado de su cerebro todas las palabras hindúes que le había enseñado la vieja Adeline en los treinta años que había convivido con ella.

Renny leía las Escrituras en voz alta con un moderado respeto a la puntuación. Sin embargo, cuando dijo: «Aquí termina la lectura», lo hizo con un murmullo abrupto y atropellado. La familia no le quitaba ojo. Patty se tapaba los suyos con los dedos y lo miraba entre las rendijas. Al acabar, Renny volvió a su sitio y se sentó con la cabeza gacha; su hermosa nariz se perfilaba contra las tallas oscuras de roble.

Piers y un viejo de barba blanca pasaron el cepillo. Piers, erguido e impasible, se detuvo en un extremo del banco mientras los miembros de su familia rebuscaban sus limosnas. El viejo y él recorrieron a un tiempo el pasillo y se quedaron en los escalones del presbiterio, ambos frente al señor Fennel: el viejo, calvo y encorvado; Piers con el pelo rubio y derecho de espaldas a la congregación.

Era el primer domingo que Finch pasaba otra vez en casa. Recordó todo lo que le había ocurrido desde la última vez que se había sentado allí y le pareció increíble. Sus hermanos se habían burlado de él por quedarse en el mismo sitio todo el tiempo que estuvo fuera, pero no estaba seguro de si, en el caso de haber recorrido toda Europa, habría adquirido experiencias más hondas y variadas. Se había dejado en Nymet Crews una parte de sí mismo que jamás podría recuperar. Había traído consigo algo que no podía morir. La esperanza y la resolución que se habían despertado en él la víspera no habían amainado. Aún tenía la impresión de que haría cosas importantes en la vida.

Se fue de la iglesia con Renny y Wakefield en el coche viejo.

—Voy a pasar por la granja de zorros —comentó Renny—. Tengo que ver a la señora Lebraux para tratar un asunto.

Los caminos estaban cubiertos de nieve. Finch recordó que en Devon ya se adivinaba la llegada de la primavera antes de marcharse. ¡Con qué delicadeza, con qué tímido recelo llegaría allí la nueva estación! Sacaría un pie blanco, con dedos tan blancos como las flores del galanto, por debajo del manto del invierno. Se soltaría el pelo, preciosa espiral de narcisos dorados, por encima de su oscuridad. Abriría los ojos de color violeta, dejaría a la vista un hombro desnudo. Pero todos esos movimientos serían solo tentativas. Más de una vez

retrocedería y sollozaría para sus adentros. Aquí, aunque la primavera estuviese aún sumida en un profundo sueño, ¡qué salto daría cuando despertase al fin! Se desprendería de todos sus ropajes, quedando por completo desnuda y ofreciendo el blanco seno a la caricia del sol. Antes de que se hubiese alabado su blancura, estaría ya tostada como una mora.

El coche se detuvo frente a la granja de zorros.

—¿Me dejarás ir a Florida, Renny? —le preguntó Wakefield a su hermano.

Este le hizo una ruda caricia al pasar por su lado.

—No, te quedarás conmigo.

Cuando ya se había alejado, Wake se recostó en el asiento del coche.

—Tenía que habérmelo imaginado. Era demasiado bueno para ser verdad. De todos modos, aunque no llegue a ir, Finch, siempre te consideraré mi bienhechor.

—No seas borrico —le dijo Finch—. Cuéntame cómo les va a la señora Lebraux y a Pauline.

—No muy bien. Como no tienen a un hombre para ayudarlas…

—No sé de qué les servía el pobre Lebraux.

—Pues les sirvió para dejarlas a una viuda y a la otra huérfana. Las mujeres no pueden ser ni siquiera eso si no es gracias a un hombre.

Finch se echó a reír, mirando con curiosidad a su hermanito. Se dio cuenta de cómo se le habían alargado las extremidades, de las nuevas curvas que se le dibujaban en la boca y en la nariz. ¿A quién se parecería? Tenía algo de Eden en los labios, algo de la abuela en los ojos. Extraña combinación, apropiada para la poesía, la pasión y el orgullo.

—Finch, ¿quieres ser mi amigo?

—Por supuesto que sí.

—¿Nos estrechamos la mano para sellar el pacto?

—De acuerdo. —Finch cogió la fina mano que le tendía y se sonrieron—. ¿Ves a menudo a Pauline?

—Muy poco. Un día traje un poema que había escrito para leérselo. En otoño. Pero estaba jugando con su zorro favorito y cambié de opinión. Si quieres, te lo leo a ti.

—No sabía que escribieses versos.

—Hace casi un año. Ese se lo envié a Eden. ¿Y a que no sabes lo que me dijo cuando contestó? «No vas a ser un poeta, Wakefield. Ya lo eres».

—No te creas todo lo que dice Eden.

—Tú espera a oír el poema. Ahora que vas a ser mi amigo, te lo leeré. Ya se lo he leído a Renny.

—¿Y qué te ha dicho?

—Que era muy bueno —afirmó Wakefield triunfante.

—Creo que deberías leerle el poema a Pauline. Yo puedo estar también, me gustaría mucho.

—¿De veras? Entonces lo haré así. ¡Mira, por ahí viene! Ha ido a misa.

Vieron a Pauline Lebraux que llegaba por la blanca carretera desierta. Avanzaba con pasos desiguales, pues caminaba por las profundas rodadas abiertas en la nieve. El sol despedía el calor de la primavera que se aproximaba y la nieve ya se estaba reblandeciendo y deshaciendo. Cuando estuvo más cerca, Finch observó que aún no llevaba ni una nota de color en la ropa, pero tenía el rostro sonrojado, bajo la boina negra, por el ejercicio. Llevaba unos chanclos de los cuales salían las piernas largas y delgadas cubiertas con medias negras.

Finch abrió la puerta del coche y salió de un salto, pero al encontrarse frente a frente con Pauline, no supo qué decir. Sonrió con cara de bobo y se fijó en el misal gastado y en el rosario que la muchacha llevaba en las manos.

Wakefield estaba ya junto a ellos y, con ese tono condescendiente que tanto irritaba a su hermano, le dijo a la chica:

—Pauline, ¿te acuerdas de mi hermano Finch?

Pauline sonrió y le tendió la mano a Finch. Este volvió a advertir en su gesto la misma sombra de pesar. Era algo solo físico, una leve curvatura del labio superior, pero despertaba en él una extraña compasión hacia la chiquilla. Pese a las dificultades a las que sabía que se enfrentaba en la vida, le parecía un tanto idílica. Pensaba en ella como en un animalillo silvestre, indemne a las vulgaridades del mundo.

—Me alegro de que hayas vuelto —le dijo la joven.

¿Era sincera o solo educada?

—Pauline —dijo Wakefield—, os voy a leer mi poema a Finch y a ti. ¿Te gustaría?

—Ay, sí, me encantaría. ¿Está el señor Whiteoak en casa?

—Creo que lo he visto donde las zorreras, con tu madre.

—¿Quieres venir a ver los zorros? —le preguntó Pauline a Finch.

La chica abrió la marcha y, mientras la seguían, Wakefield le susurró a Finch:

—Han descuidado mucho su educación. No sabe casi nada aparte de francés. Renny quería que Alayne leyese en francés con ella, pero Alayne se negó. Tuvimos un disgusto muy grande.

—Lo siento mucho por ella. Piensa que tiene que recorrer casi siete kilómetros para oír misa. Tal vez deberíamos enviarle un coche para

que la lleve.

—Yo podría ir con ella. Creo que me gustaría hacerme católico.

Encontraron a la señora Lebraux y a Renny de pie en la nieve junto a las zorreras. Ella llevaba un grueso jersey que había sido de su marido, unos pantalones metidos por debajo de las medias grises de lana y mocasines. Se apoyaba sobre una pala de quitar nieve y estaba fumándose un cigarrillo. Iba con la cabeza descubierta y el pelo, con su extraña mezcla de colores, le caía por la cara en mechones cortos y espesos. Finch iba mirando a la madre y después a la hija. Le sorprendía el contraste entre ambas.

Renny cogió a Pauline, la acercó a él y le preguntó:

—¿Te encuentras mejor? ¿Se te ha pasado ya el disgusto?

—Pauline ha estado inconsolable —le explicó a Finch la señora Lebraux—. Una de las zorras salió de su jaula para meterse en la de al lado y los otros zorros la atacaron. Le arrancaron una pata y hubo que matarla.

—Espero que no fuera su favorita.

—No, pero sí una de las que más le gustaban. Es demasiado sensible. Va a sufrir mucho en la vida.

Finch estaba indignado con la señora Lebraux. ¿Por qué iba vestida como un hombre y recogía la nieve a paladas cuando enviaba a su hija sola a la iglesia? A pesar de todo, no podía evitar que le cayese bien.

La nieve en el interior de los cercados estaba salpicada de pequeñas huellas, pero la mayor parte de los zorros se habían escondido en sus casetas al oír llegar a los extraños. Con todo, el más viejo los vigilaba desde lejos y su sombra azulada se recortaba con claridad sobre la nieve. Pauline había ido corriendo al cobertizo a buscar galletas para tentarlos a salir. Le dio a Finch el misal y el rosario para que se los sostuviera. Clara Lebraux los miró, luego miró a Finch a los ojos y le dijo:

—Pobre chiquilla.

Finch se preguntó qué habría querido decir con eso. Tenía algo de misterioso. Experimentó una turbadora y exquisita sensación de intimidad al tener en sus manos las cosas de Pauline.

La muchacha regresó corriendo y echó unas cuantas galletas en cada uno de los cercados. Los zorros, sorprendidos de que se les diese de comer a esa hora tan poco habitual, salieron algo temerosos, cogieron las galletas y volvieron a meterse en sus casetas. El zorro favorito de Pauline, sin embargo, fue corriendo hacia ella y empezó a saltar como un perrillo. Pauline entró y lo sacó en brazos para enseñárselo con orgullo a Finch y a Wakefield. Los miraba entusiasmada por encima de esa hermosa piel electrizada de salud y aire puro.

Mientras volvían a casa, Finch comentó con Renny la situación de las dos Lebraux.

—Wake me ha dicho que les va bastante mal.

Renny pilló un bache con las ruedas que casi hizo saltar a los chicos de sus asientos.

—Sí, lo tienen difícil, pero aún pueden salir adelante. Clara Lebraux es una entre un millón y la pequeña Pauline vale muchísimo para cuidar de los zorros. Tiene una estufa en el cobertizo. Les cuece la carne. Les prepara todas las comidas. La lástima es que tendrán que vender sus mejores ejemplares esta primavera por falta de capital.

Finch vaciló.

—¿Cuánto les haría falta para levantar el negocio?

—Con unos pocos miles de dólares podrían hacer maravillas, casi salvar por completo la situación. —Finch estaba sentado delante junto a Renny y este había bajado la voz para que Wakefield no los oyese—. El año pasado les presté mil, pero este año simplemente no los tengo. Tendrán que arreglarse como mejor puedan.

Dejó escapar un suspiro.

—Me gustaría ayudarlas… Si crees que no les va a importar —susurró Finch.

Renny lo miró de reojo, agradecido.

—¿De verdad? Sería estupendo. No correrías ningún riesgo, pero no te podrían pagar un interés muy alto. —Poco después, al entrar en la avenida que llevaba hasta Jalna, añadió—: No digas nada de esto a los demás. La señora Lebraux no les cae en gracia.

A Finch le parecía estar en la gloria. Era uña y carne con Renny. Entre los dos iban a cuidar de Pauline…

¿Qué pasaba con Pauline? No podía quitársela de la cabeza. Esa linda carita sonrosada por el largo paseo a través de la nieve se interponía entre él y todo cuanto lo rodeaba. Un reluciente arroyo corría entre Jalna y la granja de zorros. Su espíritu navegaba por él, exaltado, como un barco a la luz de la luna con todas las velas desplegadas. Aquella otra cara, pálida, remota, con los labios apretados, era como un promontorio lejano oculto por las nubes.

XXXI

FELICITACIONES DE CUMPLEAÑOS

Pheasant se había propuesto una cosa: que su hijo naciera el día del cumpleaños de Finch.

En primer lugar, sería una coincidencia notable. Un doble cumpleaños en la familia constituiría un acontecimiento de gran importancia. En segundo lugar, Pheasant creía que esa fecha era afortunada. Finch tenía talento y había heredado una fortuna. Por último, si el niño nacía en el cumpleaños de Finch, era muy probable que este se interesara por él y se tomase su prosperidad como un empeño personal.

Ahora bien, ya eran las cinco de la tarde del 1 de marzo y todavía no había llegado el bebé. El médico la había visto y dijo que volvería al cabo de unas horas. El momento se aproximaba, pero también la medianoche y el día 2 de marzo. Se tomó una taza de té, pero no podía comer nada. Estaba sentada junto a la ventana, envuelta en su bata, con la cara encendida, los ojos febriles, la corta melena castaña cayéndole en mechones húmedos sobre la frente. Piers se paseaba arriba y abajo por la habitación, manoseaba las cosas del tocador, jugaba con la borla de la persiana. La miraba con una sonrisa tranquilizadora cuando sus ojos se encontraban, pero cuando la observaba sin ser visto, su rostro delataba una intensa preocupación.

Por encima de las copas de los árboles, en el pálido cielo verdoso, vio la reluciente curva de la luna nueva y le dijo:

—Ahí está la luna, pequeña. Es un buen presagio.

—¡Ay, ay, tengo que pedir un deseo! Pero no puedo verla a través del cristal. Abre la ventana.

Piers la abrió y Pheasant sintió el aire helado. Había vuelto a nevar. Las ramas estaban cubiertas por un manto blanco. Pheasant se colocó de lado.

—Tengo que verla por encima del hombro derecho.

Piers le sostuvo la cabeza de modo que viese la luna por encima del hombro derecho. Apretó los dedos sobre esa cabecita y un torrente de ternura le oprimió la garganta y le cegó los ojos de lágrimas.

Pheasant abrió los suyos.

—Venga —la apremió Piers—, pide rápido el deseo. No quiero que te enfríes.

Pheasant clavó los ojos en la luna, que parecía la rodaja de una manzana plateada, y murmuró para sus adentros: «Que venga pronto, antes de la medianoche, ¡por favor, luna!».

Piers bajó la ventana y Pheasant dijo suspirando:

—Bueno, a ver si esto ayuda un poco, pero no tengo ni la mitad de la confianza que tenía hace dos horas.

—Ojalá no te hubieras empeñado tanto en una cosa tan tonta —gruñó Piers. Pero, a su pesar, se sentía influido por su mujer. Además, estaba preocupado por lo que pudiera ocurrir. Contó las horas que faltaban hasta la medianoche—. Intenta comer algo, anda, dame ese gusto.

Le trajo una bandejita con una rebanada de pan y mantequilla. La partió en trozos y fue dándosela. Ella abría la boca como un pajarillo cada vez. Mientras, Piers observaba su mirada confiada y pensaba: «Cuando nació Mooey, no me sentía así. Se me va a morir».

Oía a Mooey y a Patience riendo y corriendo en el pasillo. Habían traído a la niña para que pasara el día con su primo.

—¿Te molestan los críos? —le preguntó Piers—. ¿Dónde demonios está esa Alma Patch? Debería estar cuidándolos.

—Tráelos un momento, tengo ganas de verlos.

Piers abrió la puerta del dormitorio y los dos pequeños entraron corriendo uno junto al otro como si hubieran tenido la intención de hacer justo eso en ese preciso momento. Habían merendado en la cocina y llevaban puestos los baberos, aún con migas de pan untado con mantequilla. Patience llevaba en la mano un tenedor de preparar tostadas.

—¡He hecho tostadas! —exclamó—. Me he hecho mis tostadas y las de Mooey.

Mooey se dirigió a su madre y se apoyó muy serio en sus rodillas. Ella le pasó los dedos entre los suaves rizos y le preguntó:

—Tesoro, ¿te gustaría tener una hermanita?

—Sí. —Mooey hablaba con énfasis, golpeando cariñoso a su madre con un puño—. Se caedía por lascalera.

—¡Ay, no! Tú cuidarás mucho de ella, ¿verdad?

—Sí. La cogedía y la metedía en una cesta.

—Patty, ¿no te gustaría tener una primita esta misma noche?

Patience abrió los ojos como platos.

—¡Ay, qué mona! La llevaré en mi caballo. —Miró por toda la habitación—. ¿Dónde está? Patty quiere verla.

—Abre la ventana, Piers, para que los niños puedan pedir un deseo

a la luna.

—No seas boba. —Piers la acarició y le dio unos golpecitos en la espalda—. Solo conseguirás que se enfríe la habitación y no va a servir de nada, si eso es lo que estás pensando.

—Nunca se sabe. Mira, me han contado que, durante la guerra, Kitchener o algún otro gran general como él, cuando le contaban que se había ganado una gran batalla, decía: «Alguien debe de haber estado rezando». Piénsalo, Piers. Se trataba de un gran general y de una batalla. Para mí se trata de la fecha del cumpleaños de mi hijo. Estoy segura de que puede ayudar.

Para complacerla, el otro abrió la ventana. Pheasant hizo que los niños volvieran la carita hacia la luna y les dijo:

—Ahora repetid conmigo: «Deseo que el bebé llegue antes de mañana».

Obedientes, los pequeños pronunciaron las mismas palabras después que ella.

—A mí no me parece que eso tenga nada de religioso —observó Piers—. Es de lo más pagano.

—Hay que tolerar todas las religiones —replicó ella con gran aplomo.

—Tú no solo las toleras, sino que crees en todas ellas.

Patty apuntó con su tenedor de tostar pan en dirección a la luna.

—¡Patty quiere la luna! Baja la luna. Baja, luna, quiero tostarte.

—No teno medo —farfulló Mooey.

Piers cerró la ventana. La punta más baja de la luna rozaba ya las copas de los árboles. Estaba poniéndose muy rápido. Pheasant miró a Piers con una extraña expresión en los ojos. Poco después lanzó un grito.

—¡Llévatelos! Llévatelos de aquí.

Piers cogió a un niño con cada mano y se apresuró a sacarlos de la habitación.

Sin embargo, cinco horas más tarde, cuando sus hermanos, sus tíos y él aguardaban abajo, todavía no había llegado el momento. Pheasant había pedido un huevo y se lo estaba comiendo.

Finch miraba por la ventana hacia la oscuridad de la noche sin estrellas mientras los demás jugaban de mala gana una partida de *bridge*. ¿Cómo podía Piers jugar a las cartas cuando su mujer estaba pasando lo que pasaba en el dormitorio del piso de arriba? Se imaginó a sí mismo en la situación de Piers. Se imaginó a una joven cuyas tiernas carnes hubieran de sufrir para darle un hijo concebido en un momento de pasión. No se vería en condiciones de soportarlo. Su espíritu padecería cada uno de esos dolores. Se encogió ante la idea de que llegase a haber una mujer que pasara por eso por su culpa. No,

antes se iría a la tumba sin hijos que consentir algo así. Y aunque le fuese posible hacer venir a su hijo al mundo sin dolor, mejor sería que no hubiese vástago suyo que pudiera heredar el tormento de sus nervios. ¿Había sido él feliz alguna vez? No lo recordaba, ni siquiera en su infancia. Siempre se había visto asediado por esa alucinación del miedo, esa sombra agitada de lo desconocido.

Entonces vio una estrella. Tal vez era el alma de ese nuevo Whiteoak que esperaba para bajar, cuando llegara el momento, a animar el agitado cuerpecito.

Nicholas repartía las cartas y decía:

—Recuerdo como si fuera ayer esta misma noche de hace veintidós años. Estábamos alrededor de esta misma mesa, jugando al *cribbage*. Ernest y yo, mientras tu padre se paseaba por la habitación, esperábamos la llegada del joven Finch, que se hizo bastante de rogar.

—Philip estaba muy nervioso —dijo Ernest—. Recuerdo que le dimos un vaso de agua con ron para tranquilizarlo y el vaso le castañeteaba contra los dientes. La pobre Mary estaba sufriendo mucho.

Piers puso una mano sobre la mesa.

—Mirad. Firme como una roca, ¿no?

—Sí —asintió Ernest—. Pero arriba aún no ha acabado todo.

—A Pheasant le irá bien —dijo Renny—. El médico y la señora Patch están con ella. Meg y Alayne están en el cuarto de al lado.

—Es Alayne la que tendría que haber tenido este niño —murmuró Piers, que examinaba las cartas—. Le tocaba a ella.

—No todos hemos de tener familia —repuso Renny—. Yo ya tengo bastantes responsabilidades sin hijos.

Jugaron otra mano. Piers miró el reloj. Eran las diez y media.

—Hace un año —observó Ernest mientras daba las cartas— estábamos en plena fiesta por tu cumpleaños, Finch.

—Fue un cumpleaños muy distinto a este —dijo Finch apartándose de la ventana—. Me da la sensación de que hayan pasado años desde entonces.

—Hiciste un brindis magnífico —recordó Renny—. Todo el mundo se echó a reír.

—Ni me acuerdo de lo que dije. —Finch parecía complacido—. Supongo que una sarta de idioteces.

—No, no, estuvo muy bien. Por cierto, que esta tarde me he encontrado con la señora Leigh y con Ada en la ciudad. Esperan a Arthur y a su mujer para el mes que viene. Pero a ti no te cayó bien, ¿verdad?

—No, no me cayó bien.

Se volvió otra vez hacia la ventana.

—Jugad, jugad —los apremió Nicholas, impaciente por el retraso.

¿Por qué se había mencionado ese nombre hoy? ¿Por qué esa cara pálida de boca hundida se había colado otra vez en sus pensamientos? Allí estaba, al otro lado de la ventana, mirándolo ahora burlona ahora suplicante. Estaba formada por las fantasías de la noche, por la luz descolorida de las estrellas, por sombras más oscuras que la oscuridad. De ella salía aquella voz que siempre le turbaría el alma. Esa voz más dulce que la dulzura de su violín.

Arriba se oyó un grito desgarrador. Piers tiró las cartas sobre la mesa y corrió a las escaleras. A las doce menos veinte llegó al mundo, llorando, el nuevo Whiteoak. Meg les dio la noticia.

Echó los brazos al cuello de Piers y lo besó.

—Tienes otro niño, Piers, muy robusto y hermoso. ¡Y ha nacido el día de tu cumpleaños, Finch! —Lo besó también—. Muchas felicidades a los dos, mis queridos hermanos.

—¡Al final lo ha conseguido! —exclamó Piers.

—¿Qué es lo que ha conseguido?

—Que nazca el día del cumpleaños de Finch. Pheasant se había empeñado.

Tenía la cara descompuesta. No sabía si reír o llorar.

Nicholas se paseaba arriba y abajo por la habitación, cojeando.

—Bueno, pues es una noticia estupenda. Otro niño, por lo visto. Y en el día de tu cumpleaños, Finch. Un nuevo Whiteoak. Recuerdo que hace un año estuvimos en esta habitación hasta el amanecer, de celebración. —Y empezó a cantar en voz baja—: «Ya llega el verano, canta el cuco…».

Piers estaba medio escondido entre los pliegues de la larga cortina marrón de la ventana, pero se le veían los hombros sacudidos por los sollozos.

El día siguiente era domingo. Después del desayuno, Wright trajo un paquete dirigido a Finch que había sacado de la estafeta de correos la noche anterior. Wakefield se lo entregó a su hermano con gran solemnidad.

—Wright siente muchísimo —anunció— haberse olvidado de dártelo anoche. ¿Qué crees que puede ser?

Y se quedó junto a él, intrigado, hasta que Finch abrió el paquete. Era un libro recién salido de la imprenta. Se trataba de un volumen de poesía, a juzgar por su aspecto. Wake leyó el título:

—«*Nueva Francia*, por Eden Whiteoak».

Quería quitárselo de las manos, pero Finch no se lo permitió.

—No, déjame verlo a mí primero.

Le quitó el envoltorio. Las tapas eran verdes con letras doradas y

un dibujo de lises. Qué bien quedaba el nombre de Eden en letras doradas. Qué detalle por su parte enviárselo para su cumpleaños. Finch no sabía que se hubiese publicado aún. Abrió el libro y lo ojeó. En la página de la dedicatoria, leyó: «Para mi hermano Finch».

Wakefield lo leyó también. Se miraron el uno al otro, aturdidos por la magnificencia del asunto. Eden había dedicado ese nuevo poema largo suyo, que le había costado todo un año escribir, a Finch. Se sentía abrumado. ¿Qué había hecho para merecer tal honor? Eden. Nueva Francia. Para mi hermano Finch. Señor, la vida era tremenda.

Lo llevó al comedor para enseñárselo a sus tíos y a Renny, que aún estaban sentados a la mesa del desayuno. Se quedaron impresionados. Rags, que llevaba la bandeja en la mano, se inclinó con curiosidad sobre el libro.

—Estoy seguro de que todos estamos orgullosos, tanto de usted como del señor Eden, señor. Los dos han salido mejor de lo que esperábamos.

Wakefield se había lanzado corriendo al cuarto de estar al oír un débil lamento y enseguida entró corriendo de nuevo en el comedor.

—¡Venid, deprisa! Piers tiene algo que enseñaros.

Nicholas hizo un gurruño con la servilleta. Renny se levantó. Nip, que había estado sentado en sus rodillas, empezó a dar vueltas alrededor de la mesa, ladrando sin parar. Uno de los spaniel de Renny se puso a dos patas, se apoyó en la mesa y lamió las migas de tostada de su plato. Ernest se tomó a escondidas una pastilla para la digestión. Todas esas emociones tendían a trastornar los jugos gástricos.

A la luz mortecina del sol invernal, Piers les mostraba algo colocado sobre una almohada. Tenía los ojos rebosantes de orgullo y los labios de una implorante ternura.

Se reunieron alrededor del recién nacido, observándolo mientras sus débiles ojillos huían de la luz y hacía tímidas muecas, como si solo quisiera que le permitiesen borrarse de la existencia. Tan pequeño como era, ya estaba vestido. Se encontraba molesto con tanta faja, tanto pañal, tantos imperdibles. La señora Patch le había metido los bracitos en las mangas. Lo habían lavado. Le habían cepillado la pelusa de la cabecita y le habían limpiado la nariz. Estaba ya preparado para la vida.

Renny vio a Mooey en el recibidor. En ese caos de casa, el chiquillo se había metido en la carbonera y estaba tiznado de pies a cabeza. De un salto, Renny se puso junto a él, lo cogió y se lo llevó para reunirlo con el grupo.

—¡Mooey, deshollinador! —gritó—. ¡Mooey, miserable marrano, ven a ver a tu hermanito!

Mooey, llevándose un índice negruzco a la boca rosada, miró un

rato largo al recién llegado, vacilante, y al fin gritó:

—¡Diantre, no teno medo!

Sus tíos y tíos abuelos convinieron en que, aunque no era muy guapo, el niño mostraba señales inequívocas de tener la nariz de los Court.

Piers clavó los enormes ojos azules en Finch. Se le había ocurrido una idea.

—Oíd —dijo—, el chiquillo tiene una nariz muy larga, una cara melancólica, parece estar muy deprimido. Por lo tanto, vamos a llamarlo Finch.

—¡No! ¿Por mí? —exclamó Finch con aire de incredulidad.

—Sí. ¿Por qué no? Pheasant estaba empeñada en que naciese el día de tu cumpleaños. Aunque tuviera que brillar solo al reflejo de tu luz, me da que va a parecerse a ti. Tengo muchísimas ganas de llamarlo Finch, si no te importa.

—Buena idea —dijo Nicholas.

—Espléndido —asintió Ernest.

—Podrían pasarle cosas peores que parecerse a su tío Finch —observó Renny.

—¿Te importa? —repitió Piers.

—¿Importarme? —Finch estaba conmovido en lo más hondo. Sus facciones se vieron animadas por una tierna sonrisa. Cogió aquella linda manita rosada entre las suyas, huesudas. La voz le temblaba de emoción—. ¿Importarme? ¡Pero si es lo más bonito que han hecho por mí!